

# LOS SOLITARIOS

UN THRILLER DE  
ÁLVARO ARBINA



IB

Un paisaje nevado en uno de los lugares más remotos del mundo. Un bosque infinito de coníferas. Una casa solitaria que parece caída del cielo. En ella, diez personas de diez rincones del mundo salvajemente asesinadas.

### **¿Cómo han acabado ahí?**

#### **¿Qué mente criminal y perversa ha podido planear una masacre así?**

Dirigen el caso Emeli Urquiza, una policía treintañera de origen vasco con una complicada historia personal, y su ayudante Francis Thurmond, un afroamericano alto y silencioso que dibuja la escena del crimen. Juntos tendrán que adentrarse en las vidas de las víctimas para encontrar la última verdad. Una trama prodigiosa, personajes cuyas historias esconden turbios secretos y un final espectacular que dará que hablar y del que ningún lector saldrá indemne: Álvaro Arbina nos invita a embarcarnos en un thriller sorprendente que rompe todos los límites del suspense.

# Los solitarios

Álvaro Arbina

2020, Álvaro Arbina, por el texto y las ilustraciones  
2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
2020, Carmen Vergara, por la traducción de la cita del capítulo 10.  
Diseño de portada: Álvaro Albina

*A Sara*

*A ama*

*A aita*

## PRIMERA PARTE

Fragmento de la entrevista al autor de  
*Los solitarios:*

- [...] ¿No rompe así la ilusión de su historia?
- No la rompo. Enseño lo que hay detrás.
- ¿Y qué busca con eso?
- Busco lo que cualquier escritor: llevar más allá la ilusión.

La casa es el centro y todo gira alrededor de ella; no importa que sea un cubo o una esfera o una pirámide, pero sí una casa, un espejismo de casa que emerge de la bruma, en la quietud del amanecer. Nadie sabe qué hace allí, en la nada, y todos piensan que debió de caer del cielo, con la primera nieve. Ahora ya no hay tundra, ni líquenes, ni turberas pantanosas, ni siquiera la fauna ártica que había antes. Tras la noche queda la casa y las primeras nieves del invierno; queda el reinicio de la Tierra.

Cuando ella entra en el claro, huele a frío y a humo de ascuas, huele a invierno cuando debería oler a matanza y a carne podrida. Los sonidos de la madrugada tienen una claridad estremecedora, y le llegan las voces de las sombras que deambulan alrededor de la casa, en la bruma. Mira hacia el resplandor lejano del alba, sobre las coníferas aún en penumbra que delimitan el claro, y piensa en el bosque infinito que rodea la casa y que ha visto desde el aire.

Cuando ella llega a la casa, donde ruge la caldera y cascan carámbanos, las sombras que murmuran cavan en la nieve y junto a las tumbas hechas con leños, y abren agujeros que humean con lo orgánico en descomposición. Entra en la casa y huele a lo que ya sabe, y hay un atizador de hierro sobre la alfombra, con sangre seca y restos de cabello humano, y hay un pañuelo empapado junto a la cabeza de una mujer rubia y junto a un charco negro y viscoso como pozo de petróleo. Ella mastica chicle de menta y hace pompas mientras saca una libreta; se le ocurre de pronto que el frescor mentolado en la madrugada ártica estimula más que quinientos miligramos de cafeína. Pasea por la sala donde también hay sombras que murmuran y se mueven. Es una sala que parece de estar y de hundir cabezas con atizadores. Observa las esquinas y los recovecos de suelos y paredes, la chimenea y las butacas y las ventanas que dan al claro nevado y al bosque azul. Anota datos y garabatea dibujillos como de niño, porque lo de dibujar nunca ha sido lo suyo y se le quedó para siempre el estilo abstracto de primaria. Pasan diez minutos y el novato agente de la Policía Rural que la observa apostado en la entrada, que está allí por si necesitan algo los de la Científica Estatal, que mira el cadáver y no puede evitar imaginar la Barbie de su hija tirada en el suelo de su casa, junto a otras muñecas y juguetes, no entiende cómo ella, la que se supone que sabe, aún no ha examinado el cuerpo. Uno de los especialistas de la Científica finaliza su recolección de fibras con papel de celo, y es entonces cuando ella se acuclilla para mirar el cadáver. El agente rural siente alivio y no sabe por qué, ya que es absurdo que le afecte el que se acuclille antes o después. Ve cómo coge la barbilla de la muerta y le gira la cabeza; así queda expuesta la piel blanca y gomosa, los labios retraídos y un hematoma púrpura que le viene de la sien, donde la cavidad craneal parece un balón pinchado. El agente vuelve a ver la Barbie de su

hija. Y se siente mal y con temores absurdos de padecer un desequilibrio mental por ver eso cuando ve una muerta, que probablemente tendrá hijos y pareja, como él, y que irradiará en la cama un calor similar al de su mujer, y que sus labios serán igual de húmedos y agitados, y que sus intimidades y preocupaciones serán igual de pequeñas y bonitas, y no sabe si tendrá valor para explicarle todo lo que piensa al párroco en la confesión del domingo. Entonces ella, la inspectora jefe, que se llama Emeli Urquiza y está muy lejos de su casa y mastica el chicle mentolado con inercia porque sin frescor ya le aburre, observa la herida sanguinolenta del atizador y dice:

—Se puede arreglar. Tengo un kit de pistolas con resina epoxi.

El especialista guarda su recolección en bolsas de estraza.

—Te refieres a las de encolar.

—Sí, son como una silicona. Para tapar agujeros y juntas. Van muy bien.

—O sea, que no hay que cambiar la cabeza.

—Qué va. Con orificios del calibre 44 tal vez. Pero con el atizador y un solo golpe, pegamento y como nueva. A ver qué dice el forense.

—Está arriba, con Francis.

Al agente de la Rural, lejos de sentir sorpresa e indignación, lo invade un alivio lógico tras escuchar a la inspectora y comprobar que su mentalidad no es tan desequilibrada. Y como se siente ahora mejor, se atreve por fin a abrir la caja de los donuts, en los que no ha dejado de pensar desde que entró allí y que no ha abierto por respeto y por intento de redención por sus pensamientos. Antes de subir las escaleras, la inspectora contempla el rostro de la mujer muerta. Permanece un minuto callada, como abducida por el más allá. El especialista le dice algo y ella no responde. El de la Rural, que mastica el donut y se da cuenta de que lo hace sin apetencia, que su boca está seca y no saborea ni siquiera el relleno de cacao y los trocitos de avellana, piensa por un momento que lo de la inspectora no tiene sentido. En la posible razón no llega a cavilar, lo que es una lástima para su aprendizaje como agente, porque enseguida se le desvía la atención hacia lo bien que le sentaría otro café.

En la sala de estar deambulan los especialistas y técnicos de pruebas. Pincelan con revelador las superficies en busca de posibles huellas. La inspectora, que al asomarse a las escaleras ve el goteo casi matemático, uno por escalón y ennegrecido ya, valora lo que le espera en el piso de arriba y pregunta:

—¿Pisadas?

—Estoy esperando a que os paseéis un poco más, para que el asunto se ponga interesante — responde uno de los especialistas.

—Lo mismo que con las huellas, supongo.

—Tenemos un festín que ni en la mansión Playboy.

Emeli Urquiza sube al piso superior, cruza una puerta y sigue el goteo, que se convierte enseguida en grandes cantidades de sangre con forma de manchurroneos sin sentido y restos de deslizamientos. Una arbitrariedad que bien podría colgarse en el MoMA. Después está el charco, una laguna petrificada de magma negro, que brotó y brotó hasta que se coaguló. Son un par de litros, ya viscosos y con capa fina de polvo. Emeli se halla en un dormitorio. De la cama y del revoltijo de sábanas cuelga el inicio del charco, una estalactita fina como hilo de araña. Luego están las botas caídas sobre el charco y el pie negro, negro no de muerte sino de piel, un pie desnudo y enorme como del cuarenta y siete que también pende de la cama. Sobre el cabecero hay una ventana, desde la que se ve el claro y los bosques de más allá, donde la niebla se revuelve como un incendio masivo y precioso bajo el amanecer. Hay en la visión del paisaje algo de



grandeza e inmortalidad, algo bello pero no limpio, porque primero están las salpicaduras del cristal, que a contraluz se ven rojas y con restos como de cereal húmedo, que después de estamparse se deslizaron bajo su propio peso hasta el marco de la ventana. Es lo que salió de la cabeza, que a pesar de todo permanece en su sitio, sobre el cuello y apoyada en el cabecero.

Francis Thurmond está de pie, observando desde la orilla del charco, una mano en el bolsillo de la gabardina y otra sosteniendo su cuaderno tamaño DIN A3, donde pinta con carboncillo, a veces con sanguina o con pinturas de pastel. El fotógrafo de la Estatal se mueve con pericia mecanizada, sin pisar el charco ni tocar la cama. Una foto. Dos. Tres. Ahora con regla y ahora sin regla. Ahora de cerca y ahora de lejos. Para los detalles del cuerpo y sus heridas y para su posición relativa con todo lo demás. También efectúa barridos con el vídeo de la réflex, para obtener la vista general del escenario, aunque en opinión de Emeli los vídeos distraen. Las fotos se están bien quietecitas, formales, como musas de pintor. Pide al fotógrafo mediciones de distancias clave. Abre la libreta, clic de boli, esbozo rápido e infantil de elementos esenciales y notas sobre la situación original de las pruebas. Solicita más medidas. Dime cuánto hay de ahí a ahí. Dime la altura esa. Saca una foto hacia la ventana.

El forense aguarda fuera del encuadre hasta que acaben y pueda inclinarse de nuevo sobre la cama. Su postura de trabajo no es cómoda, tiene que ponerse a cuatro patas y eso le resta cierta distinción profesional. Pero el forense, al que pagan por sus análisis patológicos y no por jugar al Twister sobre muertos, no encuentra una forma mejor de calibrar la temperatura corporal y la rigidez de los dedos. Emeli se acerca al reguero de la ventana y confirma la coherencia entre dispersión de sangre sobre el cristal y herida de disparo ascendente en la sien izquierda. También hay fragmentos de cráneo incrustados en el cabecero. El forense, que maniobra en la cama algo incómodo, ahora estudia el orificio de la cabeza. El ojo que no ha sufrido el impacto resulta bien visible, y está abierto y mirando a la puerta. Es el que observa Emeli, porque el otro ojo es un cráter hundido en la cuenca con estragos cretácicos como de Yucatán. Yucatán: una península, como la cabeza.

—Qué me dice.

El forense se quita los guantes, suda por la incomodidad de su tarea. Anota: «Gran HDB cuenca izquierda. Posible estadio dos *rigor mortis*. Baja temperatura ambiente en el momento del análisis (41 °F). Chimenea con brasas a diez pies. Posible temperatura superior en el momento de la muerte. Posible alteración de la temperatura y del *post mortem*. Estimación de la muerte: entre veinticuatro y treinta y seis horas antes del análisis».

—Está muerto —responde.

—Ya.

—Por herida de bala en la cuenca ocular izquierda. Posible calibre 38. Concordancia con la Colt de la mano, que, por cierto, la tiene destrozada.

—¿Son cortes?

—Sí. En ambas manos.

—¿Hay restos de pólvora en la cara?

—Parece que sí. A ver las pruebas. Posible detonación a corta distancia. Posibles depósitos de bario y plomo en el dorso de la mano, por disparo autoinfligido.

—O infligido por otra persona, más bien.

—La postura indica suicidio.

—Ya. Pero el babero de sangre no sé.

Emeli señala el jersey, con manchurrón negro desde el pecho hasta la pernera, donde está la

Colt, la falange del índice aún sobre el gatillo.

—¿Cuántas heridas más?

—Tiene otros tres orificios. El del tórax es limpio y se aprecia el calibre. También del 38. Ninguno de los tres le causó la muerte, a falta de confirmarlo en el laboratorio.

—Imposible que se los hiciera él.

—Por la trayectoria de entrada y salida, imposible.

—¿Han encontrado los casquillos?

—No. Salvo el de la cama, que por situación concuerda con el retroceso del último disparo.

—Por el goteo de la escalera tienen que estar abajo. Tres disparos abajo y uno aquí.

—En la casa no parece que estén, por lo que dicen los técnicos.

—Pues enterrados en la nieve o muy lejos de aquí, en algún río o en el fondo del mar o en la casa del asesino, que se los llevó como recuerdo. ¿Le faltan cartuchos a la Colt?

—Cuatro —interviene el fotógrafo—. Tres más uno, el que tenemos. Triple y falta que ni Michael Jordan.

—Genial. A ver qué dicen las huellas. Que le den prioridad a la Colt. Sin número de serie, imagino.

Asiente el fotógrafo y Emeli anota. Luego la inspectora mira en silencio el rostro del muerto. Lo hace siempre, durante un minuto, aunque no quede rostro para mirar. No habla, no escucha. A su lado Francis pinta. Repasa con minuciosidad el dibujo de las botas; traza el serpenteo de los cordones en el charco viscoso, sombrea los chirimbolos de calcetines asomando tras la lengüeta. Es un cuadro artístico, realismo barroco de Velázquez. A veces se para y observa. Piensa.

—En la habitación de al lado hay una mujer —dice el forense.

—¿Con media cabeza en la ventana?

—Posible envenenamiento mientras dormía.

—De una pieza. Qué bien.

—Presenta inicios de descomposición. Entre cincuenta y seis y setenta y dos horas.

Antes de irse con el forense y el fotógrafo, Emeli observa los manchurroneos entre el charco y el goteo de sangre del pasillo y la escalera. Hay indicios de huellas. Pisadas. Posible bota del doce y medio. Los deslizamientos son de alguien descalzo o con bolsas en los pies. Cuando se van, quedan Francis y el muerto en la habitación. Musa y pintor. Y así permanecen hasta que a lo lejos el resplandor despunta y el reguero del cristal se vuelve rosa iridiscente. Francis Thurmond comprende que la bota derecha está bajo el pie izquierdo y la izquierda bajo el derecho no porque las llevara mal puestas, sino porque después de soltarse los cordones el muerto cruzó las piernas para sacarse con la punta de una el talón de la otra, o porque alguien pensó en eso antes de colocárselas así.

Emeli Urquiza sale de la casa, al claro nevado y al amanecer; aún piensa en la mujer envenenada que acaba de examinar cuando mira las tumbas abiertas y los cinco cadáveres en diferentes fases de descomposición recién desenterrados. Sopla un viento gélido y vibran también con sacudidas bruscas las cintas policiales. Se alzan polvos de nieve y virutas de hielo que envuelven a los agentes en halos de expedición ártica. Zumba un dron que sobrevuela la zona para tomar fotografías aéreas. Llegan trineos motorizados. Cuando Emeli se aproxima a las tumbas, se amortajan con sábanas los cinco cuerpos, para conservar fibras, pelos y restos de ADN. Dentro de una tumba hay un técnico de pruebas, con gorro quirúrgico, mascarilla y un mono fosforito,

levantando con pinzas un incisivo central. Lo rodean bolsitas de papel de estraza. Emeli ya sabe que Control de Pruebas se va a saturar.

—Con estos cinco y los tres de dentro, suman ocho.

—Nueve.

El técnico de pruebas señala hacia otro especialista de la Científica arrodillado a lo lejos, en el claro, más cerca del bosque que de la casa, en lo que parecen revoltijos de huellas animales sobre el noveno cuerpo o lo que queda de él, porque está incompleto y sus piezas dispersas como una construcción de LEGO sin montar. El especialista rocía las huellas animales con cera química para extraer moldes tan precisos como la impresión dental. La nieve, a pesar de ser frágil, regala un nivel de detalle extraordinario.

—Ocho y medio como mucho —calcula Emeli desde su posición. Deja para más tarde el examen del cuerpo.

—Aunque esté por partes, sumará nueve, digo yo.

—¿Se sabe de qué son las huellas?

—Alguien ha dicho que de lobo blanco o de *pambasileus*.

—¿*Pambasileus*?

—Lobo gris, lo acabo de mirar en internet. Parecido al husky siberiano. El lobo más grande que hay.

Francis Thurmond se ha aproximado, con su gabardina y su parsimonia silenciosa. Observa los cuerpos y reflexiona.

—Casi diez —dice al cabo de un rato.

El técnico lo mira.

—¿Diez qué?

Francis ha extraído el cuaderno, una compleja maniobra dadas sus dimensiones. No responde y el técnico se queda sin explicación, mientras mira cómo dibuja la alineación de las tumbas. No se hicieron a la vez y todas tienen tabloncillos para protegerlas de los animales. A Francis le gusta sombrear, se entretiene. Le divierte también.

—Los mató, o los mataron, uno a uno —le dice Emeli.

Francis repasa la última tumba, para indicar que la tierra es más fresca y que está menos asentada que las demás. Es la más reciente y tiene un cuenco de sal para absorber la humedad, lo que significa que quien lo enterrase se tomó sus molestias. Entonces decide que merece la pena volver a hablar.

—Sí. Alguien con paciencia —comenta.

Media mañana. El cielo es luminoso y se erigen carpas improvisadas en el centro del claro. Alineadas en el suelo y sobre plásticos impermeables pueden verse decenas de bolsitas de papel de estraza, pruebas que se van recogiendo, de sangre, armas y restos humanos.

—Nueve, entonces.

—Sí, nueve.

Hay repaso general y se respira nerviosismo en el ambiente, como alumnos de primaria el día anterior a un examen. Por eso se repiten las cosas: todos saben que son nueve pero ninguno entiende por qué. Algunas de las víctimas tienen consigo los documentos de identidad. Se empieza a confeccionar una lista.

## IDENTIFICADOS

Mujer en sala de estar con herida de atizador en el cráneo: Zettie Goodwin. Brooklyn, Nueva York. 52 años.  
Hombre en la cama con cuatro orificios de bala y botas cruzadas del doce y medio: Aliou Sabaly (nacido 1/1/1964). Doble nacionalidad: Senegal y Francia.  
Mujer envenenada en habitación: Ángeles Expósito. Ciudad de México. 45 años.  
Primer cuerpo desenterrado: Ronald Goodwin. Esposo de Zettie Goodwin. Kentucky. 52 años.  
Segundo cuerpo desenterrado: Teodor Veselin. Krakozhia, pequeña ex república soviética. 57 años.  
Tercer cuerpo desenterrado: Ulad Dobrovolsky. Krakozhia. 48 años.  
Cuarto cuerpo desenterrado: Antonio José Garrido. Villanueva de la Serena, España. 53 años.

## AÚN POR IDENTIFICAR

Quinto cuerpo desenterrado: mujer de color. Avanzada fase de descomposición.  
Hombre descuartizado por mordedura animal: en el claro, sobre la nieve.

Se percibe cierta confusión entre los reunidos bajo las carpas; todos piensan pero no dicen que no entienden nada (ni qué hacen esos cuerpos ahí, ni qué hace esa casa ahí, ni qué van a hacer ellos ahora allí). Que alguien pregunte y se revele como el lerdito que no entiende, cansado por la falta de respuestas, o por falta de orgullo, o porque ha comprendido que lerditos allí en realidad son todos, es una posibilidad remota. Así que habla Emeli, como investigadora jefe en la escena del crimen, y suelta lo habitual para romper el hielo:

—Faltan dos por identificar. Prioridad a eso y al contacto con las familias, a ver si ellos saben algo. En veinticuatro horas quiero informes preliminares sobre las vidas de estas personas.

—A priori no parece haber relación entre la mayoría de ellos.

Alguien se ha animado, conservando la distinción profesional. Sin decir: pero ¿qué coño hacía esta gente en este lugar?

—Habrá una razón para que estén aquí —responde Emeli—. La lógica induce a pensar que será la misma para todas las víctimas.

—La lista de elementos probatorios es extensa. Armas, sangre, pelo, fibras, huellas dactilares, huellas de pisadas, sudor, saliva, abrasiones, por toda la casa y por todos los alrededores. El puzle es complejo y el marrón, no menos.

Lo ha dicho el jefe técnico, y la intervención le queda rotunda, subrayada con doble sopapo de látex, al quitarse la protección de manos. De fondo tiene la marea de bolsitas de estraza. Naufragio masivo. La toma es de película y Emeli piensa que hace bien en escudarse, porque, más que complejo, aquello es una locura. Queda con él en revisar después la recolección de pruebas, para establecer un orden jerárquico y etiquetarlas.

A su lado y de espaldas a ella, Francis habla con los fotógrafos, o al menos eso parece, en su estilo murmurante y casi en clave, porque los dos lo miran muy de cerca, como intentando leerle los labios más que escuchar. Se aseguran de que toda la zona de la propiedad se haya cubierto, incluidas partes clave del perímetro, huellas de pisadas, indicios físicos visibles, cuerpos y partes de cuerpos, y las vistas aéreas de los drones. Entonces Emeli vuelve a hablar:

—Que en Investigación Tecnológica revisen los correos y las cuentas de Facebook, Twitter, Instagram o lo que sea que tengan las víctimas. Que alguien hable con las compañías telefónicas para los registros de llamadas.

Que alguien. Que alguien. Habla en impersonal porque solo hace quince días que el DIC, el Departamento de Investigación Criminal de la Central Federal de Maryland, de la que forma parte,

los envió a Francis y a ella a este estado arrinconado del mundo y aún no conoce los nombres. Iban a ser tres semanas como asesores del DIC en un paraje tan inhóspito que ni siquiera tiene Departamento del Sheriff. Algo que con los crímenes de la casa va a cambiar.

—Aquí no hay cobertura —dice alguien.

—Puede que en los alrededores la haya.

—No tenían forma de comunicarse con el exterior. Según la Policía Rural, por normativa de emisoras para rescates, debe haber un transceptor de radio portátil en toda casa y refugio del estado. Alguien en la casa se lo llevó: en los estantes de la cocina hay un maletín vacío, sin walkie-talkies ni baterías ni cargadores dobles.

Emeli ya lo sabe, pero la información abrumba al personal y destapa lo evidente. Así que al fin uno se anima:

—No entiendo qué coño hace esa casa ahí. —Y la mira, y por imitación involuntaria todos se vuelven y también la contemplan.

La casa es un bloque compacto, un cubo perfecto y futurista que parece caído del cielo. Podría ser un trozo de asteroide, o de piedra pulida de aluminio, o de nave extraterrestre, por sus ventanales aleatorios y sus planchas reflectantes que la mimetizan con el entorno. Todos observan en silencio no solo la casa, sino también el claro cuadrado de árboles que la rodea, un claro perfecto, como una plaza neoclásica de ciudad europea. Mientras miran y no entienden nada, piensan en la ruta que los ha llevado hasta allí desde que se dio el aviso del crimen: en avioneta, helicóptero o trineo motorizado, a través de llanuras, bosques boreales, glaciares y cordilleras, partiendo desde asentamientos indígenas y poblaciones árticas que ya son rincón del mundo y también lo más próximo que hay a la escena del crimen.

—Estamos investigándolo —asegura alguien.

—Tiene que haber un propietario —dice otro, mirando al cielo.

De nuevo miran todos juntos, esta vez al cielo, sin hallar demasiadas respuestas. Emeli también mira y piensa en el primer interrogatorio que efectuará, ella misma: la compañía aérea Denali Wind, que opera desde la ciudad más cercana y ha colaborado en el transporte policial con dos aparatos que aún se encuentran en la escena del crimen.

Denali Wind trasladó a las víctimas en una avioneta Cessna 208 Caravan y volvió para recogerlas catorce días después. Así se encontró el panorama y avisó del horrendo crimen a las autoridades. Emeli piensa en los tentáculos de la investigación que se abren, cuando se acerca un técnico con una bolsita, donde hay un sobre. Lo deposita encima de una de las mesas plegables. Dice el técnico que el sobre estaba entre las pertenencias de Aliou Sabaly. Dentro hay una carta. Emeli se pone guantes y la desdobra, sin sonoridad de látex porque con ser mujer y extranjera y venir desde la Central Federal en Maryland para asesorar a Homicidios de un estado despoblado y sin demasiados crímenes (como si todos allí fueran unos paletos sin experiencia) ya es suficiente para llamar la atención.

Y entonces lee.

¡Estoy bien! Siento no haber dado señales de vida... pero me gustaría que vinieras a verme. En la ciudad más cercana hay una compañía, la Denali Wind, que ofrece algunos vuelos a este lugar. No son muchos, así que lo mejor es que coincidáis todos el mismo día para coger el avión. Mi recomendación es el 3 de octubre. La vida aquí es diferente y maravillosa. ¡Ven, por favor! Las coordenadas son: O1801°44'32.1" / N850°23'55.18".

P. D.: Te adjunto un regalo, para que veas lo bien que estoy.

—No está firmada y no hay regalo en el sobre —dice Emeli.

*Día 1*

¡Estoy bien! Siento no haber dado señales de vida... pero me gustaría que vinieras a verme. En la ciudad más cercana hay una compañía, la Denali Wind, que ofrece algunos vuelos a este lugar. No son muchos, así que lo mejor es que coincidáis todos el mismo día para coger el avión. Mi recomendación es el 3 de octubre. La vida aquí es diferente y maravillosa. ¡Ven, por favor! Las coordenadas son: O1801°44'32.1" / N850°23'55.18".

P. D.: Te adjunto un regalo, para que veas lo bien que estoy.

Aliou Sabaly dobló la carta y la guardó en el sobre, donde también estaba el regalo: una fotografía polaroid. La extrajo y la observó. La foto temblaba, por sus manos o por la agitación del turbohélice Cessna, y los reflejos de la luz se esparcían como si fueran líquido, ocultando la sonrisa de ella, que posaba descalza sobre la hierba y algo desmejorada a pesar de sus veinte años, con un bosque veraniego detrás. También guardó la fotografía, pero no en el sobre sino en su billetera, que es la que acompaña a un hombre allá donde va.

—¿Quién es ella?

Lo preguntaba la mujer rubia sentada junto a él. Lo hizo en inglés americano, ralentizado y con pronunciación infantil, como maestra hacia párvulo.

—Es mi hija —dijo Aliou.

—¿Y cómo se llama?

Aliou descansó la mirada en la ventanilla. Ella era hiperactiva y escrupulosa; se agitaba en el asiento y evitaba al mismo tiempo el roce de antebrazos con él, un suplicio de atención continua por incompatibilidad de maniobras.

—Se llama Nadine —respondió.

La mujer calló entonces porque se entretuvo con su bolso de cuero, que al parecer no contenía sus caramelos de malvavisco. Aliou rozó la ventanilla con el rostro, como alejándose de ella, y contempló las llanuras de más abajo, combadas en un horizonte que desde el aire se veía como en realidad es. Sobrevolaban arenas petrolíferas, extensiones mineras tan carbonizadas como Mordor. Barracones, maquinaria estancada, cráteres y filtraciones de gas que emanaban como si el subsuelo, o la Tierra por dentro, se estuviera incendiando. Desde el aire los efectos del combustible al emerger eran bellos, pinturas de acuarela negra, pozos y riachuelos.

La compañía extractora era el último reducto humano, civilizado, y a partir de allí y como tras un mordisco descomunal, empezaba el manto verde, las llanuras inhóspitas donde la Tierra aún es como el primer día. Sesenta minutos de vuelo y el azar de presenciar manadas de caribúes, en sus

migraciones masivas hacia el sur. Y tundra, cordilleras nevadas, ríos pedregosos y bosques infinitos que pasaban cada vez más cerca de la avioneta. Luego una niebla lo envolvió todo y cegó al piloto, solo él con su brújula, su altímetro y el radar del Cessna.

La niebla era densa y el aparato parecía flotar en el sitio. Surgían gotas horizontales en las ventanillas y había silencio entre los viajeros. Incluso los de los asientos delanteros se callaron, pese a que hasta ese momento sonaban a conspiración soviética. El trajeado y repeinado rubio con sonrisa blanqueada y aires de presidente sesentón, que hablaba y hablaba en lo que debía de ser ruso como si la explicación de todas las cosas del mundo pasaran primero por su lengua. Y su acompañante de palabras escuetas por contrapeso, que parecía su secretario, tenía quevedos, y era menudo y lóbrego como un científico de la Guerra Fría. Eso había imaginado Aliou antes de que llegara la niebla, mientras miraba por la ventanilla. Siempre lo hacía. Imaginaba a las personas. Construía lo desconocido y comparaba después una vez conocido, como un juego en el que calibrar su intuición.

Entonces asomaron en la neblina. Puntas de enormes coníferas, húmedas y verdosas, desfilando muy cerca de las panzas del Cessna. Descendían y la bruma se deshilachaba, dejando ver un bosque boreal eterno. El piloto señaló una colina que se vislumbraba a lo lejos, entre los árboles. Dijo que desde allí se vería un buen atardecer. Así llegaron al instante último donde todo se precipita, donde todo corre más, a ese vértigo antes del grito para quien solo ve un lateral y no el frente de la cabina. Alguno creyó firmemente que el piloto era un kamikaze que los iba a estrellar. Desde las ventanillas laterales las copas alcanzaban ya mayor altura que el aparato. Nadie salvo el piloto vio el claro alargado, donde aterrizaron al fin indemnes y con el corazón en la garganta.

Algunos también habían visto el otro claro mientras descendían. Un claro cuadrado y antinatural en medio del bosque, no muy lejos. Y el espejismo de una construcción, algo así como un cubo reflectante, justo en el centro del claro.

Tundra triste de otoño bajo cielo también triste y estancado. Hierbajos descoloridos. Línea de árboles a lo lejos, observando como un ejército mudo. Eso sintieron los viajeros al aterrizar, cuando cesó el estruendo del motor y cayó el silencio. Era un silencio de fauna a punto de morir abatida por el invierno. Un silencio desolador, de patíbulo.

—Contacten por radio para emergencias. Mañana estaré de vuelta.

Tras colaborar en la descarga del equipaje, el piloto se encaramó de nuevo a la cabina. Había indecisión entre los nueve pasajeros. La extrañeza de quien por azar cae en un lugar desconocido. Miradas hacia el este, miradas hacia el sur, miradas hacia el móvil sin cobertura. Solo la serenidad que mostraba el piloto daba cierto sentido y confianza al hecho de estar allí. Aun así, Teodor Veselin quiso asegurarse y volvió a preguntar en su inglés con acento soviético. Y el piloto que sí, que en la casa había una radio, y que volvería al día siguiente, antes del temporal. Que no sabía nada de los inquilinos de la casa, que era propiedad privada, pero que por protocolo de emergencias y rescates tenían una radio. Eso lo repetía por tercera vez, al menos con Teodor, porque por separado con el matrimonio neoyorquino lo había repetido dos veces, y con la inglesa que estaba algo despistada otras dos, y con la mexicana que solo hablaba español hasta cinco veces. Así que zanjó el interrogatorio cerrando la cabina. Un golpe visual, porque más que encerrarse el piloto a sí mismo, en el grupo todos sintieron que los encerraban a ellos.

No les quedó otra opción que empezar a caminar. Había maletas para embaldosado pulido de aeropuertos que se intentaron rodar sin demasiado éxito. Soplaban una brisilla fría y se oían

murmullos de hierbajos bajo las pisadas de la extraña expedición. Líquenes y turberas convulsionaban alrededor del sendero, como erizos vegetales. Los árboles eran gigantes que se perdían en la negrura del bosque. Todos los miraban con inquietud, como si estuvieran despiertos y callados.

—La casa estaba hacia allí. Detrás del bosque —dijo Ronald Goodwin.

—¿Estás seguro, cariño? ¿No era hacia allí?

—No, hacia allí no. Era hacia allí. Como a media milla.

Cualquier sonido parecía un sacrilegio. Por eso la recién aterrizada expedición hablaba en susurros que si se pensaba un poco resultaban absurdos. Así estuvieron hasta el alivio de la avioneta de nuevo en despegue, con su motor en marcha, rompiendo la armonía perturbadora del lugar.

Bajo el estruendo de las hélices, el matrimonio Goodwin cogió confianza y se volvió estridente, metropolitano, y comenzó a gritar como si estuviera en la Quinta Avenida, lo que por procedencia les quedaba natural. A Teodor Veselin le pareció que tenían algo de espectáculo circense. Y a Ulad Dobrovolsky, en su silencio discreto y observador, también se lo debió de parecer. Ronald hablaba sin parar, con aire de explorador, mientras caminaba a cuestras con los cachivaches de su mujer: dos maletones y un abrigo de piel plastificado. Zettie Goodwin tenía el apuro cocainómano de quien es perseguido por el mundo, mientras buscaba cobertura alzando el móvil. Teodor se acercó a ella, también preocupado.

—No tengo ni una línea.

—Yo tampoco.

—Que tengamos que andar así en nuestro propio planeta. A estas alturas.

—Sí, es decepcionante.

—Soy Teodor Veselin. Tal vez me conozca.

—Zettie Goodwin, y no le conozco. ¿Por qué debería hacerlo?

—Gestiono empresas en su país. A veces salgo en la prensa. ¿Por quién está usted aquí?

—Por hija e hijo. Veintiuno y diecinueve años. ¿Y usted?

—Hija. Veintidós.

Habían vuelto a los susurros ahora que la avioneta volaba hacia el horizonte, su motor silenciándose en la lejanía. Todos la vieron distanciarse, hasta que ya no les llegó el sonido y sintieron un desamparo colectivo antes de retomar la marcha, entre árboles cada vez más sombríos y cercanos.

—También recibió la carta, supongo.

—Sí. Con una foto preciosa de mis hijos.

—¿Tiene ganas de verlos?

—¿Usted qué cree? Llevaba tres meses sin saber de ellos. Hasta habíamos puesto una denuncia.

Todos la miraban. Silencio. La casa cúbica en mitad del claro. Aire húmedo y pies mojados entre musgos y suelo permafrost. Sonidos aislados de vida boreal. Trompeteos de grulla y ulular de búho gris. La casa no parecía abandonada, porque era de construcción reciente, pero sí se diría que esperaba a alguien, tal vez a ellos, aunque eso aún no lo sabían.

—¿Estarán dentro o fuera? —dijo Ronald Goodwin.

—Dentro no parece —comentó Teodor.



Ronald Goodwin procedió a dar el primer paso, siguiendo su inercia de cabeza de expedición. Nadie dijo nada y todos lo siguieron, porque poco más había para hacer y aún era demasiado pronto para diferenciarse del resto. El avance, con hierbas altas que sortear, tenía algo de exploración selvática. La casa se erigía hacia el cielo, cada vez más alta según se acercaban; su visión resultaba imponente y turbadora. Tenía placas reflectantes de aluminio, que deformaban el entorno y a ellos mismos mientras se aproximaban, en una distorsión de agujero de gusano o de cuarta dimensión. Tenía ventanales cuadrados y oscuros que no dejaban ver lo que había dentro. Tenía un magnetismo sutil, una fuerza atrayente o alteración gravitacional que todos parecían sentir, pero que podía ser real o solo imaginada.

Al llegar al porche, había pilas de leña y anzuelos enormes para la pesca del salmón, además de una máscara humana sobre el dintel de la puerta. Teodor se adelantó a Ronald porque él también se sentía con dotes para liderar. Y así alzó la mano para abrir la puerta, y solo tuvo que accionar la manilla para que esta se abriera, con suavidad y sin chirriar.

—¿Hola?

Dentro todo estaba limpio y perfumado con los olores que se mezclaban. Olía a lavanda y a cítricos y a un licor que podía ser vodka. Entraron todos, las miradas como escáneres. ¿Hola? ¿Hola? ¿Peter? ¿Jamie? ¿Irina? Soltaban nombres y preguntas y aguardaban a que revolotearan por la casa y sus rincones ocultos. Esperaban a esa respuesta fresca y juvenil, a esos pasos atropellados que bajan por las escaleras, desde el piso de arriba, todo sonrisas, abrazos y miradas de ilusión por tener a los padres allí.

Pero no. Había una paz rústica y ancestral. Una luz calma de naturaleza que se proyectaba desde los ventanales hacia la madera. Porque todo allí era de madera, un interior de refugio alpino con alfombras, chimeneas de piedra y figuras indígenas alternándose con libros sobre las baldas.

Teodor se aproximó a la cocina, abierta a la sala de estar, y vio las marcas de cal sobre el fregadero y las salpicaduras de aceite en los recovecos del extractor, porque la casa tenía extractor, fuegos por inducción, una nevera y toda la modernidad del mejor diseño interior. En las tazas perfectamente alineadas había solidificaciones de café. A su hija Irina le gustaba el café. En el trastero o despensa detrás de la cocina había un hornillo de gas y alimentos en conserva para más de un mes. A su hija Irina, veintidós años y de gusto gastronómico algo ordinario aunque seguro que por juventud y pasajero, le gustaba la ventresca de atún. En el trastero también había útiles de caza, pieles de castor puestas a secar, una caja de cartón vacía y una armería con cuatro escopetas de doble cañón. En las habitaciones de arriba había camas y roperos vacíos, sábanas limpias y estufas eléctricas sin usar, porque bastaba con la tubería radiante bajo el suelo. Las puertas no tenían cerradura ni pestillo y las podía abrir cualquiera. En los cuartos de aseo, que eran tres, había dentífricos y botes de jabón abiertos y un cabello largo y dorado como de princesa incrustado en las juntas del espejo del tercer lavabo. Un cabello que bien podría ser de princesa veseliniana. Porque él era Teodor Veselin y su hija, Irina Veselin, toda ella genes veselinianos selectos y una de las mujeres más buscadas en Google en su país por su belleza y también por la fama de su padre, antes de que se fuese a Estados Unidos a continuar sus estudios de Biología. Un año fuera y los tres últimos meses sin saber nada de ella hasta aquella carta con la fotografía que le envió invitándole a ir allí. «Te adjunto un regalo, para que veas lo bien que estoy.» En eso pensaba Teodor mientras revoloteaba el cabello porque acababa de abrir el ventanuco, por falta de aire dentro del lavabo y en sus pulmones. Qué va. ¿El cabello de su hija?, imposible. Pensaba en su metro ochenta, con medidas de pasarela y cabellos de oro como aquel que revoloteaba. En sus mejillas encendidas de idealismo cuando le venía a Teodor con reproches al sistema

capitalista y con preguntas disparatadas sobre las fábricas que sus empresas tenían en países subdesarrollados. Pensaba en todo aquello sin saber por qué, mientras el cabello de su hija flotaba con suavidad, mientras llegaba el oscilar de los árboles y el silbido de frailecillos. ¿El cabello de su hija? No. Imposible.

Ulad Dobrovolsky lo encontró allí, frente a un cabello ondulante que parecía decirle algo.

—No hay nadie dentro de la casa.

—Pero alguien ha estado aquí. Ellos han tenido que estar aquí.

Ulad cerró el ventanuco, por donde entraba un frío cortante.

—Se hace de noche —dijo—. Bajemos.

—Tengo que coger mis cuatro litros de *kvas*.

En la sala de estar la chimenea extendía el olor a leña. Alguien había accionado el contador eléctrico y las calderas rugían en el exterior. La mexicana que no hablaba inglés compensaba su aislamiento con la sartén, preparando lo que parecían tacos con tortillas de maíz y carne en lata. El español, un hombre callado y algo nervioso, y también bajito, moreno y con brillantina de torero, disponía platos sobre la mesa. Zettie Goodwin paseaba su móvil en busca de cobertura. Teodor y Ulad bajaron cuando alguien proponía un sorteo para las habitaciones. Teodor guardó sus cuatro litros de *kvas* dentro de la nevera. La botella era de plástico y enorme. La nevera tembló bajo ella. Mientras tanto, la conversación de los visitantes era maquinal y se ceñía solo al proceder inmediato. Hacían o buscaban hacer cualquier cosa, antes de pararse y hablar. Así que de los hijos, nada. Y de lo absurdo, extraño y turbador de estar allí, tampoco nada. Hasta que alguien dijo:

—Estarán fuera.

—Sí. De excursión, seguro.

—Habrán ido de acampada.

En el exterior el cielo oscurecía y el bosque se teñía de un azul sombrío.

—Yo repartiría las habitaciones. Y cuando vuelvan, pues ya veremos.

Por contagio de Zettie, Teodor consultó también su iPhone 4G exiliado de la red de satélites y del mundo. Algo desolador. Tal vez desde el tejado, o saliendo afuera y buscando un lugar elevado. Entonces se abrió la puerta y entró un lengüetazo gélido y el negro africano cargando leña. Ojos amarillos de cocodrilo, pensó Teodor. Voz espesa y amenazante de africano, que dijo:

—Está nevando.

Teodor lo vio pasar con sus maderos, que cayeron pesados junto a la chimenea y el atizador. El africano removió después el fuego, que escupió chispas hipnóticas.

—¿Y la radio? —comentó de repente alguien.

Todos callaron y se miraron sin saber muy bien qué hacer o decir. Luego miraron el fuego, y empezaron a buscar entre los armarios hasta que les llegó del bosque un aullido desgarrado entre lo humano y lo animal.

Es por la tarde y Emeli observa. Los beagles rastreadores de la Estatal no quieren entrar en el bosque. Los guías tiran de las correas. Silbidos. ¡Vamos, Watson! ¡Vamos, Sultan! Frenesí de colas y miradas inquietas, patas firmes y nervudas sobre la nieve. Que no quieren. Que tienen miedo. Que huelen a lobos o a osos o a lo que sea que haya allí dentro. Tienen miedo al bosque y a lo que nunca han visto.

Se erigen barracones en el claro nevado y alrededor de la casa. Sobre su cubierta hay ahora una antena parabólica, para succionar la cobertura que allí les falta. El frío empieza a ser dañino, duele al respirar. Emeli contempla el bosque sombrío y consulta el reloj. En veinte minutos parte al claro de aterrizaje, junto a Francis Thurmond. Antes del anochecer volverán a la ciudad para el análisis forense, con la compañía Denali Wind, con el mismo piloto y el mismo aparato que trasladaron a las víctimas hace dos semanas. Es el último que las vio con vida y el primero que las vio muertas. Emeli quiere interrogarle a solas y mientras pilota. Las víctimas también vuelven, anudadas en plásticos, una a una y en trineos motorizados hacia la pista de aterrizaje. Después, avioneta fúnebre y paseo silencioso entre las nubes, no hacia el cielo ni el infierno, sino hacia el laboratorio forense. El traslado se ha demorado por la agrupación de los restos del hombre LEGO, semienterrados en la nieve y de difícil identificación.

Emeli piensa en todo esto mientras saca el móvil del anorak y llama a su madre porque hoy es su cumpleaños. Conexión internacional. Nota o imagina la lejanía, las distorsiones del océano. Espera los diez tonos de media (según se encuentre en casa o en el súper del pueblo o en la iglesia de San Miguel, o según interferencias físicas como artritis o lumbalgia, o sonoras como el aspirador o la radio encendida). Al fin son doce los tonos y de fondo se oye Radio Euskadi y el fragor de fritos en una sartén.

—Hola, *ama*.

Emeli saluda y escucha. Recuerda que allí es la hora de la cena. La voz de *ama* inunda la línea desde el otro lado del Atlántico.

—Bien, *ama*, estoy bien. No puedo hablar mucho.

El hablar de *ama* abrumba como siempre.

—Feliz cumpleaños, *ama*.

—...

—De nada. Volveré pronto, sí. En Navidades como tarde.

—...

—No, todo está tranquilo aquí en la oficina. No hay mucho ajetreo.

—...

—Claro. Avisaré con antelación. Bueno, *ama*. Tengo que dejarte.

—...

—Sí, sí. En casa todo bien.

—...

—Un beso, *ama*. Un beso, sí. *Agur. Agur.*

Emeli cuelga y mira cómo trasladan los restos del hombre LEGO. Cargan el trineo. Son tres bultos plastificados y siete bolsitas de estraza. Frente al bosque, los guías de la Estatal lo tienen difícil con los beagles. Emeli ve todo eso y piensa en su *ama*. Labia y brío, verborrea doméstica. Así es el hablar de *ama*. La llama con frecuencia y se despide pronto. Solo quiere escucharla. También lo necesita. Enseguida, por hastío congénito de hija, busca agotar la conversación. Sí, sí. Vale, vale. Un beso, *ama*. Un beso, sí. *Agur. Agur.* Luego cuelga y con algo de remordimiento se queda pensando en ella. El ímpetu de *ama* no es ilusorio, ni protector, sino innato. Nunca cesó ni se vio debilitado, ni siquiera cuando murió *aita* ni cuando Emeli la dejó sola para irse primero a la universidad autonómica, y para cruzar después el Atlántico y no volver, becada por la universidad de otro país. Ya han pasado doce años de su marcha. Cada vez que la visita la ve más sola y mayor. Entonces piensa que más que heredar el ímpetu en un caserío con cinco hermanos varones y un padre que usaba el cinturón, desde pequeña se vio forzada a tenerlo o a interpretarlo como si fuera una actriz, hasta que se acostumbó tanto a ello que se volvió ella misma ímpetu en sí.

Ahora Emeli revisa el móvil. El frío le quema en las mejillas y la nariz. De Larissa no tiene nada. De Joan tiene un wasap.

«He ido al campo con Unax. Ha estado bien. No te pierdas en la tundra, mi chica extraña.»

Mi chica extraña. A Emeli le gusta que Joan la llame así. A pesar de los años. Lo hace desde que empezaron a ser amantes, o parejita tierna en el instituto del pueblo, antes de que ella se fuera a la universidad. Chica extraña por la mirada ausente y los gestos ambiguos, cuando eran adolescentes y estaban en cuadrilla bajo el pórtico de la iglesia o en los soportales de la plaza. Extraña por su espíritu a contracorriente, sutil, secreto, pionero, que nadie sabía ver, cuando la cuadrilla era una manada. Ahora ya no es ni chica ni extraña como entonces, pero llamarla así resulta juguetón, y tiene un valor especial porque evoca el paso del tiempo y le recuerda que es ella, y no otra, la chica que una vez fue.

Hace mucho tiempo que Joan y ella lo dejaron. En realidad fueron tres meses de aventura experimental y desastrosa. Desde entonces han transcurrido dieciséis años. Ahora Joan sufre esclerosis múltiple. Se la diagnosticaron antes del verano y aún hace vida normal. Sigue en la peluquería unisex de la calle Baroja, Hile Basatia, y piensa continuar hasta que se le atrofie el sistema nervioso o se le paralicen las manos y tenga riesgo de picar cráneos o de cortar cabelleras a lo indio sioux en la batalla de Little Big Horn. Le han obligado a colgar un cartel: «Enfermedad crónica del sistema nervioso central. A su cuenta y riesgo». Hace ya casi dos años que se divorció de Susana. Su sistema nervioso central de repuesto son dos hijos, aún pequeños, Unax y Nerea. La custodia es de ella y él los tiene los fines de semana alternos.

Emeli y Joan se wasapean casi todos los días. También llamadas internacionales o por Skype. Y visitas trimestrales, sobre todo de ella. Eso ahora, porque la suya, como toda amistad de verdad y a través de océanos y de años, se estrecha y se distancia como goma elástica. Ahora están en el modo estrecho. Joan casi siempre le habla de sus lecturas, clásicos de Cervantes a Faulkner; le habla de los tríos de Beethoven, o de la *Suite de los planetas* de Holst o de las películas de los

hermanos Lumière. Cuando le habla de sus hijos es capaz de reírse y de llorar con el barullo emocional de un adolescente. Cuando le habla de su enfermedad casi siempre bromea. Joan es un tío insólito que escucha tanto como habla. Es decir: o habla o escucha en todo su ser, bien en formato monólogo, bien en formato frases intercaladas. Su cerebro es como un interruptor, o pasa la corriente o no pasa, sin término medio. Por algún motivo, además, desde el instituto posee un mapa mental de los entresijos emocionales de Emeli, que son más insólitos aún que un tío que escuche y hable como un interruptor. Más que un mapa, posee un manual. *Manual de instrucciones de uso Emeli Urquiza*. Capítulo 3.1: «Cómo apagar las inseguridades». Capítulo 4.3: «Para hacerla reír pulse el botón X». Capítulo 5.1: «Ante una ciclogénesis explosiva de estrógenos, mantenga pulsado el botón de silencio de manera sostenida hasta que la luz se apague».

Y claro, cuando se trata de hablar de Larissa, Joan es su operativo de rescate.

—Salimos ya, jefa.

Un agente de la Estatal con plumífero y orejeras. La llaman jefa en su presencia y la vasca de la Ivy League cuando no está delante. Vasca por origen, que allí se asocia a dureza de pastor inmigrante. Ivy League por acento. Un inglés tipo catedrático de Yale o de Harvard, frío como el témpano.

Resuena en la cabina el motor del turbohélice Cessna. El ronroneo es soporífero y tiene algo de encantamiento, por el paisaje en calma y el cielo de un azul prenocturno, donde flotan aquí y allá hilachas de algodón violáceo. La voz del piloto le llega a Emeli entrecortada. Las Ray-Ban de *Top Gun* y los cascos de aviación que le cubren media cara tampoco ayudan a interpretar su lenguaje corporal, pese a tenerlo muy próximo, porque ella va en el asiento del copiloto. Detrás, Francis Thurmond calla y mira por la ventanilla. El resto de los asientos, donde días antes viajaron las nueve víctimas que ahora vuelan en helicópteros hacia la morgue, permanecen vacíos una vez analizados por los técnicos de pruebas.

—Es una puta locura. ¡Es que no me lo creo!

Emeli calla y escucha, consciente de que él percibe que lo está observando con extrema atención.

—No me lo creo —repite el piloto tras las Ray-Ban.

Como ella no dice nada, el hombre se incomoda y se inquieta aún más y repite, más alto:

—Es que no me lo creo. ¡Qué locura, joder!

—¿Sabía usted adónde los llevaba?

—Sí. A la casa.

—¿Y ha estado alguna vez allí?

—¡Qué va! Yo aterrizo y me voy. Y, visto lo visto, menos mal.

—¿Es la primera vez que deja a alguien en esa zona?

—En los últimos dos años, sí.

El piloto acciona algún control, hay oscilación breve de agujas. No se sabe si lo hace por necesidad técnica o por necesidad emocional, como un tic nervioso.

—Entonces no sabe nada.

—¿Sobre qué?

—Sobre si vivía alguien allí o sobre el dueño de la casa.

—Ni siquiera sé cuándo se construyó. La vi por vez primera desde el aire, a principios de

verano, hace cuatro meses.

—O sea, que no cayó del cielo y con la nieve, como dicen las tribus tlingit.

El piloto, que miraba al frente, desvía la vista un momento hacia Emeli y luego atrás a Francis Thurmond (silencio fumador y versión afroamericana de Humphrey Bogart en *Casablanca*).

—Perdonen, ¿es esto un interrogatorio? Si es un interrogatorio, me gustaría hacerlo en tierra firme.

—Usted pilote.

Abrumado por la situación y sin saber si todo es una broma o no, el piloto se centra en los mandos, la mirada en el paisaje infinito, que se oscurece por un lado y aún no por el otro.

—Era una circunstancia extraña —dice entonces.

—¿La de los nueve viajeros?

El piloto asiente. Hay apuro en el gesto. La evidencia le sitúa en posición comprometida. Sospechoso o candidato a sospechoso. Y eso él lo sabe. Emeli saca la libreta y apunta mientras el hombre habla: «Revisar vuelos del piloto en los últimos catorce días. Revisar registro GPS de aparatos pilotados. Valorar posibilidad de un cómplice».

—No tenían muy claro qué hacían aquí —continúa el piloto, que mira de reojo lo que ella apunta—. Coincidieron todos el mismo día, aterrizaron en la ciudad en el mismo avión y vinieron a nuestra compañía.

Emeli no hace mención a la carta con la peculiar invitación a la casa que han encontrado en la cartera de Aliou Sabaly. En ella se alude a su compañía aérea: «... En la ciudad más cercana hay una compañía, la Denali Wind, que ofrece algunos vuelos a este lugar...».

—¿Cree que alguien los invitó a venir? —pregunta Emeli.

—Es posible. No se conocían entre ellos. Me preguntaban por la casa. Pero nadie tiene información sobre ese lugar. Yo solo soy piloto, no guía turístico.

La pregunta le atolondra y da respuestas algo inconexas. Lo de la invitación lo incomoda; si no la conoce, la intuye y prefiere forzarse a creer que no sabe absolutamente nada. Un lavado de manos y de memoria.

—Entonces, desconoce la razón de la presencia aquí de esas nueve personas.

—Diría que se trataba de una invitación, sí. Por la situación, ya saben. Lo que les preocupaba era que yo no volviera.

—Y usted no volvió.

—No cuando prometí. La tormenta se adelantó y no volví hasta ayer.

—¿Duró dos semanas la tormenta?

Calla el piloto, simulando o no su aflicción.

—Hubo ventanas de buen tiempo —responde—. Podría haber salido.

—¿Y por qué no lo hizo?

—En el plan de recogida figuraban el día siguiente a la llegada y luego otros doce días más tarde. El segundo se anuló por mal tiempo, así que esperé a que se cumpliesen las dos semanas de estancia. Y la empresa tiene compromisos. Otros clientes, ya sabe. Es la planificación.

En sus anotaciones, Emeli subraya la frase: «Revisar registro GPS de aparatos pilotados». El discurso ha chirriado, levemente, con el argumento de los otros clientes.

—¿No se preocupó durante el temporal?

—No contactaron. Supuse que en la casa estaban bien. Usted la ha visto, parece un módulo lunar. Los refugios del estado son cabañas y barracones de mineros. Estaban mejor allí que en ningún otro sitio.

—No había transceptor de radio cuando llegaron. Alguien se lo había llevado.

—Pero eso yo no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo?

—Usted ha mencionado que nadie tenía información de la casa —interviene de repente Francis Thurmond—. Pero supuso que estarían mejor que en ningún otro sitio.

La versión afroamericana de Humphrey Bogart que acaba de hablar angustia al piloto.

—Ya se lo he dicho. Vi la casa desde el aire. Era reflectante, moderna, parecía con instalaciones. Algo inusual en regiones tan salvajes. Lo supuse por eso.

Calla Humphrey Bogart y su silencio es peor que su voz. Emeli sonrío. Sobrevuelan ahora extracciones petrolíferas. La tierra es carbón, y los riachuelos, oro negro.

—Había dos que hablaban en ruso. Una variante del ruso. Mi madre era de Lavrentiya y entiendo algo.

Lo dice el piloto, para sorpresa de Francis y Emeli. Lo tenía guardado y en lista de espera o de dudas y ha decidido soltarlo en ese momento. Ronronea el motor y de fondo hay un silencio contemplativo de anochecer.

—Interesante —dice Emeli, e inicia un repaso mental del informe preliminar de las víctimas, una información que aún es de Wikipedia.

Teodor Veselin (político, empresario, personalidad televisiva de una pequeña ex república soviética). Ulad Dobrovolsky (secretario de finanzas y perrito faldero del propio Veselin).

—Como hablaban en ruso, decían cosas que los demás no —añade el piloto.

—¿Cosas como qué?

—Esto es una trampa.

—¿Esto es una trampa?

—Sí. Esto es una trampa. Uno de ellos dijo algo así.

—¿Es una broma?

Atrás Francis Thurmond se ríe, algo que Emeli creía en él contra natura.

—No, por supuesto que no —responde el piloto.

—¿Y en qué contexto dijo eso?

—No sabría decirle. A la cabina solo me llegaban fragmentos de la conversación. Pero me acuerdo de ese comentario. Me llamó la atención.

Emeli calla. Piensa en la nueva información. Como no encuentra un pensamiento fructuoso, mira hacia abajo, hacia las extensiones mineras y nocturnas.

—¿Y cómo suena eso en ruso? —pregunta entonces Francis Thurmond.

El piloto se da la vuelta. Hay una sacudida de mandos.

—¿Cómo? ¿Qué?

—*Lovushka*. Sé que «trampa» se dice así —añade Francis—. Pero el resto no lo sé.

El piloto vuelve la vista al frente.

—Sí, sí. Se dice así. Pero bueno, ya saben, entiendo algo por mi madre. Creo que es... Se dice... Esperen un segundo.

Emeli se anima al festín y pregunta:

—¿Sabe usted que las víctimas tenían invitaciones a la casa?

El piloto mira ahora a Emeli, como acosado por otro frente. Tira sin querer de los mandos y el morro del Cessna se eleva, apuntando al cielo en lugar de al horizonte.

—Pues vaya, no —responde—. No, no lo sabía. Bueno, quizá en algún momento pude escuchar algo, pero no sabría decirles ahora mismo. El caso es que me suena. Algo me suena. Pero no sabría decirles.

—¿Sabe que en las instrucciones de cómo acceder al lugar se mencionaba su compañía, la Denali Wind?

Un ligero espasmo y oscilación de agujas. Turbulencias humanas. Presión sanguínea y no solo por altitud.

—Denali Wind es la principal de la zona. Creo, creo que es normal —balbucea el piloto—. Diría que tiene sentido. La verdad es que no me lo esperaba. Es que, joder, es muy extraño. ¿No les parece?

Emeli apostaría ahora treinta dólares a que el piloto llora. Lagrimillas detrás de las Ray-Ban. Aunque podría ser una actuación de Oscar. Ya ha visto algunas así. Psicópatas peso mosca que lloran, moquean, violan y rajan gargantas sin pestañear. Está siendo un noqueo fácil, pero podría estar tirándose a la lona. Ahí va: uno. Dos. Tres. Cuatro. Levántate. Cinco. Levántate, mierda.

—De verdad. De verdad que yo no he hecho nada. Que no sé nada. Es que es muy feo. Todo esto es muy feo. Joder.

El piloto no llora pero el morro del Cessna ahora desciende y hay un vahído de estómago. De pronto a Emeli le preocupa su integridad personal.

—No se distraiga demasiado.



*Día 2*

Quietud del amanecer. Los copos de nieve toqueteaban en la ventana de la habitación. Eran copos plácidos y también kamikazes. Estrellas microscópicas que se estampaban antes de morir. Junto a los faroles encendidos de la casa caían como algodones de ámbar, después en el claro se volvían miles, de plata y de sombras; más allá, en la negrura del bosque, eran demasiados y ya no se distinguían.

—¡Es una trampaaaaa!

Teodor se despertó con un grito iniciado en sueños, porque le llegó como traído de lejos, aunque siempre saliendo de su boca. También se despertó con el pijama empapado. Con el corazón a punto de estallar. Con falta de aire. Con el cuerpo de su hija Irina en las paredes de la habitación, metida entre maderas, en bolsitas de plástico.

—Un mal sueño.

Ulad era una presencia azulada junto a la ventana. Todo él serenidad. Dijo «un mal sueño» y volvió a contemplar la nieve. Teodor se levantó y no quiso pensar en lo viejo que le había dejado el sueño, porque él no era viejo, él estaba en el esplendor de la vida, en el punto perfecto entre lo que se pierde y se gana, entre fortaleza y sabiduría, por más que el dolor de espalda le dijese lo contrario. Se acercó a las juntas de los maderos. Husmeó el tabique y solo le llegó el olor a pino barnizado. Nada putrefacto. Pureza alpina de bosque o aserradero. Después, mientras se vestía y se aseaba en el lavabo donde ya no revoloteaba el cabello de oro, empezó a tomar una medida real a las cosas.

—Hoy vuelve el piloto —dijo—. Tenemos que ir a la pista de aterrizaje.

Ulad contemplaba en silencio los copos de nieve, que ahora eran más densos y numerosos, tanto que parecía agotarse el aire del mundo, como una inundación apocalíptica de tejido blanco. Miró a Teodor.

—No creo que sea posible —replicó.

A Ulad Dobrovolsky lo pescó en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Un espécimen insólito que hablaba ocho idiomas, entre ellos tayiko, kazajo, bielorruso y azerí. Discreto como un insecto hoja, asexual como un cangrejo jaspeado, o eso le parecía a Teodor, porque no tenía ni mujer ni hijos ni amantes conocidas, y porque era aficionado en la nocturnidad a la pintura de soldados en miniatura. Lo realmente inaudito era su procedencia: Kamchatka, una de esas regiones lejanas del nordeste ruso, más lunares que terráneas, al menos a siete horas de vuelo desde cualquier lugar,

donde solo había campesinos, centrales lecheras y terneros enfermos por salmonelosis. Un kamchatkari en la pesquería del ministerio suponía una trucha de oro.

—Hay que hacer la maleta.

Abajo, en la sala de estar, Ronald Goodwin apoyaba las manos en la encimera de roble, la mirada absorta frente al maletín de la radio portátil. Un maletín vacío. Sin walkie-talkies ni baterías ni cargadores dobles. Su mujer, Zettie, sentada en el sillón con una tacita de té y el mismo aire abducido, se volvió hacia Teodor (que bajaba con la maleta y diciendo que había que irse de allí) y exclamó:

—¡Señor Veselin! Justamente estaba pensando en usted y en que no me dijo de dónde era. Tiene aspecto y acento de venir de lejos.

—Como todos aquí —respondió Teodor—. Lejos es el lugar en el que estamos.

Zettie sonrió y señaló a la mexicana muda, que freía de nuevo tortilla de maíz y hacía café con el hornillo de gas.

—Ángeles Expósito es una delicia doméstica. ¿Le gustan los chilaquiles para desayunar, señor Veselin?

En apariencia sin pretenderlo, por lógica primermundista, la estadounidense Zettie tenía a la mexicana Ángeles como a una criada en ciernes. Pero esto último no lo pensó Teodor, porque para él también era lo lógico, y porque lo único en que pensaba en aquel instante era en irse de allí porque corrían un gran peligro.

—La avioneta volverá hoy —le dijo a Zettie—. Le sugiero que recoja sus cosas.

—No podemos dejar a nuestros hijos aquí, señor Veselin. Hay que esperarlos. Volverán pronto. ¡Están de excursión!

—Lo dudo mucho, señora.

—¿Lo duda?

Teodor señaló hacia la ventana y la ventisca.

—¿De verdad cree que están de excursión bajo la nieve?

Zettie lo miró, y sus ojos se volvieron grandes e infantiloides y próximos al llanto.

—¿Dónde si no? —murmuró.

Teodor no respondió; abrió la nevera y cogió su botella de cuatro litros de *kvas*. Bebió un poco a morro y sintió el frescor y el alivio que necesitaba. Después abrió la maleta y le hizo hueco a la botella. Ahora que había bebido se sentía mucho mejor.

—¿Por qué se lleva su equipaje? —le preguntó Zettie.

—Me voy. Y usted debería hacer lo mismo.

Zettie hizo un gesto hacia la ventana, tal como él había hecho antes.

—¿Pretende arrastrarla bajo la nieve?

Sonrió sutilmente, con un atisbo de inteligencia que no le atribuía Teodor.

—Pretendo ir a la pista de aterrizaje y esperar al piloto.

La sala aún tenía un frío lóbrego, a pesar de la chimenea encendida. Teodor dejó a la mujer y se acercó a la ventana, y en la nieve intensa percibió las siluetas del negro africano y el español moreno de sonrisa inmaculada y brillantina a lo torero. Revestidos con anoraks y pasamontañas, merodeaban en la inutilidad blanca.

—¿Cómo se llama el negro? —preguntó Teodor en ruso.

—Aliou Sabaly —susurró Ulad, junto a él.

El negro Sabaly hablaba un francés de colonia, un francés africano y sumiso, como de lerdo conquistado no por tiranía del conquistador, sino por ineptitud propia. O al menos eso imaginaba

Teodor, que solo podía suponerlo porque no sabía francés, y porque en aquel preciso instante el ruso estaba dentro de la casa y el negro fuera, así que no podía oírle hablar con el torero.

—No me gusta el negro —dijo Teodor.

—Disculpen el comportamiento incomprensible de mi mujer.

Ronald Goodwin se había acercado, silencioso. Intrusión americana en reducto postsoviético.

—La situación la sobrepasa —añadió—. Espero que lo entiendan. Llevamos meses sin saber de nuestros hijos. Y ahora esto.

—Les sugiero que se preparen —repitió Teodor.

—¿Prepararnos para qué?

—Para acudir a la espera del piloto. Llegaré en dos horas.

—No creo que el tiempo se lo permita.

—Usted no entiende nada, señor Goodwin.

—Nadie entiende nada, a mi parecer. ¿Usted entiende algo?

Zettie Goodwin tintineaba los vasos con el tenedor; tenía lágrimas en los ojos, y su voz mutó en estridente conforme decía:

—Chicos y chicas, a desayunar...

La inglesa algo despistada que no parecía enterarse de las cosas y el otro americano, el solitario de pie junto a la librería, se sentaron en silencio junto a Zettie y la mexicana, que miraba alrededor satisfecha de su trabajo.

Teodor contempló la escena. «Claro que hay que irse», pensó. Los demás no tenían ni idea. Los demás no sabían lo que sabían ellos. Aquello no podía ser casualidad. Primero su hijo Andrey, ¿y ahora su hija Irina? Era una maldita trampa. Él lo había visto antes de volar allí. Cuando aún no estaba en aquella casa, en aquel maldito rincón extremo, mortal, ártico. Cuando aún estaba en la civilización. Los Ángeles. Siete días antes.

Había algo dulce en el reposo de la sábana sobre el cuerpo. Andrey Veselin, veinte años, bajo la luz fluorescente de la morgue. Teodor y Ulad salieron al pasillo, cuando se oía un arrastre de bandeja hacia el interior del horno, aunque no fuera un horno crematorio sino un cajón frigorífico para conserva de cadáveres. Muerte por sobredosis, eso les habían dicho.

En la cabeza de Teodor resonaban frases inconexas y con cadencia maniática. ¡Claro que era él! ¡Era él! ¡Claro! Identificación. Sobredosis. Sobredosis. Sobredosis, y una mierda. ¡Ahora sus cosas! ¡Ahora a sus cosas! Frente a él, en el pasillo, pasaron un carro y siluetas blancas. Fregonas y bártulos. El servicio de la limpieza. Teodor se sentó y se miró las manos con la vaguedad de un niño que descubre el mundo o de un anciano que lo redescubre. Un gesto inútil en un adulto. Mientras tanto, en su cabeza: ¡Era él! ¡Claro! Identificación. Sobredosis. Sobredosis. Sobredosis, y una mierda.

—Sobredosis, y una mierda —dijo Teodor de pronto.

—¿Cómo dice? —preguntó Ulad, que estaba frente a él, de pie y junto a una máquina de café.

—Dónde estará ella —murmuró Teodor sin responderle.

—¿Quién? ¿Irina?

Teodor asintió con vaguedad. Ulad abrió su carpeta y extrajo el sobre con la invitación y la fotografía de Irina sonriente, descalza sobre la hierba y con un bosque de fondo.

¡Estoy bien! Siento no haber dado señales de vida... pero me gustaría que vinieras a verme. En la ciudad más cercana hay una compañía, la Denali Wind, que ofrece algunos vuelos a este lugar. No son muchos, así que lo

mejor es que coincidáis todos el mismo día para coger el avión. Mi recomendación es el 3 de octubre. La vida aquí es diferente y maravillosa. ¡Ven, por favor! Las coordenadas son: O1801°44'32.1"/ N850°23'55.18".

P. D.: Te adjunto un regalo, para que veas lo bien que estoy.

—Dónde estará ella —repitió Teodor.

—En el lugar de las coordenadas. Posiblemente.

Ulad guardó el sobre. Andrey se escapó de casa un año antes y viajó a Estados Unidos tras los pasos de su hermana. La diferencia: Irina para estudiar y él para jugar al póquer y vaciar su cuenta con dinero de su padre en orgías y fiestones de casino. Teodor los dejó ir y no supo de ellos durante meses. Ni sus hijos llamaban ni él llamó. Si Andrey se había fugado, tendría que ser él quien telefonease primero. Y en cierto modo lo había hecho, a través de la policía de Los Ángeles, mientras se descomponía su cuerpo en la habitación de un hotel. Poco después llegaron las noticias de Irina. Esa extraña invitación.

—Está relacionado. Irina y esto. Está relacionado —dijo Teodor.

—No se precipite.

—¡Esto es una locura!

—Cálmese. Cálmese.

Teodor se llevó las manos a la cabeza.

—Andrey vino aquí por ella, Ulad. ¡Yo lo sé!

—Eso sí es cierto. Pero Irina estará bien. No existen razones para pensar lo contrario.

—No contesta al teléfono. Son tres meses sin saber nada. Y míralo ahora.

—En realidad, han sido más de tres meses.

Las manos de Teodor estrujaban su cabeza, su inmaculada y repeinada cabellera dorada que no movía ni el viento, porque se la fijaba con laca capilar y técnicas y productos secretos pero siempre varoniles. Para hombres, ponía en los envases. De pronto se percató de lo que hacía, y dejó asustado de tironearse el cabello. Se miró las manos, a ver si tenía demasiados pelos.

—No se torture, señor. Esto no es culpa suya.

Teodor lo miró.

—¿Por qué va a ser culpa mía, Ulad?

—No lo sé, señor.

—¿Insinúas que los desatendí, Ulad? ¿Y que por eso se fueron de casa? ¿Y que por eso han muerto?

—Andrey ha muerto. Irina no. Y líbreme Dios de insinuar eso, señor.

Teodor se levantó.

—Tenemos que ir a ese lugar. Y tomar precauciones —dijo.

—¿Qué clase de precauciones?

—Tengo enemigos. Esto es demasiada coincidencia.

—Deberíamos calmarnos y verlo con perspectiva, señor. Sus enemigos...

—Mi hija no morirá, Ulad.

—Su hija estará allí. En buenas condiciones. Como dice en la invitación.

—¿Y si vamos allí y no hay nadie? ¿Y si la invitación es falsa y no es de Irina? ¿Y si alguien la ha secuestrado y la retiene?

—Entonces usted estará en lo cierto. Pero dudo...

—Será una trampa, Ulad. Y habrá que escapar de allí.

Teodor y Ulad partieron de la casa cúbica sin apoyos, los dos en solitario, abriendo huella, como si fueran a conquistar un ochomil. Sin las maletas, porque con la nieve hasta las rodillas no se podían arrastrar. A sus espaldas quedaba la casa y la silueta solitaria de Aliou Sabaly, el negro africano, que los miraba fijamente desde el porche velado por la nieve.

Treinta minutos después aún abrían huella. La pista de aterrizaje debía estar cerca. Esfuerzo de alpinista, desorientación en la tormenta. Rugían vientos. Porque así sonaban. Como varios vientos a la vez y desde todas partes. Eran vientos tangibles, con picotazos como de miles de abejas de hielo. Eso pensaba Ulad mientras seguía a Teodor; el frío le cegaba, le ardía en la cara, y le dolía hasta en el cerebro. Pensaba en abejas de hielo. También pensaba en si captaría el chasquido de su escupitajo en el fragor de la ventisca. El crujido de su saliva al proyectarse en el aire y convertirse al instante en hielo, como cualquier gota de agua que le diera por revolotear a la intemperie. En realidad escupía y por insensibilidad de labios y efecto del viento en contra, la saliva era un tentáculo babeante que se le quedaba en la barba, a esas alturas un bloque compacto de hielo. Pero de esto no se daba cuenta Ulad y continuaba escupiendo bajo el frío, creyendo que lo de la nariz y las mejillas era ya irremediable, hematoma de congelación para toda la vida, y que o los llevaba el viento o se perdían y morían por hipotermia acurrucados en la nieve.

Teodor empezó a hablarle a gritos; palabras que le llegaban entrecortadas en la ventisca. Su espalda, su percha firme bajo la capota y el viento intenso, tenía algo de certeza absoluta y absurda de emperador.

—¡Te lo dije, Ulad! ¡Alguien nos quiere aquí! ¡Esto es un maldito cebo! ¡Y yo no le daré el gusto de quedarme quieto!

—¡Esto es una locura, señor!

—¡Irina jamás ha estado aquí! ¿Te das cuenta? ¡Todo es mentira!

—¡Señor, hay que volver a la casa!

—¡Hay que irse cuanto antes, Ulad!

De abejas de hielo pasó Ulad a pensar en infantes de Grande Armée en retirada desde Moscú. Invierno también, estepa también pero en versión rusa y no americana, y pétalos tricolor *bleu-blanc-rouge* que caían sobre la nieve al son de la Marsellesa. Así continuaron los dos su marcha épica, tras fantasías moscovitas o de avionetas en ventiscas, hasta que Teodor se paró jadeante y, hundido hasta las rodillas, se volvió y gritó:

—¡Creo que ya estamos en la pista de aterrizaje!

En la casa había una calma expectante y de reloj de péndulo en la pared. Zettie Goodwin enseñaba fotografías de sus hijos, chico y chica; hablaba de Jenny y el concurso de ciencias en sexto de primaria, y de Charlie y el triple sobre la bocina en la semifinal del interestatal, y así desde el primer paso hasta la fiesta de graduación. Las enseñaba desde la tablet. La mexicana monolingüe y la inglesa nervuda escuchaban y miraban, en el sofá y bajo mantas de manufactura tlingit. Ronald Goodwin hacía estiramientos de yoga sobre la alfombra del vestíbulo y corregía a su mujer en algunos detalles: de Jenny era el volcán de plastilina, no el sistema purificador de aguas residuales y a la vez generador de energía; Charlie lo metió sobre la bocina, pero perdían de veinticinco, así que perdieron de veintidós. El americano solitario y el español torero estaban fuera de la sala de estar y en otros quehaceres indeterminados. Aliou Sabaly salía del trastero, con dos anzuelos usados.

—Cuando deje de nevar podemos salir afuera. A buscar por los alrededores.

Lo dijo Ronald Goodwin, en la postura de la grulla, con la voz entrecortada por el esfuerzo. Zettie Goodwin dejó la tablet.

—Pero ¿a buscar qué?

—No lo sé, cariño.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Te refieres a buscar por el bosque como hacen con la gente desaparecida?

Ronald siguió en la postura de la grulla, sin mirar a su mujer. No dijo nada.

—¿Crees que estarán atrapados en la nieve? —insistió Zettie.

—Seguro, cariño. Eso es. Estarían de excursión y se refugiaron en alguna cabaña. Lo que tenemos que hacer es salir y encontrarnos con ellos.

Zettie se acercó a la ventana y contempló la ventisca.

—Pobrecillos. Pero ¿cómo se les ocurrió venir aquí? ¿Dónde tienen la cabeza estos hijos?

—Cuando amaine el temporal salimos a buscarlos —propuso Aliou.

—Me parece bien —dijo Ronald.

—Tardan mucho en volver los dos rusos, ¿no? —comentó Zettie.

En ese momento se abrió la puerta y entraron mil vientos silbantes y cortantes. Un lengüetazo glacial que despertó gritos de sorpresa y de pánico. En el umbral dos siluetas, mitad humanas mitad hielo, parecían nacidas de una glaciación.

Laboratorio. Matadero. Desguace. Estación central de la muerte. Búnker de azulejos y cajones de metal, fluorescentes fríos, fregonas y baldes de agua, servicio de limpieza ejemplar y nueve cadáveres que esperan turno para coger el tren. En la sala de autopsias hoy se han comprado muchos tiques. Emeli observa el cuerpo desnudo de Aliou Sabaly sobre la camilla metálica.

—Dios mío, no me gustaría ver esa cosa enfadada —dice.

El forense continúa.

—Tres y media de la tarde. Cuchilla para rasurar. Retiro el vello pectoral. Abundante. Escalpelo, por favor. Procedo ahora con la primera incisión en el pecho. Evito orificios de bala. Sierra eléctrica, por favor.

A pesar de las mascarillas quirúrgicas, se percibe el olor acre de lo orgánico en liberación. Emeli mastica chicle mentolado y piensa que lo del hedor es un castigo por tanto encierro, una pequeña venganza por lo injusto de los órganos a los que les ha tocado estar dentro. Ahora os jodéis.

—Procedo al corte de las costillas.

El forense habla, con parsimonia científica, dirigiéndose al micrófono colgante, mientras se revoluciona el motorcillo de la sierra. Sale neblina blancuzca, como en las limpiezas bucales del dentista. Mana la sangre.

—Retiro el frontal del pecho. Tres heridas de bala. Evalúo trayectorias en cada nivel de la infraestructura corporal.

Junto al cuerpo de Aliou Sabaly hay una bandeja con la ropa examinada, donde no se han encontrado fragmentos de bala. Que el sujeto se resistió a una disputa brutal antes de fallecer es una evidencia. Desgarros en las vestiduras y hematomas en pómulos y abdomen, dos costillas fracturadas y ausencia del lóbulo en la oreja izquierda. Las manos destrozadas, con cortes profundos que alcanzaron el hueso. Los de la Científica ya realizaron su trabajo con el ADN y posibles fibras de guantes, a ver qué sale. Emeli siente la tentación de hacer una pompa, algo desagradable que añadir al olor putrefacto. Así que mastica ahora con energía, mientras el forense juega con tejidos que al hurgarse con el instrumental suenan a viscosidad de tripas revueltas.

—Dos balas pasaron limpias —dictamina entonces el forense—, pero la tercera realizó el recorrido turístico completo: atravesó pulmón y vena cava.

—Pero no por ello es la causa de la muerte —replica Emeli—. Me da que el protagonismo se lo llevó la cuarta entrometida, la de la cabeza.

—La cuarta bala pudo causar el colapso inmediato, pero en el caso de haber sobrevivido a las

tres primeras detonaciones. Que fuera *post mortem* o no, que se lo hiciera otro o se lo hiciera él mismo, es asunto de ustedes.

—Entonces, confirma las tres primeras.

—Que las tres primeras no se las pudo producir la víctima: sí. Que las tres primeras no se produjeron en la habitación: sí. Que la cuarta, la de la cabeza, se produjo en la habitación: sí. Que la cuarta se la produjera él o no es valoración que no me atrevo a confirmar.

De primeras, tiene mimbres de buen forense, pese a trabajar en el último rincón del mundo. Eso piensa Emeli, que por deformación profesional no tiende a los juicios prematuros. Habla al micrófono con frialdad científica, mientras hurga en lo horrendo. Se evidencia que le apasiona su trabajo. Resulta tierno. Además, posee la prudencia del buen patólogo, que antes de hacer una estimación calla. Porque la estimación primero es referencia, después empieza a ser verdad, y al final es tan verdad que nadie recuerda que fuera una estimación. Un forense curtido, sin ganas de dárselas porque ya se las ha dado y sabe que se las puede dar cuando le apetezca, lo sabe bien. No se moja. El forense novato, o el forense veterano que se sabe malo y con necesidad de sentirse bueno, se tira de cabeza a la piscina.

—Cuatro menos cuarto. Procedo al examen de los órganos internos.

Emeli mastica con empeño, pese a que el chicle perdió su sabor hace ya un buen rato. Los órganos cuelgan de las manos enguantadas del forense, todos juntos, como si fueran una sola cosa, cuando los saca del cuerpo y los deposita en el lavamanos de cerámica. La postura de Emeli es relajada, la espalda contra los azulejos de la pared y los brazos cruzados. Desde fuera, con la mascarilla puesta, no se ve que mastica como una prensa industrial. Cuando alguien de la Estatal abre la puerta y pregunta si quieren algo, mientras el forense disecciona con minuciosidad pulmones y corazón, Emeli pide una cerveza para ella y otra para el muerto, que está sudando la gota gorda. Lo dice así, y el de la Estatal se ríe. Francis Thurmond, que está muy cerca del forense, como abducido por su proceder y con su enorme cuaderno tamaño DIN A3 entre las manos, no dice nada, y tras esperar una respuesta que no llega, el de la Estatal se retira. Francis es de los pocos que no bromean. Sus técnicas para mantener la cordura son un misterio para los demás.

Cuando el patólogo comprueba la sierra circular, activando el motorcillo, y se dispone a aplicarla sobre el cráneo del sujeto en un arranque fanfarrón de motorista adolescente, Emeli siente el impulso de salir de la sala y servirse ella misma la cerveza. Pero se mantiene quieta, relajada. La sierra procede sobre el tejido humano. Sin los órganos, el cadáver es una carcasa casi vacía. Solo huesos, tendones y jugos.

Francis se pone gafas de protección y se aproxima al forense, los dos sobre la cabeza del muerto. A Emeli se le ocurre decir algo sobre bricolaje porque la situación le recuerda demasiado a un taller de coches o de ebanista, pero siempre le recuerda a eso y el pensamiento es poco original como para expresarlo en voz alta. Además, entre el patólogo y Francis y los nueve cadáveres no le quedan aliados con los que compartir laxitud ética, así que se calla y hace una pompa involuntaria; el chicle por fin se le adhiere a la mascarilla. Entonces el patólogo hace palanca y se oye un clac.

—Estiro desde las orejas para doblar la piel —informa el forense—. Procedo a retirar el cerebro para pesarlo y examinarlo.

Al poco entra el de la Estatal, con su lata de Yuengling fría, y el garbo con el que anda se le encasquilla cuando ve el panorama y descubre que tanto él como el muerto y todos los de la sala caminan por el mundo con máscaras de Halloween de fácil quita y pon. Sirve la cerveza a la



inspectora jefe, la vasca de la Ivy League, que supervisa el análisis estoica y relajada contra la pared. El agente de la Estatal se retira enseguida sin saber que Emeli también lo hace unos segundos más tarde, lata en mano, y que camina decidida por los pasillos hasta el lavabo de mujeres, para cerrar la puerta y quitarse la mascarilla y los pegotes de chicle; a continuación deja la cerveza junto a la cisterna, apoya los brazos en la taza de cerámica y vomita desde las entrañas los restos casi digeridos del desayuno. Después espera, como de costumbre, porque no es la primera vez. Lo hace medio boca abajo, con la nariz taponada de bilis y también de sándwich triturado, mientras le cae el último hilillo colgante. Se lava, se enjuaga, coge la cerveza y sale de los lavabos con el mismo paso decidido. Cuando entra en el laboratorio comprueba que nadie ha reparado en su ausencia porque el forense dice:

—Ya la tengo.

Levanta una minúscula porción rojiza. La cuarta bala y probable causa de la muerte. Francis Thurmond alza la mirada y la observa también satisfecho. Las gafas le brillan bajo el fluorescente y parece iluminado por la misma pasión añorada del forense.

—Calibre 38, imagino —comenta Emeli, después de beber un trago de la Yuengling.

—Eso parece.

—Ya tenemos las cuatro heridas de la Colt. A ver qué dicen ahora las huellas.

Después de Aliou Sabaly, pasean los dos inspectores y el patólogo por la sala de autopsias, mientras repasan las bajas informe en mano. El resto de las víctimas se alinean sobre las camillas de metal, bajo fluorescentes que asustan. Existe un vacío rotundo en los cadáveres. Una ausencia. Algo que se ha ido y que por lógica estará en algún lugar. Las autopsias y los muertos en realidad hablan del alma.

Zettie Goodwin, la rubia del atizador en la sala de estar, sale del *rigor mortis*. Fue de las últimas en morir.

—El caso de ella es claro. Grave hematoma a nivel del hueso parietal. La herida coincide con el atizador hallado en la escena del crimen. Pérdida de conocimiento y posible muerte por sangrado masivo. ¿Se sabe algo del atizador?

—Sí —responde Emeli—. No tiene huellas.

—¿Limpio?

—Solo sangre y restos de cabello rubio, que a falta de la confirmación del ADN coincide con la sujeto Goodwin. De huellas nada. El que lo usó las limpió o llevaba guantes.

Se queda pensativo el forense.

—A ver qué dicen las huellas de la Colt. Por *rigor mortis*, Sabaly y Goodwin coinciden en la hora de fallecimiento.

El siguiente es el hombre LEGO, que ya ha sido identificado como Ellis Harvey. Emeli observa su cuerpo o lo que queda de él, indiferente y como pasada de rosca tras el suceso en el lavabo, sin oler a muerto porque aún huele a su propio vómito, que es más llevadero que oler el vómito ajeno.

—Hallado en el claro, entre la nieve. Aún en *rigor mortis* —apunta el forense—. Graves incisiones por mordedura animal, cuerpo fragmentado e incompleto, rostro parcialmente reconocible. Podría coincidir en la hora de la muerte con Zettie Goodwin y Aliou Sabaly. Pero la estimación oscila en cuarenta y ocho horas. Existe diferencia de estadio en el *rigor mortis* por exposición de él a temperaturas bajo cero.

—Si fue banquete de lobos, alguien tuvo que darles la comida —dice Emeli.

—Es posible. Presenta contusiones de origen no animal. En el pómulo y ojo izquierdo, que es el que nos queda. Le faltan cuatro incisivos y tiene multitud de cortes profundos en la nariz y en la frente. Por lo demás, costillas magulladas y una incisión honda en el músculo isquiotibial.

—Alguien hizo su trabajo antes de dejarlo en la nieve. ¿Hubo resistencia por parte de Harvey?

—No hay cortes en los nudillos, pero sí hematomas. Se resistió. Tampoco hay disparos ni cortes por arma blanca en el resto del cuerpo.

—Quien lo hizo se desahogó de lo lindo, entonces. Sin instrumental y de modo salvaje, antes de dejárselo a los lobos.

El forense asiente y continúa con su exposición:

—Ahora vienen los desenterrados, que por lógica debieron de ser los primeros en morir. Lo que indica una primera valoración: los mataron o los mató alguien uno a uno y durante los catorce días de estancia. Incluso tuvieron tiempo para ofrecer dignidad cristiana para los muertos, o simplemente dignidad olfativa para los vivos por lo gaseoso de un cuerpo en descomposición. Aun así —añade el forense—, la estimación en el caso de los desenterrados es inexacta, de hasta cuatro días, porque desconocemos la temperatura ambiente antes del entierro, que hubiera acelerado o ralentizado el proceso de descomposición. Lo que amplía el abanico y deja abierta la posibilidad de que alguno muriera los últimos días.

Emeli escucha al forense y garabatea notas en la libreta, que hace tiempo ha sacado: «Dificultad para extraer orden cronológico de fallecimientos. Oscilación extrema de temperaturas entre el interior y el exterior de la casa».

—Ronald Goodwin —sigue el forense—. Herida de escopeta. Por la pauta de dispersión de los perdigones, disparo a unos quince pies. Hubo un segundo, a tres pies o menos, que penetró por el orificio bucal y fragmentó la dentadura superior.

—Lluvia de astillas de paletas y colmillos. Para el colofón —apunta Emeli—. En el caso del sujeto Goodwin, el arma homicida es interesante.

—¿Por qué? ¿Ya la han encontrado? —pregunta el forense.

—Una Blaser de caza modelo F3. Del calibre 12.

Lo dice Francis Thurmond, que desde hace un rato busca entre sus esbozos, pasando páginas con parsimonia, hasta encontrar el de un pequeño arsenal: el armario del trastero en la escena del crimen, donde hay alineadas tres escopetas de caza Blaser modelo F3. Señala al cuarto soporte. Se queda pensativo y añade lo evidente:

—Falta una.

Pero sigue sin responder a la pregunta de si la han encontrado y Emeli confirma que no. Se desconoce el paradero de la cuarta Blaser. Alguien se la llevó o la escondió, o simplemente aún no han dado con ella. El forense señala a los siguientes.

—Envenenados, lo más probable. Hemos enviado muestras de orina y sangre al laboratorio toxicológico.

Bajo los fluorescentes se hallan los cuerpos de Teodor Veselin, Ulad Dobrovolsky y Ángeles Expósito. Ellos dos desenterrados. Ella encontrada sobre la cama de un dormitorio con temperatura ambiente superior a la de los dos primeros, lo que ha acelerado el proceso de descomposición.

—Edad de gusanos extraídos de los restos del sujeto Antonio José Garrido: de diez a doce días —informa el patólogo.

El forense ha pasado a la más antigua de las víctimas, mientras Emeli escucha la edad de los gusanos, echa cuentas y apunta: «Muerte día tercero o cuarto de la estancia». Se retuercen las

diminutas larvas en sus tubos de plástico, tras la medición para el cálculo del fallecimiento. Las pocas larvas sorprendidas porque el resto sigue en su cultivo, en su edén infinito de tejidos y conductos que mordisquear dentro del cadáver en descomposición del español Garrido, en un inframundo al estilo de la serie infantil *Érase una vez el cuerpo humano*.

—Muerte clínica por congelación.

—¿Y por sangrado?

—A pesar de las heridas, imposible. En la fase uno de la hipotermia, los vasos sanguíneos de las extremidades se contraen. La sangre se concentra en los órganos vitales. De ahí la tonalidad azulada del sujeto. Este individuo murió por exposición a un frío extremo. Después fue enterrado junto a los demás.

—Pero tuvo que perder el conocimiento.

—Hay evidencias de ello, sin duda. Hematomas en pómulo, cuenca ocular izquierda y abdomen. Quien le pegó era diestro, sin ADN ni fibras de guantes. También hay marcas en el cuello y síntomas de asfixia, probablemente con una bolsa de plástico. Y le faltan las uñas de los dedos. Todas.

—«La turca» —dice Francis Thurmond, que observa los dedos muy de cerca.

—Método medieval de sometimiento, sí. El sujeto Garrido fue torturado. Le golpearon y le arrancaron las uñas hasta hacerle perder la consciencia. Luego murió por congelación.

Emeli asiente mientras completa en la libreta un esbozo preliminar de las víctimas, según orden de revisión en el laboratorio:

Aliou Sabaly (cuatro orificios Colt calibre 38, a la espera de huellas).

Zettie Goodwin (atizador, sin huellas).

Ellis Harvey (individuo salvaje/*pambasileus*).

Ronald Goodwin (dos orificios F3 calibre 12, paradero desconocido de la F3, desenterrado, dificultad estimación muerte).

Teodor Veselin (envenenamiento, desenterrado, dificultad estimación muerte).

Ulad Dobrovolsky (envenenamiento, desenterrado, dificultad estimación muerte).

Ángeles Expósito (envenenamiento).

Antonio José Garrido (tortura/congelación, avanzada fase de descomposición).

Emeli contempla la lista. Luego se queda mirando al sujeto Garrido, que en cierto modo es su paisano, y piensa que quien lo hizo tenía creatividad, además de paciencia y tendencia a aburrirse con la repetición. Los indicios de la presencia en el mundo de semejante individuo se exponen ante ellos sobre camillas metálicas. Juntos componen una obra de arte. Original. Diferente. De un lunático o lunática de primera. Mientras Emeli está inmersa en sus pensamientos, el forense avanza hasta el último cuerpo desenterrado, que como Aliou Sabaly y bajo los fluorescentes deriva del negro castaño al negro pálido de todo negro muerto. Una mujer de color, sí, en avanzada fase de descomposición. El forense sonríe.

—La verdad, el último sujeto es toda una sorpresa. Tiene unos veinte años y ya ha sido identificado.

—¿Quién es?

—No se lo van a creer.

*Día 3*

Crujían las raquetas sobre la nieve, pares de raquetas que pisaban descompasadas y sonaban a mordiscos de manzana. Deambulaban todos por el bosque, buscando pero sin atreverse a pensar en lo que hacían. Ya no nevaba. Sobre ellos el cielo estaba cristalizado tras la ventisca. Había copas de árboles que envolvían la visión con ramajes retorcidos. Había silencio. Y laberinto de bosque. Un mundo extraño y espectral.

—Mejor por aquí. La nieve está dura.

Aliou Sabaly sabía cómo no perderse. Ramas rotas o marcas en los árboles con la navaja suiza. Brújula para orientarlos siempre al sur. Sin pregonarlo, él encaminaba al grupo, brindaba un sentido secreto al derrotero de la búsqueda. Los demás no se daban cuenta y se esparcían entre los árboles pero sin alejarse demasiado, por miedo a perderse. Habían esperado un día y una noche a que el cielo se despejara. Teodor y Ulad bañados en agua caliente, para atajar posibles congelaciones e indicios de hipotermia tras su expedición fallida bajo la ventisca. La avioneta no había venido pero ahora que no nevaba todos tenían el oído avizor, por si el motor del Cessna quebraba los cielos con su zumbido de mosquito gigante. Aunque de momento nada. Solo deambular en el bosque.

Gritar los nombres de sus hijos era como asumir una búsqueda difícil de aceptar. Así que era una búsqueda peculiar en la que nadie hablaba. Una batida silenciosa y torpe sobre la nieve. Porque todos lo sabían: había algo absurdo en todo aquello. Sin sentido. ¿Dónde estaban sus hijos? Ya no nevaba, podrían haber salido de su refugio y haber vuelto a la casa. Esa era la teoría a la que se habían aferrado: una excursión sorprendida por la ventisca, que los había obligado a guarecerse en algún lugar del bosque.

Así que caminaban buscando y escudriñando entre los árboles, mientras en secreto Aliou calculaba: mil pasos desde la casa; en la nieve y con las raquetas el paso se acorta, así que unos quinientos metros.

Nadie lo sabía, pero Aliou ya había salido antes, durante la ventisca. Había merodeado por los alrededores mientras los demás presumían de sus hijos y enseñaban sus fotografías al calor de la chimenea. Mientras ensalzaban sus historias como quien ensalza la memoria de los muertos (sin darse cuenta), mientras las medio inventaban para construir memoria y olvidar las heridas de todo padre con su hijo. Aliou había caminado por el bosque y lo conocía más que los demás. Sabía moverse por el bosque, que en verdad era el Bosque con mayúscula, un nombre propio, porque

para él estaba vivo. Aliou no había hablado ni ensalzado a su hija, que se llamaba Nadine y con la que también compartía las heridas de todo padre con su hijo. Heridas que en realidad son del padre, que las lleva consigo durante toda una vida y que lucha por no transmitir a sus hijos para que ellos tampoco las transmitan a los suyos.

El último día que se vieron, Nadine se lo dijo, en el patio de su humilde casa del Alto Languedoc, sentados junto a la parra. Había pasado un año desde la muerte de su madre, por una cardiopatía congénita sin diagnosticar.

—Me han dado una beca, papá.

Aliou tenía la mirada fija en las raíces y bebía té verde.

—Muy bien, hija.

—Me voy a Estados Unidos. A la universidad de la Fundación August Alvey.

Nadine lo miró, esperando una reacción a la altura. Había estudiado hasta la extenuación para acceder a la beca.

—Seguro que aprenderás mejor inglés que yo —dijo Aliou.

—Me voy pronto por la mañana, papá.

—Tienes la cena en la nevera.

Aliou siguió bebiendo té y con la mirada fija en las plantas. No dijo nada más. Tras la muerte de Diama había recaído en sus viejos fantasmas, en las heridas que arrastraba de su pasado; heridas que lo sumían en sombras y de cuya existencia Nadine sospechaba desde que tuvo edad para planteárselo. Los hondos silencios de su padre. Las cicatrices de su cabeza. Lo que vivió durante su infancia, antes de emigrar a Francia y conocer allí a Diama y tenerla a ella. Tras la muerte de la madre y durante un año, Nadine había cuidado de él y jamás le había preguntado por sus fantasmas, pero ahora quería respirar; quería soltar amarras, volar y vivir su vida.

—¿Por qué no lo entiendes, papá?

—¿Qué no entiendo, hija?

—¿Por qué no entiendes que quiera irme un tiempo allí?

Aliou no movía los ojos, fijos en las raíces.

—Te lo he dado todo —dijo—. Tienes todo lo que necesitas.

—Otra vez con lo mismo. Siempre estás igual, papá. Ya sé que me has dado las oportunidades que no tuviste.

—No lo entiendes, hija. No tienes ni idea.

—¿Idea de qué? ¿De lo que te pasó cuando eras un niño? ¿De lo que tuviste que luchar para llegar hasta aquí y conseguir todo lo que tenemos?

Por primera vez, Aliou miró a su hija.

—Es mejor que te mueras sin saberlo.

—Ya me has pasado tus heridas, papá. Lo peor es sufrirlas y no saber por qué. ¿No te das cuenta de eso?

Aliou pensó en decir algo. En su lugar, volvió a mirar a la parra y bebió su té verde.

—¿No piensas decir nada, papá?

Nadine se fue al día siguiente y Aliou no supo de ella durante meses, hasta que recibió la invitación.

Las heridas se hicieron en el Bosque africano, el día en que Aliou dejó de ser un niño. Todo allí era un diluvio de lianas y tentáculos de árboles, música de pájaros y grillos. Su padre lo guio hasta el alma del Bosque por frondas tan espesas que no se veían los pies. El alma del Bosque y la casa de sus antepasados eran lo mismo. Aliou ayudó a su padre a verter leche agria y sangre de pollo, como quien riega una planta, sobre aquellas estatuillas que lo miraban con ojos salidos de órbita, cubiertas por el verdín de los siglos. Los padres de su padre, los padres de los padres de su padre, y así hasta un mundo primitivo sin sol ni luna. Aliou tenía miedo de hablar y de moverse, como si hubieran tocado a la puerta del Bosque y estuvieran esperando su respuesta.

Acompañaba a su padre por primera vez a visitar a sus antepasados, aunque aún fuera demasiado joven para iniciarse en los sacrificios y los ritos del clan. Ya solo le faltaba un año para entrar en la *m'bar*, la cabaña donde los niños se convertían en hombres, y tal vez por eso su padre lo había llevado hasta allí. A veces tenía pesadillas, y se guardaba muy mucho de contarlas, por miedo a que lo tomaran por un médica, porque temía la oscuridad de la *m'bar*, temía que le cortaran y le sangraran en la cosa, temía los cantos iniciáticos, los golpes, las calabazas de comida podrida, temía los días aislados y sin luz para leer. Hasta la carestía de las cosechas, su padre le había pagado la escuela, incluso le había conseguido novelas de Alexandre Dumas y Jules Verne en trueques con un morabito que debía de ser un mentiroso, porque recitaba el Corán por las aldeas sin saber más que la Fatiha y cinco o seis suras. Aquel era un día especial. Su padre lo había elegido a él para entrar en el Bosque, y había caminado orgulloso, bajo la fauna aérea, hasta que se sintió dentro de un gigante que respiraba y susurraba, y del orgullo pasó a un mutismo intimidado. Hacía tiempo que no se juntaban, porque vivía con otra de sus mujeres y con otros de sus hijos. Entre los terruños de maíz y las huertas, y los viajes para vender las cosechas a los comerciantes de Saint Louis, su padre apenas era una presencia con la que solo podía soñar.

El sol se iba a dormir y aleteaba entre las lianas como un ave rojiza. Las sombras levantaban vapor y hacían croar a las ranas. Los charcos hervían de renacuajos mientras Aliou y su padre hacían el *aláikum as-salam* con sus antepasados. Antes de volver sobre sus pasos, cumplieron con la oración del Izan, saludaron a sus ángeles de la guarda, y pidieron al Señor perdón y remisión de sus pecados. En la selva, las *bidas* y las creencias profanas de los ancestros se mezclaban con el islam, y según su padre no había infidelidad en ello, a pesar de lo que dijeran los morabitos y sus enseñanzas del Corán.

Encendieron la antorcha, que ahuyentaba a las lechuzas y a los monos de las ramas, y devoraba con chasquidos sordos a los insectos voladores. La luna trajo los gritos de las hienas y las fieras, a lo lejos, como espíritus que venían para pedir cuentas a los niños más burlones. Algunos los creían chillidos de los Brujos Nocturnos, que merodeaban por el Bosque y propagaban maldiciones, infectando el aire y sembrando la peste. Aliou dejó de pensar en hechizos y brujerías, porque el pensamiento atraía las cosas muertas y vivas. Además, en la oscuridad todo se convirtió en trozos de guijarros, de moscas muertas, de palitos, pelos de mono y pieles de mango, cosas que según decían colocaban los Brujos en los senderos, y que si pisabas, caías enfermo hasta morir. En la aldea los ancianos malditos por Brujos jamás salían de sus casas, porque en el umbral podían encontrar un trozo de corteza de baobab o una espina de acacia envenenada. Algunos hablaban de Brujos cuando hablaban de Guerra, porque los dos eran invisibles y sin embargo existían, y porque de los dos se contaban historias y leyendas como si fueran países lejanos, gentes y razas desconocidas. Hablar de Guerra era como hablar del Gran

Mar: todos aseguraban que estaba allí, más allá del horizonte.

Caminaron hasta que el cielo se llenó de estrellas. Pronto dejaron la selva y el dominio de las bestias y los espíritus; de los árboles pasaron a los yucales, a las siembras de maíz y las huertas pequeñas. La pista llevaba a la aldea; tenía los surcos de los camiones que iban y venían de los aserraderos y los yacimientos de los ríos, camiones con seis ruedas y símbolos de los *tubabs*, los blancos europeos.

Entonces se oyó. Un sonido extraño, como el de un pájaro carpintero que taladraba el cielo y resonaba hasta el infinito, levantando de la selva bandadas de aves.

—Padre, ¿qué ha sido eso?

—Parecen fuegos artificiales.

Su padre dudó. Y hubo más taladros en el cielo, como si fueran decenas los pájaros carpinteros. El eco se dispersaba, y traía con él lo que recordaba a la algarabía de una festividad, aunque sin tamborileos de tam-tam. El cielo se encendía al final del camino, con fogonazos que recortaban las cabañas de la aldea. De pronto los gritos de fiesta se les echaron encima, como un torrente de río desbordado. Sombras corredizas, rostros desencajados, miradas vidriosas bajo la luz de la luna.

—A la selva, hijo mío.

Su padre no gritó, solo fue una orden instintiva, una orden queda, de cazador que avista el peligro de una bestia. Se internaron en el follaje. Y mientras avanzaban escondidos en el camino, veían cosas. Las cosas eran padres con hijos en brazos, pintados todos de rojo sangre, como en las fiestas profanas con bailes al tam-tam. Algunos trotaban mientras gemían en un lamento sordo; de los muslos y las espaldas les colgaban trozos de piel, pero no parecían darse cuenta porque estaban como idos. Aliou y su padre llegaron a la aldea. Desde la espesura se veía la Gran Plaza, la cabaña de los ancianos a la sombra del baobab y la mezquita con su mosaico de guijarros. De las callejuelas surgían y se esfumaban sombras de personas, corriendo y chillando como en bandadas de aves. Algunas se escondían, mientras señalaban hacia las afueras de la aldea, al otro lado de donde estaban Aliou y su padre. Por allí había tejados incendiados. Los estruendos seguían siendo como los Brujos o como la Guerra o como el Gran Mar: estaban allí pero no se veían. Los chillidos, como de hienas también, y entre tanto había silencios nuevos. La selva estaba asustada, sin decir nada ella tampoco.

Su padre le agarró de la mano, con tanta fuerza que Aliou sintió que le estrujaba los huesos. Corrieron hacia la Gran Plaza, entre estruendos y silencios, estruendos y silencios, hasta que pudieron esconderse bajo un carromato abandonado. Llegó el tam-tam desconocido. Y así irrumpieron en la plaza los seres invisibles. Como una estampida de hienas, leones y pájaros carpinteros. Primero los alaridos, que se hicieron insoportables, lo llenaron todo y lo rodearon todo, hasta los tímpanos de Aliou. Después los taladros de fuego, como petardos gigantes que abrían la tierra.

—No mires. No mires. No mires —no paraba de decir su padre.

Tam-tam, tam-tam, tam-tam. Aliou, en la noche del mundo, bajo el carromato abandonado, y con la espalda de su padre entre él y la Gran Plaza, no miraba. Aunque sentía los temblores en la tierra, pies descalzos que corrían alrededor del carromato. También sonaban motores de camión, leones de gasolina, con música de radio en lenguas desconocidas.

—Aliou. Aliou. Aliou.

Su padre ahora lo miraba a él. Los ojos muy abiertos y brillantes en la noche, ojos mitad padre mitad niño.

—Aliou, espera aquí. Volveré enseguida.

Aliou lo agarró de la camisa, lo agarró bien fuerte con las dos manos. Tam-tam, tam-tam, tam-tam. Gritos que rodeaban, gritos en los tímpanos, taladros en el cielo. Su padre intentó soltarse, pero Aliou era como una garrapata. Su padre le golpeó en la cara, con la mano abierta, hasta que él lo soltó.

—Cierra los ojos, Aliou.

No lo hizo. Temió otra bofetada, pero su padre no le pegó. Solo lo miró en silencio, alargó la mano y le cerró los ojos con suavidad, como a un muerto. Él se quedó así, y en la nueva oscuridad esperó, hasta que sintió que su padre se soltaba lentamente. Aliou, sin abrir los ojos y sin moverse, le pegó, le pegó, le pegó, con las manos y las piernas, mientras lloraba enfadado, hasta que ya no hubo qué pegar.

Tam-tam, tam-tam, tam-tam. Los taladros de fuego abrían el cielo, eran petardos en las orejas. Los gritos eran flechas de electricidad. Aliou se encogía bajo el carro, entre las ruedas, para que le tragara la tierra. Oía a asado de ternero. Esperó y esperó y esperó.

Sin su padre, hubo un momento en que no pudo más. Abrió los ojos con el primer silencio. Lo asaltaron neblinas corredoras, con olor a humo, que se colaban bajo el carro y le venían a la cara. Salió de su escondrijo y entre los vapores, en el suelo de la Gran Plaza, encontró los cuerpos tumbados, como hojas de otoño. Y risas, lamentos, músicas de radio y lenguas que no entendía. Bajo el gran baobab, tres hombres colgados de una soga, los pantalones bajados y la lengua fuera como una serpiente negra, los ojos como pelotas de moscas. El del medio tenía una camisa roja y era su padre.

Aliou lloraba en alto y los hombres desconocidos se volvieron hacia él. Algunos rieron, algunos le apuntaron. Las armas de metal explotaron con llamas de fósforo y llenaron el aire con zumbidos que ardían. Aliou se quedó quieto, como sin entender; entonces algo le hizo correr hacia la selva, sin poder casi respirar porque lloraba más que corría. Al llegar a la espesura se detuvo y se dio la vuelta. Miró a su padre colgado y pensó en regresar, hasta que le quemó en la mejilla un silbido súbito y le cortó de cuajo las lágrimas. Salió de nuevo corriendo hacia la selva muda.

Corrió y corrió y corrió. Corrió hacia el alma del Bosque y el dominio de las fieras y los espíritus, mientras sentía sangre en la mejilla. Corrió por la maleza, arañándose las piernas, los brazos y la cara con los filos de las plantas, las espinas y las lianas ásperas. Corrió hasta andar. Corrió hasta solo distinguir la luna del cielo. Corrió hasta sentarse para llorar. Corrió hasta que la selva era tan negra como un sueño. Tan sueño que se durmió para no pensar ni en su padre ni en su madre ni en sus hermanos.

Cuando despertó, el Bosque era una ciudad de frondosidades altas y muy verdes, de luz fresca, de miles de vibrantes sonidos de fieras, aves e insectos que juntos se volvían uno. Y también de hombres y también de muchos niños, algunos más pequeños que Aliou y algunos ya casi hombres, algunos con machetes y algunos con taladros de fuego. Todos a su alrededor y todos mirándole a él.

Aliou tenía tanta hambre que le dolía pensar en comer. Tenía electricidad en las tripas, uñas que escarbaban y le devoraban el estómago. Tenía tanto mareo que no tenía nada. El sol abrasaba en la carretera, y las plantaciones de yuca y maíz eran cementerios más que sembrados. La ciudad estaba cerca. Los coches pasaban y le miraban la ropa, los pantalones militares y la camiseta con sangre seca de rebeldes. El AK sin cargador le colgaba del cuello, los brazos sobre la culata y el



cañón. Le costaba llevarlo, pero los de los coches miraban y él era un soldado. Había dormido con él, había despertado, comido y cagado con él durante no sabía cuánto tiempo. El AK eran sus padres y con su fuego él los vengaba, con su fuego había sobrevivido a la ofensiva de los rebeldes a la base del pelotón, había huido, mientras vaciaba el cargador. El pelotón masacrado, casi todos muertos.

Luego horas y horas caminando solo, horas y horas por selvas, sabanas y carreteras. Se le dormía el pensamiento, como si el hambre fuera un insecto que le succionaba la sangre. La sangre, que no le llegaba a la cabeza ni a los brazos. Se le dormía el pensamiento. Levantó el AK para caminar más erguido. Los coches le miraban. La ciudad estaba cerca. El día se volvió más blanco aún. Tenía tanto mareo que no tenía nada. Al fin el pensamiento se durmió.

No era el único. En el centro de rehabilitación de la ciudad también había otros chicos entre los diez y los dieciséis años. Casi todos del MRU, el Movimiento Revolucionario Unido que combatía a los rebeldes que atacaron la aldea de Aliou. Los cuidaban, les proporcionaban cama y les daban té *osang* con galletas para desayunar, cuscús con *yassa* y mantequilla de vaca para comer. También les impartían clases de francés, de matemáticas y de historia regional, les dejaban jugar al fútbol, les revisaban las heridas, y les hablaban y les hablaban y les hablaban. Después de que le recogiesen en la carretera, Aliou tardó un mes en pronunciar una palabra, no sabía por qué. Hablar era como sacar la mano de un escondite, sacarla a la intemperie.

En las clases lanzaban los libros al profesor Koulibaly. Él se protegía e intentaba seguir con la lección, pero ellos gritaban, tiraban más libros, y se abalanzaban sobre él y le exigían que les devolvieran los fusiles. Le pegaban y le clavaban las puntas de los lápices. Cantaban, reían, rompían mesas y se pegaban entre ellos también. A Aliou le dolía la cabeza como si tuviera dentro un globo a punto de explotar. Tenía frío bajo el sol y temblaba en la cama, aunque la noche fuera tórrida y los insectos zumbaran más allá de las mosquiteras. Se enrollaba hojas de libros y se los fumaba. Machacaba gomas de borrar y las esnifaba. Buscaba en sus pantalones militares migajas de marihuana y cocaína. Los latidos eran martillazos en las sienes; dejaba de ver y de comer y vomitaba. Solo conseguía alivio encogido en el suelo, en recovecos y esquinas, para gemir como otros chicos. A veces le entraba la rabia y se pegaba en la cabeza o daba puñetazos en las paredes hasta que le llevaban al hospital, los nudillos en carne viva, hasta que lo dormían con goteos de drogas. Tardó un mes en superar el mono. Tardó un mes en empezar a hablar. Tardó un mes en descubrir que tenía catorce años, después de que le miraran los dientes en el hospital. Tardó un mes en saber que era veterano del MRU y que su aldea había sido asaltada dos años antes.

Las primeras palabras las dijo jugando al fútbol. ¡Gol! ¡Pasa! También decía cosas tras la cena, los días de cine en la sala de proyecciones, por ejemplo. Casi siempre con las películas de *Mary Poppins*, o *Los aristogatos*, o *Peter Pan*, o *La bruja novata*. Películas que los cansaban riendo y que los ayudaban a dormirse sin medicamentos. Solía despertarse a las dos horas, con el cañón del AK ardiéndole en la espalda, colgado del cuello tras vaciar el cargador, o el machete vibrando en su mano, después de subir y bajar, de subir y bajar, con el clac clac sobre la cabeza del rebelde, que era como un coco de donde salía leche, clac clac sobre los hombros y el pecho; gotas calientes que le salpicaban en la cara, risas en el pelotón, compañeros que se unían, pájaros en la selva que emprendían el vuelo. A veces se despertaba asfixiando a otro chico. Pero eso también lo hacían algunos en el centro. Por eso había vigilantes nocturnos. A veces se despertaba golpeándose la cabeza, para liberarse de los pensamientos. A veces se despertaba bajo el baobab

del patio, hecho un ovillo entre sus raíces, agotado de dormir, mojado por todas partes, mojado en la cara y mojado en los pantalones.

Las ONG ayudaban al centro. Los visitaban *tubabs* trajeados, blancos de Europa y América que recaudaban dinero en países ricos para que ellos pudieran comer y estudiar. Organizaban recepciones, con música con *djembes* y flautas y *koras*, banquetes con dulces y fruta, y obras de teatro como *La hiena y la liebre*, o *La garza y su cuello torcido*, o *Los listillos Landa y Ngangela*. En el alboroto de los banquetes, las supervisoras decían cosas a los *tubabs*, que a veces venían acompañados de reporteros con libretas y grabadoras. Decían cosas como que las guerras en África eran guerras de niños, porque los adultos habían muerto, porque había miles de huérfanos que buscaban cobijo, y en las guerras el dueño del cobijo es el ejército. Así se convertían en hijos del regimiento; trabajaban, se instruían, bebían y se drogaban. Enseguida recibían el bautismo de fuego, porque los veteranos, también niños, los enviaban a la primera línea de combate. Se armaban escaramuzas de chiquillería especialmente encarnizadas y sangrientas, porque los niños drogados no tienen el instinto de supervivencia, no comprenden el horror de la muerte, porque el miedo en los niños drogados no existe. También decían cosas sobre los avances tecnológicos y las armas de repetición de mano, que ahora eran ligeras y cortas como juguetes, armas para niños, armas para combates que eran choques directos, de un contacto físico, casi de un cuerpo a cuerpo, de pequeños que se disparan a quemarropa y dejan campos sembrados de mutilaciones. Decir esas cosas era bueno para el centro.

Dos meses después, la supervisora Sow llamó a Aliou a su despacho. Le preguntó por el centro, por los profesores, por las enfermeras, por los otros niños, por el fútbol y por las oraciones diarias. Le preguntó y le preguntó y le preguntó. Él respondió un poco, luego un poco más y un poco más, y comió dulce *mbourake* que ella sacó del cajón. Entonces la supervisora Sow le cogió de la mano, dijo su nombre y le preguntó: «¿Piensas en tu familia, Aliou? ¿Piensas en tu vida antes de la guerra?». Él la miró sin decir nada. Después miró por la ventana y siguió sin decir nada, mientras comía dulce *mbourake* y seguía sin decir nada porque estaba tranquilo, sin pensar y sin sentir nada.

«Ya me has pasado tus heridas, papá. Lo peor es sufrirlas y no saber por qué. ¿No te das cuenta de eso?» Aliou pensaba en Nadine, pensaba en los fantasmas de su infancia, mientras caminaba por el Bosque nevado en silencio como los demás.

—¿Y si subimos a la colina y vemos lo que nos rodea? —propuso Ronald.

Aliou asintió y miró hacia allí. Era un calvero entre los árboles que emergía a poca distancia. Después de media hora de batida, el grupo quería respirar fuera del laberinto de ramajes. Así que caminaron hacia allí todos a una, sin cuestionarse y sin decirse nada, como si fueran un cerebro colectivo, como las bandadas de estorninos o de ánsares nivales.

Pronto las raquetas empezaron a subir y de los exploradores surgían vahos de aliento por el esfuerzo y el aire gélido. Pronto dejó de haber árboles y todo se despejó. Aliou solo veía la pendiente blanca, la cúspide curva y el cielo de más arriba. Durante un instante se sintió de camino al cielo. Fue hundiendo la superficie enrejada de las raquetas, cuadrículando la nieve con crujidos de manzana, mientras la pendiente se reducía y alcanzaba la cúspide y el cielo se expandía.

Todos fueron llegando y, como Aliou, se quedaron quietos ante la inmensidad del paisaje nevado. Todo era bosque alrededor de la colina, un océano de bosque que se extendía hasta las

montañas nevadas de más allá que no dejaban ver lo que había detrás y que por eso parecían infinitas.

Hubo en el grupo un silencio de desolación. Entonces alguien lo señaló:

—¿Qué es eso?

La tumba era de piedra y estaba medio hundida en la nieve. Se alzaba a poca distancia, cerca de la cima, velada por vientos y espirales de hielo. Silbaba la tumba o silbaba el viento. Todos la miraron en un silencio ahora de inquietud.

Ronald se acercó y Aliou fue tras él. Colgaban de la tumba varias estatuillas, tintineando bajo el viento. Aliou parpadeó y creyó sentirse en un sueño. Las estatuillas tenían las caras de sus antepasados. Eran las mismas estatuillas que visitó con su padre el día que dejó de ser un niño. No dijo nada y no entendió nada, y sin saber cómo ni cuándo, comenzó a escarbar bajo la tumba. Sus manos enguantadas arañaron la nieve y la tierra, y extrajeron un cuenco que bien podía ser el que enterró junto a su padre en la tumba de sus antepasados. Pensó que aquel era un Bosque opuesto al Bosque africano, que las estatuillas no estaban enterradas como en sus recuerdos, sino colgadas, que en lugar de calor hacía frío, que en lugar de humedad había nieve, que en lugar de sus antepasados encontraron lo contrario: una sábana blanca, debajo un cuerpo y ropas acartonadas que Aliou observó primero y tocó después.

—¡Dios santo! —se horrorizó Ronald.

—¡Es un cadáver! —exclamó Teodor.

—¿Un cadáver? —preguntó Garrido.

—Sí, coño, ¡es un cadáver! ¡Es un puto cadáver!

Zettie empezó a llorar. Teodor empezó a gritar:

—¡Os lo dije! ¡Os lo dije!

—¿Alguien sabe quién es?

—¡Y yo qué sé!

—¡Mierda! ¡Parece joven!

—¿Joven? No será...

—¿Y nadie sabe quién es?

—Es mi hija —dijo Aliou.

Ahora sí gritaban los nombres. Por la colina y por el bosque. Ahora todos sabían que era una batida y el miedo, la desolación y la inquietud les salía a gritos por la boca. Mientras tanto, Aliou no gritaba. Tenía una cartera en las manos, la cartera de falso cuero que estaba en el bolsillo de su hija. Dentro de la cartera no había dinero. Solo restos de tiques, tarjetas y algunas fotografías recientes. Aliou sostuvo una en la que aparecía Nadine con otras personas. Aliou la observó. En la fotografía había algo que le reventaba las entrañas.

Dicen que amanece, y que el sol se desliza cielo arriba. Desde la oficina de Homicidios, Emeli solo percibe una noche cerrada. Farolas neblinosas sobre el parking y los parabrisas congelados. Bloques desvaídos de viviendas. Los ventanales de la oficina son puertas interestelares a un paisaje con climatología extraterrestre, agujeros tamaño XL que invaden la fachada y compensan (y recuerdan) la falta de luz. En el exterior la melancolía es extrema. Sin gente, sin vida. Una estación lunar abandonada. Las regiones árticas en invierno invitan a encerrarse en una caja de zapatos. En este instante, para Emeli, los ventanales son un homenaje a la jodienda torturadora del trabajo allí. Un guiño del arquitecto que agujereó esta caja de zapatos, para que no olvide lo que la espera fuera.

En la oficina huele a café, a tinta fresca y a polvo de radiador encendido. Zumba la escuadrilla de viejos ordenadores Dell. Hay una sinfonía de tecleos que podría acompañarse con la máquina de escribir de Jerry Lewis en *Lío en los grandes almacenes*, por animar el cuerpo y los nervios, chamuscados de cafeína y de un turno de noche sacado de la manga, tras el revoltijo estomacal con el forense. También chirrían las impresoras, y una hojarasca de papeles, fotos y notas garabateadas que ella tiene que revisar aterrizan en su escritorio; detalles de un caso que se expande con voracidad epidémica. A estas alturas, nueve de la mañana, ya no se siente abrumada. Los nervios se le han pasado de rosca. Sufre empacho de lectura, de atención fija en busca de datos incoherentes en el rompecabezas construido por los inspectores de la Estatal.

En el cubículo acristalado del despacho adjunto, Francis Thurmond está sentado, pensativo, rodeado de bolsas llenas de pruebas que va trayendo el laboratorio forense y que se enviarán a la Científica federal de Maryland. De allí, de la Central, han mandado instrucciones para que siga siendo Emeli —la vasca de la Ivy League, a la que le ha caído un caso insólito y de los gordos por pura carambola— la que pringue con la casa extraña y sus nueve víctimas.

—La verdad, el último sujeto es toda una sorpresa. Tiene unos veinte años y ya ha sido identificado.

—¿Quién es?

—No se lo van a creer.

La identificación de Nadine Sabaly en el laboratorio forense ha trastocado un claro patrón entre las víctimas: todas entre los cuarenta y cinco y los sesenta años. La exposición al frío extremo ha ralentizado el proceso de descomposición, aunque el forense afirma con seguridad que Nadine es la primera de las víctimas. Lo que establece dos vías posibles: acudió invitada junto a su padre y voló con las demás víctimas, o ya estaba allí cuando llegaron.

Emeli suspira, consulta el móvil y mira su mensaje de WhatsApp a Larissa: «Sin dormir en toda la noche. Esto es una locura. Mañana te llamo. ¿Qué tal la convención?». 8.37 y dos tics en azul aún sin respuesta. Tiene cuatro wasaps de Joan con fotografías de él y Unax comiéndose una pizza familiar. Emeli, más que teclear, golpetea el móvil y contesta algo así como «jajaja vaya par» y un emoticono sonriente y tierno de felicidad que solo sentiría si de verdad el ventanal de la oficina fuera una puerta interestelar al cuento de *Emeli en el País de las Maravillas*. Así que se levanta e irrumpe en la burbuja de Francis, que en el jaleo descabezado de la oficina es como un oasis de quietud.

—Hola, Francis Thurmond.

—Abruma.

—Ya.

Emeli considera que se refiere a la marea de pruebas. Aún le está calibrando, pero Francis posee la insuficiencia o la virtud de no percibir cuando está en una burbuja en la que los demás no están. Lo que significa casi todo el tiempo.

—Tenemos el informe del piloto —dice Emeli—. Sin antecedentes de interés: solo multas de tráfico y la implicación en un destrozo público de 1995.

Francis alza la cabeza, con un interés infantil que no parece profesional.

—¿Vandalismo?

—Diecisiete años, carnavales, cuatro amigos golferos disfrazados de golfistas que reventaron dos farolas con palos de golf. Por lo demás, está limpio.

—¿Y las trayectorias del Cessna?

—El registro del GPS no lo aproxima ni de lejos a la casa. Del día uno al día catorce el Cessna no voló a la escena del crimen.

—¿Y los otros aparatos de la compañía?

—Limpios. Tampoco hay registros a su nombre entre los alquileres de trineos motorizados.

Francis Thurmond tiene un carboncillo en la mano y juguetea con él, sentado y rodeado de las bolsitas con pruebas.

—Pudo desconectar el GPS en pleno vuelo y desviarse a la casa. Y conectarlo después en el mismo lugar.

—La sensibilidad del GPS no es tan alta. No pudo ser tan preciso. Habría una alteración.

—Pudo salir con el GPS desconectado.

—Revisaremos las cámaras del aeropuerto, por si aparece una salida no registrada.

—Podría ser él o no serlo.

Emeli asiente.

—Ya.

Le sigue la corriente, aunque no le capte del todo. Es una afirmación estúpida, que podría hacerla un estúpido, pero después intuye que en Francis Thurmond, por veteranía y maneras, tiene pinta de ser una conclusión de fundamento, de valoración compleja de factores a nivel de procesador última generación Core Duo 7. Los estúpidos y los inteligentes, los ignorantes y los sapientes, los imprudentes y los prudentes a veces coinciden en sus afirmaciones. Esto piensa ella, y al cabo de un rato le parece un pensamiento estúpido.

—Aunque yo diría que no es él —dice Emeli.

—Es posible. Pero ya sabes.

—Ya.

Francis habla lento y como si fuera un académico. Emeli sabe que no ha ido a la universidad,

pero lo imagina leyendo ensayos de mil páginas y novelas sin diálogos. Ahora callan un momento.

—El piloto dice que no recuerda si Nadine Sabaly estaba entre los viajeros —continúa la inspectora.

—¿Y los registros de la compañía?

—Al parecer no hay registros.

—¿Y cómo no puede recordarlo?

—Estaba muy nervioso. Al principio ha dicho que sí, que Nadine iba entre ellos. Después ha dicho que no y al final ha vuelto a decir que sí.

—Es una trampa —dice Thurmond.

—¿La del piloto?

—La del piloto no sé si es una trampa.

—¿Entonces?

—«Es una trampa.» Digo que eso sí lo recuerda. Lo que oyó decir al sujeto Veselin en el avión.

—Ah, sí —admite Emeli—. De eso ya sabemos algo.

Francis levanta la cabeza, de nuevo con curiosidad infantil.

—Andrey Veselin. Hijo de Teodor Veselin. Fallecido por sobredosis en un hotel de Los Ángeles siete días antes de que las víctimas volaran a la casa. Estamos esperando el informe de la policía.

Thurmond se queda pensativo y mira hacia la ventana.

—¿Fruto del azar? —pregunta en dirección al cristal.

—No parece una coincidencia —replica Emeli—. Yo diría que existe una relación. Aunque podría ser fruto del azar, sí.

—O del destino —apostilla Thurmond.

Emeli suspira.

—El caso es que entra en juego otro de los hijos.

—Y tal vez por eso Veselin dijo: «Es una trampa».

—Al parecer Veselin ya lo sospechaba. Como si supiera algo que los demás no sabían. Y estaba en lo cierto, vista la carnicería de la que han sido protagonistas.

—Deberíamos solicitar una reapertura de la investigación de la muerte de Andrey Veselin. Existe la posibilidad de que tras la sobredosis fortuita haya algo más, algo que no sea fruto del azar.

—Vale. Posibilidad de no azar. Hablo con Los Ángeles para que indaguen.

—¿Se sabe algo del dueño de esa casa?

—Todavía no. Estamos en ello.

—Yo he hablado con el Servicio de Rescate y Salvamento —dice entonces Francis.

Emeli espera a que él prosiga, pero como no lo hace, al final se ve obligada a decir algo ella:

—¿Y qué te han dicho?

—Hay un operador de radio que registró un contacto el quinto día.

—¿Desde la casa?

—Es posible.

—Pero el maletín del transceptor que había en la casa estaba vacío. No tenían forma de contactar.

—No la tenían una vez muertos. Por muertos y por no tener el transceptor. Estando vivos igual lo tenían, pero eso aún no lo sabemos.

—¿Dónde está la grabación del contacto?

—Bueno, en realidad no hay grabación. El operador solo anotó el contacto.

Francis revisa su cuaderno DIN A3, que también le sirve para tomar notas, y busca entre las páginas con lentitud, entreteniéndose en trazos de ilustraciones a carboncillo o a sanguina o a acuarela, hasta que al final lee:

—«Todo OK en área 34A-H7, a las 11 horas, del día 7 de octubre.»

—¿Se sabe con quién habló el operador?

—Lo sabrá él. Tal vez no sepa ni nombre ni apellidos, pero identificación básica seguro que sí.

—¿Y has hablado con el operador?

—Está de caza con su padre en la reserva de Charley Lakers.

—¿Y no hay forma de hablar con él?

—Lo han intentado, pero su teléfono no da señal. Tiene cuatro días de vacaciones y creo que habrá que esperar.

Emeli piensa y mira por el ventanal interestelar. Más allá de la oficina y de la ciudad brumosa hay extensiones infinitas de nada, con asentamientos perdidos de civilización indígena. Aún más allá, tras planicies, cordilleras y bosques densos donde no habrá un alma o tal vez solo algún alma errante y solitaria, está la casa cúbica y los restos de la matanza.

—Para el quinto día ya tenía que estar muerta la segunda víctima —dice Emeli.

Thurmond asiente.

—Diría que el operador habló con el asesino.

Antonio José Garrido se hizo pis en los pantalones.

Se revolvió en la nieve, pero esa cosa le inmovilizó bien por detrás y le cogió de las manos y se las ató. Tenían cortinajes de copos alrededor. Caían silenciosos bajo los árboles, como si nevara el bosque en lugar del cielo. A través de ellos se alejaba la búsqueda y los gritos de los demás. Garrido ya no los oía. Se había distanciado algo del grupo, aullando el nombre de su hija. Ahora los copos eran amables y aislaban a Garrido en una celda invisible de tortura.

Cuando vio las tenazas empezó a gritar. Cuando las tenazas le tiraron de la primera uña gritó aún más. Cuando se la arrancaron perdió el conocimiento, pero con los cachetes en la mejilla lo recuperó enseguida.

Con el resto de las uñas estuvo despierto.

En la sala de estar, Teodor Veselin jugueteaba absorto con el pan integral de molde sin saber que jugueteaba y que estaba absorto. Cinco canicas compactas y una escabechina de migas sobre la mesa; las yemas de los dedos con hormigueos de tanto inútil amasar. Más que jugar era un prensado hidráulico de sus pensamientos. Pero de todo eso aún no se daba cuenta.

—Os lo dije. Os lo dije. Os lo dije —murmuraba para sí cada poco.

Junto a él había una ventana negra. Todo negro envolviéndolos, como si la casa, en lugar de en la noche y en el bosque, estuviera en el limbo, alguna demencia de mecánica cuántica, algo entre realidades paralelas de gato de Schrödinger. Aunque junto al cristal se percibía el festejo de copos, que bailaban ambarinos bajo el farol del porche y que inquietaban a Teodor más que cualquier limbo porque a cada segundo tenía ver el rostro de Irina. Un rostro de mujer joven que surgía en la noche y se derrumbaba junto a la ventana, descalza y con un vestido de muselina, toda ella ensangrentada.

Así que Teodor corrió las cortinas y volvió a su particular cruzada contra las migas de pan. Tenía enfrente la enorme botella *dekvas*, de la que había bebido ya un litro. Otra gran preocupación era el extremo de su nariz, con una tumefacción de congelación que tenía protegida bajo una gasa y un chorretón de pomada para irritaciones. Eran los frutos de su excursión bajo la ventisca a la pista de aterrizaje. La búsqueda posterior por el bosque, que se había demorado hasta el anochecer, con horas de exposición al frío y riesgos serios de perderse, tampoco había ayudado y le había inquietado durante todo el día. Menos mal que había gritado hasta la afonía. El nombre repetido de Irina (el nombre de una hija siempre da el calor del amor a una hija, o el



arrepentimiento por la falta de amor a una hija durante toda una vida) y también el halo de su aliento (calor sin más) habían contribuido a subir la temperatura de su nariz.

—No puede ser...

Junto a él en la sala de estar, Zettie Goodwin permanecía en el sillón exhausta de llorar y de buscar por el bosque, ensimismada en el fuego de la chimenea. «No puede ser... No puede ser...» Su letanía la componía una sola frase. La mexicana monolingüe y la inglesa que parecía siempre despistada estaban entre mantas y en el sofá, también abstraídas en las llamas. Ronald Goodwin se desfogaba sobre la alfombra del vestíbulo, haciendo flexiones y ejercicios de bíceps con las figuras de las baldas, que pesaban un quintal. El americano solitario debía de estar en el baño, bajo una ducha de agua caliente según el rugido de las calderas. Aliou Sabaly había sido el primero en retirarse a su dormitorio, tras recibir las condolencias de los demás. El cuerpo de su hija había sido trasladado a la casa, porque en la colina estaba demasiado expuesto y demasiado en la superficie, y el propio Sabaly había dicho que el invierno traería lobos y otras bestias boreales. Nadie le había visto llorar, ni siquiera le habían oído gritar, ni perder la impasibilidad de su cara negra, que era como un fósil estático de ébano o de carbón.

—¡No puede ser! —gritó Zettie. Y empezó a llorar de nuevo.

Ronald dejó sus series de bíceps para atender a su mujer.

—¿Dónde está el señor Garrido? —preguntó de pronto.

Nadie respondió, como si todos estuvieran dentro de burbujas de criogenización, en una especie de sueño evasivo, como si moverse o decir algo conllevara pensar en lo que había fuera.

—Creo que está durmiendo —dijo al fin Teodor, que al cabo de un rato intentó recordar en vano lo que había dicho.

Intento que le espabiló y le hizo saber que estaba absorto y por lo tanto débil y afectado. Y él no quería estar así. Él estaba a años luz de eso. Porque él era el Sol y la debilidad, una miniestrella al otro extremo del universo.

Así que se levantó, con la gasa de la nariz algo suelta, que onduló por la brusquedad del movimiento y le cosquilleó en la carúncula del ojo izquierdo. Se rascó, y ahora que era de nuevo Teodor Veselin, el gran magnate de las estepas, hizo uso del raciocinio y pensó en la avioneta, que debería haber vuelto con el día despejado. Él lo había avisado desde el primer momento. Había que irse de allí. Aquello era una trampa. Guardó la botella de *kvas* en la nevera y subió por las escaleras sin despedirse, mientras Ronald Goodwin, que ya había consolado a su mujer, introducía las figuras en el maletín vacío de la radio, para poder cargar con más peso de una sola vez.

En el dormitorio, Ulad Dobrovolsky leía *Noches blancas* de Dostoievski. Alzó los ojos, sobre los quevedos de comunista o de pensador trasnochado, y también sobre una gasa y un chorretón de pomada en la nariz. Contempló el cierre solemne de la puerta, el andar reflexivo entre las camas, los aires de grandeza. La entrada de Teodor hizo que el kamchatkari predijera lo que sucedió.

—Prosigamos con la redacción.

—¿Está usted seguro, Teodor?

—Anota.

—¿No quiere que hablemos de lo sucedido?

—¿Hablar? ¿De qué hay que hablar? ¡Yo os avisé de todo esto!

—Es posible que...

—¡Yo lo vi venir! —gritó Teodor.

—Mañana deberíamos volver al bosque y seguir buscando.

—¿Buscar? ¿A quién? ¿A Irina?

—Tal vez se hayan...

—¡Anota!

Ulad se apresuró a coger su libreta, tomó asiento en la mesa, pluma Jaguar en mano, y comenzó a escribir como amanuense de Cicerón. La representación casi medieval le venía de la postura de Teodor, que paseaba a su alrededor con las manos terciadas a la espalda.

—Punto número quince. La soledad del camino al éxito. ¿Estás anotando?

—Sí, señor.

—De acuerdo. La soledad del camino al éxito. Te sentirás solo y tus cercanos no te entenderán. Sentirás dolor y te alcanzará la indecisión. Creerás que te estás volviendo loco.

Teodor se detuvo, frente a la ventana y la noche.

—No. Lo de loco no. Borra eso.

—De acuerdo.

—Prosigue con: este momento llegará, el de la encrucijada decisiva. Sí, eso es. Con la encrucijada decisiva tu sensación de vulnerabilidad será máxima. Así que yo te digo: contrarréstala. Devuélvele el golpe, no decaigas. Muévete con seguridad. Proyecta optimismo. Así lograrás que los demás se lo crean y creértelo tú también. Alcanzarás mayor confianza en ti mismo. Y a base de repetirlo, cambiarás tu forma de ser.

Teodor se contempló en el reflejo del vidrio.

—¿Anotado?

—Anotado, señor. ¿De verdad cree usted que esta autobiografía le hace bien?

—¿Que si me hace bien? Mi biografía es lo que me ha traído hasta aquí. Lo que he hecho durante mi vida. ¿Aún no lo percibes, mi querido Ulad? ¿La razón por la que estamos aquí?

Teodor se contempló de nuevo. Percha intachable. Cara entre sombras. Mirada invicta y tan feroz, que le hacía olvidar la gasa de la nariz. Fuera, ventisca.

Ventisca fuera. En la noche, en los jardines de Nuromtzevo. Apretar los labios, fruncir las cejas, aire altivo de rey Midas en su castillo. Verse en el reflejo de la ventana hacía que Teodor se sintiera mejor. Que se sintiera grande. Como su padre durante la Guerra Fría. Sí, estaba seguro; por sus muertos que lo iba a demandar. A ese necio calumniador del diario *Kommersky Gazeta*. No era la primera vez que Sergey Kuzmin escribía sandeces sobre él. Que su valor financiero se reducía a cinco mil millones de rublos, había escrito en esta ocasión. Pobre articulista de baja estofa, no tiene ni idea de lo que puedes hacer. Tú, Teodor Veselin, siempre superas las cosas. Si alguien te embiste, tú le embistes diez veces más.

—¿Papá?

Irina, siete años, apenas uno quince de estatura, no alcanzaba a aparecer en el reflejo de la ventana. Teodor ni siquiera la miró, absorto en la intensidad de sus propios ojos, que se engrandecían en el reflejo, a ver si perforaban el cristal.

—Dime, pequeña.

—¿Sabías que la Dama de las Nieves está fuera?

—¿Cómo?

—Sgroya, papá. La Dama de las Nieves. Ahora mismo está fuera, en los jardines. ¿Lo sabías?

—¿Ah, sí?

Irina asintió.

—Dicen que es una *devochka* muy bella. Que enamora a los hombres infieles. Y que después los castiga con su abrazo de hielo.

La voz de Irina le venía como desde el otro lado de un túnel. Cinco mil millones de rublos. Y lo había puesto en euros, ochenta millones, para que la prensa europea hiciera su eco populachero. Que si tenía una copia de su declaración personal de ingresos netos, que si tenía dos fuentes no reveladas. Pretendía ponerle en evidencia, tacharlo de embustero, cuando él declaró a quince periodistas, hacía solo unas semanas, que su valor financiero ascendía a los mil millones de euros, en euros, sí, para que lo pregonaran en Berlín. Pobre viejo articulista. Mientras se miraba en la ventana, Sergey Kuzmin le dio lástima. Y tanto que te da lástima, Teodor, lo vas a hundir que ni en los campos del gulag, le vas a endosar una demanda astronómica, a él y a los directores del *Kommersky Gazeta*, por infravalorar deliberadamente tus ingresos netos, para vender más ejemplares y para dañar tu reputación.

—Papá, dicen que Sgroya usa su amor para volver locos a los hombres.

Y tus asesores de finanzas, Teodor, unas sanguijuelas que te cotorrean en la oreja: que si es mejor obviar el artículo, que si los ingresos netos fluctúan con los mercados, que si no disponemos de datos para impugnar la información del *Kommersky*. Pues eso, que los ingresos fluctúan. Y si tú, Teodor Veselin, el gran magnate de las estepas, declaraste a la prensa mil millones, pues son mil millones. Claro que disponen de datos, ignorantes chupasangres. Cómo no va a disponer de ellos, él, rey Midas de los negocios, que en su país y en medio mundo significan transformar bienes del Estado en propiedades privadas, sobornar a policías y fiscales de provincias para que te dejen crecer, llevárselos en vuelo privado a la capital, rodearlos de prostitutas, de vodka Żubrówka y de cocaína pura como la nieve. Cómo no vas a disponer tú de ellos, Teodor Veselin, que juegas en el mercado de valores como quien juega al póquer, que compras acciones de complejos petrolíferos y fábricas de gas, que especulas en el sector inmobiliario, construyes casinos, hoteles, campos de golf y reproducciones de Arcos del Triunfo junto a piscinas con música bajo el agua. Tú, que pasas las Navidades en tu castillo cosaco de Nuromtzevo. ¿Por qué? Porque puedes, y porque la pequeña Irina tiene asma y los vientos de los Cárpatos son más puros que la cocaína que se meten tus amigos funcionarios del Estado (funcionarios tuyos, en realidad, por la paga mensual). Eso sí, tú nunca te metes, Teodor, ni te emborrachas. Tú no eres estúpido, tú eres el listo que hace negocios y que bebe *kvas* inofensivo para la salud mientras observa cómo los demás se meten.

—¿Papá?

—¿Sí, cariño?

—¿Puede un hombre volverse loco por amor?

Teodor sonrió hacia el espejo. Eso es, confianza. Sonríe con confianza. En verdad sonríes porque estás confiado. No sonríes para estar confiado.

—¿Por amor, dices?

—Es que dicen que Sgroya enamora a los hombres hasta hacerlos enloquecer. Y que después los abandona en el bosque para que los devoren los lobos.

—¿Sgroya?

—Sí, papá. La Dama de las Nieves.

—Irina, cariño, ¿dónde está tu madre?

—Se ha quedado dormida.

—¿Por qué no vas tú también a dormir?

—Jo, papá.

Esa era su estrategia: controlar los gestos. Los gestos lo son todo, para los demás y para uno mismo. Los gestos son la verdad y construyen el mundo. Teodor sintió un éxtasis de lucidez suprema. Esto último lo tienes que apuntar, Teodor, es pura panacea comercial, para tu futura autobiografía. Pero ahora te llama tu deber de padre, despídete de tu reflejo y acompaña a Irina a la habitación. Haz lo que nunca hizo tu padre contigo. Teodor lo hizo y allí pasó lo de siempre: espera para el pis, arroparla en la cama, beso en la frente, palabras bonitas sobre sueños de fantasía, y para cuando cruzaba el pasillo hacia su despacho, ya pensaba en Tania Luvchenko, la despampanante actriz porno que desde hacía unas semanas le robaba el pensamiento animal. Sí, era cierto; con la noche se le despertaba lo animal, como a un licántropo. Algo instintivo, que ya era hábito, para relajarse de incordios como Sergey Kuzmin.

No era la primera vez que se obsesionaba. Casi siempre habían sido actrices, modelos y cantantes, porque le atraía el glamour del estrellato. Con muchas no había podido resistirse, y la había tanteado con vuelos privados e invitaciones exclusivas a suites presidenciales de su propiedad. Algunas habían caído, la mayoría niñas desesperadas por alcanzar el éxito, dispuestas a cualquier cosa, o viejas artistas marginadas por los focos, también dispuestas a cualquier cosa exactamente por lo mismo. Todas, eso sí, con balance cero entre inteligencia y dotes corporales, no lo vas a negar, Teodor. Con Anouska, la mujer con la que compartía dos hijos y un contrato matrimonial, el procedimiento había sido el mismo, aunque se había extendido a mayores porque su físico era elegante y no chabacano, y porque sabía estar ante los medios a pesar de su serrín mental. Ahora se mostraban en público como siempre, de la mano, entre sonrisas y susurros al oído para hacerse confidencias, aunque en realidad solo movieran los labios sin decirse nada, y todo eso mientras ella pretendía desangrarlo con el divorcio. Al sentarse en su sillón pensó en Tania Luvchenko, fantaseó con traérsela, con descolgar el teléfono y hacer un par de llamadas. Se vio consultando la agenda y tecleando el número habitual, pero mientras esperaba suspiró, invadido por una desgana como de abatimiento que le hizo colgar. No pasa nada. Intenta estimularte. Puso la última película de Tania, en la que interpretaba a una esquimal que aguardaba al cazador dentro de un iglú. Miró la pantalla de su ordenador, miró el cuerpo prodigioso que se quitaba el anorak de piel de caribú, miró, miró y esperó. Y en lugar de llegarle sangre del cerebro a la entrepierna, se quedó en una vacuidad amarga de impotencia, de hundimiento repentino. Lo intentó una vez más, y al ver que no podía, quitó la película y no quiso seguir pensando. Aquí no ha pasado nada, Teodor. Nada.

Buscó concentrarse en otros asuntos. Leyó la prensa. «¿Quién necesita una estrella Michelin? Los mejores restaurantes según Gault & Millau.» ¿Que no ha pasado nada? Lo sabes, Teodor. No es la primera vez, te ha sucedido en otras ocasiones. «La selección olímpica estrena nuevo uniforme para los Juegos de Invierno.» En realidad te sucede ahora más que nunca, y la impotencia te llena de frustración y de vergüenza, porque este no eres tú. ¿De verdad, Teodor? ¿De verdad te parece tan inexplicable lo que te está pasando? Ahora no quieres pensar pero piensas, porque tu pensamiento, como todo pensamiento, siempre abre la puerta sin llamar; piensas que la perspectiva de traerla, de convertir tu fascinación en realidad en cuanto se te antoje, tal vez sea ya una costumbre vieja, como de fusibles fundidos, de tanto pulsar impulsos licantrópicos. Y ahora mira, Teodor, mira cómo las cosas de tu despacho se caen a tu alrededor, mira cómo no queda nada, mira este desierto sin horizontes. Fastidia esta desazón abismal, ¿eh, Teodor? Aterra, ¿verdad que sí? Mírate, medio tumbado en tu precioso sillón de piel de flor, medio oculto tras el escritorio, como un conejillo asustado. Y sí, óbviamé; levántate furioso y busca como siempre en los cajones esas pastillas de revitalización sexual de cuyo nombre

comercial prefieres no saber nada. Pero espera, espera un momento. ¿Qué es eso? ¿Los oyes? Son como aullidos. Más allá de los jardines de tu fortín cosaco, creo que vienen de los bosques y las faldas de los Cárpatos. Parecen aullidos de lobos, ¿no? Sí, son lobos, Teodor. Espera, ¿qué ha dicho tu hija? ¿No ha dicho algo de lobos? Sí, ha dicho algo de hombres y de lobos. ¡Ah! ¡Sgroya! ¡La Dama de las Nieves! Ha dicho que enloquece a los hombres infieles y los abandona en el bosque para que los devoren los lobos.

Goteaban los carámbanos del porche. Amanecía soleado. La nieve era fresca y abundante. Todos contemplaban la cerca a medio erigir próxima a la casa. Zettie Goodwin y la inglesa nervuda permanecían envueltas en mantas, las dos con lágrimas en los ojos. Dentro de la cerca contra bestias boreales estaba Aliou Sabaly, junto a un agujero con montoneras de nieve y un cuerpo cubierto con el rostro orientado hacia La Meca. Se habían acercado para ayudar, cuando Aliou limpiaba, secaba y amortajaba el cadáver de su hija, pero el africano francés había levantado la mano.

—No —dijo con firmeza.

Mientras lo contemplaban enterrar a su hija, Zettie exclamó:

—¿Y ahora qué haremos?

—Deberíamos volver al bosque y buscar más —propuso Ulad.

—¿Más? ¿Qué más?

—¿Más cuerpos? —preguntó la inglesa con temblor en la voz.

—Más indicios.

—¿Indicios de qué?

—De lo que está pasando. Ellos tienen que estar en alguna parte.

Ronald salió de la casa. Tenía el rostro solemne y algo grave, lo que resultaba inverosímil y cómico en él. Se detuvo junto a la cerca y todos lo miraron. Él miró a su mujer.

—Señoras y señores: el español no está en su habitación.

—¿Qué?! —gritó Zettie.

—No te agobies, cariño.

—¿Que no me agobie?

—Definitivamente, Garrido no volvió ayer por la noche.

—Ya empieza —dijo Teodor, que volvió a tocarse el cabello y a tironeárselo, mientras miraba con inquietud al bosque.

—¿Qué empieza? —preguntó la inglesa.

—La cacería.

—Creo que deberíamos salir a buscarle —planteó Ronald.

—Es la cuenta atrás —añadió Teodor.

—Garrido se perdería ayer —dijo Ulad—. Habrá buscado refugio en el bosque.

—Sí, seguro —afirmó Ronald—. Lo traeremos de vuelta.

—¿Vais a volver al bosque? —preguntó Zettie.

—¿Y si los ha encontrado? —intervino la inglesa.

—¿A nuestros hijos?

—¿Y si el señor Garrido está con ellos?

—Es una posibilidad —convino Ronald—. Tenemos que volver al bosque.

Aliou salió de la cerca. Todos lo miraron, porque él era el que había perdido a una hija y no

había exteriorizado aún reacción humana, lo que despertaba una curiosidad especial en todos por sus movimientos y sus palabras.

—Vamos —dijo.

Aliou Sabaly lideraba la expedición en busca de Antonio José Garrido. Teodor, Ulad y Ronald Goodwin formaban el cuerpo voluntario. De desayuno nada, solo té negro, porque Teodor se había despertado como tras una paliza nocturna, pensando misteriosamente en Sgroya, la Dama de las Nieves, la castigadora de los hombres infieles y de los malos padres. Se lo dijo su hija muchos años antes. ¿Había soñado con eso?

Cuando entraron en el bosque, el silencio se hizo diferente y empezaron los crujidos, aquí y en la lejanía, el rugir de estómagos arbóreos o de estómagos no arbóreos e indeterminados. Avance de raquetas, caricia de ramas como dedos de ciego, de coníferas que uno no sabe en realidad si ven o no ven.

—Yo lo vi por última vez hacia allí.

Lo decía Ronald Goodwin, que tenía la piel fibrosa y como de segunda mano de deportista pasado de rosca, y derrochaba físico alejándose y acercándose, cubriendo más distancia y gritando el nombre de Garrido. Algo que molestaba a Teodor, por su incapacidad para seguir el ritmo, lo que solucionaba sin intentarlo siquiera, un pequeño autoengaño reparador de la propia estima. En su cabeza resonaba Irina y su voz de niña. Sgroya, papá. Sgroya y sus faldas de muselina que ondulaban detrás de cada árbol, entre risas de dama ártica. Su hija vestida de Sgroya para castigarle. ¿Para castigarle por qué? Por qué va a ser, Teodor. Hombre infiel. Mal padre. ¿Por eso estás aquí? ¿Por eso te han traído aquí? ¿Para castigarte? Su hija reía. Es el destino, papá.

—La colina es esa —dijo Ronald.

Asomaba entre los árboles, bañada de luz. Se acercaron y merodearon por su entorno. De vez en cuando pensaban en la noche; en los diez dedos de nieve nueva; en los diez grados bajo cero Celsius para Teodor y Ulad y los catorce grados Fahrenheit para Ronald que marcaba el termómetro del porche al amanecer; en el español con pinta de torero, Antonio José Garrido, bajo todo eso y que no había vuelto. Pero como la mayoría de los pensamientos sobre lo que estaba pasando en la casa, iban y venían sin calar, sin dejar impronta, como un mecanismo para mantener la cordura que los desechaba, porque dejaban claro que todo allí era tan irreal y absurdo como los sueños.

—¡Allí! —gritó Ulad.

—¿Dónde? —preguntó Ronald.

—Joder. ¡En el árbol!

—Pero ¿cuál de ellos?

Ulad corrió. Entre los árboles asomó la silueta, que parecía la de un muñeco. Estaba sentada y apoyada en el tronco escamado de un pino. La nieve cubría a Garrido hasta la boca. La luz se filtraba entre los árboles y le iluminaba los ojos abiertos y las pestañas con perlitas blancas de escarcha. Tenía el pómulo tumefacto. Tenía el cuerpo duro como una roca. La nieve se deslizó cuando Ulad se acercó y destapó algo el cadáver de Garrido. Nieve que al deslizarse sonó a tintineo de iridiscencia antes de volverse roja.

Antonio José Garrido estaba muerto y no solo por el frío. Alguien le había destrozado las manos y la cara.

—Ya ha empezado —murmuró Teodor, que miraba a los árboles y al bosque y no sabía si correr o si quedarse en compañía.

Ronald señaló el tronco del pino. Encima del cuerpo, talladas en el árbol, había unas letras toscas que juntas formaban una frase: «A 2.000 pies, S-SO».

—Cuidado —dijo Aliou.

Entre los árboles sonaron crujidos de patas que se hundían en la nieve. Ondular de colas y jadeo lobuno. Sombras corredizas que merodeaban el cuerpo muerto y los cuerpos vivos.

## SEGUNDA PARTE

Fragmento de la entrevista al autor de

*Los solitarios:*

- ¿Encapsula usted el mundo dentro de una casa?
- Encapsulo mi visión distorsionada del mundo, que a su vez también es otra casa, más grande y más compleja.
- Entonces crea una casa pequeña dentro de otra más grande.
- Sí. Cuando abres un libro, en realidad abres la puerta a una pequeña casa. A veces me pongo nervioso cuando abro un libro.



Hay luz de locales en la ciudad, restos de nieve en las aceras y farolas brumosas. Hay rodadas de todoterrenos y rancheras, que pasan solitarias por la calle, sobre el asfalto húmedo. Hay lobos pardos y osos grizzly que hurgan en las basuras (de noche o al amanecer es mejor salir con rifle). El frío se mete en los huesos y le hace a uno llevar el invierno dentro.

Emeli y Francis observan el local desde la acera. Ella termina su café *latte* sin azúcar, él apura su cigarrillo. Acaban de salir de la oficina de Homicidios. La información es reciente: ya conocen la identidad del dueño de los terrenos del claro y la casa del crimen. Por eso están allí.

Frente a ellos, en letras elegantes: ARCHWILD. Arquitectura salvaje. El escaparate es delicado: bombillas de diseño y filamentos colgando, maderas barnizadas, chimenea mural de acero. Más que arquitectura salvaje es arquitectura en lo salvaje. Los han estudiado antes de llegar allí. Diseñan viviendas, refugios y cabañas que se ensamblan como puzles, con piezas que son módulos prefabricados y que se elaboran en talleres de la ciudad; luego se transportan en helicópteros o trineos motorizados a lugares recónditos del estado. En su página web figura la casa cúbica de los nueve asesinatos y su proceso de construcción. Emeli tira el café a la papelera.

—Yo ya he terminado.

—Pues vamos.

Francis tira la colilla y entran. Tintineo de carillones. Los proyectos del estudio cuelgan de la pared del vestíbulo, en papel fotográfico sobre cartón pluma. La casa cúbica está entre ellos y destila el esplendor de un proyecto estrella. Al fondo hay un grupo absorto de clickeros sobre iMac Pro de 27 pulgadas. La mayoría son veinteañeros, arquitectos recién licenciados y seguro que becados. Clickeros porque ese es su lenguaje de trabajo. Clic. Clic. Clic en programas de diseño. Antes era el susurro del grafito del lápiz o la tinta del rotulador Rotring sobre la escuadra o el cartabón. Más sereno y relajante. Ahora nadie se levanta, muchos tienen cascos de música y de uno llega *Another Brick in the Wall*, de Pink Floyd.

—Hola. ¿Qué desean?

El dueño sale de su despacho; cincuentón grueso, aristocratizado en el vestir y en las maneras, con gafas Lord Wilmore en la frente y lengüetazo canoso hacia la coronilla.

—¿Nicholas Bianco?

—El mismo.

—Hablamos ayer por teléfono. Somos Francis y Emeli Mitchell.

Emeli roza la mano de Francis, que sonrío algo confundido y no sabe qué hacer con ella. Al fin la suelta y señala el proyecto de la casa cúbica.

—Tenemos interés en hacer algo como eso —añade.

—Ah, sí. Pasen, pasen. Lo tengo preparado.

Bianco los introduce en su despacho, mientras continúa el clic absorto y en equipo. La mesa es de arquitecto, para formatos DIN A0 o cuadernos como el de Francis. Hay desorden de planos y papeles de calco con bocetos y soluciones constructivas.

Se sientan y empieza con el muestrario de planos. Proceso de construcción de la casa cúbica y con forma de nave espacial. Nicholas Bianco es su dueño, el dueño de la casa y del terreno donde han asesinado a nueve personas. Emeli y Francis y todo Homicidios lo saben desde ayer por la tarde, cuando llegaron los datos del registro de propiedades. Pero él no sabe que lo saben en Homicidios, ni que Emeli y Francis son de Homicidios, ni que en su propiedad han muerto nueve personas, ni que frente a su estudio ArchWild esperan dos Ford secretas de la Estatal para llevarlo a los interrogatorios de Homicidios. Pero el no saberlo es su papel. El papel virtual del sospechoso. Si Bianco actúa, desde luego lo hace bien. Rezuma indiferencia al hablar, y se preocupa más por mostrarles su hastío de artista, hastío de genio al margen de las reglas, que por hacerse el inocente o lo opuesto de lo que sería saber algo de los asesinatos.

—La vivienda es un puzzle de módulos prefabricados. Es belleza constructiva y belleza poética. Es un ente flexible y adaptable al entorno. La vivienda es un ser vivo, como lo que refugia en su interior y aquello de lo que refugia.

—Es verdad —dice Emeli—. Nunca lo había pensado.

—Los ventanales son lienzos al bosque. En el proceso creativo tuvimos en cuenta la necesidad de luz interior y la necesidad de una perspectiva. Cada ventana tiene un nombre, en función de lo que representa la visión que ofrece. Esta de aquí es «mar verde». Esta otra, «luz en la tundra». Esta, «jardín victoriano».

—Increíble —se admira Emeli—. La casa está en comunión con la naturaleza.

Francis señala los primeros bocetos. Cinco módulos abajo. Cinco angulados arriba para las bajantes. Transporte en helicóptero y montaje *in situ*. El solar se acondicionó antes para la cimentación. Francis parece no seguir el juego de Emeli.

—¿Es energéticamente autosuficiente? —pregunta.

Bianco cambia el chip a formato técnico. Se pone bien las gafas, que pasan del desenfado artístico en la frente a la rigurosidad científica del tabique nasal.

—Claro, la estructura es de acero galvanizado. El revestimiento, de madera y aluminio. Los paneles sándwich tienen gran aislante y hay un mimo exquisito en el sellado de los huecos. Sin puentes térmicos. Los paneles solares en la fachada sur garantizan el sesenta por ciento de energía. El cuarenta por ciento restante procede de un generador de energía eléctrica y térmica, instalado tras el trastero.

—Parece el refugio del futuro —comenta Emeli.

—Es innovador, sí. El agua de lluvia y de deshielo se almacena para la cocina y las duchas. Después se recicla para los sanitarios. Miren estos apuntes de aquí. La casa es autosuficiente.

—Son extraordinarios.

Bianco no se sonroja, pero hace ademán elegante y falso de sonrojarse. Humildad de genio.

—Creo que es uno de nuestros mejores proyectos. El más ambicioso.

—Sin duda, a ambos nos encanta, ¿verdad, cariño?

Emeli coge de la mano a Francis, que no da un respingo porque su sistema nervioso está en constante hibernación. Aun así, se le ve confundido cuando dice:

—Sí. Estamos enamorados los dos. De la casa.

—¿Qué hicieron con el entorno? —pregunta Emeli.

—El claro existía. Lo acondicionamos a la poética de la casa.

—Se refiere a que desbrozaron las malas hierbas.

—Sí. Las desbrozamos.

—Y también cortaron algún tronco, supongo.

—Bueno, alguno cortamos, sí.

—Aquí parece que talaron el bosque con forma cuadrada. Estilo plaza neoclásica. ¿Ha estado alguna vez en España?

El comentario es directo y Bianco se incomoda un instante, algo fugaz, que cubre enseguida su vanidad creativa. Aquí sí. Aquí han rozado algo, y tanto Emeli como Francis lo saben. Un elemento chirriante en su discurso, una contradicción. Una casa que dialoga con el entorno y lo rapa como a una pelambreira *skin*.

—Bueno. El cliente influye con sus peticiones, ya saben.

—Pero en este caso el cliente es usted.

—Sí, sí, claro. —Bianco piensa un momento—. ¿Cómo están enterados de eso?

—¿Suele ir a menudo a la casa?

—No demasiado. El trabajo, ya saben... —Bianco frunce el ceño y los mira—. Esa es una pregunta personal.

—Nos encanta la casa.

Bianco asiente, con sonrisa modesta de artesano.

—Gracias.

Emeli se abre el anorak y extrae un sobre.

—Mire, nos encanta tanto que tomamos estas fotografías.

Emeli despliega a Aliou Sabaly con media cabeza en la ventana, a Zettie Goodwin y su amigo el atizador, al hombre LEGO entre la nieve, a los cinco desenterrados con las marcas de lo subterráneo en la cara.

—Me gusta el nombre ArchWild —dice Francis.

—Arquitectura delicada y elegante —añade Emeli, mientras mira las fotos.

—Yo diría que arquitectura salvaje —apunta Francis, que también las mira.

—Bueno, para mí el nombre es como un juego. Arquitectura salvaje porque construyen en lo salvaje.

—Yo creo que, en lo salvaje, lo delicado y elegante es salvaje.

—Es posible. ¿Usted qué opina, señor Bianco? ¿Quiere un abogado?

—No quiere un abogado, el muy cabrón.

Contemplan a Nicholas Bianco desde la sala de observación, que es como un baño por las medidas y los azulejos, pero sin retrete ni lavabo y con un espejo invertido, espejo para Nicholas y cristal para ellos. Nicholas espera al otro lado, en la sala de interrogatorios. Treinta minutos sentado, sin moverse y con los ojos estancos, ojos como de muerto, de quien solo ve pensamiento. Después, treinta minutos algo más inquietos, moviendo la cabeza y explorando la sala, tomándole la medida a un cubículo que apenas es baldosa, tres sillas y una mesa, un cubículo rey en lo insulso, no solo por presupuesto, sino como tortura del aburrimiento. No hay nada en la sala que genere pensamientos nuevos. La sala es un gran espejo de los pensamientos. Todo reverbera y vuelve a uno mismo porque no hay nada. Un rato en la sala de interrogatorios y lo insulso se

vuelve maligno y luego demente.

En el bolsillo de Emeli vibra el móvil silencioso. Lo extrae a medias, ve el nombre de Larissa y lo vuelve a guardar.

—Pues vamos —dice la inspectora.

Entran Emeli y Francis. Ella irrumpe, algo avasalladora, y se sienta frente a Bianco. Él es lo inquietante que se queda detrás, de pie y fumando. El móvil deja de vibrar.

—El Norman Foster de la taiga. Sin abogados y a pelo. ¿Le han leído sus derechos?

Bianco asiente. Tiene las manos limpias y sin heridas. Manos de dibujante y pensador, pero no de artesano. No parece haber pegado al hombre LEGO, ni a Aliou Sabaly, ni torturado a Antonio José Garrido.

—Terminemos cuanto antes —dice Bianco.

Emeli consulta el reloj.

—Por mí, genial. Tengo depilación a las once en punto. Ingles brasileñas.

Bianco intenta mirar por la ventana. No hay ventana.

—Antes que arquitecto, me ocupo de sobrevivir y dar de comer a mis hijos.

—Entonces es usted un hombre de familia.

—Acepté el encargo por las deudas. Iba a cerrar el estudio porque no era sostenible.

—Entonces el encargo no se lo hizo a usted mismo.

Lo que dice concuerda con lo que saben: dos hijos pequeños con una esposa tlingit. Dos préstamos hipotecarios por valor de ciento cincuenta mil dólares que se saldaron hace diez meses. Sin antecedentes. Limpio. Ni siquiera multas de tráfico. Bianco solicita su bolsa, que ha dejado fuera para el registro, y en apenas unos segundos un agente abre la puerta y la deja sobre la mesa.

—Está limpia —dice, y los encierra de nuevo.

Bianco abre la bolsa y extrae una carpeta.

—Vino el hombrecillo y me trajo esto.

—El hombrecillo, dice.

—Sí, el hombrecillo. Era menudo y bajito. Metro sesenta, a lo sumo.

—¿Esa es la descripción que nos ofrece?

—También era calvo y algo amanerado.

Emeli abre la carpeta y salen de ella bocetos de la casa. Quien los hizo no sabe dibujar. Los trazos son torpes y remarcados, como los de un niño que aún está aprendiendo. Eso intuye Emeli, aunque ella tampoco sepa dibujar. Francis aún no ha intervenido, mientras ejerce de presencia inquietante y fumadora en segundo plano. Para sorpresa de Emeli, se sienta junto a ella; acto seguido, abre su cuaderno y observa en silencio los bocetos. Después saca de su bolsillo un estuche con diversos tipos de lápices, carboncillos, sanguinas y rotuladores Pilot para dibujo, y elige entre todos el lápiz H para simular los trazos remarcados de la casa. Dibuja en silencio. Emeli no entiende mucho más que Nicholas Bianco, pero hace como si comprendiera y mira sonriente al arquitecto. También mira el dibujo de Francis. Su análisis dice: líneas que en lugar de hilos son rastas peludas. Líneas de quien no sabe dibujar. Pero aun así la idea es clara. Los dibujos son malos pero claros: la casa es un cubo y tiene ventanas iluminadas. La casa se ve desde el aire y está en medio de un claro cuadrado. Lo demás es todo bosque.

—¿Y qué le dijo el hombrecillo? —pregunta Francis.

—Me dijo que quería una casa con ocho habitaciones. Una casa como la de los dibujos.

De la carpeta extrae además un mapa de tenencias y propiedades de tierras. Cartografía catastral rústica. Parajes. Reservas naturales. Espacios protegidos. Bianco señala unos límites

subrayados con rosa fosforito. Un rincón virgen, limpio del mundo, alejado de todo.

—Dijo que la quería aquí.

—¿Y el terreno estaba comprado?

—No. Lo compré yo. Así me lo pidió el hombrecillo.

—¿Se lo pide un hombrecillo y usted lo compra?

—Me pagaba tres veces el precio del proyecto y la ejecución de obra. Además del precio del terreno. Y yo tenía necesidad.

Emeli mira a Bianco, que le devuelve la mirada sin pestañear, aunque algo confuso, consciente de lo estrafalario que suena su relato.

—¿Tiene nombre el hombrecillo?

—Sí, lo tendrá. Pero yo no lo sé.

—Entonces no sabe quién es el hombrecillo.

—No tengo ni idea.

—En resumen, usted compró el paraje y construyó la casa con el dinero que le dio él.

—Así es. Y, una vez finalizada, le entregué las llaves y el uso pleno de la casa.

—¿Sin contratos?

—Sin contratos. Él insistió mucho en ese aspecto. Un acuerdo de palabra.

—¿Es consciente de lo difícil que resulta creerse eso?

—Subió de dos a tres veces el precio real del proyecto, precisamente por esa circunstancia.

Como comprenderá, yo no me resistí.

—¿Y se volvió a ver con nuestro hombrecillo cuando le entregó las llaves?

—No, me pidió que las dejara en una taquilla de Big Dipper, la pista de hielo.

—Y desde entonces usted se desentendió de esa casa.

—Así me lo pidió él.

—Suena ridículo y absurdo. ¿Lo sabe usted?

—Me pagó la mitad al día siguiente de vernos. A mí no me sonó ridículo.

—Le pagaría en efectivo, imagino.

Bianco se retira las gafas y suspira, consciente de que lo están pillando en una infracción.

—Una parte sí, porque lo necesitaba ya.

—Lo habrá declarado —dice Emeli con ironía.

—Asumo que he cometido alguna infracción fiscal, inspectora.

—Desde luego, y una bien gorda que puede suponer el cierre de su negocio.

—Podría colaborar aún más, inspectora.

Emeli se inclina sobre la mesa. Bianco se escuda en que no lleva las gafas para no sostenerle la mirada.

—¿Nos está chantajeando, Bianco?

—Me gustaría que pasaran por alto que blanqueé dinero. ¿Sería posible?

Emeli sonrío y mira a Thurmond, que también esboza una leve sonrisa.

—Dependerá de la información que nos facilite.

Bianco se coloca las gafas y asiente, satisfecho. Entonces extrae otro documento de la bolsa.

—Firmamos esto. A nombre de una sociedad en Antigua y Barbuda, para lo que restaba del pago. Así no tenía que blanquear tanto dinero.

Emeli ojea el documento.

—Esto es un contrato.

Bianco compone un gesto humilde.

—Bueno, diría que no uno habitual, por eso lo he obviado antes.

—Nos ha ocultado información.

—Yo creo que la sociedad es fantasma, por establecerse en un paraíso fiscal. Entiendo que es una actividad un tanto ilícita.

—Sí, son actividades fraudulentas, Bianco.

—Lo entiendo, inspectora.

Emeli se queda la carpeta.

—Colaborará con el especialista en retratos robot. Espero que esto nos ayude a encontrar al hombrecillo.

Asiente Bianco, solícito.

—Y después, ¿me ayudarán con el asuntillo fiscal?

—Si la documentación es útil, ya veremos. Mientras tanto se registrarán sus propiedades. Estudio y vivienda habitual. Tenemos la orden. No vaya a ser que se nos olvide algo.

Emeli sale al parking de la oficina, con el tercer café del día. La historia de Bianco, por mucho que sea ridícula y extraña como para exponerse en una vitrina de museo, alberga cierto sentido. Las deudas no concuerdan con regalarse una casa. El contrato con la compañía en Antigua y Barbuda se ha derivado a la Central en Maryland; a ver qué encuentran los merodeadores de ricos y de sociedades fantasma, los frikis expertos en corrupción y fraudes fiscales.

Se ha alejado, entre parabrisas que reflejan la luz tímida del sol, hasta un jardincillo distante donde llamar a Larissa con su móvil.

Así que llama. Llama y espera. Al sexto tono cuelga. Ahora es ella la que no le coge. A veces, cada vez más, alcanzan la excelencia en diacronía telefónica. Emeli siente el impulso de telefonar a Joan, aunque la llamada internacional le desangre el bolsillo.

Joan siempre ha sido para ella como salir a que le diera el aire, a tomarse un café o a fumarse un pitillo. Eso si el matrimonio de Emeli con Larissa fuera un trabajo. Joan ha estado ahí desde el principio, desde que en su séptimo año en el extranjero Emeli conoció a Larissa y comenzó a tirar, porque siempre hay alguien que tira primero. Tirar de Larissa como si las uniera un cordel, forzarla para que se conocieran, para que se habituaran a verse, para que fueran al Filomena en Washington, o al cine de Landmark, o al Teatro Hispánico, para que la acompañara al portal, para que se quedara a dormir, para que se fueran juntas el fin de semana, una corta escapada a Virginia Beach. Pequeñas imposiciones que una ejerce sobre la otra, tan sutiles e inofensivas que nadie las llamaría imposiciones, sino propuestas lógicas para compartir la vida. Una cuestión de dinámica existencial, en palabras de Joan, el consultor experto de Emeli, el gestor del *Manual de instrucciones de uso Emeli Urquiza*. «Para eso llegaste a este mundo, ¿verdad, Emeli? Hay que moverse, hacia delante o hacia los lados, o en círculos. Hay que tirar del cordel y también dejarse arrastrar.» Así habla Joan, como un libro. Y después bromea: «Por eso hay algo de pequeña violación, mi chica extraña. Porque sabes que, en cierto modo, ella o tú os veis obligadas a aceptar». El sexo consentido también tiene violaciones. Inadvertidas casi todas. Una resistencia breve y una aceptación (o claudicación) para adquirir una postura o para hacer lo que al otro le excita. Entre medias, palabras de ternura y amor, pensamientos de deseo o lo que sea (cuando hay pensamientos, por eso las violaciones son inadvertidas).

Joan y Emeli se hicieron amigos de niños, cuando ella aún no sabía que era lesbiana. Ninguno recuerda bien cuándo ni cómo empezó el acercamiento, porque fue con esa naturalidad ingenua, esa intuición infantil de elegir su zapato en la zapatería, su zapato de Cenicienta. Vecinos de la calle Aguirre, junto a la plaza del pueblo y la iglesia de San Miguel. Lo ingenuo y natural les duró hasta el instituto, cuando aparecieron las verdades nuevas. La inseguridad. El miedo. Su amistad recibía un asedio de interrogantes.

En la entrada al instituto. Corrillos de chicas y corrillos de chicos, mochilas en las nalgas y pitillos que se pisan, estilazo en vaharadas y miraditas entre ellos. Euskera, castellano, en el grupo de las chicas.

—Me lo tiraría hoy mismo, tía. En el baño del último piso.

—*Neuk bebai*, tía. Pero *ama* me tiene encerrada. De casa al insti y del insti a casa.

—*¿Zer nahi duzu ba* metiendo al capullo ese en casa? Para mí que no sales a pillar hasta los dieciocho.

—Me echó un buen polvo.

—Qué sabrás, si solo has follado con él.

—*Ta zu Joanekin, Emeli?*

—Eso, ¿y tú con Joan, Emeli?

Silencio de tribunal, miradas de inquisición adolescente.

—*Ni Joanekin ez*. Lo de siempre.

—Como que tú con Joan nada. Mira cómo se ríe la muy guarra. Tú estás toda pillada por él.

—*Zoratuta zaitu*, el muy listo. Loquita loca.

—Qué dices, tía.

Media mañana, en la biblioteca, con los libros abiertos y la atención en el Big Bang de hormonas, chicles bajo los tableros, susurros y cuchicheos.

—¿Sabéis lo de su hermano? Se los puso a la novia durante dos putos meses. Con una zorra de segundo.

—Su hermano es un imbécil. Pero Joan es un buen tío.

—Mira cómo lo defiende la Emeli. Para mí que te lo tiras todas las noches.

—*Berarekin amesten du*. Sueños sexuales los tuyos.

—Qué dices.

—Amaia también se tiró a su hermano. Se la metía al ritmo de Extremoduro dentro de su coche.

—Extremoduro. ¡Ja! *Badu kotxerik bere anaiak?*

—Y una pollita que ni cosquillea. Eso me han dicho a mí.

—¿Y la de Joan, Emeli? ¿Cosquillea la de Joan?

A la salida del instituto. Corrillos. Emeli de espaldas a los chicos.

—Coño, Emeli, mira cómo te mira. *Begira, begira!*

—Joder, cómo hostias te está mirando.

—No flipes, tía.

—Que sí, joder. ¡Mira, mira!

Emeli, con las mejillas sonrojadas, se volvió y miró. Joan fumaba y desvió la mirada.

—¿Lo ves, tía? ¿Lo ves? *Zoratuta daukazu*. Está todo loco por ti.

—Se ríen los muy cabrones. ¡Cómo te ha mirado, joder!

—Pero a ti te gusta, ¿no, tía? Para mí Joan está muy follable.

—Yo me lo tiraba aquí y ahora.

—Fijo que se la has hinchado ahora mismo. Me la imagino a lo osito hormiguero. Le pega a la cara, tan buenazo él.

—No dices nada, tía. ¿Te mola?

—*Hori*, tía. *Gustatzen zaizu?*

—Sí.

—¿Sí qué?

—Que sí. Que está bien.

—¿Solo bien? ¡Pero sí está bueno de cojones!

—Como no lo aproveches eres tonta con ganas, tía.

La hiperactividad desconocida era en realidad un radiador interno. Le ardían las mejillas, le ardía el cuerpo; se estiraba en el pupitre para aliviarse y se revolvía en sueños entre las sábanas. Le molestaban las tetas, el culo, la tripa. Le molestaba todo y fantaseaba con quitarse la piel para sentir aire fresco. El asedio de interrogantes era doble. Un frente externo y un frente interno. Una Alemania cercada por americanos y soviéticos. Una opresión, desde fuera, desde dentro, desde el mundo entero. Joan y ella. Chico y chica. Lo ingenuo y natural de la infancia se convirtió en una inquietud incontenible. O se distanciaban o exploraban más allá de la amistad. No era una elección consciente, era una bifurcación invisible, vías de tren cuyos desvíos no se distinguen desde el interior del vagón. O una cosa o la otra, y porque sí. En su caso, la amistad se estrechó hasta coincidir todos los días de vuelta del instituto; charlas interminables en el banco debajo de casa, deberes en tándem en la biblioteca municipal, llamadas telefónicas antes de acostarse, paseo matinal antes de clase. Lo natural se volvió antinatural. Una amistad forzada y extraña si no había interés de por medio. Una evidencia de tensión que explotó de alivio cuando él la besó a las afueras del pueblo, un atardecer, con vistas a la presa y su lámina de agua. Entre medias, en el instituto, corrillos de chicas y de chicos, miraditas, reunión hiperactiva alrededor de Emeli. Asedio exterior. Inseguridad grupal, obsesión, terror que se desborda por la boca. ¿Te lo has tirado ya? Eso, eso. ¿Te lo has tirado? *Zoratuta daukazu*. Lo tienes todo loco. Mira cómo te mira. *Begira, begira*. Lo tienes hambriento al muy buenorro. Y Emeli que qué dices, tía. Y que no. Y que no. Todo era un bombardeo persistente, entre pupitres y porrillos de recreo, Joan, Joan, Joan, follar, follar, follar. Hasta que terminaba la clase y al mirar a Joan sentía como una dentera visual y una necesidad de distanciamiento que no entendía cómo era posible. Confusa y con ganas de llorar, se escapaba sola a casa. Al tercer día Joan la retuvo y le preguntó qué le pasaba, con sus palabras sedosas y literarias; nada de follar, ni de tirar, ni de zorrillas, ni de buenorros. Salido de un libro. Rítmico y poético. Un Mikel Laboa, un Sugarhill Gang del Romanticismo. Y ella que nada y que nada, pero de pronto sepultó su confusión besándolo como no había hecho en la vida, sin saber que lo tenía aprendido, la lengua bien adentro. Fuegos artificiales. Lluvia explosiva bajo la piel. A la mierda todo.

—Quiero hacerlo.



—¿Qué?

Sorpresa. Miedo. Excitación. Prisas. En las miradas de ambos.

—Quiero hacerlo.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Buscó su seguridad en un beso caníbal, atropellado. Él hizo lo propio cuando entraron en casa y se encerraron en la habitación, con dedos que trabajaron con frenesí, también atropellados. Les sorprendió de nuevo que supieran hacer lo no hecho nunca, como algo instintivo, como el nacer o el morir. Joan la penetró de un golpe seco y descontrolado, y le pidió perdón cuando ella se quejó del dolor. ¿Sigo? Sigue, sigue. ¿Seguro? Sigue, joder. Joan empujó sin el ritmo de sus palabras, atenzado por los nervios y por las prisas de Emeli. A ella el dolor del principio se le volvió insensibilidad, y el ardor excitante, claustrofobia corporal. Pronto sintió la necesidad de escapar, de salir de allí, de respirar aire fresco, porque lejos de agarrarlo y de hundirle las uñas en las nalgas como queriendo fundirse con él, el cuerpo de Joan le inspiraba asfixia. Emeli aguantó sin entender nada porque eso no era lo que debía sentir, hasta que él empezó a flaquear, a jadear y a suspirar, a derretirse en un gemido sordo que lo dejó sobre ella, flácido y muerto. De todo a nada. O corriente o no corriente. De interruptor fascinante a interruptor vulgar. Y así, liberada, ella se volvió de espaldas. Sin saber qué pensar. Los ojos fríos y robóticos, como en shock. Se acurrucó en posición fetal, incapaz de pensar en nada, hasta que él le besó el cuello y le recorrió el relieve de la clavícula con la punta de la nariz. Eres maravillosa, mi chica extraña, para mí ha sido algo precioso. Hábito tenue de respiración en el hombro y la axila, cosquilleo que en otra circunstancia a Emeli la hubiera hecho sonreír. Silencio. ¿Te ha gustado? ¿Qué? Que si te ha gustado. Sí. Silencio. Me ha gustado. Silencio. Me ha gustado mucho. Silencio. Y se dio la vuelta y le besó y se cerraron las bocas.

Tres meses después, en una pradera entre margaritas subiendo hacia el monte, Joan derramó una lágrima cuando le preguntó:

—¿Y ya está? ¿Se acabó?

Ella asintió con la cabeza, sentada de cara a él, con las piernas cruzadas. Lo miró, dejó que lo asimilara, esperó. Entonces Joan se levantó y se fue, sin decir nada, un muñeco roto con zapatillas anchas que arrastró sus vaqueros de un quintal. Desapareció pradera abajo, mientras ella se quedaba inmóvil, observando las margaritas dulces y aplastadas por Joan, hasta que le pareció que las margaritas, la hierba, los árboles, el valle, el cielo y el mundo entero empezaban a aplastarse como pétalos también. Al volver a casa se encerró en su habitación, se tumbó en la cama y miró al techo, con una sensación de abismo y de apocalipsis y de injusticia que se desbordó como una presa en un torrente incontenible que la hizo llorar. Perdición. Fin de una era. Convulsiones silenciosas en la nada del techo.

*Manual de instrucciones de uso Emeli Urquiza. Capítulo 7. «Cómo enamorar a Emeli»: busque la opción de formatear y cámbiese de sexo.*

—Ese capítulo me faltaba.

Al recordar su aventura, dieciséis años después, Joan siempre bromea.

El parking frente a la oficina de Homicidios. Emeli con el café frío. El culo helado sobre un

banco. Frente a ella Francis, fumándose un pitillo, mano libre dentro de la gabardina. La observa en silencio, tras nebulosa Winston de liar.

—¿Qué pasa?

—Han llamado —dice él—. Quieren que volvamos a la escena del crimen.

—¿Han encontrado algo?

—Sí.

—¿En la casa?

—No. En el bosque. A milla y media de la casa.

—¿Otro cadáver?

—No. Una cabaña. Creen que es el refugio del asesino. Al parecer, lo que hay en la cabaña es muy extraño.

—¿Extraño?

—Eso es lo que dicen.

*Día 4*

Zettie miraba por la ventana, con unos prismáticos que había encontrado en el trastero. La expedición en busca del señor Garrido tardaba en volver. A través de las lentes, distinguía las extrañas y retorcidas formas de los árboles. Un mundo inmóvil y silencioso, tan próximo por la ilusión óptica que creía poder rozarlo con los dedos. Todo estaba muerto en él, blanco y neblinoso, hasta que varias ramas se movieron.

Cobraron vida.

Zettie despegó los ojos de las lentes, asustada. Miró los prismáticos, como si portaran dentro un artificio de brujería. ¿De verdad se habían movido las ramas? Dudó en si volver a mirar, y al fin se los aproximó. Apuntó al bosque, y lo barrió lentamente, con temor. Todo volvía a ser idéntico. Árboles neblinosos, quietos. ¿De verdad había sido una ilusión? Entonces los volvió a distinguir.

Estaban vivos y se acercaban hacia ella. Sombras en la nieve. Tenían brazos y portaban un cuerpo congelado.

Los prismáticos cayeron. Las lentes cascaron en el suelo. Zettie gritó.

Zettie Goodwin lloraba en la sala de estar, en un bucle sin descanso. La inglesa, siempre algo despistada, ahora estaba en el sofá, con la vista clavada en el suelo y temblando con visible esfuerzo por evadirse del lugar y por no caer también en el llanto. El americano solitario se hallaba de pie junto a las brasas, mirando hacia cualquier rincón salvo a Zettie, por incomodidad ante el llorar ajeno.

—Mis niños... Mis niños... —balbuceaba Zettie.

Se sujetaba las rodillas y se balanceaba, como un tiovivo encogido, como una bola oscilante que deseaba hacerse pequeña y pequeña y más pequeña hasta convertirse en un átomo y desaparecer. Eran gimoteos y convulsiones de niña, después de que trajeran a Garrido del bosque. Lo acababan de enterrar junto a la hija de Sabaly, dentro de la cerca. Ahora discutían si volver al pino donde habían encontrado el cuerpo y seguir la extraña indicación: «A 2.000 pies, S-SO».

—Es una trampa —no paraba de repetir Teodor.

—¿Y qué hacemos? ¿Quedarnos aquí?

—Los que se adentren en el bosque morirán —insistió Teodor.

Zettie lo miró, bañada en lágrimas.

—¿Por qué dice usted eso?

—Yo solo sé que estamos atrapados. El piloto no vino según lo acordado. Y cada vez que salimos de la casa, solo encontramos la muerte.

—Había ventisca —respondió Ronald—. Era imposible para el piloto llegar hasta aquí.

—Pero ahora no nieva, señor Goodwin. Y yo no veo aparecer al piloto.

—Volverá como convenimos. Dijo dos semanas, así que faltan diez días.

Teodor esbozó una sonrisa de desesperación.

—Eso si vuelve, señor Goodwin.

—¿Cómo? ¿Cree usted que no volverá? —preguntó Zettie.

—Volverá —repitió Ronald—. Aun así, yo iría al pino. Necesitamos respuestas.

—¿Respuestas? Están ustedes cayendo en el juego que él quiere —dijo Teodor.

—¿Él? ¿Quién es él? —inquirió Zettie.

—No sé quién es él. Pero está ahí fuera.

—¿Y qué pasa con nuestros hijos? —planteó Ronald—. ¿Nos quedamos aquí sin saber si están ahí fuera?

Teodor abrió más los ojos y rio.

—¿Ahí fuera? ¿Y teniendo la casa aquí? El invierno nos tiene enjaulados, señor Goodwin. Lo viví cuando fuimos a la pista de aterrizaje. Nadie puede sobrevivir fuera de la casa.

—Como quiera. Pero yo voy —dijo Ronald.

—¡Cariño!

—Yo también voy —se sumó Aliou.

—Y yo —dijo Ulad.

Teodor miró a su secretario.

—¿Tú también vas?

—Sí, yo voy. Pero se puede quedar en la casa si salir le inquieta demasiado.

—¿Inquietarme? —exclamó Teodor—. A mí no me inquieta. Solo estoy en desacuerdo. Pero si van todos, también voy yo.

—A dos mil pies, sur-sudoeste.

Brújula de espejo, fabricada en Finlandia. Tenía un margen de inclinación de veinte grados. Ronald sabía todo eso, por las instrucciones, mientras miraba el tronco escamado del pino donde ya no estaba Antonio José Garrido.

—Será hacia allí.

Teodor señalaba hacia los árboles, que era como señalar hacia cualquier lugar salvo el suelo y el cielo. Ronald esperó, porque su cabeza se entrometía entre la brújula y él. Después miró hacia las hordas de troncos, hordas estáticas de troncos, troncos incrustados en la tierra que ojalá no les diera por sacar las raíces patosas y moverse ellos también. Migraciones de bosques. La taiga de vacaciones a Nueva York.

—Vale.

Aliou Sabaly se adelantó con la escopeta de caza. «Sé utilizarla», había dicho. Por la presencia lobuna y a saber de qué más. Así que avanzaron: Ulad, Teodor y después Ronald. Expedición de anoraks, orejeras y guantes como monigotes ultraforrados e impermeables. En la mochila de Ronald, colgando de la cremallera por un pequeño cordel, se balanceaba una caracola del tamaño

de un puño.

—¿Por qué le cuelga de la mochila una caracola reina? —preguntó Ulad.

—Me da suerte —dijo Ronald.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabe?

—En realidad no lo sé. No tengo ninguna prueba. Simplemente le atribuí esa facultad a la caracola. Me la dio un mendigo un día especial para mí.

—¿Un día especial?

—El día en que decidí dejar de trabajar.

—¿Usted no trabaja?

—No. Desde hace unos años.

—Y quiso subrayar semejante día con la caracola de la fortuna.

—Algo así.

—¿Y tiene historia la caracola?

—Claro que la tiene. Es la historia de Travis Loren.

El día en que Ronald dejó su trabajo volvió a casa como de costumbre. Placidez residencial. Jardines abiertos al mundo y casonas neovictorianas. Saludos vecinales y sonrisa americana. Quince millas por hora y gamberrismo al volante con la banda sonora de *En el nombre del padre* a todo volumen. En el retrovisor, ojos felinos a lo Daniel Day-Lewis. Rampilla al garaje, embrague, *off*, entrar en casa, la bolsa al suelo, su hijo Charlie en el sofá frente a la televisión. Ronald se sentó y cogió su mando. Partida multijugador.

—La pantalla de las favelas.

—Vale.

La PlayStation 3 y el *Call of Duty 4: Modern Warfare* se libraban de ser una de las muchas compras inútiles que abarrotaban la casa. Charlie y su lanzadera espacial LEGO, que solo se montó, los walkie-talkies agente 007 aún con las primeras pilas, las peonzas BeyBlade, los prismáticos nocturnos. Jenny y los kits de magia, de los que apenas dominaba el «agita la varita mágica y verás cómo se ondula», o los cofres de maquillaje para niñas, que no llegaron a estrenarse porque la adolescencia le vino de golpe; estar guapa dejó de ser un juego, y los rosas chillones y los empolvados púrpura la disfrazaban de hada ridícula e infantil. Flirteos o caprichos urgentes, que más parecían una necesidad imperiosa, como un miembro auxiliar del cuerpo, un tercer brazo que de pronto era indispensable para la vida.

—Esto es diferente, papá. Esto lo quiero de verdad.

—Habla con mamá.

—Mamá dice que hable contigo.

—Las cosas se ven distintas antes y después de comprarlas, Jenny. Los sentimientos hacia ellas cambian. Deberías pensarlo.

—Lo quiero de verdad, papá. Lo necesito. No puedo aguantar con este sentimiento.

En casa, las conversaciones eran un bucle. Volvían con el tiempo, y salvo en contadas ocasiones, pillaban a uno con la guardia baja: en sus propias cosas, que eran muchas y todas a la vez. Charlie y Jenny desarrollaron su maestría con los años, afinaron sus discursos y su persuasión, crearon una especie de tecnología de radiodetección de las ondas cerebrales paternas. Aguardaban al acecho, a la espera de un mayor flujo mental en el macho alfa, o en la hembra madre. Cuanto mayor flujo, menos atención para sus hijos, menos resistencia. Sabían cuándo

intervenir. Moscas inoportunas que Ronald apartaba de un manotazo con setenta y cinco dólares y el viaje en coche al centro comercial de Manhasset. Así entraba en casa otro objeto inanimado más.

Pero la PlayStation no. La PlayStation aún se empleaba, con perseverancia y fervor. Era una religión. Era un objeto animado y atemporal.

—Estoy a tu izquierda.

—Cúbreme.

Resonaron en la casa. Descargas de carabina M4A1, bombas de humo. Fuego cruzado entre favelas brasileñas. Las 43 pulgadas de la Philips en todo su esplendor, una ventana luminosa a lugares fascinantes del mundo, ciudades desierto de Irak, granjas nevadas de los Urales, bosques frondosos de Bosnia. Allí, desde el sofá.

—¡Cuidado! ¡Lanzagranadas!

Aporreaban los mandos, que estaban diseñados para sufrir. Botón de disparar. Botón de disparar. Cargador extraíble curvo, de treinta balas. Vacío.

—Joder. ¡Lo tengo encima!

—Carga. Carga.

—¡Ya va! ¡Ya va!

Ronald no tuvo tiempo para cargar. Así que la pistola Magnum fuera, como último recurso. Los seis disparos del tambor y el insurrecto desharrapado, que entraba en el parapeto con su AK-47, salpicó la pantalla con su rojo sangre. Suspiro de alivio. ¡Joder! ¡Joder! Le ardían las yemas de los dedos. Podía quemar el plástico del botón de tanta fricción.

—Deberíais sentir alivio de que ese juego no sea verdad.

Más disparos. Más casquillos que volaban. La voz sonaba detrás. Olor a crema de manos que se apoyaban sobre el sofá.

—Y, sin embargo, me preocupa que sintáis placer de que lo parezca.

A Charlie le cayó uno encima. Saltaban de los tejados, los muy perros. Su padre lo abatió, cuchillo aserrado en mano. Muerte número treinta y cinco. En la pantalla de las favelas su récord personal eran treinta y ocho. Estaba en forma.

—Shamu Kahn lo llama el peligro del deseo de lo inconsciente. Su análisis del capítulo 3 es muy revelador al respecto.

—Es una simulación inocente, mamá.

Más disparos, desde las callejuelas llegaban ladridos de perros. Zettie Goodwin era otra mosca inoportuna. Los manotazos con ella eran complejos y enrevesados. No siempre funcionaban. Las conversaciones, otro bucle.

—Ronald, ¿quieres parar un momento?

—Ya voy.

—Ronald, ¿has pasado por Wegmans?

—Ya voy, doctora Kahn.

—Papá, dispara. Vienen los perros. ¡Papá, a tu izquierda!

—Ronald, ¿has pasado por Wegmans?

Botón de *start*. Pausa. Ronald se volvió.

—¿Wegmans?

—La compra, Ronald. Leche sin lactosa, zumo de arándanos, agua embotellada, huevos camperos. Te dejé la lista en la cocina. Los Zuckerman vienen el domingo a desayunar. Linda es intolerante a la lactosa.

Zettie se manoseaba las manos con crema Burt's Bees. Almendras, leche y cera de abejas, rápida absorción. Para Ronald, aroma espeso a manteca de cacahuete, untado en piel. Veinte años de matrimonio, o lo que era lo mismo, de Burt's Bees tres veces al día, cinco en invierno. En ocasiones Zettie era solo aroma espeso a manteca de cacahuete. Otras ni siquiera eso, porque para Ronald, cuando su exposición a Zettie era prolongada y sin descanso, por ejemplo en vacaciones, Burt's Bees era oxígeno en el aire, omnipresente como la nariz en el campo visual de uno mismo.

—Lo siento, cariño, lo he olvidado. Iré mañana.

Ahora que la miraba, su mujer se friccionaba el codo. Con muecas de dolor. Ronald fue a retomar la partida.

—Déjalo —lo interrumpió ella—, ya he ido yo. He salido antes de la *boutique*.

—Hoy cierras pronto. No era necesario.

Zettie no le hizo caso. Movía el brazo, la frente fruncida, al acecho de algún crujido de articulaciones. Había aprendido a no fruncir la frente, tras años de autocontrol, cuando las arrugas pasaron a ser un temor existencial. Se requería un motivo superior para sacrificar una epidermis tan expuesta, aunque solo fuera durante unos segundos.

—Me ha costado —dijo dolorida—. Era una compra pesada.

—Podías haber cogido un carro, para llevarla al coche. Y llamar a Charlie para que la metiera en casa.

—Charlie no estaba.

—Papá, ¿seguimos o vuelvo a mi campaña?

—¿Y Jenny? ¿Jenny no estaba?

Zettie cerró el bote de Burt's Bees con la mano izquierda. El brazo derecho en ángulo recto, inmóvil, como escayolado.

—Creo que tendré que volver al médico. No debería haber ido a Wegmans. Pero alguien tenía que hacerlo.

—Llevas toda la semana quejándote del codo.

—Por la mañana estaba perfectamente. No puedo cargar tanto peso. Después de lo de hoy, tal vez tengan que operarme.

Ronald suspiró.

—Está bien, doctora Kahn. La culpa es mía.

—Papá, voy a salir.

—Espera, Charlie. Que batimos el récord.

—Esa no es la cuestión, Ronald, ya lo sabes. Nadie tiene la culpa.

—Si no hay culpables, deme entonces su diagnóstico, doctora Kahn. Es urgente.

Ronald lo admitía, su ingenio era infantil. Pero también un bote salvavidas. Veinte años en el océano conyugal, dos masas de aire que chocaban, con sus diferentes temperaturas. Vientos huracanados, cumulonimbos cargados de lluvia. Antes que doctora Kahn, habían sido apelativos como doctora W. Dyer, doctora Gladwell, doctora Goleman, doctora R. Covey o doctora Carnegie. Variaban en función de los títulos y los nombres de los autores que hubiera en la mesilla de noche. *Tus zonas erróneas*. (La ilusión óptica de una nariz gigante. Rinoplastia por cinco mil dólares. En 1998.) *La clave del éxito*. (Agencia de viajes en pleno Westbury, 2000-2002. Inversiones en el mercado inmobiliario. *Boutique* de zapatos también en Westbury, 2003-aún vigente.) *Los siete hábitos de la gente altamente efectiva*. (Terapias corporales tres veces por semana. Yoga al amanecer, en el dormitorio, persianas arriba mientras Ronald duerme. Piensa en positivo y los males se esfumarán. Desea con fuerza y los sueños se cumplirán. Científicamente

probado. Pura física.) *Inteligencia emocional. Cómo ganar amigos e influir sobre las personas.* (Diez pasos. Memoriza la lista para que todo fluya. Practica para que no resulte artificioso. Aborda a las señoras de la limpieza al salir de sus trabajos y pregunta por el desayuno de los dueños de la casa. Compra leche sin lactosa y zumo de arándanos, si es necesario.)

Atrás. Atrás. ¿Desea salir de la partida? OK.

—¿Por qué haces eso, Charlie?

—Me he cansado de esperar.

—Hoy estábamos en racha.

—Ronald, ayúdame, tengo que partir el conejo y no puedo. Me lo han dado entero en el Wegmans.

—Espera a que me duche.

—Jenny quiere cenar pronto. Son las semifinales de *American Idol*.

Se abrió una puerta, a lo lejos, en el pasillo. Un grito versión Zettie 2.0, estridente y fresco.

—¡No quiero quedarme sin verlo por tu culpa, papá!

—Jenny está enamorada de Jordan Sasser —dijo Charlie.

—¡Y tú fumas porros con la Melanie esa! Mamá, su padre está en chirona por traficar con meta.

—Por Dios, Charlie. ¿Es eso cierto?

—Tú también fumabas maría con mi edad. Me lo dijo papá.

Ronald ya escapaba del Big Bang tamaño familiar de aquella tarde. Oyó un suspiro largo, un chorro gaseoso de paciencia, que salía por los orificios de Zettie. Sin verla, no pudo evitar la imagen de su expresión santificada, los brazos en jarras en medio de la sala, estereotipo de madre con el cielo ganado a mitad de vida. Zettie tenía un talento extraordinario para adueñarse de estereotipos de madre/mujer de anuncio televisivo de lavadoras de los años cincuenta.

—Ronald, el conejo. No tardes.

La moqueta absorbía los sonidos, así que no persiguieron a Ronald por las escaleras.

—¡Papá, no tardes!

Puerta. Pestillo. Refugio. El santuario embaldosado del cuarto de baño, sin ventana. Un silencio que a Ronald le parecía subterráneo, como de terma romana, a pesar de las pegatinas de Bugs Bunny y el olor a dentífrico y champú. Para cuando se desvistió, había olvidado la tormenta galáctica. Su talento también era extraordinario para algunas cosas, especialmente para olvidar las tormentas domésticas. El chorro de agua colaboró en su talento y en el viaje temporal hacia termas paganas. Pronto el calor vaporoso lo nubló todo. Mejor así, sin trastos alrededor. Qué listos eran en la Edad de Cristo.

Dos semanas atrás se había desviado de vuelta a casa. La brisilla del Atlántico era caribeña; el sol, una rubia soberbia que le esperaba a la salida del trabajo para acariciarle la piel. Charlie no estaba para jugar a la Play y la opción del paseo se presentaba más sugerente que un retorno temprano a casa. Compró un perrito caliente y una Coca-Cola y se perdió en un parque sin nombre de Sands Point.

Lo vio enseguida. Paseaba ante él un mendigo con remiendos y pelambreira de náufrago. Tiraba de un carro oxidado que chirriaba bajo una colección variopinta de cachivaches. Colgaba de su espalda un cartel: TODO A UN DÓLAR. Ronald la vio sobresalir entre la montaña de objetos inútiles, y le pareció que destacaba entre lo demás porque brillaba libre de mugre: un ejemplar de caracola reina.

Aún ignoraba por qué la cogió. Ronald pagó un dólar y se la llevó al oído.

Estaba predispuesto. Su estado de sosiego errático invitaba a ello. Se quedó pasmado, como si



descubriera de pronto que aquella concha espiralada de molusco era un reproductor marino. Un loro marino. Por supuesto, no lo descubriría. Sabía de aquel efecto auditivo. Pero en aquel instante pensó que no, que en realidad no lo sabía, no lo sabía de verdad. Tal vez de niño, cuando escuchó su primera caracola, lo llegó a saber y a comprender en toda su magnitud, lo llegó a sentir. Pero seguramente después lo olvidó. Como casi todo. Sonidos de fluctuaciones, burbujeos, ese zumbido insondable de las profundidades; incluso le pareció distinguir el canto de una ballena.

—La encontraron en la isla de Tuka Tuka, ¿sabía usted? Una isla desierta del Pacífico. Donde solo hay cocoteros.

El mendigo le hablaba, alegre tras la transacción. Ronald lo miró, la atención captada, con la caracola aún en la oreja.

—¿Y eso qué tiene de especial? —preguntó—. Las caracolas varan en las playas.

—Estaba entre las pertenencias de un cadáver, que naufragó allí hace doscientos años. Se llamaba Travis Loren. Un joven guardiamarina de la Royal Navy. Su fragata encalló durante una tormenta y él fue el único superviviente. El pobre Travis duró cuatro semanas. ¿Sabe usted qué le pasó?

Ronald no dijo nada, pero se descubrió negando con la cabeza.

—El joven Travis solo disponía de cocoteros para alimentarse. Un regalo de Dios para las islas desiertas, ¿sabía usted? Los puso como medida de urgencia, cuando descubrió que éramos lo bastante idiotas para terminar en una isla desierta, tan lejos de todo. Por eso el coco es tan calórico y con tanto contenido en fibra, y con agua rica en sales minerales. Pero nuestro pobre Francis no toleraba la copra, el aceite del coco. Le producía urticarias, náuseas, inflamación de los párpados, problemas gastrointestinales. Y, sin embargo, era el único alimento de la isla. Travis sabía que si no lo comía, moriría de hambre. Debió de sufrir un tormento indecible, sin duda una tragedia humana de lo más conmovedora. Murió de un shock anafiláctico, ¿sabe usted lo que es eso?

—Lo que me sorprende es que usted lo sepa. Sin ánimo de ofender.

Sonrió el mendigo. Dentadura amarga y despoblada.

—Los cocos supusieron el final de Travis. El alimento, precisamente lo que necesitaba para mantenerse vivo, terminó con nuestro joven Travis. Bonita paradoja, ¿no le parece?

Asintió Ronald, algo confuso.

—¿Y cómo se sabe su historia si murió solo en la isla?

—Escribió un diario.

—¿Y lo encontraron junto al cadáver y la caracola?

—No. Travis se lo fumó. Para colocarse con la tinta y sobrellevar su tormento hasta morir.

—¿Y e n t o n c e s?

Volvió a sonreír el mendigo.

—Es una historia que me he inventado. ¿No le parece fantástica?

Eso fue todo. Se debieron de despedir, o el mendigo se alejó riéndose mientras Ronald lo miraba callado; pero no tenía ningún recuerdo en realidad, así que fue como si el mendigo se desvaneciera por arte de magia. Y después, nada. Ronald se vio vagando sin propósito, perdido por el parque. La caracola seguía en su mano. Ya era de noche y Manhattan brillaba al otro lado del Hudson. Se percató entonces de que se había olvidado de su propia conciencia durante un par de horas. No tenía recuerdos. Al parecer, solo había caminado, el simple acto de un paso y luego otro. Adquirió conciencia lentamente, como al despertar de un sueño. Pensó que tal vez el mendigo le había drogado. Burundanga. La droga de los violadores. Sintió que durante dos horas

había sido una carcasa sin contenido. Como si, por arte de un complejo mecanismo de orfebrería, se hubieran detenido las agujas de su existencia y hubiera salido de su cuerpo, para vislumbrarse desde fuera. Eso recordaba, sí. Una imagen vaga, de él caminando, pero visto desde arriba, una mitad de él volando sobre la otra mitad. Jamás le había sucedido algo así, con tamaña contundencia. A veces, en mitad de un acto banal, pelando una naranja, limpiándose las gafas en el metro, había vislumbrado quién era, como en un abrir y cerrar de ojos, apenas un instante. De la forma más estúpida. Como si vivir fuera un sueño y él hubiera despertado durante un segundo, para verse viviendo. Padre, marido, publicista en Collins & Marbury, aficionado de los New York Knicks. Pero al final solo era un segundo, una tontería de segundo; su vida había continuado y él se había olvidado. Sin embargo, aquella noche, en Sands Point, aún arrastraba aquella sensación. Como si vivir fuera una trampa, un programa infantil para tenerlos a todos entretenidos, ignorantes de sí mismos. Había despertado demasiado tiempo. Se había visto demasiado tiempo. Miró la caracola. ¿Qué le había hecho el mendigo?

Así que hoy había dejado el trabajo. ¿Por qué? No lo sabía. Solo que tenía que dejarlo. De pronto le parecía absurdo.

Golpes en la puerta de su terma pagana.

—¡Papá! ¡El conejo!

Casi dos mil pasos. Estaban cerca. La expedición avanzaba. El bosque era como el mar o el desierto. En lugar de dunas y oleaje, había repetición de árboles sobre la nieve. Ronald diría que los troncos se estrechaban faraónicos. Miraban hacia los lados, por si surgían patas corredizas, lenguas jadeantes y el iris inclemente y estático del lobo. Aunque no había sido un lobo el de la inscripción del pino. Ni tenía puños el lobo para volver tumefacta la cara de Garrido. Ni tampoco torturaba arrancando uñas el lobo, porque el lobo arrancaba la mano y se llevaba todas las uñas juntas y ahí se acababa el cuento. Más que miedo, Ronald sentía excitación, una especie de diversión infantil, aunque la excitación sea saco del miedo y otras muchas cosas.

—¡Ve algo!

—¿Dónde?

—Ahí.

—¿Ahí, dónde?

—Ahí. Ahí. Entre los árboles.

Todos callaron y miraron en el silencio del bosque. Era un ente lóbrego y asomaba entre los árboles.

—Joder. Es una...

Podría ser un paquidermo oculto y en reposo. Un reptil o criatura legendaria del Cretácico que ahora ellos descubrían. Pero no parecía respirar. Aunque tenía una chimenea cilíndrica de latón que asomaba del tejado. ¿Expelía humo la chimenea?

—... cabaña.

Era de madera negruzca y contrachapada, con líquenes y lenguas trepadoras de nieve que pretendían sepultarla. La ilusión del invierno, que vuelve todo un trampantojo de decadencia y vejez. Aunque la cabaña en realidad era vieja, no tanto como lo que el invierno pretendía mostrar, pero era vieja.

Surgieron ciertas dudas. Miradas al compañero, raquetas que se entorpecían. Se aproximaron a la cabaña y cuando estaban muy cerca, Teodor dijo:

- Esperad. Esperad.
- ¿Qué pasa?
- No sé si es buena idea entrar ahí.

Zettie Goodwin continuaba en su pretensión de encogerse hasta la dimensión de los átomos y desaparecer de aquella pesadilla. Las lágrimas se le habían secado. Mientras tanto, los escuchaba. La inglesa y el americano solitario, hablando en la sala de estar después de la muerte de Garrido, como si nada. Como si allí no hubiera pasado nada y estuvieran todos de vacaciones.

- Voy a tomar una copa de vino, ¿te apetece? —dijo ella.
- Bueno —respondió.
- Prefieres cerveza a lo mejor.
- No, vino está bien.
- Vale, como tú prefieras.
- Gracias.
- Está rico, aunque prefiero el vino blanco. ¿No lo bebes?
- En realidad he pensado que mejor no.
- ¿Te parece malo? Puede que sea malo, la verdad.
- No es eso.
- No conozco la marca. Tampoco es que entienda demasiado de vinos.
- ¿A ti te gusta?
- Ahora que lo dices, igual no está tan bueno. En realidad, no lo sé.
- No quiero influirte.
- No te preocupes, no me influyes.
- Te estoy influyendo.
- Que no, en serio.
- Siento habértelo fastidiado.

Zettie no podía evitarlo, escuchar a la inglesa la incordiaba. Tenía voz de anuncio y era más joven que ella. Que hablara con el único hombre de la casa, que fuera ella y no Zettie, en una especie de competición absurda y cavernaria y algo animal, también ayudaba en el incordio. A las mujeres atractivas, especialmente a las de belleza natural sin aditivos, las consideraba unas mujeres calentorras, unas zorras libertinas con la vida social sencilla. Eso pensó de la inglesa mientras coqueteaba con el solitario Ellis Harvey. O eso quiso pensar, porque con el tiempo Zettie había aprendido a pensar lo que quería. Tenía esa habilidad: situaba un pensamiento satisfactorio sobre uno real e incordiante, en una especie de maquillaje de los pensamientos. Era una percepción filtrada de la realidad que no hacía daño a nadie.

Se levantó y salió de su encogimiento, lo que la hizo sentirse estirada en el mundo y algo desprotegida. Subió por la escalera y los dejó de escuchar; de pronto se vio sola y quieta en el pasillo del piso superior. Las puertas sin pestillo de las habitaciones. La luz blanca y estática. El silencio absoluto y aterrador, tanto que parecía de una de esas cámaras anecoicas, habitaciones de diez por diez donde la gente puede oír hasta el discurrir de su propia sangre, treinta minutos de aguante y de tortura antes de las alucinaciones y la enajenación mental.

Zettie se vio en el pasillo y sintió que la casa, o el bosque, o el extremo terrestre donde estaban atrapados eran un aspirador de toda onda acústica. El silencio penetró en ella y le enfrió la médula espinal. Enseguida comenzó a percibirlo: el latido de su corazón, la circulación de la

sangre, los flujos de su propio oído. No había rumor de ciudad, ni de televisión, ni de niños, ni silbidos de WhatsApp. Sin otros sonidos se escuchaba a ella misma, que sí estaba allí. Zettie sintió miedo a esa enajenación mental y a escucharse demasiado a sí misma. También temía no tener cobertura, ni WhatsApp, ni Twitter, ni Instagram, ni quehaceres domésticos, ni su *boutique* de Westbury. Temía la tortura del no hacer nada y de la vida interior. Temía su vida interior.

«Tiene que haber algo, Zettie —se dijo—. Tus hijos han estado en esta casa. Tiene que haber algo para ti, un mensaje, algo que te indique qué hacer.» Zettie Goodwin merodeó por el pasillo, los baños y algo por las habitaciones de los demás. Siempre llevaba guantes en su bolso, por una cuestión de higiene y orígenes maniáticos y un poco confusos en los que ya no pensaba.

Al desván de arriba se accedía por una escalera extensible, encajonada en el techo. Tiró de la cinta y se desplegó. Apenas lo habían ojeado, lo suficiente para corroborar que no había cadáveres de hijos y un psicópata con ojos de murciélago e inyectados en sangre. En el desván solo había una linterna y un manual de instrucciones para accionar la caldera y los electrodomésticos. Fue ahí, entre sus páginas, donde Zettie encontró un plano doblado.

Encendió la linterna y abrió el plano y estornudó por las nubes de polvo.

—Dios santo —murmuró.

Era un mapa confeccionado a mano. Parecía el dibujo de un niño y reflejaba las inmediaciones de la casa. En realidad era un mapa del bosque y de lo que este ocultaba.

—¿Es este vuestro mensaje, mis pequeños? —pronunció en voz alta.

Aliou empujó la puerta de la cabaña, que se abrió con un roce basto y chirriante. Dentro olía a humedad y a resina de pino. La cabaña se hizo más pequeña cuando entraron todos. El iris tardó en acomodarse a la negrura interior. Los dos ventanucos no eran de cristal sino de periódicos amarillentos como por pis de perro. Había un camastro con mantas y una alfombrilla y cubierto todo de plástico. Junto a la estufa de leña había útiles de caza y tarros de conserva con salmón ahumado. Del techo colgaba una percha con una piel de cría grizzly como si fuera un jersey. Ocupando al completo una pared, una serie de inscripciones y dibujos grabados en la madera, que parecía la obra de un demente. Los trazos, hechos con navaja, eran ásperos y angulosos. Los dibujos atrajeron la atención de todos.

—¿Caracolas?

—Por Dios. Eso parece.

—Vaya. Esto es toda una sorpresa —dijo Ronald—. Parecen intentos de hacer una caracola enredada, que se come a sí misma.

Teodor y Ulad lo miraron. Aliou también lo miró. De la mochila de Ronald colgaba la caracola, que brillaba algo en la oscuridad.

—Qué casualidad —volvió a decir Ronald—. Justo caracolas.

En la cabaña oscura hubo un silencio, de los cuatro apelonados, hasta que Ulad comentó:

—Sí. Las caracolas tienen el mismo inicio y el mismo final.

—¿Qué pone en esas dos? —preguntó Teodor.

Ulad se acercó. Entornó los ojos hasta que Aliou encendió una linterna.

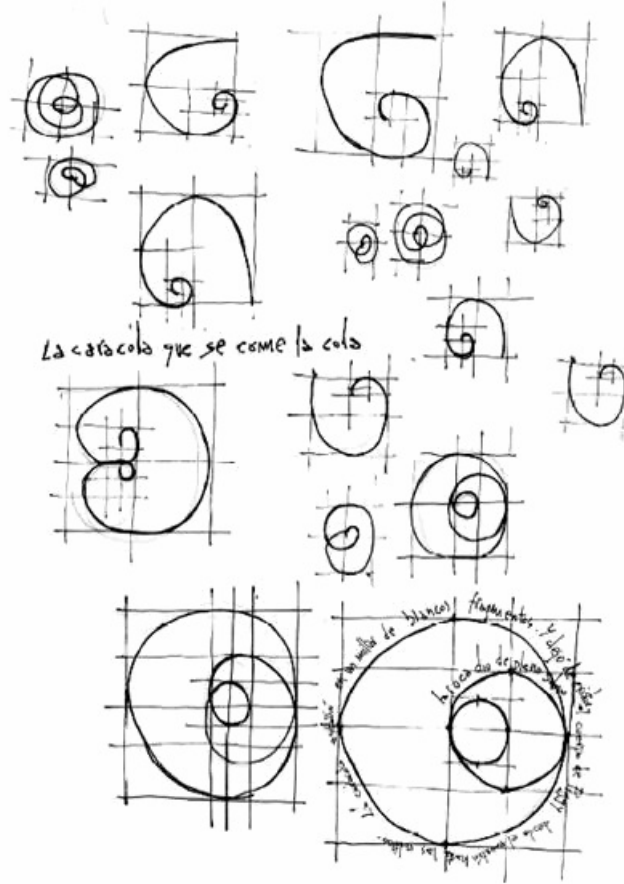
—«La caracola que se come la cola» —leyó—. Como bien ha mencionado el señor Goodwin.

—Entonces son dibujos de caracolas que se intentan comer a sí mismas.

—¿Y qué significado tiene eso?

—No lo sé.

—¿Qué pone en la otra?



Ulad cambió de posición, se acercó, la nariz rozando la pared. Tardó en descifrar lo que ponía, la frase se enredaba como la caracola, cruzándose, hasta terminar donde empezaba.

—«La roca dio de pleno sobre el cuerpo de Piggy, desde el mentón hasta las rodillas. La caracola estalló en un millar de blancos fragmentos. Y dejó de existir.»

—¿Alguien sabe lo que significa?

En la cabaña se hizo un silencio. Si alguien lo sabía no dijo nada. Ronald sentía las miradas clavadas en su mochila.

—¿Qué me dice, señor Goodwin? —inquirió Ulad.

—¿Yo? ¿Qué he de decirle yo?

—¿Sabe usted algo sobre esto que nosotros no conozcamos?

—¿Se refiere a la historia que me contó el mendigo? —murmuró Ronald—. Todo esto me recuerda asombrosamente a ella, sí.

—¿La historia del náufrago?

Ronald asintió, escrutado por seis pares de ojos.

—La paradoja de Travis Loren con los cocos. Travis se comía los cocos y, como era alérgico, los cocos le comían a él por dentro. Así que es como si Travis se comiera a sí mismo. Y mi caracola pertenecía a Travis. Y ahí pone: «La caracola que se come la cola».

—¿Está usted de broma, señor Goodwin? —preguntó Teodor.

—¿De broma? ¿Por qué iba a estar de broma?

—Lleva una caracola encima. Y ahora nos encontramos con esta obra extravagante.  
Ronald miró a Teodor. La linterna le alumbraba y le cegaba en la oscuridad. Ronald sonrió.  
—Espere un momento. ¿Insinúa que yo he dibujado esto?  
—Usted dirá. ¿No le parece demasiada casualidad?  
—Le juro, señor Veselin, que yo estoy tan sorprendido como usted.  
—¿Y qué significado tiene todo esto? —preguntó Ulad.  
Ronald volvió a mirar los dibujos.  
—La verdad, lo desconozco.  
—Pero acaba de insinuar que existe una relación.  
—Sí, eso parece. Una increíble y extraña relación. Pero si les soy sincero, no tengo la más mínima idea de qué hace esto aquí.  
Teodor y Ulad compartieron miradas en la oscuridad. Este se aproximó de nuevo a los dibujos.  
—La inscripción es reciente —observó Ulad—. De días o pocas semanas.  
—¿Por qué dices eso? —preguntó Teodor.  
—Las incisiones son blancas.  
Ulad miraba con atención entre las cosas de la cabaña.  
—Deberíamos irnos —dijo Teodor.  
Ulad sostenía unas tenazas de hierro oxidado. Había más herramientas colgando de la pared. Se la acercó a los ojos.  
—Hay sangre —declaró.  
—¿En serio? —preguntó Ronald.  
—Sí. Y creo que también hay un fragmento de uña.  
—Deberíamos irnos —insistió Teodor.  
—Lo que viva aquí volverá pronto —añadió Ulad, que dejó las tenazas en su sitio.  
Ronald los miró.  
—Tal vez ya sepa que estamos aquí.  
—Vayámonos —repitió Teodor, que fue el primero en salir.  
Los demás lo siguieron. Se apagó la linterna y las caracolas se sumieron de nuevo en la oscuridad. Aliou fue el último y cerró la puerta.  
—Espere —dijo Teodor—. He olvidado los guantes.  
Y entró a por ellos. Aliou aguardó a que saliera para volver a cerrar la puerta. Ulad se ajustaba las raquetas y Ronald miraba a Teodor salir con sus guantes.  
—En realidad —dijo—, el mendigo se inventó la historia de Travis Loren.

En la casa cúbica, Zettie era una Penélope contemporánea esperando el retorno de su amado Ulises. Tragedia griega posmoderna. Cuando llegó la expedición viril, no en trirremes pero sí con raquetas de nieve, no tras veinte años pero sí tras dos horas y media, había cansancio de guerrero y las respuestas al principio fueron escuetas. Habían descubierto la cabaña. En realidad dijeron: «Hemos descubierto una cabaña». Pero Zettie escuchó «la cabaña». Entre otras cosas, eso ponía en su mapa: «Cabaña». Después les narraron su odisea sobre el bosque que era como laberintos de mares y el descubrimiento de las caracolas que se comen la cola. Eso último nadie pareció entenderlo demasiado. De las tenazas y el fragmento de uña no se dijo nada para no alarmar. De que probablemente alguien dormía allí tampoco se dijo demasiado. De la extraña coincidencia entre Ronald y las caracolas tampoco se dijo nada. Lo mismo que Ulises con Penélope, no se

habló de cosas de guerra ni de cosas de sirenas.

Así que guardaron secretos, pero no tantos como Zettie, que en su bolsillo tenía un mapa donde la cabaña solo era un secreto más de los que ocultaba el bosque.

—Y de los niños, ¿nada? —preguntó Zettie.

—Nada.

—Pero si no están en la cabaña, ¿dónde están? —preguntó la inglesa.

Ninguno supo qué contestar.

—Haremos guardias. Tres turnos por noche —dijo Ulad.

—Yo empezaré el primero —se ofreció Aliou.

Ronald subió a la habitación, donde esperó a que Zettie también entrara para cerrar la puerta y decir:

—Hay algo imantado aquí.

—¿Imantado?

—Sí. Algo que me ha atraído a este lugar.

—¿Que te ha atraído?

—Es difícil de explicar, cariño.

Sujetaba en sus manos la caracola, que Zettie había visto con él cientos de veces.

—En la cabaña había algo esperándome. Un mensaje. Algo de mi pasado que me hablaba solo a mí.

—¿Crees que era un mensaje de Jenny y Charlie?

—No lo sé, cariño. Me estaba esperando, ¿entiendes? Como si fuera algo superior.

—¿Superior?

—Sí, como si fuera mi propio destino, que me esperaba. Aunque en realidad no sé. Este lugar es como un imán y yo soy un trozo de hierro.

Zettie no supo qué decir, con su mapa en el bolsillo.

—El bosque oculta cosas, cariño —añadió Ronald—. Esa cabaña tiene algo inquietante.

A dos tabiques de distancia, en su habitación, Teodor decía a Ulad:

—Él ya había estado antes en la cabaña. Nos está engañando.

—«La caracola que se come la cola» —lee Emeli.

—La otra frase es de William Golding, de *El señor de las moscas*. De cuando la masa compacta de la tribu amenaza a Piggy y a Ralph —dice Thurmond—. Roger hace palanca y tira la enorme roca que aplasta a Piggy y su caracola. En la novela la caracola indica el turno de la palabra, simboliza el orden de la civilización. Con la destrucción de la caracola empieza a reinar el caos y la anarquía de la tribu salvaje.

—Ya. Pero la primera frase, la de que se come la cola, no es de la novela.

—No. Esa será invención del autor de los dibujos.

—Y por el aspecto de este lugar, diría que también el autor de los nueve asesinatos.

Emeli se aparta, para que los peritos de la Científica recojan fibras y pincelen con revelador para buscar posibles huellas. Disfraces fosforitos con gorro quirúrgico y mascarilla como si estuvieran en cuarentena, apretujados junto a Francis y Emeli. Se desplazan, cediendo el sitio; ahora estoy en esta esquina, ahora en aquella; cuidado, Emeli, paso por tu izquierda; Francis, levanta el pie un poco, por favor, así, gracias. Se forman diferentes combinaciones de ocupación, Twister 3D. El interior de la cabaña es pequeño: tres por tres. Dentro de la estufa, entre las brasas, han encontrado restos de tejido poliéster que no se llegó a quemar. De primeras, el técnico se inclina por que son guantes gruesos de invierno, con refuerzo de cuero e impermeables, de los que no dejan fibras en las víctimas y protegen la mano de magulladuras al golpear. Los coge con pinzas y los introduce en la bolsita de papel para el laboratorio. Las tenazas con restos de sangre y de uñas ya están debidamente embolsadas y etiquetadas, para el cotejo con Garrido. Las herramientas y los cuchillos de desollar colgados de la pared también han sido etiquetados. La cochambre de la cama y las ventanas con papel de periódico y anuncios de prostíbulo tiene porquería como para completar la tabla periódica. Sin duda, el cubículo parece a medio camino entre una guarida osera o lobuna y una casa humana. Un escondite de hombre oso u hombre lobo. Lo de la pared y sus dibujos inquieta al raciocinio, porque es una obra con la convicción de un extraviado social, de un iluminado que hacia fuera es agujero negro y hacia dentro es sol.

Suena el móvil de Emeli. Banda sonora de *Up*, película de Disney a ritmo de pureza y vals. El número es del laboratorio central en Maryland. Cuidado, que salgo; a ver, Francis, a ver, déjame, por favor, voy por tu izquierda, gracias. En la cabaña suenan pianos, violines y trompetas. Al final Emeli sale afuera e inicia una conversación de dos minutos. Después cuelga y se queda sola.

Mira el bosque y cree percibir el olor a invierno. A su alrededor hay silencio y quietud, sin animales y presencia humana, solo coníferas y chasquidos aislados de ramas. Ya no suena *Up*.



Piensa en la conversación y piensa también que el mundo del bosque nevado es retorcido y espectral. Es como un sueño blanco. Junto a ella siente la presencia de Francis, que ha debido de salir sin demasiadas complicaciones de la cabaña. Él no pregunta.

—Del laboratorio —dice Emeli—. No han encontrado huellas en la Colt que mató a Sabaly, solo las suyas. Así que quien le disparó las tres primeras veces llevaba guantes. Luego montó el teatro del suicidio y le disparó una cuarta vez en la cabeza.

—¿Y el atizador que mató a Zettie Goodwin?

—El atizador tampoco tiene huellas. También se usaron guantes.

Francis prende un cigarrillo. Es un fumador lento. Piensa más que fuma. A veces se le olvida fumar y solo piensa. Por eso es lento.

—Nuestro individuo es meticuloso —comenta—. Tiene su propio patrón, lo que no sería un patrón porque aún es propio.

—Ya —dice Emeli, sin entender demasiado—. Los del laboratorio me han dicho algo más.

Francis Thurmond fuma, la mirada hacia la blancura inhóspita del bosque. Traga y la apnea le dura diez segundos. Al final expele el humo, durante diez segundos también.

—Las huellas encontradas en la casa no cuadran —continúa Emeli.

Gotean los alerones de la cabaña.

—La mayoría ha dado un resultado positivo al cotejarlas con las víctimas. Pero hay fragmentos de huellas que no pertenecen a ninguna de ellas. Así que hubo más gente en la casa.

Francis sacude el pitillo y mira cómo cae la ceniza.

—Más gente —dice—. No creo que sean del piloto ni de Nicholas Bianco.

—He ordenado cotejarlas con ellos, aun así.

—¿El informe de las huellas es definitivo?

—No, los resultados definitivos van a tardar.

Emeli tiene los pies hundidos en la nieve y empieza a sentir la fría humedad. Del interior de la cabaña salen flashes: fotografían la pared. Emeli piensa en el hombrecillo del que les ha hablado Nicholas Bianco. El pagador. El que llevó los bocetos de la casa y la finca rural seleccionada. El retrato robot facilitado por Bianco no ha sido demasiado esclarecedor. Se ha puesto en marcha un rastreo de la fuente de pago y de la sociedad en Antigua y Barbuda. Si acceden a ella, estarán muy cerca del hombrecillo o del asesino, o en eso confía Emeli. Podrán cotejarlo con las huellas sin identificar que había en la casa.

—¿Crees que el hombrecillo es el autor de todo esto?

—Quién sabe —responde Francis, mientras fuma y escruta el bosque—. Este lugar es bello y escalofriante. Me gusta y me inquieta. Si el bosque fuera una mujer, me enamoraría de ella.

De pronto Francis la mira, parece comprender algo que antes se le escapaba.

—¿Tienes frío? He visto que tus botas no son impermeables ni tienen refuerzo en la entresuela. Igual tienes los pies mojados.

—Sobreviviré.

—No quiero que cojas un catarro. El estrés y la falta de sueño no enferman, pero limitan el funcionamiento inmunológico.

—Mi sistema inmune es de primera.

—Vale. Entro entonces a terminar mis anotaciones. Serán diez minutos.

Francis regresa al interior de la cabaña con cierto entusiasmo añinado y Emeli maldice ahora que debe esperar con los pies mojados. En tres horas tienen reunión operativa en la oficina, para cerrar y encauzar asuntos, porque Francis y ella vuelan a la Central en Maryland para tener otra

reunión con los refuerzos allí. Le da pereza volver y aún no sabe por qué. En realidad sí lo sabe. Le ha cogido las medidas al hotel: habitación insulsa y servicios amables y distantes. En casa con Larissa tendrá la misma amabilidad distante, así que prefiere el hotel. Habrá que coordinar los dos equipos, los de Maryland y los de allí, lidiar con los de arriba y con la prensa que empieza a olerse el caso ártico de la casa cúbica. La primera reunión operativa se la imagina así:

Sala de operaciones X. Negrura alrededor de los investigadores, islas de luz sobre las mesas. Tensión y miradas de gángster. Tablero de corcho, líneas y fotografías de sospechosos y elementos clave del caso, chinchetas de colores, cuaderno de tareas, pilas de informes. Preguntas-respuesta, preguntas-respuesta, líneas de investigación que se abren, asignación de tareas. Petrowsky, ¿cómo va el informe de las familias? Banville, estás tardando con los registros de llamadas de las víctimas antes del crimen. Qué dicen en Investigación Tecnológica. Nada extraño en las redes. Ninguno hace mención a su viaje a la casa, ni siquiera Zettie Goodwin, que tiene ritmo *influencer* de publicación. ¿Y los correos? Los de Tecnológica aún no han accedido. Thurmond se encarga del análisis y peritaje caligráfico de las caracolas y los dibujos que recibió Bianco, ¿verdad, Francis? Sí. Los análisis de textos y la estilometría de la invitación que tenía Sabaly en la cartera, ¿quién cojones llevaba eso? Lo llevan en la Central. Tenemos un informe preliminar que, resumido, es: tipo Arial 12, sin texto justificado en márgenes, estilo impetuoso, rápido y conciso, perfil joven, menor de treinta. Déjalo en mi mesa, lo cogeremos con pinzas, no deja de ser una suposición estilográfica. ¿Y del remite del sobre con la invitación? No se ha encontrado el sobre. No tenemos remite. ¿Se sabe algo del regalo al que hace alusión la carta? Aún no sabemos nada; sin pruebas entre las pertenencias de los cadáveres. ¿Y los registros de vuelos de las víctimas? Los tenemos: nada relevante, todos llegaron el mismo día o el anterior. Sin constancia de visitas anteriores en ninguno de ellos. Ya, Petrowsky, pero alguien pudo viajar antes con identidad falsa. No se ha encontrado documentación falsa entre las pertenencias de las víctimas. Pues claro, Petrowsky, en alguien tan meticuloso sería una estupidez. La documentación en todo caso estaría en el domicilio, o eliminada. Sarmiento, tú llevabas las órdenes de registro. Espabila. ¿Cuándo vuelve el operador de radio de la excursión de caza con su padre? En principio, en dos días. Vale, anotó que todo estaba bien en la casa, la mañana del quinto día, cuando según el forense debía haber una víctima ya. Tuvo que hablar con alguien, pero no hay registro de la comunicación. Apostaría a que habló con el asesino. A ver qué tiene para contar. ¿Qué hay del laboratorio y su informe toxicológico sobre los envenenados? Aún nada, jefa, el forense dijo que hubo un problema con las muestras.

Así se figura Emeli la primera reunión operativa. Una maraña confusa de líneas de investigación, la mayoría de las cuales no conducirán a nada. Ahora tiene los pies mojados y mira hacia la cabaña; se debate entre entrar o no a jugar al Twister.

Otra vez el móvil. Llamada de nuevo de la Central, pero no del laboratorio, sino de los buscadores de cuentas y fraudes bancarios. Suena *Up* y su instrumental de los cuarenta. Emeli imagina que a la cabaña le empiezan a salir unos globos sobre el tejado, que se elevan entre los árboles. Duda de si subirse a la cabaña y a los globos y escapar de todo, del caso y de Larissa y del mundo entero, pero al final responde al móvil.

—Lo tenemos. El pagador de la casa.

—¿El hombrecillo del que habló Bianco?

—No exactamente.

—¿A quién tenéis?

—Tenemos una sociedad fantasma en Antigua y Barbuda. En la lista negra de paraísos fiscales.

El secreto fiscal lo ha puesto jodido, pero hemos llegado a quien está detrás de la apertura de esa sociedad.

—¿Y quién es nuestro pagador?

—La Fundación August Alvey. El dinero de la casa cúbica ha salido de ahí.

—¿August Alvey?

—Sí. El famoso filántropo. El que fundó su propia universidad.

—Joder. La UFAA.

—Así es, inspectora. ¿Estudió usted allí?

—No. Es Nadine Sabaly, una de las víctimas. Lo leí en el informe.

—¿Qué pasa con ella?

—Nadine Sabaly estudiaba en esa universidad.

Emeli aparca el Chevy Cavalier frente al campus universitario. Baja la ventanilla y observa. En los pulcros jardines hay sosiego estudiantil. En los campos de rugby sisean los aspersores y el viento arrastra los gritos lejanos del entrenador. La universidad es una ciudadela de entusiasmo *millennial*, que son los nacidos entre 1980 y 2000, así que Emeli también lo es. El cartel de bienvenida es un monumento, un bloque marmóreo de quince toneladas y pulido imperial. Una mujer de la limpieza, hispana, frota las letras cinceladas. *WELCOME TO AUGUST ALVEY FOUNDATION UNIVERSITY*. La UFAA.

La bienvenida es impecable. Hace doce horas estaban en la cabaña, en uno de los bosques más inhóspitos del planeta, sin presencia humana a cientos de millas, fotografiando dibujos de caracolas. Han llegado de madrugada a Washington-Dulles, en vuelo nocturno desde la lejana calva ártica donde está la escena del crimen. Ahora se coordinarán entre la Central en Maryland y los de la Policía Estatal ártica a cuya jurisdicción pertenece la casa cúbica. Hay cuatro mil millas de por medio. Emeli aún no ha pasado por casa, ni siquiera ha avisado a Larissa de que está de vuelta. Llevan varios días sin hablar. Bajo la guantera hay fósiles de chicles y quemaduras de cigarros. Todo Cavalier de la unidad, en modo persecución por la interestatal, se quedaría sin bielas a partir de las cien millas por hora. Aun así, lo han peleado en la Central, después de la reunión operativa a primera hora y sin dormir. Las peleas matutinas por los Chevy Cavalier son de lo más complejo que sucede en el Departamento de Investigación Criminal. A veces son peleas de niños, como revoltijo descabezado de palomas, a veces son jugadas estratégicas a lo *touchdown* en las narices.

Francis Thurmond tampoco ha pasado por casa y Emeli desconoce si habrá alguien esperándole. Apostaría quince pavos a que un gato. Durante el vuelo han tenido tiempo para estudiar al dueño del campus. Informes y fragmentos de sus entrevistas recientes con la prensa. De August Alvey se dicen cosas como las siguientes:

El empresario de cincuenta y tres años es considerado uno de los más influyentes de su generación. Lo llaman el hombre del neorrenacimiento, es arquitecto, escritor, filósofo y activista político, conocido por su fundación y sus actividades filantrópicas y ecologistas en medio mundo. Con una docena de obras ensayísticas a sus espaldas, anuncia que está escribiendo una novela sobre la decadencia de Occidente.

August Alvey (Victoria, Australia, 1965) considera que el sueño americano es en realidad el sueño de Europa y de todos los países occidentales, y alberga esperanza ante un futuro que recaerá en nuevas generaciones sumamente preparadas: «ciudadanos del mundo con una gran conciencia multicultural». Y no le faltan mimbres para tal afirmación, porque, según él, está rodeado de «alumnos jóvenes que refrescan mi visión de las cosas».

Fundador de una universidad y conocido por las becas Alvey, August trabaja en su despacho de la Facultad de

Filosofía de la UFAA, desde la que imparte clases y conferencias a estudiantes llegados de todo el globo. Hijo de inmigrantes, niega la etiqueta de individuo hecho a sí mismo, y habla de su origen humilde y de unos padres que se dejaron la piel para que él emprendiera el vuelo. Conocido como el filántropo de la naturaleza, por las extensas tierras que compra en Sudamérica y África para crear parques nacionales y frenar a los empresarios desarrollistas, Alvey se considera amante de lo sencillo y de los paseos con Sherlock, su mastín inglés, cuando su responsabilidad con la fundación se lo permite.

Francis hojea uno de los informes, mira al campus y dice:

—Así que aquí estudiaba Nadine Sabaly, nuestra primera víctima. Es una bonita coincidencia.

—Nadine estaba becada —informa Emeli—. Vino desde Francia hace un año. Dejó allí a su padre.

—¿Y la madre?

—La madre murió hace más de dos años, por una cardiopatía congénita sin diagnosticar. — Emeli suspira—. ¿Qué cojones llevaría a padre e hija a ese rincón del mundo?

—Lo desconozco, Urquiza, aunque tengo mis teorías. —Francis estudia el informe—. Respecto a August Alvey: no es menudo y bajito. Así que no creo que sea el hombrecillo.

—August Alvey no es de los que se manchan las manos.

—No lo parece. ¿Vamos ya?

En la Facultad de Filosofía, en las alturas olímpicas del piso superior donde están los despachos, hay un silencio meditabundo que nada tiene que ver con las plantas inferiores de afluencia estudiantil, de ebullición hormonal en pasillos y aulas. Los pasos sobre el embaldosado granítico alientan ecos inhóspitos de santuario. En el pasillo hay puertas a despachos que podrían ser panteones de catedrático. Alguno tiene nombre griego. Emeli se siente en el monte Olimpo y no sabe por qué. Entre despacho y despacho hay carteles que van pasando como créditos de película.

«La normalidad de Occidente es la tumba de Occidente.» Despacho de Hera Coleman. «La muerte de toda civilización se anuncia por el libertinaje, el fanatismo religioso y el animalismo.» Despacho de Hermes Santiago. «Sé bueno, sé más bueno aún, sé bueno hasta el extremo, y serás el dictador del buenismo.» Despacho de Deméter Moshfegh. «La manipulación de la publicidad: consume momentos de euforia. Consume demos de felicidad. Consume, consume, consume.» Despacho de Lawrence Afrodita. Y al fin, el despacho de August Alvey: «El capitalismo prohíbe el aburrimiento. El capitalismo dice: trabaja sin descanso. Diviértete sin interrupción. Mira el móvil. No pienses».

Entran primero en su antesala, que es una salita de espera donde hay alumnos nerviosos y expectantes; después los recibe una secretaria, que recoge sus abrigo y los conduce por fin al despacho de Alvey. Y así se produce: apertura solemne de doble puerta corredera, luz cegadora, alfombras y maderas nobles, una nave catedralicia con muros de libros y un púlpito donde los aguarda la silueta majestuosa de Alvey, recortada por un vitral luminoso donde brilla el sol como una bola suspendida.

—Dios santo —murmura Emeli para sí.

—Detective Urquiza. Detective Thurmond.

—Los mismos.

—Han sido puntuales. Pasen, pasen.

Alvey alza las manos para acogerlos y se detienen a contraluz, justo donde penetran los rayos del sol. Emeli imagina que los aferra, como Zeus, dios del trueno. Cuando se estrechan la mano

siente un calor eléctrico. Francis no se la estrecha porque se ha quedado rezagado, observando los títulos de las estanterías. August Alvey no es el hombrecillo descrito por Bianco. Alto, corpulento, cabello suelto y dorado y tirabuzones varoniles hasta en la barba, camisa de lino bordado estilo zen. Va descalzo.

—Entiendo que la situación es espinosa. Siéntense, por favor.

Directo al grano, perfil colaborativo y amable, lo que cabía esperar. Así que Emeli se sienta y tampoco da rodeos. Revisa entre sus perfiles de interrogadora y selecciona el de MPT, Martillo Pilon y Tocapelotas.

—La cuestión es si las espinas van hacia usted o salen de usted.

—Eso es algo que yo tampoco sé, detective Urquiza. Los tentáculos de mi fundación no siempre son fáciles de controlar.

—Tal vez a alguno de sus tentáculos le hayan salido espinas —insiste Emeli.

—Como a la cola de un estegosaurio —añade Francis, cuyo quehacer desconocido a espaldas de Emeli atrae la mirada de Alvey.

Ella no se vuelve porque mirarle indicaría desconexión entre ambos y, por lo tanto, supondría una rebaja de la intimidación. Aunque más que intimidación, lo que buscan es hurgar en los mismísimos de Alvey, que seguro campan libres y sin calzoncillos.

—Tras el incidente del que se me informó —dice el filántropo—, he contratado los servicios de un equipo de investigación privada. La influencia de la fundación la expone a frentes extensos y de supervisión compleja. No sería la primera vez que alguien hace un uso ilícito de las cuentas de la fundación.

Alvey sonríe y mantiene su postura de cortesía exquisita. Emeli extrae su libreta, clic irritante de boli, y anota algo que ni siquiera ella sabe lo que es.

—Así que alguien que trabaja para usted desea dañar su reputación.

—Si les sirve mi opinión, me inclino por una filtración en mis cuentas, o un asesor implicado o sobornado por agentes exteriores que pretenden dañar mi imagen. Si la casa donde se han producido los incidentes fuera de mi propiedad, estaría al corriente y habríamos detectado la singularidad. De ahí que no figure como dueño y sí como pagador. Creo que es la única vía posible para que se me implique ahora en el caso.

Emeli desdeña su argumento paseando la mirada por el despacho. Aparte de las alfombras y las maderas nobles, hay una austeridad ornamental de celda monástica. No hay títulos, ni historiales ni fotografías triunfalistas. En August Alvey, uno de los empresarios más influyentes de su generación, que compra tierras y funda universidades con su nombre, toda austeridad es en el fondo una exhibición de humildad. Aunque esto lo juzga Emeli, que en realidad no sabría cómo actuar en caso de ser él.

—Si les parece bien —dice Alvey—, mi equipo de investigación les informará de cualquier avance. Quisiera colaborar con la policía y facilitarles el trabajo. En la medida en que mis modestos recursos lo permitan.

—¿Qué me dice del hombrecillo que pagó la casa con su dinero?

—¿El hombrecillo?

—Quien se la está jugando.

—Ah, sí. Mi equipo se ha entrevistado con el señor Bianco y me ha informado de ello. Ya les digo que desconozco si trabaja dentro de mi equipo asesor. Lo estamos investigando.

—Pagó tres veces el precio del proyecto y la ejecución de obra con su dinero. ¿Por qué tres veces?

—No lo sé, detective. Exigió a Bianco circunstancias que se salían de lo normal. Declararse como dueño de la casa. Mantener en secreto su identidad. Imagino que eso requiere una compensación.

—Es una cantidad desproporcionada la que empleó, ¿no le parece?

—Lo es, detective Urquiza. Una negligencia inaceptable de alguien en mi equipo asesor que no volverá a suceder.

—¿Qué nos oculta, señor Alvey?

Sonríe el filántropo, mostrándoles por un instante y con algo de ironía un atisbo de su astucia, que Emeli sospecha ha de ser muy extensa y que Alvey disfraza sin cesar con su humildad, su cortesía y su falsa intención de colaborar.

—Le oculto muchos asuntos, inspectora. ¿A qué se refiere concretamente?

—¿Se está quedando conmigo, señor Alvey?

Sonríe de nuevo el filántropo.

—No lo quisiera. Discúlpeme, inspectora.

—Antes lo desconocía, pero ahora lo veo convencido de que el hombrecillo pertenece a su equipo asesor. Es una actitud contradictoria.

—Inspectora, ¿quién si no podría realizar esa argucia fiscal que conduzca a mí?

—Un pago de tres millones —dice Francis desde atrás—. Cosquillas para usted en su meñique caribeño del pie. No se enteró de que le rascaban en Antigua y Barbuda.

—¿Meñique caribeño?

—Por las cosquillas, en el pie hacen efecto.

—Pero no en el meñique. Ahí es difícil sentir cosquillas.

—Señor Alvey, después del meñique le restan nueve dedos. Nueve dedos que no se pudren porque están en congeladores de cuerpos, en el Anatómico Forense.

—¿Se refiere a las víctimas?

—Claro, las víctimas. Nueve cosquillas en sus pies que ahora le pinchan como nueve espinas, al igual que el hombrecillo en su meñique caribeño. En total son diez dedos. Diez colas de estegosaurio.

Alvey sonríe de nuevo; si siente confusión, no la muestra. Emeli sí la siente, aunque Francis sea su compañero. Ahora descubre que él también tiene un modo percutor y tocapelotas, pero en su estilo inclasificable.

—¿Qué me dice de Nadine Sabaly? —pregunta Emeli.

—¿Nadine Sabaly? No la conozco.

—Es una estudiante de su universidad.

—¿Y qué sucede con ella?

—Nadine Sabaly es una de las víctimas.

El rostro de Alvey, acostumbrado a sonreír, compone ahora un gesto de aflicción, ya sea sincera o estudiada. Emeli diría que todo en él es minuciosamente estudiado.

—Vaya... —murmura Alvey—. Disculpen. No estoy al corriente de la identidad de las víctimas.

—Todavía es confidencial. ¿Le sorprende, señor Alvey?

—La verdad, sí. Es...

—¿Una coincidencia?

—Me gustaría creer que sí.

—A nosotros nos parece una coincidencia con olor a podrido.

Asiente Alvey, en su perfil más colaborativo y teatral.

—Por mucho que desee que sea todo fruto de una coincidencia, entiendo que podría existir algo más. Si necesitan hablar con los profesores y alumnos cercanos a Nadine Sabaly, solicitaré ahora mismo una lista en administración para que concierten las entrevistas.

—Por supuesto, le agradeceríamos la gestión.

Emeli empieza a sentir repugnancia por la perfección inquebrantable de Alvey. Así que añade:

—He visto que atrae a la juventud de medio mundo con lemas antisistema como los de ahí fuera. A mi parecer, el negocio es espectacular.

—Atraigo a quien tenga deseos de cambiar las cosas. De construir un mundo mejor. El negocio es ese.

—Lo admiro, señor Alvey. Tiene usted familia, ¿verdad?

Asiente, con una ligera sonrisa de evasión feliz.

—Así es. Una mujer y dos hijos preciosos.

—¿Estudian sus hijos aquí?

Asiente Alvey de nuevo.

—¿Son felices?

—Quisiera creer que sí.

—Le felicito, entonces.

—¿Por qué me felicita?

—Parece que ha triunfado usted en la vida. Muchos matarían por su posición.

Alvey suspira y observa a Emeli. Después se levanta y se queda reflexivo, contemplando a través del vitral los jardines del campus, las manos a la espalda, con su camisión de lino zen y los pies descalzos.

—No es triunfo lo mío, inspectora.

El sol torna sus tirabuzones en remolinos de luz. Además de serlo, Alvey tiene apariencia de filántropo y de persona seguida por otros y seguidora de sí misma en la era de Instagram y su nueva ordenación de clases sociales: seguidos y seguidores. Emeli piensa lo mismo que con algunos *heavies*, o *hippies*, o *surfers*, o cualquier estilo clasificable que se agrupe en gustos, filosofías y vestimentas: se plantea si su apariencia de filántropo pseudogurú le viene a Alvey por nacimiento y se volvió filántropo pseudogurú a fuerza de mirarse en el espejo, o si en realidad es fruto de la casualidad y todo le vino de dentro, algo genético y de carácter, algo más puro y verdadero que encajó por azar divino con lo que veía en el espejo. Tal vez solo sea descendiente divino de titanes, reyes de los dioses que supervisan el universo. Un Zeus contemporáneo.

—Señor Alvey, ¿qué opina del título *Diez negritos*? ¿Le parece racialmente ofensivo?

August se vuelve y, ahora sí, Emeli hace lo mismo y mira a su compañero. Francis está sentado en la alfombra, las piernas cruzadas y también descalzo. Junto a él, un torreón de libros extirpados de las estanterías. En los lomos: Agatha Christie, Agatha Christie, Agatha Christie.

—Creo que sería más adecuado preguntarle a usted si le parece racialmente ofensivo.

—¿Lo dice porque soy negro, señor Alvey?

Sonrisa olímpica. Francis se ha levantado y está devolviendo las novelas a su sitio. Se demora en alinearlas con meticulosidad. Después se aproxima descalzo al escritorio de Alvey. Emeli repara en la bolsa del Wegmans que ha traído consigo. Extrae de ella varios libros. En el lomo: August Alvey, August Alvey, August Alvey.

—¿Le importaría firmármelos?

—Claro.



Emeli no puede creer lo que sucede ante sus ojos. Alvey coge un sencillo boli Bic y firma: «Para el detective Thurmond, por su impecable labor como defensor de la vida humana, espero que haya disfrutado de mi humilde visión de las cosas. Con sumo afecto, August Alvey». Empieza a firmar el segundo libro: «Para el detective Thurmond, por su...».

—Tengo curiosidad por su nueva obra, he oído que será su primera novela —lo interrumpe Francis.

—Así es, aún está en desarrollo.

—Ya sé que no le gusta hablar de ello. No le importunaré.

«... espero que la haya disfrutado. Con sumo afecto, August Alvey», acaba su firma el filántropo.

—Aquí los tiene.

—Muchas gracias.

—Señor Alvey —interviene Emeli, que aún no da crédito a lo que acaba de presenciar—. ¿Qué hizo durante los asesinatos de la casa cúbica?

—Tendría que consultarlo en la agenda, detective.

—¿Nos ofrecerá algún día su coartada?

—Por supuesto. Siento no haberlo hecho antes. Mi secretaria se la facilitará por mail.

Al salir del campus, Francis balancea contento su bolsa llena de libros.

—¿A qué cojones ha venido ese numerito? —dice Emeli.

—Bueno, ahora lo tenemos para el cotejo grafológico con los bocetos y las indicaciones del hombrecillo.

—Pero no era necesario comprar los libros.

—En realidad ya los tenía.

—¿Los has leído de verdad?

Asiente Francis Thurmond con naturalidad, bajo la gabardina y su sombrero.

—A mi padre y a mí nos gusta tener ejemplares firmados. Siempre que se puede. —Abre la bolsa—. Estos otros de aquí son de la biblioteca municipal. Tenemos una cuota mensual de setenta dólares para gastar en libros.

Emeli descubre ahora que Francis vive con su padre.

—Entonces ¿no ha sido un numerito?

—¿Cómo un numerito? Ha sido un beneficio mutuo. Yo le daba satisfacción y más ganas de escribir y él me daba su letra.

—*Diez negritos* —dice Emeli—. No lo había pensado.

Asiente Thurmond.

—Sin duda existen en la novela paralelismos con nuestro caso.

—Es demasiada casualidad —afirma Emeli.

—Puede que no lo sea o puede que sí. Se han vendido cuatro mil millones de ejemplares de sus novelas. Sus libros están en la mitad de las estanterías. La estadística hace viables las dos posibilidades.

—Alvey tenía todas sus novelas.

—No las tenía todas, Christie escribió mucho. Aunque la de *Diez negritos* la tenía subrayada. Aun así, todo puede ser fruto del azar.

—¿Azar? Nuestro caso y *Diez negritos* comparten la misma escena del crimen, Thurmond: una

casa, en un lugar aislado del mundo exterior.

—En *Diez negritos* es una isla.

—¿Y la invitación que Aliou Sabaly tenía en la cartera? En la novela las víctimas también son invitadas.

—En la novela son diez víctimas, Urquiza. Nosotros tenemos a nueve.

—Me parece demasiada coincidencia que Alvey tenga subrayado el libro *Diez negritos* y a su vez sea el dueño de la cuenta con la que se pagó la casa. Y, además, ese hombre no entra en el perfil lector de Christie.

—Todo el mundo ha leído a Agatha Christie. Y no infravalores el azar, Urquiza.

—No sé lo que es el azar. Pero se nos escaquea el hombrecillo, Thurmond. Él es lo que importa.

*Día 5*

En la cabaña oscilaba la piel de cría grizzly y de ella salía una luz que despertaba el bailoteo de miles de partículas. Comían los tres en la mesa de la cabaña y bajo la luz. Irina y Andrey sonreían, las manos pringosas de mariscada, aunque no fueran moluscos ni invertebrados lo que comían, sino casquetes de caracolas que sus dientes hacían trizas.

En el centro de la mesa, la pila de caracolas vibraba de expectación.

A Irina le sangraban las encías mientras las comía sin dejar de sonreír.

Andrey las cogía de la pila y mordía con avidez; sonaba a crujiente de cereal o a crujiente de guijarro.

El tercer comensal no sonreía porque tenía cuerpo pero no cabeza.

El tercer comensal ya había estado antes en la cabaña. Había algo suyo allí. Andrey dejaba de comer y se limpiaba con la servilleta; satisfecho, acto seguido se levantaba, le daba un beso a Irina y otro al tercer comensal y con sangre de su hermana en la mejilla se metía en una pared de cajones metálicos para cadáveres. El tercer comensal también se levantaba y cerraba la tapa del cajón con sus guantes de látex y su bata blanca de científico, mientras hablaba sin boca ni rostro ni voz a un micrófono colgante y lumínico que en realidad era la piel de cría grizzly. Del interior del nicho donde estaba Andrey llegaba un grito terrible, que poco a poco empezó a oírse más, hasta que Irina dejó de ser Irina, la cabaña dejó de ser cabaña y todo se volvió un grito de Teodor, en la cabaña primero y después en el sofá de la sala de estar, en la casa cúbica.

—¡Estoy de guardia! ¡Estoy de guardia! ¡Estoy de guardiaaaa!

Los gritos le salían por la boca, entre saliva, lágrimas y mucosidad. Teodor así se dio cuenta. Adquirió conciencia del escándalo y se calló, como asustado de sí mismo. Aun así siguió diciendo, ahora entre murmullos:

—Estoy de guardia. Estoy de guardia. Estoy de guardia.

Más que hablar, respiraba, o se ahogaba, erguido como un resorte en el sofá.

—Tu guardia terminó hace dos horas. Cuando bajé a relevarte no te quise despertar —dijo alguien.

En la penumbra de la sala, sobre el butacón orejero, Ronald Goodwin observaba la ventisca a través de la ventana.

Teodor se levantó pensando que Ronald también era parte del sueño. Carraspeó, tragando aún mucosidad. Ronald no es parte del sueño, Teodor. Míralo. Está ahí y te sonríe. No tiene trozos de

caracola entre los dientes. Ronald. La cabaña. Las caracolas. Las uñas rotas, pegadas con sangre a las tenazas. Teodor recordó la expedición del día anterior. Ronald y su caracola de la mochila. La cabaña y los dibujos de caracolas. Qué extraña casualidad. Ronald lo miraba ahora, en su butacón, tranquilo. Su sonrisa brillaba en la oscuridad. A Teodor le tembló la voz, pero al final acertó a decir:

—Tengo problemas con el sueño.

—La noche estaba tranquila cuando te relevé. Descuida, no se lo contaré a nadie. Será nuestro secreto.

Ronald le guiñó un ojo y Teodor no supo cómo reaccionar.

—Me voy —dijo.

Subió las escaleras, huyendo de él y todavía dudando de si todo era real o soñado. ¿Era Ronald el científico sin rostro que encerraba a su hijo? ¡Ya no lo recuerdo! Los sueños dicen mucho. Hay que escuchar a los sueños, Teodor. Se encerró en su habitación. Ulad leía a Dostoievski en la cama y alzó la mirada; en la nariz, quevedos de vanguardista trasnochado.

—Bajé hace un rato y lo vi dormido en el sofá. No quise despertarle.

En su mente Irina aún le sonreía sangrante. Teodor todavía sentía cosas que no eran de este mundo. Resquicios del sueño. Veía el crujiente de guijarros entre las mandíbulas. Andrey besando a Irina y al individuo sin rostro, aunque ahora no recordaba cómo le había besado si no tenía rostro. A Teodor se le hacía difícil discernir fronteras entre otros mundos y este. Tal vez no hay otros y este, Teodor. Tal vez no hay fronteras. ¿Lo habías pensado?

Mientras se debatía entre sueños y realidades, buscaba en los recovecos de la habitación: juntas de madera, pomos de armario, casquillos de bombilla, todo camuflaje posible de minicámaras o micrófonos. Todo aquello —la casa, la invitación de Irina, la muerte extraña de Andrey, la hija de Aliou, Garrido torturado, la cabaña, lo que vio en ella, lo que sospechaba—, todo era por él. Algo le había llevado allí. Una atracción. Existía una explicación para su presencia en ese lugar. ¿Era todo un ajuste de cuentas? ¿Un castigo, Teodor, por algo que hiciste en el pasado? Hiciste cosas, lo sabes. Hiciste daño, porque para triunfar hay que dañar, hay que sembrar rencores, estelas de rencores y deseos de venganza. Eso lo sabes tú bien, Teodor, tú que tan lejos has llegado. Pero ahora te arrepientes de algunos hechos, Teodor. «Arrepentir» no es la palabra, solo son cosas que no volverías a hacer, o que harías de otra forma. ¿Lo de los hijos, por ejemplo? ¿Hubieras cuidado mejor de tus hijos, Teodor, ahora que sabes lo que te está pasando? ¿Y si estás aquí por tus hijos? ¿Y si el destino te ha traído aquí por ellos? ¿El destino? ¿Qué es el destino? El problema son estos sueños, este pensamiento que se te revela en la cabeza. Tienes una insurrección en la cabeza, Teodor, pierdes el control sobre tus pensamientos. Es como si alguien los controlara. ¿Te das cuenta?

—¿Quiere jugar al póquer?

Ulad le hablaba. Teodor estaba sentado en la cama, con el maletín de Texas Hold'em de Andrey entre las manos. Miró hacia la puerta, tendrían que instalar un pestillo. Cualquiera puede entrar en las habitaciones. ¿Tienes miedo de que él entre, Teodor?

—El póquer es la única forma de averiguar cuándo miente. Lo hizo en la cabaña y lo seguiré haciendo.

—¿Quién? ¿Él?

—Creo que nos escuchan.

Teodor dejó el maletín a un lado y se levantó.

—Prosigamos con la redacción —dijo.

Ulad se retiró las gafas.

—¿Otra vez? ¿De verdad cree usted que esta biografía le hace bien?

¿Que si le hacía bien? Bien para Teodor era pegarse. Autoflagelarse. Su autobiografía, recordarlo todo. Era lo que tenía que hacer. Era su castigo.

—Apunta. Mi camino hacia el éxito.

Ulad no dijo nada. Salió de la cama formal aunque a regañadientes, en pijama y con calcetines gruesos de Papá Noel; tomó asiento y abrió su libreta, pluma Jaguar en mano.

—Si te sientas sin mesa y ante público —pronunció Teodor—, junta las manos y forma un triángulo con los dedos. Es el triángulo del poder y la confianza.

Fantaseaba con partirse el anular mientras veía el programa matutino de la MTV Plus: «Teodor Veselin acaba de dejar a su segunda mujer, Anouska Mamayev, conocida como la *priánik* (dulce de jengibre) del Mar Negro. Los últimos rumores apuntan a un nuevo romance con la cantante griega Helena Onassis».

Retorcerse la falange con el anillo Bulgari de titanio sólido lo tentaba y lo aterraba a la vez. Pensar en partirse el anular, en el dolor salvaje de reventarse el hueso, lo calmaba, pero no era necesario llegar a mayores. Con retorcértelo un poco, Teodor, un poco de dolor controlado, es suficiente para tranquilizarte. Y si pudieras tirarte a la presentadora de la MTV, aunque fuera durante un minuto, también sería suficiente. La organización Veselin había difundido la noticia en los principales tabloides del país, ahora que pretendía hacer carrera electoral y volver a la primera línea, despertar el interés del público, tirar los dados y empezar a moverse por las casillas del Monopoly de las estrellas.

Al teléfono su secretaria.

—Señor Veselin, solicitan una entrevista desde *Zhizn Magazine*.

—Que esperen cinco minutos.

Ya comenzaban, efecto dominó. Y él, que se partía el anular, que de verdad se lo partía. El dolor como ansiolítico. Se hubiera abrasado la faringe con un buen lingotazo de Żubrówka, a ver si le dormía el estómago. Pero para qué, Teodor, a estas alturas, con toda una vida sin beber. Tanto esfuerzo y voluntad de hierro para no caer, porque rendirse al vodka es hundirse, es perder facultades. Tú no eres un don nadie, tú eres un Gagarin de los negocios, y para orbitar sobre la Tierra necesitas la mente lúcida, aunque sea desnuda y sin pellizas de licor. Vas a llegar arriba, Teodor; de gobernar tus negocios a gobernar el país. Ya verás, ya verás.

Ya está, cinco minutos. Se sentía bien, capacitado. Devolvió la llamada y escuchó la voz de una periodista y el aviso de que la conversación estaba siendo grabada. Y él moduló la suya, algo más aflautada, como de tenor, y se identificó como Viktor Gelman, nuevo gestor de relaciones públicas de Teodor Veselin, porque el gran magnate estaba demasiado ocupado para devolver las llamadas en persona. Desplegó una serie de comentarios extensos, detallados y matizados sobre el estado emocional de Veselin, sobre su divorcio y sus relaciones con diversas mujeres, así como sus deseos de volver a casarse. De Helena Onassis contó sus aventuras con roqueros de primera talla, y que había tenido algo grande con el director Stefan Hastings, a quien había dejado por el propio Veselin. Así están las cosas ahora mismo. Y le repito, el señor Veselin no tiene ningún compromiso serio con Helena. Ahora solo quiere centrarse en sus hijos y en su nueva aventura electoral, que no ha sido sino la respuesta a la llamada de muchos ciudadanos.

Al colgar, todo él era sudor y excitación. Su secretaria lo llamó de nuevo. Antes siquiera de

escucharla, supo que se trataba de otra petición para entrevistarla.

—Su hijo, señor Veselin.

—Dígale que su padre está ocupado.

—Papá.

La puerta del despacho estaba abierta. Andrey, diez años, descalzo y en pijama espacial, todo él estrellas y planetas, camuflado para un viaje al universo. Irina se había ido con su madre, parapetada tras un fortín de abogados y asesores en la casa de campo de Cluj-Niskolc.

—Hijo, tu padre está ocupado.

—Papá.

—Qué.

—Estoy muy aburrido.

Se había adentrado y merodeaba por el despacho sin rumbo fijo, la mirada como un aspirador de todas las cosas que había allí. La mente de un niño es un procesador de última generación, pensó Teodor, que últimamente sentía preocupación por las nuevas tecnologías, que siempre parecían estar escrutándolo como ojos del Gran Hermano en *1984*. Los servicios de inteligencia extranjeros van a ir a por ti, Teodor, cuando empieces tu carrera electoral. Lo sabes; mil ojos, mil escuchas, si no te miran y te escuchan ya.

—Lo tienes todo para no aburrirte, hijo.

—Pues me aburro muchísimo.

—Aburrirse es bueno. ¿Por qué no buscas a Ulad y jugáis al tenis?

Debían de estar al caer: nuevas entrevistas. En la MTV hablaban del último largometraje de Ang Lee, premio al mejor filme en el Festival de Venecia. La cara del director, flasheada sobre la alfombra roja, le hizo a Teodor volver a retorcerse el anular.

—¿Es difícil el póquer, papá?

Andrey curioseaba en la mesa de juego, las cartas y las fichas del Texas Hold'em, desordenadas de la noche anterior sobre el tapete de fieltro, el cenicero aún con las colillas del fiscal jefe y su camarilla de aduladores. Y Teodor pensando en que ya tardaba en sonar el teléfono. Y mirando la televisión. Joder, qué petulante eres Ang Lee, acaparas toda la pantalla, no sé cómo te aguantan tus musas de la interpretación. Y de nuevo pensando en el teléfono. ¿Qué pasa con las malditas entrevistas?

—Papá, papá.

Teodor llamó a su secretaria.

—Señorita Korovin, ¿alguna otra solicitud de entrevista?

—Nada nuevo, señor Veselin.

—Papá, papá, papá.

—Señorita Korovin, entre y llévese a mi hijo.

—Pero, papá...

Su secretaria fue efectiva. Cuando volvió la calma y quiso escuchar el sonido relajante de las grullas del jardín, apagó el televisor y a la presentadora de la MTV, que ahora le parecía una insípida con la mandíbula masculinizada. Le recordaba a otra jovencita, también insípida. ¿A quién te recuerda, Teodor? Ahora no quieres pensar en eso, lo sé, quieres estar solo y escuchar a las grullas. Pero ¿a quién te recuerda, Teodor? Seguro que a la malcriada de Helena Onassis, en la que no quieres pensar porque ni siquiera ha contestado a tu invitación de venir a verte. Pero sí, es verdad, coqueteaste con ella, aunque fuera hace cuatro meses y solo la conozcas de esa vez. Claro que vendrá, únicamente se está demorando, porque tu interés le puede cambiar la vida, y después

de romances con músicos y directores drogadictos, ella desea una estabilidad y una riqueza que su mundo de las canciones nunca le dará. Eso viste en sus ojos, ¿verdad que sí? Deberías haber rematado aquel día y ahora no tendrías que anticiparte a los acontecimientos. Pero da lo mismo. Ella vendrá, claro que vendrá. De hecho, ya ha venido y habéis tenido un fin de semana idílico en tu refugio de Nuromtzevo. Bebisteis un pinot noir de Romanée-Conti frente a la lumbre, porque el mejor vino del mundo sí que lo bebes, Teodor. Retozasteis hasta el amanecer. Ella te habló de sus padres, de su infancia en la isla de Creta, y tú le ofreciste con sutileza tus sentimientos, abriste las inseguridades de tu humanidad, tu preocupación por los hijos y por la bipolaridad de Anouska. Ahora Helena ha vuelto a Grecia a grabar su último disco, que se titula *Amor de las estepas*, mientras espera a que resuelvas tu aprieto legal para ser tu fiel y refinada y culturizada y exótica mujer que te acompañará durante tu carrera electoral.

Teodor estaba de pie. El silencio de su despacho lo abrumó. Su dolor de cabeza también. Las migrañas lo avergonzaban, por eso escondía analgésicos en el cajón. Se apoyó en la mesa, mirando por la ventana, esperando a que el teléfono sonase. Esperó así, durante un tiempo que no supo calibrar. Después salió del despacho y vació su vejiga que también le dolía de tanto esperar. Buscó en la habitación de Andrey y en las demás estancias, que eran innumerables y casi todas vacías; buscó en los salones, en el jardín y también en las cuadras. Y allí lo encontró: aún descalzo y en pijama, mientras descubría la voluptuosidad húmeda del barro en la zona sensible de los pies. Pronto no sería con los pies, ni tampoco con el barro, eso Teodor lo sabía muy bien.

—¿Que si el póquer es difícil?

—Ya no me interesa el póquer.

—El póquer es un arte, hijo.

Andrey lo miró.

—El póquer es un arte como lo es la pintura o la literatura o la música o el cine.

Su hijo chapoteó algo más en el barro.

—¿El póquer es como las pinturas de Kandinski?

—Pero mucho menos aburrido.

Su hijo lo volvió a mirar y después se miró los pantalones pringosos. Tras meditarlo un momento, salió del barro y le dio la mano.

—El póquer es un arte para poder estar en el mundo. Y no necesitas estar en una mesa de juego, con barajas y fichas, para poder jugarlo.

—Entonces ¿qué necesitas para poder jugar al póquer, papá?

—Necesitas creer en tu verdad.

—¿Y cuál es tu verdad?

—Tener siempre una mano ganadora.

Se debatía en la sala de estar, con la intemperie fuera y junto al fuego de la chimenea, como desde tiempos inmemoriales. Las opciones eran simples e instintivas, de supervivencia.

—Deberíamos seguir buscando.

—¿A nuestros hijos?

—¿A quién si no?

—Eso es asumir que están muertos. Me niego a eso. ¿Y si han vuelto a nuestras casas y nosotros estamos aquí, sin saberlo?

—Entonces ¿por qué estamos en este lugar?

—Todos tenemos la misma invitación. Alguien nos quiere aquí.  
—Pero ¿quién?  
—Creo que deberíamos asumirlo.  
—¿Asumir qué?  
—¿Y si buscamos una salida?  
—¿A qué te refieres con una salida?  
—Podríamos organizar una expedición que partiera en busca de ayuda.  
—¿Y separarnos? En todo caso, deberíamos partir juntos.  
—¿No visteis desde la colina lo que nos rodea? Moriríamos antes de llegar a la civilización. Estamos demasiado lejos de cualquier cosa. Lo mejor es quedarse aquí y esperar.  
—Si esperamos, lo que vive en la cabaña vendrá a por nosotros.  
—¿La cabaña? ¿Qué vive en la cabaña?

Zettie Goodwin contemplaba el debate desde el sofá, ni llorosa, ni aterrada ni escandalizada. Silenciosa y serena. Con ojos parpadeantes de niña y las manos sobre el bolso donde ocultaba su secreto: el mapa del bosque. Había algo magnético en él, algo extraño y seductor que la distanciaba de los demás.

El debate continuó hasta que crujieron pasos en la escalera. Teodor descendía con un maletín de póquer entre las manos. Su actitud sorprendió a todos. Sonrió.

—Creo que deberíamos relajarnos, ¿no les parece?

En la sala de estar de la casa cúbica, sobre la mesa de comedor y el tapete de fieltro, fichas de colores y baraja repartida. Abanicos de cartas, cartas boca abajo, miradas a la pica, al trébol, al corazón, al diamante, miradas a las miradas. Teodor bebía de su botella de *kvas* e inhalaba un puro corona (solo fumaba en las partidas de póquer). Más que inhalar, lo saboreaba, lo rotaba cada minuto y lo mantenía en forma, se concentraba en el enredo de la nebulosa, entornaba sus ojos azules y esteparios. Miraba las cartas sobre la mesa. Se sentía glamuroso y enigmático. Expelía humo y miraba sus cartas y luego miraba cómo los otros miraban sus cartas. Pensaba en combinaciones, hacía cálculos, probabilidad de aficionado nivel Series Mundiales. Eso lo hacía sentirse otra vez glamuroso y enigmático, confiado, o lo que era lo mismo: buen jugador de póquer. Era un proceso de retroalimentación. Cada vez que lo sentía lo era aún más. Así que fumaba. Un buen puro, bien rotado y bien saboreado, dura tres horas. Ronda *preflop*. Sin cartas sobre la mesa. Ronald Goodwin llevaba un sombrero de vaquero y tiró la ficha.

—Cincuenta.

Dudó algo Sabaly, quien, según había dicho, jugaba por primera vez.

—Igualo.

Ellis Harvey, que era un ahorrador profesional de expresiones, pasó en silencio y sin movimiento alguno (una hazaña sobrenatural, porque todos supieron que pasaba, aunque ninguno supo cómo). Zettie Goodwin, que tenía aires de compradora compulsiva, de esas con pensamientos fugaces en la zona de cosméticos sobre llevarse Aloedermal en el bolso, subió a cien. Teodor, Ulad y la inglesa despistada igualaron. La mexicana monolingüe, que la mayoría suponía analfabeta, subió a doscientos. Teodor la miró y alzó la voz en inglés, como si el volumen hiciera el idioma más comprensible.

—Usted acaba de subir a doscientos.

Ella sonreía. Le faltaba el premolar izquierdo. Levantaba el índice y señalaba hacia arriba.



—Sí. Sí. Doscientos.

Una hora después, ronda *river* de undécima partida. Fuera nevaba.

—Quinientos —dijo Ronald.

—Igualo —añadió Aliou.

—Mil —dijo Teodor, que fumaba a buen ritmo y se sentía glamuroso y enigmático por decimoquinta vez.

—Mil. Vale —aceptó la mexicana, y tiró su ficha. Tenía una montonera acumulada.

Teodor iba en cabeza y miraba a Ronald, que iba tercero detrás de la mexicana y se subía el ala frontal del sombrero. Se lo subía y se lo bajaba, cíclicamente, en un tic tensionado de mentiroso. Teodor también observaba sus hombros y sus pies, que se movían inquietos cuando tenía una mano ganadora, y la posición de sus manos, que se frotaban el cuello y los ojos cuando había riesgo. Aliou Sabaly entrelazaba los dedos, sin moverse, con la mirada tranquila y la respiración pesada. Ronald volvió a colocarse el sombrero, sacó un pañuelo y se sonó la nariz, trompetista de séptimo de caballería, trompetista sin mocos, actor de teatro.

—Dos mil —dijo.

Farol.

—Igualo —repuso Teodor.

Aliou se lo pensó y negó, la mexicana negó; Teodor miró a Ronald y mostró sus cartas.

—Full de ases y nueves.

Ronald las observó y se quedó pensativo, mientras doblaba el pañuelo y se lo guardaba en el bolsillo. La seriedad en él era insólita y confusa. Mostró sus cartas.

—American Airlines, caballeros.

Dos ases. Con las cartas sobre la mesa, póquer de ases. Ronald sonreía de nuevo y abrazó con sus manos (manos grandes como las de Sabaly) la montonera de fichas. Teodor las contó, ahora le igualaba. Ambos en cabeza.

Dos horas después ya no nevaba. Teodor contemplaba la partida de pie y con las manos en jarras. Primera fase del perdedor sorpresa: resistencia al abandono de la partida, que le mantenía aún junto a la mesa pero levantado de la silla. Un *all-in* de la mexicana monolingüe y a la calle. Quinientos ella. Mil él. Dos mil ella. Cuatro mil él. *All-in*. Y Teodor que, por el menosprecio natural hacia la mexicana monolingüe y su orgullo llevado a la palestra, no tuvo más remedio que aceptar. Ahora el puro corona sucumbía macilento sobre el cenicero. La mexicana, que se llamaba Ángeles Expósito, acorralaba a Ronald el vaquero como cascabel de El Álamo texano, versión Hold'em. Entre todo eso, Teodor seguía con su mal perder, como un niño en proceso de aprendizaje, y pensaba sin poder evitarlo que construiría un muro entre él y la mexicana, para no llevarse sorpresas tan desagradables. Un muro que los separara. Si existiera ese muro, no habría perdido y todo estaría mucho más ordenado; la jerarquía mundial entre razas mantendría su lógica, y él continuaría en la partida.

Detrás de Teodor, Zettie Goodwin hablaba con Aliou mientras él afilaba un cuchillo de cocina y preparaba aparejos y lazos de caza. Más bien le hablaba ella, y por hablarle no hacía nada más, ni observarle ni ayudarle, solo se apartaba cuando le entorpecía en los preparativos de sus lazos de caza.

—¿Cuánto pesas?

—Unos cien.

—¿Y eso cuánto es? Seguro que más de doscientas libras. Y medirás seis pies, como poco.

—Mido metro ochenta y cinco.

—Ah, sí. Ya sé que en Francia medís por metros. Siempre me ha gustado Francia, ¿sabes? Y los de tu raza tenéis una anatomía diferente. Vuestra musculatura siempre ha sido superior. Por eso corréis y saltáis y arrastráis y cargáis mejor. Es un regalo de la naturaleza. Mira mi pobre Ronald, tanto deporte y entrenamiento, y parece un haya trasmocha. Pero tiene una cabeza privilegiada, de eso no hay duda. La cabeza lo es todo hoy en día. ¿Sabes que participo en una asociación humanitaria?

—Necesito coger el otro cuchillo.

—Es un albergue social, en Long Island. Damos de comer a personas sin techo. Es mi pequeña aportación a la comunidad, para igualar algo las cosas. Creo que esa es la responsabilidad del que tiene más. Mira, ¡ha salido el sol!

—Sí. Eso parece.

—Estaba esperándolo. El sol es bueno para los huesos, ¿sabes? Yo tengo tendencia a la osteoporosis. Vosotros seguro que de eso no tenéis, con vuestra fuerza anatómica. Voy a por las raquetas, a ver si cojo algo de color.

La partida de póquer por fin terminó. La mexicana monolingüe se alzaba victoriosa y palmeaba las manos con su sonrisa de piano, moviendo las caderas en un intento casi senil de baile folclórico mexicano. Ronald Goodwin se había retirado el sombrero, el cabello sudoroso y adherido al cráneo, y asumía la derrota estrechándole la mano.

—Enhorabuena, Ángeles.

Zettie salía afuera con las raquetas puestas.

—¡Cariño! Voy a compensar mi déficit de vitamina D.

Ellis Harvey y la inglesa despistada también parecían haber salido con el sol, al igual que Teodor y Ulad, que caminaban por la nieve para que Teodor se calmara y porque allí no había escuchas ni ojos ocultos que pudieran registrar los murmullos en ruso.

—Aún queda más de una semana —decía Teodor—. Si no hacemos nada, moriremos también. Nos irá matando uno a uno.

El sol era el rey en el cielo y la nieve terrenal lo veneraba. En el claro nevado y cegador, la casa parecía un artefacto platino y reflectante. Cuando Zettie se sintió libre de miradas, en un extremo del claro y junto a los árboles del bosque, abrió su mapa secreto. Lo contempló. Sus líneas. Sus letras. La embargó una extraña atracción que bien podía ser la de Frodo con el Anillo Único. Miró en dirección al bosque. Miró el mapa. La curiosidad era más fuerte que ella. Alguien le decía en la cabeza: «Entra en el bosque, Zettie. Entra en el bosque».

Planicie congelada. Pista de patinaje. El lago era un cráter blanco oculto en el bosque, un ojo de hielo si el bosque fuera piel. Exhalaba bruma y las orillas boscosas se desvanecían como espejismos. El lago estaba lejos de la casa cúbica.

Zettie Goodwin caminaba por la orilla. El mapa la empujaba. El mapa era una brújula que le susurraba en la cabeza: «Continúa, Zettie. Continúa. Pronto llegarás hasta él. Él es tu salvación. Él es vuestro único contacto con el exterior».

Raquetas torpes, vaho de respiración, miradas al mapa y miradas a la otra orilla. Allí, al otro lado y no muy lejos, debía estar el autobús.

Zettie estaba cansada y tenía frío. Le preocupaba la rápida huida del sol y no haber sintetizado suficiente vitamina D. Lo más curioso de todo es que no sentía miedo. El mismo miedo que la había paralizado durante días, ahora había desaparecido. Era como si el mapa le succionara el miedo. Eso era aterrador y maravilloso a la vez. El mapa tenía propiedades mágicas. ¿Quién lo había hecho? ¿Quién le hablaba a través de él?

Se hallaba a dos millas de la casa. ¿Cómo has llegado hasta aquí, Zettie Goodwin? ¿Cómo has llegado tan lejos? Miraba el mapa, miraba el lago. Se sentía bien. Ni siquiera pensaba en lo que pensaba siempre, en preocupaciones constantes y agotadoras sobre sí misma, como los niveles de serotonina que tendría en ese preciso instante, ni en su ansiedad, ni en sus llantos continuos, ni en su ritmo respiratorio de ochomilista con hipoxia desde que aterrizaron allí. Un desbarajuste en sus parámetros neuroquímicos, lo sabía. Pero con el mapa en las manos todo eso no le importaba.

El autobús debía de estar en la otra orilla. Porque en el mapa, junto al lago oculto en el bosque, había un dibujito infantil donde ponía: «Autobús con radio». Zettie miraba el mapa. Alguien le hablaba. Pronto llegarás hasta él, Zettie. Él es tu salvación. Él es vuestro único contacto con el exterior. La radio, Zettie.

Zettie rodeaba el lago, que se extendía y se sumergía en la bruma y hacia las orillas del otro lado. Era como si fuese infinito y lo único existente del mundo. No intuía su final. ¿Y si tus niños están en el autobús, esperándote con la radio? La voz le hablaba. Entonces lo vio, entre la neblina, en el centro del lago.

Una silueta humana.

Estaba de pie, muy quieta, y a Zettie se le cortó la respiración. Quiso correr, quiso volver a casa y olvidarse de aquella maldita exploración. Pero la voz le dijo: espera, Zettie. ¿Te mira? ¿Te está mirando? No, está de espaldas. Tiene una caña. ¿Está pescando? Sí, está pescando, Zettie. Está a lo tuyo, no te verá. Puedes seguir, Zettie Goodwin. Llegar al autobús es la salvación.

Volviendo a casa no cambiarás nada.

La bruma correteaba sobre la silueta, la hacía aparecer y desaparecer. En el cerebro de Zettie, procesos neuroquímicos. Corteza occipital. Amígdala. Adrenalina. Bum, bum, bum. El asesino de Nadine y Garrido. Esa bestia del bosque. Volvió a mirar. Ahora todo era bruma y no vio la silueta. ¡Ya no está! ¿Lo ves? Ya no está. Ha desaparecido. Continúa, Zettie. Continúa.

Caminó por la orilla del lago, sin más ruido que sus pisadas y su respiración. Silbaba el viento y el lago arrastraba virutas de hielo. Los árboles la cubrían con sus ramajes lanosos, cayendo sobre la orilla. El bosque era un corredor y la escuchaba. Solo se movía ella. Solo ella emitía algún sonido. Al final lo encontró. Allí está, Zettie. Allí lo tienes. Vamos. Vamos. ¡Ve hacia allí!

Más que un autobús parecía un vagón de expreso polar encallado allí, hundido en la nieve, donde apenas asomaban ventanillas sin cristales. Zettie se acercó. Caían copos de los árboles, donde soplaba el viento. Era un nevar lento y extraño, flotante, como de luciérnagas de nieve.



Zettie se detuvo. ¿Por qué te detienes? ¡Te quedan cincuenta yardas! En el autobús había alguien. ¿Era la silueta? ¿Era el pescador? Ese alguien se sentó entre los asientos y se llevó algo al oído. Zettie creyó distinguir un enorme auricular. Era una radio. Vamos, Zettie. ¡Vamos! ¡Es tu salvación! ¡La radio es tu salvación! Zettie dudó. Zettie escuchaba a la voz. ¡Vamos! ¡Vamos! ¿Y si el de la radio es uno de tus hijos? El corazón de Zettie hacía bum, bum, bum. Y la voz: ¡vamos! ¡Vamos! ¡Es uno de tus hijos! Zettie se dispuso a avanzar, pero entonces el corazón le dijo: huye.

Zettie se quedó quieta.

Huye.

Así que eso hizo. Se volvió y empezó a correr. Mientras corría se le escapó el mapa, que planeó con suavidad sobre la nieve, hasta posarse en ella. Zettie no miró hacia atrás. Sin mapa ya no hubo voz que le hablara en la cabeza.

Anochece. Ronald Goodwin ejercitaba sus cuádriceps con la espalda apoyada en la pared del dormitorio y las piernas formando un ángulo de noventa grados. Aguantaba la posición, como sentado sobre un retrete. Control de respiración, venillas hinchadas en la sien, tembleque de pantorrillas bajo el pijama corto.

—¿Estás segura?

Zettie se metió en la cama, aún con el frío dentro a pesar del baño caliente, con el brillo de una bola de bolera en frente y pómulos, tras la hidratante y el tónico desmaquillante. Pinzas en el pelo, sorbito de agua y pastillita para dormir.

—Estoy segura.

—¿Cuántos segundos lo viste?

Al igual que la postura, la voz de Ronald era de retrete.

—No lo sé. Diez segundos tal vez. Piensas demasiado en los segundos.

Ronald aguantaba el tembleque, pies descalzos, piernas peludas y sarmentosas como de avestruz.

—Qué va, tengo el cronómetro. Él se encarga.

Hubo un pitido y se levantó. Estiró los cuádriceps, crac de tabas en la rótula.

—¿Y estás segura de que lo viste hablar por radio? —preguntó.

Zettie se acurrucó en la cama, asustada, en posición fetal.

—Estoy segura. En el autobús había una radio. Lo ponía en el mapa.

—Pero ¿qué coño hace un autobús aquí?

—No lo sé. Era muy extraño. Pero lo he visto.

Ronald se metió en su propia cama, que estaba frente a la de Zettie. La disposición del cuarto era insólita, dos colchones individuales, uno frente al otro en lugar de seguidos, como en un barracón militar para dos reclutas.

—Cariño.

—¿Qué?

—¿Crees que era uno de nosotros?

—No lo sé. Yo diría que era él.

—¿Él? ¿Quién?

—El habitante de la cabaña. El que le hizo eso a Garrido.

Ronald se quedó quieto. Después se movió bruscamente, para buscar acomodo bajo las sábanas.

—Porque no sería uno de ellos.

—¿A quién te refieres?

—A nuestros hijos.

Zettie se metió aún más bajo las sábanas. Buscó tapar su cara en la almohada. Ahora que no tenía el mapa, le volvían las ganas de llorar.

—Por un momento... lo he creído. Algo me decía que podían ser. Jenny o Charlie.

—Joder, Zettie. Te has arriesgado yendo hasta allí. Con los lobos y todo lo demás.

Zettie no dijo nada. No le habló de las propiedades mágicas del mapa. El mapa le había dicho que era uno de sus niños. Ahora tenía dudas de si había sido fruto de su imaginación. Pero la voz ya no estaba.

—También pudo ser alguien de nosotros —planteó Ronald—. Alguien que salió tras la partida de póquer y se adelantó hasta el lago. Al igual que hiciste tú.

—¿Por la puerta de atrás?

Ronald se removía inquieto bajo las sábanas, buscando una postura cómoda.

—Sí, pero no lo sé. Es que yo subí al baño. No sé lo que hicieron los demás.

—Entonces lo mismo podrían decir ellos de ti. Que no saben lo que hiciste.

Ronald se ponía de lado, de semilado, en estilo momia, en estilo estrella, en estilo boca abajo y caída libre. Al fin se detuvo, fetal hacia la izquierda. En casa, Zettie se dormía ante la televisión, casi siempre con un libro decorativo en el regazo, casi siempre el mismo. Ahora delante tenía a Ronald.

—¿Y si fui yo a quien viste en el lago?

Ella no le respondió. Hubo un silencio en las camas enfrentadas.

—Hoy ha salido el sol —dijo al fin Zettie—. No sé por qué no ha vuelto el piloto.

—Yo creo que ya no volverá hasta el último día.

—Deberíamos explicar a los demás lo del mapa. Y organizar una expedición al autobús.

«¿Y si fui yo a quien viste en el lago?» Su comentario había quedado flotando entre las camas. Zettie se irguió algo en la suya y lo miró. Ronald era una prominencia de la que solo asomaba un mechón de pelo erizado. Al menos tenía buen pelo, y una cabeza proporcionada y de ángulos estéticos, pensó Zettie. Su calavera debía de ser bonita. En su materia cerebral Zettie también pensaba. Le encantaría ver su cabeza por dentro, examinarla bajo un microscopio, descifrar el código de sus pensamientos. Es verdad que a veces lo veía como un desconocido, como una silueta lejana, entre brumas. ¿En qué pensaba Ronald Goodwin? ¿Quién era Ronald Goodwin? ¿Quién era el hombre con el que compartía dos hijos y más de veinte años de matrimonio? Ronald ya no era el mismo. Ronald cambió cuando dejó de trabajar dos años antes. Desde entonces era otra persona. ¿Y si le había visto a él en el lago? No digas tonterías, Zettie Goodwin. Duérmete y no digas tonterías. ¿Otra vez la voz?

Dos años antes...

Maldita sea, Ronald. Tarde, siempre tarde. Zettie sonreía, con seguridad calmada de anfitriona, mientras miraba el cielo azul. Lo miraba como si fuera un reloj, y en realidad lo era, el más viejo del mundo. Lo miraba como si fuera una jeringuilla de luz que penetraba en su piel y le inyectaba una saludable dosis de vitamina D, a ver si así calmaba la ansiedad.

Temperatura ambiente de setenta y cinco grados Fahrenheit, sol tamizado bajo el manzano del jardín, brisilla y murmullo de pétalos y hojas: domingo agradable de primavera. El factor clima, esencial para los niveles de serotonina (vital para el bienestar mental), cumplía su papel en la planificación milimétrica de Zettie. No como Ronald, un factor más impredecible que el clima, que había desaparecido desde primera hora de la mañana. Las tareas de anfitriona la entretenían, la ayudaban a olvidar al lastre desconsiderado de su marido. La sensación de que todo marchaba a la perfección, de no ser por Ronald, claro, también colaboraba en ello. Lo percibía en su invitada Linda Zuckerman, que sonreía y hablaba, centrada tanto en lo social como en lo gustativo y ambiental, lo cual era síntoma de comodidad. En el caso de Charles Zuckerman, saboreaba el

habano talla corona tras un buen atracón de tortitas, lo que era síntoma de redondeo de bienestar. Además, como neurocirujano en el Presbiteriano de Manhattan, Zettie tenía la certeza de que había reparado en la estudiada disposición del desayuno de los Goodwin (tiempo espléndido, luz solar, música zen ambiental para liberar la ansiedad de la semana y reducir el ritmo respiratorio, abundancia de frutas, chocolate negro como antidepresivo natural, y cacahuets y pistachos con omega 3). Zettie confiaba en que Charles comentara a su mujer los méritos de su planificación. No solo por asegurarse su triunfo social como anfitriona, que sin duda se extendería como la pólvora por el círculo femenino de sus amistades, sino por una sincera preocupación por Linda, a quien no podía evitar ver como intelectualmente inferior a ella (tal vez por eso su preocupación era sincera). Temía que por desconocimiento y por los síntomas ojerosos de un muy seguro trastorno del sueño (primeros indicios de las depresiones), su amiga no cuidara lo suficiente su salud mental. Pero Zettie no podía decírselo, claro. Debía esperar a que Charles se lo hiciera ver, a costa tal vez de una pequeña discusión por celos, imagen que en Zettie provocaba un oscuro placer. Después de todo, su planificación era evidente. Perfecta para un domingo reparador de la salud mental. Perfecta para una escalada en su posición social. De no ser por Ronald, todo sería perfecto. Maldita sea, Ronald. De no ser por ti, los astros estarían alineados. No habría ese silencio incómodo, de tema tabú que sortear. No habría chismorreos entre los Zuckerman después, al montar en el coche, o entre Linda y sus amigas, esas cotorras que se picoteaban entre sonrisas, de las que Zettie formaba parte. Maldito seas, Ronald. De no ser por ti, todo sería perfecto. Cómo puedes hacerme esto. Te odio, Ronald. Te odio con todas mis fuerzas.

¡Pausa, Zettie! ¡Pausa! Reajuste de conducta. «Odio» no existe en el diccionario. Ronald... Ronald solo es un poco egoísta, desconsiderado; se disculpará, compensará su error. Recuerda, Zettie: pensamiento positivo. Cielo azul, sol, música zen, pistachos. La mirada es lo que cuenta, no lo mirado. Lo decía el doctor Shamu Kahn, en el capítulo 2: «El mundo es lo que nosotros vemos, lo que nosotros decidimos».

—Me angustia, Charles; la universidad es una decisión prematura para los críos.

—En el instituto tienen profesionales que los orientan, cariño.

—Será su profesión. Tienen diecisiete años. ¿Cómo pueden saberlo?

—En su día yo lo supe, cariño. No fue tan difícil.

—Cindy duda entre Derecho Constitucional y Biología. Eso es síntoma de confusión, Charles.

—¿Te gusta el café, Linda? —intervino Zettie—. Es de Costa Rica.

Su amiga, pálida bajo el sol, la miró taza en mano.

—El café es exquisito, Zettie.

—Es café orgánico.

—¿Sin pesticidas? —preguntó Charles.

—Ni fertilizantes. Sembrado a la sombra, como se hacía antes. Así no se dañan los cultivos.

—Café sostenible —murmuró Linda—. Muy chic, Zettie.

—¿Habéis probado los tomates cherry? Vienen directamente de la granja a la mesa.

A Zettie se le escapó una voz histriónica.

—¡Ronald!

Reculó enseguida. Reajuste a voz calmada. Ronald había irrumpido en el jardín hablando de los tomates, con sus viejas zapatillas Reebok de cuando jugaba al tenis.

—Cariño, te estábamos esperando.

Se levantó, para recibir a su esposo con un beso en la mejilla. Raspadura de púas, rocío salino en los labios. Los tomates cherry eran pelotitas de plástico del Wegmans que Ronald compró el

día anterior, y a Zettie le había avergonzado servirlos junto a los huevos revueltos. Cuando ya nadie le prestaba atención, cogió una servilleta y se limpió el regusto a sal de los labios.

Ronald tomó asiento, sonriente y cojeando, con la sudadera de Columbia University y manchones escandalosos de sudor en pecho, espalda y sobacos. La cara como tras un aguacero. Cascos de música aún en los oídos, donde resonaba *Eye of the Tiger*, de Survivor, la banda sonora de *Rocky* a todo volumen. Se los quitó y dijo que había corrido doce millas. Zettie, que ocultó su sorpresa muy adentro, enseguida pensó en una hora y media autolesiva, tortura alegre de articulaciones, rótulas, vértebras y tendones, masacre matinal de neuronas y espermatozoides, aunque eso último ya daba igual. Ronald, que no corría desde la universidad, se acababa de quitar varios días de vida.

—No sabía que corrieras —observó Charles.

—Liberando endorfinas, ya sabes —se adelantó Zettie, que simuló conocer que su marido corría—. ¿Quieres café, Ronald?

—Me conformo con agua sostenible, querida.

Rio Charles. Una risa insulsa que siempre mostraba cuando él decía alguna tontería, como quien ríe de las memeces divertidas de un hijo adolescente.

—Tuviste problemas con la tensión, ¿verdad, Ronald? —preguntó Charles.

Ronald lo miró vuelto hacia el sol, puro en mano. Ante sí una esbelta estatua de mármol níveo, perfil de rey. Petulante cirujano de Manhattan fumando en su jardín. Amigo suyo por conveniencia.

—No corro por tensiones —respondió.

—Doce millas es una distancia considerable. ¿Corres desde hace mucho?

—Hoy es mi primer día.

—¡El pastel de zanahoria!

Zettie se levantó y desapareció hacia el horno con una prisa repentina. Se la volvió a oír enseguida, desde la ventana abierta de la cocina.

—¡Reponen *Les misérables* en Broadway!

—Lo vimos en el 97. Inolvidable. ¿Lo recuerdas, Charles?

—Estabas embarazada de Mike.

—En Taiwán murieron ciento dieciséis personas por un terremoto de 6,4 en la escala de Richter —dijo Ronald.

—«¡Siempre hay abajo más miseria que fraternidad arriba!» —recitó Zettie a Víctor Hugo, desde la cocina.

—Leer a Víctor Hugo es demasiado duro para los críos —sentenció Linda—. Es más amable el musical.

—¿Tú has leído a Víctor Hugo?

—El terrorista de la masacre en Oregón usó cinco pistolas —añadió Ronald.

—Claro que lo he leído, cariño. ¿Sabéis que Charles se ha comprado un Jaguar 4 × 4? Está ahí fuera. Viniendo por la interestatal nos sentíamos a solas por encima del tráfico.

Desde la cocina, alboroto de trastos, cacerolas, puerta del horno, rumiado de juramentos y gritos estridentes.

—¡Por encima del tráfico! Suena tranquilizador, Linda. ¿Tracción cuatro ruedas?

—Por supuesto, Zettie.

La conversación continuó desde ahí hasta el jardín, con fuego cruzado y variedad de calibres. Zumbaban anécdotas y amplios debates culturales, noticias del mundo y características de automóvil. Zettie inquirió: ¿cuántos caballos? Trescientos, ¿no, Charles? Y Charles se entretuvo,



que si seis cilindros, que si motor de gasolina. Luego intervino Linda: ¡qué mañana más agradable! Maravillosa *mise en scène* de nuestra anfitriona. Gracias, Linda. Ronald les dijo: un tornado en Uruguay mató a cinco personas y devastó la ciudad de Dolores. Entonces habló Zettie, desde la cocina: ¿tiene acabados de cuero? ¡Sí! ¡Claro! Y una pantallita con Bluetooth para el móvil. Ronald siguió con lo suyo: dicen que para 2100 el planeta se habrá recalentado cuarenta grados Fahrenheit. Adiós al Ártico. Huele a cuero nuevo, ¿a que sí, Charles? Ronald: varios republicanos han sido sobornados por la compañía petrolífera Veco Corp. ¿Me acercas el café, Ronald? Apple presenta el nuevo iPhone. Gracias, Ronald. Vivimos en una sociedad hiperconectada. Las ondas de los móviles provocan cáncer. Hay minas de coltán en el Congo. Financiamos las guerras de África. Pásame el sirope, Linda. Atentado suicida en Kabul. Atentado suicida en Bagdad. Futura era Trump. ¡Ojo al virus Zika! Me he quedado corta con la levadura. Tiene una pinta excelente, Zettie. ¿Sabéis que Charles ganó quinientos dólares al póquer? Y Linda se ha apuntado a bailes de salón. Yo siempre he querido probar bailes de salón. Yo prefiero el tango. Yo el vals. Yo he dejado el trabajo porque sí. Y preparo un Ironman.

Ronald había salido y estiraba los gemelos en el bordillo de la acera. Los músculos gemían doloridos tras la tortura. Dentro, en el jardín, se oía la risa estridente de Zettie, la angustia materna de Linda. Por encima del seto ascendía una brumilla vanidosa, de gilipollas integral. Ronald pensó en la bicicleta, una Trek azul plata que había visto en una revista vieja sobre el Tour de Francia, muy parecida a la de Lance Armstrong. Cuadro de aluminio. Componentes de carbono. Cuatro mil dólares. Preciosa. Lo de nadar era otro asunto, al que llevaba toda la noche dándole vueltas. Temía que se le hubiera olvidado mantenerse a flote.

En la acera de enfrente, un carruaje plateado de cien mil dólares, del gilipollas de Zuckerman. Cristales tintados, carrocería lustrosa, morro encabezado por la figura de un jaguar. Las ruedas eran llamativamente monstruosas, para Kalaharis, Amazonas e Himalayas. En realidad, para interestatales de cuatro carriles y el parking subterráneo del Presbyterian. Ronald las miró como hechizado. Después entró en el jardín por la parte trasera, y descendió al sótano de casa para buscar en su caja de herramientas y comprobar que el taladro inalámbrico aún tenía batería. Acto seguido salió a la calle solitaria, pistola de bricolaje en mano, como vaquero del salvaje Oeste.

Ronald ya en el sofá, el taladro aún humeante sobre la mesita. Faltaban diez minutos para el partido de los Knicks. Lo estaba viendo en diferido. En la NBC Sports había anuncios. Flujo de imágenes ininterrumpido. Tonifique sus abdominales sin levantarse del sofá. Conduzca su Chevrolet sin mover un dedo (risa irónica). Compre en nuestra tienda online. Tarifa primavera, hable gratis durante tiempo ilimitado. Viaje por el mundo sin salir de casa. Beba, coma, duerma, mire. No lo piense, compre. Trabaje y vuelva a casa. Olvídese. No lea, no piense, no se canse: vea la televisión.

No lo pudo evitar: deformación profesional de publicista. Secuelas mentales tras veinte años en Collins & Marbury. A veces ver la televisión se reducía a eso. Sobre la Philips, entre fotos de familia y una colección enciclopédica de Larousse, el ejemplar de caracola reina. En la televisión, la cara del mendigo sonriente entre la multitud de un graderío. ¡La cara del mendigo! ¡La cara de Travis Loren! ¡El naufrago! No, la cara del mendigo no, la cara del naufrago no porque esa ni siquiera la conocía. Ronald respiró. Risa irónica de nuevo. Era la cara de un aficionado en

el Madison Square Garden, un aficionado con dejadez barbuda, sí, pero con la dentadura perfecta, entre sus dos hijos. Después imagen de los banquillos. Ronald se inclinó en el sofá. La función de las *cheerleaders* concluyó y los jugadores salieron al campo. El partido iba a comenzar. Fuera, en el jardín, se oían palabras amables de despedida, y el bucle interminable de Zettie, que de anfitriona se volvía una arácnida viscosa, de sonrisas recargadas, y nunca terminaba de decir adiós. Entonces quedamos así. Sí, eso es. Vale. Lo dejamos así entonces. Chao. Un beso. Recuerdos a Marilyn, y a los niños. Dale también un beso a Cindy de mi parte. Te llamo el jueves, para la cena de las chicas. Adiós, adiós... ¡Espero que hayáis disfrutado!

Después un silencio, un silencio incómodo. Y a lo lejos, amortiguados por los setos, los juramentos de Charles Zuckerman, desde la acera, al descubrir que le habían perforado las llantas del Jaguar.

Zettie entró en el salón, con el disgusto aún en la cara.

—Se lo ha llevado la grúa. Ya hemos denunciado.

Ronald, erguido sobre el sofá y todavía en sudadera y pantalón corto, seguía a los Knicks como si cada jugada supusiera un ultraje para su persona, un hachazo en el corazón. Ya no desprendía humareda corporal, pero había quedado un ambiente denso y húmedo de radiador orgánico. Zettie se fijó en los pantalones pringosos sobre el sofá. En contacto directo. Pensó en la mancha salitrosa que quedaría.

—¡Courtney, no! ¡Eso es falta! ¡Eso es falta!

En la televisión, figuras grandullonas que corrían sobre el parquet colorido de publicidad. Movilidad de cuerpos, intercambio de pases, destreza de extremidades sobre el manejo de la pelota. El ser humano, el único animal junto a los chimpancés con destreza en las manos y los pies, que había producido fuego, que había inventado la rueda, el papel, la brújula, la nevera, la radio, el teléfono, internet, empleaba sus extremidades para el gran milagro de la pelota. La divina bola de cuero sintético con la que la mitad de los hijos deseaban ganarse la vida. La diosa Spalding que iba y venía en la televisión, de aquí allá, mareada de un jugador a otro, mientras Ronald gritaba:

—¡Por Dios! ¡Cómo fallas eso!

Ronald gritaba siempre, para bien o para mal, dentro de una burbuja insonorizada donde solo entraban él, la televisión y su pandilla de amigos pringados cuando los invitaba a tomar cervezas. A Zettie le preocupaba su efervescencia absurda. Le brotaba de pronto, como si los Knicks fueran un saco de boxeo donde aliviar patologías mentales, insatisfacciones de la existencia. Picos de testosterona y tensión arterial sistólica. «Desahogo inconsciente. Cómo interpretar los signos de la frustración.» Capítulo 7. Shamu Kahn.

—¡Bien, Courtney!

Zettie barajaba la posibilidad de que su marido sufriera algún trastorno infantil sin superar. O tal vez una obsesión por la victoria. Por ganar y ganar. Había estudios que analizaban el fanatismo deportivo como una necesidad de autodeterminación, un culto al ego por defender los colores del equipo, un reducto de patriotismo enmascarado en unos años en los que el patriotismo, tal y como se entiende, era un término obsoleto de siglos anteriores.

—¡Mal, Courtney!

Patriotas enmascarados. ¿Acaso era eso? ¿Acaso Ronald arrastraba una vacuidad de principios? ¿Un pesar por no haber cumplido con su honor de hombre, por no haber servido a su

país? La consola, el juego de disparos. Zettie creyó verlo. ¡Claro! La frustración soterrada de un belicismo sin consumir.

Tiempo muerto. Anuncios. Ronald suspiró agobiado y se tumbó en el sofá. Zettie se fijó en los cojines, que recibían contacto de sudor seco. Ronald cogió una revista de la mesita, donde también había un taladro. *Bicycling*, se llamaba. Hojeó un catálogo de bicicletas.

—Lo del Ironman era broma, ¿verdad?

Ronald pasó las páginas manoseadas. Imágenes de Lance Armstrong. Anuncios de gafas de sol Oakley. Anuncios de cascos Shimano. Algunos productos estaban señalados con rotulador rojo.

—Mañana cortaré el césped después de ir a correr.

—Mañana es lunes, Ronald. Día laboral.

—Me voy a comprar esta, la Trek azul plata.

—Pero ¿qué demonios te pasa?

—No lo sé, cariño. Después de reventar esas llantas me siento genial.

En la oscuridad de la habitación en la casa cúbica. Ronald silbaba medio dormido. Zettie tenía los ojos como platos y miraba al techo.

—Ronald.

—...

—Ronald.

El silbido se detuvo.

—¿Qué pasa ahora?

—Nunca me has dicho por qué dejaste Collins & Marbury.

—No lo sé. Supongo que por el mendigo y su historia de Travis Loren.

—¿La historia de la caracola?

—Sí, cariño, ya lo sabes. Lo decidí aquel día. La caracola definió mi destino.

—Desde aquel día no eres el mismo.

—Lo sé.

Hubo un silencio, entre las camas enfrentadas. Inmóviles, cada uno bajo sus mantas.

—Ronald.

—¿Qué, cariño?

—¿Qué viste en la cabaña?

Ronald tardó en responder.

—Caracolas, cariño. Vi caracolas. Alguien las había dejado allí para mí.

Cinco horas después de entrevistarse con August Alvey, Emeli introduce la llave en la puerta de su casa. Lleva casi tres semanas fuera. Tres semanas sin ver a Larissa y sin apenas hablar con ella. Y la verdad: no quiere encontrársela. Necesita relajarse y no seguir trabajando ahora con su otro empleo, el doméstico. Pero al abrir la puerta y encontrar la casa vacía y silenciosa, la embarga una triste decepción que aparta enseguida por contradictoria y absurda. Deja la maleta y se sienta a oscuras en el sofá, los ojos cerrados, sin mirar lo que la rodea, los cambios que seguro la rodean.

Desde hace tiempo, los cambios en casa se producen en su ausencia. Ahora han sido semanas, así que seguro los habrá. Cambios como Larissa y un pijama de terciopelo a cuadros, o unos *leggings* nuevos, o un corte de pelo a lo Solange Knowles, o unas cortinas de lino blanco, o ese matiz diferente en la mirada, algo que a Emeli extraña y turba a la vez, porque un cambio en la mirada es como un pequeño cambio de persona, hasta que cae en la cuenta de que se debe a otro lápiz de ojos, un *eyeliner* de marca nueva. Desde hace tiempo los cambios no se le anuncian al volver del trabajo: los descubre por sí misma, cuando se cree reinstalada en la normalidad de siempre. Ve cosas nuevas, asentadas en casa con naturalidad. Son cambios minúsculos, ya consumados, nuevos inquilinos por los que no ha sido consultada y que no necesitan de su aprobación. Son pequeños embarazos a los que no asiste. A veces cree que aprovechan sus ausencias para producirse, porque hay un atisbo de reproche, algo soterrado y dañino, en esa indiferencia que tienen al no anunciarse, en ese asombro fingido de Larissa cuando Emeli los advierte y los señala. Es un castigo silencioso, que ella también recibe en silencio, porque admite que a veces su puesto en el DIC le consume demasiado el tiempo y la atención, y porque tal vez se le haya desvanecido la frontera entre trabajo y vida personal.

Y luego está la dinámica de no contarse las cosas, aunque no existan razones para no hacerlo. Una gilipollez de dinámica. Absurda. No te enteras de que has entrado en ella hasta que lo piensas porque ya es costumbre, y porque tu malestar es tan patente que empiezas a hacer revisión de costumbres nuevas. Eso es lo que hace Emeli desde hace tiempo. Piensa en los secretos que se guardan entre ellas, hechos que pasarían inadvertidos de no ser por su dinámica estúpida de ocultarlos y guardar silencio. Tonterías que, por no contarse, el tiempo volverá dañinas. Porque convertirlo en secreto es hacer que un hecho exista de verdad, es fotografiarlo, enmarcarlo y guardarlo en un cajón. Contarlos es dejar que desaparezcan.

Así que ha entrado en casa con necesidad de relajarse y no hacer frente a sus problemas personales. Pero piensa en qué hará Larissa fuera de casa a esas horas y se levanta del sofá para

arrastrar la maleta por el pasillo, sin encender las luces. ¿Llegará ella pronto? Emeli entra en el dormitorio; ve la cama deshecha y en la penumbra azulada no quiere descubrir cambios. Pero encuentra el primero en las nuevas zapatillas de casa del nueve y medio arrinconadas bajo el armario, que son nuevas en casa pero que en realidad son viejas porque están combadas y tienen agujeros. Larissa gasta el siete y Emeli, el ocho. Deja la maleta sin deshacer y se tumba tensa en su propia cama, que por un instante siente que es la cama de otra persona. Duérmete, Emeli. Así llegará pronto el amanecer y la hora de ir a la oficina. Mañana habláis con el operador de radio.

Emeli lo intenta, pero sabe que no podrá. Así que coge el móvil y marca el número de Joan. Pronto oye su voz al otro lado, somnolienta. Allí son las cinco de la mañana.

—Mi chica extraña.

—Te he despertado. Lo sé.

—Qué va. He tenido una noche loca. Estoy con compañía.

—¿De verdad?

—Sí. Ayer se quedó Unax. Estuvimos viendo *Cars 3*. Rayo McQueen tiene un accidente terrible cuando intenta ganar su octava Copa Pistón. Y a ti, ¿cómo te va todo?

—Genial.

—Qué bien. Me alegro de que me llames a estas horas para decirme que todo genial. ¿Te ha tratado bien el Ártico? ¿Has perdido algún dedo por congelación?

—He visto las tripas de otro muerto. Así que bien.

—¿Tuviste la decencia de ir al baño? ¿O le vomitaste otra vez la bata al forense?

—Esta vez fui al baño.

—Me alegro, mi chica extraña. Tan educada como mis niños.

—Te llamo desde casa.

—¿Y has sabido cómo llegar? ¿La recordabas?

—No seas cabrón.

—Perdona, no quiero despertar a la bestia.

—No la despiertes, que tiene ganas.

—¿Está Larissa en casa?

—Qué va.

—¿Y sabes dónde está?

—Hace unos días le envié un wasap que aún no me ha contestado.

—Vaya. Y también diacronía telefónica, supongo.

—Sí. Justo como tú, que me coges de madrugada.

—Creo que necesitas un cuento para dormir.

Emeli sonríe.

—No quiero que las telefónicas nos sangren.

—No te preocupes. Cuando ronques cuelgo.

—Dale un beso a Unax de mi parte.

—Se lo daré, mi chica extraña. Anda, corre en busca de tu amada.

Emeli cuelga y coge las zapatillas de la desconocida. Cruza el pasillo hasta la cocina y las tira a la basura. Después vuelve a la cama y no se duerme hasta el amanecer.

La oficina del DIC es un hervidero de tensión principalmente viril. Emeli entra y recibe un aluvión de informes y citas nuevas para reuniones. Hay cierto alboroto descabezado entre los inspectores

y agentes de refuerzo. Ya lo intuyó el primer día, le caía encima un caso X. Un asesinato que importa. Que importa, sí: una denominación extraoficial. La ética profesional a la mierda, como verborrea para los medios. ¿Guerras de camellos que se tirotean en las esquinas? Bah. ¿Indigentes rajados? Bah. ¿Prostitutas violadas? Bah. Todo eso es rutina y no llega al Departamento. La X no solo es de selección. La X es de incógnita, una bolsa con petardos C4 de todo lo que puede llegar a contener. La X es medio litro de caféina al día, zolpidem para dormir, el subdirector que quiere un informe, del gobierno que necesitan novedades, la CNN en la línea 2, el *Washington Post* en la línea 3, rueda de prensa a las cinco, yugulares que empiezan a buscarse por si la cosa se tuerce. La X es una mirada constante tras el hombro de la inspectora jefe (o sea ella), un ojo a lo Gran Hermano que olisquea cada informe mientras se redacta, informes intachables, como si una durmiera con el reglamento bajo la almohada.

Francis espera en la sala de videoconferencias. Camisa de cuadros y nudo Windsor, pulcro y aseado como adolescente de la posguerra el primer día de instituto. Así es Francis Thurmond bajo la gabardina y el sombrero.

—Conectamos —dice.

Se establece la conexión en el portátil y en el proyector. Sobre la pared surgen las caras de un agente de la Estatal y el operador de radio, larguirucho y con aires de empanado o de tener la velocidad de comprensión fumada o, simplemente, una capacidad de procesamiento de primera computadora 16 bits o de *Australopithecus afarensis*. Emeli sabe que lo prejuzga, pero le tiene ganas al día.

—¿John Griffith Rupert?

—Sí, inspectora.

—¿Qué tal de caza con su padre? ¿Se lo pasaron bien?

—Sí, inspectora. Gracias.

—¿Han cazado mucho salmón y mucho oso y han dormido bajo las estrellas?

—Bueno... en realidad, en la reserva de Charley Lakers...

—Señor Griffith, ¿está usted al corriente de que ha ralentizado una investigación federal por irse a cazar osos y salmones?

—Bueno... en realidad... no, inspectora, lo siento, inspectora.

—Señor Griffith, ¿estableció usted contacto con el área que el agente le señala en el mapa en este preciso instante?

—Sí, inspectora.

—¿Registró usted una grabación del contacto?

—No, inspectora. Solo anoté...

—«Todo OK en área 34A-H7, a las 11 horas, del día 7 de octubre.» ¿Es así?

—Sí, inspectora.

—¿Sabe usted con quién habló? ¿Se identificó su interlocutor?

—No, inspectora.

—¿Sabe si era un hombre o una mujer?

—No, inspectora.

—¿No sabe si era un hombre o una mujer?

—No, inspectora... Lo siento, inspectora.

—¿Era un oso grizzly o un salmón tal vez?

—No, inspectora, no lo creo.

—¿Y cómo es que no sabe si era un hombre o una mujer?

—Bueno... yo... El tono, inspectora. El tono de voz era extraño... como artificial, como alto, ¿de barítono puede ser?

—De tenor, dirá usted.

—Sí, eso es. De tenor. No me acordaba de que era al revés.

—¿Al revés?

—Al revés de como suena. «Tenor» suena a más grave.

—¿Diría usted que el sujeto empleó un objeto para disfrazar la voz?

—Podría ser, sí.

—¿Se estableció el contacto desde la casa cúbica?

—No, inspectora. La persona con la que hablé me facilitó la serie del radiotransmisor que hay en el autobús.

—¿En el autobús?

—Sí, inspectora, en el autobús que hay a dos millas de la casa, en la orilla sur del lago Wrangell. Tiene literas y una estufa de leña.

—¿Y qué hace un autobús allí?

—Lo compró una compañía minera. Creo que era un antiguo autobús de línea que estaba en el desguace. Alojaban allí a los peones que trabajaban en el yacimiento de antimonio Wrangell. El yacimiento está cerca del lago, en las montañas.

—¿Sigue el yacimiento en activo?

—No, inspectora. La compañía cerró en los ochenta.

—¿Y en qué condiciones está el autobús?

—Viejo y oxidado, supongo. Se transportó hasta allí en helicóptero. Conservaba un radiotransmisor, eso sí lo sé. Los biólogos y cazadores que se adentran en la región durante el verano a veces contactan desde allí.

—¿Y qué le dijo la voz asexual?

—Verá, inspectora... me he tomado la libertad de apuntar la conversación que mantuvimos, lo que recuerdo de ella al menos. ¿Le parece si se la leo? Le aviso que no es exacta...

—Me está empezando a caer bien, señor Griffith.

—Insisto en que no es exacta, inspectora.

—No la joda, señor Griffith. Usted lea.

—Bueno, pues... allá voy.

—Aquí Servicio de Rescate y Salvamento, ¿con quién hablo?

—Aquí radiotransmisor con número 34A-H8.

—Vale... (hay un silencio porque busco en los registros) ¿autobús de Wrangell?

—Sí.

—El temporal es fuerte. ¿Cómo están las cosas por allí?

—Aquí todo OK.

—¿Y en la casa con número 34A-H7? Me consta que se refugian allí nueve personas. Llevan cuatro días sin contactar por radio.

(Hay otro silencio, y puedo escuchar su respiración, tarda en contestar.)

—Todo en orden en la casa con número 34A-H7. Que la compañía aérea vuelva según lo previsto. Dentro de nueve días.

—Fue más o menos algo así. He omitido el corto y cambio, por aligerar la conversación. También lo he teatralizado un poco.

—¿Crees que fue el hombrecillo quien contactó? —pregunta Emeli.

—Es una posibilidad —dice Thurmond, mientras fuma—. Lo que está claro es que mintió. Confirma que todo está en orden en la casa. Y al quinto día ya había víctimas.

—«Que la compañía aérea vuelva según lo previsto. Dentro de nueve días» —repite Emeli—. Se asegura un tiempo para actuar.

—Quiere ejecutar su obra según su planificación. Es paciente y minucioso. Su obra consiste en los detalles. Necesita días.

Irrumpe en el despacho uno de los agentes, informe en mano.

—Tenemos algo sobre August Alvey. Su vida no es tan idílica como aparenta.

Emeli se levanta, hambrienta en todo lo referente a humanizar al todopoderoso Alvey.

—¿Ah, no? ¿Qué me traes?

El agente le entrega el informe.

—Alvey engañó a su mujer y a sus hijos.

Emeli sonríe, maliciosa.

—¿Los engañó? ¿Con otra mujer?

—Con otra familia.

—Joder. ¿En serio?

El agente sonríe.

—Una cajera del Wegmans con la que tuvo dos hijos. Lo mantuvo en secreto durante ocho años. Un pequeño escándalo en el seno de los Alvey.

Emeli hojea el informe, que parece una crónica sensacionalista, con terminología policial.

—Y eso no es lo único, jefa. Hay algo más. Algo bastante gordo, la verdad.

—¿Sobre August Alvey?

—No. Sobre su hijo menor. Ethan Alvey.



Calma solemne, hojarasca sobre la calzada sin grietas, oasis residencial y mansiones ajardinadas con céspedes que ni en el estadio de los Redskins. El lugar es un simple domicilio de ricos y una atracción turística para pobres. Aparcado frente al vallado victoriano de los Alvey, el Chevy Cavalier desentona.

Emeli y Francis atraviesan el jardín tras el control del paso fronterizo. Hay oscilar de castaños, rumor de fuentes, torreones con capitel y ventanales entre enredaderas de ensueño. Por dimensiones y por el servicio negro y mexicano, el lugar evoca en Emeli a las haciendas esclavistas del Sur. Entonces piensa en los lemas anticapitalistas de Alvey, que atraen a miles de estudiantes, y siente ganas de vomitar. Después intuye que está exagerando; la esclavitud ya se abolió y su vómito lo limpiaría un negro de Prince George.

—Nuestro gran héroe social ya no es lo que parecía —murmura Emeli—. Esposo ejemplar con dos hijos. Referente global de las nuevas generaciones. Símbolo del sueño planetario. Y resulta que se los puso a su mujer y tiene dos familias.

Pocos minutos antes y por correo electrónico, la Fundación Alvey les ha ofrecido coartada del filántropo para las dos semanas que las víctimas pasaron en la casa cúbica del Ártico. Nicholas Bianco asegura no haberlo visto jamás, y desde luego no concuerda con el retrato robot del hombrecillo calvo y amanerado. Pero Alvey es de los que llaman y no de los que se manchan las manos, aunque Emeli apostaría a que se las lava veinte veces al día y no por necesidad, sino por narcisismo y obsesión por la pulcritud y la imagen propia.

Aunque, a decir verdad, no están allí por él, sino por su hijo, Ethan Alvey, veintidós años, que es el que en realidad oculta información interesante. Tocan el timbre y abre una hispana con chorreras decimonónicas. Sonríe.

—Pasen, pasen.

En la sala de estar principal, que podría servir de atrezo en el ballet versallesco del concierto vienés de Año Nuevo, hay ahora cierta distensión en la charla, que por fin parece inofensiva e incluso con matices humorísticos.

—Y mi querido Ethan me dijo: mira, mamá, tengo la Torre Eiffel de perfil —cuenta la señora Alvey—. Y yo le respondí: pero ¿la Torre Eiffel no es igual por todos los lados? ¿No sería imposible una foto de perfil? Y él me dijo: no, mamá, la tengo de perfil de WhatsApp.

La señora Alvey ríe con histeria y Emeli primero y Francis después también lo hacen con el

mismo grado de histeria, que a su vez envalentona aún más la histeria de la señora Alvey y luego la de ellos y la de su hijo Ethan Alvey: así todo se prolonga durante un minuto hasta que dejan de reír con dolor de abdominales y elevada presión cerebral.

—En fin... —dice la señora Alvey.

—Sí, en fin... —la secunda Emeli—. Los desajustes entre generaciones. Me pasa lo mismo con mi madre.

La señora Alvey mira a su hijo con cariño maternal.

—Y el futuro en sus manos... tan bien preparados ellos. Ethan siempre ha sido un estudiante modélico, desde pequeñito supe que se convertiría en alguien especial.

—No tanto como Matilde, mamá. Ella saca mejores notas.

—¿Matilde es su hija? —pregunta Emeli.

—Sí, está griposa la pobre. Lleva en cama varios días.

—Vaya, esperamos que se recupere —dice Francis.

Tras una hora de charla, Emeli ya sabe que la señora Alvey esconde tras su histeria a la esposa marchita de un todopoderoso, una aristócrata venida a menos que coge polvo en casa y a la que los años quitan confianza en lugar de dársela. Ahora ya no muestra la incomodidad del principio, cuando se presentaron Emeli y Francis. Lo suyo les ha costado. Emeli ha adoptado el perfil de interrogador CCAH, Chica Comprensiva y Amable que podría ser tu Hija y que está allí por rutinario e inofensivo proceso policial. Francis en cambio, que en el Martillo Pilón y Tocapelotas se manejaba de perlas, se ha tenido que acomodar con un pobre ABD, Acompañante Buenazo y algo Despistado.

—¿Y viajaste por Europa? —pregunta Emeli a Ethan.

Se adelanta la señora Alvey.

—Volviste hace tres semanas, ¿a que sí, cariño? —Ethan asiente en silencio—. Tres meses al otro lado del océano, ¡el verano entero! Lo peor de todo es que se empeñó en ir sin el móvil y sin cámara, y con lo justo de mudas... (la ropa interior aún se la compro yo). Pero ¿qué se le pasa por la cabeza a este chico? ¡Estuve tres meses sin saber nada de él!

—Un explorador decimonónico —comenta Francis—. Joseph Conrad. Hacia el corazón de las tinieblas.

—Sí, al rescate de los valores antiguos —apostilla Emeli—. Es admirable.

—La verdad, yo me quejo, pero tienen ustedes toda la razón. ¿Y saben lo mejor? Que gracias a ese viaje se desenganchó del dichoso móvil. Me alegro pero que muy mucho de eso, aunque Ethan tuviera miles de seguidores en Instagram. Era socialmente muy popular, ¿saben? Pero su precio le costó, ¿no es así, cariño?

Ethan asiente sin decir nada.

—¿Cerraste la cuenta de Instagram? —pregunta Emeli.

—Sí.

—Cortó por lo sano —añade su madre—. Lo mejor que podía hacer.

—¿Y por qué la cerraste?

—Mi hijo tenía algo de adicción. Y para mí que el viaje fue una especie de terapia que él mismo eligió seguir para desengancharse. Una sabia decisión de la que estoy muy orgullosa.

Ethan en realidad tiene veintidós años, aunque su madre lo trata como si tuviera quince. Pero ahora que lo piensa Emeli, su madre también la sigue tratando como si tuviera quince. Tal vez exista algo en esa edad, un punto de inflexión antropológico, un estancamiento en la percepción de la madre hacia el hijo. Tal vez ser madre signifique eso. Tal vez en la psicología materna no

existan los hijos de veintidós. A estas alturas Emeli tiene claro que Ethan Alvey también sabe adoptar perfiles. En este caso una especie de HRNM, Hijo Retraído y aún en el Nido de su Madre. Lo que no concuerda con su viaje europeo de tres meses sin móvil ni cámara, a lo HAP, Hijo Aventurero y Purista, y con su tic nervioso en las piernas y su avidez de uñas.

—Ya conocen ustedes el motivo de nuestra visita —dice Emeli.

La señora Alvey se inquieta. En realidad se desilusiona.

—Pero ¿no lo habíamos zanjado ya?

—Sí. Ya les digo que el procedimiento es rutinario.

Ethan Alvey interviene, por fin sin horchata en las venas y con algo de sangre azul:

—¿Y entonces? ¿Por qué insiste?

—Se han cometido nueve crímenes en una propiedad de tu padre.

—El abogado dijo que no es su propiedad.

—A efectos legales, efectivamente, no lo es. Pero existen indicios que lo relacionan con ella.

Las piernas de Ethan Alvey parecen espasmódicas.

—Pregúntele a mi padre si construyó esa casa o no. Mi madre no tiene nada que ver con las actividades de la fundación.

—La construyó el estudio ArchWild, de Nicholas Bianco —aclara Emeli—. Pero no he mencionado que la casa se construyera. Ni tampoco que fuera una casa.

—El abogado nos informó.

—¿Y cuándo os informó el abogado?

—Ayer mismo.

—Señora Alvey, ¿confirma usted esa información?

La señora Alvey titubea, monosílabos inconexos: sí, yo, él...

—Creo que fue Ethan quien se reunió con el abogado —dice al fin.

—O sea, que no os informó. Te informó solo a ti, ¿no, Ethan?

Ethan asiente; su mirada azul es calmada y penetrante, y difiere con la alerta robótica de las piernas. Podría ser por la situación o podría ser por nacimiento. Emeli insiste:

—Has dicho: «Pregúntele a mi padre si construyó esa casa». Podrías haber dicho directamente que no lo hizo.

—Pero eso no lo sé.

La señora Alvey interviene:

—Pero no lo sabemos porque es imposible saber nada con certeza en este mundo, ¿verdad, cariño?

—Sí, mamá.

—Aun así, sabemos que no fue él, inspectora.

—¿Y por qué te reúnes con el abogado antes que con tu padre?

—Ethan, cariño, ¿no tenías partido de tenis?

—¿Hablas con tu padre desde lo que pasó, Ethan? ¿Le has perdonado por lo que os hizo?

La mirada azul de Ethan, sorprendido, chispea.

—¿Es usted policía o de la prensa sensacionalista?

—¿Desean más café, inspectores?

—Sí, por favor.

Francis extrae de su cuaderno el retrato robot del hombrecillo. Mira a Ethan.

—¿Conoce a este individuo?

Ethan entorna sus ojos azules.

—No.

Ha negado rápido y tajante. Demasiado tajante para Emeli. Francis insiste y desliza el retrato a través de la mesa:

—¿Seguro? ¿Podría mirarlo mejor?

Ethan lo mira, sus ojos son fríos. No se perturban.

—La verdad es que no lo conozco.

Sobre el retrato robot, Emeli deposita una fotografía de Nadine Sabaly. Suaviza la voz:

—¿Cómo te sientes tras lo de Nadine?

Ethan se inclina hacia atrás en el asiento, como si la fotografía irradiara un calor incómodo. Recupera la compostura enseñada.

—¿Nadine? ¿Quién es Nadine?

—¿No conoces a esta joven?

—¿Están de coña? No la he visto en la vida.

Emeli entra en el Chevy Cavalier.

—Ethan Alvey miente de cojones —espeta.

Francis se prende un cigarrillo.

—Es bueno, sí.

Tres horas antes, en la oficina, cuando el agente les ha informado sobre la doble familia de August Alvey, les ha añadido además otro detalle sobre Ethan: «Y eso no es lo único, jefa. Hay algo más. Algo bastante gordo, la verdad».

«¿Sobre August Alvey?»

«No. Sobre su hijo menor. Ethan Alvey.»

«¿Qué pasa con él?»

«Mantén una estrecha amistad con Nadine Sabaly.»

Dentro del Cavalier, Emeli dice:

—Miente con lo de Nadine y miente con lo del hombrecillo. ¿Qué opinas del viaje a Europa sin móvil ni cámara?

—Que huele a chamusquina. Ethan Alvey es un hilo del que tirar.

—Voy a destinar dos agentes a investigarlo.

Asiente Thurmond, mientras fuma abstraído.

—Respecto al viaje a Europa, tengo que corroborar algo.

Emeli lo mira, en el interior del vehículo, tras la nebulosa de su cigarro.

—¿No me vas a decir el qué?

—Espera que lo corrobore.

«¿Hablas con tu padre desde lo que pasó, Ethan? ¿Le has perdonado por lo que os hizo?»

Ethan entra en su habitación y da tres pasos hacia allí, tres pasos hacia allá, y ahora miro ensimismado el cortinaje, inmovilidad visual sobre los ojales y las rayas de algodón, y ahora vuelvo a caminar y miro ensimismado el portapañuelos de bambú, o las geometrías del alfombrado.

«¿Cómo te sientes tras lo de Nadine?»

Joder, qué mal te sientes, Ethan. Ahora no llores, Ethan. La mierda que te han metido esos

inspectores dentro. Nadine. Nadine. Nadine. Te han jodido, Ethan.

«¿Conoce a este individuo?»

«¿Cómo te sientes tras lo de Nadine?»

Nadine. Nadine. Nadine. Necesitas distraer la mente. Algo que te alivie el sufrimiento. Compañía. ¿Por qué no sales al pasillo, tocas la puerta de Matilde y hablas con ella? Necesitas hablar, sentarte en la cama de tu hermana y purgarte por dentro. Pero no seas egoísta, ella no está ahora para eso. Matilde también está jodida, más que tú incluso, por todo lo que ha pasado, por lo que habéis hecho. Y encima vienen esos inspectores y te meten más mierda dentro.

¿Cambiarías lo que hiciste, Ethan? ¿Cambiarías el día en que empezó todo?

Dos años antes. Instagram. Mientras Ethan entraba en los vestuarios de Payne Whitney. Ochenta «me gusta» y siete comentarios sobre sus dos últimas publicaciones.

Él andando de espaldas, silueta gris en día otoñal, bolsa Nike al hombro y tras salir del gimnasio. Filtro Mayfair. FitEthan\_1 «El poder de la mente. Día tras día hacia los sueños».

*#motivation#followme#fitnessaddict#love#bodybuilding#training#Yale#beautiful#trainhard#NewHaven#fashion#life#dreams*

Él sosteniendo un cuenco de diseño árabe, artesanal, comprado el mismo día de la fotografía, lleno hasta arriba. Esta vez con el fondo roto. Filtro Nashville. FitEthan\_1 «Hoy para el almuerzo. Proteína de vainilla, aceite de coco y chía, muesli, frutos rojos, plátano, chocolate 80% y mantequilla de cacahuete (que nunca falte;)».

*#motivation#powerfood#followme#fitnessaddict#love#bodybuilding#training#Yale#beautiful*

Me gusta. Me gusta. Me gusta. Responder a. Responder a. «La mente lo es todo! La vida es así!! Gracias! Gracias! Estaba riquísimo, gracias ;)».

Después a la ducha, mientras succionaba del batido proteico. Mirada alrededor, hacia el resto de los cuerpos desnudos, dejarse llevar bajo el riego feroz como el de una manguera, los ojos cerrados, el hormigueo en la espalda, las fragancias frescas de jabón. En los vestuarios del campus, relajado tras las máquinas del gimnasio, entre vapores y chorros y una lentitud balsámica de chancletas y toallas que evocaban a balneario turco, sentirse como narcotizado era algo habitual. No en el sentido comatoso, de aturdimiento mental tras un peta de maría, sino en el estimulado tras los treinta minutos de elíptica, los ejercicios de poleas para bíceps y tríceps, el remo para espalda y el *press* sentado para pectorales. Algo preocupado por el iliocostal de la espalda, que lo tenía contracturado y no le había dejado terminar las cuatro series de polea tras nuca. Y así, dejar de pensar en el tiempo, en los minutos que pasaban. Descanso. En aquel estado, moverse, cortar el grifo y salir de la ducha tenían algo de incertidumbre temporal: siempre lo demoraba, era una pereza extrema, no sabía cuándo parar. En las duchas sentía cierta rendición; a veces lo veía como una inmovilidad mayor, de causa más grave y existencial, algo así como la punta del iceberg de una claudicación vital. Aquí te quedas, Ethan. Ya no puedes seguir. Tu vida es insostenible. Solo se movía cuando entraba alguien, un nuevo cuerpo desnudo. Abría los ojos y lo veía pasar, una calibración rápida, automatizada: corpulencia, definición, proporciones, atractivo facial, dotes viriles, hasta comprobar que, de los cinco en la ducha, el mejor cuerpo seguía siendo el suyo. En las duchas las reglas de juego cambiaban. La tiranía facial de la calle compartía protagonismo con los atributos ocultos bajo la ropa. Una democracia justa, de poder enseñar el cuerpo trabajado, de atraer las miradas de los demás y sentirse observado. Porque había un placer íntimo y adictivo en sentirse observado, eso Ethan lo sabía, aunque no pensara demasiado en ello,

como tampoco pensaba demasiado en dejar de ir al gimnasio, o de publicar en Instagram, o en compararse con los demás, aunque a veces le asaltara ese atisbo de rendición existencial, por cansancio o por rutina insostenible y torturadora.

Ese último pensamiento lo hizo reaccionar; siempre era así: una pedrada en el flujo efímero de la conciencia, lo que le hacía salir de la ducha.

Antes de secarse, el wasap de Samuel: «Hace un día cojonudo, estoy fuera». Ethan: «OK. Salgo en veinte min.». En Instagram doce nuevos «me gusta». En la de él de espaldas, con la bolsa Nike, podrían haber desenfocado algo más el fondo. «El poder de la mente. Día tras día hacia tus sueños.» El mensaje pedía profundidad visual, pedía definir su silueta y desenfocar el entorno, una especie de metáfora, como si la nitidez de su figura contuviera sus propios sueños, los protegiera ante las incertidumbres de la vida. Dio «me gusta» a otras publicaciones. Siguió a photoAnne y MaryBlom5. Marcus\_light estaba en París con su novia, y tenía unas con filtro Mayfair paseando en los jardines del Campo de Marte, con las manos en los bolsillos, sonrisa tímida y despreocupada como si le estuvieran alabando y él no le diera importancia a pesar de agradecerlo por educación. También cierto desenfoque de movimiento, tonos grises y elegantes, rayo bronce de luz y fondo desenfocado con la Torre Eiffel. Muy logrado. Algo de envidia, de resentimiento, de competitividad, de inspiración y de ladrón de ideas. Un poco de todo eso sintió Ethan, mientras le daba a «me gusta». «Estilazo!!»

Cogió la toalla para terminar de secarse. En el espejo, la figura hinchada, perfecta para fotografiarse, porque él era de los fibrosos y no demasiado corpulentos. Por eso había cedido a la tentación, ya no recordaba cuándo, de comenzar a fotografiarse con el torso desnudo, en pantalones de deporte, en toalla, en bañador, en bóxers y calzoncillos sueltos a cuadros. Su cuerpo perdía con ropa, y esa injusticia le agrandó la tentación, como quien empuja un deseo contenido hacia fuera. Así, con el tiempo, el pudor del principio se fue desvaneciendo, entre publicaciones suyas y también de otros con el torso desnudo, mientras se aventuraba paso a paso, cada vez más osado, más libre y artístico, hasta olvidarse de cuándo dejó de sentir pudor por salir semidesnudo.

Lo tenía meditado y no necesitó demasiado para vestirse ante el espejo. Crema hidratante. Chaquetón marinero estilo casual, con botonadura en sarga y trabilla en los puños. Bufanda crochet estilo otoñal. Gorro de lana largo, con sobrante caído por detrás, estilo desenfadado, como si estuviera a medio poner. Esa es la clave, la indiferencia en el vestir, en la imagen propia, el estilo natural que tiene uno a pesar de su desinterés, algo así como una elegancia accidental. Existe cierto placer en saber que proyectas esa impresión, que el mundo te mira y te envidia y busca reflejarse en ti como si fueras una referencia, una fuente de inspiración. Claro que es la clave, pero la fastidias diciéndolo, Ethan, la fastidias pensándolo. ¿Por qué piensas ahora tanto? Decir que esta es la clave de tu felicidad le quita toda la gracia.

En el WhatsApp, Samuel: «No te duermas, que se nos escapa la luz!!».

Cogió la bolsa y salió del vestuario. Nueva publicación de Marcus\_light, hacía tres minutos, bajo la Torre Eiffel, mirando hacia arriba. Destello solar de nuevo con filtro Mayfair, para igualar tonos fotográficos. Marcus\_light. «Grandeza humana.»

*#dreams#followme#traveller#love#Europe#Paris#humanscale  
#beautiful#architecture#life#fashion#urbanadventure*

Ethan ahora pensaba demasiado. Pero es que sentía una incomodidad creciente, una insatisfacción con su vida. Antes no reparaba en ella, aunque debía de estar ahí, forjándose en el subconsciente para rezumar como sudor hacia el exterior, como una luz que empieza a encenderse en alguna estancia arrinconada de la cabeza, y que se va percibiendo gradualmente. Necesitó

cinco minutos para salir del gigante de Payne Whitney, el gimnasio universitario más grande del mundo, entre saludar por los pasillos y calles plácidas de New Haven, para dirigirse, entre Instagram y WhatsApp y la acera y la calzada y más saludos a conocidos, hacia el parque y el cementerio de Grove Street donde lo esperaba Samuel.

Yale había sido su escapatoria, un lugar donde no vivir bajo la sombra de su padre, el célebre filántropo August Alvey, que era como haber nacido con media identidad prediseñada, algo que lo había martirizado en secreto desde que dejó de ser niño e intentó convertirse en alguien. Al principio, en la universidad, todo había sido novedoso y excitante; él en su habitación individual, en la residencia pétrea de Ezra Stiles, en los jardines, en el comedor, en la Facultad de Derecho, con sus nuevos compañeros, publicando y compartiendo sus experiencias como Marcus\_light en París, como si estuviera de viaje. Porque tenía que compartirlo con los demás, con su familia y sus amigos de siempre, para que vieran lo que le estaba sucediendo a seiscientas millas de casa, porque la felicidad solo es real cuando se comparte, porque si no lo compartes es como si no hubiera existido. Sucede y queda atrás al instante, y al instante dudas de si ha sucedido, como una estrella fugaz que nadie ve. Así habían pasado los meses, sin pensar demasiado en que su vida solo tenía sentido cuando la compartía con los demás. Algo bello y extraño. Porque ahora sentía que los meses no pasaban, o que pasaban y se quedaban adheridos a su espalda, como en una mochila de meses que no le dejaba respirar, como si él fuera un recolector de meses, un porteador de estrellas fugaces o de cosas que suceden. Yale era insuficiente, aún tenía necesidad de escapar.

—¡Se nos va el sol!

Samuel lo esperaba en el parque, entre árboles y junto a los torreones almenados de la escuela de leyes. Corrieron, ya sabían dónde situarse. Una perspectiva central, sobre el césped sembrado de hojas, la luz del crepúsculo rozando las chimeneas neogóticas del final del parque. Ethan le dejó su nuevo iPhone 7, que tenía doce megapíxeles y f/1.8 de apertura, con la óptica mejorada respecto al 6S, y la posibilidad de guardar en Raw. Hicieron pruebas. Samuel sacaba y Ethan corría hacia él para ver las fotos, corregían posiciones, volvía a correr hacia el punto acordado. Pensaba en Marcus\_light y caminaba hacia Samuel, mientras escuchaba la cámara ametralladora, manos en los bolsillos, imaginando que le aplaudían y él sonreía con modestia, entre desenfadado y educado y agradecido, como sin darle importancia, con cierta tensión cinematográfica, consciente de que la luz dejaría de ser rojiza y fascinante al escurrirse entre las facultades del fondo.

El iPhone y su tono de llamada empezaron a sonar: Passenger, *All The Little Lights*. Y antes de que Samuel gritara «¡Es tu hermana!», a Ethan, con la emoción de creer que había salido bien, le dio tiempo a pensar que la música sonaba más bella en el otoño de los árboles y las facultades neogóticas, y que las facultades y los árboles parecían más bellos bajo la música también. Era algo esperanzador, que el pensamiento se le abriera como en pequeñas ventanitas de lucidez, inesperadas percepciones como aquella, de que había una belleza oculta tras las cosas. Podía subir el videoclip de *All The Little Lights*, junto con la foto y aquella reflexión. La gente debía descubrir instantes especiales como aquel, no podían convertirse en polvo. Eso pensaba cuando cogió el móvil y oyó a su hermana llorando. Entre sollozos y palabras ininteligibles ella le contó que Sofia Jensen, la periodista y biógrafa de papá, no era en realidad su biógrafa, ni siquiera era periodista, sino cajera del Wegmans antes de ser su amante, y que papá no tenía la necesidad de immortalizar su vida, sino de esconder el hastío matrimonial y el arrebato sexual del adulterio, y que en realidad tampoco era su amante, sino una especie de segunda mujer, con una especie de segundos hijos, una niña y un niño, y una especie de segunda familia, y mamá estaba en el hospital

porque había intentado suicidarse.



*Día 6*

Zettie caminaba por el pasillo, de vuelta al dormitorio tras vaciar la vejiga. Crujir de maderos, penumbra triste y heladora de amanecer. Rayos rojizos se filtraban a través de las ventanas. Antes de entrar en su dormitorio, lo escuchó.

El llanto. Resonaba en los recovecos del pasillo, flotaba en las sombras, casi imperceptible. Zettie las escudriñó, como si, a falta de oírlo, pudiera verlo. Provenía de una habitación. De eso estaba segura. Aguzó el oído, pero el llanto ya había desaparecido. ¿Había sido una ilusión?

Entonces escuchó la risa. Desgarrada y lunática. También flotando en la penumbra, casi inaudible.

Entró en la habitación y cerró la puerta. Asustada. Con el corazón en la boca. Queriendo escapar ya de allí. Retomó su tarea; había despertado al amanecer para buscar el mapa. ¿Dónde lo había dejado? Temía que el mapa le volviera a hablar. Se había sentido extraña, dominada por la voz del mapa. Pero era su única salida. La única forma de convencer a los demás de la existencia del autobús. La única forma de llegar a la radio. Sí, la radio, Zettie. Ella es la salvación. Ronald había madrugado para irse a entrenar. Llevaba media hora fuera. Maldita sea, Ronald. ¿Por qué tienes que irte solo? ¿Por qué tienes que dejarme sola? ¿Por qué tienes que entrenar aquí también?

Zettie miró hacia la puerta. Cerrada sin pestillo. El llanto se filtraba a través de la rendija. O eso creyó.

*Y el último superviviente conocido  
acecha a su presa en la noche.*

Para Ronald Goodwin el mundo era la mirada del tigre. *Eye Of The Tiger*. Survivor. Burbuja auditiva, escándalo y gamberrismo de rock ochentero y cuero negro. Guitarra, batería, pam (ttttttttt) pampampam (ttttttttt) pampampam (ttttttttt) pampampaaaaam.

*Y nos está mirando a todos nosotros,  
con la mirada del tigre.*

Pam (ttttttttt) pampampam (ttttttttt) pampampam (ttttttttt) pampampaaaaam.

*Ahora no voy a parar,*

*solo un hombre y su voluntad de sobrevivir.*

La mirada del tigre le invadía el cerebro, irrupción vandálica y musical desde los auriculares. Neuronas como espectros que se levantan de sus tumbas para ser moteras en la noche. Ronald sentía el éxtasis, el flujo sanguíneo, el ácido láctico que le emborrachaba las piernas, la mente en blanco porque no le llegaba el oxígeno, mente de tigre o de lobo que lo hacía avanzar como un poseso por el bosque, hundiéndose en la nieve y sin raquetas, a lo cazador, con un tronco trasmucho de roble sobre los hombros que pesaba lo que él y amenazaba con partirle el espinazo.

Cuando salió al claro de la casa cúbica, el tronco se le cayó y le rasgó el jersey. Sintió la quemazón de la carne herida. Se apoyó en las rodillas y buscó aire porque se veía al borde del desvanecimiento. Agónico vaho bajo la luz del sol. Dejó el tronco en la nieve y empezó a trotar. En el trastero había un trineo que podía cargar con leña. En mitad del claro estaban las dos tumbas.

El caso era maltratar su cuerpo, para sentirse mejor.

La vida de Ronald cambió dos años antes, con la caracola del mendigo y su historia sobre Travis Loren. Dejó el trabajo y encontró la viveza espiritual y física del deporte extremo. Un mes sin trabajar y se paseaba por su casa, batido proteico en mano, con la relajación vigorosa de diez millas de carrera y una buena ducha. La ingesta de aminoácidos era clave tras el entrenamiento, esencial para la síntesis de proteína muscular. Por la tarde, tras la siesta, cogería la bicicleta de cuatro mil dólares, el modelo comercial de la que usaba Lance Armstrong, a la que acababa de acoplar un manillar de contrarrelojista, y completaría la vuelta de sesenta millas a Long Island. Era la fase inicial para el Ironman de Lake Placid. Debía acumular volumen de entrenamientos.

Jenny ayudaba a su madre con el ordenador del despacho. Desplazar ratón, clicar, clicar en esta ventana, aceptar, ¿desea recibir información de...?, no, ¿ha leído las condiciones...?, sí, aceptar, perfil de cuenta..., a ver, mamá, es lo mismo de antes, vas al escritorio, carpeta «fotos Zettie», no, mamá, primero abrir archivo, y ahora buscas, habíamos dicho IMG\_4150, seleccionar, aceptar.

Una estructura mental diferente. El salto generacional. Las redes neuronales de Zettie eran carreteras comarcales, autopistas, correos ordinarios, servicios postales, transportes públicos. Había una lógica física del tiempo y el espacio, las cosas iban de un lugar a otro, del punto A al punto B, y uno podía sentir su movimiento, su velocidad. Las de Jenny, en cambio, eran fibras ópticas, cables de red, ondas wifi; sus neuronas jugaban en otra dimensión, una lógica virtual a lo *Star Trek*, de rapidez impredecible. Nativa tecnológica. Para Zettie era como descubrir un planeta nuevo, sin leyes gravitacionales de Newton, donde lo físico se llamaba píxel. Un aprendizaje de niño, con la diferencia de que no partía desde cero, sino desde unos torpes cuarenta y nueve que exigían desaprender primero.

Pero en Zettie, la conciencia del tiempo estaba arraigada. Envejecer era un temor existencial por encima de la muerte. Y por eso se resistía. Ella quería estar en el mundo, quería adaptarse; ella, que nació con los Beatles, veía la revolución tecnológica como un movimiento contracultural *neohippie*.

—¿Qué hacéis? —preguntó Ronald, en albornoz y pantuflas. Aspiraba de la pajita, con burbujeo sonoro.

—Abro a mamá una cuenta en Facebook, para que suba fotos.

—¿Fotos de qué?

—De mí —intervino Zettie.

—Compartes tu vida con los demás —añadió Jenny—. Hay fotos de todo el mundo. Es una red social.

—Ya sé lo que es Facebook, hija. ¿Y vas a dejar que te vea cualquiera?

—Puedes instalar filtros, para que solo te vea tu red de amistades. ¿Tú también quieres abrir una cuenta, papá?

IMG\_4150 era Zettie en el jardín, en la tumbona de lona cruda, con rayas marinas. El encuadre era estudiado: luz suave de atardecer, sin sombras ni arrugas en la cara, la hiedra y las rosas chinas (el orgullo jardinero de los Goodwin) de fondo. Un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* en el regazo. La expresión reflexiva, casi ascética, de Zettie mirando hacia el horizonte. Una instantánea en toda regla planeada para parecer fortuita. El comentario con el que publicaban la foto: «Atardecer en el jardín de casa. Inspiración junto a Jane Austen. ¡Buenas noches!».

—No me convence —dijo Ronald, que más que una maravilla de la revolución tecnológica, una plataforma democrática sin precedentes, veía la utopía de George Orwell y su *1984*, la puerta de casa abierta hacia el ojo que todo lo ve. Aunque lo suyo era por recelo apocalíptico ante lo nuevo. El papel que le tocaba asumir ante su mujer empecinada con lo moderno. Equilibrios del subconsciente conyugal.

Las dejó indagando en los perfiles de otros, solicitando amistades. Informando e informándose.

—Mira, mamá, Tamara Winslet. ¿La agrego?

Ronald subió las escaleras, mientras le ardían los gemelos y le crujía la rótula izquierda y pensaba que debería volver al fisioterapeuta y comprarse una rodillera. Desde el pasillo se oían cuchicheos en la habitación de Charlie, risas adolescentes. Abrió la puerta. Encontró a su hijo y su pequeño escuadrón de amigos ante la pantalla del ordenador, con las persianas bajadas. Erupciones hormonales en la oscuridad, sonrisas divertidas, espaldas vertebradas de embrión. Batiburrillo concentrado de diecisiete años.

—¿Qué hacéis?

—Cumplir con nuestro deber, señor Goodwin.

En la pantalla del PC, una imagen nocturna, con una valla metálica; una especie de muralla china de alambre que se ondulaba entre colinas de arena. Alguien tecleó y la imagen cambió, otra perspectiva del desierto, también desde la valla.

—¿Ahora sois agentes de la CIA? ¿Qué es eso?

Una voz lo explicó con determinación patriótica, con pubertad patriótica, con ignorancia patriótica, con patriotismo. No era la voz de Charlie. Colaboraban con la Asociación de Sheriffs de Texas, que había colocado quince cámaras de videovigilancia a lo largo de la frontera con México, en puntos estratégicos. Las cámaras estaban conectadas a internet, y cada ciudadano, en cualquier lugar del mundo, desde el ordenador de su casa, podía espiar los páramos desérticos de Texas o las riberas del Río Grande y avisar si algún inmigrante cruzaba la línea prohibida. Así que de pronto, en la cámara 8, se vio cruzar una sombra. Encorvada, clandestina, tropezaba con los arbustos en una carrera angustiosa hacia la valla. ¡Mirad, mirad, mirad! Cinco voces exultantes a la vez. Se comían la pantalla. Una exultación a lo Madison Square Garden, de canasta ganadora sobre la bocina. Manos apresuradas sobre el teclado, un correo electrónico. Había que denunciar. Cámara 8, 12.35 hora local. ¡Joder, tíos! ¡Joder! ¡Le hemos pillado! Ronald se acercó a los chicos.

—¿Conocéis la página de PornoTube?

Zettie Goodwin salió al porche de la casa cúbica, y observó a su marido restregarse sobre la nieve.

—¡Ronald! —gritó.

Enfrascado en su intensa actividad física, él no la oyó. Zettie tenía algo muy importante que decirle. No había encontrado el mapa, pero tenía una idea. Tras la partida de póquer, no había vuelto a reabrirse el debate sobre cómo proceder. Nadie decía nada, pero el terror anidaba en todos. ¿De quién eran los llantos que había escuchado en el pasillo? ¿De quién era la risa? Había en todos una especie de parálisis, un mirar hacia otro lado, un silencio inquietante que evitaba posar los ojos en las dos tumbas del nuevo cementerio. Pero estaban allí. Con sus nombres toscos grabados: Nadine Sabaly y Antonio José Garrido. Lo peor era obviarlos. Lo peor era obviar lo que estaba sucediendo allí. Obviar era caminar hacia la locura.

Ahora Zettie tenía un plan para romper la parálisis y escapar de ese lugar.

—¡Ronald! —gritó.

Ulad Dobrovolsky se aproximó, discreto, mientras observaba la actividad física de Ronald. Zettie le sonrió con su dentadura perfecta y blanqueada en exceso, tanto que frente al claro nevado y reflectante semejaba una hilera de bombillas. A lo lejos, Ronald ahora tiraba de un trineo, como si fuera una mula con el apero de labranza pero sin tierra que arar. Teodor paseaba y parecía que hablaba solo mientras miraba a Ronald y a Aliou Sabaly, que estaba arrodillado en la nieve y hacia el sudeste, en su oración matinal.

—Su esposo parece un hombre poco común —observó Ulad.

—Ronald hace tiempo que dejó de tener superficie.

—Me imagino que se refiere a la superficie que tenemos todos y donde parecemos normales. Asintió Zettie.

—Me refiero a lo que ves por la calle. Toda la gente parece igual. Hablas con conocidos y todo es aburrido y normal. Todos tienen puesta la superficie.

—Y su marido es un pionero que se quitó la superficie.

—Sí, por eso parece excéntrico. Pero lo excéntrico es lo normal y nos rodea. Eso usted ya lo sabe.

Rio levemente Ulad Dobrovolsky.

—Solo hay que entrar en casa de alguien para poder verlo —dijo.

—Sí. Mi querido Ronald es como descubrir a la gente dentro de su casa. En la intimidad.

—Pues ahora que compartimos techo, me preocupa la intimidad de algunos de nosotros.

Zettie miró a Ulad.

—¿A qué se refiere?

—Somos desconocidos, señora Goodwin.

—¿Sospecha de alguno de nosotros?

—No sé qué pensar.

Teodor pasó frente a Ulad y Zettie repitiendo algo así como: *Ja prav ili oshibajus?* Que en ruso significa: «¿Tengo razón o no?». Entró en la casa y sin quitarse las raquetas subió por las escaleras y entró en su habitación. Tenía una gran necesidad de sueño y sin pesadillas. Aquella maldita casa. Aquel maldito bosque. Aquel maldito lugar. Le provocaban algo en los sueños y en

los pensamientos, que eran del color de la noche. Las horas allí eran largas, solitarias y dementes. No había ese reseteo al despertarse, cuando los pensamientos nocturnos pasan de ser turbios y catastróficos a un mal recuerdo del que reírse. Te despiertas pensando en Irina y Andrey masticando casquetes de caracola, mejor dicho, no pensando, sintiendo, que es lo que pasa con las pesadillas. Y ahora ya estás seguro de que te vigilan. De eso no hay duda. Micrófonos, minicámaras, escondidos por la casa y no solo en la casa, sino en tu cabeza. Te han metido algo en la cabeza. Un chip controlador. Cada vez lo tienes más claro, Teodor. Hay alguien escuchando dentro de tu cabeza, espiondo tus pensamientos, provocándote las pesadillas. Incluso puede que no sean tuyos, los pensamientos. Puede que haya otro que te hace pensar. Eso es lo que os está haciendo él aquí. Él. Eso hace. Jugar con vosotros antes de mataros, como ha hecho con el español y con la chica negra. ¡Sus tumbas! Ahora todos hacen como que no existen. Ese maldito cementerio que crecerá como no hagas nada.

Delante de Teodor, encima de la mesilla de noche y dentro de su neceser, entre aspirinas y cajas de paracetamol y complejos multivitamínicos, había una pistola y un pequeño frasco donde ponía: «Polvos de ricina. Extraídos de semillas machacadas. Cuidado. Extremadamente venenoso».

Se lo había pedido a Ulad dos semanas antes. En Los Ángeles, tras salir del depósito de cadáveres donde estaba congelado el cuerpo de Andrey.

—Tenemos que ir a ese lugar. Y tomar precauciones.

—¿Qué clase de precauciones?

—Tengo enemigos, Ulad. Esto es demasiada coincidencia.

Una pistola y un veneno potente. «Tráemelos.» Eso le pidió a Ulad. Era el último consejo que recibió Teodor de su padre, teniente coronel durante la Guerra Fría, un hijo ideológico de Stalin que sembró su vida de enemigos y a quien precisamente mató alguno de ellos con un plato bien frío. Lo envenenaron con plutonio, y mientras agonizaba en su cama tras cinco meses de tormento donde se le empezó a caer el pelo y las venas se le volvieron grises, le dijo a su hijo que solo existían dos vías efectivas de matar. Una pistola y un veneno potente. «Llévalos contigo cuando creas que te van a matar.» En la memoria de Teodor quedó eso, la cara de su padre sin pelo y sin cejas diciéndole que matara como le habían matado a él.

Ronald concluyó su entrenamiento e iba a ducharse cuando Zettie lo interceptó en el baño.

—Es el momento.

—¿Lo has encontrado?

—No. Pero mira lo que he dibujado. Es una réplica del mapa.

—¿Es idéntico?

—Más o menos. Creo que el original se me cayó al ver esa silueta en el autobús, cuando salí corriendo.

—Entonces ¿lo hacemos ahora?

A Zettie le asomaron lágrimas de inquietud.

—¡No podemos esperar más, cariño!

—Sí, sí. Vale.

—¿No lo entiendes? ¿Y si realmente era uno de ellos al que vi?

—Claro que lo entiendo.

—Tenemos que ir al autobús para contactar por radio y que vengan a sacarnos ya de aquí.

Cuando Teodor salió de la casa varios minutos después, Zettie Goodwin agitaba un papel doblado y atraía la atención de todos.

—¡Es un mapa! ¡He encontrado un mapa!

Zettie dijo que había ido al baño y que al terminar de hacer pis la cisterna no funcionaba; al abrir la tapa de cerámica ahí había encontrado el mapa.

—¿Un mapa? —preguntó Teodor.

—¡Sí! ¡Y mirad! ¡Mirad!

Zettie señalaba un lago. En la orilla asomaba el dibujo de un autobús donde ponía: «Autobús con radio».

Eran cinco. Aliou Sabaly y Ronald Goodwin encabezaban la expedición, escopeta en mano, grupo de pingüinos en anorak bordeando el lago, que estaba congelado y sin brumas. Zettie miraba hacia la otra orilla, temerosa, en busca de siluetas extrañas. No veía nada. No veía al pescador. El bosque parecía un llanto invernal sobre el lago, ramas y lianas que se arrodillaban en la orilla, como para beber agua o como derrotadas bajo la nieve. Caminaron entre los árboles y se alejaron del lago, por un sendero imaginario que semejava una nave de catedral hecha de invierno en vez de piedra.

—Ahí está. El autobús —dijo Zettie.

Estaba al final de la nave, como en un altar. Al igual que la vez anterior, caía una nevada lenta y extraña, sin gravedad. En el entorno del autobús no había huellas porque había nevado durante la noche. Zettie llevaba el mapa falso y se sentía el cerebro de la expedición. A su lado, Teodor murmuraba. Aliou y Ronald rodearon el autobús. Cavaron para acceder a la puerta. Zettie miraba los ventanucos con inquietud. Temía ver a la silueta aparecer entre ellos. Un rostro. Una sombra. Algo se movió. ¿Se ha movido algo, Zettie?

—¡Cuidado!

Ronald la miró.

—¿Qué sucede, cariño?

—Nada... Creo que nada...

Despejaron la entrada y subieron. Los pasos se escucharon dentro, raquetas húmedas sobre metal. El autobús era un esqueleto sin piel, un pasillo con literas oxidadas, todo hierro herrumbroso de vehículo superviviente y postapocalíptico. Algunos colchones destripados. Mantas de lana congeladas, quebradizas como patatas fritas.

—¿De quién será esto? —preguntó Zettie con temblor en la voz.

Había un cepillo de dientes tirado en el suelo, de color marrón, entre pelos y grasa que podían ser de animal. Había una lata de Coca-Cola, también herrumbrosa, pero eso lo había en cualquier lugar del mundo con rastro humano. Había un paquete de clínex, que no estaba marrón.

—El paquete está limpio —comentó Zettie.

—Lo han dejado ahí hace poco —repuso Ulad.

Zettie no dijo nada. La silueta que vio primero en el lago y después en el autobús. El mapa y sus propiedades mágicas. La voz de su cabeza. Ella lo sabía, era su secreto.

—No será de ellos, ¿verdad?

—¿De ellos? ¿De quiénes?

—De nuestros hijos Charlie y Jenny.

—¿Y la radio? —preguntó Ulad.

—La radio está aquí —dijo Aliou.

Zettie se llevó la mano a la boca y evitó un grito. La radio era un casquete de plástico y cableado pisoteado por un mazo o por una pata de animal enorme. La radio estaba destruida y para ello primero tenía que haber sido descolgada del techo, donde se hallaba su soporte, adonde no llegaba ningún animal de cuatro patas que pudiera entrar en el autobús.

Teodor no había querido entrar y esperaba solo, preparado para correr si oía gritos. Porque ¿qué haría el asesino de Garrido si encontraban la radio y contactaban con el exterior? El asesino no quería que escaparan de allí. Él los quería atrapados, para proseguir su matanza, uno a uno y con paciencia. Eso lo sabía Teodor, que ahora escuchaba pasos y conversaciones amortiguadas. Cuando todo se calló en el autobús, las pulsaciones y la necesidad de huir se le aceleraron.

—¿Habéis encontrado la radio? —gritó.

Continuó el silencio, como si el autobús estuviera vacío y dentro se hubiera abierto una grieta tragándose los a todos. Al poco salió Ronald Goodwin sujetando de un cable los restos de una radio, como si fuera la cola y el cadáver de una rata. Detrás de Ronald salió Zettie, y después Ulad, y el último de todos fue Aliou Sabaly.

En la habitación de los Goodwin, dos horas después. Zettie sentada en la cama; la cara le brillaba como una bola de bolos y no era por tónicos ni cremas hidratantes. Según habían llegado, se había sentado en la cama y había empezado a llorar.

—¿Ya estás mejor? —le preguntó Ronald, que, caballeroso, le cedió un pañuelo.

Zettie se sonó la nariz.

—Sí... ya me siento mejor.

—Me alegro.

—La radio era mi esperanza, Ronald... Nuestros niños no han podido destrozarla.

—No creo que vieras a nuestros hijos en el autobús.

—¡Pero lo que vi ha destrozado la radio!

Ronald se aproximó a la ventana. Contempló el bosque.

—Queda otra semana, cariño. Solo tenemos que aguantar.

—Lo sé... lo sé...

—Sé fuerte, cariño.

—Lo soy, lo soy.

—Lo eres. ¿Preparada para bajar a comer?

Zettie se limpió la cara. Sonrió.

—Preparada.

Para Aliou Sabaly, la paciencia era la medición del tiempo. La paciencia convertía a uno en reloj, hacía de los latidos agujas de reloj. Sin paciencia, el tiempo era algo externo que sucedía sin que uno se diera cuenta. Con paciencia, el tiempo se sentía. Para Aliou Sabaly, la *ataya* representaba la paciencia. En sus manos el té *lewel* iba de la tetera al vaso y del vaso a la tetera, infinitamente, hasta espumarse como cerveza. En la sala de estar de la casa cúbica había un silencio tenso tras la expedición de la mañana al autobús. Ronald Goodwin descansaba en el sofá. Ulad Dobrovolsky leía a Dostoievski. La mexicana tejía con ganchillo un jersey azul. El americano solitario y la inglesa siempre despistada contemplaban las brasas de la chimenea. De Teodor Veselin no había rastro.

Aliou Sabaly estaba sentado, con las piernas cruzadas sobre la alfombrilla de rezar tras la oración del *zühr*. Zettie Goodwin desplegó una manta para sentarse junto a él. Tras los lloros y los sorbitos al brandy de la sobremesa, se sentía desahogada y con ganas de hablar.

—A mí me gusta el té *oolong*, ¿sabes? —dijo Zettie.

—Este se llama té *lewel* y significa «amargo como la muerte» —explicó Aliou, que llevaba el té del vaso a la tetera y de la tetera al vaso.

—En Nueva York también se toma té. Pero el té no es oriundo de Nueva York. En realidad, nada es oriundo de Nueva York salvo las tribus algonquinas, de las que nadie sabe nada y ni siquiera aparecen en Wikipedia.

—En Senegal tenemos la ceremonia *ataya* del té. Que sí es oriunda.

—¿Emigraste a Francia de muy joven? —preguntó Zettie, que miraba cómo el té iba de la tetera al vaso y del vaso a la tetera.

—Con veinticuatro años.

—He oído que el viaje es una odisea. Que tardáis años en llegar a Europa y que atravesáis desiertos y zonas en guerra. También he oído que muchos mueren de hambruna y de ahogamiento en el mar que separa tu país de Europa.

—Sí, el mar Mediterráneo. Pero mi país da al Atlántico.

—Yo sé algo de francés, ¿sabes? Estuve en París, con Ronald, de novios. ¿Qué libro es ese?

Aliou llevaba el té del vaso a la tetera y de la tetera al vaso. A veces lo dejaba reposar y observaba la espuma.

—Es el Corán.

—Vuestra Biblia —dijo Zettie, que no pudo evitar cierta aversión ilógica y medieval, mientras miraba cómo el té iba de la tetera al vaso y del vaso a la tetera.



—El libro sagrado del islam —especificó Aliou—. La palabra de Dios dicha a Mahoma por medio de Gabriel. ¿Quieres cogerlo?

Zettie sintió una alarma interior y se vio en un camino sin salida. Contempló el libro sobre la alfombra, el libro viejo y roñoso en contacto con la alfombra de oración y de pies descalzos, el libro que debía de oler a sudor africano, que debía de haber viajado muchas millas en pateras y camiones hacinados y que debían de haber tocado muchos africanos. El libro musulmán. Al final lo cogió y lo escrutó un rato; luego leyó algo en francés donde ponía *L' étranger* y enseguida lo dejó. Después se quedó mirando cómo el té iba de la tetera al vaso y del vaso a la tetera.

—Voy un momento al baño —dijo.

Se levantó y subió por las escaleras; fue a entrar en el primer baño cuando salió de él Ellis Harvey y el sonido de la cadena. Entonces reculó y entró en el segundo baño, donde se lavó las manos, se las restregó bien con jabón, frotar palmas, frotar dorsos, frotar pulgar, siguiendo la técnica correcta de lavado según la OMS. Después bajó a la sala de estar, esta vez con guantes, y se sentó de nuevo junto a Aliou Sabaly, que llevaba el té de la tetera al vaso y del vaso a la tetera. Ahora Zettie le tocó el hombro con la mano enguantada y con una compasión infinita preguntó:

—¿Qué tal estás?

Aliou no le respondió.

—Sé que es duro —insistió ella.

—Ayudabas en una casa social —comentó Aliou.

—En un albergue social, sí.

—Eso, albergue. Mi inglés.

—Tienes un inglés muy correcto, Aliou.

—Gracias.

—En el albergue prestamos ayuda humanitaria —dijo Zettie, que hablaba con expresiones fáciles para un parvulario—. En el albergue damos de comer a los sin techo, a los que no tienen casa propia.

Aliou llevaba el té del vaso a la tetera y de la tetera al vaso y contemplaba cómo explotaban las burbujas de espuma.

—¿Y hay inmigrantes como yo? —preguntó.

Zettie también contemplaba la espuma.

—Bueno, la mayoría son de color, de tu raza, quiero decir. Pero no son venidos de África. En realidad, son gente cuyos antepasados vinieron de África, pero de eso hace muchos años. Fueron algo así como inmigrantes forzados.

Aliou llevaba el té de la tetera al vaso y del vaso a la tetera. Zettie lo contemplaba.

—Algunos serán familia mía —dijo Aliou—. Todos africanos.

—¿Cómo fue tu odisea? —preguntó ella—. ¿Te escapaste de casa de tus padres?

Aliou llevaba el té del vaso a la tetera y de la tetera al vaso. Zettie lo contemplaba.

—Fui un escapador forzado de casa de mis padres —dijo Aliou.

—Un fugitivo forzoso —corrigió Zettie.

—Fugitivo, sí. Mi inglés.

—¿Y te fuiste por la guerra?

—La guerra vino a mi casa cuando yo era pequeño. A Francia fui años después. Emigré años después, quiero decir.

Aliou llevaba el té de la tetera al vaso y del vaso a la tetera. Zettie lo contemplaba. Zettie iba a explotar.

—¿Cuándo te vas a tomar el té? —inquirió.

Aliou miraba por la ventanilla del Airbus A300, vuelo DakarParís. Tenía el cinturón bien apretado para el aterrizaje, las manos sobre *El extranjero (L' étranger)* de Albert Camus. Allí abajo París desfilaba con lentitud, al compás de la *Ofrenda musical* de Sebastian Bach, que Aliou conocía por la enciclopedia Larousse, pero que escuchaba por primera vez. El Sol había hecho el amor a la Tierra hacía bien poco, con su paciencia de siempre. Ahora era de noche y París había robado las estrellas al cielo, para volverlas, con su calor humano de ciudad, todas amarillas. Aliou las veía centellear, como refugios dentro de las casas.

Decían de París que era tan hermosa que los turistas fotografiaban cada esquina. Que sus habitantes eran compasivos y tolerantes. Que sus gobiernos eran limpios y eficaces. Que las casas tenían electricidad y agua corriente, además de frigorífico y televisión, y un coche para ir al trabajo y llevar a los hijos a la escuela. Decían que en ella no había pobres, que el Estado pagaba a los que carecían de empleo, y también a los que tenían muchos hijos, que incluso podías vivir solo de tus hijos. Eso decían los que se iban, que enviaban giros mensuales a sus familias, y que volvían a sus aldeas cada dos años, en los veranos, trajeados como blancos, con zapatos lustrados y bolsas cargadas con baratijas de París que nadie habría cambiado por un pedrusco de esmeralda.

Aliou había trabajado durante seis años, en las piraguas de pesca motorizadas, entre los manglares y los archipiélagos en el delta del Saloum, en busca de pitanzas que le hicieran ahorrar los cinco mil francos para los billetes de avión, el visado turista de dos meses y los cheques de viaje con los cincuenta francos diarios para la estancia. Eran los requisitos para entrar en Francia y lograr el permiso de residencia.

El de Albert Camus no era el único libro de su equipaje. De la biblioteca del viejo maestro de la escuela en Toubassir, amigo íntimo del tío de Aliou, había heredado diecisiete libros entre tomos de enciclopedias, ensayos y novelas, que apenas dejaban respirar a su muda y a la alfombrilla de rezar con la brújula de bolsillo para situar la *Qiblah*. Desde que lo acogió su tío Abdoulaye, a los catorce años y tras su estancia en el centro de rehabilitación para niños soldado, Aliou había sido un formal y silencioso pescador, no solo de truchas y doradas que alimentaban la casa de los Abdoulaye, sino de todo aquello que tuviera letras y hablara de las cosas que sucedían en otros lugares. Cosas de otras vidas, cosas que no se podían ver. Los libros le ayudaban a olvidarse de sí mismo. Los libros ocupaban espacio en su cabeza, que era lo que necesitaba: ocupar espacio con cosas nuevas para quitar las viejas. Los libros le ayudaban a convertirse en otra persona. El legado del maestro era un tesoro de sabiduría. Bebió de él durante años, releyendo y descifrando los enigmas que sembraban los autores en las páginas. Leyó las enciclopedias de la A a la Z. Leyó a Camus, a Balzac, a Sartre, a Mann, a Green, a Conrad a los quince años. Los leyó a los dieciséis, a los diecisiete, a los dieciocho, a los veinte. Siempre cambiaba algo, aunque las letras fueran las mismas. Además, decían cosas de París y del mundo que los emigrados no decían. Leyó tanto que se olvidó de lo que era no hacerlo, tanto que obtuvo sobresaliente en la prueba de acceso a la Universidad de Dakar, cuya matrícula era inaccesible si quería ahorrar para París.

Se llevaba consigo el certificado de su examen. También otro certificado sellado por el Ministerio de Educación, con los resultados de un test psicométrico que solicitó hacer antes de irse al extranjero. En ellos figuraba su CI de 138. Con sus credenciales, esperaba conseguir

trabajo. Y después, ya con el permiso de residencia y la nacionalidad, tal vez acceder a la prestigiosa Sorbona. De niño soldado en la selva africana a universitario en París. Su caso era extraordinario y había luchado mucho por ello. Si su padre pudiera verle, estaría orgulloso de él.

En la estrechez de los asientos le había sido imposible cumplir con la oración del ocaso. Si el bimotor fallaba, no habría forma de salir entre la gente, aunque se sabía de memoria las instrucciones de seguridad. No quiso pensar en ello. Ya no pensaba en cabezas cortadas, ni en cuerpos mutilados, ni en el olor a carne quemada en medio de la selva. Hacía mucho tiempo que no pensaba en eso. De hecho, casi lo había olvidado. Pero le había quedado la costumbre, la tendencia a pensar en cosas así. No podía evitarlo. Ahora pensaba en cómo sería estrellarse y en lo que les ocurriría con el impacto a los cuerpos de los pasajeros.

La estación del ferrocarril lo expulsó a la intemperie. Llovía en la calle oscura, con farolas tristes y sombras de gentes que nada tenían que ver con París visto desde el aire. Se empapaba su *bubú* de bombasí, la maleta y sus libros aporreados por los escalones. Dos trenes desde el aeropuerto Charles de Gaulle hasta el distrito de Le Raincy. Dos vagones llenos de caras grises y un silencio que le pareció hostil. Ahora sentía alivio de respirar aire fresco. Aunque la calle le pareció más vacía que la noche en la sabana yerma. A pesar de las casas y los coches aparcados, a pesar de las farolas y los semáforos.

Caminó por las aceras, guiándose del mapa. A veces se cruzaba con personas sin rostro bajo los paraguas y las capuchas. Comerciantes que cerraban sus negocios con rejas de cárcel. Parejas que mostraban su amor en las sombras de los portales, haciendo cosas que Aliou aún no había hecho. Aunque las hubiera visto hacer, y no solo en silencios consentidos, sino con daño de por medio y gritos de mujeres, mientras muchos hombres y algunos chicos del pelotón se quitaban las armas y esperaban su turno. La prometida de Aliou, la hija del verdulero Diouf, esperaría su retorno durante los dos próximos años para casarse y poder llevarla consigo a París. A su tío le interesaba el vínculo familiar con los Diouf para sellar antiguas brechas, y a los Diouf les interesaba Aliou, un buen partido que viviría en Europa y que enviaría sus giros periódicos. Aliou había asumido la voluntad de su tío sin oposición, por respeto a sus años de acogida y a la herencia del viejo maestro. Aunque no sintiera belleza al pensar en su prometida. Ni amor. Pero decían que eso llegaba luego. Con el compartir lecho o con nuevas prometidas que sí fueran bellas. Él no pensaba en eso, no pensaba en lo que decían los patriarcas y las leyes ancestrales. Él pensaba más en los amores de los libros.

Llegó a la dirección de su alojamiento, un piso compartido. Llamó al timbre y sonó una voz; él dijo su nombre y tras un silencio vibró el portón enrejado. Resbaló en los escalones con el *bubú* empapado. Subió las escaleras, arrastrando el maletón, con sus libros protegidos con bolsas acolchadas. Había tinieblas sucias, una luz mortecina y una puerta abierta, y un viejo en chancletas y pantalones de chándal, que le sonreía entre reverencias. Bienvenido. Bienvenido.

El calor de dentro no era de estufa. No olía a polvo ni a leña quemada. Era un calor que olía a sudor y a pies descalzos de mezquita. Un calor por concentración. En el pasillo había ropas puestas a secar. Sonaban voces y lenguas extrañas que Aliou jamás había oído; también sonaban risas y toses y estrépitos de televisión. Siguió al viejo, que se frotaba las manos con aires de usurero, mientras hablaba con un francés extraño. Marfileño, le dijo.

—Veinticinco francos la noche. ¿De acuerdo?

De las habitaciones asomaban docenas de rostros, que le miraban avanzar por el pasillo.

—De acuerdo.

—Tu turno es de once de la noche a siete de la mañana. Esa es tu cama. Pero tendrás que esperar un poco, aún no es tu hora.

Su habitación era pequeña, las paredes estaban muy juntas. Los rostros le miraron. Eran ocho. Había cuatro literas, un sofá, un frigorífico, una televisión, además de ropas, bolsas, refrescos y latas de comida. Había demasiadas cosas entre las paredes.

—¿Ha dicho mi turno?

—Sí, tu turno. Mamadou sale en treinta minutos. Luego vas tú. La maleta la puedes dejar debajo de la litera.

Uno salía de la cama, el otro entraba. Por veinticinco francos el turno. Así eran los pisos de «camas calientes». Por cuarenta francos, Aliou pronto encontró un piso en Montfermeil, que compartía con otros nueve, pero en el que tenía su propia cama y el derecho a cocinar y a llegar a cualquier hora. Pasaba el día en la calle, en el corazón de París, porque la Torre Eiffel estaba lejos de Montfermeil. Muy lejos. A media hora de autobús. A media hora de tren. A media hora de metro. Aunque él no fuera al París de verdad para ver la Torre Eiffel, ni los Campos Elíseos y sus bulevares con verdes parterres y tiendas de lujo. Él iba para estar de pie desde las siete de la mañana, esperando en una cola tras otra con hombres y mujeres de todos los países, en ministerios, prefecturas y subprefecturas, censos y departamentos de policía, a aguardar su turno. Permisos de residencia. Autorizaciones provisionales. Homologaciones para sus exámenes. Después de varios días entre cientos de ilegales como él, tenía el efecto ilusorio de que el mundo era un éxodo masivo. Una situación prebélica. Pero al salir de las prefecturas y de sus callejuelas históricas, en el París holgado y luminoso, el efecto se pasaba. Le gustaba ir al Barrio Latino y contemplar la Universidad de la Sorbona como quien contempla la luna. Cuando se le acabó el dinero, dejó de hacer colas y buscó trabajo.

Tras veinte entrevistas sin éxito para contratos de albañil, jardinero o limpiador, volvió a las «camas calientes». Tras cincuenta entrevistas visitó las bocas de metro, los puentes del Sena, las camas frías de adoquines y cartones y periódicos. También mendigó y trapicheó; robó para calmar su estómago, siempre con su maleta a cuestas. En noviembre se puso sus dos mudas de *bubú*. En diciembre, cuando descubrió que la nieve era tan bella como terrible, dormía con los libros abiertos sobre su cuerpo. Camus, Mann, Sartre, Balzac, Green, Conrad. Los releía con guantes de lana, mientras la nieve se colaba en la ciudad con su nombre propio, más viva que Aliou y sus compañeros bajo el puente. Además de hacerle soñar con las mil caras de la vida, algunas mejores y algunas peores que la suya, los libros ahora le daban calor. En Navidad pidió cobijo en el Ejército de Salvación.

Su ubicación era buena, frente a un supermercado Carrefour. Cerca de la Torre Eiffel, con muchos turistas y dos callejones de salida para cuando pasara la policía. En los supermercados era más fácil. Había dinero en las manos y bolsas con sándwiches, frutos secos y latas de atún, fáciles para dar. Formaban un equipo de siete personas, más el encargado, que supervisaba y cobraba su comisión. Sus luces voladoras se veían desde lejos, saltando entre los árboles. Aliou lanzaba sus chismes de plástico, una y otra vez, y los veía volar como mosquitos luminiscentes. Cuando caían,

los recogía y se los enseñaba a los niños curiosos; después miraba a los padres y buscaba el asentimiento que le diera los cuatro francos. Aliou llevaba tres luces en el bolsillo, el resto las escondía en una bolsa, bajo los coches y en los arbustos, por si surgía la policía con sus requisas. A las once de la noche llegaba a su habitación y esperaba a que Watutu dejara la cama, su compañero de Togo, que se iría pronto para visitar a su familia, con su traje azul, su corbata y sus zapatos de cuero, impoluto como un empresario blanco, cargado de baratijas eléctricas de mercadillo para impresionar a los de su aldea. Después se tumbaba en el colchón, sobre el calor sudoroso de su compañero, que era mejor que los adoquines mojados, y se ponía las gafas y leía o miraba las telarañas del techo, queriendo dormirse para poder descansar, pensando en su prometida y en su tío, en las mentiras que les contaría en la próxima carta. Que si París era como decían, que si volvería pronto, que si se casarían, que si estaba ahorrando para traerla consigo, a un piso con calefacción y cocina eléctrica y vistas a la Torre Eiffel.

El temblor del martillo mecánico se le quedaba dentro. Su cuerpo seguía martilleando cuando terminaba la jornada. Las obras no entendían de horarios laborales ni de aguaceros ni ventiscas. El montaje de escenarios para conciertos y mítines políticos tampoco. Ahora compaginaba dos trabajos, pagaba impuestos y tenía una autorización provisional de la prefectura. Era un alivio no pensar en la clandestinidad. Vivir con un falso permiso de residencia, con la fotocopia del documento de identidad de otro. Evitar las bocas de metro, a los policías de paisano y el temor a que lo repatriaran. Ahora vivía con tranquilidad y tenía equilibrio mental. Ya no pensaba tanto en aquellas cosas del pasado. En aquellas heridas. El imán de la mezquita en Bobigny también le ayudaba a ello, a ser un buen musulmán. Ahora vivía en un piso de protección oficial, con otros cuatro compañeros que había conocido en la mezquita. A veces compartían tertulias *ataya*, mientras el té viajaba de la tetera al vaso y del vaso a la tetera. Hablaban en francés porque ninguno entendía la lengua del otro. Aunque no se empeñaban en forzar su pequeño y laboriosamente ganado repertorio de coloquialismos, porque allí no estaban entre blancos u occidentales. Todo con los blancos era una batalla silenciosa, cívica y también encarnizada por lograr la integración. Aliou prefería no ver pero veía la hipocresía de muchos, que relativizaban el racismo para ejercerlo mejor, como cosmopolitas desconfiados, con sus brazos abiertos y sus sonrisas de bienvenida pero siempre fuera de sus casas. También prefería no ver pero veía la obsesión de los negros, o los inmigrantes pobres —porque suecos o americanos también eran inmigrantes—, su obsesión por ver racismo en todas partes. Así que prefería no ver pero veía creadores de racismo, unos por ejercerlo y otros por imaginarlo.

Ella limpiaba en la sede del Panthéon-Sorbonne, en la Facultad de Filosofía. Aliou se sentaba en los escalones de la plaza, cuidadoso de no llevar salpicaduras de cemento, y contemplaba soñador el vaivén de estudiantes hasta el anochecer. Ella salía como una más, como si viniera de leer a Descartes y no de fregar pasillos y seminarios de profesores. Al tercer día repararon el uno en el otro. A los quince se saludaron. A los veinte se dijeron algo, cuando la naturalidad lo permitió. A los treinta, él le preguntó sobre la biblioteca, sobre si le correspondía quitar el polvo de los libros. Se llamaba Diama Mbaye y sus ojos eran dos esmeraldas con llama dentro. El día que se animaron a pasear juntos, ella pensaba mantener una amabilidad distante, un silencio y un velo de misterio femenino, pero no tardó en hablar demasiado porque a Aliou no le importaba caminar sin

decir nada, por el Barrio Latino o por las orillas del Sena, como si no tuviera prisa o como si no tuviera adónde ir o como si no estuviera nervioso de conocer a una persona cuando necesitaba conocerla. Así que ella tuvo que claudicar; desarmó sus estrategias de seducción para decir que llevaba diez años allí, que volvía a su país todos los veranos, que a veces deseaba dar marcha atrás y remontarse a sus orígenes. Él asintió, diciendo que llevaba dos años allí y que volvería ese verano. Y ella esperó, pero él no añadió nada más, así que siguió hablando y le explicó que era como si no tuviera país, que cuando regresaba a casa era como ir al extranjero. La llamaban la francesa, la extraña, la otra. La gente de su comunidad se apelonaba para recibirla, en banquetes que ella debía pagar, para sacarle francos y baratijas francesas de mercadillo, para escuchar historias sobre Eldorado, para observar y juzgar a la extraña criatura que se había convertido para ellos. Sus amigas de la infancia le sonreían y le preguntaban para excluirla después, negando su existencia, sin decirle pero diciéndole que era una perezosa, una ociosa, una desertora de sus obligaciones como mujer, una agarrada occidental que iba allí para jactarse. Era un maltrato por envidia, porque sus amigas sabían que jamás iban a vivir lo que ella. Entonces sentía lo mismo que al marcharse por primera vez: que los vínculos de la comunidad eran tan opresivos que solo le quedaba romperlos. Y se marchaba, y de nuevo en la soledad occidental de París sentía el efecto ilusorio de la distancia, porque la percepción de lo lejano siempre es mejor. Así el efecto bucle, el sentimiento de pertenencia y de volver allí que la asaltaba de nuevo, una convicción íntima que necesitaba, con la nostalgia de saber que ya nada sería como antes. Después se calló y se sintió avergonzada por su nerviosismo parlante, porque la hacía parecer una jovencuela inmadura y con demasiadas ganas de mostrar. Creyó que él pensaría eso mismo, él, que la escuchaba tan callado y seguro de sí. Pero creyó mal porque él jamás había escuchado hablar a una mujer así, con tanta inteligencia y tanta libertad para mostrarla. Esa misma noche estaba tan impactado que no pudo dormirse, pensando en que acababa de conocer a una criatura imposible, pensando en cómo podía proceder, pensando en tener dos mujeres, una allí y otra aquí. Pensando y pensando hasta que se levantó al día siguiente, fue a una cabina telefónica y solicitó una llamada a su país y al telecentro de Toubassir. Allí pidió que avisaran a su prometida, colgó y esperó en la calle a que ella llamara. Cuando la joven lo hizo, Aliou colgó y volvió a llamar para que France Télécom le escarbara a él en los bolsillos. Entonces se lo dijo, imaginándosela a ella en el telecentro de Toubassir, rodeada de su familia y de media comunidad, sabiendo que había llegado el esperado acontecimiento: que él volvía, que se casarían y que la llevaría consigo a París. Pero lo que le dijo fue que no lo esperara, que era mejor que ella hiciera su vida, que buscara un esposo al que ver cada día. También le dijo que no quería engañarla, que no quería compartirla con otras mujeres, que no quería hacerla infeliz, y le pidió perdón antes de colgar mientras escuchaba cómo ella lloraba, y las voces de los congregados al teléfono, que la atosigaban, que preguntaban. Se dio un día de espera, por respeto y para lavarse la conciencia. Luego se presentó de nuevo en la Facultad de Filosofía. Y cuando Diama se calló por primera vez aquella noche tras sentirse avergonzada de hablar, él se sentía tan bien que incluso le habló en voz alta de sus secretos, de sus sueños. Y de Camus y de Balzac y de Sartre y de Mann y de Green y de Conrad.

En la sala de estar de la casa cúbica, Aliou llevaba el té de la tetera al vaso y del vaso a la tetera. Zettie lo contemplaba con un espasmo hipnótico en el párpado izquierdo, la mirada ida y en estado de shock. Ronald Goodwin dormía con un silbido de elefante. Ángeles Expósito miró por la ventana y se le cayó el ganchillo de las manos cuando gritó en español: «¡Fuego! ¡Fuego!

¡Fuego!». Nadie se percató de que no había entendido la palabra, pero sí el grito y el incendio que se veía por la ventana.

Aliou Sabaly dejó la tetera y el vaso sobre la alfombra, mientras los demás gritaban, y salió caminando de la casa a la nieve del claro, donde había un silencio de incendio. Avanzó directo a la colosal conífera que rugía monstruosa, con llamas que parecían hechas por algo sobrehumano. Crujía la madera y se quebraban las ramas que caían como bombas y levantaban polvos de nieve.

Aliou avanzó directo hacia ella, hacia la silueta que gritaba con un palo incendiado en la mano, silueta que alimentaba el fuego y que vio cómo Aliou se acercaba a ella, sin nada en las manos. La silueta era Teodor, que estaba bajo la conífera donde todo era apocalíptico; llovía fuego y bombas de carbón como por furia divina. Teodor puso cara de terror y se armó con su palo incendiado al verle llegar, gritando y gritando y gritando: «¡Nos va a matar! ¡Nos va a matar! ¡Nos va a matar!». Hasta que gritó más que defenderse y Aliou, que de pronto tenía una rama en la mano, le hizo perder el conocimiento con un golpe en la sien. Los gritos se acallaron bajo el rugir del bosque.

Caían copos de la nada, lluvia silenciosa de ángeles blancos. Aliou estaba sentado junto a la conífera que ya no ardía. Levantaba la cabeza y tragaba copos mientras pensaba que parecían crearse justo antes de llegar hasta él. La conífera era un cadáver calcinado que había dejado de arder gracias a la nieve. Aliou tenía el jersey chamuscado y el cuerpo molido de aplacar el incendio. Ronald Goodwin y los demás le habían ayudado. Ahora en el claro no había nadie, pero en las ventanas se percibían rostros que miraban a Aliou desde el interior. La mayoría, ojos occidentales que lo miraban desde la casa cúbica. La católica devota Ángeles Expósito le había traído la alfombrilla de oración y el libro con la cubierta forrada de *El extranjero*, y no el Corán. «El té se ha quedado frío», le dijo en castellano. Pero él no entendió nada hasta que ella simuló con las manos una tetera y un vaso y señaló primero al árbol y después a la nieve que caía. Ahora Aliou estaba solo; desplegó la alfombrilla sobre la nieve y hacia la *Qiblah*. Miró a la cerca con tumbas que había construido con sus manos y decidió que hoy no rezaría allí, que hoy rezaría junto al árbol calcinado. Abrió el libro y contempló la fotografía encajada entre las páginas de *El extranjero*, donde le sonreían Dama y Nadine. Ninguna de las dos estaba ya. Se descalzó y se irguió de pie sobre la alfombrilla, y mientras le observaban desde la casa así empezó: «*Al-lahu akbar*».

Ulad Dobrovolsky entró en el dormitorio de la casa cúbica. Teodor hurgaba en las rendijas del rodapié, que por la humedad se combaba y surgían cavidades para escarabajos, arañas y toda clase de hemípteros que viven en las casas como miembros secretos de las familias. Estaba de espaldas y de rodillas, haciendo barridos con la minilinterna. Cuando Ulad cerró la puerta se volvió de golpe, con la sangre amontonada en la cabeza. El hematoma de la sien adquiría ya tonalidad púrpura.

—¿Ha encontrado algún...?

Teodor se levantó y se acercó a él con atropello, con los ojos desorbitados y el dedo erguido cruzándose en la boca. Ulad se calló. Teodor, que sudaba y tenía las venas de las sienes hinchadas, le hizo señas para salir de la habitación, bajar por las escaleras y salir al exterior. Así que eso hicieron, mientras anocheecía y el cielo adquiría una tonalidad púrpura y burlesca como el hematoma del ruso. Detalle que él percibió, porque se había visto mil veces ante el espejo, y porque miró al cielo y al tintineo vasto de la Vía Láctea, que interpretó como una risa celestial y masiva que se cachondeaba de él, seguro que con algún dron o algún satélite vigilándole. Eso ya lo sospechaba desde hacía tiempo, antes incluso de que a su hijo Andrey lo mataran en Los Ángeles como prólogo de lo que vendría después en aquel purgatorio de nieve. Un purgatorio donde redimir sus pecados, cosas de las que ahora, sabiendo a sus dos hijos muertos, se arrepentía profundamente. Lo del purgatorio de nieve le parecía de un simbolismo insuperable, por lo del cambio climático (en gran parte por culpa de empresarios como él) que finalizaría pronto con toda la nieve en la Tierra. ¿No queréis nieve?, pues tomad nieve. Su verdugo debía ser ecologista.

Por el miedo a los drones y satélites cruzaron el claro y se internaron en el bosque, bajo la protección de las copas cargadas de nieve. La oscuridad allí era densa y un tanto aterradora. Teodor se acercó a Ulad, se tapó la boca con la mano y dijo:

—Aún no he encontrado nada. Están muy bien escondidas.

—¿Las minicámaras?

—Sí. Minicámaras, micrófonos, satélites, drones. No mires, no mires.

Ulad procuró no mirar al cielo, que apenas se veía tras las copas.

—Creo que no le vendría mal dormir —dijo—. Hay zolpidem en el desván.

—Zolpidem no. Ahora no puedo dormir.

—Yo vigilaré mientras usted descansa.

—No. Ahora me corresponde guardia a mí.



—Le sustituiré.

—Ni hablar. Tengo que hacer esa guardia, es de vital importancia.

—Solo tenemos que aguantar otros ocho días, señor.

—Si no hacemos nada, no aguantaremos. Y lo mismo no viene nadie. Puede que el piloto también sea cómplice. Ahora él sabe que sospecho porque llevo dos días buscando micrófonos por la casa.

—Aún no me ha dicho quién es él.

—Uno de nosotros, Ulad. Alguien que trabaja para otra persona superior.

—¿Superior?

—Sí. Alguien que lo ha contratado para traernos aquí, como probablemente haya hecho también con el piloto. Ese alguien superior es Él, con mayúscula. Creo que nos quiere aquí por cosas que hicimos en el pasado. Esto es un maldito purgatorio, Ulad.

—Debería calmarse, señor. Le veo algo confuso.

—Hice muchas cosas y no consigo saber qué pudo ser. Quien nos ha traído aquí sabe cosas de mi vida, cosas que siento por mis hijos. Me los hace aparecer en sueños, Ulad. Veo cosas que son terribles.

—Piensa demasiado, señor. Y pensar demasiado no deja sitio para las ideas. Lo que necesita usted ahora es claridad. Un poco de zolpidem y dormir.

—No hay tiempo para claridad. O acabamos nosotros con él o lo hará él con nosotros. Por eso tengo que hacer esa guardia.

Ulad lo miró con inquietud.

—Pero ¿qué piensa hacer?

—Verás, Ulad. Ha llegado la hora de actuar. Si no lo hace nadie, lo haré yo. Esta noche se acabará todo.

—Piénselo bien, señor. Creo que se está precipitando.

—Acércate, Ulad. Acércate. Te mostraré mi plan.

Teodor miró a los árboles nocturnos que tenían mil ojos; luego se volvió hacia la casa iluminada en la nieve, con ventanas y mil ojos también. Extrajo del bolsillo un pequeño frasco que Ulad ya conocía: «Polvos de ricina. Extraídos de semillas machacadas. Cuidado. Extremadamente venenosos».

—¿Está usted seguro de lo que piensa hacer?

—Tendría que haber atendido más a mis hijos —dijo Teodor—. Estar junto a ellos, más próximo.

—No se torture, señor.

—Me gustaría haber sido otra cosa en la vida.

—Eso es natural en el ser humano.

—Si hubiera sido otra cosa, no estaríamos aquí.

—Aún no me ha dicho quién es él, señor. El que está infiltrado entre nosotros.

Teodor sonrió levemente en la oscuridad.

—No, aún no te lo he dicho.

Ulad bajó la voz, hasta reducirla a un susurro bajo las estrellas y los árboles gélidos:

—Es Ronald Goodwin, ¿verdad? Por lo de la cabaña y las caracolas. Fue algo escalofriante, lo sé. Pero...

—Hay algo que todavía no te he contado, Ulad. De aquel día en la cabaña.

En la nocturnidad del bosque había dos ojos que los observaban. Ni Teodor ni Ulad se

percataron.

Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático. Delegaciones de ciento noventa y seis países. Inversores. Empresas. Asociaciones. ONG y representaciones sociales. Reunidos en círculo, como cavernícolas ante el fuego, hacia un espacio central en el que no había nada, salvo una alfombra de fieltro azul. Auriculares enchufados, ejército invisible de traductores mitigando el empeño absurdo de la humanidad de diferenciarse con siete mil lenguas.

A Teodor lo entretenía observar las expresiones de los ministros. Le parecía divertido. Mírate, Teodor, en una reunión de amigos para salvar la humanidad. Unas pequeñas vacaciones para descansar de espiaros, de pincharos los móviles, los GPS y los correos electrónicos. Alguien hablaba en el estrado, en el fiyiano de las islas Fiyi, sobre los objetivos para el 2050, año en el que la mayoría de los presentes estarían ya bajo tierra. En los auriculares: evitemos que la temperatura media del planeta aumente en más de dos grados. Imagínense la Tierra como un balón de fútbol, el espesor de la atmósfera sería de apenas dos milímetros. No olviden su increíble estrechez, nuestra capa de contención ante el desastre no puede absorber sin límites cualquier cantidad de gases nocivos. Teodor consultaba el móvil, Twitter se incendiaba por su culpa. Era su guerra habitual con el *Kommersky Gazeta* y otros medios rebeldes financiados por Occidente. Ahora que era ministro de Exteriores, las ofensivas no tenían interrupción. Lo último, anomalías en las elecciones que lo habían situado como ministro. Que si habían estudiado el registro electoral de su provincia, debidamente certificado por la propia Organización Veselin, y que si tenían constancia de al menos cuatro ciudadanos diferentes votando con el mismo pasaporte a favor de Veselin, y que la práctica se repetía con al menos quinientos pasaportes. Mientras tanto el de Fiyi: si no se toman medidas urgentes, la temperatura media del planeta aumentará en al menos cuatro grados. La faz de la Tierra se transformará, los polos y los glaciares se derretirán, el nivel de los océanos se elevará, las aguas inundarán las ciudades costeras y archipiélagos enteros como el nuestro serán borrados del mapa. La lluvia de tuits excitaba a Teodor, aunque lo injuriaran de todas las maneras posibles. El tuit del *Kommersky Gazeta* decía: «Los miembros de las comisiones electorales estaban asustados, por eso hicieron la vista gorda». Teodor respondía airoso y divertido. Mientras tanto el de Fiyi: las sequías se reproducirán, la desertización se expandirá, los huracanes se multiplicarán, centenares de especies animales se extinguirán, habrá déficit de agua, habrá guerras climáticas, habrá éxodos masivos de millones de refugiados climáticos. Y el *Kommersky Gazeta*: «Muchos tienen familia e hijos que pueden ser secuestrados. Es más fácil añadir votos falsos que ser torturados».

Patrañas sensacionalistas. Prensa sobornada por Europa y por Estados Unidos. Que te vengan, Teodor, con un solo testimonio, uno solo, de secuestros o torturas, o de rodillas rotas o muñecas retorcidas. Pero es que el populacho no sabe que ante sí se encuentra el gran Teodor Veselin, el nuevo mesías tártaro que todos esperan. Lo que tú haces, siguiendo la dinámica tradicional de gobiernos anteriores —sin inventar nada nuevo a la hora de amañar elecciones, con la vigilancia exhaustiva de la votación de tu provincia en manos del veterano checheno Mijaíl Sokov y sus mercenarios de la Unidad de Vigilancia Especial, que no intervienen para romper rodillas pero sí miran y llevan armas y cicatrices en la cara—, es asegurarte de que el populacho termine por saberlo. Tú, Teodor Veselin, estás aquí para hacerles ver que el mundo es riqueza y bienes para todos, y éxito para quien lo busca sin miedo a sacrificios. Porque tú eres el ejemplo de todo eso. Contigo el país retornará a su antiguo esplendor, lo sabes, Teodor; contigo seremos firmes,

erigiremos muros si es necesario, para que esos éxodos de sanguijuelas extranjeras que huyen de la pobreza y de las guerras en Oriente Medio no succionen la sangre de tus propios hijos, del pueblo, de los hijos de la madre patria. Si te viera tu padre estaría muy orgulloso de ti. Lo sabes, Teodor.

Aplausos. Aplausos. ¿Para ti? No. Para el de las islas Fiyi, que había concluido su comparecencia. Aplaudió Teodor, aplaudió aunque el canijo indígena ese ya no estuviera en el estrado, aplaudió como los demás, aplaudió a la nada de ese espacio central alfombrado.

A su lado se levantó un filántropo ecologista estadounidense, representante de alguna ONG. Le correspondía ahora subir al estrado. En su americana lucía las iniciales A. A. Teodor quiso ver su nombre, pero el cartelito estaba de cara al maldito centro del círculo. Se inclinó, pero alguien le tocó en el hombro. Era Ulad.

—Es importante —le dijo.

—¿Del *Kommersky Gazeta*?

—No. De su hijo Andrey. Está en Los Ángeles.

—¿Por fin le ha dado por llamar?

—Es la policía, señor.

En su habitación de la casa cúbica, con las dos camas enfrentadas y mientras Zettie se aplicaba crema de rápida absorción Burt's Bees, Ronald Goodwin intentaba ponerse el pijama. Arriba pierna derecha. Flexión de rótula. Dentro pie. ¡Ah! Abajo pie. Apoyo pie. ¡Ah! Arriba pierna izquierda. Flexión rótula. Dentro pie. ¡Ah! Una sesión de acupuntura constante y gratis. El entrenamiento de fuerza con el trineo y los troncos tal vez había sido excesivo. Ahora era un puercoespín andante y con las púas hacia dentro. Ahora era un saco de agujetas, un pingüino viejales. Le pareció ridículo y gracioso, y se rio por ello. Pero no le pareció absurdo, porque el dolor tenía sentido. El dolor le recordaba que él, Ronald Goodwin, era algo más que nada. Que dentro del saco había cosas. Que había agujetas. Como los alpinistas que van a la montaña, a la bella y dolorosa montaña.

Zettie lo observaba reírse mientras se ponía el pijama y daba pequeños respingos de dolor que debían de ser el motivo de su diversión. El miembro le colgaba entre las piernas hasta que consiguió ponerse el pijama. El torso estaba desnudo y en forma para ser Ronald, más hinchado y fibroso de lo habitual por el esfuerzo muscular del día. Nada que ver con el africano musulmán pero lo suficiente para que Zettie pensara en el cuerpo de su marido, cosa que no hacía demasiado, a intervalos bimensuales como mucho. Cuando Ronald consiguió ponerse el pijama se volvió hacia ella.

—¿Qué tal estás? —preguntó.

Zettie asintió.

—Bien.

—Vale.

Ronald se metió en la cama y cayó rendido, sin búsqueda de postura. Desde que estaban allí, todas las noches antes de dormir, Ronald le preguntaba eso: «¿Qué tal estás?». Algo que a Zettie le parecía romántico. ¡Romántico! Hacía tiempo que su cabeza no pronunciaba esa palabra. Por un instante pensó en tener sexo, mientras Ronald empezaba con su sinfonía de silbidos. Tras más de veinte años de matrimonio, el sexo era una especie de narcosis extraña, que surgía a intervalos irregulares, sin previo aviso. Largas hibernaciones de nulidad sexual que se rompían de pronto,

con la serenidad de una burbuja, por visiones anodinas que bien podían darse todos los días, pero que, por alguna razón multifactorial (química hormonal, instinto depredador), cambiaban el curso de la rutina. Para Ronald podía ser el reflejo del cuerpo desnudo de Zettie, en el espejo del baño y tras la puerta entreabierta, en posición de ignorada vulnerabilidad (aunque Zettie eso ya lo sabía). O el cosquilleo visual de despertar junto a un mechón leonado sobre su piel blanca, junto a un hombro desnudo, junto a un violín de espaldas que de pronto es carne para acariciar. Para Zettie, el pelaje del pecho perlado de sudor, según la incidencia de la luz, o el calor corporal y la respiración profunda en las noches de invierno, o qué diablos, la desnudez plena de Ronald, de frente, cuando los estrógenos se ponían libertinos. Visiones que los despabilaban, sin explicación alguna, y los empujaban a abandonar su guarida. Sin fórmulas extrañas. Él la poseía y ella se dejaba hacer, no por dejadez rutinaria ni costumbres viejas y machistas, sino por gustos de sobra aprendidos, en una intimidad recíproca de silencio animal. A veces se encendían como a los veintitantos y hacían lo de entonces, y en plena efervescencia violento-amorosa, casi se decían también lo de entonces. Al concluir, sin verse las caras, ella se levantaba, se encerraba en el baño, orinaba, se lavaba y se recogía el pelo para salir después y encontrarse la habitación vacía, y a Ronald desayunando abajo, café solo en mano, tras el *New York Times*.

—Joder, Zettie.

—¿Qué?

—Mierda.

—¿Qué pasa, Ronald? ¿Qué pasa?

—Tracy McGrady está lesionado, esguince grado dos. Quince días.

Se conocieron a finales de los ochenta. Primero él: chico de Kentucky, barbilampiño, de una ternura exótica irresistible para una chica de Long Island. Lo mejor de todo era que él no se daba cuenta; no se comportaba con ternura, era tierno en sí, sensible, como un perrito adorable que te mira sin saber lo adorable que es. Ronald, un chico tradicional del Medio Oeste aún por esculpir. Un diamante en bruto.

Y segundo ella: chica de veintidós, perspicaz, con las ideas claras de unos larguísimos (y llenos de vitales experiencias) cinco años sintiéndose mujer, lo bastante inmadura como para enamorar a un chico fingiendo ser lo que él quiere que sea. Porque para ella, lo de adquirir roles, lo de hablar diferente y tener opiniones diferentes, incluso pensar diferente en función de la circunstancia, era cuestión inherente a las relaciones humanas. Natural. ¿Quién no se adapta al entorno? La cuestión era que poca gente lo admitía. Las personas son armarios de personalidades. Un modelo para cada ocasión. Y ella era una profesional del estilismo.

El problema radicaba en que Ronald también lo era, en su ignorancia. Un trampantojo de personalidad que engañó a Zettie sin pretenderlo con su exotismo de Kentucky. Porque él no era tan tierno, él solo era un chico del Medio Oeste intimidado ante la alocada y grandiosa ciudad de Nueva York. Ella, por supuesto, no se percató, confiada como estaba, sintiéndose en terreno conocido cuando empezaron a flirtear, subestimando a su barbilampiño en potencia, centrada en su interpretación, su versión más *femme fatale*. Chica neoyorquina, universitaria, con vestido de cóctel, dubitativa y directa, inofensiva y felina, mitad esnob y mitad *hippie*, aficionada a la ópera y a los clásicos de la literatura europea, fan de los Knicks y de los Yankees y de la Nascar y de los combates de la WBA, que se atiborra a hamburguesas y patatas fritas al tiempo que mantiene unos sorprendentes 89-63-90. Una combinación irresistible, abrumadora. Joder, tío. Imposible que me suceda esto a mí. Por supuesto, Zettie no pensó en que, tarde o temprano, tendría que parar, que se agotaría de su interpretación, su versión más *femme fatale*. Y que él lo tendría que descubrir:

que ella no era tan agradable, ni tan comprensiva, ni tan dispuesta al sexo, ni tan alegremente temperamental, ni tan difícil de enfadar. Así se construyó su matrimonio, como la mayoría: una sucesión maravillosa de confusiones irreparables.

—Mañana madrugo —dijo de pronto Ronald, que había dejado de roncar—. Voy a correr suave. A soltar piernas.

Zettie Goodwin bajó a desayunar; en la sala de estar encontró a Ángeles Expósito haciendo café y friendo tortitas de maíz. Tenía sed y se sirvió agua en lugar del zumo de naranja encapsulado y azucarado, porque beberse un vaso de zumo era como beberse un vaso de agua pero con diez terrones de azúcar y algo de colorante afrutado. Ángeles le sonrió y le dio los buenos días en castellano, con su delantal y su dentadura mexicana de piano amarillento. El día amanecía con tintes naranjas y positivos que se reflejaban en la nieve. Aliou estaba sobre su alfombrilla y con el Corán mientras espumaba el té de la tetera al vaso y del vaso a la tetera. Ulad, en el sofá leyendo a Dostoievski. Teodor, apoyado en la encimera, de pie y frente a Zettie. Bebía de un vaso enorme con *kvas* y lo miraba como si le inquietara que se acabase.

—¿Le preocupa que se acabe su Coca-Cola rusa? —le preguntó Zettie.

—Estoy dosificándola. En la guardia de la noche me he resistido a beber demasiado.

Teodor bebió y miró a Zettie con cierta calma seductora a pesar de las ojeras, la barba sin afeitar y el hematoma verdenegruzco de la sien.

—Hace buen día —dijo.

—Sí, a ver si puedo tomar un poco el sol. Creo que tengo déficit de vitamina D.

—¿Dónde está su marido?

—Entrenando, creo.

—Cualquiera diría que va a combatir contra Vladímir Klichkó.

Zettie arrugó la frente con preocupación.

—¿Quién es ese?

—Un boxeador de peso pesado.

Ella bebió su vaso de agua.

—Ya le gustaría a mi marido ser de peso pesado. Él prepara Ironmans y se va a quedar en peso mosca.

—No sabía que fuera un hombre de hierro.

Zettie sonrió con ironía.

—Por elasticidad tal vez lo sea.

Zettie volvió a sonreír y se le estampó un vómito de sangre en la cara. Con la fuerza de un estornudo pero lleno de sangre.

—Lo siento —balbuceó Teodor—. Lo siento.

La sangre de Teodor empezó a deslizársele por la frente y los ojos, las mejillas y los labios. Zettie parpadeó aturdida y dejó de sonreír. Frente a ella, Teodor tenía los ojos muy abiertos, como sin entender. Dijo «lo siento» y luego repitió «lo siento» una vez más. Miró el vaso con *kvas* y volvió a vomitar sangre, en esta ocasión con menos fuerza.

Al final dejó caer el vaso, que se partió en mil pedazos. Teodor también se cayó y se quedó de rodillas, en posición de rezo, mirando al frente y con sangre en la boca. El frente eran los vaqueros y la tripa de Zettie, que estaba a dos palmos de su cara. Ambos, ella de pie y con sangre de estómago en la cara, y él de rodillas, parecían estar prometiéndose. Zettie se apartó cuando él

comenzó a caer hacia ella. Ulad seguía en el sofá y también tenía un babero de sangre parecido al de Teodor, que había quedado tendido en el suelo, boca arriba. Junto a Zettie apareció una voz de alarma que le gritó y le pidió ayuda. La voz era de Aliou, que introducía los dedos en la boca de Teodor, para hacerle vomitar. «¡Haz lo mismo con Ulad! ¡Haz lo mismo con Ulad!» Eso le debía de gritar a Zettie, pero ella estaba aturdida y solo miraba la cara de Teodor. Cara inerte de muñeco que se dejaba meter los dedos.

Teodor y Ulad sufrieron una lenta agonía. Tardaron todo el día en morir.

## TERCERA PARTE

Fragmento de la entrevista al autor de  
*Los solitarios:*

- Los personajes de su historia: ¿son espejos fieles de las personas?
- Son espejos distorsionados.
- ¿Y qué refleja esa distorsión?
- Esa distorsión es un filtro. Retira las capas inútiles, las que no dicen nada sobre las personas. Después lo que queda es muy revelador. Algunos los llaman personajes exagerados.
- ¿Y diría que lo son?
- Diría que son personajes desnudos.

Oficina del DIC. Emeli redacta un informe sobre la entrevista con Ethan Alvey y su bien elaborada sucesión de mentiras. «¿Nadine? ¿Quién es Nadine?» «¿No conoces a esta joven?» «¿Están de coña? No la he visto en la vida.» Con tamaña soltura para la farsa, Emeli sospecha que también ha mentido al enseñarle el retrato robot del hombrecillo. Ahora hay dos agentes centrados en Ethan Alvey, reunidos con Francis en uno de los despachos acristalados de la oficina. Emeli teclea y teclea sin pensar en Larissa y en sus cosas, hasta que Francis sale del despacho y le deja una fotocopia sobre la mesa.

—Confirmado.

—¿Qué es?

—Una denuncia de Ronald Goodwin, en el estado de Nueva York, por la desaparición de sus dos hijos, Charlie y Jenny Goodwin.

Emeli ojea el documento.

—La denuncia es de hace cuatro meses.

Asiente Thurmond.

—Y se canceló hace tres semanas, por los propios Charlie y Jenny.

Suspira Emeli y se recuesta sobre su silla.

—Desaparecidos durante más de tres meses.

—Unos ciento diez días. Lo que coincide con...

—Con los días que Ethan Alvey estuvo incomunicado. En su supuesto viaje por Europa.

Asiente Francis, mientras busca un cigarrillo en el cajón de su mesa.

—Y no solo eso. Hasta que ha aparecido muerta, nadie sabía de Nadine Sabaly desde hace cuatro meses. Ninguno de sus amigos de la universidad.

—Vaya —dice Emeli—. Con eso me acabas de excitar, Thurmond.

—Espero que policialmente.

Sonríe Emeli, que observa cómo Francis se arrodilla porque se le ha caído el cigarrillo. Lo recoge y se ajusta los tirantes sobre la camisa de cuadros, algo incómodo.

—La excitación siempre es sexual, Thurmond.

Francis la mira y sonrío; después inclina la cabeza mientras sostiene su cigarrillo y tartamudea algo. Emeli disfruta incomodándolo.

—Bueno, Urquiza. Son términos con fronteras difusas, habría que...

—¿Dónde están ahora mismo Charlie y Jenny Goodwin?

—Creemos que en su casa de Nueva York.



Emeli grita a uno de sus agentes:

—¡Sarmiento!

—¡Sí!

—¡Dos vuelos a Nueva York!

Ford alquilado en el aeropuerto JFK. Emeli conduce. Francis calla. El GPS habla: manténgase a la derecha. Dos millas. Tome la salida a. Cuidado. Radar. Destino a quinientas yardas.

Avanzan entre casitas abiertas al mundo, variedad de estilos neovictoriano, neocolonial, neoalpino o neodickensiano. Hay una calma y una belleza residencial diseñada como culmen de un objetivo, el de la clase media americana, que en realidad es el objetivo de todos los habitantes de la Tierra, que desean vivir en un lugar así. Emeli también tenía ese objetivo y a los veinte migró rumbo al máster de Criminología en Maryland, como muchos vascos desde el siglo XVI, mucho antes de la invención de Hollywood y la globalización de ese objetivo.

GPS: ha llegado a su destino. Aparcan junto a la residencia de los Goodwin. Charlie y Jenny son universitarios y aún no han iniciado el curso, por el luto y las gestiones funerarias y hasta que todo se estabilice un poco. Los recibe una mujer, Linda Zuckerman, que dice ser amiga íntima de Zettie Goodwin y que está allí de apoyo moral y no de sostén doméstico de la casa, porque al fondo en la cocina pulula la fregona de una hispana de la limpieza. Charlie y Jenny Goodwin esperan en el sofá: diecinueve y veintidós recién cumplidos, dejadez en pijama y depresión juvenil. Entonces Emeli y Francis se llevan la primera sorpresa.

Un logo en el jersey de Jenny, en letras mayúsculas: AUGUST ALVEY FOUNDATION UNIVERSITY. Los inspectores se miran, circula entre ojos una primera reflexión: de entre los cientos de campus estadounidenses, unos cincuenta solo en el estado de Nueva York, los Goodwin matricularon a sus hijos en la universidad de Alvey, donde estudia Ethan y estudiaba Nadine.

Así que vamos allá: hola, ¿qué tal? Soy la detective Urquiza y este es mi compañero el detective Thurmond, gracias por recibirnos. Perfil de interrogador CCAA, Chica Comprensiva y Amable que podría ser tu Amiga. Pero los Goodwin júnior se muestran distantes y con cierta inquietud que es lógica porque están a punto de mentirles.

—Sentimos profundamente lo sucedido —dice Emeli.

—Sí, lo sentimos —corroborra Francis.

—Gracias.

—Graciaaas.

A Charlie Goodwin se le van algo las aes y huele a marihuana. Repite lo que su hermana, que parece limpia de sangre y por eso deshecha de nervios y erguida como un mástil.

—Entiendo lo incómodo de nuestra presencia. No pretendemos despertar el dolor.

—El dolor está muy despierto —replica Jenny.

—Nuestro trabajo es descubrir lo que pasó. Imagino que, además de quererlo, también lo necesitáis.

—Puede saltarse el protocolo, detective...

—Urquiza.

—Pues eso, que puede ir directa al grano.

—Bueno, como quieras, Jenny. Empecemos, si te parece, por la denuncia por desaparición que pusieron tus padres. ¿Dónde estuvisteis durante ese tiempo?

—De viaje por Europa.

—¿Los dos juntos? —insiste Emeli.

—Sí.

—Sííí.

—Os fuisteis hace cuatro meses y volvisteis hace tres semanas. ¿Correcto?

—Sí.

—Sííí.

—¿Cuándo fue la última vez que visteis a vuestros padres?

—Hace cuatro meses, cuando nos fuimos.

—¿Y ellos no lo sabían?

—Sí, lo sabían. Papá nos llevó al aeropuerto. Pero perdimos los móviles al aterrizar en París.

—¿Y no se os ocurrió comprar unos nuevos?

—Cuando los perdimos se nos ocurrió viajar sin móviles, como un experimento. Para liberarnos durante un tiempo de la dependencia de Facebook, WhatsApp y demás.

—¿Y aun así no avisasteis a vuestros padres de que no teníais móvil?

—Optamos por hacer lo mismo con la dependencia a papá y mamá.

Charlie Goodwin ríe; ojos llorosos y achinados, risa desganada de quien ríe aburrido de llorar. Los dos padres de golpe, diecinueve años. Entendible. Mientras Linda Zuckerman niega con la cabeza, en silencio. El discurso de Jenny es absurdo y hace agua, pero Emeli no dice nada.

—¿Conocéis a Ethan Alvey? —pregunta.

Jenny y Charlie callan un instante; no se miran pero desearían mirarse para acordar una respuesta.

—Sí —admite Jenny.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—No lo sé. Supongo que al final del curso pasado.

—Yo supongo que también —dice Charlie.

La tercera o cuarta mentira. Eso calcula Emeli, en lo que llevan de conversación.

—¿De quién es este libro? —pregunta entonces Francis, que merodea por la sala y tiene entre sus manos un ejemplar de *Diez negritos*.

—Mío no es —responde Charlie.

—Creo que es de papá —comenta Jenny.

Francis encajona el libro y busca entre las estanterías.

—¿Y esta foto?

—Es papá con su caracola.

—¿Una caracola? ¿Por qué se fotografió vuestro padre con una caracola?

—Buff. A saber —espeta Charlie.

—Sí, a saber —repite Jenny—. Papá tenía sus cosas.

—Ronald era peculiar. Muy a su manera —interrumpe Linda, que está de pie y tras el sofá, como en segundo plano—. Cambió mucho hace dos años.

—¿En qué cambió, exactamente?

—De la noche a la mañana dejó su trabajo y empezó a realizar deporte extremo.

—Ironmans —especifica Charlie.

—Vaya, eso sí es un cambio. ¿Y qué fue lo que le cambió con tanta brusquedad?

—Papá siempre decía cosas raras —explica Charlie—. Pero no le escuchábamos demasiado.

—Solía decir que veía la vida más clara. Con más lucidez. Que se había visto a sí mismo como desde el aire. Movidas así.

—¿Y qué más peculiaridades tenía el señor Goodwin? —pregunta Emeli.

—Las mismas que cualquiera de nosotros —dice Jenny.

Linda vuelve a negar, para sí y para Emeli, pero como está en casa ajena y es anecdótica en la familia, no contradice a Jenny.

—¿Estudiáis con beca? —pregunta Emeli.

—No.

—¿Por qué elegisteis la universidad de la Fundación Alvey?

—Había varias opciones y creo que papá propuso esa —responde Jenny.

—Está muy bien valorada —añade Charlie—. Papá acertó.

—He oído que la matrícula es astronómica.

—Papá conocía a alguien de la directiva. Nos hacen descuento.

—¿A alguien de la directiva? ¿A quién?

—Creo que al mismo August Alvey —dice Charlie—. Pero no estoy seguro.

Emeli mira a Thurmond, que está anotando en su cuaderno.

—¿Nos enseñaríais el dormitorio de vuestros padres?

—Claro —acepta Jenny.

—Por favor, no lo cambien demasiado.

Sopapo de látex en las manos de Emeli. Mira a Jenny, que como no entiende de idiosincrasia policial y tiene veintidós años y está influenciada por películas y series, le impone el aire CSI dentro del dormitorio de papá y mamá.

—Solo vamos a mirar un poco.

Jenny observa un rato y cuando Emeli extrae las pinzas y hurga en los cajones donde Zettie Goodwin guardaba la ropa interior, decide que ya ha sufrido bastante y baja a la sala de estar, donde esperan Charlie y Linda. No tienen orden de registro, pero eso los Goodwin júnior tampoco lo saben y con su consentimiento implícito (Jenny es mayor de edad) es más que suficiente. Así que figonean y manosean en las intimidades de los Goodwin, ahora que no mira nadie, con desvergüenza policial que bien podría ser de atracador. En realidad, es agilidad profesional, aunque el ladrón dirá lo mismo, porque la agilidad es clave durante el proceso del hurto.

—Urquiza.

—¿Qué?

—Mira lo que acabo de encontrar.

La mesilla de noche tiene los cajones destripados. Francis sostiene una carta abierta. La levanta y la mira al trasluz. Si sostuviera el Santo Grial, su entonación habría sido la misma. Habría dicho: «Mira lo que acabo de encontrar». Emeli se acerca y lee. Sonríe.

—Joder, Thurmond.

¡Estamos bien! Sentimos no haber dado señales de vida... pero nos gustaría que vinierais a vernos. En la ciudad más cercana hay una compañía, la Denali Wind, que ofrece algunos vuelos a este lugar. No son muchos, así que lo mejor es que coincidáis todos el mismo día para coger el avión. Nuestra recomendación es el 3 de octubre. La vida aquí es diferente y maravillosa. ¡Venid, por favor! Las coordenadas son: O1801°44'32.1" / N850°23'55.18".

P. D.: Os adjuntamos un regalo, para que veáis lo bien que estamos.

—La misma puñetera invitación que encontramos en la cartera de Sabaly.

—Pero en plural —dice Francis—. «Os» en lugar de «te». Y además existe otra diferencia. En el sobre sí hay regalo.

Francis le da el sobre abierto. Dentro hay una fotografía polaroid.

—Vaya, vaya. Esto sí que es un regalo.

Jenny y Charlie Goodwin sonrían descalzos sobre un prado verde. De fondo hay un bosque.

—Son ellos. ¡Lo enviaron ellos!

—Sí, son ellos —aclara Francis—. ¿No hay sobre?

Emeli busca en el cajón.

—No lo hay.

—Entonces no tenemos el remite. No sabemos desde dónde y quién la envió. Así que desconocemos aún si fueron ellos.

—No sé qué esconden estos chicos, Thurmond.

Emeli se acaba de escuchar como lo haría su madre. Su madre acaba de hablar a través de ella. Se ha sentido su madre, con delantal y fragor de fritanga, en la casa del pueblo.

—Solo disponemos de dos invitaciones —dice Francis.

—Esto ya establece un patrón. Cada víctima probablemente tenga la suya.

—Con la fotografía de cada hijo y las instrucciones para que coincidan todos el mismo día y coger juntos el vuelo de Denali Wind.

—Es extraño que cada hijo enviara la misma carta.

—Sí. O se han puesto de acuerdo o las envió una sola persona, con o sin consentimiento de los hijos, haciéndose pasar por ellos.

Emeli no responde y observa la invitación, silenciosa.

—Pinta raro este asunto, Thurmond. Pinta raro y mal.

—Ahora necesitamos encontrar las otras invitaciones, por si alguna está dentro del sobre en la que se envió. Tenemos que acceder al remite, Urquiza.

—Y buscar las huellas de los Goodwin júnior para cotejarlas con las de la invitación. ¿Llevas revelador encima?

Francis asiente.

—Ocúpate de las huellas del piso superior. Yo me ocupo de encontrar la tablet o el portátil de los Goodwin. También es extraño que lo enviaran por carta y no por mail. Los de Tecnológica me tienen hasta los mismísimos con el acceso a los correos de las víctimas. A ver si así se lo ponemos más fácil.

Suena en el móvil la música de *Up*. Cielo azul. Globos de colorines. Felicidad. Emeli contesta:

—Urquiza.

Francis se abrocha la gabardina y se coloca el sombrero; luego sale del dormitorio enguantado bajo látex fosforito y armado con el revelador de huellas. Emeli escucha. Emeli dice:

—No me fastidie.

Quince minutos después, Emeli se despide con su CCAA y salen de la residencia de los Goodwin. Francis anda raro. Francis ondula y sostiene su gabardina como si fuera un exhibicionista ante la entrada de un colegio. Dentro de ella oculta dos jabones de manos con extracto de manzana, una lata vacía de Coca-Cola, un cepillo de dientes usado y un portátil. Al entrar en el Ford alquilado, Emeli maldice.

—El GPS no funciona.

Cuatro horas después. Oficina del DIC. Migrañas por el vuelo y por el estrés sin GPS: dos yunques subcutáneos en las sienas de Emeli. Las migrañas son invenciones del cerebro. Dolor real pero injustificado. Dolor sin lesión. Emeli se pone los cascos para añadirse ahora otros dos yunques auditivos y escuchar la grabación del interrogatorio, el motivo por el que la llamaron cuando estaban en casa de los Goodwin. Clic sobre el *play*. Francis también escucha en su ordenador.

Frente a Emeli, en la pantalla del achacoso Dell, surge una sala de interrogatorios, con un inspector de la Estatal y un interrogado que dice ser piloto de la compañía Boreal Eagle, que al ver la noticia del asesinato múltiple en la casa cúbica ha decidido contactar con la policía porque afirma tener información clave. El interrogatorio ya está iniciado.

—¿Recuerda la edad de los viajeros?

—Entre diecimuchos y veintipocos.

—¿Recuerda cuántos eran?

—Un grupo de unos diez. Los llevé en dos viajes. También cargamos con provisiones para varios meses.

—¿Provisiones para pasar el verano?

—Y el invierno también.

—¿Recuerda la fecha en que los llevó a la casa cúbica?

—Sí, a principios de verano. El 12 de junio. Hace cuatro meses.

—¿Recuerda la fecha en que los trajo de vuelta?

—No los traje de vuelta, inspector.

—¿No los traje de vuelta?

—Dijeron que se pondrían en contacto al final del verano. Pero no lo hicieron.

—Entonces ¿no sabe cuánto tiempo se quedaron allí?

—No. Ni cómo salieron.

—¿Sabía de la existencia de esa casa?

—La vi desde el aire en dos o tres ocasiones antes de llevarlos a ellos.

—¿Conserva documentación de los viajeros?

—No.

—¿Ni fotocopias de pasaporte ni registros de identidades?

—He buscado en la oficina. Pero no conservo nada, inspector.

Emeli tiene calor de oídos y se percata de que garabatea una caracola sobre los informes recientes que tiene sobre la mesa. Se quita los cascos y entonces irrumpen el agente Sarmiento en la oficina.

—¡Damas y caballeros! ¡Tenemos a nuestro hombrecillo!

Emeli se levanta.

—¡Sarmiento! ¡Ven aquí!

Se aproxima el agente.

—Su informe, jefa.

—No vuelvas a irrumpir como un vendedor de pizzas.

—Lo siento, jefa.

Emeli contempla el informe, el ansiado informe sobre el hombrecillo más buscado del país. Obviando terminología y numerología policial, redacción protocolaria de ley y de relleno, datos,

fechas y referencias bancarias y direcciones IP hackeadas, el informe más o menos dice algo así: ya tenemos al hombrecillo que pagó a Bianco. Emeli lee el nombre, observa la fotografía y sonrío a pesar de las migrañas.

—Vaya, vaya... —murmura.

Después mira a Francis Thurmond, que aún tiene los cascos y parece que se ha puesto música y no se ha percatado de la irrupción de Sarmiento.

—Francis —dice.

—...

—Francis —repite.

—...

—¡Francis!

Emeli arruga la primera hoja de un informe, donde aparece el retrato del hombrecillo, y le da a Francis en la nariz, que alza la voz, veinticinco decibelios por encima de lo normal.

—¡Dime, Urquiza!

Después percibe que no oirá lo que le diga Urquiza. Así que se quita los cascos. Suena a ciento veinte decibelios el *Bolero* de Maurice Ravel, en fase avanzada. Fiestón de violines y trompetas.

—¿Qué te parece la cara de nuestro hombrecillo?

Emeli Urquiza. Criminología en UPV-EHU. Máster en Maryland. Tercera de su promoción. La teoría tragada en la universidad (ciencia forense, patología, sociología, huellas, balística, grupos sanguíneos, ADN) atiborra ahora su desván. Después dos años limpiando esquinas en el Bronx, registrando camellos, arbitrando disputas domésticas, esperando tras las lunas tintadas del Cadillac mientras vigila puertas traseras, hasta naturalizarse con la vida en la ciudad. Después tres años como paisano, en Narcóticos y robos de coches, fichando informadores de la calle y fuentes a las que controlar sin que te controlen, yonquis, prostitutas, *strippers* o quien sea menester, y más vigilancias y más pizzas extra de queso y *lattes macchiatos* del Starbucks sobre la guantera, antes de aterrizar en Investigación Criminal. Algo parecido a Francis Thurmond, aunque él no tenga títulos, pero sí teoría como para atiborrar el despacho de un catedrático, al que en el DIC de Baltimore apodaban Mr. Mac el Solitario. Mac por su cabeza, con una base de datos sobre historiales de arrestos, antecedentes penales, registros de armas e información de vehículos como para llenar un disco duro. Y Solitario por lo evidente: un fino estilista, silencioso, paciente, con fama de perseguir los casos perdidos; un bicho raro en su antigua unidad, donde los casos se ganan o se pierden en las primeras veinticuatro horas.

Emeli Urquiza carga con todo eso encima, incluido Francis. Dada su situación actual (migrañas y las zapatillas de otra tía en su dormitorio), podría mandarlo todo a la mierda. Pero lo que hace es mirar a Ethan Alvey. En lugar de traérselo a la sala de interrogatorios de la oficina del DIC, lo han citado fuera de su casa, lejos de mamá y de papá, en una terraza de Georgetown, con vistas al Potomac. En plan colegas. Así que eso hacen: tomarse un gin-tonic ella, un zumo natural Ethan Alvey y una manzanilla Francis Thurmond. Hay brisilla atlántica, amplitud de mirador, rumor plácido entre los veladores. Además de bolso, Emeli lleva el pelo suelto y algo de corrector, base y polvos en la cara. Ethan Alvey viste gafas Blues Brothers, camisa azul y mocasines y se le ve un poco confuso. Su lenguaje corporal dice no saber qué hace allí. Tampoco ha querido venir con abogado, lo que revela algunas cosas de él. Emeli bebe del gin-tonic.

—¿Qué tal va el curso, Ethan?

—Bueno, estudiando, ya sabe. Acabamos de empezar, pero en dos semanas tenemos exámenes.

—¿Cuántos años te quedan?

—Este es el último.

—¿Siempre has estado en el campus de tu padre?

—Hace dos años estuve en Yale.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué te fuiste a Yale?

—Quería probar cosas nuevas. Vivir fuera de casa.

—Pero volviste. ¿No te gustó?

Ethan sonríe con ironía, dentadura blanca bajo las gafas.

—Ya saben por qué volví —dice—. Para cuidar de mi madre después de lo que él hizo.

Francis le ofrece la caja de Winston.

—¿Un cigarrillo?

—No fumo, gracias.

Emeli se inclina, compasión CCAA.

—¿Fue muy duro lo de vuestro padre? —pregunta.

—Imagínese. Mamá en el hospital y con cara de no querer vivir. Matilde y yo sin separarnos de ella, sabiendo que si se mantiene con vida es por nosotros. Es bastante triste.

Ethan no es tonto. Ha querido humanizarse delante de ellos. Y razones tiene. Podría haber callado, protegiendo su intimidad, por derecho propio y comprensible.

—Oye, Ethan. ¿Te importa si te pregunto por tu viaje a Europa?

Ethan bebe un sorbo y se apresura a responder:

—No, claro.

—¿En qué lugares estuviste exactamente?

—Me fui de Interraíl, ya saben. París. Ámsterdam. Bruselas. Hamburgo. Copenhague. Oslo. Bergen. Estocolmo. Me desvié hacia el norte.

—Yo también fui una vez de Interraíl. Volví cargada de baratijas. ¿Te trajiste muchos recuerdos?

—Algunos, pero los he regalado casi todos.

—Seguro que a tu madre le has regalado alguno.

—Sí. Una Torre Eiffel en miniatura. También varias postales.

—Los llaveros, qué típicos. ¿Podrías traerme todo eso mañana a la oficina?

Ethan moja los labios y otra vez se apresura a responder:

—Bien.

—¿El pasaporte también me lo podrías traer?

—Vale, bien, lo único... ¿por qué quieren todo eso?

—¿Conoces a Charlie y Jenny Goodwin?

Tras las gafas, Ethan piensa, y es un pensar disminuido bajo presión y cronómetro. No es tonto, se lo tiene que oler. Emeli ha consultado su expediente académico: cinco matrículas, tres sobresalientes, una media de 3,91 sobre 5. Escribe en la revista del campus *El Refugio del Estudiante* y su expresividad es pulcra y exacta, e incluso musical y de una lucidez prematura que nueve de cada diez adultos no alcanzan en toda una vida, lo que ha impresionado incluso a Francis. Pero ante ellos se expresa como un chaval, de forma ignorada o medio ignorada, como si tuviera un CRCP, Chaval que adquiere Rol de Chaval porque es lo que se le Presupone. Emeli piensa que Ethan tendrá brillanteces y lagunas, como todo chaval talentoso de veintidós años. Con el tiempo dejará de tener lagunas pero no brillará tanto.

—Sí —admite—. Los conozco.

Emeli extrae de su bolso una carpeta donde pone «Caso/01203/Ethan Alvey/casa cúbica».

—¿Y conoces a Bhrogan Billinghamurst?

Emeli muestra el informe y las fotografías de un hombre, empleado en una de las asesorías financieras de la Fundación Alvey. El informe lo relaciona con las irregularidades fiscales de una sociedad fantasma en Antigua y Barbuda, que creó él en secreto y a nombre de la fundación para pagar al arquitecto Nicholas Bianco.

—Nosotros le llamamos el hombrecillo —aclara Emeli—. Nicholas Bianco lo bautizó así.

Ethan no dice nada y Emeli muestra más fotografías: estas, congeladas de una cámara de seguridad, en el mismo local en el que están ahora (no es casualidad que le hayan citado allí). En ellas aparecen: Bhrogan Billinghamurst y Ethan Alvey sentándose. Bhrogan Billinghamurst y Ethan Alvey hablando. Bhrogan Billinghamurst y Ethan Alvey despidiéndose.

—El señor Billinghamurst, al verse acorralado por nuestros agentes, optó por colaborar sin escatimar en detalles —añade Francis—. Al parecer, supiste cómo persuadirlo.

Emeli muestra otra fotografía congelada: sala de interrogatorios, piloto de la compañía Boreal Eagle.

—Dijo que erais unos diez en la avioneta.

—Vale, sí —dice Ethan.

—¿Vale qué, Ethan?

—Yo quise construir esa casa.



Son las 00.17 cuando Ethan Alvey concluye su declaración. A Emeli le va a explotar la cabeza. Francis Thurmond dice tener flojera de piernas por el esfuerzo. Emeli acompaña al joven a la salida y le pide un taxi. Está silencioso y algo conmocionado por lo que ha dicho. Ella le palmea la espalda.

—Descansa, Alvey.

Se va el taxi y Emeli vuelve a la oficina, que es como una luciérnaga en la noche y con cuatro pringados de guardia dentro. Francis teclea la declaración de Ethan. Sus informes son de una exactitud pocas veces vista en la oficina del DIC. Nadie teclea como él. Teclea como un anciano aprendiendo a teclear, tan lento que en la oficina establecen símiles con caracoles sobre asfalto de carreras Nascar. Es lentísimo, sí, pero nadie hace informes tan fantásticos como él.

—Creo que necesito dos cafés negros —comenta.

Emeli extrae de la máquina lo que en su tierra se denominan dos cafés solos. Francis se los bebe de un trago, después teclea algo y cuando siente la estimulación de la cafeína, dice:

—Gracias, Urquiza. Yo me encargo del informe. Puedes irte ya si quieres.

—No, me quedo.

—Pareces ebria —observa Francis.

—Estoy algo ebria de cansancio, sí.

—Como la ingesta excesiva de alcohol, el cansancio y las migrañas también son una turbación pasajera de los sentidos —explica Francis—. El cansancio y el alcohol son justificados, pero no existen motivos científicos para que las migrañas también lo sean. No sé si estás al corriente de la vanguardia neurocientífica.

Emeli tiene ahora tres yunques. Uno en la frente y con apellido Thurmond.

—Estoy al corriente. Pero me gustan el autoengaño y el placebo.

—Ya que estás ebria, te debería llevar a casa.

—Vienes al trabajo en autobús y tienes el carnet de conducir caducado. ¿Cómo piensas llevarme a casa?

—El nocturno pasa en diecisiete minutos.

—No. Me echo un rato y te sustituyo con el informe. Despiértame en una hora.

—No soy muy buen reloj, Urquiza. Igual te despierto en setenta minutos. O en ciento veinte. — Con dos cafés solos, Francis Thurmond también puede ser gracioso.

—Pues me pongo la alarma.

Emeli se tumba en el único sofá de la oficina. Entra en WhatsApp y mira el perfil de Larissa.

Aparece conectada. En su foto de la aplicación antes estaban las dos. Ahora solo ella a contraluz, como un espíritu libre. Emeli deja el móvil y siente una rendición vital al cerrar los ojos. El sofá y el tecleo de Francis son mejores que volver a casa y encontrar las zapatillas o la ropa interior de una desconocida.

Ethan Alvey entra en su habitación y se sienta en la cama. En la penumbra azulada brillan las letras de los libros en las estanterías. Los libros son muertos que aún cuentan historias. *Una vida sin principios*, Henry David Thoreau. *Walden*, Henry David Thoreau. *La desobediencia civil*, Henry David Thoreau. *La llamada de lo salvaje*, Jack London. *Colmillo blanco*, Jack London. *Infancia. Adolescencia. Juventud*, León Tolstói. *Guerra y paz*, León Tolstói. *Resurrección*, León Tolstói. *Los vagabundos del Dharma*, Jack Kerouac. *Hacia rutas salvajes*, Jon Krakauer.

Ethan se lleva las manos a la cabeza. Lo que quiere es contener sus pensamientos. La declaración ha abierto una herida. Un bisturí sobre la cicatriz. Dolor al mirar dentro. Nadine. Nadine. Al final lo ha admitido. Les ha contado algunas cosas de Nadine. Ethan mira los libros. Yo estaba perdido en la vida. Estaba atrapado y necesitaba huir. Los libros fueron mi salvación, los libros me marcaron el camino, me abrieron los ojos, me mostraron un nuevo rostro de la vida. Pero ahora... ahora... ¿Cómo ha podido suceder esto? ¿Cómo se me ha ido tanto de las manos?

¿Cambiarías lo que hiciste, Ethan? ¿Cambiarías cómo empezó todo?

Dos años antes. Después de saber lo de su padre.

Ethan pensaba en lo que no quería pensar. Es decir: Ethan, quieres pensar en tu padre, con una cajera del Wegmans cerca de la autopista a Hagerstown, una criatura prodigiosa veinte años menor que él, más joven, fresca y alegre que tu cansada madre, ambos desnudos y entregados a la lujuria todos los martes y jueves durante ocho años, y quién sabe cuánto más. Quieres pensar en sus otros dos hijos, de cinco y siete años, en los que tal vez piense más que en tu hermana y en ti, porque han devuelto a tu padre la ilusión y el regocijo patriarcal de una familia en esplendor. Quieres pensar en cómo tu madre perdió el dominio de sí misma para encerrarse en el baño y cortarse las venas, en cómo la ingresaron en el hospital universitario de MedStar en Georgetown, en su cara inexpresiva al verte aparecer en la habitación, en cómo su mano lívida te pareció la de una anciana, en cómo pensabas, mientras le acariciabas el cabello, en lo penosa que debía de ser su existencia en aquel instante, con el descubrimiento de los hijos de otra mujer. Quieres pensar en que durante las dos semanas de tratamiento psiquiátrico, entre visitas de amigas y compañeras del Instituto Smithsonian, a tu madre la convencieron para contactar con un abogado de Lincoln Park especializado en divorcios. Ella solo comenzó a sonreír cuando empezó a imaginarlo, hasta que llegó él y se arrodilló ante ella, le cogió de la mano y le suplicó y le pidió perdón, el gran August Alvey, más delgado y envejecido que nunca, toda esa deidad suya, tan fascinante y remota desde que Ethan tuviera memoria, degradada hasta lo más pueril y ridículo de la presencia humana. Allí mismo, ante su mujer y sus hijos.

Ethan estaba sentado en el merendero de un parque, el césped sembrado de hojas que había quitado de un castaño para ponerlas alrededor de sus pies, porque era primavera. El encuadre solo mostraba sus piernas y la hojarasca, y una tarta de frutas con chocolate sobre sus muslos, espolvoreadas con violetas perfumadas, porque a la composición le faltaba color.

FitEthan\_1 Post #legday. «TOP!! Descanso bajo el sol tras primer entreno de piernas después

de 32 días parado L la rotura no ha dado guerra pero sensaciones raras... poco a poco... con paciencia... gracias a @samuel5zuck por estar ahí!! Ahora a disfrutar.»

*#motivation#followme#fitnessaddict#love#bodybuilding  
#training#Yale#beautiful#trainhard#NewHaven#Columbia  
#fashion#life#dreams#diet#healthy#sun#happiness*

Ethan se tumbó, la tarta a un lado, porque con el batido proteico no tenía hambre. Quince minutos para Derecho Mercantil con el antediluviano Thobias Roth. En su visión, un fragmento de cielo azul, islas de algodón que desfilaban en un carrusel silencioso. El de su cabeza también era otro carrusel, una tortura de carrusel, de pensamientos en lugar de nubecillas dulces. Sacó otra foto, exactamente de lo que veía. FitEthan\_1 «Belleza. Cuando el cielo se convierte en lo único que existe». Filtro Mayfair.

*#motivation#followme#sky#clouds#love  
#Georgetown#Columbia#beautiful#NewHaven#Yale#fashion  
#life#dream#sun#happiness*

El mayor miedo era ver a su padre. Ethan era incapaz de hablarle. Temía que le temblara la voz y que se le saltaran las lágrimas. Su madre vivía bajo el telón alzado de un escenario, ante el público que eran sus dos hijos, interpretando a una esposa sin pasado, o con pasado inventado y feliz. Treinta «me gusta» y siete comentarios. «Ánimo FitEthan\_1!! Esas piernas no son de un lesionado!!» «¡J Gracias! Gracias! Me tendríais que haber visto, las sentadillas... bufff!!» Había vuelto de su experiencia en Yale y ahora estaba en casa, por decisión propia. Estudiaba, entrenaba y publicaba más que nunca, y tenía dos mil seguidores más en Instagram; también ayudaba a una historiadora del Smithsonian, experta en arte cristiano primitivo y medieval, a interpretar en casa como si fuera en Broadway la historia de una familia feliz.

De ese modo pasaban los meses, tan rutinarios que los recuerdos se volvían un ovillo del tiempo. A veces pensaba en sí mismo como si fuera otra persona, algo así como un desdoblamiento corporal en dos mitades. Al igual que sus recuerdos, que en ocasiones le parecían ajenos, como si el Ethan Alvey de diez años fuera en realidad otra persona, lo que no es disparatado, porque las células del organismo se renuevan constantemente: catorce días para las células que recubren su estómago, veintiocho para la epidermis, setenta para las células del hígado, ciento veinte para los glóbulos rojos. Su cuerpo no había evolucionado, su cuerpo había muerto y nacido, y moriría y nacería varias veces más antes de morir para siempre. Nada quedaba del Ethan Alvey de diez años, nada excepto recuerdos insípidos y la obcecación universal de seguir llamándose Ethan Alvey. Tal vez de ahí venga lo de las únicas células que no mueren hasta el final, las del cerebro, donde se almacena lo vivido, lo que algunos llaman identidad. La de Ethan: ovillos neuronales y polvorientos.

A veces tenía la sensación de que podría desaparecer, pero él necesitaba que los demás vieran que existía. Y sí, a veces lo sentía como un trabajo de veinticuatro horas, mostrarse continuamente, registrar su vida, y en otros momentos se sentía encarcelado, pero es que no podía, no podía quedarse sin eso; si se quedaba sin eso, se quedaba sin nada. ¿Qué sentido tendría entonces? ¿Qué sentido tendría hacer cosas si nadie lo sabía? De cómo comenzó todo recordaba poco. En la niñez, tal vez, o al final de la niñez, cuando uno sale al mundo de verdad y empieza a pensar en quién quiere ser. La inspiración había sido su padre, eso lo sabía bien. Tengo que estudiar Filosofía, o Arquitectura, o me haré profesor, como mi padre. Tengo que estudiar Historia, para ser extenso como mi padre y como los filósofos griegos. Tengo que escribir libros, seré escritor y compensaré con las letras lo abominable del mundo, o mejor aún, seré médico y salvaré las vidas de los

demás. Tengo que ser un catedrático, un intelectual de renombre, tengo que destacar en alguna disciplina deportiva, tengo que batir récords, tengo que viajar de voluntario a África, tengo que llevar gafas de pasta, trajes de tweed, tengo que dejarme barba y hacerme un corte *undercut*, tengo que reducir mi IMC y comer más verduras, tengo que aprender francés y español, tengo que cultivar mi vocabulario, tengo que saber de todo, tengo que tener una vida perfecta y una familia perfecta, ser feliz y ser infeliz para tener otra familia perfecta y ser feliz de nuevo. Tengo que. Tengo que.

Ahora lo veía. La culpa no era suya, la culpa era de su padre por no estar ahí cuando le necesitaba, por serlo todo y por no enseñar a su hijo nada, excepto que debía serlo todo él también. Eso había sido crecer: pensar en una lista de tareas, una lista como de cadenas de metal, que se le enroscaban al cuello en lugar de llenarle por dentro y convertirle en alguien de verdad, un Ethan Alvey auténtico, digno de nombre y apellidos y con su lugar en el mundo. Eso había sido crecer. Y ahora... ahora se daba cuenta de que estaba perdido. Ahora se daba cuenta de que no podía más. Por favor, que alguien le enseñara. Que alguien le enseñara porque no sabía.

Tuvo que parar. El móvil, el móvil, ¿dónde está el móvil? Instagram. MaryBlom5 con poses al estilo del último anuncio de Chanel. Tina\_15 tomando el sol en Florida. Marcus\_light en el cumpleaños de su hermano. Jenny\_Goodwin leyendo un libro, enseñando la portada, con la ilustración de una cabaña en mitad del bosque. Ethan leyó: «La sabiduría está en #WaldenLavidaenlosbosques de #DavidHenryThoreau». Y después nuevas fotos con un repertorio de frases célebres de Thoreau, sobre los dos años y los dos meses y los dos días que vivió aislado en la cabaña construida por él mismo junto al lago Walden.

Eres más consciente que antes de lo que es importante y lo que es trivial.

Hay momentos en los que toda la ansiedad y el esfuerzo acumulados se sosiegan en la infinita indolencia y reposo de la naturaleza.

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente; enfrentar solo los hechos de la vida y ver si podía aprender lo que ella tenía que enseñar. Quise vivir profundamente y desechar todo aquello que no fuera vida... Para no darme cuenta, en el momento de morir, de que no había vivido.

Ethan sintió dentro de sí el calor de una idea. Por primera vez, la inspiración le venía de las letras y no de una imagen. Al principio la idea fue tímida, pero como con toda idea que uno necesita, con los meses se hizo enorme, hasta el punto de que tuvo que extraerla.

Como Thoreau, él también construiría una cabaña en el bosque.

Emeli tiene los ojos cerrados, pero no puede dormir. Los yunques siguen ahí, golpeando en las sienes. A su lado, Francis reproduce la grabación del interrogatorio y la declaración de Ethan Alvey. Francis escucha y teclea.

Ethan Alvey declara sobre el proyecto falso de ayuda humanitaria en Tanzania, para la construcción de dos campos de refugiados burundeses, con capacidad para tres mil familias. La trama fue urdida entre los sujetos Ethan Alvey y Bhrogan Billingham, asesor fiscal en el equipo gestor de la Fundación Alvey. Se la presentaron a August Alvey y este aprobó el proyecto. Ethan afirma tener sospechas de que no creyó la farsa, pero que la aceptó para contentarle, ya que su relación es muy fría. Billingham recuerda con Ethan una comisión del 15% por sus servicios para el desvío de los recursos del proyecto en Tanzania a la sociedad fantasma X en Antigua y Barbuda, con la que se sirve para pagar a Nicholas Bianco. Se procede así a la compra del terreno con registro catastral X (véanse anexos X cartografía catastral rústica de propiedades y tenencias), y a la posterior

financiación del proyecto arquitectónico y la ejecución de obra de la casa cúbica. Ethan Alvey afirma tener la idea principal, y asume la autoría de los bocetos iniciales de la casa presentados por el arquitecto Nicholas Bianco cuando se le interrogó (véanse anexos X, prueba X).

Notas e impresiones personales del redactor: vistos los bocetos de la casa, Ethan Alvey tiene la capacidad ilustrativa de un chimpancé pigmeo. Por otro lado, en la familia Alvey construyen casas y juegan con millones como con fichas de Monopoly.

Se adjunta transcripción de interrogatorio a Ethan Alvey. Grabación X. Extracto 5/9.

—¿Por qué lo hiciste, Ethan?

—Quería hacer algo por mi cuenta. Algo que fuera realmente mío. Estaba cansado.

—¿Cansado de qué?

—De todo.

—¿Querías superar a tu padre, Ethan?

—No era mi intención.

—¿Querías ser mejor que tu padre, Ethan?

—No.

—¿Querías ser simplemente mejor, Ethan?

—No. Solo quería ser yo.

—¿Qué buscabas, Ethan?

—Ya se lo he dicho. Buscaba ser yo.

—¿Ser tú? ¿Qué es ser tú? ¿Qué chorradas son esas de ser tú? Tú ya eres, te veo aquí, Ethan.

—Quería cambiar. Empezar algo nuevo.

—¿Por qué lloras, Ethan?

—Por lo que ha pasado.

—¿Te sientes culpable?

—En cierto modo sí.

—¿Y qué es lo que ha pasado, Ethan?

—Ya le digo que no lo sé.

—¿Que han muerto nueve personas, y entre ellas Nadine, tu amiga íntima?

—Sí...

—¿Quieres un vaso de agua, Ethan? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien...

—Entonces, cuéntanos. ¿Qué hicisteis en la casa cúbica?

—Estuvimos ciento cinco días. Éramos diez, entre los dieciocho y los veintidós años.

—¿Una comuna!

—Sí. Formábamos una comunidad multicultural, autosuficiente. Teníamos huertas, cazábamos y pescábamos en los ríos. Buscábamos una forma de vida alternativa, fuera del sistema.

—¿Cómo Alexander Supertramp en *Hacia rutas salvajes*?

—Como muchos otros que buscaron la vida pura antes que yo.

—Entonces, Ethan, para que me aclare: ¿quisisteis crear un mundo diverso y sin fronteras?

—Algo así.

—¿Qué bonito! Una comunidad *millennial*.

—¿Se ríe de mí?

—No, Ethan, claro que no. Por cierto, Bianco nos habló de las placas solares y del sistema de energía geotermal. ¡Qué autosuficiente!

—Quisimos minimizar el impacto en el entorno.

—Instalaciones pagadas por papá. Yo también quiero juguetes así.

—La casa no es un juguete. Es un experimento de vida.

—El futuro en las nuevas generaciones. ¡Fantástico! ¿No te lo parece, Francis?

—Desde luego. Ojalá el mundo los escuche.

—¿Y cuándo viajasteis a la casa?

—El 12 de junio, con la compañía Boreal Eagle.

—Entonces os fuisteis de la casa... ¿el 27 de septiembre?

—El 26.

—¿Son siete días antes de que aterrizaran allí las futuras víctimas! Menuda casualidad, ¿verdad, Francis?

—Sí, demasiado azaroso.

—No sabíamos que iban a venir.

—Vaya, no coincidisteis por poco. ¿Volvisteis también con Boreal Eagle?

—No. Hicimos una travesía a pie de cinco días. A sesenta millas del lago Wrangell hay un poblado indígena con alquiler de trineos. Fuimos hasta allí.

—¿Una aventura a lo Jack London?

—Queríamos experimentar, acampar, vivir en el bosque.

—¿Un *remake millennial* de *Colmillo Blanco*?

—Después fuimos en trineo hasta la costa. El tiempo cambió deprisa, el invierno casi nos pilla. Allí cogimos un ferry hasta Vancouver. Teníamos intención de pasar el invierno en un rancho de Texas.

—¿Propiedad de la fundación?

—Sí.

—Entonces ¿la universidad a la mierda?

—Esa era la intención. Pero llegó la noticia de los nueve asesinatos.

—Así que cada uno acojonado para su casa. De luto.

—Nos volvimos locos. No sabíamos cómo actuar.

—Lo imagino.

—Tomen esto.

—¿Qué es? ¿Un regalo?

—Solo teníamos una cámara polaroid. Son fotos de la travesía a pie y del viaje en ferry. Las fechas coinciden con los días de los crímenes. Es...

—¿Una coartada?

—Sí.

—¿Ves, Francis? Ni móviles ni cámaras réflex. Purismo *millennial*.

—Sí, como el movimiento *hippie* o la generación *beat*.

—Es una coartada perfecta, Ethan.

—Es lo que hay.

—Mira, Ethan. Nosotros tenemos otra fotografía que enseñarte. Es de tu cámara polaroid. La sacaste tú y la recibieron las víctimas. ¿No te parece una maravillosa coincidencia?

—Son Jenny y Charlie.

—Sí, la encontramos en casa de los Goodwin. Confirmanos, Ethan. ¿Los miembros de la comuna erais los hijos de los padres que luego fueron allí?

—Sí.

—Vale. ¿Y qué pasa con el resto de las fotos? ¿No hubo más?

—Sacamos fotos de toda la comunidad. Se quedaron en la casa, pegadas en la pared de la sala de estar.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y si te dijese que esas fotos se enviaron, junto con una invitación, a los padres de tus compañeros?

—No sé de qué me habla.

—Esta es la invitación. ¿Te suena de algo?

—No. No me suena.

—Mírala bien.

—Ya la he mirado bien.

—¿Por qué no la tocas, Ethan?

—¿Por qué la tengo que tocar? No sé lo que es.

—¿Te da asco la invitación?

—No.

—¿Y por qué no la tocas? ¿Te da miedo?

—Sí, me da miedo.

—¿No sabes quién la envió?

—No. No lo sé. Ya le digo que las fotos se quedaron allí.

—¿Sabes, Ethan? Hay algo que no nos cuadra.

—¿Qué no les cuadra?

—Nadine.

—¿Nadine?

—¿Por qué lloras, Ethan?

—No lloro.

—¿Te duele lo de Nadine? ¿Qué sucedió con ella? ¿Viajó con vosotros y participó en la comunidad?

—Sí.

—¿Y entonces? ¿Por qué apareció muerta y junto a los demás cadáveres?

—Porque no regresó con nosotros. Ella no salió de allí.

—¿Ah, no? ¿Y qué pasó?

—Que la enterramos.

Los demás ya se habían ido y frente a la tumba solo quedaba Ethan. En lo alto de la colina, las hierbas altas y parduzcas ondulaban bajo el viento. En la tumba tintineaban como carillones las pequeñas estatuillas. El siseo era relajante y profundo y estaba en todas partes. El siseo envolvía a Ethan y le secaba las lágrimas. El siseo parecía vivo y penetraba en sus oídos como si le quisiera decir algo. Ethan imaginaba en él la voz de Nadine, que ya se hallaba bajo tierra. Un leve susurro. Un último mensaje.

No es culpa tuya, Ethan.

Lo es. Yo te he matado.

Era el día ciento cuatro.



Emeli despierta, al final se ha dormido. Amanece y no le duele la cabeza. Francis Thurmond ha terminado el informe sobre la declaración de Ethan Alvey. Ahora está de pie y contempla las fotocopias encima de la mesa. No parece haber pasado la noche redactando el informe: la camisa de cuadros de la posguerra abotonada hasta la nuez, los tirantes del pantalón bien tensados, el pelo afro en su sitio y sin despeinar (lo que no es meritorio de él sino de su genética africana, por tener un pelo afro y corto, con tiznes canosos a lo Obama).

Emeli entra en el aseo para mujeres, se encierra en el retrete, hace pis concentrado de primer pis del día y sale al lavabo para mirarse la cara sin desmaquillar. Cuanto menos quiere mirarse al espejo, más se mira. Con treinta y cuatro años empieza a percibir eso. La comprensión de que se acerca a la mitad de su vida, la mitad decadente, le vino con lo que ella cree fue la comprensión de la muerte. No fue la de su *aita*, ni la de su amigo Iker por cáncer de pulmón, ni la de Susan en accidente de tráfico, cuando eran compañeras de habitación en Maryland. Fue una muerte anónima, una chiquilla violada y estrangulada en un callejón de Baltimore con trasfondo de drogas a alto nivel, poco antes de que Emeli cumpliera los treinta y cuatro. Nada especial, nada diferente a los demás, solo la precisión de suceder cuando a Emeli se le abría dentro un resquicio extraño. Secretos fisiológicos dentro de una misma. Incógnitas del cuerpo. A Emeli la estremece pensar en el dominio ajeno de una misma, en un control de mandos recóndito. Por eso piensa en el descenso abrupto de la fertilidad a los treinta y cuatro, según artículos científicos que a veces figonea en internet, y que coincide en años con ese punto de inflexión de cuando se le filtró la comprensión de la muerte, una respuesta científica que justifica el momento y lo vuelve comprensible y más llevadero. Otras cosas no tienen respuesta, y una se contenta con una respuesta a medias. Eso es lo que hace con lo de mirar atrás y ver que ahora los años, aproximadamente desde los treinta, no suman uno tras otro, nítidos y con sus límites definidos. No son los dieciocho del primer año en la universidad, ni los veinte de cuando cree que se enamoró de verdad, o los veintiuno de la ruptura con Madda y el refugio enfermizo en los estudios, la emoción vital de saberse en lo que la apasionaba, o los veintidós del máster en Maryland y la aventura de cruzar el océano y empezar una nueva vida. Desde los treinta los años se solapan, suman pero no suman, porque no sabe lo que le pasó en cada uno de ellos, no los recuerda, como si cada día nuevo devorara el previo.

Antes de salir del baño, vuelve a mirar el móvil. Sin mensajes de Larissa. Podrías llamarla, Emeli. Pero entonces ¿qué le dirías? No he pasado la noche en casa, paso de ti, pero ahora te llamo sin saber por qué. Pero bueno, tú también has dormido fuera estos días. ¿De verdad le dirías eso, Emeli? En ese caso Larissa te respondería lo de siempre: tú empezaste esta maldita cadena

faltando tanto a casa. Es mi trabajo, le dirías tú. Para mí tu trabajo es otra mujer, te diría ella. Así son vuestras conversaciones. Cíclicas. Aunque no siempre os dais cuenta. Hace tiempo que dejasteis de deciros cosas nuevas. Lo que más te jode de que Larissa y tú os vayáis a la mierda es que las dos queréis tener un hijo. Pero eso no lo sabe nadie, ¿verdad, Emeli? Nadie salvo Joan.

Emeli sale del baño y se acerca a Francis, que continúa de pie y en la misma postura impoluta. Emeli siente tontuna matinal y necesita un café.

—Las invitaciones solo se enviaron por correo ordinario —dice Francis.

—¿No hay emails?

—Nada. Ethan declaró que las polaroids quedaron colgadas en la sala de estar de la casa cúbica, cuando ellos la abandonaron pocos días antes de llegar las víctimas. A partir de ahí no se sabe nada.

—Alguien las cogió después.

—En principio, hay fotografías de cada miembro de la comunidad. Cada víctima debió de recibir una invitación con una fotografía adjunta de su respectivo retoño. Pero solo por correo ordinario. Es extraño que no se asegurara con la vía electrónica. No encaja con algunos rasgos del perfil del asesino.

Emeli asiente y recuerda el perfil, que más o menos dice lo siguiente: individuo minucioso y excéntrico. Planificador. Idealismo extremo. Con gran cultura y amante de clásicos literarios. Organizador de eventos o festivales estilo Halloween en casas remotas. Puede ser hombre o puede ser mujer o puede ser transgénero.

—Al final, el hombrecillo no es nuestro asesino.

—Pobre Bhrogan Billinghamurst. Se le acabó el trabajo como asesor financiero de Alvey.

—Pero ahí lo tiene: el quince por ciento del presupuesto de la casa.

—Lo destinará a una cuenta en Antigua y Barbuda.

—¿Qué hay de las huellas en la invitación que recibieron los Goodwin? —pregunta Emeli.

—Nada especial. Solo cotejadas con las huellas de Ronald Goodwin. Lo que cabía esperar.

—¿Y de lo que ha declarado Ethan sobre Nadine?

Francis busca en su mesa y le tiende un informe médico. Emeli lo hojea.

—¿Leucemia?

—Sí. Nadine estaba enferma cuando viajó a la casa.

—¿Aun así crees lo que ha declarado Ethan?

Sonríe Thurmond.

—Ese chico miente muy bien. Nos ha contado un poco más, pero sigue guardándose información.

Emeli suspira. Cierra los ojos.

—Voy a hacer un pequeño repaso. Para aclararme.

—Como quieras, Urquiza.

—Ethan, adicto a las redes, sin identidad, martirizado desde niño por la figura de su padre. La aparición de una segunda familia es para él un punto de inflexión. Quiere cambiar de vida y entonces descubre a los genios de la literatura.

—Thoreau le abre el camino.

—Así que construye una cabaña.

—En realidad, una casa de tres millones de dólares.

—Forma junto a sus amigos una vida alternativa en comunidad. Multicultural. Autosuficiente.

—Con sueños *millennial*.

—Durante la convivencia algo sucede con Nadine. Según declaración de Ethan, ella está enferma y en fase terminal. Nadine sabe que va a morir y quiere que la entierren allí.

—Diría que en ese punto cojea su declaración.

—Sí, es muy extraño. Pero continuemos. Nadine muere y el día 26 de septiembre abandonan la casa. Dejan las fotografías en el salón, y son las mismas que reciben los padres junto a la invitación.

Francis alza un dedo.

—Incongruencia temporal, Urquiza. Los padres llegan solo una semana más tarde. No hay margen de tiempo para que recibieran las invitaciones con las fotografías y emprendieran el viaje. Quien envió las invitaciones no pudo hacerlo en esos siete días, tuvo que mandarlas mucho antes.

—Cierto. En eso Ethan miente.

—Así es.

—¿Y qué necesidad hay de mentir si no ha sido él?

—Lo desconozco. Pero si la declaración de Ethan fuera un puzle, con alta probabilidad, esa es la pieza que nos falta. El individuo que envió las invitaciones con las polaroids es a quien buscamos.

—Ethan tiene coartada. No estaba en la casa cuando ocurrieron los asesinatos.

—Y tampoco pudo enviar las invitaciones —dice Thurmond.

Emeli reflexiona un instante y acaba asintiendo.

—Porque se enviaron mientras ellos estaban incomunicados en la casa.

Asiente Francis.

—Así es. Tendría que haberse ausentado. Contactar por radio y coger una avioneta para volver a la ciudad y enviarlas. Y por eso lo de las fotografías pegadas en el salón es mentira.

—¿Qué necesidad tiene de mentir? ¿Para proteger a alguien?

—Es una posibilidad. Pero hay algo de lo que aún no hemos hablado —dice Francis.

Emeli lo observa, de pie ante la mesa. Por primera vez, Emeli adivina lo que tiene en mente.

—Ronald Goodwin.

Asiente Thurmond.

—Se fotografía con caracolas. Lo de las caracolas es un tanto extraño. Estoy estudiando los dibujos de la cabaña, pero aún no encuentro un sentido con sentido.

—¿Un sentido con sentido?

—Les encuentro sentidos, varios, pero ninguno que tenga sentido con lo que sabemos.

—No sé si entiendo eso, Thurmond.

—Bueno. Ronald también tiene un ejemplar de *Diez negritos*.

—Sí, como tanta gente. Lo dijiste.

—Es otro elemento que coincide. Como las caracolas.

—Pero ¿qué relación hay entre la mentira de Ethan sobre las fotografías y Ronald Goodwin?

—Eso aún escapa a mi intuición, Urquiza.

—Deberíamos centrarnos más en las víctimas —propone Emeli—. Tal vez el asesino esté dentro. Tal vez sea uno de ellos, de las propias víctimas. Como sucede en *Diez negritos*.

Thurmond sigue de pie y con aire abstraído.

—Parece una gran broma —murmura—. Es como si se riera de nosotros.

—¿Te refieres a Ronald?

—No. Me refiero al azar.

*Día 7*

Mientras Teodor y Ulad agonizaban con una dosis mortal de ricina en el organismo, Zettie Goodwin se introdujo en la ducha, desnuda y aún llorando. Tenía la cara cubierta de sangre y de partículas intestinales de Teodor. Como lloraba y lloraba y lloraba, las lágrimas se manchaban de rojo y le caían por todo el cuerpo. Ella cerraba los ojos; no quería mirar, la sangre le resbalaba por los pezones. El chorro de la ducha manó violento y le pegó a Zettie en la cara. Gritó y lloró bajo el agua y se lavó y se restregó con saña, como si quisiera arrancarse la piel. Mientras tanto caía agua roja y engullía el sumidero.

Teodor y Ulad vomitaron sangre durante nueve horas hasta morir. Ronald Goodwin y Ellis Harvey enterraron sus cuerpos en la cerca cada vez más fúnebre donde también estaban Garrido y la hija de Aliou Sabaly. La mexicana Ángeles Expósito dijo unas palabras en castellano que nadie entendió. Así que un salmo mexicano terminó por enterrar a Teodor Veselin (por segunda vez tras la partida al Texas Hold'em). Aliou Sabaly y la inglesa despistada se retiraron cuando la tierra nevada empezó a caer sobre las mortajas. Zettie se había encerrado en su habitación. Para entonces se había duchado tres veces.

El silencio hasta ese instante había sido sepulcral. Todos llevaban el terror dentro. Pero cuando se fueron y solo quedaron los dos enterradores, Ellis y Ronald, algo cambió. No hubo terror en la conversación. Comenzaba a oler a muerto.

—Tengo fascitis plantar —dijo Ronald—. Me duele desde hace días. Creo que son las botas.

Ellis cargaba tierra, vahos fríos de respiración, el jersey de lana remangado. En la muñeca tenía el tatuaje de un rifle y un casco colgante, con un lema encabezando: «Muerte en el desierto».

—¿Serviste en Afganistán? —preguntó Ronald.

Asintió Ellis, mientras cargaba tierra.

—¿En el ataque inicial?

Nuevo asentimiento de Ellis.

—En la caída de Kabul y en Tora Bora —dijo.

Ronald Goodwin llevaba días estudiando a Ellis Harvey. Provenía del Medio Oeste, de uno de esos lugares donde la música son acordes tristes de guitarra country sobre lo poco que hay que hacer. Su voz, cuando asomaba de la madriguera, sonaba a oxidación de Johnny Cash.

—¿Y mataste mucho durante el servicio? —preguntó Ronald.

Ellis Harvey enterraba con la soltura de haberlo hecho muchas veces. No respondió.

—No es que apoye la guerra —comentó Ronald—. Pero creo que casi nadie mata por pura maldad. Ni siquiera los psicópatas. Aunque algunos sí.

—La violencia en la guerra es justificada —dijo Ellis.

Ronald amontonaba tierra sobre la cabeza de Teodor.

—Y para los yihadistas y los talibanes es virtuosa. Yo creo que la existencia del bien y el mal tranquiliza a la gente. Piensan: la violencia extrema es una anomalía de perturbados. Un problema de otros y no de nosotros. A mí no me concierne. Todo sigue igual.

—Hay individuos normales con violencia extrema dentro —replicó Ellis.

—Pero la gente no quiere entenderlo. Prefiere la reconfortante simetría entre ellos y nosotros. Entre los que tienen el mal dentro y los que no.

—¿Quiénes son ellos y quiénes nosotros?

Ronald se rio porque el humor inesperado hace más fácil la risa. Ellis amontonaba tierra sobre el pecho de Ulad.

—¿Y a la vuelta sentiste inercia de seguir matando? —inquirió Ronald.

—Solo en la guerra se encuentra sentido a eso.

Ambos continuaron enterrando. Había cierta satisfacción en el acto de amontonar. Era una suma, un apilamiento, por el sudor y el esfuerzo. Como el dinero y los bienes materiales.

—¿Sabes, Harvey? Yo creo que la guerra está en todas partes. Incluso aquí también.

En el jardín de su casa, Ronald Goodwin leía un libro del filántropo August Alvey. Llevaba un año sin trabajar y tenía los gemelos bañados en cubos de hielo. Sentía el acelerón del torrente sanguíneo, el sistema linfático activo, reciclando las células que había masacrado tres días antes en la batalla de su primer Ironman: 14 horas, 50 minutos y 37 segundos. Cinco mil participantes. Media ciudad detenida. Había salido de noche y había llegado de noche y había corrido durante un día entero, aunque él no se había percatado demasiado de eso. El tramo a nado de 2,4 millas había sido carrera. El tramo en bici de 112 millas había sido más bien paseo. El tramo a pie de 26 millas había sido supervivencia. Esa era su sensación. Ahora se acordaba de algunas cosas: reguero de moribundos con monos multicolor y personalizados que andaban y cojeaban con la mirada ida; ciudad todo el día atascada e impaciente ya por circular; ánimos más bien cansinos de Zettie y los hijos, o tal vez cansinos eran sus oídos o su riego cerebral al que todo llegaba como distante y apagado. Algunos corredores lloraron de alegría al cruzar la meta. Algunos masacraron más células de la cuenta y se retiraron, o llegaron sin saber que llegaban y terminaron en ambulancias. Uno de ellos había muerto.

Ahora Ronald tenía el metabolismo trastornado; dormía y comía de manera diferente. Descansaba en el jardín casi todo el día. Leer a August Alvey resultaba revelador; era como meterse una bombilla por la boca y conectarla a la corriente para iluminar lo que había dentro. También era insurgente y visionario. Destilaba amor por la Tierra, por la naturaleza. Denunciaba los excesos de la civilización. Ronald, que ya planificaba su próximo Ironman, leía y se despegaba de la telaraña social para elevarse como un ángel o un mosquito y vislumbrarlo todo con lucidez.

Mientras leía empezó a oler a humo, a rama quemada. Ronald salió de su balde con hielos, cogió el bastón y cojeó hasta la tapia vecinal. Había una preciosa parra trepadora, con sus

sarmientos, sus estípulas, sus flores hermafroditas y sus frutos globosos con una infinita vida microscópica en su interior, que habían crecido durante años y años y bajo heladas, sequías, guerras y legislaturas de presidentes hasta extenderse por la tapia y hacia los dos jardines. El vecino quemaba sus frutos y accionaba la motosierra para tajarla de raíz.

—¿Qué haces? —preguntó Ronald desde la tapia.

El vecino estaba disgustado.

—La cabrona ya no me deja sacar el coche. Ayer me lo rayó.

Ellis Harvey estaba solo en la cerca donde habían enterrado a Teodor y a Ulad. Aún tenía la pala en la mano, el jersey remangado y la cara salpicada de tierra. Los trocitos de barro rodeaban su mirada, que estaba como ida. La temperatura oscilaba el punto de congelación y él aún no se había dado cuenta. Él solo pensaba en la última frase de Ronald Goodwin.

«Yo creo que la guerra está en todas partes. Incluso aquí también.»

Mientras tanto sostenía dos cosas en la mano. Dos secretos. Uno de Ulad. El otro de Teodor.

Miró en dirección al bosque y supo que tarde o temprano tendría que adentrarse en él.

Una hora después, el americano solitario Ellis Harvey y la inglesa despistada Lisa Flanagan hablaban en la sala de estar. Él estaba sentado en el sillón y ella en un extremo del sofá. Él bebía Coca-Cola y ella una manzanilla. Él tenía la mirada ausente y ella tenía tanto miedo que incluso le aterraba beber de la manzanilla. La había preparado ella misma, y de un sobre cerrado, así que no existía razón de peso para vomitar sus tripas en los próximos minutos. Los Goodwin y Ángeles Expósito se habían retirado. Sabaly merodeaba por el claro, fuera en la noche.

—Me da miedo dormir sola —dijo Lisa, que miraba la taza de manzanilla, aún sin probar.

Ellis no contestó.

—En casa suelo acostarme temprano —añadió ella—. Pero aquí lo retraso. Me siento mejor en compañía, con alguien de confianza.

—Yo no duermo demasiado.

—¿Aquí o en casa?

—En ningún lado. Solo duermo bien cuando se supone que no tengo que dormir. Así que son cabezadas.

Lisa contempló las partículas evanescentes del agua en evaporación. Le humeaban en la cara. El olor a manzanilla parecía auténtico.

—Me gusta estar contigo. Para mí eres de confianza.

Ellis no dijo nada. Solo bebió de la Coca-Cola.

—Perdona si he sido demasiado directa. No lo pretendía.

—No te preocupes.

—Vale, te lo agradezco. Tú dime si en algún momento lo soy.

—No creo que lo seas.

Lisa lo pensó un poco y al fin bebió de la manzanilla. Un pequeño trago. Le cayó ardiente por el esófago y en principio no sintió nada. Siguió hablando, porque cuando estaba nerviosa o tenía miedo, le daba por hablar.

—Siempre he pensado que no es bueno hacer cosas estresantes antes de acostarse. Mi ex marido siempre lo decía. Cuando las hago no duermo bien.

—Yo no hago cosas estresantes antes de acostarme.

—¿Y qué haces? ¿Ves? Lo siento, de verdad. Lo he vuelto a hacer. Preguntar a alguien por lo que hace antes de dormir cuando está solo en su casa es algo indiscreto.

—No me ha parecido indiscreto. Lo que hago es esto: después de cenar veo las noticias y luego alguna película; así hasta que me parece triste seguir viendo la tele. Entonces me voy a la cama.

Lisa volvió a beber de la manzanilla. No sintió nada.

—Pues yo hago algo parecido. A veces también hago ganchillo, pero solo si tengo ganas... Lo siento, lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

—Por nada.

—Pareces triste.

—Me parece que no es bueno hablar de esto.

—¿Por qué te lo parece?

—Porque lo hacemos todos los días y es algo que se hace de noche y en soledad. Tú lo has dicho: es triste.

Al decir esto Lisa se irguió sobre el sofá, tensa como un mástil. Había sentido una punzada en el estómago. Un movimiento escurridizo, como si tuviera una serpiente en el intestino.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé. Creo que he sentido algo. —Lisa miró su manzanilla—. No sé —dijo—. Ahora no siento nada.

—Esperamos un poco, si quieres. Hasta que estés segura.

Lisa dejó la manzanilla sobre la mesa. Sus movimientos eran cuidadosos. Esperó, erguida sobre el sofá, atenta a su estómago. Negó con la cabeza.

—Creo que estoy bien. No siento nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Vale —dijo Ellis—. ¿Te parece mejor si hablamos de nuestros hijos?

Lisa miró a Ellis, y él se vio intimidado por la mirada de ella, que era suplicante y exigente como la de un niño en busca de respuestas.

—¿Crees que estarán bien?

—Estoy seguro.

—¿Por qué lo estás?

—Es una intuición.

Lisa seguía sin sentir nada en el estómago. Se acomodó en el sofá, más relajada.

—Me tranquiliza que digas eso.

—Es lo que creo.

Lo que Ellis acababa de decir era una gran mentira.

—Me alegra hablar de mi hijo —dijo Lisa—. Tú tienes dos hijos, ¿no?

—Sí, Jamie y Ryan. Jamie es una chica preciosa de veinte años que es atleta y estudia en la universidad. Tu hijo se llama Peter, ¿verdad?

—Sí. Tiene veintidós años y es arquitecto. Lleva un año viviendo aquí.

—¿En esta casa?

—No, por Dios. Me refería a este lado del océano.

—Era broma.

—Ya, me he dado cuenta justo después de decir «océano». Lo siento, he parecido tonta.

—En ningún momento lo he pensado. En todo caso, lo contrario.  
—Me gusta tu humor. Es camuflado. Mi ex marido no tenía sentido del humor.  
—No sé si es un cumplido.  
—Lo es.  
—Entonces gracias.  
—¿Qué es eso que tienes ahí?  
—¿Esto? Una fotografía. La tenía el señor Dobrovolsky en su cartera. No sé por qué la he cogido.  
—Eso que has hecho no está demasiado bien.  
—Lo sé. No debería haberla cogido.  
—Yo creo que deberías devolverla.  
—Sí, creo que la enterraré de nuevo mañana.  
—¿Y qué aparece?  
—Es una foto vieja y familiar. Creo que Dobrovolsky es este niño de aquí. Y creo que estos son sus hermanos y que este es su padre. No aparece la madre.  
—Hay muchas vacas. Parece una vaquería.  
—Lo es. Parece que su padre tenía una vaquería o trabajaba en una.  
—¿Y por qué la has cogido?  
Ellis contempló la fotografía, ensimismado.  
—Lo que te voy a contar es un tanto extraño. Ni yo mismo me lo creo aún.  
Ellis abrió su cartera y extrajo de ella otra fotografía.  
—Me la regalaron mis hijos la última vez que los vi. Es una fotografía de hace once años, cuando ellos aún eran pequeños.  
Lisa abrió mucho los ojos.  
—Dios mío, ¡las dos fotografías son casi idénticas!  
—Un padre con sus dos hijos: un niño y una niña. En una vaquería. Es curioso.  
—¿Tú también trabajaste en una vaquería?  
—Durante un tiempo, sí.  
—¡No me lo puedo creer! ¡Qué casualidad!  
Ellis contempló ambas fotografías.  
—Es extraño —dijo.  
Y no habló del frasco que tenía en el bolsillo del pantalón, con la etiqueta: «Polvos de ricina. Extraídos de semillas machacadas. Cuidado. Extremadamente venenoso». Ni habló tampoco de cómo acabó en una vaquería, ni de las cosas terribles que había hecho en su vida para estar ahora allí.

Doce años antes. La línea temblaba recta hacia el infinito. Uno, dos, tres, cuatro. Jamie Harvey de siete años había dejado de contar los pasos desde la salida del nuevo pueblo. ¿Y si la seguía hasta terminar? ¿Hasta que ya no hubiera más línea blanca en el mundo entero? El negro asfalto era el abismo. Ella, una funámbula de la carretera.

El cielo había decidido bajar aquel día. Se cernía en el horizonte sobre los campos de maíz. No era niebla, ni tormenta, era solo malhumor de cielo. Una única y gran nube gris que se tragaba el sonido de las cosas. Inquietaba un poco, porque parecía que solo los escuchara a ellos, y a las camionetas que pasaban de vez en cuando como mosquitos renqueantes. Podría decirse que



estaban en la cuerda floja. Y que de Jamie, de su equilibrio sobre el asfalto, dependía que el cielo no se enfadara.

—Estoy cansado, papá. ¿Cuánto falta?

Ryan arrastraba los pies. Suela de goma sobre piel rocosa de reptil. Así sonaba. Era un andar forzado, más trabajoso que el andar normal, como si subrayara en la carretera sus propias palabras: «Estoy cansado». Jamie entendía a su hermano pequeño. A sus cinco años, solo buscaba llamar la atención.

Un codazo y cayó por el precipicio.

—¡Ryan!

Su hermano le arrebató su lugar en la cuerda. Sonrisa desdentada de leche, victoriosa. Papá no dijo nada, ni siquiera se volvió. Él solo caminaba delante. Jamie miró al cielo, temerosa de su malhumor, y pidió perdón por el descuido de su hermano. Como cuando el pastor se ponía a gritar y papá y los demás adultos se arrepentían, gritaban y nacían de nuevo porque borraban sus pecados, aceptaban a Jesucristo en su corazón y se convertían para que vinieran del Señor tiempos de *refrigario*. Al principio le asustaba ir a la iglesia. Lloraba y enfadaba a papá, hasta que aprendió que el alboroto entre los adultos dentro de una iglesia es algo bueno. Ahora sabía algunas oraciones de las Escrituras. Cosas sobre la Trinidad, o la *Encarnación*, o la *resumación* corporal de Cristo. Las gritaba orgullosa de que su voz, mezclada con las de los mayores, sonara tan fuerte como la de papá.

—¡Estoy cansado!

Ryan se sentó en la carretera, los brazos cruzados, rendido. Papá siguió andando, como si no lo escuchara. Sopló algo de viento y los maizales susurraron, secos y tristes. Parecían un ejército agotado, de hojas, tallos y plantas color pergamino, que custodiaban la carretera y los miraban silenciosos desde el margen. Jamie se apiadó de ellos porque los iban a cosechar. A Ryan, que se quedaba atrás, le debieron de asustar.

—¡Papá!

Él se volvió, sin decir palabra, retrocedió unos pasos y aupó a Ryan sobre los hombros. Sus zancadas se alargaron. Jamie, que también estaba cansada pero que a sus siete años se tenía que aguantar, tuvo que correr para no rezagarse. La sonrisa de su hermano asomó de nuevo, allí en las alturas, como en la comparsa de un rey.

El viejo Camaro de papá también se había cansado antes de llegar al nuevo pueblo. Normal, papá decía que era de cuando Nixon y la guerra de Vietnam, con la pintura rayada y las ruedas que chirriaban; además, esta vez habían sido diez horas de viaje. Habían pasado por tres condados, uno de ellos se llamaba Butler, y casi todo el tiempo por la ruta 127, de eso Jamie sí estaba segura. Después se paró. Humareda negra de las tripas, olor a gasolina, palabrotas y maldiciones de papá, un viejo señor con camioneta que los remolcó hasta la pradera donde alquilaban caravanas, a la salida del pueblo y junto a las vías de ferrocarril, mientras Ryan hacía de loro de papá: ¡mierda! ¡Putá! ¡Putá mierda de trasto! ¡Te voy a quemar, cabrón! ¡Te voy a tirar por el río! Normalmente se alojaban en caravanas, a veces con verja y jardín, a veces con columpios oxidados y cobertizos donde encontrar cosas raras. Moteles no tocaban casi nunca. Casas nunca salvo la primera, de donde se fueron. Aquel día alguien les tiró una piedra y el cristal del Camaro se rompió en sonidos como de muchas campanillas. Desde la calle gritaron cosas a papá, que iba al volante y no volvió la vista atrás hasta muchos condados después. Aunque de eso Jamie casi ni se acordaba, o no estaba segura de que fuera verdad, porque lo confundía con un sueño de muchos años antes.

Llegaron una hora después de salir andando del nuevo pueblo. Ya no había maizales, solo praderas y colinas, como de un verde recién pintado. Era una granja lechera. Jamie lo supo por el olor a vaca, por la pista lodosa para tractores que salía de la carretera, por los establos y el interminable tejadillo de chapa, que parecía esconder bajo él un enorme altavoz con orquesta de mugidos. Papá descargó a Ryan, que chapoteó divertido en la tierra viscosa y echó a correr. Papá estaba blanco y sudoroso, con otra de sus fiebres.

—Ahora os alcanzo.

Se apoyó en un tanque metálico, que sonaba a tubería. Jamie no quiso verle, pero le vio sacar el jarabe de los vaqueros. Papá era indestructible, tenía que serlo, y por eso la entristecía cuando se ponía mal. Se resistía a que cambiase, a que cayera enfermo, a que no fuera como un papá debía ser. Pero su jarabe era bueno y las fiebres de papá duraban lo que un mareo. Cada noche, cuando Jamie se arrodillaba para rezar y hacer tratos con el Señor, como que convenciera a Santa Claus para una bicicleta en Navidad a cambio de doblar la ropa y ayudar a Ryan con las matemáticas, suplicaba por el jarabe de papá. Por que nunca faltase el jarabe de papá.

Llegó junto a Ryan, que miraba hacia la negrura bajo la chapa de los establos. Le intimidaba el olor a vaca, que era intenso y encogía los agujeros de la nariz. También le intimidaban los mugidos, que eran tan monstruosos como el órgano musical de las iglesias. Miraron durante un rato, hasta que de tanto mirar la negrura se volvió algo transparente.

Las vacas les devolvían la mirada con sus ojos grandes. Tranquilas, mientras mascaban pienso del comedero, con sus panzas como toneles y las ubres tan hinchadas que parecían enormes globos de crema. Mientras tanto, los empleados, la mayoría mujeres, con monos de mecánico de coches y botas de goma llenas de estiércol, las limpiaban y las masajeban en las ubres; luego colocaban unas ventosas robóticas y vibrantes, y brotaba la leche en un chorro como de pis fuerte.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Ryan.

Papá siempre se quejaba de los tramposos con las ayudas sociales. Los que vivían del paro, que no significaba estar parado continuamente, porque de lo contrario sería un trabajo penoso. Por cómo hablaba papá del paro —putos holgazanes, putos perezosos, putos lastres del país, se ríen de nosotros los muy cabrones, de los honrados que trabajamos—, no tenía él pinta de serlo. Decía que la gente compraba en el Costco paquetes de Pepsi y Coca-Cola con vales de comida, y luego los vendían con descuento por monedas y billetes. Decía que la gente vivía de los gilipollas esos del Estado del bienestar, los imbéciles del Partido Demócrata, que le robaban a él con los impuestos federales y estatales, para dárselo después a esos vagos de mierda que no se levantaban del sofá y comían los mejores chuletones de buey.

Jamie y Ryan miraban a las vacas, y las vacas los miraban a ellos, gordas y carnosas, mientras meaban y mascaban pienso, mientras las ventosas las succionaban hasta dejarlas secas.

—Es el nuevo trabajo de papá —dijo Jamie.

El bosque era un océano. Y el claro, un islote. La casa cúbica, un faro iluminado. La noche traía niebla. La niebla se enroscaba y transformaba el bosque en un mundo torturado y espectral. En algunas ventanas se veía luz y en otras oscuridad, en algunas se podía saber lo que pasaba y en otras no.

Desde su habitación, Zettie miraba hacia la nocturnidad del claro. Se había vuelto a duchar. En el cementerio cada vez más fúnebre y sobre la alfombrilla de oración, Aliou Sabaly permanecía entre tumbas mientras elevaba los brazos al cielo y murmuraba letanías, algo que para Zettie era

difícil no asociar con películas turbias sobre fanatismo religioso. Aliou Sabaly tenía la primera guardia de la noche.

Sentado en la cama de la habitación, Ronald se masajaba el pie izquierdo con la crema hidratante Burt's Bees de Zettie. Ahora su pie olía a Zettie. Zettie, que miraba rezar a Aliou Sabaly. Zettie, que junto a sus amigas daba de comer a indigentes afroamericanos en la asociación de la comunidad, con dos pares de guantes de látex, y que al volver se duchaba, se restregaba y lavaba de la ropa hasta las bragas (la ropa más vieja y pordiosera dentro de su decoro aristocrático).

Alguien tocó en la puerta de la habitación.

Zettie dio un respingo como si le hubieran tocado a ella o como si por dentro fuera un resorte de terror. Las puertas no tenían pestillo y eso la aterraba. No se movió, así que Ronald se levantó y dejó sobre el suelo huellas con esencia almendrada. Abrió la puerta con la tranquilidad que no tenía su mujer, que ya veía al encapuchado y el hacha de verdugo cayendo sobre el cráneo de su marido. Al otro lado, Ángeles Expósito tenía cara de angustia y dijo en inglés:

—Comida falta. Robar.

Les hizo señas para bajar por las escaleras, así que Ronald hizo señas a su vez a Zettie para que acompañaran a Ángeles y salieran a la negrura del pasillo (Zettie muy pegada a Ronald como en un trenecito de solo dos vagones). La mexicana los condujo hasta el trastero. La luz estaba encendida y Ellis Harvey y la inglesa Lisa Flanagan miraban las estanterías.

—Faltan sobre todo latas de conserva —dijo Ellis.

—¡Dios mío! —gritó Zettie.

—¿Cuándo ha estado aquí?

—No lo sé —repuso Ellis—. Si alguien ha entrado desde el bosque, no nos hemos enterado.

—Por la tarde no faltaba comida —comentó Ronald—. Ha tenido que ser hace poco.

—Nosotros estábamos en la sala. Pero no hemos visto nada.

—O ha entrado él o ha sido uno de nosotros —dijo Ronald.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Zettie.

—Que él podría ser uno de nosotros.

—Nos quedan seis días —intervino Ellis—. Tenemos comida suficiente.

Ronald lo miró y sonrió. Ellis no se percató o hizo como que no se percataba. En el bolsillo trasero de su pantalón había una pequeña protuberancia. Con la dosis que había dentro, apenas unos gramos, podía matar a los presentes unas treinta veces. Eso él lo sabía. Ronald siguió mirándole con su sonrisa. Después miró el pequeño arsenal acristalado, donde había alineadas cuatro escopetas de doble cañón.

—¿Qué tal si lo compensamos de caza por el bosque?

Zettie se volvió, miró a su esposo con los ojos muy abiertos y le dio una sonora bofetada.

—Pero ¿qué estás diciendo?

Aún es temprano en la oficina del DIC. Francis ha concluido de redactar la declaración de Ethan Alvey y Emeli revisa el informe del forense.

—Según estadios de *rigor mortis*, los primeros en morir fueron Nadine, Garrido, Veselin y Dobrovolsky. Nos centraremos en las demás víctimas.

—Creo que tengo hambre —dice Thurmond.

Emeli no le hace caso y continúa:

—En *Diez negritos*, es uno de los invitados a la casa vacía de la isla quien en realidad había invitado a los demás. Los asesina uno a uno y se suicida después. Si de verdad existe una relación con la novela, debería ser una de las víctimas la verdadera asesina.

—No he comido nada desde ayer —repite Thurmond—. Creo que me estoy mareando.

Emeli lo mira. Francis está algo blanco, que en términos estrictos es una tonalidad descafeinada, como de negro mestizo.

—Vale. Luego seguimos. Eres como un niño, Thurmond. ¿No sabes comer algo antes de desfallecer?

Francis recoge su gabardina y su sombrero, algo torpe.

—Se me ha olvidado.

Salen de la oficina y dejan a los pringados de guardia en sus sillas. Sueltan risitas y cuchicheos de adolescente a última hora de clase. Los despiden con la mano. Aún hay quietud posnocturna y prematinal en la oficina. Cuando entran en el ascensor, Emeli percibe un intenso olor a puerto marítimo o a pescado fresco.

—Y eso que estamos lejos del mar.

—Creo que es mi bolsillo —dice Francis.

Introduce la mano en el bolsillo de la gabardina y saca una merluza fresca y con la boca y los ojos abiertos. La sostiene en alto; mide más de un palmo y se balancea y gotea en el ascensor.

—Ya decía yo que me pesaba.

—¿Por qué tienes una merluza en el bolsillo?

—Ahora lo entiendo.

—¿Ahora qué entiendes?

—Los chicos de guardia. De madrugada me preguntaron si quería algo para cenar. Les dije que pescado frito, pero no me trajeron nada, y después se me olvidó. Por eso tengo ahora tanta hambre.

—Pues no está frito precisamente, Thurmond.

—Mejor, así no me deja manchas de aceite.  
Emeli siente algo de compasión por su compañero.  
—No te preocupes —le dice—. Yo también las sufrí al principio.

Emeli y sus novatadas en Homicidios: la Glock que desaparece. La Glock colgada de los reflectores de la oficina, cubierta de spray rosita. Muñeca hinchable en el maletero. Porno lésbico de fondo de pantalla. Tonterías por tradición. Las novatadas por novata. ¿Y por carecer de polla? ¿Hubo novatadas por carecer de polla? En unidades con un noventa y cinco por ciento de testosterona, por puro descarte, la discriminación la convierte a ella en víctima. Señalización, foco en el escenario, protagonista. Atención: mujer bajo abuso viril. Lo odia. En su escala personal de aborrecimiento, ser víctima se lleva la chapita de oro. ¿Víctima ella? De qué. Bien es cierto que le costó ganarse el respeto. Que en ocasiones hubo mamoneo general, no en la oficina pero sí en los bares, entre birras Pale Ale y chupitos de Johnnie Walker, burlas y comentarios galanteo-flirteo-lascivo-vejatorio, comentarios que se mueven entre fronteras difusas, delicadas. La testosterona en rebaño hace estúpido al individuo macho, pero le deja intacta una precisión, la de moverse entre fronteras. Eso va en los genes. La costumbre, la tradición, lo que se supone que ha de hacer un hombre cuando bebe en grupo, después de ver cómo abren un cadáver, después de interrogar a un infanticida, colabora con la necesidad fisiológica del desahogo y la estupidez de juntarse en rebaño. ¿Rencor por eso? Qué va. Son tonterías por carecer de polla. En realidad son tonterías inherentes de bar. Aunque hubo un tío en Narcóticos que la merodeó con algo más que la burla, una vez en la entrada a vestuarios, otra vez en el ascensor, otra a la salida de un bar después de una despedida por jubilación, y una última en el parking de la unidad entre sombras de coches Cavalier. Un tío con un romanticismo inquietante, con ternura taimada, con palabras lascivas. Un tío con roces. Primero en el hombro y luego en la mano, en la mejilla, en lo recóndito detrás de la oreja, por donde corre un nervio como de ingle. Y después un beso, un agarrón de la nalga izquierda, y la dureza violenta de su bragueta cuando se le pegó salivoso, hasta que ella se apartó.

De lo del tío ese, Emeli nunca habla, ni con Joan ni con Larissa. Le tenía que haber partido la cara al primer roce. Pero no lo hizo. ¿Por qué? En realidad no lo sabe. No sabe cómo le dejó hacer tanto. ¿Tanto? Ni fue tanto ni entiende la razón de semejante secretismo. Tal vez por eso, por no partirle la cara, por vergüenza al dejarse llevar. ¿Sometimiento? No jodas, Emeli. Sometimiento no. Si en realidad es una tontería que no llegó a mayores; lo intentó el muy pringado y diste marcha atrás y ya está. ¿Que sientes cierta incomodidad? Normal. Es un recuerdo de los molestos, ni abiertamente malo ni abiertamente bueno, un recuerdo de los que a fuerza de soterrarse cogen una presencia de fotografía en la mesilla de noche. Es una estupidez que tiene que dejar de joderte. A estas alturas, que andes todavía con eso.

Lo que molesta a Emeli es la frontera difusa en la que él se movió, una frontera que ni siquiera ella sabe discernir. Aquel tío le dejó un regusto extraño, como de violación sin consumir, como de violación en el aire y aún por hacerse. Más que molesto, lo de ese tío es un recuerdo abierto.

Por aquel entonces ella era diferente. Lo sabe. Más vulnerable, más ingenua. En todo. Le tranquiliza y le fastidia saber que ha cambiado. Le tranquiliza saberse ahora protegida, no por otra persona, eso no, protegida por ella misma: la fragilidad como algo propio del pasado y no inherente a ella, una cuestión de experiencia, de endurecimiento y avance vital. Le fastidia, sin embargo, pensar que cambió por imbéciles como el tío de Narcóticos; que ellos, dentro de su convivencia corta y absurda, le supusieran tanto como para cambiarla. Los rumores entre unidades

nunca han ayudado. Que un pirado le robe la Glock a una agente de Seguridad Ciudadana en el Walmart de Brightwood es pasto de habladurías. Si eso le pasa a un tío: es un incompetente, ha sido un descuido de sanción. Si le pasa a una tía: es una tía. Para muchos, Emeli Urquiza, la vasca de la Ivy League, es una excepción. Cuando una placa femenina ingresa en la unidad genera alerta, curiosidad, divertimento, evaluación doble por parte de los compañeros. En realidad Emeli ni siquiera es una excepción. Emeli es Emeli. Compañera. Agente. Inspectora de Homicidios. Su precio le ha costado.

Francis debe de oler a merluza aunque ellos dos ya no lo perciben. Emeli se revitaliza con su negrísimo y larguísimo café. Francis bebe Coca-Cola Zero y desayuna con exquisitez decimonónica, el plato compartimentado y dispuesto a su gusto: triángulo número uno para salchichas en rodajas milimétricas; triángulo número dos para huevos revueltos; triángulo número tres para verduras salteadas.

De la vida de Francis Thurmond, Emeli ha descubierto alguna información. Que vive con su padre en un pueblecito cerca de Charles Town. Que son conocidos allí porque salen a pasear todas las mañanas, con el amanecer y desde hace al menos quince años, cuando falleció de cáncer la señora Thurmond. La adquisición de la fiel costumbre es todo un misterio. Se les ve por el arcén de la estatal, ida y vuelta al siguiente pueblo, a un ritmo que roza el marchar olímpico. Francis en cabeza y su padre a la zaga; Francis con grandes zancadas, gafas de sol, chándal y deportivas muy blancas; su padre con pasos cortos y algo angustiados, con calzones y botas grandes, muy menudo y muy encorvado, con el tronco casi paralelo al asfalto.

—Creo que hoy me dormiré con vino —dice Emeli.

A pesar del hambre, Francis come con elegancia y lentitud, tiene un estilo inusual que no solapa los pasos del proceso del comer: seleccionar, pinchar, alzar, abrir boca, introducir, masticar, saborear, tragar... y vuelta a seleccionar y pinchar. Así unas setenta veces por comida, lo que abruma y produce cansancio existencial a quien lo observa.

—Mientras no caigas en la costumbre de dormirte con vino está bien.

—¿Y cuáles son tus costumbres, Francis Thurmond?

—¿Para dormirme?

—Sí. Creo que es la única parte del día que no compartimos.

—¿Es una proposición para compartirla?

—Una vez probé a dormir con hombres y no me gustó.

Francis pincha por trigésimo quinta vez. Alza. Abre la boca. Introduce.

—¿Y sentiste frustración? —pregunta.

—Sentí alivio.

—¿Qué tiene de malo dormir con hombres?

—Es broma, Thurmond. Sentí alivio porque se me aclararon las ideas. ¿Qué hay de tu costumbre para dormirte?

Francis aún mastica. Traga.

—Cuando anochece, primero me siento en el porche con mi padre y hacemos nada.

—Y no hacéis nada.

—No. Y hacemos nada.

—Pero la expresión no es así.

—La expresión está mal.

Francis selecciona y pincha una rodaja de salchicha. Emeli lo ve tan convencido que decide cambiar de asunto:

—¿Has tenido muchas relaciones, Thurmond?

—Siempre con mujeres porque, la verdad, lo tengo bastante claro. Una vez estuve a punto de casarme.

Emeli se sorprende y se siente mal por ello.

—¿Y por qué estuviste a punto?

—Porque me asusté el día anterior y le dije que no me casaba.

—¿Tuviste miedo al compromiso?

—Creo que no era una mujer para mí. Era social y nocturna y nada lectora.

—Y entonces ¿qué veía ella en ti?

—Le encantaba tener sexo conmigo y seguro que con otros hombres. Pero creo que sobre todo conmigo.

—Esto que dices deberías promulgarlo más.

—Mi padre dice que hay mujeres que nos gustan y no nos interesan y mujeres que no nos gustan y sí nos interesan. Cuando confluyen las dos cosas nos casamos.

—¿Así se casó tu padre?

—No lo sé. Mi madre no era demasiado agraciada y mi padre tampoco lo es. Creo que lo leyó en un libro y con el tiempo lo acabó sabiendo. Nunca se lo he preguntado. Tú serías una mujer interesante y gustosa.

—¿De verdad? Gracias, Thurmond. Tú serías un hombre interesante.

—Gracias, Urquiza. La lástima es que si fueras heterosexual no te lo diría.

—Ha sido maravilloso y con eso lo has jodido.

Sobre la mesa vibra alocado y encendido el móvil con música de *Up*. Es de la oficina y Emeli atiende la llamada:

—Urquiza.

Habla el móvil y ella asiente, asiente. «Enseguida vamos», dice. Y corta la llamada.

—¿Y por qué te parezco interesante? —pregunta Thurmond.

—Porque no te entiendo —dice Emeli.

Sonríe él.

—¿Quién era?

—Linda Zuckerman, la amiga de los Goodwin. Ha volado desde Nueva York y nos espera en la oficina.

—Vaya... Qué interesante.

—¿Vamos?

—Por cierto, Urquiza, ¿qué decías antes sobre *Diez negritos*?

—¿Cuándo te morías de hambre?

—Sí.

—Que si la relación con la novela existe de verdad, el asesino debería ser una de las víctimas, como el asesino de la novela. Él era uno de los diez invitados, pero en realidad había sido él quien los había reunido a todos, para matarlos por lo que habían hecho en vida, incluido él mismo.

—Y luego se suicida.

—Así es.

Llega una camarera que no les había atendido antes y recoge el plato rebañado e impoluto de Francis.

—Me alegro de que le haya gustado la merluza.

Linda Zuckerman en el despacho de Emeli. Cruce de piernas, bolso Chanel entre las manos y sobre los muslos, accesorios de clase alta que Emeli no conoce pero intuye que no son de mercadillo, pose altiva y automatizada, orgullo algo intimidado, excitado e infantilizado por estar donde se resuelven crímenes y se interroga a violadores y psicópatas de toda clase.

—Es por Ronald —dice.

Emeli sentada. Francis detrás como merodeador solitario. Dos miradas observadoras que seguro leen los terribles secretos que Linda esconde en lo más hondo de su intimidad (el romance de 2008 con Jack el deshollinador o el pecho izquierdo reconstruido tras el cáncer de mama o los cosméticos que se llevó del baño de Zettie una vez ella muerta o... o... o...). Como no dicen nada y Linda cree que la escanean por dentro, continúa hablando. La ignorancia concede capacidades sobrehumanas y hace posible lo imposible: Emeli no tiene la capacidad de leer la mente, pero conoce los efectos de la ignorancia sometida a la intimidación; por eso calla y así hace que Linda siga hablando:

—Yo era la mejor amiga de Zettie, ¿saben? Si necesitaba hablar de algo y no se lo podía contar a Ronald, me lo contaba a mí.

—¿De verdad?

—¿Ustedes no saben nada?

—Lo que sabemos no se lo podemos contar a usted, señora Zuckerman. Está usted en desventaja y el sistema presenta injusticias como esta.

—Lo entiendo, lo entiendo. Lo que quería decir... Bueno, desde que dejó su puesto en Collins & Marbury, Ronald se volvió muy raro. Eso quería decir. Zettie estaba preocupada. ¿Saben ustedes que desapareció durante dos semanas y al volver no dio explicaciones? ¿Qué tipo de mujer tolera eso?

Emeli extrae la libreta.

—¿Nos puede confirmar las fechas de desaparición?

—Diría que al menos hace año y medio. Y estuvo en prisión, ¿saben? Fue condenado. Pero de eso ustedes saben más que nadie.

Emeli anota y levanta la vista. Si no es una invención de Linda, el descuido en la oficina es monumental.

—Ya —dice—. ¿Y qué se comenta de eso por allí?

—Bueno, pues que pasó dos noches en el calabozo por un acto vandálico con el coche del vecino. La verdad es que no se dijo mucho, a Zettie le avergonzaba hablar de ello. Pero me parece que le quemó los asientos, le rajó las ruedas y le llenó el capó con los sarmientos de un emparrado.

Emeli anota.

—Vale. ¿Y algo más?

—Creo que también rajó las ruedas al Jaguar de mi marido. Pero esto es sospecha mía. Nunca me atreví a decírselo a Zettie.

—Según usted, ¿presentaba Ronald indicios de algún tipo de trastorno obsesivo-compulsivo relacionado con los coches?

—Podría ser. Sí, sí. Ustedes tendrán perfiles de individuos con trastornos así. Además, yo también les quería mostrar esto.



Linda abre su bolso Chanel y extrae un libro de August Alvey.

—Escuché a los chicos decir algo que relacionaba a este escritor con la casa donde asesinaron a Zettie. Miren, miren.

Linda abre el libro y les muestra una dedicatoria.

Para Ronald, por las ideas que compartimos sobre la ceguera social. Espero que, como dices, me ayudes a extenderlas.

*Mayo de 2017, August Alvey*

—La fecha de la dedicatoria es de hace año y medio. Coincide con la desaparición de Ronald. ¿No les resulta sospechoso? Además, menciona ceguera social, yo diría que es un comentario delictivo. Algo tramaron durante ese tiempo.

—El libro nos lo quedamos —dice Francis.

—Claro, claro, lo he traído para ustedes. Supongo que ahora será una prueba policial.

—Agradecemos su inestimable colaboración, señora Zuckerman.

Asiente Linda con dignidad ahora más humilde.

—Como entenderán, me siento regular haciendo esto —admite—. Pero la verdad es lo primero y Zettie sufrió muchísimo con el comportamiento de Ronald. Ustedes no se hacen a la idea.

—Es comprensible. Y, además, Ronald rajó el Jaguar de su marido.

Emeli y Francis suben en el ascensor hacia los despachos de catedráticos con nombre griego, en las alturas olímpicas de la UFAA.

—Linda Zuckerman sería buena inspectora —dice Emeli.

—Sí. Tiene pájaros en la cabeza —asevera Thurmond.

—*Diez negritos*. Fotografiarse con una caracola. Un libro firmado por el mismo August Alvey. Por no hablar del vandalismo automovilístico.

—TOC automovilístico —puntualiza Thurmond—. Trastorno obsesivo-compulsivo por los automóviles. Pero mejor eso que un trastorno con niñas o con personas mayores o con personas muertas.

En el ascensor los acompaña un alumno que no entiende nada de lo que hablan.

—El acto de rajar las ruedas del coche y luego quemarlo y llenarlo de sarmientos tiene cierto simbolismo —comenta Emeli—. Y en la casa cúbica hay simbolismo como para llenar un Caravaggio.

—Te lo dije, Urquiza. Son tantas coincidencias que parece que alguien se burla de nosotros.

—Sí. Tú lo llamaste el azar. Pero es alguien con nombre, como Ronald Goodwin o August Alvey.

Se abren las puertas del ascensor. El alumno sale el primero y con cierto apremio.

—Adiós —dice.

—Adiós.

—Adiós.

—La relación entre los dos. Creo que puede existir algo ahí, Thurmond.

—Es una posibilidad. Hay algo inverosímil en el proyecto falso en Tanzania. Alvey no lo puso en duda cuando su hijo se lo contó en busca de financiación. Diría que August no es de los que creen mentiras de ese tipo.

—¿Piensas que conocía el proyecto real de su hijo sobre la casa?

—Diría que lo sospechaba. Y lo aprobó para contentarle o porque le interesaba la construcción de esa casa.

—¿Por qué le iba a interesar?

—La verdad, lo desconozco, Urquiza.

Camina por el pasillo. Otra vez el silencio. Ecos inhóspitos de santuario. Puertas a departamentos como panteones griegos. Los lemas de moralina.

—Alvey tiene coartada y Ronald no —dice Emeli de pronto—. Ronald estaba allí, en la casa,

mientras morían todos, como el asesino en *Diez negritos*.

—¿Insinúas que pudo ser el brazo ejecutor de Alvey?

—Es una posibilidad, Thurmond. Lo has visto en la dedicatoria. —Emeli extrae el libro y lee —: «Para Ronald, por las ideas que compartimos sobre la ceguera social. Espero que, como dices, me ayudes a extenderlas. Mayo de 2017, August Alvey».

De súbito Emeli se detiene ante la puerta.

—Vaya... No sé cómo no me he dado cuenta.

Thurmond sonrío a su lado. Él ya lo sabe, él se ha dado cuenta desde el principio.

La secretaria les abre la puerta y August Alvey los recibe en su despacho, con sus bucles leoninos, su camisa budista, sus pies descalzos y su sonrisa marmórea. Se levanta y no se sienta hasta que lo hacen ellos. Ahora Francis lo hace en la silla y no en el suelo.

—Me siento afortunada de obtener audiencia para el mismo día en que me planteo conseguirla —dice Emeli, que activa el MPT (Martillo Pilón y Tocapelotas) y le añade un GR (con Ganas de Revancha).

—A ustedes, inspectores, les doy prioridad —asegura Alvey—. Dada la gravedad del asunto.

Emeli va al grano.

—Al parecer le han salido espinas dentro de casa. Alianza entre Alvey júnior y el hombrecillo misterioso. Una trama de lo más novelesca, ¿no es así, Thurmond?

—Sí —responde Francis—. Pero la cuestión es si la trama contiene negritos.

—El señor Billinghamurst ha sido cesado de su puesto —dice Alvey—. Y en lo que respecta a mi hijo, si les parece bien, eso se queda en mi casa.

—No, señor Alvey. No nos parece bien. Si las espinas salen de su casa, nosotros entramos en ella y usted nos abre la puerta, muy amablemente y sin rechistar. Si le parece bien.

Alvey es inmune a MPT+GR y le sonrío, lo que irrita a Emeli más que cualquier resistencia.

—Me parece bien, inspectora Urquiza.

—La declaración de su hijo fue minuciosa. Dijo que usted aceptó el proyecto en Tanzania, sin consultarlo con sus asesores.

—Era ayuda humanitaria justificada y elaborada que procedía de mi propio hijo —replica Alvey—. Lo firmé yo mismo y sin dudar.

—Ya le digo que su hijo es minucioso. Y buen redactor o escritor, pero de eso usted sabe algo. Un escritor es un gran contador de historias, ¿no es así, Thurmond?

—Sí, Urquiza. Historias de mentira, principalmente.

—Por lo tanto, un escritor es un grandísimo mentiroso. Y como su hijo posee su sangre azul o su genética mentirosa de gran escritor, le devuelve a usted sus mentiras con otras nuevas.

August Alvey se queda mirando a Emeli y tarda en sonreír, pero su sonrisa final tiene el encanto de deshacer cualquier tardanza.

—Lo ha descrito a la perfección, inspectora Urquiza. Veo en usted dotes de gran escritora.

—Lo dudo. Redacto de pena y por deformación profesional siempre busco la verdad. Por eso le jodo ahora a usted.

—Con todo el respeto, inspectora.

—Sí, con todo su santísimo respeto.

—Con todo el respeto y mi admiración hacia su persona, precisamente por eso tiene usted dotes. Porque diría que también miente. Me resulta inverosímil que en su casa también busque siempre la verdad. ¿No le miente a veces a su marido o a su novio?

—Novia.

—Vaya, disculpe de nuevo. Aun así, las espinas de su casa son solo para usted. Por eso yo no entraré en su casa, ni esperaré que me abra su puerta muy amablemente y sin rechistar.

—Yo también siento admiración hacia usted, ¿sabe? Como malabarista de familias, principalmente. No se le cayeron las pelotas hasta mucho tiempo después. ¿Cuánto llevaba con la cajera del Wegmans antes de que su mujer lo descubriese?

—Ocho años.

—¿Y cómo lo consiguió?

Ahora August Alvey no sonrío, ni se vuelve una piedra de ira, como la que aplastó a Piggy y su caracola en *El señor de las moscas*. Ahora su cara marmórea se torna de alfarería, de barro caliente; parece un poco afligido e incluso humano.

—Como hombre tengo fortalezas y debilidades. No me arrepiento de haber traído felicidad e infelicidad al mundo. Estoy hecho de dos materias y tras mi paso quedará eso. Pensar lo contrario sería autoengañarse.

Emeli anota en la libreta.

—Después de «dos materias» ha dicho...

—He dicho que «tras mi paso quedará eso».

—¿Y aparece su frase por algún lado? ¿En los pasillos, o en la biblioteca? Me ha tocado muy adentro, la verdad.

August Alvey sonrío con invencibilidad sobrehumana. Emeli se siente una mosquita que menea sus patas y colisiona contra ventanas.

—Quiero a mi hijo, a pesar de lo que haya hecho —dice Alvey.

—Por sus palabras lo sitúa como hacedor de algo aberrante —comenta Francis.

—No pretendía ser malinterpretado. Me refería a su proyecto de la casa cúbica, que con los sucesos aberrantes descubiertos allí, me resulta incluso inocente.

Emeli garabatea en la libreta.

—Según la declaración de su hijo, empleó el dinero de papá para construir una casa y montar una comuna *millennial*. Algo entre pijismo *neohippie* e intelectual que ni yo misma entiendo, aunque por franja de edad sea *millennial*. Tan inverosímil como esto resulta que usted se tragara el embuste de Tanzania.

—Por naturaleza, un padre confía en su hijo.

—Por naturaleza, no debería hacerlo en el período de la adolescencia —objeta Francis.

—Mi hijo ya pasó ese período.

—La adolescencia se alarga en ocasiones hasta edades adultas —añade Francis—. La rebeldía de su hijo tiene algo de adolescencia. Y su inocencia con lo de Tanzania también es sospechosamente adolescente. No le vemos a usted siendo aún adolescente.

—Insinúa entonces que me interesaba el proyecto de la casa cúbica. Por razones de naturaleza siniestra.

—Es una posibilidad.

—Y que por eso miré hacia otro lado.

—Tal vez.

—Señor Alvey —interviene Emeli—, ¿conoce usted a Ronald Goodwin?

Emeli tiene una bolsa sobre las piernas, y de ella saca el libro firmado, la prueba facilitada por Linda Zuckerman. Lo extiende y August Alvey lo coge. A continuación, el filántropo examina la dedicatoria, hojea el ejemplar y reflexiona unos minutos. No se pone gafas de lectura. Ni siquiera usa lentillas.

—Es una de las víctimas —dice al fin.

—Sí. El asesino le voló la cabeza con una escopeta. Aunque también existe la posibilidad de que, después de matar a todos, él mismo se la volara. ¿Recuerda cuándo le firmó el libro?

Emeli espera que mienta y que diga que no, o que no mienta y diga que no porque August Alvey dedicará unos tres mil libros al año. Lo que no espera es que diga que sí.

—Me acuerdo de él. Estuvo aquí una semana, se alojó en el campus.

—¿Y cuál fue el motivo de su visita?

—Asegurarse de que su elección sería la correcta. Algunos padres lo hacen.

—¿Y se reunió usted con él?

—Asistió de oyente a alguna de mis clases. Aquí a veces lo permitimos. Se declaró un fiel seguidor de la fundación. Un día coincidimos en un bar cerca de aquí. Me invitó a una copa y charlamos. Por eso me acuerdo de él.

—Entonces ¿se reunieron en el bar y eligieron juntos a los negritos?

—Tuvimos una conversación.

—¿Y entre copas se gestó todo?

—Fue una buena conversación de bar.

—¿Una buena conversación de bar anónima e íntima?

—Podría decirse así. Hablamos de lo que un hombre solo puede hablar con desconocidos.

—Pero ustedes ya se conocían.

—Sabía su nombre y él sabía el mío. Pero yo lo ignoraba todo sobre él y él lo ignoraba todo sobre mí.

—Como un buen padrino de la mafia con su mano ejecutora.

—A Goodwin le preocupaba la formación de sus hijos. Y la unidad familiar. Dijo que eran como los Knicks al final de temporada. Que ni siquiera sabían pasarse el balón.

Tras decir esto August Alvey se reclina en su trono y se alisa el cabello, que le cae en bucles dorados por las sienes. Al moverse surgen en ellos resplandores como de rayo. Con el gesto se produce un silencio de estancamiento.

—Entiendo —dice Emeli, que se ha quedado sin ideas y mira a su compañero en busca de ayuda.

Francis tiene el cuaderno DIN A3 abierto, los pies juntos, la camisa y los tirantes impolutos. Aún huele a merluza. Se yergue sobre la silla y alza el carboncillo de la mano.

—Señor Alvey, ya le comenté que lo sigo en la prensa y que he leído alguno de sus libros. ¿Puedo importunarle con una curiosidad sobre la novela que está escribiendo?

—No es inoportuno, inspector Thurmond. Dispere.

—¿Es una novela coral?

—¿Se refiere a igualdad de peso entre los personajes?

—Sí, señor Alvey.

—Diría que sí, entonces.

—¿Podría mencionarme alguno?

—Amadeus Asange. Es un escritor que escribe una novela sobre lo que ve.

—¿Y qué ve Amadeus Asange? —pregunta Emeli.

—Eso aún lo estoy escribiendo, inspectora.

—Amadeus Asange es un nombre extraño —observa Thurmond—. Ustedes dos comparten las mismas iniciales.

—Es cierto, qué casualidad.

—Sí —dice Francis—. Es azaroso.

—Procuro que los nombres no indiquen nacionalidades. Para mí no deberían existir fronteras en este mundo. Sí diversidad y riqueza en culturas y tradiciones, pero no fronteras.

Diez minutos después, en los jardines del campus, Thurmond se apoya en el capó del Chevy Cavalier. Tiene prendido un cigarrillo y contempla el jolgorio estudiantil.

—Al menos había que intentarlo —murmura—. Le hemos sacado a Alvey información interesante.

—¿Interesante? ¿Por qué no me has dicho nada, si sabías que Ronald no podía ser?

Emeli entra en el coche dando un portazo. Francis tira el cigarrillo y entra tras ella.

—Ahora entendemos la relación de Ronald con August Alvey. Su relato tiene sentido.

—Y qué más da eso ahora.

Ya lo sabían antes de entrar en el despacho de Alvey. Ronald Goodwin no pudo ser el asesino: si apareció enterrado, alguien lo tuvo que enterrar, así que ese alguien le sobrevivió. Si la relación con *Diez negritos* es fiel, Ronald Goodwin no pudo ser el asesino que se suicida al final.

—Goodwin fuera de la lista —espeta Emeli—. Se añade a Garrido, Teodor y Ulad.

Francis no dice nada. Emeli está cabreada consigo misma, por no haberse percatado hasta el final del pequeño detalle de que Ronald había sido enterrado, con dos orificios de escopeta.

*Día 8*

- ¡Es una estupidez!
- He de ir, cariño.
- No vayas, Ronald.
- He de ir. Quiero comprobar algo.
- Pero ¿qué quieres comprobar?
- Aún no lo sé.
- ¿Aún no lo sabes? ¡Si vas al bosque, morirás!
- Pero llevo una escopeta, cariño.
- ¿Y qué más da que lleves una escopeta, si no sabes usarla?
- Él sí sabe.
- ¿Quién? ¿Ellis Harvey?
- Sí. Además de saber usarla, sabe matar.
- Pero ¿qué dices?
- Quiero comprobar algo, cariño.
- ¿Sobre quién? ¿Sobre Ellis?
- Puede que sí. Hay algo que no cuadra en él.
- No vayas, Ronald. Aún tenemos comida. Es absurdo ir de caza.
- Lo sé.

Los dos cazadores sin licencia para cazar avanzaban por el bosque blanco. Ronald Goodwin y Ellis Harvey, respirando vaho y torpes sobre la nieve. Con raquetas, escopetas de caza y gorros peludos y orejeros de indígena inuit. Zettie tenía razón: la necesidad de cazar era cuestionable y algo absurda. A pesar del hurto en el trastero, había comida para varios meses. Y en principio solo quedaban cinco días para la vuelta del piloto.

El silencio en el bosque era blanco. No había viento. El cielo semejaba de latón y no se movía. Los abetos y píceas se les figuraban gigantes que dormían mientras ellos los sorteaban. El sigilo no era por la caza del animal, sino porque de pronto el sonido en el bosque parecía sacrilegio, y existía en ellos una especie de miedo por hacer cualquier ruido y por escuchar incluso su propia voz. Nadie les había dicho: callad. Pero ellos callaban por instinto, por supervivencia, para pasar

desapercibidos en un mundo espectral donde se antojaba extraño estar vivo.

Poco antes, al salir de la casa cúbica, cuando Ronald abrió el arsenal acristalado del trastero y le ofreció a Ellis una de las escopetas F3 modelo Blaser del calibre 12, Ellis pensó: «Joder, me va a obligar. Ahora estoy bien, déjame descansar. No quiero perder el control. No, no te acerques. No. Para».

—¿Prefieres esta otra? —preguntó Ronald.

—Esa está bien.

Ahora los dos avanzaban con las escopetas, Ronald en cabeza y con soltura peliculara, porque la conciencia de su imagen de cazador ártico le hacía convencerse de que realmente lo era. De ahí el miedo algo juguetón e infantil. También miraba a Ellis y con cada mirada se persuadía más de que le resultaba familiar, de que le había visto alguna vez, en algún lugar, algún día incierto. Y, mientras tanto, tenían diálogo de cazadores.

—Estabas de guardia durante la noche que envenenaron a Teodor y a Ulad —dijo Ronald.

—Sí —respondió Ellis.

—Tuviste turno después de las guardias de Aliou y Teodor durante la noche.

—Sí. Estuve de cuatro a ocho.

—¿Y no viste nada extraño?

—No. Nada extraño. Solo tú saliendo a correr.

En el silencio blanco quebraban y caían ramas aisladas y se oían golpes sordos como de polvareda. Eran sonidos que no se veían.

—¿Por qué crees que nos ha traído aquí el torturador-envenenador? —preguntó Ronald.

Al contrario que él, Ellis tenía un aplomo no pelicularo y sí intimidante en su forma de avanzar y otear. No le preocupaba no responder.

—Hablo demasiado y los lobos me oirán, ¿verdad? —dijo Ronald.

—Los lobos ya te habrán olido.

—¿Has dicho olido u oído?

—Olido. Y eso es algo que no puedes remediar.

—Te refieres al olor humano.

—Me refiero al olor del miedo. Las bestias salvajes rastrean a sus presas. Las presas se ocultan aun sabiendo que los matará el olor de su propio miedo, pero no por eso dejan de tenerlo. Los hombres torturados también huelen así. El señor Garrido seguro que también olió así.

Ronald abrió su anorak y extrajo de él una petaca de acero inoxidable.

—No acostumbro a beber. Pero hoy me apetecía. Y lo mejor es que a nuestro ladrón del trastero no le va el Jack Daniel's.

Ronald abrió la petaca y se la ofreció a Ellis.

—No quiero, gracias.

—¿Seguro que no?

—No.

—Un día es un día. Vamos, Ellis Harvey. No necesitamos cubitos de hielo.

Ellis alzó la escopeta F3 y apuntó sobre la cabeza de Ronald.

Era de noche y Ellis se incorporó. La mordaza invisible en la cabeza, en las sienas, apretando hacia dentro muy encabronada, como una herramienta de sujeción. Sudores fríos. El jersey y el colchón empapados. Buscó en el cajón de la mesilla, pero la botella de Jack Daniel's estaba



vacía. Se tiró de los pelos, la piel le aplastaba el cerebro.

Se levantó, anduvo dos pasos, pero las piernas le temblaban tanto que se sentó de nuevo. Calambres. En el estómago, en el pecho. Como te den en las vértebras o en la médula, lo mismo se vuelven convulsiones. A las alucinaciones, que es la tercera fase, pocas veces llegaba, gracias a Dios. O eso creía. Cuando le daban convulsiones era peor que en las celdas de tortura. Aquel talibán tuerto que pillaron al norte de Jalalabad, gritando como un cochinito en el calabozo, el cráneo también como el de un cochinito, pequeño de cojones, encogido tras la inyección de mercurio. Ahora se acordaba de eso. Tenía mercurio inyectado en el cráneo. Mercurio aplastador de cerebros.

El miedo a las convulsiones lo espabiló. Estaba sentado en la cama, encogido para que no le acalabrara el estómago. Intentó moverse, poco a poco. Se deslizó del colchón hasta el suelo y cuando estuvo seguro, gateó hasta la cocina, bajo la penumbra azulada que se filtraba por las rendijas de la persiana. Gateaba así en el barro y bajo los alambres del campo de entrenamiento, antes de la guerra, cuando aún era un mierdecilla normal. Se levantó, ayudándose en la encimera. Abrió cajones. Abrió armarios. En la basura encontró dos briks de vino tinto. Abrió el tapón, abrió la boca, miró hacia arriba, esperó. Una mísera gota, joder, solo una puta gota.

Tiró los briks vacíos al fregadero. Ahora la mordaza también la sentía en el pecho. Respiración agitada. ¡Joder con los temblores! Ellis tenía mucho frío. La estufa ya no rojeaba pero se vio incapaz de cargar con leña y meterla dentro. Los radiadores eléctricos eran para situaciones extremas, con los críos enfermos. Eran las tres y media de la madrugada. Imposible conducir así hasta Greenville, diez millas, donde podría encontrar algo. Café. Café caliente. Eso le sentaría bien. Las manos le temblaban y tardó en preparar la cafetera. Esperar al pitido era lo peor, porque le iba a taladrar las sienas. De chillidos andaba sobrado en la cabeza; además, dentro de él un chillido despertaba a otro como en un dominó infernal.

Se acojonó y no dejó que pitara; solo hirvió la mitad del café. Tuvo cuidado al verterlo en la taza. El calor en las manos lo reconfortó. Un pequeño sorbo, con cuidado, atento a las náuseas. ¡Qué calor! El esófago se contrajo. Contener. Tragar. Cuidado, cuidado. Pronto se sintió capaz de salir al jardín, porque lo mismo le daba a Jamie —doce años y puede que ya harto de él— por ir al baño y verlo allí, hecho una mierda.

La noche era fría hasta doler. Se apoyó en la puerta, cazadora y bufanda encima. Pero como si nada, la muy perra se le metía dentro, hasta el sistema nervioso. Y le atravesaban el cuerpo entero pequeños espasmos, alguno con saña, tanto que el café se le cayó y le mojó los pantalones. Estaba en zapatillas de andar por casa. La silla plegable, junto a la puerta, miraba al jardín y al bosquecillo de álamos y a las llanuras de más allá, hasta la frontera con Indiana. Pensó en sentarse en ella, pero le abrumaba la idea de tener que levantarse después. Se le nubló la vista solo de pensarlo, temió caerse. Amago de náuseas. Erupción caliente en el esófago, sabor a bilis. Respira, joder. Piensa en respirar. La clave consiste en pensar en ello, solo eso, no es tan difícil. Si te caes, no te levantas. Luego te encuentran tus hijos y es una putada para ellos y para ti, pero sobre todo para ellos, aunque no te lo digan. Abrió los ojos y buscó concentrarse en el jardín. Miró a la ranchera de segunda mano. Miró al viejo Camaro, que parecía un fósil de dinosaurio medio enterrado entre matojos, todo óxido y verdín. También estaba el cobertizo metálico, la bandera del piloto de carreras Tony Stewart, el columpio doble, fantasmagórico, que no servía para nada pero que chirriaba con el viento, sonido que a Ellis le tranquilizaba. Miró al cielo. El cielo estrellado. Precioso. Joder, qué magnitud. Parecía una enorme plancha agujereada por balas, como dentro del Humvee que tuvieron en el primer despliegue, una basura de blindaje que perforaban hasta los

calibres del AK.

Ellis recordaba el primer tiroteo. Los agujeros y la luz entrando humeante, como celestial; los gritos de *Al-lahu akbar* desde las callejuelas de fuera (que bien podían entrar desde el cielo estrellado) y en la oscuridad del vehículo (que bien podía ser el jardín de Ellis bajo la noche, o el jardín de cualquier otro, o el mundo entero). D'Angelo se partía la caja porque le habían dado en el casco. El puto D'Angelo que hablaba dormido, a veces llamando a su madre, que escribía poemas a su novia mexicana, que los tenía tan puestos como Robocop. Y pensar que el primer día de instrucción, cuando les tocó compartir litera, lo catalogó como un retrasado, un gracioso ladrador y poco mordedor, de los que se cagan bajo el fuego real y se vuelven inútiles.

Al principio bebía para librarse de esas visiones, que eran como lapas adheridas en la cabeza, putas lapas proyectoras de cine, de películas de terror. Ahora, por supuesto, bebía para no morir. Ni siquiera le importaban las Stanley Kubrick de su cabeza con tal de entretenerse, de no dejarse dominar por el síndrome de abstinencia. A veces sobrevivir hasta conseguir una botella era más cuestión de control.

Piensa, Ellis, piensa. Vas bien. Al amanecer, con el rocío y la humedad fresca de la hierba, saldrán conejos. Carne silvestre y limpia, sin conservantes ni venenos. Estofado caliente para cuando los críos vuelvan del colegio. Lo agradecerán. También puedes golpear el conejo contra la encimera, hasta reventarle los huesos, hasta astillarlos, así es más fácil cortarlo por las articulaciones. Después lo untas en harina y lo rebozas. Pero Ellis no cazaba. A pesar de la escopeta Browning del calibre 12, la pistola M9, el Ka-Bar que se trajo de Afganistán y las dos granadas que guardaba en una bolsa de deporte en el falso techo, por donde circulaba el aspersor. Cuatro años sin tocarlas, como si desprendieran efluvios radiactivos, viejos recuerdos de adicción, una licorería dentro de una bolsa Nike. Pero las necesitaba ahí. No. El hogar, los hijos. Las necesitaban ellos. Ellis solo era el intermediario, el brazo ejecutor ante el mal llamando a la puerta.

Ya se encontraba mejor. Miró la hora. Cuatro menos diez. Podía preguntar en la caravana de Harden. Al viejo Harden hacía mucho que no le pedía alcohol. Había sido mecánico de coches y toxicómano, a la vuelta de Vietnam. Divorciado y sin hijos, con dos estancias en chirona por maltrato y resistencia a la autoridad. Harden era un buen tipo. A veces bebían juntos.

En el bolsillo de la cazadora tenía cinco dólares. No pedía alcohol sin dinero. Nunca. Ni siquiera a los amigos. Se concentró y salió impulsado, como una barcaza sin remos y a la buena del Señor, en busca de corrientes que lo llevaran a la salvación. Demasiado impulsado para su dominio del cuerpo tal vez, un motor de BMW para ruedas de ranchera, porque dio tumbos hasta cruzar la verja, donde se apoyó, como se apoyó a continuación en verjas de vecinos, en arbustos, en postes de electricidad, en postes para desollar ciervos, hasta llegar a la decrepita caravana del viejo Harden. Resollando, mareado. Todo un mundo después.

Llamó a la puerta. En la ventanilla negra, bajo la luz de las estrellas, vio el reflejo de una piltrafa calada hasta las cejas. La piltrafa era él, no el abrigo, que le venía cuatro tallas grande. Encogido, nervioso, la mirada hambrienta, como la de un animal salvaje. Intentó erguirse, recobrar la compostura, pero la luz interior se encendió y se dejó de ver.

—Qué cojones, Ellis.

—Se me ha ido de las manos. Ayer me despisté y no lo vi venir.

—Tiemblas como un pollo. Entra, joder.

—Solo quiero algo, lo que sea. Para pasar el mal rato. Por la mañana voy a Canal Street y lo soluciono.

Harden estaba en mangas de camisa, con el frío que hacía, aunque era un tonel de doscientas veinte libras y tenía la capa sebosa de una ballena. Rumió algo y desapareció. Lento, crujendo en la madera, con tintineo de botellas que hicieron florecer colmillos en la mandíbula de Ellis.

—Que no te vean los niños.

Four Roses. Media botella. Ellis la cogió con cuidado, temeroso; luego se la metió en el bolsillo y la aseguró bien con el botón, no fuera a ser que se le cayera. Sacó los cinco dólares.

—Vete a tomar por culo.

Harden cerró la puerta y Ellis encajó el billete en la rendija. Después se lo pensó mejor y lo volvió a coger. De nuevo a casa; verjas, arbustos y postes de electricidad, pero mejor. Encendió la luz de la cocina, sacó la botella con las dos manos y la depositó en la encimera. El whisky sonó al verterse en el vaso, al estrecharse en la boquilla. Un sonido maravilloso, fluctuoso, como de opulencia de líquido. Se le saltaban las lágrimas cuando empezó a beber.

—Papá.

Jamie en pijama, junto a la puerta del baño. Sonaba la cisterna.

—Jamie, cariño.

Ellis se acercó, ocultando la botella. Su hija lo miraba con carita aún de muñeca, algo somnolienta, el cabello como hilos de oro irresistiblemente electrocutados. La cara de disgusto hacía tiempo que ya no era infantil, era de adulto, idéntica a la de Susan, su madre. A veces le parecía que lo miraba a través de sus ojos, burlona, con ganas de revancha por lo que pasó. Sentir aquello le gustaba y le daba miedo.

Miraba el vaso con whisky, que estaba en la mano de Ellis.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que encienda los radiadores?

—La luz del baño sigue sin funcionar.

—Ahora mismo la arreglo.

—Buenas noches, papá.

Cerró la puerta. Ellis notó el silencio, aunque su hija no hubiera hecho ruido.

Jamie tenía cuatro años cuando volvió del primer despliegue. Él venía de siete meses en el infierno. Entre medias, dos semanas de despresurización en una base logística a las afueras de Kabul (fumar como cosacos, limpiarse el bolsillo al póquer y pajearse con revistas porno en los retretes). Lo llamaban así, despresurización, porque era para olvidar y para adecuarse a la vida normal, como náufragos del desierto a los que había que afeitar y cebar, para devolverlos dignos a sus mujeres y madres, aunque regresaran con diecisiete libras menos, el uniforme limpio pero hecho mierda porque era el mismo de siempre, y el fusil descargado entre las piernas, debajo del asiento de felpa, en vuelo comercial con escala en Londres. Ellis mirando, absorto, las instrucciones de las azafatas. Intentando prepararse para la vuelta a casa. Pensando en casa, en el barrio, en Susan y su constelación de pequitas, que le brotaban en las mejillas y lo volvían loco cuando sonreía, que se escabullían por el cuello, socarronas, para que él las siguiera hacia el jardín del Edén. Boooooom. Abajo la puta cerradura, nube de polvo. Irrupción controlada, rápida, eficaz, del primer equipo de asalto. Kabul, distrito 15. Posible fábrica de Semtex y C4. Derecha despejado. Izquierda despejado. Al frente despejado. Pasillo despejado. Según salen al patio reciben fuego de AK-47 y esta vez a D'Angelo le perforan la carótida. La mitad del cuello fuera. Cuando se cargan a los hijoputas aún aguanta, quiere decir algo, pero le sale sangre de la boca y se queda ahí.

Susan estaba preciosa cuando los recibieron en la base de Quantico. Con su vestido color mostaza, ceñido como a Ellis le gustaba. La clavícula y el cuello desnudos, a pesar del frío, para

que él la viera. Con más maquillaje del habitual y algo más delgada. La última vez que la había tocado, antes de irse, hicieron el amor tres veces en una sola noche. Susan lloró y Ellis la tuvo abrazada hasta que sonó el despertador. Su hija estaba ahí, sujeta a las piernas de su madre, oculta en sus faldas, mirando a un padre al que apenas conocía. Tenía miedo, pero el miedo en una niña es como de juguete. En Susan, en cambio, mientras lo miraba sonriente y a punto de llorar, el miedo era real. Aunque no definido. Era un cóctel de nervios y de incertidumbre, además de la enorme ilusión por tenerlo de vuelta en casa.

Alineación de la mira. Control de respiración. Ronald se había tirado al suelo, creyendo que Ellis le apuntaba a él, con la petaca abierta y la mitad del whisky en la nieve, color pis pero frío. Ellis en realidad se centró en el alce que merodeaba entre los árboles, y después en la retícula telescópica, hasta que el alce se tornó borroso tras las dos líneas en cruz. El blanco siempre borroso. Quitó el seguro. Debía realizar tres disparos. Dos rápidos al cuerpo y uno certero en la cabeza. Lo importante es que las ondas expansivas se solapen en el cuerpo. Dos balas muy seguidas y muy juntas, que aliadas son como un reventón de balón. Te destrozan los pulmones, el corazón, y sufres un shock para morirte antes de que te duela. Eso Ellis lo sabía bien. Si tardas demasiado, si la primera perfora el pulmón y la segunda no llega o lo hace cuando la primera onda ya ha pasado y solo atraviesa arterias y órganos, no hay reventón dentro. Cada una va a lo suyo. Entonces estarás puteado de cojones. Te encharcas por dentro hasta que en lugar de respirar, te sale sangre por la boca.

Ellis apretó el gatillo. Pam. Pam. Pam. Retroceso en el hombro. Matar a un animal es como matar a un hombre. Si lo piensas bien, no hay diferencia. Eso Ellis lo sabe bien. Lo mismo el alce que Ronald. Los dos revientan igual. Los dos caen igual. Silenciosos. Cuanto más rápido, mejor. Sin pensar.

El alce cayó más allá de los árboles. Ronald se levantó con la petaca en la mano y el whisky en los pantalones.

—¡Joder! ¡Qué puntería!

El día de su primer regreso Jamie llegó dormida a casa. Ryan era un bebé y estaba con los abuelos. En el coche, durante los cincuenta minutos de viaje desde la base de Quantico, Susan dijo algunas cosas:

—Me alegro de que estés con nosotros.

—Yo también me alegro, cariño.

Ellis conducía, concentrado en la suavidad del volante, en la nocturnidad silenciosa de la carretera. Le apetecía muchísimo conducir. Las manos ocupadas de nuevo desde que dejó el fusil en la base y no supo qué hacer con ellas.

—Me ha ayudado quedar con las otras mujeres del batallón.

—Claro. Lo entiendo. Me tranquiliza saber que ha sido así.

La mano de ella en su muslo, suave, y una sonrisa insegura, de que todo iría bien. Después un silencio largo. Y líneas y luces y señales que pasaban en la negrura.

—¿Qué te ha parecido la recepción?

—Ha estado bien. Un poco parafernalia.

Ella rio con cierta estridencia, cosa rara en Susan, que siempre era comedida en sus

expresiones. A Ellis, que había olvidado el sonido de su risa, le dieron ganas de aparcar en la oscuridad de alguna pista rural, pasarse a su asiento y abrazarla, y quedarse así hasta el amanecer, mientras Jamie dormía. Pero no hizo eso y en su lugar siguieron callados, hasta que varias millas después, justo antes de llegar a casa, ella dijo:

—Te quiero, Ellis.

—Yo también te quiero, Susan.

Él aparcó, sin sentir nada realmente por volver a estar en casa.

—Has cambiado las ventanas.

—Sí. Llevaba tiempo queriendo hacerlo.

Cuando acostaron a Jamie seguían sin saber muy bien qué decir. Ella le rozó la mejilla y se acercó, hasta rozarle los labios. Le temblaba el cuerpo. A él le sorprendió el olor a lavanda y lo cálida y delicada que era. Pensó en los siete meses que había dormido en catres de lona o sobre tierra o en alguna azotea con chaleco antibalas y el fusil encima. Susan lloraba. Era maravillosamente tierna.

—¿Estás contento de volver a casa?

—Claro, cariño.

Un mes más tarde también lo estaba. Si en Afganistán no había enloquecido, era precisamente porque pensaba en volver a casa, con Susan y los niños. Ese deseo era cordura. Aferrarse a él era sobrevivir. No existía M4 mejor que su familia. Un mes de descanso y de recuperación, de revisiones médicas y apoyo psicoterapéutico. Compras con Susan y Jamie y Ryan y chillidos por todas partes, como tras un bombardeo, tardes de cine y petardazos en los dibujos animados, cena en el Burger King y la puta puerta que sonaba como casquillos de AK; sofá, televisión y juegos infantiles; despertares noctámbulos con la cara de D'Angelo y de talibanes sin nombre y despertares tranquilos de sexo con la cara de Susan. Y las primeras borracheras con el batallón. Borracheras a lo bestia, en tugurios de *striptease*, potas en la acera y lagunas en la memoria como agujeros negros; pestazo a alcohol al regresar a casa y caer en la cama junto a Susan. Dios, un mes después estaba hasta arriba. Se sentía cansado. Había odiado la guerra, había deseado mil veces escapar de allí. Pero qué cojones, ahora quería volver.

Luego vino el segundo despliegue. A la vuelta todo fue mucho peor y entonces se le empezó a ir de las manos.

Aquella noche, mientras Aliou Sabaly y Ellis Harvey desollaban y despiezaban el alce en el porche de la casa cúbica, Ronald Goodwin estaba sentado en su cama, en pijama y con las pantuflas puestas. Reflexionando sobre la caza del alce y sobre lo que les estaba sucediendo. Al volver Zettie le había preguntado por Ellis. Ronald no sabía qué pensar de él. Era frío como un témpano. Pero había algo en su manera de hablar y de mirar, lo percibía: su cabeza parecía el contenedor de una bomba. Ahora Ronald miraba a un rincón del rodapié de la habitación, o al menos los ojos apuntaban en esa dirección. Alelado. A veces le asaltaba una impresión de profundidad existencial, de golpe, en los momentos más absurdos (mientras se lavaba los dientes, mientras esperaba a la tostadora, mientras se ataba los cordones de los zapatos). Era una lucidez repentina, un raptó metafísico de alguien que le abría una puerta para mostrarle a él mismo, y a Zettie, y a todos los que quedaban allí atrapados, absortos en sus pequeñas trivialidades, como saquitos percederos de carne y hueso. Y ahora veía aquella casa, desde fuera, en medio del bosque, en medio de la nada humana. Como si estuviera volando entre las nubes, viendo la

eternidad. Sí, la eternidad. Pero no en el sentido óptico, claro, la eternidad no tiene forma, sino en el emocional, como inyectada en el sistema nervioso. Ahí van cincuenta miligramos de eternidad, le aliviarán el desbarajuste mundano, tendrá sensación de tranquilidad, de sabiduría, sentirá cierta embotadura mental al despertar. Si a la hora no remite, consulte con un profesional. Si percibe fanatismos, querencia de inventar religiones, de emprender cruzadas contra otros puntos de vista, consulte con un profesional.

A Ronald le daba igual. Él solo disfrutaba de aquella evasión metafísica. ¿Quién no desea, en algún instante de su existencia, momentos así? ¿Acaso existe pasión más corriente y maravillosa que la de aspirar a la eternidad?

—Se te cae la baba, Ronald.

Zettie guardaba sus lentillas en el estuche con hidrogel. Ronald dejó de mirar el rodapié, se quitó las pantuflas y se metió en la cama; se revolvió más de lo habitual entre las sábanas hasta encontrar la posición que el cuerpo y su estado emocional le pedían: estilo momia.

—Creo que voy a empezar a creer en algo —dijo.

—¿En Dios?

—Sí, en lo que sea.

—¿Y por qué ahora? ¿Por miedo? ¿Has pasado miedo hoy en el bosque?

Zettie preguntaba eso porque era ella la que tenía el miedo dentro, así que estaba obsesionada y todo a su alrededor era miedo.

—No lo sé. Pero ahora soy un hombre con imaginación.

—Entonces ¿es por miedo o no?

—Hay algo diferente en este lugar, cariño. Como otra dimensión. Creo que la percibo.

—Desde que te fuiste de Collins & Marbury, percibes cosas raras.

—Percibo cosas que antes no percibía, porque ahora estoy atento. Y sí, son raras porque es raro estar atento.

—Me gustaría entenderte, cariño.

—Lo hemos hablado mil veces. Es sencillo. Hago lo que me sale hacer en el momento.

—Pero eso es absurdo, Ronald.

—Es experimental. Paro y rompo con el movimiento.

—Pero ¿qué movimiento es ese?

—¿Cuál va a ser? El de todos los días. Solo me muevo diferente. ¿Recuerdas el rebaño de caribúes que vimos desde el aire cuando volamos hacia aquí?

—¿Eran caribúes o alces?

—Creo que son lo mismo. Yo soy un caribú solitario. Voy en otra dirección.

—Pues te devorarán las manadas de lobos.

—Pero no iré directo al matadero.

—Los caribúes no van al matadero. Al matadero van las vacas, o los cerdos.

—Pues entonces, cariño, soy una vaca en dirección contraria.

*Día 9*

En la cabaña oscilaba la piel de cría grizzly y de ella salía una luz que despertaba el bailoteo de partículas. El mendigo dibujaba en la pared de la cabaña; no tenía ni lápiz ni navaja, pero con el movimiento de su mano quedaban dibujadas líneas de caracolas. Cuando el mendigo se cansó de dibujar, se sentó a la mesa y empezó a romper cocos con la cabeza y succionar el jugo que había dentro. Los cocos vacíos los tiraba en un vertedero donde había un letrero: VENENOSO. El mendigo contaba la historia del náufrago Travis Loren. Ronald la escuchaba aunque no se veía a sí mismo en la cabaña ni el mendigo lo veía a él. El mendigo se levantó, cogió la piel de cría grizzly y se la puso encima; la luz resultó ser una escopeta con linterna. Armado con ella, el mendigo se fue a cazar. Entonces se oyó un disparo que despertó a Ronald, quien recordó de pronto que respiraba y que más que respirar, se ahogaba, y que tenía dentro del pecho un guante de boxeo que golpeaba para salir.

Zettie encendió la luz, alarmada por los gritos.

Ronald se vio en su dormitorio de la casa cúbica y lo primero que pensó es en por qué los disparos de los sueños despiertan. Mientras tanto necesitó un tiempo para percatarse de que gritaba:

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! ¡Estoy bien!

—¿Estás bien?

—Estoy bien, sí.

—¿Apago la luz?

—Apaga la luz, sí.

Se apagó la luz y Ronald se tumbó. El boxeador de su pecho se cansó y enseguida volvió a dormirse.

—Tengo miedo —dijo Zettie.

Pero Ronald no la oyó.

Ángeles Expósito estaba junto a la ventana de su habitación. Tenía la luz apagada y regaba un pelargonio de pensamiento. El pelargonio ya estaba allí cuando llegó a la casa. Le gustaban los pelargonios y alguien lo había dejado para ella. Como tenía la luz apagada, se percibía el dormir del bosque. Ángeles vertía agua al sustrato y mientras tanto acariciaba las flores con forma de

trompeta. Antes había recogido flores caídas para que salieran los nuevos brotes.

Dentro de un tiempo estarían todos muertos. Ella ya lo sabía.

¿Los brotes o todos vosotros?

Ángeles sonrió. Qué gracia.

Junto al pelargonio había una fotografía enmarcada. Su hijito Junio le sonreía siendo un niño. En algún lugar ahí fuera estaría él ahora, eso ella también lo sabía. Alrededor de la fotografía (que siempre llevaba Ángeles consigo) había cuatro cirios con flores de cera, un crucifijo y una calaverita de azúcar. Junio poseía un CI de 157 y lo había heredado de los 160 de ella, que hizo el test después de su hijo en una escuela para adultos porque gracias a sus 160 intuía desde hacía tiempo que los tendría, y porque gracias a sus 160 también intuía el orgullo feliz que sintió al saberse ella, y no el padre, el germen de la inteligencia de su hijo. Ángeles era superdotada intelectualmente y por eso jugaba bien al póquer. Además de regar pelargonios y cocinar chilaquiles para gringos, también le gustaba hacer sudokus y rompecabezas matemáticos. La conciencia de su intelecto le vino demasiado tarde. Aunque de haberlo sabido antes, tampoco habría hecho nada especial con 160 de CI en la escuela para niñas de la colonia Marruzco, donde la profesora les enseñaba a regar y a cocinar, a remendar y a limpiar, a ser buenas paridoras y buenas esposas.

Dejó de regar el pelargonio y buscó la caja con fósforos. Antes de irse a dormir los cirios quedarían encendidos junto a la ventana. Así él podría verlos, desde allá donde estuviera. Fuera en la noche nevaba.

Entonces lo vio moverse entre los árboles. Era una sombra, un tronco de conífera con piernas y que andaba por la nieve. También tenía cabeza y en las manos llevaba una escopeta. Ángeles distinguió los relieves y orificios de su cabeza. Lo reconoció. El tronco andante y con cabeza caminó hacia el bosque y se perdió. El bosque era negrísimo y su infinidad se imaginaba; por eso era un limbo sin fin que rodeaba la casa.

Ángeles Expósito, que pensaba más rápido de lo que se le presuponía, se puso las pantuflas, se ató la bata y cogió su celular con teclas y con cámara fotográfica para registrar cosas. Con su 160 de CI, tenía la capacidad de intuir qué fotografiaría en los próximos minutos. Con su 160 de CI, tenía ideas estrambóticas que podían ser geniales. Así que abrió la puerta de su habitación y miró al pasillo oscuro. En principio no vio a nadie, pero como estaba oscuro tampoco tuvo la seguridad plena. Cuando se le adaptaron las pupilas, salió y caminó por el frío pasillo hasta otra puerta. Diríase que debía de tener miedo. Pero la verdad, no lo tenía.

Ninguna puerta tenía cerradura ni pestillo y eso asustaba a muchos de los que estaban allí. Para Ángeles era una oportunidad. Llamó con los nudillos, aunque supo que no respondería nadie. A quien dormía en aquella habitación lo había visto en el bosque con una escopeta. Entró y cerró la puerta. Después encendió la luz.

—¿Qué me ocultas? —preguntó a la nada.

La luz en aquel lugar hacía algo extraño. Todo eran árboles alrededor y nunca se veía el amanecer ni el anochecer. Así que lo que hacía la luz tras los árboles era un misterio.

En el porche de la casa cúbica, la inglesa Lisa Flanagan sorbía café y pensaba cosas así. Había sido la primera en despertarse. Todo en la mañana permanecía aislado y silencioso. La nieve estaba fresca y recién caída y era como un buen auditorio. El café era molido y recién desempaquetado, así que resultaba imposible que contuviera veneno. Encima de Lisa había un



carámbano perfecto. Alzó la mirada y se lo imaginó cayendo y atravesándole la carótida, los pulmones y el intestino. Miró a la nieve y siguió donde estaba. Entonces vio las pisadas. Iban y venían del bosque. Las pisadas eran los restos de la noche. A Lisa se le atragantó el café. ¿Y si eran las pisadas de él? Las pisadas del habitante de la cabaña. Las pisadas de la bestia asesina.

No digas nada, Lisa. No digas nada porque tú también ocultas cosas.

Lisa entró en la sala de estar y saludó a Ellis Harvey con una sonrisa. Él le sonrió también, lo que no era demasiado habitual. Existía un vínculo entre ellos dos. Las sonrisas en la casa eran algo extraño.

Aliou Sabaly estaba en el suelo y con el hornillo. Empezaba su ceremonia de té *lewel*. Para quien tuviera olvidado el don de la paciencia, verlo y ensimismarse con el proceso podía ser perjudicial para la salud. En realidad, si uno lo pensaba, en la casa cúbica no existían razones para tener prisas (salvo para huir de allí). En el mundo exterior tampoco existían, solo a veces, pero la cantidad de «a veces» venía dada por la medición subjetiva de cada uno. Además, ese «a veces» era contagioso y se volvía costumbre hasta dejar de ser «a veces» y pasar a ser «siempre». Para quien lo tuviera en modo «siempre», la paciencia podía ser más estresante que las prisas. Zettie Goodwin traslucía eso mientras bebía un vaso de agua y miraba a cualquier sitio salvo a Aliou Sabaly. Zettie murmuraba para sí: «Solo faltan cinco días. Solo faltan cinco días. Aguanta, Zettie. Aguanta».

Ronald Goodwin salió de la despensa con ojeras de haber pasado mala noche. Alzó la voz y rompió la ilusión de unas horas en calma:

—Ha desaparecido una de las escopetas.

Aliou dejó su té y preguntó:

—¿Has mirado bien?

—Solo me falta mirar en las habitaciones. Y también ha desaparecido más comida.

En la sala de estar, Zettie volvía a llevarse las manos a la cabeza. No lloraba, pero pensaba y se balanceaba como los esquizofrénicos de los psiquiátricos. Ronald le acarició el cabello.

—Resistiremos, cariño —la consoló—. No podrá con nosotros.

Zettie lo miró.

—¿No podrá con nosotros? —dijo con la voz quebrada.

—Nos mantendremos juntos. Solo cinco días más. ¿De acuerdo?

Zettie se dejaba acariciar. Empezó a susurrar, abstraída:

—¿Dónde estamos, Ronald?

—En un lugar muy apartado, cariño.

—Pero ¿en el mundo?

—¿Cómo que en el mundo?

—En el mundo en que hemos vivido hasta ahora. ¿Seguimos en él?

Ronald le dio un beso en la mejilla.

—Claro que seguimos en él, cariño.

Zettie se calló. Los demás la observaban. Había un silencio extraño en la sala. Miradas que se estudiaban. Maquinaciones del cerebro. Sospechas que se mantenían en silencio. Aliou bebía su té, Ellis bebía su Coca-Cola y Lisa un nuevo café. Nadie hacía preguntas. Nadie decía nada. Era

como si todos callaran algo.

Ronald dejó a su mujer y se acercó a la cocina. Abrió uno de los cajones y lo volvió a cerrar; lo abrió de nuevo y lo volvió a cerrar, y así hasta cinco veces, que eran los días que les quedaban hasta la vuelta del piloto, y al fin sacó el pan de molde para prepararse las tostadas. Las cinco veces simulaban los cinco días, y sacar el pan de molde simulaba el objetivo, que era la vuelta del piloto. Había simulado pasar los cinco días y conseguir la vuelta del piloto y se sentía más tranquilo. Ronald también empezaba a acusar la tensión. Zettie ya no tenía las manos en la cabeza y lo había visto abrir el cajón cinco veces. Zettie conocía sus manías. Aparecían con el estrés y el miedo.

Aquella mañana Ángeles Expósito no cocinaba, casi ni respiraba, y cuando se movía, lo hacía con la contención de querer ser invisible. Miraba a Ronald. Lo miraba tanto que él comenzó a sospechar que pasaba algo, como si quisiera decirle algo y no supiera cómo.

—¿Qué sucede, Ángeles?

La mexicana lo miró de nuevo, muy próxima a él.

—¿Confío tú?

—Eso debería preguntárselo a otra persona. No a mí.

Sin decir nada, Ángeles lo cogió de la mano y lo condujo al trastero, toda ella bajita, con su pelo canoso, pulseras de mercadillo en las muñecas y una blusa colorida con motivos indígenas. Ronald se sintió guiado por una bruja étnica. En el trastero ella se dio la vuelta y de la blusa sacó un pequeño frasquito. Tenía una etiqueta: «Polvos de ricina. Extraídos de semillas machacadas. Cuidado. Extremadamente venenoso».

—Esto mata a Teodor y Ulad. Yo encontrar. Habitación de...

Entonces ella se le acercó al oído. Ronald primero percibió el aliento con olor a ajo y pimienta y después escuchó el nombre.

Habitación de los Goodwin. Anochecer. Tras las copas de los árboles, alguien se llevaba la luz. Existía cierta desorientación vital en no ver el horizonte, como si los días no pasaran y el mundo estuviera detenido fuera de allí. A Ronald le había asustado lo del veneno. Pensaba en el nombre que le había dicho Ángeles. El asesino de Teodor y Ulad.

Ahora sí era instinto del Paleolítico. Supervivencia de cazador cavernario. O morían ellos o moría él.

Ronald suspiró. Le sucedían cosas en la cabeza. La tensión le pasaba factura. El sueño de la cabaña lo acompañaba en la vigilia. Pensaba en el mendigo, en el náufrago Travis Loren y en la caracola. Era un pensamiento nocivo y parasitario. Ahora, por culpa del sueño, forzaba la memoria para acordarse del mendigo. Veía su cara pero no veía ni los ojos, ni la nariz ni la boca. Era como la cara de un sueño. Había algo extraño allí. Las caracolas de la cabaña estaban allí para él, para decirle algo. Formaban parte de su pasado; alguien las había cogido del pasado y las había puesto en la cabaña para él. ¿Habían sido sus hijos? Tus hijos no están aquí, Ronald. No. Existe otra razón. Estáis en este lugar por algo. ¿El destino, Ronald? ¿Es el destino lo que te ha traído hasta aquí? Pero ¿qué es el destino? ¿Quién controla el destino?

A Ronald le gustaría correr quince millas y desfogarse por dentro hasta la claudicación física. Lo necesitaba para relajarse y pensar con claridad. Pero no podía, así que en su lugar corría ahora las cortinas y, como Zettie estaba en el lavabo, encendía y apagaba la luz de la habitación veintidós veces, que eran los años que debía de tener Jenny desde hacía varios días. Lo de las

luzes simulaba que los tenía, y que por lo tanto había llegado a cumplirlos y estaría viva en algún lugar. Era una simulación que debía hacer, pero no estaba seguro de si lo tranquilizaba y no existían pruebas científicas que le aseguraran que por su simulación Jenny y Charlie estuvieran vivos. Las manías le venían con el estrés. A falta de nada concreto, eran un tributo al destino o a Dios o a la fe o a la madre naturaleza para que sus miedos no se hicieran realidad. La verdad, Ronald Goodwin era un acojonado. Ahora que pensaba en los veintidós años de Jenny, le venían los recuerdos.

Jenny lloraba, su primer novio serio la acababa de dejar. Un chico de Misuri, becado por ser un *cornerback* velocísimo; según Charlie, un pelopaja de ojos claros, sonrisa bonita y musculatura de hormonado, con un acento confiado e ignorante (y por tanto estúpido) del Medio Oeste. Zettie la consolaba por teléfono. Ronald escuchaba la conversación callado. Percibía la voz de su hija, con su lógica irrefutable, con su sentido común, con sus argumentos infalibles que explicaban cómo se supone que funciona la vida. La voz de su querida hija Jenny, con una dialéctica que golpeaba como Mike Tyson, que desde niña había dejado a Ronald con un balance de cinco victorias y treinta derrotas, veinte de ellas por KO; la voz de su querida hija Jenny descubriendo que la lógica, en la vida real, sirve de bien poco. Ronald oía los sollozos, las estridencias de nariz al sonarse los mocos, mientras la imaginaba en la universidad, sola e indefensa, mientras se le olvidaban las humillaciones en el ring y le entraba la necesidad urgente de hacerse con un pañuelo y sonarse él también los mocos.

Se debatió entre pedir a Zettie que le pasara el teléfono o retirarse a un segundo plano, que es lo que debería hacer por el riesgo catastrófico de un derrumbe patriarcal. Supuso (se convenció) que era una cuestión de estrógenos (lo de su hija, no lo de él) y que como padre pintaba bien poco allí. Zettie sabría cómo manejar la situación. Para Jenny era el fin del mundo. Luego ya se vería.

El fin del mundo a los veinte años es algo precioso. Ronald lo había conocido, pero no a los veinte, sino a los treinta, y no en modo precioso, sino en modo bucle mefistofélico. Algo bien diferente. Una depresión adulta, de las gordas, en la que cayó sin darse cuenta. Durante varios meses, la solución pasó por tirarse del puente de Brooklyn. Tanteó la opción durante varios días. De baja por enfermedad, disponía de tiempo para hacerlo bien.

Después, el 1 de octubre de 1996, llegó Jenny.

En 2001, mientras una Jenny de cinco años jugueteaba con la barba de papá, los recuerdos del puente le daban tanta vergüenza, que Ronald los calificaba de Vergüenza con mayúscula, nombre propio de vergüenza. Se los llevaría a la tumba como la gran mancha de su vida. Estaba tan seguro del calificativo como de que se iría a la tumba.

—Prefiero la barba de los perros. Es más suave.

—Los perros no tienen barba, pequeña.

—Los perros son una gran barba, papá. Una barba suave.

Lo dicho, lógica irrefutable.

—Claro, una barba grande.

Algún tipo de limitación comprensiva debió de ver Jenny en su padre. Porque, haciendo uso de su energía ciclónica, que le robaba y le devolvía a uno la vitalidad, se liberó de su regazo de un salto, salió hacia su habitación y volvió de inmediato con uno de sus libros ilustrados de Disney.

—Mira, papá, este es Pluto. ¿A que es divertido?

—Lo es.

—¿Vamos a verlo, papá?

Jenny se sentó en su regazo y lo miró muy seria, con el libro en las manos, como una vendedora de enciclopedias. Ya tenía pecas en la nariz. Ronald se las besó.

—¿Qué dices, papá? ¿Vamos?

—Digo que eres muy lista. Y que me afeitaré la barba para que no me vuelvas a engañar.

Quiso que riera y la sorprendió con una ofensiva de cosquillas. Jenny rio, claro, como rio aquel verano en el Disneyland Resort de California. Ronald tardaría tiempo en aprender a mirar a sus hijos sin ver un puente, una mancha flotando en la retina. Y luego estaba Zettie, que conocía su vergüenza y que jamás mencionó nada, ni en las peores discusiones. A Zettie eso se lo agradecía.

Camas individuales enfrentadas. Ronald buscaba postura en la suya, revolución de anguila bajo las sábanas. Se quedó en estilo momia, hacia arriba, muy quieto y muy tenso. Zettie también estaba en su cama, hidratada, desmaquillada y tranquila. Fuera sujetador, pinzas en el pelo, sorbito de agua y pastillita para dormir. A Ronald, con la mirada fija en el techo, se le saltaban las lágrimas.

—Ronald, cariño, ¿estás bien?

—Sí, sí. Solo es por el placer. Es que estoy muy cansado.

—¿Apago la luz?

—Apaga la luz, sí.

Apagó la luz y todo quedó a oscuras. Zettie en posición fetal y con los ojos abiertos. El silencio era casi total. El resplandor de la luna se filtraba por las cortinas. Tras un rato pensando y sin dormirse, Zettie se levantó y caminó descalza hasta la cama de Ronald. Esperó algo y señaló.

—¿Puedo?

Ronald la miró sorprendido en la penumbra.

—Claro, claro.

Le abrió las sábanas y ella se metió y se quedó abrazada a él.

—Ronald.

—Dime, cariño.

—El espray para el aliento.

Ronald se adentraba en el bosque. Anorak, orejeras y crujir sigiloso de raquetas sobre la nieve. Era muy temprano y surgía un resplandor distante entre los árboles, allá en el cielo. La nieve se teñía de violáceo y la luna se escondía. Aquello no era un sueño. Ronald estaba despierto y el frío extremo le quemaba la piel y le enfermaba los pulmones como en una gripe.

En la mano enguantada tenía una pequeña Colt del calibre 38. Caminaba y encañonaba a las sombras de los árboles. La Colt era de Zettie. No tenía número de serie y él jamás le había preguntado dónde la consiguió. La ocultaba en su bolso de cuero. Dos días antes, ella se la había enseñado. «Mira lo que tengo», le había dicho. Ahora ella dormía y él se había vestido a oscuras con cuidado de no despertarla. El día anterior se durmió como ante el prelude de una batalla. Se sintió medieval y con armadura. El día anterior, después de enseñarle el frasco con el veneno y de decirle un nombre, Ángeles Expósito lo condujo a su habitación y le señaló el bosque desde la ventana. Usó su precario inglés y le dijo:

—Él. Escopeta. Por allí.

Así que eso hacía. Seguir sus indicaciones. Podía ser una trampa. Podía morir, en pocos

minutos, que por inercia del lugar no sería ilógico. Podía encontrarse ante la extinción inminente de su existencia, la extinción de todo lo que había conocido y conocería jamás. Dejaría de ver a Zettie, a Jenny y a Charlie. Dejaría de tomar batidos multifrutas y de correr Ironmans. Se apagaría todo y ya está. Aunque aun muerto tenía esperanzas no de tomar más batidos pero sí de verlos a ellos, desde algún lugar. Aquello podía ser una invención humana como las manías. Pero ahora que era un hombre con imaginación tenía esa esperanza. Aquel lugar encantado le daba miedo y le daba esperanza. Pensó en todo eso un instante y siguió caminando solo en el bosque. Imaginó sombras corredizas entre los árboles. Jadear lobuno. Suspiros de patas en la nieve.

Entonces las vio y las empezó a pisar. Huellas humanas que iban en una dirección.

Zettie se acababa de despertar y estaba ante el espejo del baño. Por el ventanuco, luz de amanecer. Ronald le había dejado una nota: «Estoy abajo, con los ejercicios». Zettie sonrió. Habían dormido juntos por primera vez desde hacía tiempo. Mientras se miraba al espejo, sintió un atisbo de esperanza. Ya solo faltan cuatro días, Zettie. Cuatro días y se acabará esta pesadilla. Solo hay que resistir. Sé fuerte.

El proceso para quitarse la noche de encima siempre era así: 1) leche limpiadora para pieles secas, aclarar con agua, secar; 2) limpieza de contorno de ojos y labios con producto específico para zonas delicadas; 3) tónico para restablecer el pH; 4) sérum; 5) crema hidratante; 6) maquillaje. De lociones y líquidos a cremas más pesadas, ese era el orden. De lo contrario, lo denso obstruiría a lo ligero. Una ley elemental.

El proceso era diario y como lo que sucede con dormirse o despertarse, Zettie no era demasiado consciente. Pero así ella salía cómoda al mundo y el mundo la veía cómoda a ella. La felicidad también era eso. De adolescente sufrió multitud de fábulas narcisistas: obsesión por los dientes, paletas grandes y separadas, una boca de yegua que nunca se atrevía a mostrar. Durante años y a base de grandes esfuerzos de autocontrol y conciencia de la propia imagen, Zettie aprendió a hablar con el labio superior ligeramente estirado hacia abajo. El aliento también la preocupaba, porque sentía el aire caliente salir de su boca, aire caliente de procesos intestinales. Temía que la rechazaran en su primer beso, ese con el que soñó hasta los veinte años. El psicólogo lo llamó «dismorfia corporal». Obsesión por lo propio, alucinación antropológica de que uno es el centro del mundo, protagonista no solo de su historia, sino de todas las historias. Todo el mundo me mira, todo me pasa a mí. Más tarde descubrió en un libro sobre neurodesarrollo infantil que todo se debía a un efecto biológico de su córtex prefrontal, inmaduro aún a los dieciséis años, conocimiento que la tranquilizó y la ayudó después a sobrellevar los ciclones de una Jenny adolescente. No es contra ti, Zettie. Es su cerebro. Su cerebro aún no funciona como debería. Pensar en la adolescencia como una enfermedad, una varicela que hay que pasar, ayudó a Zettie a ser una mejor madre, sin necesidad de gritar en la almohada o tirarse de los pelos en la ducha. También la ayudó a entenderse a sí misma de un modo agradable y llevadero. Lo suyo no era obsesión narcisista. Era adolescencia pasajera.

Ronald seguía las huellas humanas. Aquella noche Zettie y él habían dormido juntos. La sensación de hacer algo por última vez es mejor que la primera. Ronald pensaba esto y se le saltaban las lágrimas. Joder, Ronald, pero qué estás haciendo. Da la vuelta, Ronald. Aún estás a tiempo. Puedes volver y sobrevivir. Puedes evitar que tu existencia acabe aquí y ahora. Pero Ronald

avanzó, torpe sobre la nieve y con la Colt desenfundada.

No tardó en encontrarlo. Las huellas lo llevaron hasta él. Aquella cosa sacaba la escopeta de una herida arbórea, de una cavidad troncal. Era un ser humano de verdad. No tenía barba ni pelambreras, pero tenía cara. Ronald recordó. Ronald forzó la memoria. Ronald abrió mucho los ojos y gritó:

—¡Eres el mendigo!

Zettie se inclinaba ante el espejo y se pintaba con *eyeliner*. Sentía alivio de haberse traído uno de repuesto porque ya no pintaba bien. Ahora una primera capa de rímel, después otra para las puntas de las pestañas. Buscó en su estuche el pintalabios y pensó durante un rato cuál elegir, hasta que optó por el fucsia que tiraba a teja, el más oscuro de su colección. Sonrió; disfrutaba arreglándose. Empezó en el centro y se lo extendió hacia los bordes, para evitar excesos. A los treinta, tras el trastorno hormonal del primer embarazo, Zettie tuvo una crisis de hipocondría por sobreprotección hacia Jenny. Como todo era motivo de riesgo, también lo era que su maquillaje se corriera, así que desde entonces tenía la costumbre de concluir con spray fijador.

Dos estampidos. Lejanos y amortiguados. Se oyeron desde el bosque. Zettie se miró al espejo, con los labios a medio pintar.

Zettie bajó a la sala y allí no estaba Ronald haciendo sus ejercicios. Aun así, siguió llamándolo a gritos:

—¡Ronald! ¡Ronaaald!

Zettie salió al claro y a la mañana silenciosa y glacial. Le gritó al bosque:

—¡Ronald! ¡Ronaaald!

Zettie corrió y corrió y corrió y sintió una humedad helada en los pies. Le gritó al bosque:

—¡Ronald! ¡Ronaaald!

Zettie pisaba nieve con sus zapatillas de andar por casa. A su alrededor todo era móvil y no se oía nada salvo sus pisadas. El viento era frío y estimulante, aunque Zettie no llegó a procesar esta circunstancia, ni mucho menos que no hubiera viento, ni que en realidad era ella que como un expreso perturbaba el aire. Cuando entró en el bosque adquirió conciencia de que corría y de que se hundía y de que seguía huellas humanas en la nieve. Zettie le gritó al bosque:

—¡Ronald! ¡Ronald! ¡Ronaaald!

Cuanto más corría, más se tropezaba, caía y se lastimaba las manos. Tenía rajadas abiertas y sangrantes. Algunos ramajes le enredaron el pelo. Se sintió atrapada. Tiró y se le arrancaron mechones. Corrió, corrió y corrió, hasta que perdió las zapatillas. Los calcetines se le salían por la fricción. Eran calcetines gruesos de colorines. Se los había regalado Jenny. Cuando se sintió descalza empezó a llorar. No solo lloró por los calcetines, también lo hizo por lo del pelo, por lo de tropezarse y lastimarse las manos, por su cara, que bajo el maquillaje debía de ser la de un payaso llorón. Verse llorando y corriendo por el bosque la hacía llorar más todavía, porque debía de existir una razón de peso para correr así y llorar tanto, aunque ella aún no la supiera o aún no quisiera saberla.

El cuerpo de Ronald era otra cosa muerta en el bosque. Otra cosa más. Zettie no supo muy bien en qué momento lo encontró. Cuando llegó junto a su cuerpo se quedó de rodillas y miró los orificios por donde sangraba. Parecían volcanes en erupción. Ronald estaba tumbado en la nieve.

Zettie lloraba y no sabía muy bien qué hacer: si tocarle las manos o cerrarle los ojos. Si hablarle o abrazarle o mirar alrededor a la espera de ayuda o simplemente a la espera de una respuesta. Pero la reacción del mundo no llegó.

Había pasado una hora cuando Lisa Flanagan, Ellis Harvey, Aliou Sabaly y Ángeles Expósito llegaron al lugar en el bosque. Zettie Goodwin continuaba de rodillas junto al cuerpo de Ronald. Estaba inmóvil y cubierta de escarcha. Podría estar congelada y detenida en el tiempo o, al igual que Ronald, muerta y fuera del tiempo. Cuando Lisa la abrazó y sintió salir de su boca un hilo de aliento, supo que seguía con vida. Su cara era una caricatura fantasmagórica de maquillaje corrido y pelos de loca. No movía los ojos pero murmuraba mientras la levantaron. Ellis Harvey recogió los casquillos, que eran de escopeta. Aliou Sabaly se arrodilló para cargar con el cuerpo de Ronald. Lo cogió de las manos y Ellis de los pies. Ronald crujió como una rama fría.

## CUARTA PARTE

Fragmento de la entrevista al autor de

*Los solitarios:*

- ¿Por qué la casa es un cubo?
- Porque es imposible que sea una esfera. Pero eso no importa. Lo que importa es que se enciendan luces en las ventanas. Y que uno espíe a través de ellas.
- ¿Quiere que espiemos lo que sucede dentro de la casa?
- Sí. Pero solo una parte. No todas las estancias tienen ventana.



Es de noche y Emeli pasea por la calle. Las ramas empiezan a desnudarse. Hace frío y comienza la elegancia de las bufandas. Poco antes, en la oficina, después de ordenar las notas sobre el encuentro con August Alvey, Francis se ha levantado pronto.

—¿Ya te vas?

—Los miércoles vamos al supermercado. Tengo que ayudar a mi padre.

Emeli se ha quedado sola y ha hecho compañía a los pringados de guardia hasta la hora de la cena. Aún le dura el cabreo por no haberse dado cuenta a tiempo. Durante varias horas lo han sufrido en la oficina, a base de gritos y silencios meditabundos. Le jode haberse equivocado: Ronald Goodwin fue enterrado y no pudo ser el asesino.

Encima ahora ya es tarde y no le queda otra que volver a casa. Así que el andar de Emeli es algo errático y atípico en la calle. Camina como si no le importara el tiempo. A veces la pone nerviosa caminar de ese modo, como si la vida no le ofreciera mejores alternativas a caminar sola, despacio y sin hacer nada. Cuando llega a su casa contempla las ventanas. Las luces están apagadas. Otra vez.

Emeli entra en su casa y siente un vahído en el estómago. No lo esperaba: Larissa está dormida en el sofá.

Se quita el abrigo y los zapatos y la observa de reajo. Larissa tiene un gesto de concentración aniñada. Desde hace meses, el filtro con el que se miran las dos es de una dureza sutil. Es difícil percibirlo, pero en realidad son inclementes la una con la otra. Con un filtro así no es fácil sentir cariño. Ahora el salón está a oscuras y Emeli tiene ventaja porque solo mira ella. No sabe si se debe a sí misma, que ahora se siente insegura y algo sensible y tal vez con necesidad de afecto, pero hay algo en ese estado de vulnerabilidad en Larissa que la entenece. Siempre la ha fascinado verla dormida, sin conciencia. Larissa dormida es un semáforo en rojo. Mírame, dice. Emeli mira y como casi nunca se miran, es un instante que podría considerarse especial. Solo así Emeli es capaz de mirarla como lo hacía antes. Sí, Emeli. Te fascina ver a Larissa dormida, a pesar de todo. Puede que sea una fascinación de las que no caducan, a pesar de enfados y distanciamientos. Algo así es de lo mejor que uno puede tener en la vida. Si te vas de viaje, Emeli, si emprendes el vuelo y te vas muy lejos, llévate una fascinación sin fecha de caducidad.

Tras unos minutos de contemplación empieza a sentirse algo incómoda, así que la deja en el sofá y camina descalza hasta la habitación. Esta vez no encuentra nada de otra persona. Emeli quiere dormirse y despertarse por la mañana y que Larissa ya no esté. Quiere que Larissa aparezca ahora, que hablen y que se abracen, que se pongan un parche temporal que las haga

adquirir inercia favorable para unos días. Sería como coger una buena ola y surfearla hasta la orilla. En realidad son dos surfistas que comparten tabla y que navegan a la deriva.

No sabe cómo empezó todo. Desde hace tiempo, hay días que quiere hablar con Larissa y no sabe cómo empezar. Ahora existe el querer, la maldita conciencia del querer. Algo que antes no existía, o en lo que no pensaban porque se lo comían la inmediatez y la naturalidad de decir algo en cuanto se quería. Al principio Emeli sabía dónde estaba Larissa cuando se iba de casa. Conocía sus planes; tenían las agendas sincronizadas. Se llevaba al trabajo una especie de subconsciencia cedida por ella, como una ventana abierta en algún rincón de su mente que la acompañaba durante el día y a la que podía desviar la atención para saber lo que hacía Larissa en tiempo real. De sincronización ahora solo les queda el período menstrual. Aunque a veces se les descompensa y Emeli sospecha que existen otras fuerzas atrayentes. Cuando se cuentan el día, parece un noticiero insípido, y no saben si se debe a la dejadez o al cansancio o al miedo a descubrir que en las noticias de la otra una no es protagonista, ni siquiera personaje secundario.

Desde hace tiempo, Emeli piensa en anteriores relaciones y sospecha que Larissa también lo hace. Piensa en la primera chica y en el primer beso, que fue fugaz y mientras comían palomitas antes del cine, y que se produjo también en mitad de una conversación que siguió como si el beso hubiera sido una palabra más y algo muy falsamente natural e indiferente para ambas. Emeli tenía veinte años y aquella chica para nada era virgen. Cuando estuvieron desnudas una sobre la otra, Emeli hizo lo que hacía ella; después dejó de hacerlo y ya se dejó llevar por el impulso misterioso y animal, que era como seguir una música interior. No hubo grabación mental de lo que hizo, ni análisis consciente. Fue una borrachera carnal que las llevó a comerse la boca, el cuello y los pezones, frotarse el clítoris y meterse los dedos, agarrarse las nalgas y los muslos con fiereza, en un intento inútil de dominar la materialidad carnosa del otro cuerpo, una desorientación impotente de no saber cómo lograrlo, de quedarse en la superficie, de buscar un dominio absoluto, un placer absoluto, sin conocer la forma que tiene o si tiene siquiera.

Emeli ya está en la cama y en el pasillo no aparece Larissa. Por un instante piensa en que tal vez la ha esperado para hablar y se ha quedado dormida en el sofá. Duda si levantarse. Podría ir al baño y tirar de la cadena y ver si ella se despierta. O ir a la sala, sentarse en la butaca y esperar. Pero no le llega el impulso, no hay nada que la haga levantarse. Para qué. Se queda quieta y como amarrada entre las sábanas. Piensa en el azar, del que tanto habla Thurmond. Si ella se levantara, o si Larissa apareciera ahora en la habitación, ¿hasta qué punto las cosas serían diferentes? Existen encrucijadas así a diario. Algunas vitales y otras no. ¿Sería azar que ella se levantara ahora? ¿Sería azar que Larissa apareciera en el dormitorio? Las preguntas la van apagando y se aleja la opción de levantarse. Para qué. Ni siquiera sabe si la decisión sería suya. Tal vez el azar sea el que toma las decisiones por ella. Al fin se duerme y no se ha levantado.

Algo se mueve en la cama. A Emeli la inunda el placer del sueño y no sabe si está despierta o dormida. Siente una presencia nocturna que solo es calor, y que se queda inmóvil junto a ella, formando una depresión en la cama. Emeli no sabe muy bien lo que hace, se comporta con el descontrol, la distancia y la naturalidad absurda de los sueños, pero se abraza a esa fuente de calor, que por alguna razón sabe que es Larissa. Ella la corresponde en silencio. Deja que se entrelacen sus dedos.

—¿Hay otra? —pregunta Emeli, sin abrir los ojos.

—¿Cómo que otra?

Emeli tarda en responder:

—Otra chica.

—¿Por qué preguntas eso?

—No lo sé.

Larissa le suelta la mano.

—Ahora no tengo ganas de hablar.

Emeli permanece abrazada a ella, los ojos cerrados con placer, sintiéndose en un extraño limbo de los sueños.

—Podríamos adoptar a un niño —dice.

Larissa se vuelve y le da la espalda.

En la oficina, sobre su mesa, fotografías del arma que mató a Ronald Goodwin, entre nieve, reglas de medición y raíces de árboles. El agente Sarmiento la espera inquieto (camisa remangada de leñador, cráneo al cero y sudoroso de Navy Seal, cuerpo hinchado por máquinas y esteroides, percha en lugar de cuello). Le señala lo evidente:

—Blaser de caza modelo F3. Calibre 12.

—No me jodas, Sarmiento —dice Emeli—. Ya lo veo.

—Los perros rastreadores de la Estatal la encontraron ayer en el bosque, oculta en un árbol.

—¿Cerca de la casa?

—Sí. Hacia el sudeste. A unos quinientos pasos.

—¿Casquillos?

—Nada. El asesino los recogió. Pero es el arma homicida. Hay restos de bario y plomo. Dos detonaciones.

—¿Huellas?

—Ninguna. El asesino usó guantes o las limpió.

Sarmiento está apurado y suda con las manos sobre la cadera. Por efecto óptico, el exceso de musculación hace que su cabeza parezca pequeña. Aunque dicen que es inteligente. Emeli está de malhumor y le apetece tocarle a Sarmiento los mismísimos, aunque los tendrá encogidos como canicas.

—¿Lo de la camisa de cuadros de leñador es por tu apellido?

Él hace caso omiso.

—El informe de la Estatal está ahí —se limita a decir.

Después se retira algo ofendido. Francis aparece con sus tirantes y su andar solemne y esbelto de flamenco.

—Buenos días, Urquiza.

Emeli suspira y se reclina sobre la silla.

—¿Por qué nunca hay huellas? —pregunta en dirección al techo.

Francis no contesta porque observa cómo Sarmiento bebe un batido proteico. En realidad, ahora mismo Francis está muy lejos de contestar. Lo que piensa es que el cuerpo en exceso musculado de un hombre o en exceso delgado de una mujer va hacia un canon de belleza que, como la gordura en la Antigüedad, confirma el concepto de que la belleza solo existe porque hay alguien que la mira.

Emeli se percata de que está mirando a Sarmiento y aguarda una respuesta, sin imaginar ni por asomo lo que Francis piensa.

—¿En qué piensas, Thurmond?

Es evidente que Emeli se equivoca preguntando esto. Pero tiene la fortuna de que Francis aún siga con sus reflexiones y por lo tanto no la haya escuchado.

—Estoy en la cola de espera —dice.

—¿En la cola para qué?

—Para la impresora. Petrowsky la tiene monopolizada.

—Hay que centrarse en el resto de las víctimas, Thurmond. Zettie Goodwin es esposa de alguien descartado de la lista. Así que me centraría en Aliou Sabaly, Ellis Harvey y Ángeles Expósito. Tenemos que interrogar a los hijos de estos dos últimos.

—Lo de mi impresora puede ser interesante —replica Francis.

Suena el fijo en la mesa de Emeli. Es un pitido insulso y estridente de oficina. Nada que ver con la música de *Up*.

—Urquiza.

—Tiene una llamada por la línea 3.

Emeli pulsa el botón correspondiente.

—Urquiza.

Se yergue en la silla cuando escucha la voz.

—Inspectora, soy Ethan Alvey.

Emeli vuelve a recostarse en la silla.

—Alvey júnior. ¡Qué sorpresa!

—Inspectora, tengo algo importante que decirle.

—Te escucho, Alvey.

—Peter Flanagan quiere hablar con usted.

—¿Peter Flanagan?

—Sí, otro de los miembros de la comuna. El hijo de Lisa Flanagan.

Emeli vuelve a enderezarse sobre la silla.

—¿Lisa Flanagan? ¿Quién es Lisa Flanagan?

—Ese es el problema, inspectora. Que ustedes no lo saben.

Francis Thurmond espera a la achacosa impresora, que da a luz el informe más que imprimirlo. Emeli se acerca más intrépida de lo habitual.

—Thurmond.

—Tengo algo interesante aquí sobre el sujeto Harvey —dice Francis.

—Puede esperar. Yo también tengo algo interesante.

—¿Sobre el sujeto Harvey?

—No. Sobre Lisa Flanagan.

—¿Lisa Flanagan?

—La madre de Peter Flanagan.

—¿Quién es Peter Flanagan?

—Otro miembro de la comuna organizada por Alvey. Nacido en Londres. Ahora vive en Washington, H Street, a la altura del Barrio Chino.

—Peter Flanagan no figura en la lista que nos facilitó Ethan.

—No. Como su madre no estaba entre las víctimas, Ethan decidió no incluirlo. Quiso mantenerlo al margen. Pensó que Lisa Flanagan no había recibido la invitación, o la recibió y no

se presentó. Pero Peter está muy inquieto. Su madre vive en Londres y lleva meses sin saber nada de ella. Ahora no consigue contactar, ni en el fijo ni en el móvil. Tampoco tiene correo electrónico.

—¿Crees que su madre estuvo en la casa cúbica?

—Al parecer, eso preocupa a Peter.

—Pero no hemos encontrado su cuerpo.

—Tal vez no haya cuerpo que encontrar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tal vez en lugar de asesino suicidado, como en *Diez negritos*, tengamos a una asesina fugada.

*Día 10*

El cuerpo de Ronald Goodwin ya estaba bajo tierra.

Anocheceía, y como si fuera la oscuridad que cae, entre los moradores de la casa se asentaba una certeza: todos iban a morir.

Aliou Sabaly permanecía de guardia, sentado en el porche, con el anorak y las orejeras puestas. Miraba al bosque y tenía una escopeta entre las manos. Chispeaba una hoguera junto a él, en la nieve. Las llamas enviaban mariposas de luz a las estrellas. También enviaban sombras animadas a la negrura. Los árboles parecían vivos y lo rodeaban todo. Eran como un ejército carcelero que custodiaba la casa.

En la habitación de los Goodwin, sobre la cama, Zettie era un saco humano con órganos dentro. La mexicana Ángeles Expósito le aplicaba emplastes y paños calientes, para que se le fuese la tiritera y los efectos de la hipotermia. Zettie no respondía a nada. Tenía la mirada ida. Las manos rígidas y temblorosas. Las levantaba y separaba los dedos y estos le temblaban como si tuvieran un transformador en su interior. El cerebro de Zettie no sabía que levantaba las manos. El cerebro de Zettie descansaba en un limbo. Algunos lo llaman shock mental. La negación perfecta de lo inasumible.

Mientras tanto, Ángeles le susurraba cosas, de las que Zettie no era consciente:

—Yo dije a Ronald... Yo encuentro veneno en habitación de... asesino con escopeta... asesino con veneno... Yo sé asesino de Ronald.

En la sala de estar, Lisa Flanagan tomaba café de un paquete recién abierto que no podía contener veneno y Ellis Harvey bebía una Coca-Cola. Lisa Flanagan miraba la chimenea, muy encogida sobre su taza de café y bajo una manta de manufactura tlingit.

—Necesito que duermas conmigo.

—¿En la misma cama? —preguntó Ellis.

—Sí.

—¿Es porque tienes miedo?

Lisa Flanagan sorbía café y durante un rato no supo muy bien qué decir.

—El asesino no va a venir ahora —dijo Ellis—. Puedes estar tranquila.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque lo sé.

—Eso solo lo sabrías si fueras tú el asesino —replicó Lisa.

Ellis bebió con calma de la Coca-Cola, en la penumbra de la sala.

—O si lo fueras tú —arguyó.

Los dos se quedaron callados, absortos frente a la chimenea. Entonces Lisa lo miró, algo preocupada.

—¿Te he presionado con lo de dormir?

—No, tranquila.

—Siento de verdad si te he presionado.

—No me presionas.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Además, me parece bien que durmamos juntos.

—¿En serio?

—Sí.

—Me alegro. Pero no es una proposición de sexo, ¿vale?

—Ya, ya.

—Bueno, en realidad no quiero decir eso.

—Vale.

—Quiero decir que no es mi intención, bueno, mi intención inicial. Lo de tener sexo.

—De acuerdo. Tranquila.

—Me refiero a que dormir juntos no es una vía para llegar hasta el sexo. No es la finalidad. Pero tampoco me cierro a tenerlo. En realidad, creo que nunca hay que cerrarse.

—Sí. Yo también creo que nunca hay que cerrarse.

—No sé si debería haber mencionado lo del sexo. El sexo siempre está ahí. Solo me refería a dormir juntos.

—Me parece bien.

—A veces creo que hablo demasiado. Me enredo yo sola; luego no sé cómo parar y dudo de todo. Mi ex marido odiaba eso de mí. Entiendo que sea molesto. Lo siento.

Ellis volvió a beber Coca-Cola.

—Creo que llevo demasiado tiempo durmiendo solo —dijo—. No sé si sabré hacerlo bien.

—¿Lo de dormir juntos o lo de tener sexo?

—Lo de dormir juntos.

—Bueno, ya veremos cómo va. No hay que presionarse.

—¿Quieres que vayamos ya?

—¿Tan pronto?

—Ahora que sé que tenemos que hacerlo, me ha entrado la prisa.

—Como quieras. En realidad me parece bien. Yo también tengo algo de prisa, pero no quería mostrarme ansiosa.

Se terminaron de un trago el café y la Coca-Cola. Subieron por las escaleras y Lisa fue al baño a hacer pis y a lavarse las manos y los dientes. Mientras tanto, Ellis entró en su habitación y se puso el pijama y las zapatillas de andar por casa. Antes de salir de nuevo se acercó a la ventana y se quedó mirando al bosque. Durante cinco minutos no se movió. Después abandonó la habitación,

cerró la puerta y cruzó el pasillo hasta el baño. Vacío la vejiga, se lavó los dientes, se afeitó, cogió su frasquito con loción de afeitar y se roció con ella. Una vez se vio listo, volvió a cruzar el pasillo hasta la habitación de Lisa. Entró y cerró la puerta con cuidado. Lisa lo esperaba ya en la cama, con el cabello alisado y en camisón.

—¿Has tardado mucho!

—Lo siento.

Ellis dejó las zapatillas alineadas bajo la cama y apartó las sábanas. Se tumbó y se abrigó. Después se quedó muy quieto mirando al techo.

—Me siento algo raro. La cama se mueve y no soy yo.

—Yo también me siento rara. Pero así son los inicios. ¿Te parece si apago la luz?

—Vale.

Lisa apagó la luz y se quedaron en silencio, mientras los ojos se hacían a la oscuridad.

—Hueles diferente a mi ex marido.

—Igual es por la loción de afeitar. Espero no oler peor que tu ex marido.

—Hueles diferente. Pero me gusta.

—¿Cómo se llama tu ex marido?

—Miguel. ¿Crees que hablo demasiado de él?

—Un poco. Pero solo es mi punto de vista.

—Me importa tu punto de vista.

—¿Tu marido es mexicano?

—No. Es español.

—¿Te sentiste muy sola cuando os separasteis?

—Bueno, la decisión de separarnos fue mía. Pero después me he arrepentido muchas veces. Aunque no debería. Yo soy independiente y también feminista.

—¿El qué no deberías?

—Arrepentirme. Pero me quedé con mi hijo y con mi padre senil.

—Entiendo.

—A veces una también necesita que la cuiden. Si no, corre el riesgo de que le sucedan cosas extrañas dentro de la cabeza.

—¿Qué tipo de cosas?

—Tengo lagunas de la memoria. Por eso a veces creo más lo que me dicen que lo que veo.

—¿No te acuerdas de lo que haces?

—En ocasiones no.

—¿Y por qué te sucede eso?

—Pienso que es por el estrés. He vivido mucho tiempo sola y con estrés.

—¿Y qué tipo de cosas puedes llegar a hacer durante esos lapsus?

—No lo sé. Luego no me acuerdo. Tampoco sé si sigo siendo la misma durante el lapsus. —

Lisa hizo una pausa, en la penumbra, y después añadió—: No sé si quiero hablar más de esto.

—Vale.

Lisa se volvió hacia Ellis.

—¿Te he asustado?

—No, tranquila.

Lisa encendió la luz y miró a Ellis.

—Ahora crees que estoy loca, ¿verdad?

—No, qué va. No es eso.



—Y entonces ¿qué es?

—No es nada.

—¿Seguro? No quiero que pienses que estoy loca. Porque si estuviera loca podría haber sido yo.

—¿Haber sido qué?

—La asesina.

Lisa apagó la luz y guardaron silencio.

—Bueno, ¿y por qué quisiste quedarte sola? —preguntó Ellis al fin.

—No estoy segura, la verdad. Creo que porque nos casamos y él quiso situarse a su antojo. En lugar de querer situarse conmigo.

—¿Situarse?

—Sí. Hacer su vida sin contar conmigo. Pero eso no fue lo que más me dolió. Luego me vengué, claro.

Lisa se rio en la oscuridad.

Con el tiempo se situaron.

Él se atrincheraba en el barrio, cervezas Carling en el pub y partidos del Tottenham y los Harlequins. A veces partidas de póquer online o su encierro en el baño con revistas de caza y motor. De chicas no, para eso Miguel era cuidadoso.

Lisa exploraba la ciudad a solas, en busca de películas, obras de teatro, charlas, museos y parques lejanos donde leía a Jane Austen y Virginia Woolf. Convirtió sus lecturas en un juego de reuniones secretas, en bancos sombríos, cuanto más aislados, mejor. Añadió una capa de intimidad a la intimidad de los libros, embrujó aún más su poder ilusorio. Se trataba de un placer oculto, una pequeña infidelidad lejos de casa. ¿Infidelidad por qué? No se lo preguntaba, claro, pero así lo sentía y lo hacía, lo más seguro que por revancha, por desacoplarse él tan fácilmente de ella, por no ceder terreno cuando se casaron, por no dejar de ser lo que era antes de comenzar a vivir juntos, ni siquiera un poquito. Era su pequeña venganza.

—La derecha, la derecha. Maldito cruzado, te ha hecho mierda. Sal de cuerdas. ¡Sal de cuerdas!

Su padre gritaba frente al televisor. Lisa volvió en sí. El agua de la cazuela se desbordaba y las burbujas morían en los quemadores de butano. Los huevos bailoteaban más que cocidos. Su padre gritaba inmóvil sobre la silla de ruedas. Ni levantaba del todo los puños ni cerraba las manos, pero lo intentaba. Sal de cuerdas. Boxea. En el televisor daban un documental sobre cocodrilos. Ahora al viejo Shamus Flanagan le daba por los años de boxeo. No solo los recordaba, sino que creía que estaba allí, en tugurios del East End que ya no existían. Allí se debió de dejar los incisivos y una nariz recta. El Sabueso de Cork: peso wélter, treinta victorias y quince derrotas. Doce nocauts. Pero antes del boxeo había sido peor. Le daba por la Guerra Fría, por teorías conspirativas, por una bomba de hidrógeno inminente, desde un submarino ruso en el mar del Norte. Alucinaba a todas horas. La radio de los vecinos se convertía en espías del KGB que susurraban tras las paredes, las farolas de la calle escondían cámaras, los petirrojos de los árboles habían sido adiestrados para transmitir información. Él miraba desde la ventana, apenas un resquicio en las cortinas. Callaba. Susurraba. Hablaba en clave.

—Esa guardia, levántala. Maldita sea. ¡Boxea!

Peter, tumbado en el suelo, vestía de submarinista a un Action Man con el brazo roto. Aletas,

gafas de buceo, bombona. Lo subía a la zódiac y lo arrastraba, apretando contra el suelo, con ruido de motor en la boca. ¡Brum! ¡Bruuum! ¡Bruuuuum! Una estela hiriente en la moqueta desgastada por el aspirador. Irreparable.

—¡Paddy Taylor! ¡El Anguila! —Su padre se agitó en la silla—. El cabrón me rompió la nariz. Pero lo tumbé en el quinto asalto.

Lisa retiró la cazuela. Enfrió los huevos bajo el grifo. Cascarillas fuera. Platos. El pescado frito se enfriaba. Al principio todo había sido idílico. Dos meses de matrimonio, él trabajando, ella estudiando, pero los dos viviendo en casa como en viaje de bodas, haciendo todo en tándem, como los únicos habitantes sobre la Tierra. Algo maravilloso. Después, una tarde de mayo, llegó la final de la FA Cup: «Cariño, hoy voy con Marcus y los demás al pub. Volveré pronto». Ella lo animó a ello, encantada de que saliera, de que se aireara entre vapores de cerveza y testosterona. «Gran idea, cariño. Me parece estupendo, te vendrá bien, no te preocupes por mí.» Miguel no dijo nada, pero dejó claro que ni se preocupaba, ni necesitaba su consentimiento. ¿Lo dejó claro? Lisa diría que sí, por la indiferencia y el silencio al coger el abrigo, al besarla y marcharse. Tajante, seguro de sí mismo, lo que ella no era, lo que necesitaba en un hombre, lo que la había enamorado (¿se había enamorado?). Aunque tal vez, ahora que lo pensaba y desde la distancia, diría que no fue tan claro. Porque sí la besó y en la boca. ¿Un piquito? En realidad ya no lo sabía, había pasado mucho tiempo, pero sí recordaba que le quedó esa sensación, como de consentimiento repelido, sus palabras de sobra por vez primera. Lisa de sobra. Lisa como miguitas de pan sobre la mesa. Después, cuando el vacío por respuesta se convirtió en costumbre y ya no hubo lugar a dudas, aprendió a no estar de sobra en una limpia y no por ello menos dolorosa mutación hacia lo invisible.

—¡Cúbrete, cúbrete!

El viejo Flanagan se agitaba sobre la silla. El Anguila Taylor lo tenía contra las cuerdas. Golpes bajos al costado. Pequeño balanceo de las ruedas. En la televisión, ojos amarillos de cocodrilo en las aguas del Amazonas. En el suelo, Peter rodeaba a su abuelo con la zódiac de Action Man. Bruuuuum.

Algo seguro: Miguel no era un mal hombre, ni un borracho. Siempre volvía pronto, porque se cansaba enseguida de estar donde estuviera. Pensaba en el pub desde casa y pensaba en casa desde el pub. Aquella noche de la FA Cup, Miguel volvió para la cena y se inició el matrimonio de verdad, o finalizó el viaje de bodas. Lisa así identifica aquella noche, como un punto de inflexión, tarea no sencilla y que la envuelve en un mar de dudas, porque se trató de un proceso imperceptible y de muchos días. Miguel fue pionero en abrirse al mundo, en situarse en él como en realidad quería, aunque fuera para estarse quieto, para aburrirse y esperar algo mejor, siempre algo mejor. Lisa lo siguió más tarde, por su propio derrotero, resentida exploradora por la jungla de la ciudad. ¿También para esperar? Y así se situaron en su nueva vida. Él era un auténtico londinense: un inmigrante que nunca iba a ningún lugar. Ella era lo contrario, una joven de origen irlandés, aún en la fase tierna de los sueños.

—Mamá, el abuelo.

Lisa se vio frente a la encimera. Huevos junto a pescado frito. Su padre ya no gritaba. Solo se balanceaba, de izquierda a derecha, rítmico y como sumido en un bucle. Las manos aferradas a las ruedas. La mirada fija en los cocodrilos de la televisión. Lisa le recogió la manta, la dobló, se la puso sobre el regazo. Le limpió la baba que le goteaba sobre la pechera y lo cogió de las manos. Piel tibia, dócil, agradable. Su padre se relajó con el contacto. Se dejó hacer, obediente.

—Eres bruja como tu madre. Una lechuza irlandesa. Ya verás, ya verás, cuando te hagas mayor.

Pequeña bruja.

Tenía unas manos bonitas. Fuertes y viejas y de hombre, pero bonitas. Lisa las admiraba desde pequeña. Había algo sensorial en ellas, algo visual, como si representaran la longevidad de su padre. Sí, eso eran. Parecían el cuadro perfecto de la longevidad. Una obra de arte. El respeto de una vida entera en las manos de un hombre.

—Los guantes viejos suenan más que los nuevos. Los guantes viejos cortan como navajas, sacan pus de los rasponazos de la cara.

Había empapado la pernera del pantalón, a pesar del pañal. Lisa lo llevó al baño. Comenzó el pitido de la lavadora, estridente, directo a los tímpanos. Un mes antes, la lavadora habría sido la sirena antiaérea, y el viejo Flanagan con sus alucinaciones le habría suplicado que lo bajara al búnker de la comunidad.

Miguel esperaba y al fin lo encontró. Ese algo mejor. Y aquí la paradoja que le reventaba las tripas a Lisa: fue lejos de casa, del barrio y del encierro lluvioso de la isla. Fue de la única y menos merecida forma: moviéndose lo justo y necesario. En una visita a los padres, en la costa vasca.

Miguel no era más atractivo que ella, ni más inteligente, pero tenía el don de la presencia. Solo eso y la confianza, o despreocupación, de no equivocarse. De hablar sabiendo y sin importarle no saber. Lisa se atrevería a decirlo: Miguel era un infeliz, perdido en el limbo trabajo-pub-casa, que no tenía nada más que su presencia. Pero eso era suficiente, lo era todo. Miguel hablaba sin miedo. Sus palabras eran la certeza misma. Las cosas existían a través de su voz, el mundo llegaba a Lisa tras pasar primero por él. Y ella, que se enamoró de él precisamente por eso, tal vez por instinto de supervivencia, de hallar en el compañero lo que a una le faltaba, terminó por perder lo poco que tenía. Se quedó sin presencia. Por eso le quería más ella a él que él a ella. ¿Le quería más? ¿Seguro? Seguro no, pero al menos eso creía, o temía. Y él lo sabía. Era la gran verdad de su matrimonio. Por eso encontró algo mejor. En la visita a sus padres. Juerga con la cuadrilla de toda la vida, poteo, karaoke. Entabló relación con una jurista vasca, una antigua compañera de colegio, cuando Lisa estaba embarazada.

—Vamos, papá.

Se vio tirando de su padre. Lo levantaba. La silla fuera del baño, demasiado ancha para la puerta. El viejo Flanagan temblando como un flan porque apenas se tenía en pie. Y claro, ella lo sostenía, con su dolor de espalda. Lumbalgia. Dorsalgia. Lo que fuera, lo había leído en una revista. Antiinflamatorios y a correr. La mataban en la lavandería, aunque solo fuera media jornada, de ocho a doce. Pero ella ya iba machacada, con una faja de refuerzo escondida bajo el mono. Ojeras también, porque no dormía mucho. Cuatro horas en las que encerraba a su padre en casa, atándolo en la silla para que no se tirara al suelo o se estrellara contra las paredes. Suficiente para dejar y recoger a Peter, para una visita a la farmacia, a la pescadería y al ultramarinos de Raktim. Antes, en la academia de idiomas, donde Lisa daba clases de español, todo era mucho más fácil. Excepto el horario partido, inviable para una madre-hija solitaria.

—Vamos, papá. Te estás dejando.

En la cocina, pitidos de la lavadora. Ella tirando de su padre, alzando sus manos, moviéndolas. Él encorvado, mirándola a ella y mirándose a los pies, los brazos en alto. Con expresión emprendedora, casi divertida, como si descubriera que sus piernas están ahí para poder andar. Y así ambos avanzando con pasitos cortos. Un centímetro. Dos. Tres. Paciencia. Ella le movía las manos, porque la cadencia le ayudaba. El ritmo le hacía mover los pies. Parecían una extraña pareja de baile, entre las paredes del baño. Y de nuevo el pitido. El pitido. Lisa con dolor de

oídos y de espalda. Llegamos al retrete. Giro. Giro muy lento. Por fin pantalones abajo y olor a orines. Fuera el pañal. Sentar. Su padre la miraba, mientras se dejaba hacer. Ojos acuosos, ojos de niño.

En el quinto mes de embarazo, Miguel volvió al País Vasco. Lisa todavía no sabía lo de la jurista. El funeral de un amigo, dijo. «No hace falta que vengas, cariño. Será triste y además no conoces a nadie. Dos días y estoy de vuelta.» Al final fueron once días. Seis meses de embarazo y de nuevo visita a los padres. El viejo Ramiro Sagasta tenía pulmonía. Siete meses y aniversario de su promoción en el colegio. Ocho meses y ni siquiera hubo explicación, ni preguntas, porque Lisa ya era invisible. Nueve meses y nació Peter. Entonces a Miguel se le ablandó el corazón. Porque a pesar de su seguridad tajante, Miguel era un blando. Lo que Lisa catalogó al principio como sensibilidad interior era en verdad cobardía. Mentiroso de mierda. Le dijo que se arrepentía, que todo había acabado, que a partir de entonces, con Peter, sería diferente. Le dijo que la quería y Lisa se lo creyó. Hubo lágrimas de él y tentativas de caricias. Sus palabras sonaban a verdad, como siempre, y Lisa no tenía verdades, ninguna. No sabía encontrarlas. Cedió e hicieron el amor. Todo se había arreglado. Él bromeaba y la acariciaba. Ella sonreía y se dejaba hacer.

Al día siguiente abandonó a Miguel y le cambió el apellido a Peter. Por aquel entonces el viejo Flanagan tanteaba con la demencia. Requería cuidados, así que se instalaron en su casa. Miguel aguantó poco en la ciudad. Lo intentó de nuevo, varias veces. Lisa se resistía y sin saber por qué. Estoica, serena. Un muro de hielo que ardía por dentro. Hasta que Miguel se volvió al País Vasco. Con la jurista.

—Ponme los calzones verdes. Con los que tumbé a Ricky Hamton en el 49.

Pitido. Pitido. Pitido. Lisa quiso coger un martillo, un hacha, lo que fuera. Compraría otra lavadora.

—Los calzones verdes están lavándose —dijo—. Le abriste la ceja a Mariposa Hamton y te los llenó de sangre. ¿Recuerdas, papá?

Su padre asintió, convencido.

—Muy bonitos, sí. Verde fosforito, blanco y naranja. Unos calzones muy bonitos.

Después la miró, mientras le ponía un pañal limpio.

—Le abrí el pómulo derecho, no la ceja. Tú no estuviste allí, bruja irlandesa. Te lo inventas.

Y siguió hablando de los calzones.

Ocho años después de volver a su tierra, Miguel vivía con la jurista. Matrimonio, dos hijos y una existencia cómoda. Seguro que feliz. Lisa pensaba en el día en que se fue de casa. Le daba vueltas una y otra vez. Que si cometió un error. Que si no pensó en Peter. Que si no pensó en nada. Que si una madre hubiera pensado en su hijo. Que si estaba loca. Eso le decía Miguel al principio, por teléfono, en conversaciones de alto voltaje. Loca. Loca. Loca.

Luego llegó una época de silencio, hasta que le pidió el divorcio. Y a continuación todo fue a peor: volvieron las llamadas, cada mes, para hablar con Peter y con ella. Pero las llamadas no eran lo peor. Lo peor era la voz de Miguel, que había cambiado. Ahora no había voltaje, ni siquiera tenía electricidad. Era suave, cálida, como de terapeuta mental. No había rencor. ¡Ni siquiera un poco! Al hablar con él, Lisa se sentía su paciente. Su vida era un disco rayado, siempre la misma canción demente. Ella recordando su matrimonio, como si pudiera cambiar algo, como si pudiera asomarse al pasado y cambiar algo. ¿En qué estaba pensando? Habrían sido felices, él estaba arrepentido, él la quería. Todo habría cambiado. Miguel tenía razón.

—Mamá...

En la puerta, la figura pequeña de Peter. Pies descalzos, pijama con planetas y naves espaciales. El Action Man en la mano. Y el pitido de la lavadora. El pitido. El pitido. El pitido. Y la cena. La cena que se habría enfriado.

—Ya vamos, hijo. Ayúdame con el abuelo. Pon la silla de cara a la puerta.

Como sucedía tantas veces, Lisa temblaba de frío cuando salió de su ensimismamiento. Una noche gélida en el jardín comunitario de su casa londinense. El humo del cigarrillo se enroscaba entre las ramas de la higuera.

Sus pensamientos también se enroscaban obsesivos y la sumían en largas ausencias, hasta asfixiarla, hasta hacerle perder la noción del tiempo. Después, como una burbuja al romperse, se soltaban y la devolvían al presente. Reanudaba la vida donde la había dejado. Aturdida. Si había hecho algo, no lo sabía. O lo que era lo mismo, no lo había hecho ella. Podía haber matado a alguien y no acordarse. Podía haber matado a su marido y no acordarse. Siempre era así.

No había vecinos en los balcones. Solo ella y la colada que ondeaba.

La ropa. Ahora lo recordó, por eso estaba allí. Por eso y para llorar tranquila, aunque no recordaba si lo había hecho. Shamus y Peter dormían en sus cuartos. Dentro continuaba la segunda ronda de lavado. Sobre todo los pantalones de papá, que se mojaban a pesar de los pañales.

Miró hacia arriba. La noche era estrellada. Demasiado frío para Londres. Bajo el primer balcón, justo encima de ella, colgaba un carámbano. Lisa se quedó allí mientras imaginaba que se partía y se le hundía en el cerebro.

El apartamento es de estudiantes (alquilado y compartido). Hay persianas bajadas y aire cerrado. Hay olor a marihuana y a casa vieja. La sala de estar también es una habitación, por reducir costes. Los baños y la cocina tienen la etiqueta de comunitarios por necesidades estrictamente fisiológicas, así que no son habitación. Los pasillos serán zona de acampada las noches de fiesta.

Peter Flanagan los guía hasta la cocina porque la otra opción es invitarlos a su habitación y hacerlos sentar en su cama. Aún tienen gas butano. La puerta a la terraza es corredera pero está oxidada y no corre. Peter la lubrica con aceite de cocina para poder abrirla y traer de fuera unas sillas. Se sientan y les sirve café. Emeli tiene un informe preliminar sobre él. El informe de su madre aún lo esperan de la policía inglesa.

—Arquitecto —dice Emeli—. Veo que estudias un máster en Sostenibilidad y Eficiencia Energética. Por la UFAA de August Alvey.

Peter asiente; está nervioso y se afana en no aparentarlo. Pero ni es tranquilo ni es buen intérprete. El informe en las manos de Emeli, aunque muestre datos básicos, crea en la imaginación del interrogado el efecto de ojo de Gran Hermano. Lo sabemos todo sobre ti, chaval, hasta la sueca que te tiraste en la última fiesta Erasmus, así que no nos ocultes nada.

—Te licenciaste en la Universidad del País Vasco.

—Sí, el año pasado. Después vine aquí.

—¿No hay trabajo para arquitectos allí?

—Hay trabajo basura.

—Ya —dice Emeli—. Algo había oído. ¿Y hay trabajo para arquitectos aquí?

—Estudio un máster que me costean mi padre y mi madrastra. El trabajo que encontré al llegar aquí también era basura. No sé si soy yo o es la arquitectura, pero el trabajo basura me acompaña.

—Yo estudié la carrera en la misma ciudad que tú —comenta Emeli—. Y compartí un piso muy similar a este.

Peter se asombra, porque es inverosímil que la inspectora federal, que habla un inglés sin acento y frío como el témpano, haya estudiado al otro lado del océano y en su misma universidad. A sus ojos, ella pertenece a otro mundo.

—Venga ya.

—Paseo de Mikeletes —especifica Emeli—. Allí estaba mi piso. También usábamos el salón como habitación. Naciste en Londres, Peter. ¿Por qué coño te fuiste a estudiar allí?

—A los dieciséis años me fui a vivir con mi padre.

—¿Y tu madre se quedó sola en Londres?

Peter mira hacia la ventana. Piensa.

—Quería cambiar de aires.

—¿A un país con opciones de mierda para los arquitectos?

—Algo así, aunque entonces eso aún no lo sabía.

—Y después cruzaste el océano y te viniste aquí. Eres un emigrante *millennial*.

—Como usted, supongo.

—Sí —dice Emeli—. Como yo y como cualquier marfileño *millennial* que emigra a Europa.

Justo lo mismo.

—Supongo que los marfileños y yo somos emigrantes diferentes.

—Bueno, Peter. En realidad estamos aquí por una llamada de Ethan Alvey.

—Sí. Le conté lo de mi madre.

—¿Cuánto lleva usted sin ver a su madre? —pregunta Francis.

—Un año más o menos —responde Peter—. He intentado contactar con ella, pero tiene el móvil apagado. Tampoco contesta en casa.

—¿Con «casa» se refiere a su domicilio en Londres?

—Sí.

—¿Y desde cuándo intenta contactar?

—Desde que volví de ese lugar en el Ártico. Hace dos semanas.

—¿Por qué dice «ese lugar»? ¿Acaso está maldito?

Peter vuelve a mirar por la ventana en su tic universal. Piensa. Puede que la luz le ilumine el pensamiento, pero es una estupidez poética que se le ocurre a Emeli. Aun así, Peter (como la mitad de la población mundial) busca mirar hacia una ventana cuando piensa.

—Siempre me pareció que el lugar tenía algo —admite—. Como una presencia.

—¿Una presencia sobrenatural? —pregunta Emeli.

—¿Una presencia sobrehumana o natural? —apostilla Francis.

—No lo sé. Solo digo que me preocupa.

Emeli se inclina sobre la mesa.

—¿Qué te preocupa, Peter?

—Me preocupa que aún no hayan encontrado a mi madre.

—¿A su madre o el cuerpo de su madre? —inquire Francis.

Peter lo mira, dolido y sin saber aún si sentirse ofendido. Emeli insiste en la vía abierta por Francis con su bisturí emocional.

—Por lo que dices, ¿imaginas a tu madre en «ese lugar»?

—No lo sé.

—¿Cómo visualizas esa preocupación, Peter? ¿Cómo visualizas a tu madre en ella? ¿Está viva o está muerta?

Peter está dolido pero ahora tiene claro que no ofendido. No porque le falten razones, sino porque su realidad opresora son ahora Francis y Emeli, una realidad que decide por él lo que es ofensivo y lo que no lo es. Mira de nuevo hacia la ventana y responde:

—No lo sé.

—Peter, háganos de la relación con su madre —dice Francis.

—La relación con mi madre es normal.

—¿Diría que la conoce bien?

—Sí, la conozco bien. Es mi madre.

—¿La conoce hasta el punto de que si yo le digo ahora: su madre es la principal sospechosa

del asesinato de ocho personas, usted me lo negaría con rotundidad y diría: mi madre jamás haría eso?

Peter responde rápido y alto. Pero antes mira a la ventana.

—Claro. Mi madre sería incapaz.

—¿Nos muestra su habitación, Peter?

Peter es ordenado y algo monacal. En su cuarto hay una mesa, una silla, un armario, una cama y un mosaico de fotos pegoteadas por la pared. Son más de cien y Francis las analiza una a una, rostro a rostro, escáner encendido, luz roja ON del detector de miradas. Emeli intenta seguirle el ritmo mientras Peter espera sentado en la cama.

—Este de aquí es usted. —Francis señala una foto.

—Sí, en la fiesta anual de la universidad. Al final del curso. También invitan a los padres.

—Este de aquí es Ethan Alvey.

—Sí.

—¿Y esta de aquí quién es?

—Es Matilde Alvey, la hermana de Ethan.

—¿Estos son los Goodwin?

—Sí.

—¿Esta es Jamie Harvey?

—Sí.

—Ha dicho que los padres fueron invitados. ¿Vio al padre de Jamie Harvey durante la fiesta?

—¿Ellis Harvey? Creo que sí.

—¿Qué tipo de individuo le pareció?

—Un tipo normal. Aunque no me fijé mucho en él.

—Entonces no está seguro.

—No del todo.

—¿Estuvo su madre en la fiesta?

—¿Mi madre? Sí, es la única vez que ha venido a visitarme.

—¿Es posible que se conocieran entonces?

—¿Quiénes?

—Algunos de los padres. Algunas de las víctimas de la casa cúbica. Como su madre y el señor Harvey, por ejemplo.

—No sabría decirle.

—¿Qué le sucedió a Nadine Sabaly?

—Que murió.

—¿Cómo murió?

—Estaba enferma. Tenía leucemia.

—¿Y qué hicieron con ella después de que muriera?

—La enterramos en una colina. Ella así lo quiso.

—Bien, Peter, bien. ¿Cómo definiría su estancia en la casa cúbica?

—¿Mi estancia? No lo sé. Es una pregunta difícil.

—Definala con una palabra.

—¿Una palabra?

—Sí, una sola.



- Uff. No lo sé. ¿Inspiradora? ¿Rara?
- Esas son dos palabras. ¿Eran inspiradores sus compañeros? ¿Eran raros?
- Todos tenemos algo de eso.
- ¿Conformaban un grupo homogéneo?
- Sí, creo que sí. Y diverso a la vez. Multicultural. Era algo nuevo.
- ¿Conformaban un grupo homogéneo en su diversidad? ¿Era homogéneo porque todos eran diversos?
- Sí, creo que sí.
- Si le pidiera un ranking de impopularidad, ¿cuál de sus compañeros sería el primero?
- ¿Quiere que le diga uno?
- Dígame uno, sí.
- No lo sé. Tendría que pensarlo.
- Dígame uno.
- No lo sé. Joder, su pregunta es difícil. ¿Junio Expósito?
- ¿Por qué Junio Expósito?
- Por favor, ¿pueden resolver lo de mi madre?
- No se preocupe, Peter. Estamos en ello. Veo que ha barrido el suelo.
- Sí, lo barrí ayer. ¿Y qué más da eso?
- Me gusta la limpieza.

Peter Flanagan cierra la puerta y espera a oírlos bajar la escalera. Después vuelve a su habitación y se tumba en la cama. Su madre ahora es una obsesión, desde hace dos semanas, desde que volvió de aquel lugar. No puede dejar de pensar en ella. ¿Dónde estás, mamá? ¿Qué ha pasado, mamá? Pero ¿qué has hecho en esa casa? ¿Has vuelto a perder el control, mamá? Se lo ha ocultado a los inspectores, pero su madre es un misterio para él. Desde siempre. Cuando era un niño lo descubrió en los documentales sobre el Ártico. Su madre estaba ahí, su cara asomando como la punta de un iceberg. El resto, lo de dentro, se escondía en un mar muy profundo. Más tarde aprendió que eso se llamaba metáfora, una especie de diccionario que comparaba cosas, sobre todo las difíciles de entender, los misterios como su madre.

Definición de «mamá»: 1. Iceberg; 2. Máscara que sonrío; 3. Volcán.

Su madre tenía algo de insondable. A veces se quedaba absorta, el cigarrillo en la mano, la aspiradora encendida, la olla hirviendo. Después, como activada por un resorte de reloj, volvía a moverse. Que mintiera como una profesional tampoco ayudaba, aunque sus mentiras eran del lado bueno, el luminoso, el de la Fuerza, el de la Orden Jedi. Eso lo descubrió Peter más adelante, en la adolescencia. Al principio, de pequeño, las mentiras de su madre no eran mentiras, eran simplemente la verdad. Le mentía para no causarle dolor, para preservar su inocencia, para suavizar la crudeza de la realidad, que era como era, que no entendía de mentiras ni de verdades. Un hombretón barrigudo y con barba blanca y traje rojo, que aparcaba su trineo de renos en el tejado y se escurría por la chimenea. El abuelo, que hablaba con seres invisibles porque practicaba para una obra de teatro, que golpeaba en la calle los traseros de las señoras para salvarlas de una avispa.

Con ese pretexto, su madre inventaba con absoluto descaro, sin la más mínima indecisión. Sus mentiras estaban tan bien elaboradas como las del abuelo, con la diferencia de que eran premeditadas, de que tenían un propósito y de que no alucinaba con ellas. Su madre era una valla

protectora para Peter, un filtro que dejaba la inmundicia fuera, el muro de contención entre el lado oscuro y el lado luminoso. Más tarde, Peter se asomó al muro y miró hacia el otro lado. Exploró por su cuenta y descubrió que, como Anakin Skywalker, su madre también tenía un lado Sith.

Por eso se fue de Londres.

—La casa es acojonante —dijo Peter al llegar.

—Sí, una pasada —convino Jenny.

Estaba en un claro y a su alrededor el bosque bullía de vida. Los miembros de la comuna dejaron sus mochilas. Florecían líquenes y turberas. Zumbaban los mosquitos. Ethan no quiso atribuirse méritos, aunque la idea inicial fuera suya. Él hizo los primeros bocetos y habló como quien habla de una casa propia y recién construida. Habló de su belleza poética, habló de un ser vivo y adaptable al entorno. Habló de comunión con la naturaleza y de un puzle de módulos prefabricados, trasladados allí en helicóptero y montados *in situ*; también explicó cosas de los aislantes térmicos, de las placas solares y de la estructura de acero galvanizado. Terminó diciendo que la casa era energéticamente autosuficiente, palabras del arquitecto Nicholas Bianco, que con su proyecto estrella de la casa cúbica optaba a grandes premios de arquitectura en la naturaleza.

Después habló del proyecto que iniciaban allí. El nacimiento de un pequeño nuevo mundo. Habló del trabajo duro. De la supervivencia en el bosque, que era un asunto serio que dependía de los detalles y la más rígida disciplina. Habló de autosuficiencia, de huertos y corrales, de pesca de salmón y caza de alces.

Nadine miró a Ethan. Ambos sonrieron.

Era el primer día.

En la casa cúbica todos dormían y Ellis Harvey contemplaba la noche. De pie, inmóvil frente a la ventana. Tenía los pies descalzos y un resplandor azulado en los ojos, subyugados en el oscilar del bosque. A su lado Lisa dormía. Ellis giró el cuello para contemplarla a ella también. Movía los párpados, en fase REM. ¿Qué piensas, Lisa? ¿Qué actividad secreta bulle en tu cerebro? Cuéntame tu pasado, Lisa. Cuéntame lo que te ha traído hasta aquí.

Lisa afeitaba a su padre.

El grifo goteaba. La cuchilla se deslizaba por el mentón con suaves raspaduras. Suave. Suave. Suave. Fuera espuma. Suave. Suave. Suave. Fuera espuma.

Ninguno de los dos decía nada. Había algo hipnótico en el hecho de afeitarse a su padre. Lisa se demoró repasando por donde sobrevivía alguna escarpia valiente. Después la toalla, con delicadeza. Luego la loción de afeitarse, la camisa de cuadros, los botones. El viejo Flanagan se contemplaba en el espejo. Digno.

—Hecho un galán, papá. Ni Richard Todd en sus mejores tiempos.

Crecía en Lisa un vínculo nuevo. Ya no le tenía miedo, ya no era un respeto imponente, como cuando era niña. Había respeto, claro, pero era más tierno, más fascinante. Ahora podía tocarlo y había descubierto que le agradaba. Abrazarlo y bañarlo, pasarle la esponja por el cuerpo, mientras él se dejaba hacer indefenso, con el agua ya tibia, temblequeando en la bañera. Lo vestía, le daba de comer y le limpiaba los restos de yogur de la barbilla, le cortaba el pelo y las uñas de los pies. Pero aquel vínculo iba y venía. A veces, cuando su padre se ponía difícil, más que ternura, sentía unas ganas terribles de romper cosas.

—¿Quieres ir al baño?

Su padre asintió y Lisa lo levantó con dificultad. Le dolían los riñones y cada vez le costaba más cargar con él.

—Y tú eres la sucesión de los Flanagan. ¡Qué lástima!

Cuando su padre alucinaba, todo resultaba mucho más fácil. Lo peor era cuando estaba lúcido, pequeñas ventanas de raciocinio a medias, cada vez más esporádicas. Lo peor era cuando repasaba todas las formas en que Lisa lo había decepcionado, desde los concursos de ciencias siendo niña. Sacaba sus vergüenzas, los fracasos de su vida, y se guardaba, si es que había algo para guardar, los pequeños méritos que Lisa había cosechado. Sin embargo, ella aún albergaba la esperanza de que algún día le diera las gracias, de que le dijera que la quería, que estaba

orgullosa de ella.

—Filología Hispánica en East London —decía su padre—. Para terminar en el Dry Cleaning del paquistaní ese. Cuatro mil libras al año que se van por el retrete.

Y sonaban. Resonancias en el retrete. Mi padre está enfermo, se decía Lisa. Solo está enfermo.

—Nos tocó la peor vaca del establo. La que muge más alto.

Y reía. Un viejo dicho irlandés. Su padre siempre alardeaba de sus orígenes. El Sabueso de Cork. Los calzones con la bandera nacional. Del gaélico solo sabía proverbios como ese. Los repetía, y si era en público, mejor. Orgullo nacional para los oyentes primerizos. Hastío familiar para los que lo acompañaban en cada función.

Mientras esperaba a su padre, Lisa cogió un número atrasado del *National Geographic*. Se los dejaba Betty, madre de dos niñas y también divorciada, compañera de la lavandería. Volvió a la página treinta y dos. Ahí estaba: «La eclosión de los cerezos. Cuando la naturaleza parece dormida, las flores brotan de las ramas desnudas y transfiguran el paisaje. Se anuncia así un nuevo ciclo vital».

Miró la fotografía. Paseo de cerezos en Iwakuni, ciudad al oeste de Japón. Anochece y ella se vio allí. Estaba allí. El paseo era una alfombra rosa. Olía a frescor dulce. Los árboles la escoltaban con sus ramas retorcidas, ancestrales. Las flores se mecían con un murmullo de ensueño. De las ramas colgaban farolillos. Al fondo se veía niebla y el verdor de los campos. No había nadie. Solo ella.

Le gustaba elegir los destinos de viaje por las fotos de las revistas. Aunque ella nunca viajaba. Así que se contentaba con la foto. Se decía: ¿para qué ir allí, Lisa, y descubrir que tras la foto hay un aparcamiento? Quédate con tu foto, Lisa. No vayas más allá. No cumplas sueños.

—¡Muge, muge, vaca sin leche!

Lisa procedió. Papel higiénico. Su padre reía. Una risa fea. Mi padre está enfermo, se dijo. Está enfermo.

—¡Muge, muge!

Cogió sus manos. Las miró y se concentró en ellas. Sus manos bonitas. Lo levantó. Mi padre está enfermo.

—Hija, prefiero tus revistas y tus sueños. Limpian mejor.

Lisa miró a su padre, dejó el papel higiénico y le dio una bofetada.

Después otra. Palma roja sobre piel afeitada. Luego le dio otra y otra más.

Con la cuarta se espabiló y se dio cuenta de que estaba pegando a su padre.

Algunas cosas de aquel día Lisa no las recordaba. Lo primero en venirle a la cabeza: el metro deslizándose hipnótico. Traqueteos sueltos en la National Rail. Peter a su lado, formal. ¿Adónde vais, Lisa? ¿Adónde le llevas? Te palpita el ojo izquierdo. Se miró en el cristal. Maraña de reflejos en la que apenas se reconoció. Mirada dispersa.

Quiso consultar la hora, pero no tenía el reloj. Creía que lo llevaba. O tal vez no. Con las prisas, se le había olvidado cogerlo. Tirón de su hijo en la falda. Islington, Caledonian, Camden, Kentish, Gospel, ¡Hampstead! ¡Ya estaban! Habían volado. Bajaron. Lisa cogió a Peter de la mano, pasaron los tornos. En la salida del metro compró un par de sándwiches. Después hicieron el paseo de siempre, por las calles de siempre. Cada vez más solos, cada vez más aire y más calma. De pronto todo quedaba atrás. Todo era diferente. Ahora Lisa ya sabía qué hacían allí.

Hampstead era el barrio más deseado de Londres. Sus calles tenían el silencio solemne de las

zonas residenciales de lujo. Cuando una paseaba por allí estaba sola y podía creer que el lugar era solo suyo, que el deseo del lugar era solo suyo más bien. Un sueño especial, único. Solo Lisa Flanagan en la lista de espera para los deseosos de Hampstead y sus mansiones ajardinadas. Y lo mejor de todo, vistas al Hampstead Heath, el parque más grande de Londres. Un terreno inmenso de tierra salvaje, montañosa, en medio de la ciudad.

La voz de Lisa, como de costumbre cada vez que iban allí, sonaba dulce y parecía flotar en el aire.

—¿Te imaginas vivir en la ciudad y al salir de casa entrar en un bosque, y caminar y caminar y tener que dar la vuelta porque no llegas al final?

Paseaban por el parque. Un sendero, en mitad de un prado extenso de hierba alta. Alfombra ondulante bajo el viento. Alazanes de oveja. Tojos y brezos. Todo susurraba a su alrededor. Al fondo, tras arboledas antiguas, asomaban las mansiones, con sus agujas y chimeneas, ya lejanas.

—¿Te imaginas ver el cielo desde una de esas ventanas? Desde la cama, en las noches estrelladas. ¿Te imaginas las fiestas de cumpleaños en un jardín como ese?

Peter imaginaba, claro. Porque para él, a sus nueve años, imaginar era como respirar. Como decir: ¿por qué no respiras? Vaya tontería. Mientras tanto, la voz de Lisa parecía volar con el viento. A veces tarareaba alguna canción. Los Beatles. *Let It Be* o *Free as a Bird*. Cuando no había nadie alrededor, gritaba las letras, en ocasiones tan alto que se le terminaba por quebrar la voz.

El verano anterior se bañaron en uno de los estanques. Ahora, en primavera, salvo pelotones de patos y algún cisne solitario, nadie se atrevía. Aguas tranquilas y verdosas. Murmullos de gente haciendo picnic. Lisa señalaba los brezales púrpura, los sauces rastreros. ¿Cuál es ese de ahí? Peter adivinaba, mientras se comía el sándwich. Reían. Y Lisa cantaba:

*Free as a bird.  
Is the next best thing to be.  
Free as a bird!*

Cantaba y gritaba, cada vez más alto, tanto que su voz parecía quebrarse como en un llanto. Peter la miraba, entre divertido y asustado. Más que su voz, Lisa parecía amplificar su optimismo. Una cuerda vocal que se deshilachaba. Con gallos de frustración. Eso significaba el barrio de Hampstead. Rozar los deseos, verlos a través de una reja, de un ventanal.

Cuando llegaron a la cúspide del parque, las vistas de Londres se abrieron como en un LEGO gigante en la inmensidad del horizonte. Lisa respiró, con lágrimas en los ojos. Dios, qué aire. Entra, entra, aire. Entra y límpiame. Devuélveme la cordura. A su lado, Peter dijo que la hierba estaba seca. Lo miró. Peter, su hijo, con el sándwich en la mano. Ella también tenía uno. Se sentaron mientras quitaba el envoltorio al suyo. Había más gente disfrutando de las vistas. Anocheecía. Lisa consultó la hora, pero no llevaba el reloj.

De pronto le entró un miedo terrible. El abuelo. ¡El abuelo! ¿Dónde estaba el abuelo? ¿Qué había hecho con el abuelo? Intentó recordar. Casa, autobús, metro. ¿Y antes? ¿Qué había hecho antes?

Y lo recordó. ¡Plas! Una bofetada. ¡Plas! Otra bofetada. ¿Y qué más? ¿Qué más había hecho? ¿Qué le había hecho al abuelo? ¿Le había hecho algo malo? ¿Le había hecho eso terrible con lo que soñaba a veces? Se le encogió el pecho, de nuevo la embargó la angustia. ¡Aire, aire! Se levantó, tiró de su hijo. El sándwich se le cayó, pero ella no se dio cuenta.

—¡Mamá! ¡La merienda!

El abuelo roncaba sobre la silla. Dulce y feliz.

La televisión estaba encendida y la noche entraba por la ventana. El descanso de Shamus Flanagan no duró mucho. Peter, al entrar en casa, era un pequeño torrente que irrumpía corriendo, las manos desplegadas, la boca zumbando como un motor. Atención, atención. Sonido de sirenas. Bombardeo sobre Londres. Refugios antiaéreos. Llega Peter Flanagan y su escuadrón de la Luftwaffe. El abuelo despertó.

—Buena siesta, ¿eh, papá?

Lisa le dio un beso en la mejilla. Le peinó el flequillo. Hubo un gruñido por respuesta, ojos velados que se abrían.

—Hay un micrófono en la televisión —murmuró su padre—. Los he visto entrar mientras dormía. Hablaban en ruso.

—¿Eran espías del KGB, papá?

—Uno de ellos era el mendigo de la esquina. Un espía disfrazado de mendigo. Los demás lo llamaban Travis. Travis Loren.

Al llegar a la oficina, después de entrevistarse con Peter Flanagan, Emeli pregunta:

—¿Ranking de impopularidad?

—Me gusta la inmediatez —explica Francis—. Es muy reveladora. ¡Qué gran misterio!

—¿Misterio? ¿Cuál? ¿El de Lisa Flanagan?

—El misterio del instinto y su inteligencia, Urquiza. Fíjate qué bien ha respondido Peter. La del instinto es una inteligencia oculta y grandiosa.

—Sí —dice Emeli, no muy convencida—. Ojalá supiéramos manejarla.

—¿Y convertirla en la aburrida y previsible inteligencia racional? Dejémosla a su libre albedrío, Urquiza. Dejará de ser salvaje si la domesticamos.

Emeli revisa los nuevos informes que hay sobre la mesa. Sostiene en alto uno recién llegado de Londres, sobre Lisa Flanagan. Sonríe para sí.

—Hay que iniciar un nuevo rastreo por el bosque —plantea—. Por si resulta que el cuerpo de Lisa no fue detectado. Aunque me decanto por la otra opción.

—¿Y cuál es la otra opción? —inquire Francis.

—Peter nos ha ocultado algo sobre su madre. Probablemente la razón por la que se fue de Londres y la dejó sola.

—¿Que según tú es...?

—Que estaba loca.

—¿Eso pone ahí?

—No exactamente. Pero habla de un pequeño trastorno de la memoria. Una amnesia rara. Y también menciona tendencias ocasionales al delirio. Lisa Flanagan estaba medicada.

—¿Es un informe psicológico? —pregunta Francis.

—Sí. También habla de una grave carencia de identidad y confianza. Lisa Flanagan era una mujer fácil de convencer. Tenía una obsesión con su ex marido, que por lo visto la engañó y la dejó sola con su hijo y con su padre senil. Por no hablar de una tendencia a la acumulación de cosas, algo semejante a un síndrome de Diógenes, y cierta oniomanía, que al parecer es...

—Compra compulsiva —dice Francis.

—Sí, eso parece. ¿Cuántos síndromes puede coleccionar una persona hoy en día?

—Tantos como pastillas, Urquiza.

Emeli asiente y continúa revisando el informe.

—Según dice aquí, la policía inglesa no encontró la invitación en casa de Lisa Flanagan.

—Entonces, o se la llevó Lisa consigo como hizo Aliou Sabaly, o no recibió la invitación.



—Lo cual sería de lo más sospechoso, porque sin invitación Lisa no tendría motivos para ir a la casa.

—En caso de que realmente fuera, Urquiza.

—Yo creo que estuvo allí, Thurmond. Aunque aún no la hayamos encontrado. Viva o muerta.

El agente Sarmiento se les acerca algo apresurado y con un documento en la mano.

—Tenemos un informe del laboratorio toxicológico.

Emeli se lleva las manos a la cabeza, con gesto algo teatral.

—¡Joder! ¡Por fin!

—Ya —dice Sarmiento—. Ha tardado. Hubo un problema con las muestras de sangre y orina.

—¿Y qué dice?

Sarmiento lee en alto:

—«Los sujetos Teodor Veselin, Ulad Dobrovolsky y Ángeles Expósito fueron envenenados con polvo de ricina.»

—¿Polvo de ricina?

—Sí. Una de las toxinas más potentes conocidas. Se extrae de las semillas del *Ricinus communis*, un arbusto que no es extraño encontrar en los jardines de las casas.

—Envenenar con ricina es un método sencillo —apostilla Francis—. Polvo blanco disuelto en cualquier bebida, insípido. Quien lo bebe no lo nota. Los servicios soviéticos y la policía búlgara la usaron durante la Guerra Fría.

Sarmiento lee del informe:

—Aquí dice que la toxina de la ricina se fija a la pared celular, inhibiendo la síntesis de proteínas. No sé muy bien lo que significa, pero al parecer es una muerte celular rápida de cojones. La dosis letal vía oral es de un miligramo por cada kilo.

—Eso es una miseria, ¿no? —pregunta Emeli.

—Sí. Con una cucharadita tienes para cien personas.

—¿Cien personas?

—Sí. Es increíble. Un veneno de lo más potente.

—¿Y cuánto han encontrado en sus organismos?

Sarmiento busca en el informe.

—Ángeles Expósito ingirió como para morir cinco veces. Dobrovolsky, como para morir siete veces. Y Veselin se pasó: ingirió como para morir ochenta veces.

—Tomó casi la cucharadita —comenta Emeli.

—Eso parece. Encontraron en su organismo una gran cantidad de bebida gaseosa. *Kvas*. Es como la Coca-Cola rusa.

—Entonces alguien envenenó el *kvas*.

—Eso parece.

—Deberíamos revisar fotografías y vídeos de la escena del crimen. Por si se nos escapó alguna prueba relacionada con ese veneno. Dos granos de eso y ya tenemos un arma homicida.

—Me pongo a ello, jefa.

—Gracias, Sarmiento, buen trabajo.

El agente se va y por alguna razón Emeli piensa en la cocaína, que en comparación con la ricina es como talco para culito de bebé. A su lado, Francis cuelga la gabardina en el respaldo de su silla. Su mesa es el resultado estético de una planificación milimétrica de orden y limpieza. Coge unos papeles y se los tiende a Emeli.

—Por fin conseguí imprimirlo —anuncia.

—¿Qué es esto?

—Un informe de la Unidad de Análisis Psicológicos sobre los trastornos que padecía el sujeto Harvey.

—¿Harvey también padecía trastornos?

—La sociedad ahora los colecciona, Urquiza. Respirar con dificultad ya es un trastorno. Dormir mal ya es un trastorno.

—¿Ellis Harvey dormía mal?

—Seguramente. Pero lo suyo era algo más serio.

Las ramas tiemblan tenebrosas sobre su cabeza. Las nubes corretean bajo el resplandor de la luna. Sisea el viento y se alza nieve cristalina. Ellis Harvey está quieto y observa el bosque. Su vaho se deshace entre los árboles. Son criaturas vivas, los árboles, que se pierden en la infinita oscuridad. Detrás de Ellis, en el claro, la casa duerme. Pero él mira a la negrura. Hacia donde van los árboles.

Lisa en la cama. Sentada. ¿Dónde? ¿Dónde estás, Lisa? Había oscuridad a su alrededor. Intentó situarse antes de que la dominara la desazón truculenta. En la casa cúbica. Estás en la casa cúbica, donde ya han muerto cinco personas. Hay un cementerio junto al porche que las contiene enterradas. Desde la ventana lo podrás ver. El último ha sido Ronald Goodwin.

Lisa estaba sentada en la cama y tenía las pantuflas a medio quitar. ¿Se levantaba o se tumbaba? Era de noche, pero no se acordaba. ¿Había dormido? ¿Se había despertado para hacer pis? ¿Sonambulismo otra vez? Estaba sola en la cama. ¡Ellis! Se volvió y miró la almohada. ¡Ellis! Ellis se había acostado junto a ella. ¿Dónde estás, Ellis? ¡Guardia! ¡Guardia! ¿Tenía guardia Ellis? Sí, Lisa, a las dos tenía guardia Ellis. ¿Eran las dos de la madrugada? Lisa miró el reloj de la mesilla. Dígitos en rojo. 2.35. Vale, Lisa. Todo bien. Sitúate. Piensa. Ahora ya estás situada y tranquila y en disposición para dormirte. Ellis volverá en dos horas y media. Duérmete, Lisa. Duérmete y él ya volverá.

Entonces picaron con los nudillos en la puerta. Lisa se extrañó, pero como enseguida pensó que sería Ellis, se colocó bien el camisón, encendió la lamparilla y dijo:

—Adelante.

Se abrió un resquicio tímido de luz. El susurro vino con acento mexicano.

—Señora Flanagan, soy Ángeles Expósito.

—¡Ángeles! Pase, pase.

—Siento despertarla, señora. Sé que no son horas.

—No se preocupe, Ángeles. Siéntese. Siéntese aquí conmigo.

Lisa alisó la colcha y le cedió un sitio en la cama. Ángeles tomó asiento muy encogida y muy esquinada.

—Se lo agradezco, señora. Es un alivio que sepa usted hablar castellano.

—¿Qué le trae por aquí, Ángeles?

—Verá, es que no puedo dormir, señora Flanagan.

—Si le sirve de consuelo, yo también tengo dificultades.

—Me alegro de no haberla despertado, entonces.

—No se preocupe por eso, Ángeles. Si lo que busca es compañía para esta noche, ha acudido a la habitación correcta.

La mexicana parecía nerviosa y se frotaba su faldilla estampada. Tintineaban sus pulseras de mercadillo.

—En realidad, vengo por el señor Harvey, señora.

—¿Ellis? ¿Qué le sucede a Ellis?

—Tengo la impresión de que ustedes se conocían de antes y quería preguntarle por él.

—¿Y por qué tiene esa impresión?

—Por cómo se hablan. No entiendo lo que dicen, pero su forma de hablar, de dirigirse entre ustedes dos... es como si se conocieran desde hace tiempo.

—¿De verdad?

—Sí, señora.

—Me ilusiona que diga eso. Significa que congeniamos.

—Entonces ¿no se conocían de antes?

—No, Ángeles. No nos conocíamos.

Ángeles mira a Lisa. La mexicana tiene greñas de hechicera y ojos grises que en la tez morena parecen blancos.

—¿Puedo mostrarle algo, señora Flanagan?

—Claro, Ángeles.

Del interior de su faldilla la mexicana sacó un frasquito.

—Hace dos noches yo estaba en mi habitación y vi a alguien adentrarse en el bosque. Llevaba la escopeta que mató al señor Goodwin.

Lisa abrió los ojos y se llevó la mano a la boca. En lenguaje no verbal, la definición de susto.

—¿Qué me dice.

—Así lo vi, señora.

—¿Y quién era?

—Reconocí a ese alguien, señora. Es uno de nosotros y reuní el valor para entrar en su habitación.

—¿Lo dice de verdad?

—Sí. La valentía es inesperada y misteriosa. Me salió de adentro aquella noche.

—Y dígame, Ángeles, ¿qué fue lo que encontró en la habitación?

—En la habitación, bajo la cama, encontré un neceser. Y dentro estaba este frasquito.

Ángeles se lo tendió. Lisa leyó la etiqueta y se quedó callada, sin saber qué decir. «Polvos de ricina. Extraídos de semillas machacadas. Cuidado. Extremadamente venenoso.» Ángeles se lo pidió de nuevo y Lisa se lo devolvió. Sentía repugnancia en las manos y la necesidad de lavárselas.

—¿Cree usted...?

—¿Que el señor Veselin y el señor Dobrovolsky murieron envenenados por esta sustancia?

—Sí.

—Lo creo, señora.

—¿Y qué hizo después de encontrar el frasquito?

—Se lo enseñé al señor Goodwin, poco antes de que muriera. Le revelé quién lo tenía, el mismo al que vi con la escopeta.

—¿Y quién lo tenía, Ángeles?

—Lo tenía Ellis Harvey.

Lisa se volvió a despertar. Irrumpía un tímido amanecer en la habitación. Amanecer. ¿Dónde amanecía? El silencio denso le dijo dónde: en la casa cúbica. El silencio de allí no era como el de Londres. Era extraterrestre, cósmico, como el silencio negro del espacio.

Lo recordó: estaba sola en la habitación. Pero entonces algo se movió tras ella en la cama. Lisa estuvo a punto de emitir un grito. Ellis Harvey la miraba, a los ojos primero y después a la pelusilla oscura que ella tenía en los brazos. Ellis se la acarició y Lisa le apartó la mano, entre avergonzada y presumida. Se frotó como si tuviera goma de borrar.

—No me mires. No he podido depilarme.

—Buenos días.

—Me ha sorprendido que me toques. Es la primera vez que lo haces.

—Estás guapa cuando te despiertas. Pareces más joven.

Lisa no sonrió. Tampoco le dio las gracias por el halago.

—¿Te ha molestado que te toque?

—No —dijo Lisa—. Bueno, no lo sé.

—¿No lo sabes?

—No. No me ha molestado. Pero avísame la próxima vez, ¿vale?

—De acuerdo. Te diré: cuidado, voy a tocarte. Prepárate.

—Vuelves con tu mismo humor.

—¿Ahora no te gusta mi humor?

Lisa se incorporó y se sentó en la cama. Se frotó las sienes y se sintió despeinada y cavernícola o simplemente matinal.

—Lo siento. No he dormido demasiado bien.

Lisa intentaba reubicar sus pensamientos. Después de dormir siempre le ocurría. Sus recuerdos eran un puzle que alguien desordenaba en su ausencia. ¿Qué ausencias, Lisa? ¿Quién es ese alguien? Llevas muchos años así, ya lo sabes, ya te conoces. Ellis te mira, cálmate. Ensambla piezas. ¿Qué hiciste ayer por la noche? ¡Ah, sí! Estuviste con Ángeles Expósito. Era de madrugada. Ellis no estaba, lo recuerdas. ¿Es un sueño? No es un sueño. No intentes engañarte, Lisa, no te escudes en un sueño inventado porque no lo es, lo recuerdas con precisión. ¿Qué te enseñó Ángeles? ¿Qué fue? ¡El frasquito! ¡Ángeles te enseñó ese frasquito y te contó lo de la escopeta! ¡La escopeta que mató a Ronald y que ella vio cómo alguien escondía en el bosque! ¡El frasquito con el veneno que mató a Teodor y a Ulad! ¿Te dijo dónde lo había encontrado? Claro que te lo dijo, Lisa. Te dijo que era de él. Lo recuerdas porque es real. Ellis te mira ahora mismo.

Cálmate.

—Creo que este lugar contiene el mal —dijo Lisa, con voz temblorosa.

Ellis sonrió, detrás de ella.

—A mí no me parece que exista el mal. Ni aquí ni en ningún sitio.

Lisa se atrevió a volverse hacia él, que la miraba con los ojos sin brillo y una sonrisa, una expresión que no cuadraba.

—¿Cómo puedes decir eso con todo lo que sucede en el mundo, con lo que está pasando?

—Es lo que pienso. No creo que exista el mal. Ni el bien. Dividir la vida en dos me parece absurdo.

—Entonces ¿tú no eres ni malo ni bueno?

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

Lisa sintió algo de vergüenza. Siempre lo había temido: decir comentarios estúpidos. Que la tomaran por tonta. Ahora temía haberlo hecho por la reacción de Ellis. Así que buscó entre sus mejores recursos para recuperar la autoestima y extrajo un comentario que rumiaba desde hacía tiempo y que tenía guardado en la recámara, para emergencias así en las que se había expuesto como una tonta.

—Cuando llegamos a esta casa me acerqué a ti porque tenías algo —dijo—. Creo que porque me resultabas familiar. Igual conocí a alguien parecido a ti. O tienes algún gesto que me recuerda a alguien de la tele. Quién sabe. Pero por esas tonterías se acerca la gente.

Le parecía una reflexión bonita. Con ella Lisa quedó más tranquila.

—Coincidimos en la fiesta anual de la UFAA —reveló Ellis—. Yo sí me acuerdo. Por eso te resulté familiar y nos acercamos.

Ellis sonreía.

—¿Qué callado lo tenías! Pero yo no me acuerdo.

—Uno tiene que dosificar sus secretos.

A Lisa esa palabra la inquietó. Le venía el recuerdo de Ángeles, lo que le había dicho. No podía ser verdad, Ellis no. ¿Tenía que ser un sueño! Sí, eso. ¿Era un sueño!

—¿Qué secretos? —preguntó.

—Acabo de concederte uno. Para el siguiente tendrás que esperar.

—Vale...

—Entonces ¿tú no te acuerdas?

Lisa intentó calmarse. Cedió:

—Ahora que lo dices, puede ser que coincidiéramos... Pero no me acuerdo de verte allí.

—Iba con una chaqueta de cuero. Hubo un momento en que nos miramos.

Lisa intentaba reconstruir la escena. Ellis la ayudaba.

—¿Nos miramos? Espera, puede ser... Creo que me voy acordando.

—Posamos juntos para una foto con nuestros hijos y otros alumnos. Tú ibas de verde. Yo tenía una barba más larga y descuidada, como un vagabundo.

Ellis le construía la escena y ayudaba a Lisa a situar en su cabeza un día soleado, con bullicio de alumnos, de padres y de cóctel, y también a situar en ella a Ellis Harvey, sonriéndole como le sonreía ahora.

—¡Es verdad! —gritó ella de pronto—. ¡Ahora me acuerdo! Tienes buenísima memoria.

—Gracias, por eso cuento buenas historias.

—La del naufrago Travis Loren me gustó. Lo de los cocos... ¿cómo era? ¿Él comía los cocos y los cocos le comían a él? Lo siento, no me acuerdo bien...

—Travis Loren necesitaba comer cocos porque eran su única opción para no morir de hambre. Pero era alérgico a los cocos y por eso murió.

—¡Eso, eso! ¿Dónde la escuchaste?

—Me la contó Ronald Goodwin antes de morir.

Lisa sintió que se le cerraba la garganta.

—¿Cuánto antes?

—¿Cómo que cuánto antes?

Lisa no quiso que le temblara la voz. Por alguna razón, estar aterrada y que Ellis lo supiera le parecía peligroso y otro motivo más para sentir terror. Aprovechó un despiste de su propio terror y preguntó:

—¿Te lo contó justo antes de morir? ¿Lo viste morir?

—Con antes de morir me refería a varios días antes. No justo en el momento de morir.

Lisa tenía la garganta atascada de terror. Ellis estaba incorporado sobre la cama y la miraba fijamente con sus ojos inexpresivos que no cuadraban. ¿Por qué no se lo cuentas, Lisa? ¿Por qué no se lo cuentas y acabas con todo? Dile lo de Ángeles. Dile lo que te ha dicho Ángeles. ¿Y si ha sido un sueño? Entonces no tendrás nada que temer. Ellis no será el asesino. Díselo, Lisa. Así sabrás si él te mata finalmente o no. Vas a explotar, Lisa. Suéltalo o vas a explotar.

Ellis la miraba y sonreía. Tenía una sonrisa blanca y sus colmillos dijeron:

—Atención, Lisa. Voy a tocarte. Prepárate.

Ellis alzó la mano y la acercó a su cuello. Lisa la vio venir y sintió cómo se aferraba. Sintió la presión extrema y la obstrucción de su tráquea. Sintió la inmovilidad de él sobre ella y el pataleo salvaje de sus piernas. Sintió la muerte por estrangulamiento y sintió todo eso justo antes de que sucediera.



## QUINTA PARTE

Fragmento de la entrevista al autor de

*Los solitarios:*

—Como escritor, controla los hilos de su historia. Representa un papel todopoderoso, una especie de orden natural sobre sus personajes.

—Todo escritor aspira a ese orden. Tener el control de su historia, ser la maquinaria oculta que mueve el mundo de su novela. Pero los personajes también luchan por su independencia, por su destino, por ser dueños de sus actos.

—¿Es ahí cuando los personajes cobran vida?

—Creo que sí. Y la lucha por este control es el acto de escribir.

En la oficina, después de leer el informe sobre Ellis Harvey, a Emeli le sale la sorpresa por la boca:

—Joder. Esto es grave.

Francis asiente.

—Mañana volamos al territorio de Ellis Harvey. Sus dos hijos viven allí y nos esperan a última hora de la tarde. Ya he pedido los billetes.

Al día siguiente, la noche cae sobre el Ford alquilado y sobre la carretera, sobre las praderas, los bosques y las casas aisladas, sobre la desesperante vastedad del Medio Oeste. La noche allí es un apocalipsis de negrura absoluta. Faros amarillentos sobre líneas y señales, desvíos hacia la nada, camiones y rancheras con rostros fantasmales que surgen de imprevisto. Emeli conduce; hace una hora que alquilaron el Ford y salieron del aeropuerto en Dayton.

—Thurmond.

—Sí.

—Repasemos el informe.

Francis asiente y empieza a leer el informe, sin prisas, mientras surcan la carretera hacia la nada.

El informe aportaba los datos siguientes: Ellis Harvey Norton. Sospechoso de homicidio en segundo grado por la muerte de cinco mujeres, en los alrededores de Winchester, estado de Virginia, entre octubre y diciembre de 2004. Todas por asfixia tras agresión sexual. La quinta víctima fue Susan Harvey, su esposa, con la que tuvo dos hijos y que se había marchado de casa dos semanas antes de ser asesinada. Posibles malos tratos, razón principal por la que se acusó a Harvey, aunque finalmente había sido absuelto por falta de pruebas. El caso aún seguía abierto. El perfil del atacante no decía mucho: hombre, entre treinta y cuarenta años, posible individuo de costumbres nocturnas, posible infancia traumática, posible trastorno de personalidad múltiple, posible trastorno por estrés postraumático. El informe psicológico de Harvey, en cambio, era una golosina para cualquier investigación. Veterano de Afganistán, dos despliegues entre 2002 y 2003, condecorado con la Estrella de Bronce y con tres medallas, siete cintas y chapas de concesión rutinaria. Hasta ahí, admirable. A su vuelta, caso grave de alcoholismo Alfa (bebedor por enfermedad psicológica), derivado al tipo Gamma (incapacidad para mantener la abstinencia). Caso grave de trastorno por estrés postraumático, TEPT, con incapacidad para las relaciones

según modelos funcionales al uso y episodios frecuentes de entumecimiento psicológico. Dada la gravedad del síndrome, alta probabilidad de predisposición al TEPT por condiciones bioquímicas, neurológicas y genéticas. Posibles crisis de anestesia emocional, de pérdida de percepción de la realidad, que le hubieran llevado a cometer los crímenes.

Estacionan el Ford junto al descampado de caravanas, a la salida del pueblo. Hace frío y Francis se pone el sombrero y prende un cigarrillo. Cruzan la valla del recinto. El descampado es un vertedero bajo las estrellas. Algunas caravanas están muertas, otras iluminadas en los ventanucos, con parpadeos televisivos, con sombras entrevistas, voces y gemidos. Hay hierbas de enea y estramonio, restos dispersos de neumáticos, prendas de ropa colgadas, pares de botas y neveras con las puertas abiertas, oxidadas por dentro.

Por lo que saben, aquí vivió Ellis con sus hijos. Los crio solo desde pequeños, tras las acusaciones de asesinato en Virginia que lo obligaron a viajar lejos e iniciar una nueva vida. Emeli imagina a un padre alcohólico y con fantasmas de la guerra, cuidando de sus hijos en un descampado donde huele a pobreza. Emeli imagina a un tío calmado, con demasiados gritos en su cabeza. Un tío capaz de explotar en cualquier momento. Una bomba de relojería.

Lo que no imagina aún es el móvil, la razón que le pudo llevar a esos ocho asesinatos.

La última de las caravanas es la de Harvey. Tiene las luces encendidas.

*Me hiero a mí mismo hoy,  
para ver si aún siento.*

Johnny Cash se hería a sí mismo en un tugurio de Greenville. Como en cientos de tugurios más en todo el país, en ese mismo instante. Ellis Harvey estaba sentado en la barra, junto al tirador Guinness, bajo las luces cutres de neón y la cornamenta de venado, frente al muestrario fulgurante de bebidas que reflejaba su cara de bobalicón. Solo y callado, tan subterráneo como la voz profunda de Johnny, el rey del country. En medio de un ambiente que, de no haber sido un bar lleno de alcohol, habría sido agradable. Tomando zumo de naranja.

El jefe celebraba su cumpleaños. Y al contrario que en otras ocasiones, los compañeros del servicio de limpieza urbana de Greenville habían obligado a Ellis a acudir. Ellis, que ahora trabajaba de limpiador y no en una vaquería. Ellis, que llevaba ocho meses sin beber, doce sin pisar un bar. Ahora Jamie le sonreía cuando iba a buscarla a la pista de atletismo. Su hija, diecisiete años, campeona estatal de mil quinientos metros. Toda una mujer.

*Me concentro en el dolor,  
la única cosa que es real.*

La camarera accionaba el tirador, otra vez junto a él. Ellis no pudo evitarlo; la mirada se le iba hacia la carne joven, fresca, el escote bien a la vista tras el chorro de cerveza, con su corona de espuma a un suspiro del desborde. Dejó de mirar, diciéndose de nuevo que no volvería a hacerlo. No le convenía. Lo sabía bien. Ni ellas ni todo ese veneno embotellado que no dejaba de mirarle. Para él eran lo mismo.

*La aguja perfora el orificio,  
el viejo pinchazo familiar.*

Ahí estaba de nuevo el presidente Obama en la televisión. En el pueblo algunos aún insistían en que era musulmán, o que tenía vínculos con extremistas islámicos, lo que a Ellis, que incluso votaría a Trump en las próximas elecciones, le parecía una enorme gilipollez. Aunque sí le parecía un marciano, no por el color de su piel, sino porque hablaba como lo debían de hacer las élites universitarias de la Ivy League, con un acento aristocrático que a Ellis le escamaba. Había algo en él que no le gustaba. Esa sonrisa grande y perfecta, ese saber estar, esa percha de negro en

forma, esa familia de la que, hay que joderse, parecía ser un buen padre, esa mujer del *Let's Move!* que plantaba huertos y reducía la obesidad infantil y decía a toda América lo que debían comer sus hijos.

—Veterano de guerra bebiendo solo.

Una voz femenina, a su lado, girándose hacia él en el taburete. Ellis se quedó muy quieto, mientras le llegaba un perfume expansivo, denso y afrutado. Ella, que había visto su tatuaje en la muñeca, bebió de su zumo de naranja, confiada, antes de que Ellis pudiera reaccionar.

—Hummm. Veo que veterano de muchas cosas...

Ellis permanecía inmóvil, la mirada muy fija en el vaso.

—¿Serviste en Irak?

Negó con la cabeza.

*Intento eliminarlo por completo,  
pero yo lo recuerdo todo.  
¿En qué me he convertido?*

—Serví en Afganistán. Dos veces.

—¿Eres el típico patriota del que se ríen en la costa Este?

Miró a la mujer. Le pareció una prostituta, unos quince años mayor que él.

—¿Cómo dices?

—Que si te corres con Lee Greenwood cantando *Proud to be an American*.

Ellis captó una sonrisa burlona. Volvió la vista al zumo. Bebió.

—Es broma, guapo. ¿Me invitas a una birra?

—Claro.

—Dos birras, por favor.

—Para ti solo. Yo ya no bebo.

La mujer se le acercó, sin tocarlo, pero envolviéndolo con sus tentáculos de perfume y unos ojos grandes, de leona. Sin duda era una puta. Algo mustia, pero con todo el armamento instigador que una mujer digna puede llevar encima. Era una puta con estilo, tradicional, de las que conocen el oficio.

*Te defraudaré.  
Y te lastimaré.*

—¿Fue muy duro estar allí?

Dos Guinness tostadas, bien espumosas, delante de él. La puta no le había hecho caso.

—Fue peor volver.

—¿Tenías a alguien esperando?

—A mi mujer y a mi hija.

El tono provocativo de ella se volvió gamberro, algo sucio, que Ellis no supo decir si le gustaba.

—¿Y ahora te esperan en casa?

—Mi hija sí. Mi mujer no. También tengo otro hijo.

Roce en el cabello, mientras él miraba su birra, algo excitado.

—¿Estáis divorciados?

—No.

—O sea, separados. Pero seguro que pensáis volver.

—Ella está muerta. Así que no volveremos.

La asustó algo y eso a Ellis le agradó. La puta lo hacía sentir un zopenco tartaja, que no recordaba lo que era seducir a una mujer, y mucho menos mojar. Pero ella, una profesional del juego sensual, recuperó enseguida las riendas. Sonrisa, iris brillante y fijo en Ellis, boca abierta y húmeda, escote que se revela, carnoso e insondable, bien centrado en el campo visual.

—Tus ojos grises son una monada —le susurró.

Ellis, entre nervioso y halagado, bebió sin darse cuenta.

—Los tuyos son azules.

—Glaucos. Que en griego quiere decir ojos de lechuza.

—Los míos los heredé de mi padre. Era granjero en Isonville, Kentucky.

La mujer lo miraba, asintiendo, mientras lo escaneaba de arriba abajo, imaginándolo a buen seguro desnudo, o fingiendo que lo imaginaba. Ellis lo sabía: estaba oxidado, lo cubría el polvo, había que sacarle brillo. Como una segunda virginidad. Y eso para una puta es como la paga extra.

—Mi padre también sirvió en el ejército. En Vietnam —añadió.

Ella se acercó aún más; ahora no solo era el perfume, era su cuerpo, que irradiaba calor.

—Estuviste dos veces en Afganistán. ¿Por qué volviste?

Ellis bebió otra vez. Rápido. Ahora no lo sintió en el esófago.

—Tenía que completar el trabajo. Cosas que había dejado sin resolver.

La mujer lo observó, entre cariñosa y divertida, como quien mira a un niño, a un niño adulto a quien se puede tirar. Completar el trabajo. Eso le dijo Ellis a Susan dos meses después de volver de Afganistán, cuando ya no aguantaba más en casa. Susan, que, embarazada de Ryan, era una ciclogénesis de hormonas, un Bugatti Veyron que necesitaba dos segundos para pasar de la calma más absoluta al más apocalíptico de los llantos. Y claro, estando así, ella se lo dijo, lo que Ellis ya sospechaba. Que ya no era el mismo, que no le reconocía, que a veces le temía. Eso a Ellis le jodió en el alma, aunque lo percibiera en todo el mundo, en las miradas de sus suegros, de sus vecinos. Pero que ella lo soltara así, solo dos meses después de su vuelta, sin aguantar un poco más, sin entender que él únicamente necesitaba regresar para sellar el asunto, para pasar página y seguir con su vida, eso no, eso no podía permitirlo, eso lo electrocutaba por dentro y lo volvía loco, tanto que estampó los nudillos bien cerca de Susan, en el yeso de la pared. Luego, de vuelta a la cama, los dos se pidieron perdón. Hubo algún llanto de ella, pero un llanto diferente, un llanto que a Ellis le hacía acariciarle el pelo, ensimismado, e hicieron el amor despacio, con una luz preciosa de atardecer.

—El segundo despliegue fue diferente —le dijo a la puta—. Estaba preparado, sabía a lo que iba.

Le sirvieron otra cerveza.

—La segunda vez eras un hombre de verdad.

Ella le rozó el pantalón, bien arriba. Él bebió, directo al estómago.

—Era una bestia salvaje. Un profesional frío. Preparado mentalmente.

—Me encanta escuchar eso de un hombre que sirve a nuestro país. Me hace sentir protegida.

—No era la nenaza imberbe de la primera vez.

—¿Ah, no?

Bebió hasta terminarse la cerveza.

—No, no lo era. Entonces no sabía lo que es sentirse desesperado, no sabía lo degradante que

puede ser la vida.

—Amén a eso, cariño.

—La primera vez era un tío corriente, recién casado, con una hija, con amigos con los que salir a cazar, tomar Guinness y ver la Nascar y a los Pittsburgh Pirates. La segunda vez iba con hambre, no a verlas venir; iba a pasarlo mal, a joderme.

»Iba a un valle perdido en las montañas del Hindú Kush, un pequeño infierno dentro del infierno afgano. Una base militar, enclavada a cinco mil pies de altitud para controlar a las milicias locales, una prisión en mitad de la pendiente, como un poblado mísero, diminuto, aislado, con cabañas, refugios y parapetos, que más que una base parecía un vertedero gitano, donde se hacinaba la unidad, cuarenta tíos viviendo como en una tribu. Siete meses durmiendo en barracones, donde no se puede estar de pie, sin agua caliente, sin cambiarse de uniforme, quemando las heces propias, las heces de todos. Siete meses de patrullas por los senderos, inspeccionando aldeas pastún, en el silencio de la montaña, con mil ojos en las alturas que los rodean, atento a la primera bala, al chasquido del demonio, fuego de AK, RPK, RPG desde las crestas, o el silencioso Dragunov, que no te enteras, que zumba algo y a tu lado Charlie Pinkman ya está en el suelo, convulsionando, llamando a su madre. A ver, ¿hoy quién la palma? Así se desayuna. Humor negro con leche en polvo. Te acostumbras a la funesta lotería, diaria, de a ver a quién le toca patrullar; cada noche duermes con la preocupación de que el próximo será tu último día, pero duermes y roncas como un burro, a pierna suelta, como si estuvieras en casa y al acostarte dijeras: dentista con Jamie a las ocho. Tengo que arreglar la nevera. Reunión de la comunidad después de comer. Los tiroteos son una pasada, todos los esperamos. A ver, te acojonan, te acojonan mucho, tanto que te mearías encima si tuvieras quince años, los esperas con un miedo terrible en realidad, pero los esperas, y estás deseando que lleguen. No sé si para quitártelos de encima, porque sabes que van a llegar y no hay vuelta de hoja, o para sentirte vivo, vivo como nunca, como no te sientes desde que eras un crío, un subidón de adrenalina mejor que el sexo. Tienes tanto tiempo para esperar que piensas que este puto infierno será la mejor época de tu vida, que no vivirás nunca algo mejor que un tiroteo. Y eso es triste de cojones, tener esa premonición de tu vida, pensar a los veinticuatro algo así; entonces te sientes menos persona que nunca, te sientes un animal salvaje, y tratas de mitigarlo diciéndote que eres un profesional del ejército de Estados Unidos, un padre de familia, enviado al culo del mundo para llevar a cabo su trabajo. Te dices que estás cumpliendo con tu deber, aunque la guerra en sí, como conflicto global y a largo plazo, te importa lo que a un gasolinero el superávit económico anual. Pero cuando empieza la fiesta y quitas el seguro y aprietas el gatillo, sobre todo con la M240 y sus novecientos cincuenta disparos por minuto, con ese retroceso feroz, tan en comunión con cómo te sientes por dentro, con esa hostia continuada que tan bien te sienta al cuerpo, todo hecho rabia... joder. Ni piensas. El sudor y la pólvora, que te arden en la cara, el miedo, ¿qué miedo? Tú solo aprietas, cargas y gritas como un loco. Sientes que de profesional una mierda, que la instrucción a la mierda, que tú lo que eres es un asesino. Un asesino de verdad, a lo bestia. Y gritas: ¡cabrones! ¡Soy un puto asesino! ¡Un asesino de Kentucky! ¡Venid y chuparme la polla! A tu lado el cabo Ramírez, partiéndose el culo porque has vaciado tres cargadores. Tío, tío, te sale humo del percutor. Joder, tío, te sale humo. Al volver a la base, si no hay bajas, la cara tan irritada como una guindilla andante, el cuerpo molido, hay toda una exultación grupal de hacer el gilipollas y comentar la jugada, como si eso fuera el equipo de rugby del instituto y la entrada en el vestuario, tras ganar la final del último curso. Después de organizar municiones, de desmontar y limpiar fusiles, de cumplir con las labores domésticas (si es que a eso se le puede llamar doméstico)

viene la parada en boxes. Y el bajón, claro. Bonucci tocando la guitarra, tocando, no haciendo música, como un drogado catatónico; el teniente Marlow balanceando sobre su casco, mirando a la nada, agilipollado total; Sherman durmiendo; Dempsey jugando con el alambre del tanque de agua, siguiendo la retícula con el dedo; el especialista Green, que lucha bien pero que le cuesta esconder su miedo, llorando en una esquina y hurgando con el dedo en la tierra; Ramírez observándose al espejo, de frente, de lateral, alisándose el pelo, mirando luego alrededor, paseando aburrido, agachándose para tocar los cojones a Sherman, metiéndole un palillo por la nariz. Así hasta el siguiente tiroteo. Siete meses. Y a tu regreso a casa te sientes fuera de lugar, estás agitado, no entiendes comenzar el día sin sorteos de patrulla. Es como un vacío, una calma antinatural que no te deja dormir, y estás preocupado por cosas como esa, que pasan continuamente por tu cabeza mientras te habla Susan, mientras te sonrío Jamie. Ahí está la puta paradoja: llegas a casa y te encuentras solo. Tú, Ellis Harvey, que te apoyabas en un compañero para que hiciera guardia mientras cagabas, que confiabas en él para que no te perforaran la espalda, que durante la noche nunca oías tu respiración con los sebosos roncadores de los hermanos Howard durmiendo a tu lado. Tú, que te has acostumbrado a vivir en familia, en familia de verdad, como las tribus antiguas, en las que no eres nada sin los otros capullos. Tú, que no estás loco, porque hay estudios antropológicos que dicen del *Homo sapiens* que surgió formateado para vivir en tribu, en contacto permanente con la comunidad, todos juntos ante el peligro inminente. Tú, que te preguntas: ¿ahora qué leches queda de todo eso? Susan de cajera en el Costco, Jamie en la escuela; solo tienes los berridos de Ryan desde la habitación. Todo el día así, en casa, y cada una de las estancias disponibles solo para ti, sin tener que aguantar los pedos de nadie. Luego estás tú, que cuando las tienes en casa tampoco ayudas callado e irascible, y luego están todas esas cosas que se te pasan por la cabeza, las lapas reproductoras de cine. Pero es que el mundo normal, el de siempre, te parece de pronto que se compone de millones de mundos desunidos. No hay cuarenta tíos formando como un solo hombre ante el mal. Eres tú, solo tú en la vida, y nadie parece darse cuenta. A la gente le parece algo normal. Y eso es una puta tortura. No puedes vivir así. No puedes compartir lo vivido porque nadie es capaz de entenderlo. Estás condenado a una brutal soledad interior. No estás hecho para el planeta Tierra, estás hecho para un lugar donde se den continuamente de hostias. Donde la familia sea de verdad. Así que metes la guerra en una burbuja, y te metes con ella tú también. Así caminas por el mundo. En una burbuja con olor a whisky.

—Voy un momento al baño, ¿vale?

—Claro. Te espero.

Había hablado sin parar. Hacía años que no hablaba así, como si lo hiciera consigo mismo, dentro de su cabeza, pero a otra persona. Estaba encendido, se había soltado, y se sentía bien por hacerlo. Demasiado tiempo dentro. Eso no es bueno para la mente. Ahora se sentía mejor. Joder que si se sentía mejor.

La vio bajarse del taburete y contonear las caderas, hacia el servicio, un poco ancha para su gusto, pero la sequía de tres años no le situaba en posición selectiva, aunque fuera una puta y pudiera elegir a cualquier otra. Pero el viejo motor ya estaba en marcha y no había vuelta atrás. Pidió otra birra. Johnny seguía:

*Llevo puesta esta corona de espinas  
sobre mi silla de mentiras  
lleno de pensamientos rotos*



*que no puedo reparar.*

Fantaseó con un sexo inminente. Ponerla a cuatro patas. Asestar, como un toro. Ver sus carnes flácidas, blancas, temblar con cada empuje. Sentirse brutal y animal, con poderío de hombre, la cama sufriendo, sonora, ella mirando atrás y también sufriendo pero queriendo sufrir, gimiendo y diciendo: para y sigue, para y sigue. Joder, cabrón. Para y sigue. La tenía ardiendo bajo los pantalones y bebió largo para serenarse. Miró en dirección al baño, a ver si ella salía ya, y la vio junto a la mesa de billar, hablando con otro hombre. El hombre tenía la mano bajo su falda. Ella sonreía, él sonreía, se comían con la mirada y tenían pinta de querer follar. Johnny ya no sonaba. Ahora la música era ochentera y había risas y bailes. Ellis se encontró a sí mismo de pie, caminando a través de la gente, chocándose con ella, acercándose hasta la mesa de billar, hasta la puta y el gilipollas ese. ¿Qué haces, puta de mierda? ¿Y tú, puto loco? Déjame en paz. Ellis miró a la puta. Su mano ya agarraba la camisa del hombre mientras la miraba. El manotazo se la soltó y entonces Ellis miró al hombre y la puta dejó de existir. Le partió la cara con la mano abierta. El hombre se encogió pero se levantó rápido y con el puño cerrado le pegó un directo en el ojo izquierdo. Ellis ni siquiera sintió dolor y se tiró sobre él. Le cogió la cara con las manos y acabaron en el suelo, donde le empezó a hundir los dedos en la piel, hasta que le cogieron por detrás multitud de brazos. Él se revolvió sin poder hacer nada ante tamaña fuerza grupal. Se vio gritando y forcejeando mientras la música ochentera seguía sonando. La gente no bailaba y lo miraba a él, hasta que lo empujaron hacia la puerta, lo sacaron del bar y le tiraron encima la cazadora.

Ellis se levantó y se arrastró hasta la ranchera. Cuando estuvo dentro y en el silencio recluso, fue consciente de que resollaba como un animal. Intentó serenarse. Esperó. Corrieron los minutos y por la cabeza se le pasaron muchas cosas. Poco después salió la puta. La vio caminar sola por la acera, calle abajo. Sus tacones repicaban para todo el pueblo. Ellis frotaba el cuero del volante. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez. No quería volver a explotar. Encendió las luces, arrancó el motor y dio media vuelta.

Jamie Harvey está sentada en el sofá, que es sesentero y no *vintage*, al igual que los cortinajes, la nevera y el marco despellejado de los ventanucos y las puertas. Aun así hay limpieza y cierta dignidad en la caravana. Jamie tiene veinte años y dureza en ojos y mandíbula. Hay disciplina y firmeza en su postura: erguida sobre el sofá, las manos juntas sobre las rodillas. Encara la visita más que recibirla. De una infancia en una caravana decrepita y con un padre alcohólico y con trastornos psicológicos pasó a una colección de becas e invitaciones a las mejores universidades del país. Emeli la imagina con una infancia hecha de callos y una madurez prematura. Es un milagro de chica. Le gustan las chicas así.

Ryan Harvey está apoyado en la pared y tiene los brazos cruzados, barba cerrada, gorra de los Cleveland Indians y desconfianza de ranchero hacia todo lo exterior (especialmente hacia los oriundos de la costa Este). Su camisa de leñador no es como la de Sarmiento. Es seña de identidad: me visto así porque no me siento cómodo vistiéndome de otra forma; y si me preguntan por qué, les diré que tal vez por este lugar, porque le pega a este lugar y a esta vida de mierda que no cambiaría por nada. Es Ryan el primero en hablar:

—Hay que joderse. Y todo esto por un experimento de la universidad.

—Señor Harvey, ¿le parece la comunidad de Alvey un experimento sin validez? —pregunta Francis.

—Me parece otra chorrada de los forrados Alvey.

—¿Se refiere a Ethan Alvey o a la familia al completo Alvey?

—Me refiero a la fundación de ese filántropo con aires de gurú. Engatusaron a mi padre para llevarse a Jamie. Lo único que les interesa de mi hermana son sus piernas para ganar carreras.

—Cállate —espetá Jamie.

Ryan tiene la desconfianza ranchera de ver maquinaciones en todo urbanita que se asome a su caravana. Francis mira a Jamie, que sigue muy erguida.

—Señorita Harvey, aparte de usted, ¿había algún otro becado entre los miembros de la comunidad?

—Junio Expósito.

—¿Por sus piernas corredoras?

—Creo que por su cabeza. Es muy inteligente. Y porque había colaborado anteriormente en actividades y voluntariados de la fundación. Le dieron una beca especial. Tengo entendido que el propio August Alvey en persona se la concedió. Fue antes del famoso arresto.

—¿El famoso arresto?

—Sí. Por exaltación. Me parece que fue frente a la Casa Blanca, durante una manifestación contra los sobornos de las compañías petrolíferas a senadores. Casi lo deportan, pero dicen que August Alvey pagó la fianza y que hizo las gestiones para retenerlo.

—Un gesto de lo más altruista —comenta Emeli—. Típico de Alvey.

Francis anota en su cuaderno.

—Hay que contrastar esta información —dice.

—¿Y cuándo tienes pensado reanudar el curso, Jamie? —pregunta Emeli.

—Estaré unas semanas aquí, hasta que el caso se aclare. Espero que ustedes estén cerca de su resolución.

Emeli y Francis no se miran.

—Claro, Jamie —afirma Emeli—. Estamos cerca.

—Claro —secunda Francis—. Lo estamos.

En el contrachapado de la caravana hay colgadas fotos de Jamie: Jamie corriendo, Jamie alzando los brazos, Jamie en lo más alto del podio. Hay recortes de periódico. «Jamie Harvey vence en el estatal júnior.» Hay también una balda con medallas y trofeos.

—Veo que tu padre se sentía orgulloso.

Jamie se encoge de hombros.

—Bueno... sí, creo que sí.

—Ryan, ¿vivías aquí con tu padre?

—Me independicé cuando dejé de estudiar. Los últimos meses mi padre vivió solo.

Emeli revisa la caravana, que solo presenta vejez pero no signos de haber contenido allí a un psicópata violador de mujeres.

—Entonces vuestro padre vivía solo en esta caravana.

—Así es —confirma Jamie—. Yo lo visitaba al menos cada dos meses.

—¿Y tú, Ryan? ¿Veías a tu padre a menudo?

—Llevaba semanas sin verle. No sabía mucho de su vida actual.

—¿Y tú, Jamie?, ¿desde cuándo no veías a tu padre?

—Hablé con él hace cuatro meses. Antes de irnos a la comuna.

Emeli decide cambiar de asunto.

—La comuna, sí. ¿Podemos haceros unas preguntas sobre vuestra estancia allí?

—Claro.

—¿Cuándo enterrasteis a Nadine Sabaly?

—El día anterior a irnos de la casa.

—¿Os fuisteis desanimados por su fallecimiento?

Jamie suspira y sopesa la respuesta.

—Es posible —dice—. Aunque también por el invierno.

—Pero todavía no había nevado.

—Empezaba a hacer frío.

—¿Cómo salisteis de allí? ¿Contactasteis con la avioneta?

—No. Nos fuimos a pie. Una travesía de cinco días hasta el poblado más cercano. Con nieve habría sido imposible.

Emeli asiente, la información de Jamie confirma la de Ethan.

—¿Os llevasteis la radio de la casa? —pregunta.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Jamie se mantiene firme, mirando a Emeli.

—No. Si alguien la cogió, lo desconozco.

—¿Os importa si revisamos la caravana?

—¿Por qué quieren revisarla? —protesta Ryan.

—Queremos asegurarnos de que vuestro padre recibió la invitación. No la encontramos en el cuerpo. Así que podría estar aquí.

—Si la encontramos dentro del sobre podríamos saber desde dónde se envió —añade Francis.

—¿Y qué pasa si mi padre no recibió esa invitación?

—Creemos que todos los padres recibieron una. Si Ellis no la recibió, viajó a la casa por otro motivo.

—¿Otro motivo? —se asombra Ryan—. ¿Qué otro motivo podría tener mi padre para ir allí?

—Estamos al corriente de los problemas de vuestro padre y queremos descartar pruebas —dice Emeli.

—¿Pruebas? —replica Ryan—. No me jodas. ¿Siempre hurgáis en la mierda o qué cojones?

—Es nuestra obligación, Ryan.

—¿Insinúas que mi padre asesinó a esas personas?

—Investigamos cualquier opción, Ryan.

—Los de mi padre eran problemas para la vida entera —interviene Jamie con sequedad—. Aunque a veces parecían no estar, en realidad siempre estaban ahí.

Emeli mira a la joven, suavizando la voz:

—Iban y venían, imagino.

—Siempre iban. Pero mi padre los contenía.

Jamie tiene una lucidez prometedora; la muestra entera y no tardará mucho en aprender a seleccionarla. Es fresca y a Emeli le gusta.

—¿Os acordáis de vuestra madre?

Ryan responde el primero:

—Tenía tres putos años cuando la asesinaron. Claro que no me acuerdo.

—Yo creo que me acuerdo de algo —dice Jamie—. Pero no sé si me lo invento.

—¿Os hablaba vuestro padre de ella?

—Al principio, nunca. Después, algo más.

—En realidad no nos hablaba nunca —niega Ryan—. La ocultó siempre.

—¿Y de vuestra familia? ¿Os hablaba de vuestros abuelos y tíos?

—Durante años no supimos que existían. Vivimos en muchos sitios después de lo de mamá. Hasta que llegamos aquí.

—Ya. Aquí os asentasteis.

Jamie asiente. A Emeli le disgusta lo que tiene que hacer a continuación. Extrae el informe de la carpeta y dice:

—El 18 de diciembre de 2004, Susan Harvey murió por asfixia y tras agresión sexual en las afueras de Winchester, Virginia. Vuestro padre fue sospechoso de homicidio en segundo grado por su muerte y por la muerte de otras cuatro mujeres. Este informe dice que vuestra madre se marchó de casa dos semanas antes de su asesinato. Había indicios de malos tratos pero vuestro padre fue absuelto por falta de pruebas. El caso aún sigue abierto. Imagino que, después de eso, vuestro padre tuvo que irse de Winchester y os llevó consigo.

—Papá no era un asesino.

—Entiendo que pienses eso, Jamie. Y no lo es hasta que se demuestre lo contrario. ¿Tienes

pruebas de que no lo sea, Jamie?

—Tengo la prueba de haber crecido con él.

—Entiendo lo que dices, lo comprendo. Pero tu padre estaba enfermo, Jamie. No sabes lo que pudo hacer en el pasado.

Jamie clava los ojos en Emeli. No pestaña.

—No entiendes lo que digo. No lo comprendes. Me respondes por inercia y automatismo. Cállate y piensa, y trata de entenderlo de verdad.

Emeli recula, sorprendida y algo intimidada.

—¿Y usted, Ryan? —interviene Francis—. ¿Qué piensa usted?

Ryan mira al suelo con brillo en los ojos. Los rancheros barbudos y desconfiados tienen una sorprendente facilidad para el llanto. Lo dice con la boca pequeña:

—Mi padre no era un asesino.

Ryan está dolido, lo que no sabe Emeli es si por la vida que les dio Ellis Harvey o porque su padre ya no está y los ha dejado, tan jóvenes y para siempre. Las dos opciones son como para culparlo.

Jamie mira a Emeli, fijamente, mientras le aflora una lágrima y pestaña.

—Papá nunca nos pegó, ¿está claro?

—Está bien saberlo, Jamie.

—Jamás lo hizo. Ni a Ryan ni a mí. Si en veinte años no nos pegó, ¿por qué iba a pegar a nuestra madre?

—Los trastornos por estrés postraumático no son fáciles de entender —explica Francis—. No se pueden calibrar y comprender desde una mente sana. Tu padre pudo sufrir crisis de anestesia emocional y cometer cualquier tipo de acto que en situaciones normales le serían de inverosímil atribución.

Jamie se levanta y ahora no oculta las lágrimas. Mira a Emeli.

—Papá huyó de nuestra primera casa porque la vida allí le resultaba imposible. El pueblo lo expulsó porque los medios influyeron. Pero papá jamás hizo eso. Es imposible que lo hiciera, ¿de acuerdo?

Emeli siente una extraña intimidación.

—De acuerdo, Jamie.

—Papá llevaba tiempo sobrio. No tenéis ni idea. No tenéis una puta mierda de delicadeza.

—Lo siento, Jamie. Pero nuestro trabajo consiste en hurgar en lo incómodo.

—¿Se van a ir de una puta vez? —interrumpe Ryan.

Francis mira al joven, con su silencio intimidatorio a veces, y le ofrece un cigarrillo.

—Antes nos gustaría revisar la caravana.

Ryan rechaza el cigarro y mira a su hermana, que está de pie y sin secarse las lágrimas.

—Jamie —dice.

Su hermana cierra los ojos.

—Jamie —repite.

—Qué quieres.

—Anda, dáselo. Así se irán.

Jamie suspira.

—Como quieras, hermano.

Se seca las lágrimas y se acerca a la cocina. Abre un cajón y extrae de ahí un sobre.

—Es la invitación que buscan. La encontramos aquí al volver de la comuna.

Emeli no dice nada, pero la invitación por fin está dentro de su sobre, que no tiene el nombre del remitente pero sí la dirección de la oficina de correos desde la que se envió. Emeli la reconoce: se halla en la ciudad ártica de la que se vuela a la escena del crimen.

Varios minutos después, de vuelta al Ford alquilado, Emeli llama a la Central y habla con Sarmiento:

—Tenemos otra invitación. La de Ellis Harvey.

—¿Dentro del sobre?

—Sí.

Sarmiento grita al otro lado:

—¡Cojonudo, jefa!

—Sarmiento, no me jodas.

—Perdone, jefa.

—En el sobre no figura el remitente, pero sí la fecha de envío y la oficina de correos desde la que se envió. Necesito los vídeos de las cámaras del 25 y 26 de agosto. Te mando una foto del sobre.

—Perfecto. ¿A quién buscamos?

—Aún no lo sé.

Mientras Lisa se debatía en sus pensamientos, Ellis la miraba y sonreía. Tenía una sonrisa blanca y sus colmillos dijeron:

—Atención, Lisa. Voy a tocarle. Prepárate.

Ellis alzó la mano y la acercó a su cuello. Lisa la vio venir y sintió cómo se aferraba. Sintió la presión extrema y la obstrucción de su tráquea. Sintió la inmovilidad de él sobre ella y el pataleo salvaje de sus piernas. Sintió la muerte por estrangulamiento y sintió todo eso justo antes de que sucediera.

Así que le brotó como un vómito de sangre:

—Ángeles Expósito vino a verme hace unas horas y me dijo algo sobre ti.

Ellis detuvo la mano.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo exactamente Ángeles Expósito?

—Dijo que te vio por la noche adentrándote en el bosque con la escopeta que mató a Ronald Goodwin. Y también dijo que encontró en tu habitación un frasquito con una sustancia venenosa dentro. La que mató al señor Veselin y al señor Dobrovolsky.

—¿Te dijo todo eso Ángeles Expósito?

—Sí.

—¿Y tú la crees?

Lisa sintió el peso trascendental de la pregunta. Podía morir si respondía mal. Tampoco sabía lo que responder. En realidad, no sabía si la creía o no. Ellis estaba calmado y esperaba su respuesta. Decidió optar por la verdad:

—No lo sé.

Ellis tenía razón, ella no sabía dividir las cosas en dos. Era su verdad. Ellis sonrió con los colmillos, que eran como de lobo ártico.

—Encontré ese frasquito entre las cosas de Teodor Veselin. Cuando lo enterré.

—¿Lo tenía él?

—Sí. Y yo lo escondí en mi neceser; no os dije nada porque no quería que me acusarais. Ibais a sospechar de mí. Ahora creo que me equivoqué. Debería haberlo enterrado junto al cuerpo.

—¿Y qué hacía el señor Veselin con la sustancia que lo mató?

—No lo sé. Puede que el asesino la dejara ahí, para enseñarnos cómo lo hizo.

—¿Y lo de la escopeta?

—La quise esconder en el bosque para protegerme. Para protegernos a los dos.

—¿A los dos?

—Sí.

A Lisa eso le gustó. Pero no quiso exteriorizarlo.

—El bosque tiene algo maligno. Todos lo hemos visto. ¿Por qué fuiste allí de noche?

—No lo sé. Creo que fui un inconsciente.

—¡Esa escopeta mató al señor Goodwin!

—Lo sé. Lo sé. Creo que me equivoqué dejándola allí. Los ojos malignos del bosque me vieron y actuaron sobre Ronald.

Ellis bajó la mirada y Lisa lo observó. Sentado allí, en pijama y sobre la cama. Parecía realmente afligido.

—Entonces, Ángeles no miente.

Ellis la miró de nuevo.

—Ángeles es la más inteligente de todos los que estamos aquí.

—¿Por qué dices eso?

—En los cajones de la cocina hay cuadernillos con sudokus y rompecabezas. La vi resolver juegos matemáticos de extrema complejidad.

—¿En serio?

—Sí. Lo que te dijo Ángeles sobre mí es verdad. Pero yo la vi hacer algo que me asustó.

—¿Algo que te asustó?

—Sí. La vi saliendo de la cabaña del bosque.

—¿De la cabaña donde vieron cosas del asesino?

—Así es. El instrumental que torturó al señor Garrido estaba allí. Y esas terribles caracolas.

—¿Y qué hacía Ángeles en la cabaña?

—No lo sé. Pero salió de allí con ropa sucia.

—¿Trajo ropa sucia de la cabaña?

—Sí. Para lavarla.

Lisa no sabía qué pensar. Miró a Ellis en busca de una respuesta.

—Yo creo que hay alguien ahí fuera, en el bosque, que me vio ocultar la escopeta —argumentó él—. Creo que vive en la cabaña y que Ángeles Expósito le limpia la ropa.

—¿Ángeles Expósito es la lavandera del asesino?

—La verdad, dicho así suena un tanto extraño. Pero no lo sé.

—Si dices que es su lavandera... ¡es su cómplice! ¡Su cómplice en la casa!

—Es una posibilidad. Tal vez por eso querría separarnos y te contó eso sobre mí. Sí, eso es, supongo que el maligno del bosque nos querrá separados y ella le ayuda con sus argucias.

A Lisa la construcción de la frase la asustó.

—Siempre he pensado que tiene pintas de bruja indígena —dijo.

—Yo creo que ella entiende lo que decimos.

—¿Crees que habla inglés?

—Sí. Esos cuadernillos están en inglés.

—¡No puede ser! Pero ¡qué mentirosa!

—Si ella es la cómplice, pudo envenenar al señor Veselin y al señor Dobrovolsky. Para eso no se necesita la fuerza de un torturador. Así, el asesino no se expondría tanto, viniendo a envenenarnos a la casa.

—¡Y luego dejó el veneno junto al cuerpo!

—Lo mismo lo hizo para que uno de nosotros lo encontrara y se viera en la tesitura en la que me vi yo.



- ¡Y así acusarte y separarnos!
- Sí. Eso es.
- Entonces ahora...
- Ahora el veneno está en sus manos, Lisa.

Aeropuerto en el Medio Oeste. Cristalera a horizonte baldío. Planicie desolada y matojos como norias que ruedan entre aviones en despegue. Emeli y Francis esperan su avión. Ella piensa en Jamie y Ryan, que se han quedado abatidos en el sofá. Hurgar en lo incómodo fatiga, y vuelve costumbre el sentirse una misma desalmada, el verse al espejo y encontrar a una cabrona sin piedad. Eso lo sabe Emeli desde hace tiempo y está cansada de sentirse así. Una puta inspectora desalmada. De vuelta al aeropuerto y en la infinita carretera estatal, Francis Thurmond ha sido un muermo de compañero, no por filosofar en exceso, sino por pensar encapsulado en su burbuja de la que solo salen monosílabos. Emeli coge el móvil y le escribe un wasap a Joan: «¿Hablamos hoy?». Después escribe a Larissa: «¡Creo que volveré pronto a casa! ¿Nos vemos?». Curioseosa su foto de perfil, que ha cambiado, cuando empieza a vibrarle el móvil en las manos. En la pantalla irrumpe el número de la Central. Empieza *Up* y su vals de violines y trompetas.

—Urquiza.

Suena la voz de Sarmiento:

—Jefa.

—¿Ya tenéis los vídeos?

—Es por otro asunto.

—¿Otro asunto? Pues dispara.

Sarmiento dispara y Emeli escucha.

—No jodas.

—Sí la jodo, jefa.

—De acuerdo. Entonces cambiamos de vuelo.

Emeli cuelga.

—Thurmond —dice.

—...

—Thurmond.

—Qué.

—Tenemos que coger otro avión. No volvemos a casa.

—¿Otro avión? ¿Por qué?

—Han encontrado el cuerpo de Lisa Flanagan.

Francis rompe su burbuja, que es como de chicle; sale de ella con los sentidos alerta, con una alarma desproporcionada y preguntando qué sucede.

—¿Dónde lo han encontrado?

—En el bosque. A unos mil pasos de la casa cúbica.

—Ahora ya son diez.

—¿Diez qué?

—Diez víctimas, Urquiza. *Diez negritos*.

*Día 11*

Desde la cubierta de la casa cúbica, a la que se accedía desde el desván por una escalera extensible y encajonada en el techo, las vistas alcanzaban lejanías que tenían algo de inmortal. El bosque era infinito y parecía una ciudad desolada que emergía de la bruma y que se extendía hasta las montañas de más allá. Las montañas siempre estaban y todo en ellas resultaba inquietante, desde su grandeza lejana hasta sus desapariciones y apariciones tras las nubes. Soplaban vientos de hielo y el rumor distante también era suyo, el rugir como de mar rocoso que venía de sus alturas donde quién sabe qué habrá y donde nadie ha estado ni estará jamás.

Ángeles Expósito veía las montañas y reflexionaba sobre todo eso mientras colgaba ropa en el tendedero. En la cubierta de la casa cúbica la humedad del suelo no llegaba y por eso la ropa se secaba bien. El sol ascendía y ya suponía un desvelo grato en la cara.

Ángeles tenía el hábito de relimpiar y refregar las cosas. Como era costumbre, no pensaba en cuándo le vino, que bien pudo ser de niña en la colonia Marruzco o ya de casada en Casas Amarillas de la colonia Sahuaritos o en la casita de la calle Fidel Santana, donde nació su hijito Junio y donde ya no había tanto pendejo drogado y la iglesia del barrio era decente, con olor a incienso y no a orines ni a excrementos. La limpieza hacía digna la tristura de la pobreza. Ahora Ángeles limpiaba bien a gustito la ropa de los Goodwin (la de Ronald también, la que tenía sangre y fragmentos de dientes). Además limpiaba la suya y la de Junio, que había traído de la cabaña en el bosque. La ropa era una forma de comunicarse con su hijo. Para que les salieran las cosas bien, tenía la figurita de un Cristo, de un san Rafael y de una Guadalupeana, que también se subía junto con la ropa a la azotea de la casa.

Todo empezó cuando se vieron a través de la valla fronteriza. Dos años antes. Ahí supo que su hijito Junio había cambiado. Él estaba en San Diego y ella en Tijuana. Si él cruzaba a México para estar con ella, no le permitirían volver a entrar y tendría que regresar a los páramos desérticos de Texas o a las riberas del Río Grande y romperse las uñas de los pies, tener ampollas terribles y riesgo de morir por el frío nocturno o por el calor diurno o por la mordedura de una serpiente cascabel. Entre ellos dos primero había una red metálica y después enormes pilares de acero. Los pilares estaban muy juntos y grafiteados con soles, cielos azules, prados de hierba y margaritas de colores. Las familias se podían rozar los sábados y los domingos de diez de la mañana a dos de la tarde mientras el Servicio de Aduanas miraba hacia otro lado. Junio había cruzado la frontera con dieciocho años. Su padre también lo hizo, pero quince años antes, cuando Junio tenía tres. Desde

entonces no sabían nada de él. Junio y Ángeles introducían el meñique porque en la verja había más acero que orificios. El dedo completo no entraba, así que se tocaban las yemas.

Junio había cambiado, era grande y fuerte y tenía un aire juvenil de idealista y algo radical.

—Te traeré a este lado, mamá.

—Primero búscate una vida, mijo. Llévame contigo cuando seas alguien.

—Me llevaré por delante a estos gringos pendejos para traerte conmigo.

—Dime, mijo. ¿Ya estudias?

—Estudio mucho, mamá. En la clase nocturna sé más que el profesor. Pronto me darán el certificado académico. Solo tengo que aprobar los exámenes, y son tremendamente fáciles.

—Siempre has sido muy listo.

—Como tú, mamá.

—¿Y qué cosas estudias?

—Estudio a pensadores, mamá. Los pensadores me hacen pensar con sus libros. Tengo ideas para cambiar este mundo de canijos.

—Te veo con ilusión, mijito. Me hace feliz verte así.

—Estoy pensando en hacer cosas interesantes, mamá.

—¿Y salgo yo en ellas?

—Claro que sí, mamá. Tú me ayudarás.

—Me alegra escuchar eso, mijo. Y dime, ¿qué cosas haces aparte de estudiar y de limpiar esa residencia para ancianos?

—Escalo, mamá.

—¿Escalas?

—Sí, mamá. Escalo montañas. Me gusta mucho la naturaleza y los lugares aislados de la civilización. Allí me siento en paz. Te llevaré conmigo a la naturaleza, mamá.

En la sala de estar sonaba el péndulo del reloj y chispeaban las ascuas de resina en la chimenea. Faltaban tres días para la vuelta del piloto. Lisa Flanagan estaba en el sofá y miraba a las escaleras, por donde debía bajar la única persona ausente en la sala de estar: Ángeles Expósito. Lisa tenía instalado en la cabeza un presentimiento extraño, y este presentimiento se incrementaba con el reloj de la pared, la tortura del reloj, el único ser parlante en la sala de estar. El reloj torturador que decía: «Tictac, tictac, tictac. Sonaré tres mil seiscientas veces por cada hora. Ochenta y seis mil cuatrocientas veces por cada día. Son tres días hasta la vuelta del piloto. Tú, Lisa Flanagan, puedes morir en un solo tictac».

Aliou Sabaly salió del trastero.

—Alguien ha vuelto a robar la comida —anunció.

Tictac, tictac.

—Nadie entró anoche durante mi guardia —dijo Ellis.

—Tampoco durante la mía —aseguró Aliou.

Lisa Flanagan no dijo nada. En su cabeza sonaba el reloj. Seis de la tarde. Zettie Goodwin estaba en el sofá y absorta en la chimenea. Tampoco dijo nada porque tenía los plomos emocionales chamuscados. Para ella daba lo mismo cualquiera de estas opciones: el ladrón podía haber sido el asesino; podían haber salido los muertos de sus tumbas hambrientos de banquete, o incluso podía haber volado la comida y salir por la ventana. Lisa ni se planteó estas opciones. La ausencia de Ángeles Expósito la volvía loca. Ella tenía ahora el veneno. Ella le limpiaba la ropa

al asesino. La cabeza de Lisa, mientras contemplaba las escaleras, tenía el voltaje de una lavadora, que centrifugaba, vibraba y le hacía sentirse con hélices en el cerebro, con la sensación inminente de un despegue de helicóptero. Debía salir de allí. No podía más. Intentó pensar en otra cosa y se acercó a las estanterías en busca de un libro. Empezó a leer algo sobre cultura indígena tlingit. Tictac, tictac.

El libro hablaba como una persona que le decía: «Pertenezco al pueblo de los tlingit chilkat. Soy un Águila del clan del Pájaro del Trueno y de la Casa que descendió del Sol. El bosque y las montañas que te rodean están repletas de seres con espíritu. Mi relación con los espíritus es especial. Los espíritus del bosque te quieren, Lisa Flanagan».

Tictac, tictac.

Lisa cerró el libro y quiso desprenderse rápido de él. Pensó en lo que había leído, que bien podía haberlo imaginado, porque a veces creía que estaba leyendo y en realidad estaba pensando; aterrizaba y se daba cuenta de que tenía un libro en la mano. ¿De verdad ponía «Lisa Flanagan» en el libro? Dejó el volumen en la balda y sintió la tentación de mirar de nuevo, pero entonces la vio bajar las escaleras.

Ángeles Expósito, con su delantal y su sonrisa mexicana, sostenía una bandejita con una jarrita con café, un azucarero y unas tacitas.

—¿Café con piquete? ¿Sí?

Lisa miró a Ellis. Ellis miró a Lisa. ¡La bruja con su veneno! ¡La bruja con su veneno! Lisa quiso ser cordial pero le salió un angustioso grito:

—¡Yo no, gracias!

Y se levantó y salió corriendo escaleras arriba.

—Yo un poco, por favor —aceptó Ellis.

Lisa se detuvo.

—¡Ellis, no!

—Tranquila, Lisa. Solo será un poco.

Ángeles sonrió; luego cogió una de las tacitas y le sirvió café de la jarrita.

—Así perfecto. Gracias —dijo Ellis.

Ángeles le señaló el azúcar. Ellis asintió y mostró dos dedos.

—Dos cucharadas, por favor.

Ángeles asintió y abrió el azucarero. Le sirvió dos cucharaditas y dio varias vueltas y las disolvió bien en el café.

—Qué bien huele —comentó Ellis.

—¡Ellis, no!

—Tranquila, Lisa —repitió—. Solo será un poco.

Lisa corrió escaleras arriba.

Anocheceía de nuevo. Los días cada vez eran más fugaces y las noches, más interminables. El invierno ártico comenzaba con su lento apagón. Lisa trajinaba en su habitación con la velocidad de un roedor miomorfo. Tenía medio cuerpo metido en el armario. Ahora estaba sola y debía darse prisa. Sacaba cosas de la bolsa y las metía en la maleta. Las cosas consistían en lo siguiente: latas en conserva de atún y sardinas, tiras de salmón envasado, panceta curada, melocotón en almíbar, frutos secos, barritas energéticas, una piel de caribú para abrigarse, cajitas de ibuprofeno, de diazepam y de complementos multivitamínicos, y dos jeringuillas de adrenalina. Dormía mejor si

las tenía consigo cerca, aunque no las usara. Aproveccionarse de cosas le daba calma. Por eso las había robado de la despensa. Se trataba de una previsión con la que se ponía encima capas de seguridad. El primer día habían sido un par de latas y de cajitas. Suficiente. El segundo día más latas y también tiras y algo de panceta. De nuevo suficiente. El tercero, el cuarto, el quinto, así había ido creciendo, en capas de seguridad. Lo sabes, Lisa, te lo han dicho mil veces. Lo suficiente en ti cada día en el día. Pero ¿qué puedes hacer tú?

Lisa tenía que darse prisa. Era la hora de marcharse. Todos se habían vuelto locos. Hasta Ellis. ¿Cómo podía tomar el café envenenado de la cómplice del asesino? Mira cómo está Zettie. Desquiciada. ¿Y Aliou? Aliou no tiene corazón, ni le viste derramar una lágrima con lo de su hija. Solo quedas tú con algo de cordura en esta casa, Lisa. Así que tienes que hacer algo, tienes que huir de aquí. Pero ¿adónde? A cualquier lugar lejos de esta casa.

Lisa trajinaba mientras la luz violeta penetraba por la ventana, iluminando a Ellis Harvey, que la observaba, de pie, detrás de ella.

—¿Te ayudo?

—¿Qué?

Lisa se volvió y a punto estuvo de vomitar el corazón. Tenía el maquillaje corrido y el pelo despeinado de una cavernícola. Solo que ahora no era por la mañana y sí al final del día. Ellis había entrado en la habitación.

—¿Te lo has bebido?

—He salido afuera y lo he tirado. ¿Te ayudo?

—No hace falta —dijo Lisa.

—Entonces espero a que termines.

Lisa estaba enfadada y aterrada y se volvió a su quehacer ya no tan secreto. No supo muy bien cómo seguir. La habían pillado. Ella era la ladrona. ¡Pero no la asesina! Terminó por guardar las cajitas de medicamentos, entre ropa y latas de conserva. Sonó a sellado tajante de cremallera. Cerró el armario, caminó y pasó ante Ellis (que olía a recién afeitado) creyendo que le reprocharía algo. Se detuvo ante la ventana.

Ellis contempló su silueta de pelos electrocutados. Tenía aires de loca porque la locura consiste en una inquietud descontrolada de la cabeza y la única forma conocida de expresarla estéticamente es con pelos así. Aunque no existan pruebas científicas ni tenga un sentido fisiológico porque la corteza cerebral es muy gruesa y la locura interior no influye en el cuero cabelludo.

—Ángeles Expósito nos quería envenenar con el café —dijo Lisa—. Estoy segura.

—Me quería envenenar a mí. Sin duda la tacita contenía esa sustancia.

Lisa contemplaba el ocaso.

—¿Por qué has aceptado el café? ¡Me has asustado!

—¿Adónde ibas?

—¡No lo sé! ¡Iba a escapar!

—Pero ¿adónde pensabas ir?

—No soy una ladrona, Ellis. Solo... no pude contenerme.

Cerca de ella, Ellis dijo:

—Tenemos que hacer algo.

La luz se iba tras los árboles.

—¿Qué nos está pasando? —preguntó Lisa.

—Tendrás que preguntárselo a Peter.

—¿Por qué a Peter?

La voz de Ellis sonó más cerca:

—Los hijos siempre saben lo que les pasó a los padres.

—¿Por qué has dicho eso? ¿Sabes acaso dónde está mi Peter?

La voz de Ellis sonó ahora muy próxima:

—Seguro que está bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer ahora con Ángeles?

Lisa sintió tras ella el aroma a loción de afeitar.

—No te preocupes, Lisa.

El aliento de Ellis estaba tibio; le entró por la oreja y le descendió por la columna vertebral. Le vibró en todo el cuerpo como una sutil y casi imperceptible electrocución. Se agitó Lisa, con escalofríos.

—Huy —exclamó bajito.

Se le erizó el vello en regiones ocultas cuyo nombre le daba vergüenza pronunciar.

—Vamos a olvidarnos —susurró Ellis.

Lisa no se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Se había vuelto y besaba la boca de Ellis. Recordó que besar era sentir el interior cerrado de un ser humano. Joder, Lisa, cómo era el sexo. El sexo era tremendo. Ahora ya no se besaban y sí se comían la boca en un atropello caníbal. Las manos hacían cosas que ellos no sabían. Caían suaves telas sobre sus pies. Ellis cogió a Lisa de los hombros y la giró como si fuera una muñeca. Ella se sintió algo dominada; le gustó lo que sintió y quedó de nuevo frente a la ventana. Estaba sin jersey y sin sujetador. Tenía los pechos al aire. El cristal de la ventana estaba cerca de sus pezones y sentía el frío de la noche.

—Si me los rozas ahora, me muerdo.

Lisa no supo cómo fue capaz de decir eso. Ellis ni le rozó los pezones ni se los tocó. Le cogió los pechos y quiso dominarlos y hacerlos suyos con la inutilidad del movimiento, un manoseo invasivo que fue como accionar un motor en Lisa. Se sintió desfallecer y le temblaron las piernas.

—¡Que me caigo!

Él la sostuvo. Lisa lo sintió. Abajo en las caderas la presión de mástil le quería romper el pantalón. Lisa se lo quitó todo con urgencia y algo de desesperación. Sintió las nalgas al aire, la piel de gallina y una sensibilidad vasta e insoportable. Sintió las maniobras, los toques de la punta viscosa rondándola por detrás. No quiso volverse y mirar. Se la imaginó como un animal dominante, como una fiera que la merodeaba, como un toro asestador. Se la imaginó dentro y adquirió conciencia de que pronto estaría ahí, que se movería, que la sacudiría hasta la médula y que ella no podría soportar el placer. Todo eso la aterró y le hizo susurrar algo que sonó a sumiso y que debió de ser:

—Métela. Métela ya, joder.

Él no esperó y la empujó fuerte contra la ventana. Ella se sintió desnuda ante la noche. Ellis se la metió dentro. A ella le dolió mucho y él no fue *in crescendo*, sino que empujó sin piedad y sin contención. El daño se intensificó y se volvió terrible. Ella debió de gritar sin decir nada y después gritó diciendo que siguiera, que siguiera más fuerte aún, porque necesitaba que le hicieran daño.



A mil pasos de la casa cúbica. El pequeño claro está perdido en el bosque y es un santuario helado. Árboles blancos detenidos como ante una frontera circular. Por alguna razón no han querido ocupar ese espacio. Tal vez sabían que alguien iba a morir ahí. No nieva y hace mucho frío; las voces de los agentes desprenden efluvios fugaces. Suenan comunicaciones de radiotransmisor, zumba en las alturas un dron mosquitero, rastrean las inmediaciones los perros beagles de la Estatal.

El cuerpo de Lisa Flanagan requiere imaginación. La cabeza y los pies están completos y la identifican. El resto es un revoltijo mordido, zarandeado, arrastrado, despiezado y desaparecido. A pesar de eso, la nieve lo conserva bien, como carne fresca en un congelador de matadero.

—Banquete de lobo blanco o de lobo *pambasileus* —dice el especialista.

—Pero lo que la atrapó primero fue eso —señala el forense.

Emeli se inclina. El pie de Lisa tiene la mordedura de un cepeo de caza con una dentadura que bien podría ser la de un tiburón. Está camuflado entre la nieve. Le ha desgarrado los tejidos del sóleo y los flexores de los dedos. Francis está en cuclillas e ilustra el despiece con detenimiento.

—Y se la comieron los lobos —añade Emeli—. Al menos nos conceden la cabeza. Me parece de buena educación.

El cuerpo en la nieve provoca en Emeli espasmos vertebrales. Como si se traspasara al cuerpo de la víctima y sintiera lo que es estar dentro de él. No sabe si la extraña sensación le viene por la visión del cuerpo de Lisa o por el bosque invernal o por ella misma y sus hormonas o por todo a la vez. Y eso que ha visto muchos cuerpos. Tantos que la pinta de la memoria se le desborda, como si su cabeza fuera una Guinness bajo el chorro del tirador en la barra de un bar. Cuerpos deformados a golpes con bates de béisbol o barras de acero. Cuerpos rajados con cuchillos de cocina, con botellas rotas y dentadas. Cuerpos encañonados en la cara con escopetas del calibre 44, cuerpos en callejones, en sótanos o en pasillos de viviendas sociales, con la jeringuilla aún en el antebrazo. Cuerpos aplastados por maquinaria pesada, cuerpos bajo los puentes, fríos y como de goma, con moluscos del canal adheridos a la piel. Cuerpos calcinados, cuerpos por partes, cuerpos con el pecho hinchado y a punto de explotar, cuerpos en camillas metálicas, desmontados por piezas por los patólogos forenses, que comentan la jugada bajo el micrófono. Cuerpos, cuerpos y cuerpos en circunstancias antinaturales. Cuerpos y más cuerpos. Tantos que Emeli ya no recuerda cuándo empezó a protegerse.

Entonces le vibra el móvil y encuentra una excusa para alejarse de Flanagan. Le da un vuelco el corazón. Es un wasap de Larissa. En la pantalla:

Emeli 9.38 Creo que volveré pronto a casa. ¿Nos vemos?

Emeli 9.50 Lo siento, al final no vuelvo a casa. Me acaban de llamar de la Central. Han encontrado otro cuerpo...

Larissa 15.07 Vaya. Qué novedad.

Emeli guarda el móvil y vuelve a los restos de Lisa. Suspira. Después pregunta:

—¿Cómo la han localizado?

—Hizo una llamada antes de morir —responde uno de los agentes.

—¿Una llamada?

—Al parecer aquí sí hay cobertura.

Las inscripciones espirituales de las cortezas de los árboles no han pasado desapercibidas. Emeli procura no verlas. Son inscripciones indígenas, de cuervos y lobos. Francis ahora las ilustra. Emeli mira su móvil y sí, el primer peldaño está iluminado.

—¿Y a quién llamó? —inquire.

—A emergencias.

—¿Llamó a emergencias y no hemos sabido nada hasta ahora?

—Lo llevaba Desapariciones de la Estatal. Cantó cuando les dimos el nombre de Lisa Flanagan. Que fue hace dos días.

—No me jodas.

—No la jodo, inspectora.

—¿No rastrearon la llamada?

—No hubo tiempo. La localizamos por la descripción del lugar que dio a la operadora.

—¿Hay grabación?

—Sí.

A Emeli le dejan un móvil. «Llamada de emergencia Lisa Flanagan.» Pulsa el *play*. Se produce una distorsión inicial y después un silencio y una respiración.

—Emergencias. Dígame.

—¿Hola? ¿Me escuchan?

—Sí, la escuchamos. ¿Cuál es su emergencia?

—¡Oh, Dios mío! ¡Me escuchan! Estoy... estoy en el bosque. He escapado de la casa. Me ha... Oh, Dios mío. Me ha atrapado un cepo. Estoy perdiendo mucha sangre.

—Cálmese, señora. Dígame, ¿cómo se llama?

—Lisa Flanagan. Estoy en el bosque, tienen que venir a buscarnos.

—¿En el bosque? ¿Qué bosque es ese, Lisa?

—No lo sé... es inmenso. La casa está en el centro. ¡Llegamos hace once días!

—¿La casa? Descríbame el lugar lo más detalladamente posible, Lisa.

—Es... es un claro. He andado una media hora. Hay inscripciones. Estoy algo mareada.

—¿Un claro? ¿Qué inscripciones son esas, Lisa?

—Oh, Dios mío. Hay alguien en el bosque.

—Lisa, cálmese. ¿Me oye? ¿Quién está en el bosque?

—Lo estoy viendo. Está entre los árboles. No puedo hablar... no puedo hablar o él me oirá.

—¿Lisa?

Quince minutos después de que Ellis la penetrara por detrás, Lisa Flanagan dormía en la cama. Boca abajo con las piernas despatarradas. Cara contra la almohada y los labios floridos. Su expresión era bella y fresca y también era la ignorancia de sí misma. Algo maravilloso.

Eso pensaba Ellis, que aún estaba despierto y la contemplaba dormir.

¿Cuánto llevabas sin follar, Ellis? ¿Catorce años? Sí, catorce años, desde lo de Susan. En realidad, la última vez ni la recuerdas. Después Susan explotó porque no te podía aguantar, así que se fue de casa y estuvo viviendo dos semanas en un motel hasta que la asesinaron. Para entonces, Ellis estaba retirado del ejército y llevaba casi dos años viviendo dentro de su burbuja, donde olía a whisky y sonaban voces de talibanes en Hindú Kush. Su trastorno postraumático tenía ya dimensiones insostenibles. A veces salía de su burbuja, compraba ramos de orquídeas e invitaba a Susan al mejor restaurante de Virginia. Después follaban sin ternura, pero follaban bien, con saña, como en el polvo de una noche con el respeto justo. El resto del tiempo discutían por cosas que era difícil distinguir al final de la discusión. Había días en los que Ellis ni siquiera podía discutir. Susan acostaba a los niños y se quedaba con ellos en la habitación, con la puerta cerrada para que no se oyeran las voces de él, que despotricaba o balbuceaba solo en la cocina. Durante mucho tiempo, Susan fantaseó con huir lejos con los niños, pero necesitaba la pensión de Ellis, que a veces intuía lo que fantaseaba su mujer y se sentía más miserable aún. Pero como era una intuición y no una certeza absoluta, jamás hizo lo que debía, que era dejarla marchar. Así que ponía parches de orquídeas y restaurantes y volvía a su burbuja hasta que llegó un momento en que dejaron de follar, porque se trataban como dos objetos, como dos larvas repugnantes frotándose entre sábanas. Al final ella no tuvo más remedio que desear una razón para denunciarlo y así obtener la custodia de los hijos y parte de la pensión. Fantaseó con el maltrato, en lo más íntimo de sí, porque desear algo semejante la hacía sentirse horrenda, hasta que tuvo el valor de hablarlo con una amiga y ella le dijo que maltrato era precisamente eso: mal-trato, y que podía hacerse sin moratones ni costillas fracturadas. Durante meses se debatió en la frontera difusa entre el maltrato psicológico y la lucha natural de la convivencia. Y cuanto más tiempo pasaba, más le costaba definir lo que tenía en casa. Así que no cambió nada, hasta que sus deseos de ser pegada le brotaron por la boca y en una terrible discusión soltó:

—Eres un puto peligro para nuestros hijos. Me los voy a llevar.

—No puedes hacer eso.

—Si no lo hago ya, les vas a joder la vida.

—Te llevaré a juicio entonces.

—Pues te denunciaré por maltrato.

A Ellis, que llevaba media botella de whisky encima, aquello le encendió.

—¿Ah, sí? ¿Maltrato yo?

Y levantó el brazo.

—¿Quieres que te pegue? ¿Quieres que te dé una excusa?

Susan empezó a llorar.

—Sí, por favor. ¡Pégame!

—¿Te pego?

—Sí. ¡Pégame ya, desgraciado!

Ellis gritó como si le fluyera lava por las venas y pegó a la lámpara como si el cono de tela fuera una máquina de dar puñetazos. La estampó contra la mesa, donde Ryan había dispuesto una batalla de muñequitos que volaron por los aires. Uno de ellos dijo: hasta el infinito, ¡y más allá! La lámpara siguió encendida hasta que Ellis la reventó con un chispazo eléctrico en los nudillos. Junto a la lámpara, Susan lloraba y se tapaba los ojos como si no quisiera ver el mundo.

Una hora después había silencio en la casa. Susan entró en la habitación de los niños, que era un bálsamo de paz y tenía una penumbra cósmica de planetas suspendidos del techo. Los besó mientras dormían. Ninguno escuchó lo que ella dijo:

—Volveré. Cuidad de vuestro padre.

Ellis estaba en el umbral, con la puerta abierta. Penetraba la luz del pasillo. Susan se dio la vuelta y al pasar junto a él ambos pensaron que volvería, que aquello era el punto de inflexión que necesitaban y que a partir de ahí mejorarían, pero Susan jamás regresó.

—Me llevo el coche.

—Como quieras.

Después todos pensaron que Ellis la había asesinado, por sus trastornos tras la guerra. No sería la primera vez que sucedía algo así. Entonces, cuando salió de comisaría tras testificar, llegó a casa y encontró las pintadas en la puerta. HIJO DE PUTA. ASESINO. VIOLADOR. TE VAMOS A MATAR. Y los padres de Susan que retenían a sus nietos. Así que Ellis se los llevó a la fuerza, con el respaldo de la ley porque era su padre. Los metió en el coche y cerró la puerta mientras le gritaban los vecinos y le lanzaban piedras; le reventaron la luna. Jamie y Ryan lloraban en el asiento de atrás. No se llevaron maletas. No se llevaron nada. Huyeron lejos y se escondieron. Iniciaron una nueva vida en un descampado para caravanas.

Catorce años después, en la penumbra de la casa cúbica donde pronto morirían todos, Ellis Harvey había vuelto a follar y por primera vez en mucho tiempo no se sentía solo. Con Ángeles Expósito ya había hecho lo que debía, poco antes. Ahora era feliz mientras contemplaba dormir a Lisa Flanagan. ¿Qué sueñas, Lisa? ¿Qué sucede en esa maravillosa cabeza?

Quedaban tres días para el retorno del piloto. Era de noche y lunas grandes iluminaban el bosque. En la sala de estar, Ángeles Expósito sonreía sentada en el sofá, mientras compartía con Lisa café sabrosito con tequila y crema chantilly. Ronald Goodwin tocaba el piano que sonaba a Chopin. Del piano salía un cable que serpenteaba por el suelo de la habitación y le entraba a Ángeles por detrás. Los dientes de Ángeles se movían cuando Ronald accionaba las teclas. O muere él o morimos nosotros, cantaba Ronald desde el piano, que vestía una armadura medieval y tras el yelmo no se le veía la cara, pero por la voz, y porque sí, se sabía que era Ronald. En el frasquito ponía: «Polvos de ricina. Extraídos de semillas machacadas. Cuidado. Extremadamente

venenoso». Ángeles lo tenía en la mano; espolvoreó una pizquita en el café y le preguntó a Lisa si quería un poco más. Ronald Goodwin cantaba: o él o nosotros o él o nosotros o él o nosotros o él o nosotros.

—¡O él o nosotros! ¡O él o nosotros! ¡O él o nosotros! ¡O él o nosotros!

Un grito en la negrura. Durante segundos solo fue eso. Después adquirió conciencia de que también era Lisa Flanagan. Se palpó la cara y confirmó que estaba despierta. Después se vio de pie y con la mano en el pomo de una puerta. ¿Entraba o salía? ¿Qué puerta es esta, Lisa? Casa. Londres. ¡No, Londres no! ¡Ronald tocando el piano! Se volvió. Había silencio en la habitación y Chopin solo sonaba en su cabeza. Ángeles no estaba ni estaba el sofá ni aquello era la sala de estar. Lisa vio la ventana. Ahí la había penetrado Ellis Harvey por detrás, pocas horas antes. En la mesilla el reloj marcaba las 6.15. Amanecería pronto. Se encendió una luz junto a la cama. Ellis Harvey la miró somnoliento.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, sí.

Lisa volvió a la cama; se sintió extraña y algo desubicada.

—¿Quién tiene guardia ahora? —preguntó.

—Creo que Ángeles.

A Lisa le golpeó dentro el corazón.

—Vale —dijo.

—¿Apago la luz?

—Apaga, sí.

Se quedó muy quieta y mirando al techo. Sentía dentro el semen de Ellis, disecado. Tenía que lavarse. No quiso moverse ni tampoco respirar. Ellis sí lo hacía y cada vez más fuerte, hasta el punto de que no debía oír nada más que su propia respiración. Lisa aún tenía la agitación del sueño e intentaba tomarle las medidas a la realidad. Podía ser un sueño o podía ser recuerdo sonámbulo. Lisa siempre tenía esa duda. Su mente era traicionera, le mentía. Esperó un poco más y cuando Ellis respiraba como un dormido, se levantó de la cama. Se puso las pantuflas y la bata y caminó sigilosa hacia la puerta de la habitación. La abrió. El pasillo estaba helado y a oscuras. Se volvió. Ellis no se movía. Cerró la puerta y atravesó el pasillo muy atenta. Las escaleras crujieron a su paso. Penetraba desde las ventanas luz azulada de estrellas. En la sala de estar solo sonaba el reloj. El resto era calma. Las formas se dibujaron en sus ojos, mientras la visión se acostumbraba y se le hacía como de gato o de búho o de águila rapaz. No había pianos pero sí dormía el cuerpo de Ángeles Expósito sobre el sofá. Sentada y con la cabeza hacia atrás. Mirando al cielo. Pies muy juntos y sobre el regazo una tacita de café. Las manos aún la sostenían. Lisa primero la observó. Después bajó los peldaños y se acercó. Ángeles descansaba muy quieta. La miró de cerca y sacudió la mano sobre sus ojos para que la alteración del aire la despertara. Después dijo: «Ángeles», y le sopló en la cara. Después le tocó la mano levemente. Después se la zarandeó. Después dijo: «Ángeles, Ángeles». Le cogió la barbilla y se la movió y dijo otra vez: «Ángeles, Ángeles», pero sin gritar, porque ya se empezaba a creer ella con cierta culpabilidad en lo sucedido. Después le pegó en la cara y dijo: «¡Ángeles! ¡Ángeles, despierta! ¡Ángeles, despierta, por favor! ¡Ángeles, mierda, joder, despierta!». Le pegó otra vez en la cara y suplicó sin gritar que no estuviera muerta, porque, de estar muerta, Lisa estaba segura de que había sido ella.

Necesitó pensar tres veces que estaba muerta para tenerlo claro. Necesitó sentirse ridícula y monstruosa de pegar a una muñeca para tenerlo claro. Necesitó tener miedo de que la oyeran decir cosas para tenerlo claro. La miró muerta sobre el sofá. En el salón sin piano había penumbra

azulada y la noche era de muertos. Quiso pensar. Piensa, Lisa. Piensa. Pero ¿cómo has podido hacer esto? ¿Cómo has perdido así el control? ¡Tus sueños! ¡Tus ausencias! ¡Tu sonambulismo! ¡Siempre pensaste que eran un peligro! ¡Lo sabías y nunca fuiste capaz de hacer nada! Nada de cambios. Nada de psicólogos, nada de doctores. Nada de puntos de inflexión. Vivir como sonámbula. Vivir por inercia. ¡Cobarde, Lisa! ¡Cobarde! ¿Y ahora qué vas a hacer? Espera. Espera, Lisa. ¿Y si has sido tú? ¿Y si has sido tú siempre? ¿Y si has asesinado tú por las noches? ¿Y si eres una sonámbula asesina? ¡Todos han muerto por la noche! ¡Joder! ¡Joder, Lisa! ¡Han muerto todos por la noche! No puede ser, no puede ser. Piensa, Lisa. Piensa. Espera un momento. Cálmate. Cálmate y ahora piensa. El veneno. Ángeles está envenenada. En el sueño estaba Ronald. ¡Pero Ronald está muerto! ¡Y además no hay piano! ¡No hay piano en la casa! ¡Es imposible, Lisa! ¡Ha tenido que ser un sueño! Espera: ¿te estás escaqueando? ¡No! ¡Pero Ronald no podía estar! El veneno. Ángeles está envenenada. Tú no sabías nada del veneno. ¿Cuándo lo supiste? Piensa, Lisa. Piensa. ¡Ellis! Ellis tenía el veneno en su habitación, eso te dijo Ángeles. Fue la primera vez que supiste del veneno. Lo recuerdas bien. Pero después Ellis te dijo otra cosa, te dijo que Ángeles lavaba la ropa del asesino de la cabaña, te dijo que era su cómplice y que ella había envenenado a Teodor y a Ulad. ¡Pero ahora Ángeles está muerta! Que no, que era un sueño, Lisa. Pero ahora ella está envenenada. En tu sueño has visto que ella se envenenaba. Tú estabas ahí. ¡Pero era un sueño y esto es real! ¿Qué tipo de brujería es esta? Joder. Joder. Joder. Vete de aquí, Lisa. Vuelve a la habitación o alguien bajará y te verá aquí, con ella muerta. ¡Vete, pero no corras! Sube las escaleras. Camina despacio, Lisa. Sé sigilosa. Ahora el pasillo. Cruza el pasillo. Entra en la habitación. Cuidado con la puerta. Que no chirrié, que no chirrié. Cierra la puerta. Cuidado, cuidado. No hagas ruido. Ellis duerme. Ellis no te oirá. Ellis. Ellis. Ellis. ¿A qué hora tenía guardia Ellis? ¿Antes que Ángeles? ¿Ellis te penetró y te vio dormirte y se fue a su guardia, que era anterior a la de Ángeles? ¿Y si...? ¿Y si Ellis...? Ángeles ahora está muerta. Ella te dijo cosas de Ellis. ¿Y lo de la escopeta que mató a Ronald? ¿No es demasiado extraño? ¿Y si Ellis...? Joder. Estás aterrada. ¿Y si Ellis te engañó? ¿Y si ahora él no está durmiendo? ¿Y si te está mirando y sabe lo que piensas? Cuidado. ¿Qué haces, Lisa? ¿Qué haces mirando la ropa doblada de Ellis? ¿Qué haces abriendo su neceser? Cuidado, Lisa. Él puede estar despierto. Lisa, puedes morir.

Amanecía cuando Lisa Flanagan salió de la casa cúbica con la maleta a rastras, que pesaba el doble que a la ida porque tenía medio trastero dentro. Las ruedas no rodaban y quedaba tras ella un surco tembloroso. Corre, Lisa. Corre. Tiraba con desesperación y entró en el bosque. Tenía que haber huido antes, cuando lo pensó por primera vez. Ellis la iba a matar. La siguiente era ella. Ahora lo sabía. Ellis la había engañado. Él había envenenado a Ángeles. ¡El frasquito!

Miró hacia atrás. ¿Te sigue? ¡No lo sé! Corre, Lisa. ¡Corre!

No pensaba con claridad. El bosque invernal era un cementerio de árboles. Raíces torturadas y blanca espectral. Lisa ahora solo avanzaba y ya no tenía la maleta. ¡La maleta! ¿Dónde está la maleta?

Lisa miró hacia atrás pero solo vio nieve. El brazo le temblaba y no lo sentía. Había perdido la maleta y todas las capas de seguridad. Él ya viene, Lisa. Ahora no puedes volver. Ahora tienes que escapar y arriesgarte a ir sin maleta. ¿Escapar adónde? Adonde sea, Lisa, pero lejos de la muerte. Lisa continuó vacilante entre los árboles. Anduvo y anduvo hasta que de pronto hubo más luz y miró al cielo, que era rojo y con explosiones de gas azafrán, como una tormenta galáctica.

Ahí arriba acontecía un gran espectáculo. Lisa bajó la vista y miró a su alrededor.

Estaba en un claro pequeño y silencioso. Los árboles eran una tribu leñosa reunida en círculo. La miraban a ella, que estaba en el centro y parecía formar parte de un ritual callado sobre la nieve.

En las cortezas de los árboles había inscripciones indígenas. Simbología tlingit. Cuervos y lobos y truenos. Los tallos no eran ancestrales y sí recientes por la blancura interior. Alguien los había tallado hacía poco. Dibujos para ti, Lisa. Este es tu destino; alguien ha tallado esto para ti, para que llegaras hasta aquí y lo vieras antes de morir.

¿Morir?

Lisa miraba a los árboles cuando dio unos pasos atrás y algo la mordió en el pie. Entonces de verdad vio las estrellas y sintió un estallido de tendones desgarrados que hubiera imaginado insoportable pero que, sin embargo, tuvo que soportar.

*Día 12*

Ellis Harvey se despertó y no encontró a Lisa en la cama. Creyó oír el baño del pasillo, así que pensó que sería ella. Disfrutó del momento, de la espera plácida entre sábanas. Catorce años después de lo de Susan, se había ilusionado con Lisa Flanagan. Para entonces Ellis llevaba dos años sin beber y se había acostumbrado de nuevo a la pesadez y a la duración normal de los momentos: no tenía lagunas, no confundía rostros ni nombres, no olvidaba cocinar para Ryan y Jamie, ni hacer la compra, ni lavar la ropa, no se torcía el tobillo al bajar de la caravana, no estampaba la ranchera contra el quitamiedos; las cosas que sentía eran reales y las tenía que sufrir, no mostraban la distancia surrealista propia de los sueños o del whisky. Para cuando llegó a la casa cúbica, se había acostumbrado a la ardua misión de sentir cosas.

Así que mientras esperaba a Lisa en la cama, fantaseó: ¿qué buscas con esto, Ellis? ¿Una segunda oportunidad? Ellis oyó una risa en su cabeza. ¿De verdad lo esperas? Pero si no te queda nada maleable, soldado, nada acoplable a otro ser humano. Recuérdalo, no has cambiado, eres el mismo de siempre. Eres una puta estación espacial a la deriva por el cosmos, sin acceso a los sueños universales, con un sistema de acoplamiento no universal.

—¡Cállate, imbécil!

Eso es, Ellis. Lucha. Rebélate. Insúltame. Forja tu propio destino.

Lisa no regresaba, así que salió al pasillo y descubrió que en el baño no había nadie. Al volver a la habitación se percató.

Su ropa era un revoltijo en el suelo. El neceser había vomitado su cepillo, su pasta de dientes, sus cuchillas y su espuma. Entonces lo vio, ahí estaba. El frasco con el veneno. Lisa lo había descubierto.

Mira lo que has hecho, Ellis. ¿Por qué no bajas y ves quién está muerto en el sofá? Ahora Lisa ya lo sabe.

Cállate.

Ellis abrió la ventana. El invierno sopló en la habitación y se colaron copos planeadores que le cosquillearon etéreos en la cara.

—Escapa por la ventana, puta voz —masculló Ellis.

Los copos trajeron un sonido muy lejano, un grito en la distancia tan imperceptible que podía ser una ilusión de su mente o un embrujo del invierno.

Escucha, Ellis. Escucha. Ese grito es tu destino.



Ellis miró al bosque. Los gritos persistían y eran de mujer.

Sangre roja sobre nieve. Sangre correosa. Sangre como líquido orgánico y aún vivo que fluía propulsada por la bomba de achique del corazón. La sangre tenía rumor de riachuelo y pronto formó una charca que reflejó el resplandor del cielo.

Lisa Flanagan gritaba por el dolor y por el terror de verse la herida. Era en su mayor parte tendinosa y muscular, pero también tenía restos de astillas, despedidas tras la mordedura del cepo, como tras el impacto de una bala de cañón en el casco de un buque. De los tendones asomaban la tibia y el peroné, partidos los dos.

Sus propios gritos también la aterrorizaban y la hacían gritar aún más. Durante unos minutos creyó marearse y perder el conocimiento. Cuando pudo volver a pensar percibió el bosque silencioso y a ella gritando en él. Y así pasó al terror de ser escuchada por todo lo que hubiera en el bosque. Dejó de gritar y empezó a sollozar bajito.

Tras su inconcebible griterío y por alguna razón infantil y de necesidad maternal, Lisa esperó una respuesta. Pero a su alrededor solo encontró contemplación. La quietud del bosque era desalmada y de una crueldad atroz. Lisa sintió una sentencia, una ley inmortal. Lo que sintió la aterró. Lisa volvió a gritar. Gritó y gritó y gritó. Tenía que salir de allí. Tenía que salir de allí. Lo único que se le ocurrió fue encender el móvil, por si la cobertura obraba un milagro.

Ellis bajó por las escaleras y no quiso mirar el cuerpo tendido en el sofá. Empezaba a oler a muerto y supo que era Ángeles Expósito.

Mira, Ellis. Mira. Es el cuerpo de Ángeles. Tú sabes mejor que nadie lo que le ha pasado. ¡Míralo, Ellis!

—¡Déjame en paz!

Eso es. Rebélate. ¡Forja tu propio destino!

Salió de la casa cúbica y corrió y levantó con las raquetas polvaredas de nieve. Los gritos se volvieron más nítidos y sobrecogedores. Los gritos eran de Lisa. Los gritos manaban amplificadas como si los árboles fueran altavoces. Ellis miró al bosque y se internó en su reino glacial.

Aliou Sabaly estaba en su habitación y extendió la alfombrilla hacia la *Qiblah*. Sobre ella depositó *El extranjero* de Albert Camus. Lo abrió y miró la fotografía encajada entre sus páginas. Ellas dos sonreían para él. Su hija Nadine y su mujer Diama. Le sonrieron cuando Aliou hizo la fotografía y lo hacían ahora, gracias a que las había fotografiado. Entonces Aliou no pensó en las sonrisas, no recordaba haberlas sentido. Simplemente el momento se le escapó, mientras se centraba en la cámara y lo capturaba. Por aquel entonces Diama tendría cuarenta y cuatro años y estaba a punto de morir. Nadine tendría dieciocho años, había superado una leucemia y estaba a punto de empezar la universidad. Aliou se descalzó y se irguió sobre la alfombrilla. Ahora recordaba su vida o lo que era lo mismo: hacía revisión de los momentos que se habían ido, que lo eran todo para él, que componían su totalidad como ser, salvo el espacio físico que ocupaba en aquel instante, dentro de la inmensidad del mundo. Un espacio tan minúsculo que podía reducirse a nada.

Eso es lo que eres, Aliou. Eso es lo que somos.

¿Recuerdas ese día? Fue el último que compartisteis los tres.

Un día especial en la familia de los Sabaly. La buhardilla estaba en el barrio de La Gare. Pequeña, coqueta y con vistas al Sena. Eso ensalzaba Nadine, dieciocho años, mientras les enseñaba su alojamiento en París, muy próximo a la universidad. A Diama le correspondió hablar de los techos abuhardillados. Sí, muy bonitos, pero hay que quitarles las telarañas, por no hablar de la calefacción en invierno, que las buhardillas son un coladero. Pero bien, hija, bien, tu habitación es luminosa y la tienes ordenada. Aliou las seguía, en un segundo plano y sin decir gran cosa. Algo conmovido por ver a su hija allí, independizada y en su vida universitaria y en la mejor facultad de Francia. Lo que para él era algo así como haberla enviado a la Luna. Diama, que aun sin verlo ya sabía, como si su esposo fuera un guion ya escrito, con sus propias instrucciones de uso, quiso dejarlo tranquilo. Sus comentarios se reducían a monosílabos aprobatorios, que intercalaba con su frase insignia, repetida en el vestíbulo, en la habitación, en el baño, en la cocina:

—Cualquier cosa, hija. Ya sabes.

Y no pareció serle suficiente. Porque antes de irse, mientras ellas revisaban los fuegos de butano, que preocupaban a Diama porque parecían demasiado viejos, lo sorprendió colándose en la habitación de su hija, con la cartera abierta y doscientos euros en la mano.

Después salieron y Nadine quiso enseñar la facultad a su padre, pero él dijo que prefería ir a los jardines de Luxemburgo. Diama no dijo nada, pero el sueño de Aliou de ir a la universidad lo iniciaba ahora Nadine. Pasearon por el Barrio Latino, por las calles que recorrían en sus primeros años de noviazgo, mientras Diama contaba la historia repetida mil veces.

—Un amor de libro, ¿verdad, cariño?

—Poneos ahí. Que os saco otra fotografía.

Ellas dos miraban a la cámara y sonreían.

—¿Ves, hija, ves? Como ahora, él callaba y yo no hacía más que hablar.

—*Al-lahu àkbar*.

Nadie en la casa lo sabía, pero Aliou llevaba once días sin dormir. Los viejos fantasmas le visitaban cada noche. Tenían forma de Brujos del Bosque. Los fantasmas eran sus viejas heridas, sus viejos temores. Los fantasmas le decían cosas, los fantasmas le decían lo que una vez fue. Los fantasmas le hablaban de las cosas terribles que había hecho en su vida. Solo Diama y Nadine eran capaces de controlarlos. Pero ahora ya no estaban y los fantasmas habían vuelto.

Aliou rezaba en la habitación, junto a la fotografía.

—*Al-lahu àkbar*.

¿Escuchas eso, Aliou?

Otra vez la voz. Otra vez los fantasmas.

Abre la ventana, Aliou. El Bosque te dice algo.

Aliou Sabaly salió de la casa cúbica y atravesó el claro. El bosque entero gritaba. Eran miles de chillidos, desde miles de árboles y miles de recovecos, como un festín insoportable de cigarras que envolvían la casa, que la envolvían, que la envolvían y que la envolvían hasta sepultarla bajo una especie de locura. Aliou Sabaly se internó en el bosque.

Zettie Goodwin cruzó descalza la puerta de la casa. El bosque gritaba. No estaba maquillada y la humedad de los copos le calmó la erección electrocutada del pelo. Tenía la piel y los labios agrietados de llorar. Ni miró al bosque ni miró al cielo. Ella solo sonrió estremecida al ver la nieve blanca. Juntó los pies desnudos frente al bordillo del porche y movió los dedos como muñequitos vivos. Esperó como quien espera a introducirse en el mar. Después dio un paso y al pisar la nieve los nervios le vibraron por el cuerpo como cables de electricidad.

—Huy —dijo.

Se le volvió a erizar el pelo y dio unos pasitos más.

—Huy —repitió.

Y se rio. Piel hipersensible y escalofríos hasta la nuca. Exploración divertida. Le apetecía jugar con la nieve. Si Ronald estuviera vivo, también jugaría con ella. Seguro. Él era una vaca que iba en dirección contraria. Él paraba y rompía con el movimiento del rebaño. Zettie miró al cielo y cerró los ojos. En su frente, en su nariz y en sus párpados se posaban imperceptibles copos de nieve. De pequeña idolatraba a Nadia Comăneci. La imitaba en el jardín de casa, imaginándose como una plumilla al viento, un fluir armónico con el aire. Era sencillo, cerraba los ojos y se dejaba llevar. Danzaba hasta sentir que ella también era aire, aire que respira y piensa. Practicaba ejercicios de suelo, porque las asimétricas, que es donde Nadia logró el primer diez de la historia de la gimnasia, estaban prohibidas en casa por razones de logística e integridad personal, que por supuesto entonces le eran ajenas. Cuando sus padres la apuntaron al gimnasio femenino de Clinton Hill, descubrió a otras niñas que también idolatraban a Nadia Comăneci, que también se imaginaban como plumillas al viento, y a una entrenadora que les prohibía los dulces y los descansos, y que advirtió a los padres de Zettie de que su hija no era apta para la gimnasia porque tenía las piernas arqueadas. Una cuestión de estética, debió de decir. Cuando sus padres la sacaron del gimnasio, más por indignación que por pragmatismo, Zettie había aprendido a bailar mirándose al espejo, que en la sala de Clinton Hill ocupaba la pared entera. Había aprendido a mirarse las piernas, piernas que en otras niñas eran rectas, piernas que la entrenadora no se cansaba de señalar. Imitar a Nadia Comăneci ya no era sencillo, ya no era cerrar los ojos y dejarse llevar.

Zettie tenía los ojos cerrados y sonrió. La nieve de sus labios le entró en la boca. Masticó y saboreó algo metálico. El bosque la miraba a ella. El bosque era un gran espejo de gimnasio que rodeaba la casa y la reflejaba. Con sus piernas arqueadas Zettie se miró al espejo y se convirtió en Nadia Comăneci. Comenzó a bailar, mientras el bosque gritaba.

## SEXTA PARTE

Fragmento de la entrevista al autor de  
*Los solitarios:*

- En su historia hay un gran misterio que reúne a los personajes en la casa.
- Los personajes lo llaman destino.
- ¿Son los personajes piezas y la casa un tablero y el destino una mano invisible?

—¿Qué cojones os pasó?

En la oficina del DIC, recién llegada del aeropuerto, Emeli revisa las fotografías del cuerpo despiezado de Lisa Flanagan. Como habla para sí misma, vuelve a preguntarle a Lisa, repetitiva, en bucle:

—¿Qué cojones os pasó, Lisa Flanagan?

En su mesa, Francis Thurmond observa un despliegue impecable de fotografías y hojas de informes. Tiene puestos los cascos grandes y de ellos mana el *Bolero* de Ravel ya avanzado, en su éxtasis marchante y musical. Cuatro veces por semana, Emeli lo escucha.

—¡Vivir es fácil con los ojos cerrados! —grita Francis.

Emeli lo mira. El *Bolero* de Ravel no tiene letra.

—¡Hoy Alemania ha declarado la guerra a Rusia! ¡Por la tarde fui a nadar!

En la oficina del DIC hay agentes que también lo miran y piensan que podrían meterle otra merluza en el bolsillo de la gabardina. El fragor en sus oídos tiene que ser ensordecedor. Se termina el *Bolero* y se escuchan ovaciones de concierto. Francis se quita los cascos y adecúa su voz a decibelios normales.

—Ya lo dijo Kafka en 1914, y también Lennon antes de morir.

—¿En serio ha empezado otra guerra mundial? —pregunta Emeli.

—¿Otra guerra mundial? ¿Cuándo?, ¿hoy?

—No lo sé, Thurmond. ¿Qué dijo Kafka?

—Lo de la declaración de guerra a Rusia. Lo escribió en su diario hace ciento cuatro años. Lo de vivir con los ojos cerrados es de John Lennon.

—Vale, Thurmond. ¿Y eso a qué viene ahora?

—Ha salido a la luz el título de la novela de August Alvey. Lo acabo de ver en internet.

Francis gira la pantalla de su ordenador. Emeli lee el título: *A ciegas en la casa*.

—¿Y eso qué tiene que ver con Kafka y John Lennon?

—Mucho, Urquiza. El título lo dice todo: *A ciegas en la casa*. De ahí lo de Lennon y, en cierto modo, lo de Kafka.

—¿Kafka era ciego?

—No. Kafka fue a nadar después de que empezara la guerra.

—Entonces ¿fue con los ojos cerrados?

—En sentido metafórico, sí. Ir a nadar en pleno estallido bélico es como cerrar los ojos al mundo, que es lo que dijo Lennon. Aunque dada la inconmensurable genialidad de Kafka, más que

indiferencia o ignorancia sospecho que era más bien hastío irónico de escritor. Lo mismo ni acudió a la piscina.

—¿Y qué tiene que ver Alvey con Kafka y su afición a nadar?

—Tengo una teoría, Urquiza.

Emeli tiembla.

—¿De verdad?

—Sí. Alvey quiere escribir una novela sobre los crímenes de la casa.

Francis le señala el ordenador.

—Lee, Urquiza.

Emeli mira la pantalla. Lee en diagonal: «Diez invitados a una casa extraña en uno de los lugares más inhóspitos del mundo [...] rodeados de naturaleza [...] Individuos con diferentes orígenes, culturas, religiones, personalidades, formas de pensar y entender el mundo [...] ¿Qué sucederá si conviven juntos en una situación extrema? [...] La casa como alegoría del mundo [...] supervivencia en el siglo XXI [...]».

—Joder. Es...

—Sí, Urquiza. Alvey está escribiendo una novela sobre lo que sucedió en esa casa.

—¿Y cómo va a hacerlo si no sabe lo que sucedió?

—Porque él tiene en su poder la pieza que nos falta, Urquiza. La incongruencia del falso proyecto en Tanzania.

Emeli asiente, de pie ante la pantalla.

—August no creyó la mentira de su hijo. Pero le dejó hacer. Lo financió.

—Así es. August conocía el verdadero proyecto de la comuna. Y quiso utilizarlo para sus propósitos.

Emeli clava la mirada en su compañero.

—¿Para sus propósitos? ¿Para montar una carnicería?

—Para hacer un experimento, Urquiza. Para convertir la casa en un laboratorio de lo que acontece en el mundo. Una alegoría, al estilo Kafka y Lennon.

—Thurmond.

—Sí, Urquiza.

—Creo que no te entiendo.

—Los diez negritos van muriendo, Urquiza. Uno a uno y con paciencia.

—Entonces, además de Lennon y Kafka, los crímenes también son al estilo Christie.

—Sí, también. Los crímenes son un experimento psicológico y social para escribir una novela.

—¿Y por qué son Kafka y Lennon?

—¿Por qué va a ser?

—No lo sé, Thurmond. Tú me dirás.

—¡Por los diez negritos, Urquiza! Muere el primero y los otros nueve ven cómo muere. Muere el segundo y los otros ocho ven cómo muere. Muere el tercero y los otros siete ven cómo muere. Muere el cuarto y...

—Vale. Van muriendo y... ¿qué hacen por evitarlo?

—Como mueren todos, no hacen nada. Solo esperan la vuelta del piloto. Todos están ciegos en la casa, y mientras tanto hay alguien que los va matando. De ahí el título de su nueva novela: *A ciegas en la casa*. De ahí Kafka, Lennon y también Christie. Un experimento para estudiar la reacción humana, el egocentrismo superviviente, el sálvese quien pueda. Eso es lo que sucede cada día en Occidente en relación con el resto del mundo. A ciegas en la casa podría ser a ciegas

en el mundo. Alvey lleva años criticándolo. Es pura filosofía Alvey.

Emeli intenta atisbar cierto resquicio comprensible en el código intra-Thurmond.

—Ya —dice—. «A ciegas» por Kafka y Lennon y «en la casa» por la casa cúbica. *A ciegas en la casa*.

—Así es, Urquiza. Te veo en la onda.

—No del todo, Thurmond.

—Alvey se va a inspirar para su novela en los crímenes de la casa cúbica. Los ha forzado. La casa es su laboratorio.

—Así pues, ¿la novela es una declaración de culpabilidad? —plantea Emeli.

—Algo así, Urquiza. Una confesión oculta en un texto de ficción.

—Pero si él es el asesino, ¿para qué exponerse tanto con una novela en la que relata cómo lo hizo?

—Porque solo así es esencia Alvey, Urquiza. Solo así su obra traspasa el umbral y se convierte en grandiosa. Es una perfecta burla al mundo. Culmina lo que August Alvey lleva años haciendo.

Emeli esboza una sonrisa, irónica y desesperada.

—Entonces ¿es una especie de juego? ¿Quiere reírse de nosotros?

—Quiere reírse de todos. Y no es un juego. Es una obra de arte.

Emeli se sienta en la mesa. Recapacita. La teoría es demasiado estrambótica, pero posee cierto sentido.

—Alvey tiene coartada, Thurmond.

—Pero Alvey no se mancha las manos. Ni los pies. Alvey va descalzo.

—Así que necesita a un asesino.

—Una mano ejecutora para completar su experimento, sí.

Francis se levanta, coge su sombrero, su gabardina y su paraguas. Acto seguido pregunta:

—¿Vamos?

—¿Vamos? ¿Adónde vamos?

Francis huele los bolsillos de la gabardina, antes de ponérsela.

Emeli y Francis esperan en el rellano del piso universitario de Peter Flanagan. Chorrea el paraguas. Hay un ventanuco abierto y de la calle llega la tiranía sonora de una tormenta. Pulsan el timbre.

—Oye, Thurmond.

—Dime.

—El asesino envió las invitaciones con las fotografías que estaban en la casa. Si se enviaron por correo ordinario y a diferentes partes del mundo, tuvieron que salir al menos quince días antes de que las víctimas llegaran a la casa. Y si las víctimas llegaron siete días después de que la comuna abandonara la casa...

—El artífice de los envíos fue un miembro de la comuna que lo hizo mientras los miembros aún estaban en la casa. Pero tuvo que ser alguien capaz de coger las fotografías y de ausentarse para ir a la ciudad y enviarlas sin que los demás repararan en ello.

—Aún no entiendo qué hacemos aquí, Thurmond.

—Las becas Alvey a la implicación, Urquiza. Otorgan una por año.

—¿Por eso estamos aquí?

—Las reciben jóvenes altruistas que colaboran con la Fundación Alvey. Por eso estamos aquí,

sí.

Se abre la puerta y la vaharada es de aire a cerrado y de hojas trituradas de marihuana. El universitario que les abre se ha comido las hojas o se las ha fumado.

—¿Podemos ver a Peter?

—Claro.

El universitario deja la puerta abierta y se aleja hacia su dormitorio. Emeli y Francis cruzan el lóbrego pasillo y pican con los nudillos en la puerta de Peter, que está cerrada. Esperan y nadie abre. Vuelven a picar y al final abren ellos. La habitación es una laguna densa y negra como lo debe de ser un interior humano. Ellos ahora son el equipo de cirugía. Algo se mueve y dice:

—Pero ¿qué cojones?

Francis atraviesa la habitación y se da un golpe en la espinilla con la esquina de lo que debe de ser el somier. En la oscuridad absoluta, Emeli le oye decir «¡ah!», antes de que se alcen las persianas y entre la luz triste de la lluvia. Peter está en pijama y metido en la cama. Francis se rasca la espinilla. Luego se quita el sombrero y con él entre las manos dice:

—Sentimos lo de su madre, Peter. Entiendo que, siendo las 18.17 de la tarde, busca dormirse para mitigar el terrible dolor de la noticia.

—Bueno, ahora me siento como si estuviera ante mi madre y mi padre después de una noche de fiesta.

—No era nuestra intención simular una escena familiar.

—Váyase a la mierda —espeta Peter.

Francis extrae del bolsillo una bolsita con guantes de látex, abre un par, sopla dentro y se lo pone con plastazo sonoro que intimida algo a Peter. Después ofrece otro par a Emeli y contempla la habitación en silencio, un escaneo lento como de un foco desde una torreta carcelaria. Por comunión profesional, Emeli también escanea, aunque no percibe nada especial ni sabe el motivo de la inspección.

—Veo que ha limpiado la habitación, Flanagan —dice Francis.

—¿Ha venido aquí para comprobar si mi habitación está limpia? De verdad que me recuerdan a mis padres.

—A su padre y a su madrastra. Nos constan los problemas de Lisa Flanagan con la compra compulsiva y la acumulación de cosas.

—Estoy flipando con usted, inspector.

—A mí también me gusta la limpieza, Flanagan. Veo que además ha barrido el suelo. Como la última vez.

Francis se aproxima al mosaico de fotos pegoteado en la pared. Lo mira muy de cerca.

—Vaya. Ha añadido una nueva fotografía. Con su permiso, Flanagan.

Francis la despega. Se resisten en la pared los tentáculos azules del *blu-tack*. Cae un fragmento de ellos al suelo. Emeli se aproxima a su vez y observa la fotografía: es un selfi del grupo de la comuna ártica, posando todos juntos en la proa de un ferry. Ethan es el fotógrafo; aparece en primer plano y su brazo está extendido para accionar la cámara y salir él también.

—¿Es el ferry en el que embarcaron al dejar la casa?

—Sí. Después de la marcha a pie y el trineo hasta la costa. El ferry nos llevó hasta Vancouver.

Peter responde ahora obediente y con cierta intimidación. Ha tragado saliva y con ella se ha extinguido su sarcasmo indignado y también justificado.

—Veo que están todos salvo Junio Expósito —observa Francis.

—Estaría en el servicio haciendo de vientre o vomitando —interviene Emeli, que ya capta el



juego de Thurmond—. O lo mismo se bañaba en el océano Ártico.

—Algo así —murmura Peter.

—Joven Flanagan, ¿sabe usted que Junio Expósito obtuvo la beca Alvey a la implicación? Se otorga una beca al año y el comité seleccionador lo preside el propio August Alvey.

—Pues no. No lo sabía.

—¿Sabe usted que Junio Expósito fue arrestado por exaltación indebida?

—Sí. Eso lo había oído.

—En su ranking de popularidad en la comuna, situó a Junio Expósito en último lugar. ¿No es así?

—Yo no he hecho ningún ranking.

—¿Era impopular Junio Expósito?

—Yo no diría eso. ¿Por qué insiste en la mierda del ranking?

—¿Cómo era Junio Expósito en la casa?

—Era un tío tranquilo. Que iba a su rollo. Nunca hablé demasiado con él.

—¿Tiene todo esto alguna relación con su no presencia en la fotografía del ferry?

—Podría ser. Quién sabe, en realidad.

—Joven Flanagan, ¿viajó Junio Expósito en el ferry a Vancouver?

—No viajó, inspector.

—¿Abandonó Junio Expósito la casa cúbica el día en que lo hizo el grupo?

—No la abandonó, inspector.

—¿Se quedó entonces Junio Expósito en la casa cúbica?

—No, inspector. Se quedó en la cabaña que hay en el bosque.

La comunidad creada por Ethan Alvey era un secreto, un descubrimiento que el mundo aún desconocía. La sensación de que construían algo alternativo y novedoso a espaldas de la humanidad era insuperable. Lo que pensaban hacer allí marcaría a su generación. El verano estiraba los días y daba vida a las cosas. Alrededor de la casa palpitaba el bosque. Palpitaban los líquenes y las turberas. Palpitaban los ríos y los lagos y zumbaban los mosquitos. Todo allí era maravilloso, todo era luz y trabajo. La supervivencia en la casa era un asunto serio que dependía de los detalles y la más rígida disciplina. Las tareas venían ya planificadas por Ethan. Pronto plantaron el huerto y cercaron el corral con gallinas; zurcieron ropas y las lavaron en el río; recogieron bayas y confeccionaron jabones y mermeladas; curaron huevas para convertirlas en anzuelos; sembraron el bosque de cepos y cazaron un alce; pescaron salmones de los ríos caudalosos, los descamaron, los cortaron en tiras, los ahumaron y los envasaron a presión. Había muchísimo trabajo allí. Muchísima ilusión. Iniciaban un pequeño mundo. Una nueva forma de vida.

Junio Expósito no tardó en irse a vivir a la cabaña. Nadie le preguntó. Era el más excéntrico de los miembros y todos percibieron que había algo en la casa que no soportaba.

«Me siento en una nave espacial», dijo una vez.

«Me siento en un hotel», dijo otra vez.

«Me siento en un fuerte con vaqueros.»

«Prefiero vivir en el bosque, con los indios.»

Ethan Alvey lo visitaba en la cabaña cada cuatro o cinco días. Desconocía con detalle sus quehaceres el resto del tiempo. Junio merodeaba por el bosque, marcaba los árboles y tallaba simbologías de las tribus indígenas. Componía un mapa, un medio para guiarse por aquel laberinto frondoso. En él escribía cosas como «cabaña» o «autobús con radio». A veces Ethan lo ayudaba y colocaban cepos de caza entre la maleza, en los posibles senderos para animales. La supervivencia dependía de los detalles. Cuando llegaron al claro, Junio desplegó el enorme cepo y dijo:

—Este es un buen lugar.

Era el quincuagésimo día de estancia en la comunidad. Aún quedaban cincuenta y cinco días para enterrar a Nadine e irse de allí.

La lluvia adelanta la noche y cae lóbrega y majestuosa sobre las calles de la ciudad. Ante ellos, un bloque enorme de apartamentos con escaleras exteriores contra incendios. Bajo la lluvia y con las ventanitas encendidas, el edificio evoca a un transatlántico varado cien años en la tormenta.

—Vamos —dice Emeli.

Tras ella y Francis avanzan dos unidades de arresto. Entran en el portal y suben por las escaleras, que tienen grafitis en las paredes y parpadeantes luces fantasmagóricas. Se oyen pitidos y cortes de radiotransmisor.

—Equipo Alfa. Equipo Beta. Estamos dentro.

El avance es sigiloso. Conforman una masa compacta de sombras mortíferas pero también de seguridad. Emeli desenfunda la Glock, que por suerte no ha olvidado en la oficina. Bajo su gabardina y su sombrero, Francis sube con los primeros agentes sin sofocos ni sudores. Está en forma y él sí se ha olvidado la Glock, pero nadie dice nada y sigue en cabeza. En el séptimo piso el pasillo es largo y podría albergar una carrera de cien metros lisos. El apartamento 171 está a nombre de Junio Expósito.

Toman posiciones. Ocho cañones G-36 apuntan hacia la puerta. Emeli da el OK y alguien se aproxima y pulsa el timbre. Esperan un poco. Pulsa el timbre otra vez.

—¿Junio Expósito? ¿Junio Expósito? Abra la puerta, Junio Expósito. Policía federal.

Se abren puertas en el pasillo pero ninguna es la de Junio. Uno de los agentes deja de apuntar con su G-36 y espanta las miradas curiosas.

Emeli se sienta junto a Francis, que está en el suelo del pasillo, bajo un fluorescente epiléptico. Gotea el techo.

—Ya he pedido una orden —dice Emeli—. Toca esperar.

Como causante del despliegue policial, Francis Thurmond se siente algo intimidado. Ahora le asaltan las dudas.

—¿Nos dejará el juez registrar el apartamento de Junio Expósito?

—Primero tendrá que tragarse lo de Kafka y lo de Lennon y también lo de Agatha Christie.

—No sé si lo convenceremos.

—El juez está verificando nuestra petición. Toca esperar, Thurmond —repite.

—Sí, es verdad. Está verificándola.

—Oye, Thurmond, ¿cómo sabías lo de la fotografía?

—Porque Peter Flanagan es limpio. Barre el suelo de su habitación.

—Ya. Porque es limpio.

—Sí, por el *blu-tack*, Urquiza. En nuestra primera visita a su habitación el suelo estaba limpio. Le pregunté a Peter cuándo había barrido y me dijo que el día anterior. Pero en el suelo había un trozo de *blu-tack*. Así que había caído poco antes. Y si te fijabas bien y con el reflejo de la luz, en la pintura de la pared había cuatro diminutas pérdidas de brillo, lo que indicaba la presencia de cuatro fragmentos de *blu-tack* poco antes de nuestra visita. Uno de ellos era el que estaba en el suelo. En esa primera visita nosotros habíamos llamado a Peter, le avisamos.

—Así que tuvo tiempo para quitar la fotografía.

—Así es, Urquiza. Y después la volvió a poner. Pero en nuestra segunda visita no le avisamos. Le pillamos por sorpresa. La fotografía estaba ahí, en el mismo sitio donde debía de estar la vez anterior. Esa fotografía era ocultación, Urquiza. Era secreto. Tenía algo para decirnos. La ausencia en el ferry de Junio Expósito.

—Pero sabías que sería él. Las becas Alvey a la implicación. Me lo has comentado antes de entrar. Sabías que Junio es la mano ejecutora de Alvey.

—Ha sido puro instinto. Si te soy sincero, me he sentido exultante al ver la fotografía. Tenía grandes dudas.

—Ah, sí, el instinto.

—Así es, Urquiza. Es un gran misterio el del instinto. Puede ser estúpido y puede ser genial. Diría que el instinto jamás será mediocre.

Emeli asiente. Desde hace días quiere decirle algo a Francis, pero no sabe cómo hacerlo.

—Lo siento, Thurmond. Llevo unas semanas un poco despistada.

Thurmond no dice nada, así que Emeli añade:

—Larissa y yo...

—Lo sé, Urquiza. Lo sé.

Emeli no sabe hasta qué punto Francis lo sabe. Tal vez incluso más que ella.

—Al parecer, acertaste —dice Emeli.

—Me gustaría creer que sí.

Thurmond responde eso mientras se rasca la espinilla, por el golpe que se dio en la habitación de Peter Flanagan o porque está nervioso o por ambas cosas a la vez.

—Te lo mereces, Thurmond.

—Gracias.

Suena *Up* en el móvil de Emeli. Sarmiento.

—Urquiza.

—¡Tenemos la autorización del juez! ¡Dadle duro a la puerta de ese mamón!

Emeli se levanta y da orden a la unidad para tirar la puerta abajo. Francis se sacude la gabardina y por vez primera Emeli lo ve aflojarse el nudo de la corbata.

La hoja no es blindada y bajo el ariete cede como el cartón. Un golpe, dos, tres. La rematan con patadas. Ceden astillas. Manan nubecillas de serrín y desaparecen los agentes en la oscuridad del apartamento. La irrupción es frenética y también sedosa. Se escuchan cosas.

—Despejado. Despejado. Despejado.

—Cuidado. ¡Cuidado!

—Negativo. ¡No es nada! ¡Despejado!

Alguien levanta una persiana y entonces entran Emeli y Francis, que son la mente del equipo y van en retaguardia.

La vivienda es diminuta y tiene una sala y un baño. En la sala hay una cama y cocina de caravana. Francis comenta algo de que la vivienda es el santuario de la estética Adolf Loos, que escribió un ensayo sobre arquitectura y decoración con el título *Ornamento y delito*. El siguiente paso sería vivir en una caverna, perdida en la montaña. Solo tres elementos advierten de la presencia de vida humana en la vivienda.

Una cruz sobre la cama, que se aproxima a la escala real para acoger a un hombre en ella.

Una estantería atestada de libros.

Y un corcho con imágenes de montañas y de bosques, además de recortes de revista con frases del tipo: «Los rincones de la Tierra que aún no se han pisado». «Parajes aún vírgenes.» «Las montañas que aún no tienen nombre. Donde la civilización jamás llegará.» «Henry David Thoreau: “Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente [...] Para no darme cuenta, en el momento de morir, de que no había vivido”.»

Emeli llama a la Central para que envíen a los peritos de la Científica. Después cuelga y advierte:

—Cuidado con tocar cosas.

—Expósito tiene a su nombre una ranchera Ford del 54. No está en el garaje —dice un agente.

Francis está de pie y enfrascado en la lectura. En las manos tiene una libreta con anotaciones. En las estanterías hay decenas con las hojas amarillentas y manoseadas. Emeli coge una; observa una letra minúscula y compacta que no deja márgenes ni tiene puntos y aparte y que llena cada centímetro blanco del papel. Emeli pasa páginas y lee reflexiones enredadas y sinuosas como montañas rusas que para ella son mareantes y para Francis una atracción de Disneyland.

—Urquiza.

—Sí.

—Mira esto.

Emeli se acerca y examina la libreta. La letra es asfixiante y sin oxígeno. Thurmond pasa las páginas y aparecen dibujos de caracolas que se enredan y tienen el mismo principio y el mismo final. Son caracolas que se comen la cola.

—Como en la cabaña del bosque —comenta Emeli.

—William Golding —dice Thurmond.

—¿Qué?

—Ahora también tenemos a Golding.

—¿Además de todos los anteriores?

—Creo que sí.

—¿Es una broma?

—Aparecen las mismas frases que en la cabaña.

Thurmond señala entre los dibujos y lee:

La caracola que se come la cola.

La roca dio de pleno sobre el cuerpo de Piggy, desde el mentón hasta las rodillas. La caracola estalló en un millar de blancos fragmentos. Y dejó de existir.

Ellis Harvey avanzaba por el bosque y su brújula eran los gritos. Gritos, gritos y más gritos. Una fuente inagotable de gritos. Reverberaban y formaban a su alrededor un juego de ecos y de espejos. Los árboles espectrales se reían de él. Pronto el bosque se volvió muy denso. Conífera hundida bajo infinidad de nieve. Un laberinto de algodón helado y angustia blanca. Los gritos seguían y eran interminables. Los gritos estaban muy cerca y Ellis creyó distinguir de dónde procedían. Los gritos en realidad eran cosas que Lisa decía. Ellis escuchó:

—¡Yo no la envenené! ¡Yo no la envenené!

Ellis se sentía cerca. Sorteaba árboles y avanzaba con sigilo. El laberinto blanco se cerraba sobre él. Rozaba follajes lanosos y colgantes. Caían tras él polvos de nieve. De pronto los gritos cesaron. Ellis escuchó. Ellis se detuvo. Ellis dijo:

—¿Lisa?

Aliou Sabaly también avanzaba por el Bosque. Las ramas le acariciaban la piel, eran las entrañas de algo monstruoso y vivo. El Bosque en invierno constituía un Desierto blanco y frío que no tenía nada para él salvo la muerte. En el silencio del Bosque los empezó a escuchar. Los susurros de los Brujos. Los fantasmas que le hablaban de su pasado, que estaban allí para recordarle las cosas horribles que había hecho.

El destino te ha traído aquí, Aliou Sabaly. ¿O no recuerdas lo que viste en la tumba de tu hija? Eran las mismas estatuillas que había en la tumba de tus antepasados, en el Bosque Sagrado, el día que mataron a tu padre. Estatuillas que colgaban, en lugar de estar clavadas en la tierra. Estatuillas que estaban en un Bosque que era frío, en lugar de tórrido. Estatuillas que estaban junto a un cuenco vacío, en lugar de lleno. Estatuillas que colgaban de la tumba de tu hija, en lugar de la tumba de tus antepasados.

Pero ¿qué tipo de embrujo es este?

Entonces Aliou la percibió. La cabaña asomaba entre coníferas, hundida en la nieve, que era como una nube esponjosa y congelada que se podía pisar.

¿Qué te oculta la cabaña, Aliou Sabaly? ¿Y si hay alguien esperándote allí?

Regla básica ante un caso X: nada de mencionar calibres, ni causas de muerte, ni localización exacta de heridas, ni teorías disparatadas, a medios y a sospechosos durante el proceso de investigación. Solo verborrea generalista e insulsa, palabrería vacía de manual, al estilo congresista, al estilo jugador de la NBA: solo quiero lo mejor para mi equipo, mis cuarenta puntos y quince rebotes son algo secundario en lo que no pienso. Los datos del crimen siempre bajo siete llaves, fuera del dominio público, porque si surge un sospechoso y una confesión, solo el culpable declarará los detalles clave, los que nadie habrá visto, salvo inspectores, peritos y patólogos. El secretismo da credibilidad a la confesión. Y la confesión no solo es pilar, la confesión es un polvo en el que mojan los dos, y a la vez. La confesión es cierre perfecto.

Tras cuatro horas de interrogatorio, August Alvey hace balance de la teoría expuesta por Francis:

—Un experimento psicológico y social para escribir una novela. La casa como laboratorio. Kafka y Lennon porque los fui matando uno a uno mientras ellos cerraban los ojos y esperaban que alguien fuera a rescatarlos. Agatha Christie porque son diez las víctimas dentro de la casa. Por eso mi nueva novela tendrá el título de *A ciegas en la casa*. Creo que ahora lo entiendo. ¿Es más o menos algo así?

—Sí —confirma Francis.

Alvey no ha mostrado objeción alguna para su traslado a la sala de interrogatorio del DIC. La contienda es antológica. Mil clases de ofensivas. Francis ha preguntado, ha insinuado, ha omitido datos, ha atraído a Alvey por senderos retorcidos y minados. La clase es magistral en argucias de interrogador. Desde hace rato Emeli tiene flojera debido al hambre y la vejiga al borde del estallido, lo que obstruye el hambre pero no su flojera.

—También está Golding —dice Francis—. Se ha dejado a William Golding.

—Es verdad. Golding y las caracolas. Aunque eso aún no lo entiendo del todo.

—Nosotros estamos en ello.

August Alvey sonríe.

—Inspectores, lo admito, fabulo con lo que debió de suceder en la casa. Me inspiró tanto, que decidí escribir una novela y titularla así.

—Entonces ¿al fin lo asume todo?

—No, no lo asumo.

Emeli suspira. Desde hace rato ha perdido la compostura y tiene la actitud de un adolescente a última hora de clase. Alvey es el maestro y posee la perseverancia de la sangre azul.

—Insisto, inspectores: no realicé ningún experimento. Ni siquiera sabía de la existencia de esa casa hasta que la encontraron con nueve personas muertas. Y sí, he leído a Kafka y he escuchado a los Beatles. Pero jamás he establecido relaciones entre Kafka y Lennon.

—¿Ni con Agatha Christie?

—Ni con Christie ni tampoco con Golding.

—¿Y qué me dice de *Diez negritos*?

—Que es la historia más fantástica de Agatha Christie.

—¿La conoce bien?

—En cierto modo, sí.

—¿Hasta qué punto la conoce bien, señor Alvey?

—Hasta el punto de subrayarla y hacer anotaciones, pero no de simularla en la realidad. Agatha Christie fue la gran maestra, ella desarrolló como nadie los mecanismos de la novela policíaca: un asesino que planifica un asesinato y lo ejecuta y un investigador que esclarece la planificación y así descubre al asesino. Eso es lo que les falta a ustedes, imagino.

—¿Juega con nosotros, señor Alvey?

Sonríe el filántropo.

—Dígame primero a qué estamos jugando, inspectora.

Francis está en camisa y en tirantes, con el cuello y los puños abrochados y con la firmeza de una espalda con corsé. Los síntomas de agotamiento que muestra el interrogatorio no los muestra él.

—Hace poco leí una entrevista suya. El titular decía: «Deberíamos vivir sin mirar hacia otro lado». Y ya sabe que Lennon dijo...

—«Vivir es fácil con los ojos cerrados.» Y Kafka se fue a la piscina en 1914. Lo sé —se adelanta Alvey.

—Dijo usted lo mismo que Lennon.

—Sí, coincidí en juicio con Lennon. Los juicios son finitos, inspector.

—Qué calamidad.

—Desesperanzador, sí.

Emeli bombardea desde su flanco con otro tema:

—Señor Alvey, ¿tiene ricino en el jardín de su casa?

—¿Ricino? Me parece que no.

—¿Lo conoce?

—He oído hablar de él. Es un arbusto, ¿no?

—¿Cómo sabe que es un arbusto?

—No lo sé, ¿es tan raro saberlo?

—¿Nos autoriza para que examinemos su jardín?

—Por supuesto. No tengo nada que ocultar en mi jardín, y menos algo venenoso.

—¿Cómo sabe que es venenoso? Yo no he dicho que fuera venenoso.

—¿Por qué si no me lo iba a preguntar? ¿Envenenaron a los de la casa cúbica con ricino?

Emeli maldice. Ha dicho «ricino» y no «ricina», una y otra vez. De haber dicho «ricina» estaría más informado de lo que pretende dar a entender.

—Con ricina —lo corrige—. Polvo de ricina que se extrae de las semillas del ricino. La dosis mortal entra debajo de la uña del dedo meñique.

Alvey se mira el dedo meñique y se queda pensativo.

—Qué barbaridad.



—¿Y qué tal el inicio de curso del alumno Expósito? —cambia de tercio Francis.

—¿Cómo dice?

—Junio Expósito, ¿qué tal su inicio del nuevo curso?

—Lo desconozco, inspector. Tenemos veinte mil matriculados. No me encargo de supervisarlos.

—Pero Expósito es especial.

—Reconozco que posee aptitudes extraordinarias. Y que me impliqué personalmente para matricularlo y retenerlo tras sus contratiempos con las autoridades.

—¿Qué tipo de relación mantienen Junio y usted?

—A nivel personal procuro mantener distancia con los alumnos.

—¿Por qué le concedió la beca a la implicación Alvey?

—Porque su perfil superaba al de los demás candidatos.

—¿Por qué lo salvó de la deportación?

—Porque podía. Era una gran injusticia que, por manifestarse, lo deportaran del país. Expósito tiene aptitudes.

—Señor Alvey, ¿diría que Expósito se relacionaba con sus compañeros con normalidad?

—Creo que no hemos coincidido en el campus. No recuerdo haberlo visto.

—¿Por qué razón considera que Junio Expósito es un joven maleable?

—No he dicho que lo considere. ¿Lo es?

—Usted atrae legiones de alumnos a su universidad. ¿Por qué lo idolatra tanto Junio Expósito?

—¿Idolstrar? No soy John Lennon, inspectores.

—Pero disponemos de pruebas que así lo atestiguan. Su obra completa en la casa de Expósito. Libretas con centenares de anotaciones y referencias a sus trabajos y reflexiones. Voluntariados. Actividades altruistas con la fundación. La beca que usted mismo le concedió para cursar estudios universitarios. Un joven inteligente y maleable que lo idolatra y haría cualquier cosa por usted.

—Si cometió esos crímenes, lo hizo por su cuenta. Aunque dudo de que fuera así.

—Señor Alvey —interviene Emeli—, usted posee una gran influencia. Le admiro. ¿Cómo lo logra sin ensuciarse los pies?

—Ya, lo de los zapatos. Voy descalzo, inspectores. Pero Junio Expósito no es mi zapato. Ni mi brazo ejecutor para asesinar a nadie.

Alvey sonríe y mientras tanto se abre la puerta y asoma una cabeza desproporcionadamente pequeña.

—Molestas, Sarmiento —dice Emeli.

—Ya, pero es que es importante. Por favor.

Emeli suspira. Francis está concentrado y no se queja. Salen de la sala y cierran la puerta.

—Se trata de la ranchera Ford de Junio Expósito.

—¿Qué se sabe?

—Control de Tráfico la vio salir del estado de Maryland por la interestatal 70.

—¿Cuándo?

—Hace cinco días.

—Nos lleva ventaja. Quiere huir lejos.

—Quién sabe, jefa.

Emeli y Francis entran de nuevo en la sala. Alvey se alisa el cabello y sonríe.

—¿Creen que Junio Expósito es el asesino?

—Usted dirá, señor Alvey. Usted le lavó el cerebro para que ejecutara su experimento.

Sonríe de nuevo Alvey.

—¿Conocen su paradero?

—Estamos a punto de saberlo. Pero queremos que nos lo diga usted.

August Alvey busca mirar por la ventana. Pero en la sala de interrogatorios no hay ventana.

—Inspectores, Junio Expósito es superdotado intelectualmente, pero no se le dan bien las relaciones con otras personas. Le aterran ciertas situaciones sociales. Algunos lo llamarían un trastorno de...

—De acuerdo, Alvey —lo interrumpe Emeli—. La mitad de la población padece algún trastorno. Hoy todos son trastornos. La rareza común está clasificada por un listado enorme de trastornos.

—Además de eso, Junio Expósito también es un purista. Rechaza el maltrato humano a la naturaleza. Rechaza la frivolidad esnob de su generación, a la que nunca le ha faltado nada y que heredará la misma conducta insostenible de sus progenitores. Es comprensible, dados sus ideales y su origen humilde. Si estuvo en la comunidad con mi hijo y los demás, tuvo que rechazar vivir en una casa así. Iba en contra de sus principios, que podrían ser los mismos que los de Thoreau hace siglo y medio.

—Al contrario que su hijo Ethan, que sí se cree los principios de Thoreau —afirma Francis—. Con una pequeña diferencia: su «cabaña» la diseñó un arquitecto y costó tres millones de dólares.

Sonríe Alvey.

—No le falta razón.

—¿Adónde pretende llegar con todo esto, señor Alvey? —pregunta Francis.

—Junio Expósito puede ser muchas cosas, pero no es un asesino.

—¿Por qué está tan seguro de eso?

—Es una intuición. Yo lo conocía y ustedes no. Tienen la mala costumbre de hacer deducciones sobre personas que no conocen.

Francis y Alvey se observan. Miradas estoicas. Duelo visual o mera contemplación.

—¿Por qué está escribiendo una novela sobre lo ocurrido en esa casa? —inquire Francis.

—Porque lo sucedido despertó una idea en mí, aunque desconozca lo que pasó en realidad. La idea es mi teoría de los hechos. Simplemente.

—La idea de la novela.

—Así es. Me vi tan seducido, tan hechizado por el poder de la idea, de la idea en estado puro y recién nacida, de todo lo artístico en su máximo esplendor, que abandoné otras líneas y caí siervo de ella.

—No pudo contenerse.

—No.

—¿Y cómo piensa resolver los asesinatos en su novela? —pregunta Francis.

—La idea que tanto me sedujo es, precisamente, la resolución de los asesinatos.

—¿Y nos la puede revelar ahora?

Alvey se desabrocha el bolsillo de la camisa zen y extrae de ella una memoria USB.

—Prefiero que la lea, inspector Thurmond. Me gustaría que supervisara el primer borrador de mi novela. Además de eso, pueden ir a mi casa y consultar todos mis archivos. Así comprobarán que mis datos son ficticios y no tengo más información que ustedes sobre los asesinatos. Han venido a mí sin avisarme, no he tenido tiempo de alterar ninguna prueba.

Alvey deposita el *pen drive* sobre la mesa. Francis lo observa sin decir nada.

—Insisto —añade el filántropo—: me inspiró en la situación que se dio en la casa e invento

una resolución. La idea es mi teoría de los hechos. Solo es una obra literaria.

Francis coge el *pen drive*. Roza sus formas con las yemas de los dedos. Hay un brillo parpadeante en sus ojos.

—Le agradecería enormemente su colaboración —insiste Alvey.

—¿Por qué yo?

—Percibo en usted cierta sensibilidad literaria.

Francis no sabe qué decir. Mira a Emeli.

—¿Te parece bien?

—Claro, Thurmond. Te hace ilusión, ¿no?

Francis asiente y mira a August Alvey.

—Gracias. Será un honor para mí.

Emeli ha vaciado su vejiga y, sin ni siquiera tomar asiento, se zampa una hamburguesa de media libra que le llena las venas al instante en un alivio de placidez energética, como si se inyectara una transfusión con sangre de ternera. Mientras mastica sin piedad entra en WhatsApp y le escribe a Larissa: «¡Por fin vuelvo a casa!». También tiene un mensaje de Joan: «¿Cómo va mi chica? Cuando quieras hablamos». Emeli sonríe y escribe: «Te llamo pronto». Deja el móvil y vuelve a centrarse en la hamburguesa. A su lado, también de pie, Francis tiene abrochado el bolsillo de la camisa y se lo palpa cada dos minutos para comprobar que el *pen drive* sigue ahí. A pesar de lo dicho por Alvey, hay una orden de busca y captura contra Junio Expósito. Videovigilancia y rastreo masivo de Control de Tráfico. Sospechoso de homicidio múltiple en paradero desconocido. Retrato del fugitivo para la policía de doce estados.

—Alvey te ha engatusado con el *pen drive* —dice Emeli.

—¿De verdad? ¿Eso crees?

—Te ha comprado, Thurmond.

Francis se sienta. El comentario lo preocupa.

—Ahora tengo dudas. No sé si August Alvey influyó a Expósito. A lo mejor lo hizo él por su cuenta.

—¿Lo ves? Te ha comprado.

—Creo que Alvey dice la verdad. Eso significa que no planeó los asesinatos, y que lo de Kafka y Lennon ha sido fruto de mi imaginación.

Francis se frota su cabello afro immaculado.

—Me he precipitado, Urquiza.

Emeli mastica y traga pedazos de ternera. Al ver el apuro de Francis, se sienta a la mesa junto a él y le da unas palmaditas en el hombro.

—Pero sabemos quién es el asesino, Thurmond. Tú lo has descubierto. Lo del *blu-tack* en casa de Peter Flanagan ha sido espectacular.

Emeli sabe que el sentido de las palmaditas reside en el contacto físico y el efecto reactivo y animoso que produce el golpeteo. Es un sentido muy próximo a lo absurdo, aunque es universal, sencillo y muy práctico.

—Pero todavía tenemos que encontrarlo, Urquiza.

—Junio Expósito nos lleva cinco días de ventaja.

—¿Y si también nos hemos equivocado con él?

—Eso es imposible, Thurmond. Recuérdalo: Expósito tiene un claro perfil antisocial, vivió

solo en la cabaña donde se han hallado armas homicidas, se quedó en ella cuando los demás se fueron, encontramos los mismos dibujos de la cabaña en las libretas de su casa, está obsesionado con caracolas y otras cosas raras y ahora está en paradero desconocido. ¿Qué más quieres?

—También abrumaban las evidencias contra Ronald Goodwin. Y contra Ellis Harvey. Y contra el mismo August Alvey.

—Pero ahora es diferente.

—Urquiza, ¿y si alguien intenta jugar con nosotros?

Emeli suspira.

—¿Otra vez la broma del azar?

Mientras tanto, Sarmiento llega y los ve así, entre palmaditas.

—La ranchera de Expósito cruzó la frontera en Dakota del Norte. Por la interestatal 29.

Emeli se levanta, con la boca llena.

—¿Cruzó a Canadá?

—Sí. En Winnipeg se incorporó a la autopista Yellowhead y en Edmonton se desvió hacia el norte, por la antigua autopista Alkan. En el territorio del Yukon se le pierde el rastro.

—Iba hacia la casa cúbica —dice Emeli—. Son cuatro mil millas. Tres días de viaje. Está pirado.

—No querría dejar rastro en los aeropuertos.

—¿Por qué volver a la casa cúbica hace cinco días?

Francis también se levanta de su asiento.

—Tal vez dejó pruebas y ha querido regresar para eliminarlas —plantea.

—¿Qué pruebas?

—No lo sé. Pruebas que se nos han debido de pasar por alto.

Sarmiento asiente, ansioso, mientras se frota las manos.

—Entonces volvemos allí, ¿no?

—Hay que ir cuanto antes —secunda Thurmond—. Nos lleva cinco días de ventaja.

Miran a Emeli, que piensa en su último wasap («¡Por fin vuelvo a casa!»).

—De acuerdo —acepta—. Nos vamos en el primer vuelo.

Quince minutos después, Emeli entra en una sala arrinconada y oscura del DIC, donde dos agentes revisan los vídeos de la oficina de correos desde la que se enviaron las invitaciones. Frente a ellos, en la pared, hay fotografías de todos los implicados en el caso para una posible identificación.

—¿Cómo vais? —pregunta.

—Todavía nada. Nos quedan siete horas de grabación.

—Avisadme con lo que sea.

Emeli los deja absortos en las pantallas, sale al pasillo y vuelve a su mesa, donde la espera Sarmiento con los billetes de avión.

—Tenemos vuelo en tres horas.

—Vale. Nos vemos en el aeropuerto —dice Emeli—. Voy a casa a cambiarme de ropa.

Francis asiente desde su mesa, mientras revisa su pequeña y compacta maleta, ordenada por tipos de prenda, con una escrupulosidad y un análisis de espacios milimétrica. Emeli se despide y sale de la oficina, arrastrando la maleta que ha traído de territorio Harvey. En realidad, ya tiene ropa, pero quiere pasar por casa y ver a Larissa antes de coger de nuevo un avión.

Treinta minutos más tarde, Emeli entra en su casa y lo percibe enseguida: una quietud extraña.

Deja la maleta con sigilo. Cierra la puerta. El salón y el pasillo están en penumbra, y de algún lugar llega un rumor distante, un roce de sábanas y un tenue resoplido. Emeli avanza por el pasillo y entonces descubre que el rumor sale de su habitación. Por alguna razón que intuye y que aún no sabe pero que sabrá en segundos, camina sigilosa. La luz del dormitorio está encendida. Se escucha una suave risa y un murmullo. Emeli se detiene en las sombras del pasillo. Desde allí solo ve el vestidor y el espejo de pie. En él se refleja un fragmento de la habitación.

Emeli ve la cama y ve el cuerpo desnudo de Larissa, que se muerde los labios, sonríe y frota insistente el clítoris de otra mujer.

Emeli sale de su casa. Del cielo cae un diluvio que se postula a universal. Emeli hiperventila y se detiene con la maleta en medio de la acera. La lluvia le cae sobre el rostro. Los impactos son fuertes y si se mantuviera estática durante horas le acabaría por sangrar la cara. Ahora mismo desearía estarlo, detenida en el tiempo. Ahora mismo podría mantenerse estática y dejar que las gotas le carcomieran la piel, como las torturas chinas. El dolor físico alivia a los metafísicos. Y Emeli hiperventila porque tiene ahora un dolor metafísico de narices.

Los transeúntes son sombras fugaces que pasan junto a ella. A pesar de la lluvia, todos saben que la mujer de la maleta está llorando.

Emeli alza la mano y para un taxi.

—Joan.

—¡Mi chica extraña!

—Estoy en un taxi.

—Genial. ¿Cómo va todo?

—Bien. Va bien.

—¿Bien? ¿Va bien? Oye, ¿qué le pasa a tu voz?

Emeli se limpia las lágrimas.

—¿A mi voz? Nada.

—¿Dónde está esa frialdad encabronada? Pareces el osito Yogui.

—¿Frialdad encabronada? ¿El osito Yogui?

—Oye, ¿estás llorando?

—¿Llorando? Qué va. ¿Y tú qué tal?

—Estoy en la cama del hospital. ¿Qué te parece?

—¿En el hospital otra vez?

—Ayer tuve mal día y he tenido que cerrar la peluquería. Otra pequeña recaída, ya sabes. Pero ahora los niños me cuentan cuentos. Y me quieren hacer la del avión con la cuchara, pero no me dejo. Qué vengativos son.

—Lo siento, Joan.

—Ya, qué le vamos a hacer. Abusé del avión en su momento. Y a uno se la devuelven con la misma moneda, ya sabes.

Emeli sonríe.

—Volveré pronto. Estoy deseando ver a esos pequeños vengadores.

—¿Solo a ellos? ¿Y qué pasa conmigo? ¿Tú sabes lo tierno que estoy con bata y el portasuelos?

—¿Y también con el culo al aire?

Joan se ríe.

—Qué perversa eres.

—Es que tienes unos hijos y un culo preciosos, ya lo sabes.

—Oye, si lo que quieres es formar una familia, yo te propongo en matrimonio.

Emeli sonríe. Vuelve a llorar.

—Cualquier cosa con tal de volverte a acostar conmigo.

—Como si te tengo que dar cinco hijos.

Emeli mira por la ventanilla, a la ciudad lluviosa.

—Gracias, Joan.

—Con un «sí, quiero» basta, mi chica extraña.

—¿Lisa?

Ellis escuchó. El laberinto blanco estaba ahora callado. Lisa debía de estar muy cerca.

—¿Lisa?

Los árboles semejaban espectros que se cerraban. El silencio era sepulcral. Ellis intentó avanzar, pero el bosque le presentaba resistencia. Así que rompía la inmaculada nieve, amontonada sobre hojas y ramas. Cerró los ojos. Caminó. Caían cascadas cristalinas sobre su cabeza, se le filtraban entre los pliegues del anorak y le recorrían por la espalda. No veía nada. Que sea lo que Dios quiera. Siguió adelante.

—¡Lisaaa!

La nieve absorbía los sonidos y no oyó el eco. Su grito se quedó con él, atrapado, como si avanzara por las galerías de una ventisca congelada.

Entonces dejó de sentir la nieve y abrió los ojos. El bosque se había despejado. Ahora podía respirar.

—¿Lisa?

Caminó un poco más y entonces la vio, entre los árboles. No era Lisa. No era un claro. Era la cabaña. Y algo parpadeaba en sus ventanucos. Una luz. Había alguien dentro.

—Por fin te he encontrado —dijo Ellis.

No era la primera vez que Ellis iba a la cabaña. Nadie lo sabía, pero varias noches había salido al bosque en busca de Jamie. No podía soportar la idea de que estuviera enterrada. Tras varias salidas infructuosas y después de que asesinaran a Garrido, a Veselin y a Dobrovolsky, supo que no podría encontrar a Jamie hasta que no encontrara primero al asesino. Cogió la Blaser de caza y volvió a adentrarse en el bosque. Alguien tenía que hacerlo. Todos sabían que allí vivía el asesino. El que los había traído a ese maldito lugar. El que los iba a matar uno a uno, antes de que volviera el piloto. Ellis lo tenía claro: era un asunto de supervivencia. O ellos o él. En las guerras siempre es así, si pretendes no matar, te matarán primero a ti. Eso lo sabían todos en el infierno del Hindú Kush.

Tú lo viviste en esa época, ¿verdad, Ellis? Tú sabes cómo funciona. Los demás no tienen ni idea. Los demás son unos acomodados primermundistas que no saben que la historia es sobre todo guerra.

Sí, yo lo viví. Así que cogí la Blaser del calibre 12 y me adentré de noche en el bosque. De ese modo llegué a la cabaña.

¿Y qué encontraste?

Nada. No encontré nada. No había nadie en la cabaña.

¿Y qué hiciste?

Por alguna razón, el asesino supo que iba y había desaparecido. Así que volví a la casa y entonces me di cuenta de que alguien me había visto.

Ángeles Expósito.

Sí. Ella me vio con la escopeta, adentrándome en el bosque. Y a partir de ahí empezó todo.

¿Qué empezó?

Esta locura.

Pero ahora es diferente, ¿verdad, Ellis?

Sí, ahora es diferente.

Ahora él te espera en la cabaña.

Sí. Él me espera.

Ellis avanzó hacia la cabaña.

—Por fin te he encontrado —dijo.

Ellis llegó a la cabaña.

—Asesino.

La cabaña tenía una luz en su interior.

—Asesino. Escúchame. Me has jodido la vida.



La luna se refleja en el asfalto congelado y todo es perfecto para el *Billie Jean* y su deslizamiento *moonwalk*, un baile sobre la luna. En las calles persisten las luces cálidas de local. A lo lejos se derriba un contenedor. Un oso grizzly merodea en la basura. En el cielo y sobre colgaduras de semáforos, brilla el espectáculo majestuoso de una aurora boreal.

Emeli y Francis acaban de aterrizar en la ciudad ártica. Observan el hotel desde el otro lado de la calle. Esperan. Sarmiento sale del hotel y por reflejo urbanita mira al cruzar la calle cuando debería mirar al suelo. Se resbala porque no sabe bailar sobre la luna. Se golpea en el coxis, el hueso de la alegría, porque al golpearse a veces hace reír. Sarmiento dice «mierda», se levanta y cruza el asfalto, esta vez mientras lo mira.

—Está dentro —dice.

—Pues vamos.

Cruzan juntos la calle y bajo la luna ondea la gabardina de Thurmond. Van con cuidado. De un coche anónimo salen agentes armados de la Estatal que han visto caerse a Sarmiento y se han reído antes de salir. La recepcionista del hotel está sobre aviso y los mira con pavor; imagina en sus habitaciones a un asesino en serie parapetado y pertrechado o a un terrorista musulmán con C-4 adherido al cuerpo. Según les da la tarjeta maestra, abandona el hotel, cruza hasta la otra acera y se cubre tras una ranchera Ford. Los inspectores y el equipo suben las escaleras con sigilo. Se encienden luces por sensor de movimiento. Se oyen susurros: ¿qué tal el culo, Sarmiento? ¿No te ríes, Sarmiento? Se producen pequeñas risas y Emeli las manda callar. Llegan a la puerta y el que tiene la tarjeta dice:

—En posición.

Mete la tarjeta, saca la tarjeta, acciona la manilla, empuja. Últimamente Emeli tiene la sensación de que su trabajo consiste en colarse en habitaciones a oscuras donde la gente duerme. Ahora está en la tierra de los renos y de Santa Claus. El regalo es un despertar sorpresa de las fuerzas de seguridad.

Las sábanas están revueltas. No hay nadie. Sobre la mesilla, un folleto: «Alquiler de trineos motorizados por doscientos dólares al día».

—Casi lo pillamos —se lamenta Sarmiento.

—Ha alquilado un trineo —dice Emeli—. Va hacia la casa.

—¿Cuánto tiene hasta allí?

—Un día de viaje por lo menos.

—Está pirado. Menuda puta odisea.

—Nos lleva un día de ventaja —interviene Francis, que ha inspeccionado la humedad del lavabo—. Salió ayer por la noche.

De nuevo fragor de turbohélice Cessna. El piloto, el mismo al que casi hacen llorar en el primer interrogatorio del caso, les pregunta:

—¿Cómo va la investigación?

—En el ranking de sospechosos usted continúa bien posicionado —responde Emeli.

El piloto se inquieta ante los mandos.

—¿Está de broma?

—Nos vendría genial que fuera usted.

—¿Por qué dice eso, inspectora?

—Porque sería un precioso final, ¿no le parece? Como un ciclo que se cierra.

—Pero ¿qué he hecho yo para merecer esto?

La avioneta sufre una sacudida.

—No se distraiga, por favor.

Sobrevuelan las arenas petrolíferas de la compañía minera Mordor. El nombre se lo pone Emeli. Ya contemplaron este paisaje la última vez. Maquinaria estancada. Viscosidad negra. Cráteres, barrancos y filtraciones de gas. Lepra terrestre. Es el último reducto humano. Después empieza la naturaleza virgen. Los bosques. Las cordilleras. Concluye el dominio de lo humano y comienza el de la Tierra. En este lugar se percibe la frontera.

Las diez víctimas murieron al otro lado.

Hay algo hipnótico que los hace mirar en silencio. Ni siquiera Francis lo desmenuza con poesía rara. Antes de llegar a la casa, la niebla envuelve el avión. El piloto no ve nada y se guía por los indicadores.

—Llegamos enseguida. Era broma lo del ranking, ¿verdad?

Empiezan a descender. La niebla se abre en jirones. Es la puerta al reino de la casa. Emeli clava la mirada en la ventanilla. Contempla el bosque, que desde el aire se extiende hacia el infinito, como una vastedad helada. Emeli, que está bastante sensible, dice para sí: «Es grandioso el bosque».

—Lo es —secunda Francis a su lado.

Emeli lo mira. Él le sonrío. ¿Lo ha dicho en alto? Vuelve a mirar por la ventanilla y cree distinguir la casa de los crímenes.

Hay algo aparcado allí.

—Creo que lo veo. Es el trineo.

Emeli y Francis. Ella con un anorak acolchado, como un muñequito hinchable. Él tan grave y anacrónico como siempre, con su gabardina oscura, su sombrero y su cigarrillo encendido. El trineo está aparcado junto a la casa, con el motor aún caliente. De él parten unas huellas humanas que no van hacia la casa, sino hacia el bosque. Emeli desenfunda la Glock.

—Vamos.

—¿No esperamos a las unidades de la Estatal?

Emeli, que hace unas horas ha salido llorando de su casa, no quiere esperar a las unidades. Necesita hacer daño físico, a ella o a otros.

—¿Te encuentras bien, Urquiza?

Emeli quita el seguro de la Glock.

—Fresca como una lechuga.

Empieza a caminar hacia el bosque, con el gorro y las orejeras y el anorak de plumas que le han dejado los de la Estatal. Le viene algo grande el anorak. Sopla el viento y corretean virutas a su alrededor. Francis ve marchar su silueta hinchable. Tira el cigarrillo.

—Espera, Urquiza.

Las huellas serpentean entre los árboles. Seguir las no es difícil. El bosque está sumido en un silencio espectral. No hay vida en él.

—Es un puto laberinto —comenta Emeli—. Muriendo uno a uno. Y sin poder salir de este puto lugar. Las víctimas tuvieron que perder la cabeza.

—El bosque es el carcelero y la casa, la cárcel —dice Francis.

—Tuvo que ser una puta locura.

Francis la mira, caminando con la Glock desenfundada, bien forrada bajo el anorak. Francis tiene el sexto sentido de un padre con su hija o simplemente el sexto sentido de un buen investigador. Emeli ahora podría ser su hija.

—¿Todo bien, Urquiza?

—¿Por qué cojones preguntas tanto?

—Siempre despotricas cuando te sucede algo.

—Como el noventa y nueve por ciento de la población mundial.

—Vale. ¿Y qué pasa con el uno por ciento restante?

—El uno por ciento restante es el que no despotrica cuando le sucede algo, es decir: o psicópatas como el que buscamos, o excéntricos y pesados de mierda que a los cuarenta aún viven con su padre y no entienden por qué despotrico.

Thurmond no se da por aludido.

—Sueltas más improperios de lo habitual cuando te sucede algo.

—¿Ahora me vas a limpiar la boca con jabón?

Thurmond avanza estoico, paciente. No dice nada. Varios minutos después Emeli se detiene.

—Ya hemos llegado.

Ambos miran al frente, a la cabaña, que asoma entre nieve y ramajes torturados. Las huellas conducen hasta allí.

Francis abre la gabardina y del cinto pectoral extrae dos Glock, una de la axila izquierda y otra de la derecha. En el bosque nevado y sin referencias temporales, con su sombrero de fieltro, Francis parece un gángster de los años treinta.

—Yo voy primero —dice Emeli—. Tú me cubres.

Camina hasta la cabaña, sus botas se hunden en la nieve. Las huellas terminan en la puerta. Emeli cree distinguir movimiento a través de los ventanucos. Hay alguien dentro. Entonces, mientras analiza cómo entrar, una mano enorme la sujeta del hombro y la empuja hacia atrás. Es la mano de Thurmond, que la hace retroceder y se adelanta hasta la puerta. Emeli abre los ojos y grita:

—¡Cabrón!

Francis va a abrir la puerta pero esta se abre de un golpe. Le da en la cara y Francis trastabilla hacia atrás. Pisa mal el escalón de entrada y se tuerce un tobillo. Emeli lo ve caer

pesado sobre la nieve cuando de la puerta sale un hombre. No se le ve la cara, oculta bajo un pasamontañas como de terrorista. El hombre echa a correr.

—¡Alto! —grita Emeli.

El individuo no se detiene. Emeli alza la pistola al cielo, dispara y rompe el silencio espectral del bosque. La detonación le ha sacudido en las manos. Siente la vibración. La vibración aumenta y la Glock tiembla descontrolada. El hombre corre y Francis se levanta.

—¡Ya voy yo!

Da dos pasos y su gabardina ondula voladora. Por un instante, Emeli ve a Francis enorme y poderoso. Cree que incluso va a emprender el vuelo, que va a emplear su genética afroamericana de velocista para correr con una explosividad sorprendente, que va a reducir la distancia hacia el hombre en apenas unas pocas zancadas, que lo va a atrapar y someter para resolver la investigación. Pero no es eso lo que sucede porque al tercer paso le falla el tobillo, que lo tiene torcido y al parecer no se ha dado cuenta. Así que Francis se arrodilla y, como Emeli, también suelta un improperio:

—¡Joder!

Emeli apunta al cielo con la Glock vibrando descontrolada. Ella no tiene genética de velocista afroamericana, ni siquiera de velocista europea, que en principio para correr es mucho peor. Así que desciende la Glock y apunta a la cabeza del hombre. Debería pensar, pero no lo hace. Tiene un dolor metafísico y muy jodido dentro. Así que dispara. Pero antes desvía el cañón unos grados. El impacto saca polvaredas de nieve del tronco de un pino, junto al hombre, que se inclina y continúa corriendo desbocado, hundiéndose en la nieve profunda, abriendo huella.

—Ya voy yo —dice entonces Emeli.

Y empieza a caminar por el surco dejado por el hombre.

—¿Andando? —pregunta Francis desde el suelo.

Una hora después, Emeli sigue caminando sobre la nieve. No corre, pero su ritmo de andar es elevado. Algunos lo llaman ahora marcha nórdica. Ya no divisa al hombre, se le ha escapado, pero Emeli sigue las huellas, que son cada vez menos enérgicas y se hunden en la nieve casi medio metro. Controla su pulso, que es estable y jamás ha rebasado el umbral aeróbico. Emeli hizo algo de montaña en la adolescencia. Su padre, que ascendió casi todos los montes de su tierra y se conocía sus nombres, la llevaba con él los fines de semana. Emeli sabe por él que en el Himalaya y en los Alpes, y en toda cordillera nevada, los alpinistas se turnan para abrir huella. Quien abre huella en la nieve hace un esfuerzo titánico. Las pulsaciones se disparan. Quien va detrás solo tiene que seguir el camino allanado. Abrir huella en medio metro de nieve significa ser un quitanieves, significa abrir un surco, una autopista. Así que Emeli sigue la huella abierta por el hombre.

Dos horas más tarde, Emeli lo divisa entre los árboles. Por supuesto ya no corre. Lo que hace el hombre es andar cinco pasos y detenerse, andar cinco pasos y detenerse. Cuando para, se arrodilla y resuella como un jabalí herido. Después sigue abriendo huella; avanza en la nieve y se hunde hasta las rodillas. Emeli concentra la mirada, que está ojerosa e inyectada en sudor. Ella no se detiene y sigue el precioso surco dejado por el hombre.

A las tres horas están ya muy lejos de la cabaña y Emeli tiene al hombre a diez metros de distancia. Sigue con el pasamontañas y mira hacia atrás y la ve a ella. El hombre es la pura imagen de la impotencia y la desesperación. Quiere huir, quiere salir corriendo. Pero en la nieve profunda no puede. Su respiración resuena en el bosque congelado. Jadea fatigoso. Su corazón desbocado es el gran espectáculo del bosque.

Son siete metros y Emeli concentra su mirada; el sudor le gotea en las cejas, a pesar del terrible frío. Expele vahos de aliento que ascienden al cielo y se desvanecen entre las ramas. Sin detenerse, se quita el anorak y las orejeras y deja caer las prendas sobre la nieve. Continúa con el jersey. Emeli tiene la mirada hundida. Sufre el cansancio y el hambre de una fiera.

Cinco metros. El hombre trastabilla. Sigue abriendo huella, arrastra las piernas sobre la nieve. Lo que lo mueve ahora es la voluntad y el instinto de supervivencia, no las piernas. Alza la cabeza, como buscando aire. Después mira hacia atrás, hacia la mujer que anda y no se detiene, que anda y no se detiene. El hombre sigue encapuchado, pero es una presa con el terror en la cara. Busca aire y lucha por no desvanecerse.

Dos metros. Emeli escucha ahora la respiración del hombre. Escucha su agonía, que ha llegado al límite del cansancio. El sonido de ese límite es un sonido muy próximo al llanto. La claudicación física es la claudicación del alma, es una rendición completa como ser. Eso representa ahora su presa, que mira atrás y solo anda y ve a la mujer que ya está encima. Él sabe con certeza que ha llegado su fin. En el bosque eso pasa, unos cazan y otros son cazados. Unos viven y otros mueren. Unos mueren para que otros vivan. Unos viven para que otros vivan. Es el equilibrio de la naturaleza.

Emeli desenfunda la Glock. Lo que siente un alpinista al alcanzar la cima, sin oxígeno adicional, es el éxtasis del esfuerzo físico. Emeli Urquiza, que jadea al límite también, cree percibirlo en ese preciso instante. Un paso. Dos. Tres. El alpinista en la cima cuenta los pasos. Los pasos existen, se sienten. El alpinista en la cima no tiene personalidad, no tiene pasado, ni sentimientos, ni rencores, ni sueños. El alpinista en la cima no es nada salvo puro avance. Eso es el hombre cuando se detiene y eso es Emeli cuando se detiene también, a solo un metro. Una maravillosa nada.

—Date la vuelta.

El hombre se da la vuelta.

—Quítate el pasamontañas.

El hombre se quita el pasamontañas.

Ellis avanzó hacia la cabaña.

—Por fin te he encontrado —dijo.

Ellis llegó a la cabaña.

—Asesino.

La cabaña tenía una luz en su interior.

—Asesino. Escúchame. Me has jodido la vida.

Ellis rozó la puerta y sintió en los guantes la madera astillada, desbarnizada a la intemperie. La empujó, varias veces, hasta que se abrió con un chirrido y mostró lo que había en el interior. La luz fría del bosque desvelaba un bailoteo majestuoso de partículas. Ellis tardó unos segundos en mirarla a ella, a la enorme silueta negra que lo esperaba de pie, junto a la pared de las caracolas.

Aliou Sabaly y Ellis se observaron en la penumbra, silenciosos.

—¿Dónde está Lisa? —preguntó Ellis.

—No lo sé —dijo Aliou.

Sus pupilas parpadearon, amarillentas, mansas. Resplandecían en la oscuridad. Aliou tenía una brecha en la frente.

—¿Tú sabes dónde está? —preguntó él.

—Yo he salido con los gritos.

—Yo también he salido con los gritos.

Aliou miró por el ventanuco, que estaba cubierto por periódicos y maderos. En la mano derecha sostenía unas tenazas.

—¿Dónde está Lisa? —volvió a preguntar Ellis, que miraba las tenazas.

Aliou lo miró con ojos flemáticos. No había restos de corazón en ellos, no había pulsaciones ni nervios. No había temor. Ni esperanza. Ellis sabía distinguir eso en la mirada de un hombre.

—¿Qué haces? —inquirió.

Aliou caminó hasta él con las tenazas en la mano. Ellis estaba en el umbral y le entorpecía el paso. Se detuvo y esperó. Se miraron muy de cerca y la desesperanza fue su única complicidad.

—Quiero salir —dijo Aliou.

Ellis lo pensó.

—¿Dónde está Lisa?

—No lo sé.

Aliou era una cabeza más alto que él. Ellis lo miró y siguió pensando. Al final se apartó y lo dejó pasar. Ambos sabían lo que iba a suceder.

En la chimenea de la casa cúbica, Zettie Goodwin calentaba sus pies bailarines de Nadia Comăneci. La nieve los había quemado. Fricción sostenida con cristales de hielo. Así había dejado de sentir su piel y se había quedado sin ataduras, sin nervios, sin hilos de marioneta. Durante unos minutos para la historia, había volado porque se movía sin pisar el suelo y porque no tenía pies que le dijeran cómo bailaba. Había bailado como Nadia Comăneci. Etérea. Descalza. Sobre cristal.

Aliou Sabaly entró en la casa mientras ella sonreía y se frotaba los pies. En el sofá estaba el cuerpo de Ángeles Expósito, con una tacita de café sobre el regazo. Aliou se quedó allí de pie, mirando la chimenea.

—No la hemos encontrado —dijo.

—¿También a Lisa se la ha comido el bosque? —preguntó Zettie.

—Sí.

—¿Qué tienes en la frente?

Aliou se tocó la frente y encontró en su mano sangre seca.

—Ha sido una rama.

No dijo nada más y entró en el trastero. Zettie dejó de frotarse los pies y caminó descalza tras él. Tenía curiosidad infantil. A Lisa se la había comido el bosque. ¡Ja! En el trastero Aliou extrajo de un saco de arpillera varios cepos y anzuelos, además de una caña plegada y una especie de sacacorchos gigante.

—¿Qué es eso? —quiso saber Zettie.

—Esto es para hacer agujeros en el hielo. Así pesco en el lago.

El sacacorchos era muy grande. Zettie se quedó mirándolo, abstraída. En su mente, que estaba drogada y como en un país de fantasía, gracias a procesos neuroquímicos naturales del cerebro contra dolores insufribles, se pinceló enseguida la imagen del lago, de la bruma, de la silueta pescando en el hielo, y luego del autobús, de la silueta hablando por radio, y después de esa misma radio pisoteada, inservible, para que no pudieran salir de allí. Aliou dejó el sacacorchos y salió del trastero y de la casa. Zettie se quedó en el umbral, sin moverse, aterrada. Miraba el sacacorchos gigante y no decía nada.

Así permaneció durante un tiempo indeterminado, hasta que a su espalda escuchó la voz de Ellis:

—¿Me ayudas a subir a Ángeles a su habitación?

Zettie señaló el sacacorchos, que era metálico y tenía la escala de los grandes borrachos, como un trofeo a la mejor trayectoria entre miembros de Alcohólicos Anónimos.

—Es para agujerear el hielo —dijo Zettie.

—Sí. Para pescar —confirmó Ellis.

—Lo tenía Aliou. Dice que lo usó para pescar en el lago.

Hasta cinco minutos antes, Zettie se había reído mientras se frotaba los pies. Era una viuda reciente, pero en su país de fantasía se sentía Nadia Comăneci y era feliz por ello. Ahora el terror se filtraba en su país de fantasía.

—Yo vi al asesino de Ronald pescando en el lago —explicó—. Ahora sé que era él.

Ellis la miró sin responder.

Ellis escuchó la voz.

Ella no sabe lo que está pasando, Ellis. Cuéntaselo.

Es mejor que no lo sepa.  
Cuéntaselo, Ellis. Dile que tú mataste a Ronald.



—Date la vuelta.

El hombre se da la vuelta.

—Quítate el pasamontañas.

El hombre se quita el pasamontañas.

—¿Alvey?

Emeli no da crédito.

Ethan Alvey libera su rostro y respira. Sus ojos parpadean, su cabello está empapado y adherido al cráneo, como una segunda piel. Está desfallecido por el esfuerzo y respira como un toro en la arena. La observa erguido. Al final se inclina y apoya los brazos en las rodillas.

—No puedo —dice.

Emeli lo encañona. Ella también hiperventila y tiene el corazón agotado. Le temblequean las piernas.

—Vale —suspira.

Y se acaba sentando sobre la nieve. Respira y cierra los ojos. Siente enseguida el placer de la claudicación.

Durante un tiempo solo respiran. El bosque los escucha, en su silencio infinito. A veces cruje alguna rama, que cede ante el peso de la nieve. Emeli pregunta con el aire justo:

—¿Dónde está Junio?

Ethan Alvey cierra los ojos y sonrío. El taladrar de un helicóptero empieza a perforar los cielos. Oscilan las ramas de los árboles. Caen polvos de nieve. También se oyen motores de trineos. Llega la Policía Estatal.

Se habían distanciado nueve millas. De vuelta al interior de la cabaña, el refugio más cercano, Emeli revive: dos mantas sobre los hombros y un té humeante y muy azucarado entre las manos. Fluye el azúcar y la teína por sus venas. Fuera se oyen cortes de emisoras, rumor de agentes y los ladridos de los beagles de la Estatal, por si hay que buscar a Junio Expósito. Francis Thurmond observa las caracolas, que bailan tras la cabeza de Ethan. Hay un foco de doscientos vatios deslumbrando su cara.

—¿Por dónde empezamos, Thurmond? —pregunta Emeli.

—Qué tal: ¿dónde está Junio Expósito?

—Me gusta. Y yo seguiría por: ¿qué hacemos aquí?

—O mejor: ¿por qué coger la ranchera de Expósito y recorrer cuatro mil millas hasta la escena del crimen?

—Vale. Y a mí me interesa también: ¿por qué Junio Expósito se quedó en la cabaña del bosque y no viajó en el ferry como los demás?

—Sí. ¿Por qué nos ocultaste ese pequeño detalle, Ethan Alvey?

Ethan tiene las manos esposadas y no mira al frente porque sería empacharse de luz: tampoco mira a los lados porque sería mirar a Emeli o a Francis. Así que inclina la cabeza y se mira las esposas.

—Cuatro mil millas en la clandestinidad —insiste Emeli—. Tres días de viaje. Nada de aviones, ni billetes, ni controles fronterizos. Solo el vehículo del asesino. Son demasiadas molestias para no ocultar nada.

—Supongo que encontraron las pruebas antes que yo —dice Ethan.

—Fuiste iluso al pensar que no las íbamos a encontrar —se aventura Emeli, que no tiene ni idea de qué pruebas son, al igual que Francis (o eso cree ella).

Ethan suspira.

—Esta cabaña da asco. Entre tanta mierda pensé que la ropa pasaría inadvertida.

La ropa. En la cabaña.

—Pero ahora estás aquí —dice Emeli—. Queriendo eliminar la ropa.

—Volar aquí era imposible con el control que hay. Por eso he venido en coche y he alquilado un trineo motorizado.

—¿Por qué eliminar las pruebas de la cabaña? —pregunta Emeli.

—Solo protejo a Expósito. Él vivió aquí durante semanas y se dejó ropa. No quería que se supiera que él estuvo aquí. Podía conducir a la policía a malas interpretaciones. Y veo que ha sido así.

Expósito. Ya tienen la información: las pruebas eran ropa de Expósito en la cabaña del bosque.

—¿Sabes, Ethan? Cuando vinimos aquí por primera vez nadie encontró la ropa de tu amigo. O nos mientes o alguien se la llevó antes de que nosotros llegáramos.

Ethan gira el cuello y la observa. El giro es maquinal. Lo que gira el cuello es la sorpresa y no un intento de hacerse el sorprendido. Eso Emeli lo sabe y es una cuestión de milésimas que no tiene explicación. La sorpresa falsa y creíble es cualidad de actores y humoristas, que dicen las cosas siempre como si fuera la primera vez. Ethan no es actor y no ha practicado mil veces el giro maquinal del cuello.

—Proteger las pruebas de un asesino es ser cómplice —sentencia Emeli.

Ethan calla. Está confuso. Piensa.

—Expósito no es un asesino. Por eso lo protejo.

—¿Tan bien lo conoces, Ethan?

—Era difícil conocerlo bien.

—¿Has estado alguna vez en su domicilio?

—Solo esta vez, para coger su ranchera.

—¿Y si te dijera que Expósito envió las invitaciones?

—Él no las envió.

—¿Ah, no? Y entonces ¿quién lo hizo?

—No lo sé.

Ethan baja la mirada. Sí lo sabe.

—Expósito es más listo que todos vosotros. Os manipuló. ¿No te das cuenta?

Ethan alza de nuevo la mirada y sonríe. A Emeli eso la revienta.

—¿Qué te hace tanta pu eitera gracia?

—Lo siento.

—¿Estás jodido de cojones y te r es?

Ethan vuelve a sonr er. Emeli tira la primera manta y se aproxima a él, que cierra los ojos en un gesto de protección.

—Lo siento. No lo pretendo.

Emeli se inclina hasta su altura. Los cu adriiceps le queman.

—Estás bien jodido, gilipollas.

—Lo sé, pero no estoy jodido judicialmente.

—¿Ah, no? ¿Y eliminar pruebas criminales no es joderse a uno mismo en todos los sentidos?

—No he llegado a eliminarlas, inspectora. Y son pruebas falsas, que pueden llevar a malas interpretaciones, ya se lo he dicho.

—No me jodas, Ethan. ¿Dónde se esconde Junio Expósito?

—No la jodo, inspectora.

—Proteges a un tío que está pirado. Y que se quedó en esta cabaña donde encontramos pruebas de que estuvo el asesino de diez personas. ¿Dónde está Junio Expósito?

—De nueve.

—¿De nueve qué?

—Asesinaron a nueve. Nadine Sabaly no fue asesinada. Falleció por leucemia y la enterramos. Ya se lo dije.

Ethan Alvey sonríe como su padre. Emeli se quita la segunda manta. Deja el té sobre el alféizar del ventanuco. No está de humor para mofas de ni atos.

—Me estás hinchando las pelotas.

Emeli se apoya en el reposabrazos de la silla donde está Ethan. Emeli tiene la mirada ojerosa. Se le marcan las venas de la sien. Alvey júnior la observa con preocupación.

—Entiendo que haya una orden de busca y captura contra Junio Expósito. Pero es imposible que él hiciera nada.

—Junio dibujó esas caracolas —interviene Thurmond.

Asiente Ethan, que tiene muy próxima a Emeli y se encuentra algo incómodo e intimidado.

—Es verdad. Él las dibujó. Estuvo viviendo aquí durante cincuenta días. Se fue de la casa porque en ella no se sentía cómodo.

Emeli se aproxima más a Ethan y le mira muy de cerca.

—No me jodas, chaval.

Ethan se inclina hacia atrás en la silla. Le llega la respiración de Emeli. La voz le tiembla cuando habla:

—No la jodo..., inspectora. Digo la verdad.

—Junio no se fue con vosotros.

—Eso es cierto, se quedó en la cabaña.

Emeli agarra a Ethan por los hombros.

—Ahora estamos en la cabaña y Junio no está.

—No, no está.

—¿Dónde cojones está Junio Expósito?

—Está muerto, inspectora.

Emeli suelta a Ethan.

—¡Mierda! —grita.

—En mi mochila. Miren en mi mochila —murmura Ethan.

Emeli se vuelve.

—¿En tu mochila qué?

—Hay un recorte del *Arctic Daily News*. Una noticia local.

Emeli abre la mochila.

—¿Esto?

—Sí, eso. Léalo, por favor.

Emeli lee. La noticia es reciente, del día anterior.

## HALLAN EL CADÁVER DEL MONTAÑERO DESAPARECIDO EN EL INHÓSPITO PICO DEL CRISTAL AZUL

Son pocos los montañeros que se internan en el glaciar del Gran Broming, uno de los lugares más inaccesibles del planeta. Temperaturas gélidas, grietas ocultas, ventiscas repentinas, brumas, aludes, mal de altura, 124 millas hasta el punto habitable más próximo, la vida allí no es apta para el ser humano. Esta temible lengua de hielo supone el único acceso posible al bello y comprometido pico del Cristal Azul. En sus encantos cayó muerto el montañero de origen mexicano Junio Expósito, que era el único alpinista en la zona según el piloto que lo aproximó al glaciar el 27 de septiembre. Durante varias semanas nadie ha reparado en su ausencia, hasta que en la mañana de ayer una expedición canadiense encontró su cuerpo, que se había despeñado de la Arista Norte, a unos quince mil pies, con evidencias claras de haberse visto arrastrado por un alud.

Junio Expósito era un joven de veintidós años, buen estudiante, amante de la naturaleza, lector empedernido de Thoreau y London, que llevaba varios años escalando montañas desconocidas y de cierta dificultad técnica [...].

Emeli sacude el recorte del *Arctic Daily News*, a ver si se reordenan las letras y cambia la noticia. Pero no. La fecha de su muerte proporciona a Junio una coartada perfecta: mientras alguien asesinaba a las víctimas de la casa cúbica, Expósito se dedicaba a perforar hielo y roca con sus crampones y su piolet para subir a un sitio donde no hay nada, estar allí cinco minutos, bajar, despeñarse y terminar con los sesenta o setenta años que aún le podían quedar de vida.

Emeli mira la foto de Junio, que está junto a una imagen de archivo de Henry David Thoreau, que de pronto habla: pero ¿qué vida?, le pregunta Thoreau a Emeli. No lo sé, responde ella, que intuye ha de ocultarse un misterio enorme en la acción de Expósito y de otros miles de montañeros.

—¿Ahora lo entienden? —grita Ethan a sus espaldas—. ¡Por eso quería protegerle! Junio se quedó en la cabaña y al día siguiente vino una avioneta para acercarle a la montaña. Se fue de aquí seis días antes de que llegaran las víctimas. Yo lo sabía. ¡Ahora tienen la prueba de que no volvió jamás! ¡Ni siquiera salió de la montaña!

Emeli, que no soporta balbuceos de un cuasiadolescente, tiende el recorte del *Arctic Daily News* a Thurmond, que está abstraído en las caracolas, como si el interrogatorio y los gritos de Ethan no tuvieran importancia. Emeli se aproxima a la ventana y arranca los periódicos.

—Joder —dice.

Y mira al bosque, que se sume en la niebla.

—Joder —vuelve a decir.

Ethan sigue balbuceando tras Emeli, pero la inspectora deja de oírle. Contempla por la ventana y medita. En el bosque no hay nada para ella, solo un espejo, solo espacio para los pensamientos. Así que enseguida se ve a sí misma, varias horas antes, entrando en casa para ver a Larissa antes

de coger el vuelo. Se ve percibiendo esa quietud extraña, ese rumor, ese roce de sábanas y ese tenue resoplido. Cuando ve el espejo de pie y lo que se refleja en él se aparta de la ventana. Le quita a Francis el recorte de las manos y se lo estampa a Ethan en la cara.

—¿Y por qué cojones corrías antes?

Emeli arruga el recorte y se lo intenta introducir en la boca. Le abre a Ethan los labios y él se resiste maniatado, agita la cabeza y cierra la boca para no tragarse el papel. Emeli lo suelta.

—Sabemos que nos mientes.

—¡Se lo acabo de decir todo!

Emeli abre la mano y le estampa a Alvey un tortazo en la cara.

—Urquiza —dice Thurmond.

—Dime la verdad, niño de mierda.

—¡Ya le he dicho la verdad!

Emeli vuelve a sacudir el brazo. Veloz. Como un látigo. La palma abierta cruza la mejilla de Alvey. Emeli siente algo placentero y estremecedor en partirle la cara. Eso la asusta.

—¿Quieres que te saque la verdad a hostias?

—Emeli —insiste Thurmond.

—¿Me vas a obligar a hostiarte, niño de mierda?

Emeli levanta el brazo y Ethan emprende el primer paso hacia la claudicación.

—Pero ¿qué verdad quiere?

Emeli baja el brazo, se inclina de nuevo sobre la silla.

—Muy sencillo, Ethan. ¿Se quedan las fotos pegadas en el salón de la casa?

Ethan la mira, ojeroso, con la mejilla enrojecida.

—Las fotos que se enviaron con las invitaciones, Ethan. ¿Me dices que se quedaron ahí cuando os fuisteis, tan solo siete días antes de que las víctimas llegaran a la casa? Eso nos contaste la última vez.

A Ethan se le humedecen los ojos mientras la mira.

—¿Me dices, niño de mierda, que después de que os fuerais alguien las cogió, las introdujo en un sobre y las envió a diferentes partes del mundo? Eso declaraste, ¿no?

Una lágrima asoma en el ojo de Ethan. Es grande, tremulante, amenaza con desbordarse.

—¿Me dices que las víctimas recibieron las invitaciones y viajaron aquí en siete putos días? ¿Eso me dices, Ethan?

A Ethan se le desborda la enorme lágrima. Ya no puede mirar a Emeli y desvía la mirada en dirección a la ventana abierta, en busca de algo. Emeli le aferra con los dedos el afeitado y aún bisoño mentón. Se lo aprieta. Le vuelve la cabeza y lo obliga a mirarla.

—Si no fue Junio, ¿quién de vosotros envió las invitaciones?

—Está bien, le mentí, inspectora.

—¡Dilo entonces!

—¡Uno de nosotros! Pero no tiene importancia. Le digo que no la tiene. Créame, por favor.

—¿Qué es lo que no tiene importancia?

—¡Ha sido un accidente!

—¿Qué?

—Todo. Desde el principio hasta el final. Un accidente.

Ethan la mira, con el mentón sujeto. Ahora llora sin contención.

—¿Qué cojones quieres decir?

—Nadie ha planificado nada, inspectora. Las víctimas estuvieron solas aquí. No había nadie en

la cabaña.

—Solo estaban las caracolas —interviene Francis de pronto.

Emeli observa a Thurmond, que se mantiene abstraído en los dibujos.

—A lo mejor nunca ha habido un asesino —añade Francis al fin.

Francis Thurmond sale de la cabaña. Los agentes contemplan al espigado y excéntrico inspector, con su sombrero y su gabardina, prenderse un pitillo y aspirarlo ensimismado. Piensa Francis Thurmond. Después pide su cuaderno y alguien se lo acerca. Francis fuma y comienza a caminar. Cojea por la nieve con su cuaderno y su tobillo luxado. Traspasa paticojo el perímetro y desaparece entre los árboles.

Treinta minutos después, en el claro de la casa donde murieron diez personas, bajo el árbol calcinado, Francis Thurmond fuma con lentitud. En los recovecos de su mente, en la incierta estructura de su masa cerebral, resuenan chasquidos de piezas que se ensamblan. Conexiones eléctricas entre neuronas. Información que se traspasa. En la cabeza de Thurmond bulle la electricidad de un concierto de los Beatles.

Mientras tanto la observa. La casa emerge de la nieve. La bruma la abraza. La casa es el centro y todo gira alrededor de ella; no importa que sea un cubo o una esfera o una pirámide, pero sí una casa. Francis la observa como si fuera un pequeño mundo, donde rigen las leyes infinitas de la naturaleza.

En el claro de la casa donde van a morir diez personas. También bajo el árbol calcinado por Teodor Veselin.

Hace doce días que llegaron. Aliou Sabaly espera, preparado para morir. Es un estado. Es un sentimiento. No es necesario pensarlo ni adquirir conciencia de ello. Dentro de la casa, a través de la ventana, percibe las siluetas occidentales de Ellis Harvey y de Zettie Goodwin. En su seguridad ilusoria. Contemplándole a él, al «extranjero» de Albert Camus.

Aliou vuelve a tener esa sensación. Como en el Bosque Sagrado, el día que mataron a su padre. Lleva días percibiéndola. Ella es un misterio que vive en el Bosque y los tiene atrapados allí, en la casa. Ella es monstruosa. Es fascinante. Ella los ha reunido en la casa, para ver cómo mueren uno a uno. Ella es la anfitriona. Ella está allí; controla el destino y las vicisitudes de todos bajo su poder infinito. Ella es la ley. Ella está dentro de Aliou y lo obliga a mirar su propio interior. Eso es lo peor. Lo peor de ella, lo peor de la nada, lo peor de la ley de todas las cosas, es que le obliga a uno a mirar en su interior. Y lo que ve Aliou es desolador. Lo que ve lo ha visto ya, cuando era niño y fue soldado y conoció la fascinación de lo aterrador. Lo que ve es lo que es todo hombre y lo que todo hombre no ve.

¿Qué es lo que ves, Aliou?

Lo que veo es un hombre puro, con el alma salvaje.

Todo empezó nueve días antes, en lo alto de esa colina, ante la tumba de su hija. Había vientos y espirales de hielo. El cuerpo de Nadine estaba como la carne de congelador, bien conservada y dura, bajo las ropas acartonadas. Cuando alguien preguntó quién era, Aliou dijo:

—Es mi hija.

Después todos comenzaron a gritar, por la colina y por el bosque. Nadie lo decía, pero todos empezaban a temerlo. Alguien les había tendido una trampa, no eran sus hijos los que les habían enviado la invitación. Era una farsa. Alguien había asesinado a sus hijos y ahora los llevaba allí para que encontraran sus cuerpos o para matarlos a ellos también. Por eso todos gritaban, por terror. Pero ¿quién era ese alguien? ¿Dónde estaba ese alguien? Mientras tanto, Aliou no gritaba. Él estaba ante su hija y sostenía su cartera en la mano. Dentro no había dinero. Solo tarjetas y algunas fotografías recientes. Aliou sostuvo una pequeña polaroid en la que aparecía Nadine con otras personas. Aliou la observó y descubrió algo que le reventó las entrañas. Nadine posaba con otras chicas y con Antonio José Garrido. Sí, era Antonio José Garrido. Se le veía contento a Antonio José Garrido, rodeado de chicas guapas y jóvenes. También se le oía entonces gritar por el bosque. Aliou percibió que la fotografía temblaba. Sus manos temblaban.

Con trece años, Aliou convivió en la selva con soldados que violaban y que hablaban sobre la amplia gama de olores y formas que puede tener una vagina. Aprendió muchas cosas. Cuando se arranca una cabeza se produce un crujido característico en la espina dorsal. A los rebeldes capturados se les sujetan con esparadrapo los párpados a las cejas. Que no se duerman. Que no se duerman. Si entran en semiinconsciencia, los despiertan con culatazos de AK. Como no desean otra cosa que dormir, les cosen los ojos durante días para que descubran la ceguera. También les meten en la boca excrementos y tripas de otros compañeros a los que también torturan mientras tanto, compañeros que cagan y mean cuando les pegan. Es un proceso de retroalimentación muy bien estudiado. Aliou ya hizo cosas de estas, sobre todo coser párpados con hilo de pita, porque tenía manos ágiles y pequeñas. De transportar excrementos y meterlos en la boca tampoco se libró, sobre todo al principio. Como todos se reían entre marihuana y heroína y pólvora esnifada, las torturas pronto fueron motivo de diversión.

Lo que le hizo a Garrido por ser un violador de niñas, incluida Nadine, no fue para tanto. Aliou llevaba dos días explorando el bosque, mientras los demás ensalzaban a sus hijos frente a la chimenea, así que ya conocía la cabaña, que era para cazadores y biólogos, típica en la región. Encontrarla fue fácil, en los árboles había marcas que conducían hasta allí. El instrumental de la cabaña era de cazador, para desollar animales principalmente, y aún estaba utilizable. Aliou estaba calmado y fuera de sí; volvía a ser el niño sin conciencia que torturó a los rebeldes. No pensaba. Pero iba a sonsacárselo todo. Aliou pegó a Garrido muy fuerte con una rama de abedul. Sabía dónde pegarle. Cayó inconsciente junto al tronco escamado de un pino, donde había un cartel anunciador de la cabaña. El mismo donde aparecería el cadáver horas después. Empezó a nevar y nadie los vio. Tenían cortinajes de copos alrededor. Para Aliou, Garrido era un violador. Garrido los había invitado allí. Garrido era un psicópata que los había reunido para que vieran su obra: la violación y el asesinato de sus propios hijos. Iba a obligarle a confesar.

Garrido despertó con la fotografía en la cara y se hizo pis encima. Dijo no acordarse. Después dijo acordarse y habló de una fiesta. La fiesta de cumpleaños de una amiga de su hija. Dijo que la



fotografía era de esa noche. Nadine y su hija eran amigas. Pero estaba tan asustado que no sabía muy bien lo que decía. Aliou no quiso creérselo. Aliou acababa de ver el cuerpo de su hija, congelado y descompuesto, una hija por la que lo había entregado todo, incluidos sus sueños. Una hija que había enviado a la universidad, como si fuera a la Luna. Una hija a la que no escuchó cuando le anunció que tras mucho estudio había logrado lo mejor de su vida, una beca para ir a Estados Unidos. Una hija a la que ni siquiera acompañó a la estación de tren, el día en que la vio por última vez. Una hija a la que durante meses no llamó. Una hija a la que dejó sola cuando murió su madre.

Garrido gritó mucho con lo de las uñas. Aliou pudo creerlo en algún instante, pero la creencia se nubló según salió, porque al torturar a Garrido se torturaba a sí mismo, que era lo que realmente necesitaba. De esto último no fue consciente hasta que paró. Garrido había vuelto a desmayarse. Los fantasmas de la niñez habían vuelto.

Así empezó la cadena.

Dentro de la casa, Zettie dice:

—Yo vi al asesino de Ronald pescando en el lago. Ahora sé que era él.

Ellis la mira sin responder.

Ellis escucha la voz.

Ella no sabe lo que está pasando, Ellis. Cuéntaselo.

Es mejor que no lo sepa.

Cuéntaselo, Ellis. Dile que tú mataste a Ronald.

Ellis Harvey coge el sacacorchos gigante que Aliou ha empleado para pescar. Mira a Zettie. Por primera vez, Ellis se rebela ante la voz. No puede. Quiere contárselo a Zettie pero no puede.

No voy a hacerlo.

¿Te me rebelas, Ellis?

No soy capaz.

¿De qué no eres capaz, Ellis Harvey?

De contarle que en realidad yo maté a su marido.

La voz se ríe en su cabeza.

¿Qué pasó, Ellis?

Fue un accidente.

¿Un accidente? Relegas tus actos al azar. Culpas al azar de todo esto.

Sí, te culpo a ti.

Eso hemos hecho siempre. Culpar a lo que no entendemos. Justificarnos.

Yo no me justifico.

¿Ah, no? Entonces, cuéntanos, ¿qué pasó, Ellis Harvey?

La noche que fui a la cabaña, al volver a casa, en la habitación. Alguien había entrado y se había llevado el frasco con el veneno, el que encontré en los cadáveres de Teodor y Ulad y me guardé en el bolsillo.

Fue Ángeles Expósito, ¿verdad?

Sí, fue ella. Y entonces Ronald nos alertó a todos de que faltaba una Blaser en la armería. En realidad, la tenía yo, la había escondido al volver de la cabaña cuando fui a buscar al asesino. La escondí dentro de un árbol.

Te angustiaste algo, ¿verdad, Ellis?

Sí. Ángeles se lo contó a Ronald. Lo convenció para seguirme. Era una acusación falsa, porque yo fui a la cabaña para acabar con el asesino. Yo tenía experiencia matando. Podía hacerlo. Podía acabar con todo y salvarnos. Pero no encontré a nadie en la cabaña.

El olor de la acusación te resulta familiar. Lo conoces.

Sí, lo conozco.

Pintadas en casa. Hijo de puta. Violador. Los niños en el asiento de atrás. No podías cargar otra vez con esa presión. Así que la noche siguiente, justo antes del alba, volviste a por la escopeta, ¿verdad, Ellis? Mejor dejarla en su sitio. Te adentraste en el bosque, pisando nieve con las raquetas, desarmado y ojo avizor. Llegaste al árbol y cogiste la escopeta. Y al volverte, ahí estaba Ronald, que había hablado con Ángeles y te había seguido. Ronald abrió mucho los ojos y gritó:

—¡Eres el mendigo!

Luego levantó una pequeña Colt, pero él era civil y tú soldado, así que detonaste antes y le perforaste el estómago. Cuando cayó, te acercaste a él, le dijiste «lo siento» y le perforaste la boca. No lo pensaste. Inercia afgana. Pam. Pam. Pam.

¡Fue un accidente!

Después te quedaste mirando el cuerpo, no sabes cuánto tiempo, y cuando entraste en razón, escondiste de nuevo la escopeta y volviste a la casa. Volviste junto al cuerpo de Ronald horas después, con Lisa, Aliou y Ángeles Expósito, y lo cargaste de los pies con la ayuda de Aliou. Ronald crujió como una rama fría, y lo enterraste con la ayuda de Aliou. Después te encerraste en el baño, te duchaste y te restregaste. Cuando entraste en tu habitación, hundiste la cara en la almohada y gritaste hasta quedarte sin oxígeno.

¡Fue un puto accidente!

¿Las guerras también son un accidente, Ellis?

Pero ¿qué dices?

Habías matado a un hombre. Un hombre al que conocías. Un buen hombre con mujer e hijos. Después te quedaste sentado en la cama con la mirada perdida durante no sabes cuánto tiempo. Te quedaste inmóvil durante horas. Y entonces te acordaste: el mendigo. Ronald había dicho: «¡Eres el mendigo!». Lo habías olvidado. ¿Qué mendigo?

Sí, el mendigo. ¿Quién coño era el mendigo? ¿Con qué puto mendigo me confundió Ronald Goodwin?

Yo lo sé. Un simple mendigo al que no conocías ni conocerás jamás. La maravillosa memoria, Ellis. La memoria es creadora y no archivera. La memoria juega con nosotros, ¿acaso no lo sabías? La memoria jugó con Ronald, jugó con su tensión, con su miedo, con sus sueños y pesadillas; la memoria jugó con su terror al descubrir al asesino en el bosque, al descubrirte a ti, en realidad. Su memoria puso sobre tu rostro el rostro de un desconocido. En realidad es un juego de la imaginación, como la historia de Travis Loren, que nunca llegó a existir porque se la inventó el mendigo para venderle la caracola a Ronald.

¡Fuiste tú!

Yo no fui, yo solo despliego las piezas sobre el tablero de esta historia. Pero cuéntanos, Ellis, no todo acaba ahí, ¿verdad?

Tengo los nervios destrozados. Esto es una locura.

¿Qué pasó después?

¿Por qué no lo cuentas tú?

El instinto te lo decía: hay algo en el bosque. Esto es una trampa. Un juego. Alguien nos está

manipulando. Necesito encontrar a mi hija. Necesito saber que no está enterrada. Pero en realidad, Ellis Harvey, no podías aceptar la idea de haber vuelto a matar. Querías una explicación que te ayudase a soportarla.

No podía...

Así que volviste a la cabaña y esperaste a una distancia prudencial. Entonces ¿qué viste, Ellis Harvey?

La vi a ella.

¿A quién?

A Ángeles Expósito. Salía de la cabaña con un cesto de ropa sucia. Canturreaba una canción y parecía una lavandera de las que vi en la guerra, en las aldeas pastún. Después lavó la ropa y la tendió en la cubierta de la casa, delante de todos.

Cuando Lisa te contó lo que Ángeles le había dicho, que te había visto adentrándote en el bosque con la escopeta que mató a Ronald, y que había encontrado el frasquito de ricina en tu habitación y que se lo había llevado, entonces lo supiste. Era ella: la manipuladora. La cómplice en la casa de quien vivía en la cabaña. Del asesino. La que lavaba su ropa. La que no entendía inglés y resolvía juegos de matemáticas en libritos redactados en inglés. La que había incitado a Ronald para seguirte por el bosque con una pistola. La que te había robado el frasco con veneno. ¡Ella lo tenía ahora en su poder! ¿Y qué es lo que hiciste entonces, Ellis?

Nada.

Eso es, Ellis. No hiciste nada. Solo esperar. Algo. Una prueba. Y cuando la prueba llegó, no tuviste dudas. Ángeles apareció con su delantal y su sonrisa desdentada, con la bandejita y la jarrita de café y el azucarero y las tacitas.

—¿Café con piquete? ¿Sí?

Lisa te miró y percibiste en ella la mirada de terror.

—¡Yo no, gracias! —gritó Lisa.

Y se levantó y salió corriendo escaleras arriba.

—Yo un poco, por favor —dijiste.

Lisa se detuvo.

—¡Ellis, no!

—Tranquila, Lisa. Solo será un poco.

Ángeles sonrió; cogió una de las tacitas y te sirvió café de la jarrita.

—Así perfecto. Gracias.

Ángeles señaló el azúcar y tú asentiste y mostraste dos dedos.

—Dos cucharadas, por favor.

Ángeles asintió y abrió el azucarero. Te sirvió dos cucharaditas y dio varias vueltas y las disolvió bien en el café. Tú pensabas en dónde estaría el veneno: si en el café, o en el azúcar, o en el fondo de tu tacita. Ella daba vueltas y ahora ya daba igual.

—Qué bien huele —dijiste.

Cogiste la tacita y mojaste los labios en el café, mientras Lisa te gritaba que no lo hicieras. Un mínimo trago y en pocas horas mueres. Sabes cómo funciona la ricina. Mientras tanto, Ángeles te sonreía y tú le sonreías.

—¿Rico?

—Rico.

Entonces ella se dio por satisfecha. Dejó la bandejita y se inclinó sobre Zettie Goodwin, que tras la muerte de Ronald estaba sentada en el sofá y comatosa y con los plomos emocionales

chamuscados.

—La señora tiene que comer. ¿Preparo yo?

Y así saliste al claro nevado con cuidado de no verter tu tacita llena.

No sigas, por favor.

Entraste por la puerta trasera del trastero y subiste las escaleras sin que nadie te viera. No entraste en tu habitación, sino en la de Ángeles Expósito.

No sigas.

Sobre su mesilla de noche viste lo que ya esperabas: el hornillo a gas y la cafetera medio llena.

¡Cállate!

Y en ella vertiste tu tacita de café. La sirvienta es la última en servirse. Si muere ella, es que ibas a morir tú, pensaste.

¡No puedo más! ¡Cállate!

Si muere ella, es que has acertado. Luego bajaste por las escaleras, saliste afuera por la puerta trasera y entraste en la sala de estar con la tacita vacía.

¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

¿Sabes una cosa, Ellis Harvey?

¡Cállate, por favor!

El primero en matar fue Aliou Sabaly. A Garrido. Él inició la cadena que ahora has seguido tú. De no ser por él, nada de esto habría pasado.

¿Qué?

¿Quién crees que había sido? ¡En el bosque no hay nadie más! ¡En la cabaña no hay nadie! ¿Quién va a vivir en este reino de la naturaleza?

Entonces ¿está viva Jamie?

Pon fin a esto y lo sabrás.

¿Cómo?

¿A quién crees que vio Zettie Goodwin pescando en el lago? ¿Quién crees que destruyó la radio? Fue Aliou Sabaly, Ellis. Él acabó con vuestra posibilidad de salir de aquí.

¡No!

Mira, Ellis. ¿Has visto el perforador de hielos? ¿A que parece un sacacorchos gigante? ¿A que parece un trofeo para borrachos? ¿No te parece demasiada casualidad que ahora lo vayas a coger tú?

¿Cómo sabes que lo voy a coger?

¿Por qué no terminas ya con todo esto?

¿Está viva mi Jamie?

Pon fin a esto y lo sabrás.

Maté a Antonio José Garrido. Yo soy su asesino.

No, tú no lo mataste, Aliou. Tú lo abandonaste inconsciente en la nieve, bajo la noche gélida, que es lo mismo que condenarlo a muerte. El frío lo mató. El frío fue el verdugo y tú el justiciero.

¿El justiciero?

Eso han hecho los justicieros siempre, ¿no? Los justicieros deciden qué hacer con la vida de una persona, los justicieros condenan. Los justicieros han sido emperadores y reyes y jueces y padres y madres y hermanos y también lo ha sido el pueblo. Pero cuéntanos, Aliou, ¿qué pasó cuando supiste que Garrido no era un psicópata que había matado a vuestros hijos y que ahora os

iba a matar a vosotros?

Me equivoqué. Cometí un error. Mi hija...

Garrido no era nada. No era un asesino. Era un tipo normal. Como todos aquí. Porque no sois asesinos, ¿verdad?

Yo soy un asesino.

No, eres un justiciero. Eres como el votante que dice sí a la guerra a la que irán otros.

¡No!

Después de Garrido dejaste de dormir y empezaste a tener visiones. ¿Cuántos días llevas sin dormir, Aliou?

Creo que doce.

¿Sin dormir nada?

Tengo pesadillas. Veo a Garrido y a Nadine.

Lo consideras un castigo por lo que has hecho, ¿verdad? Con Garrido y con aquellos rebeldes a los que metías mierda en la boca. Los fantasmas del pasado; creíste que estabas aquí para purgarte de tus pecados. De las atrocidades que cometiste en el pasado.

Aún lo creo.

Había alguien detrás de todo, ¿verdad, Aliou? Eso empezaste a sospechar. Te obsesionaste. Pensabas que había alguien que jugaba con vosotros y os observaba. Así que comenzaste a explorar por los alrededores de la casa, por senderos de animales y senderos humanos que vinieran de fuera, del otro lado del bosque, si es que existía ese otro lado. Porque lo mismo esto es el Purgatorio, ¿verdad, Aliou?

No lo sé.

Rastreaste posibles escondrijos. Puertas sepultadas bajo la nieve que condujeran a un mundo subterráneo de refugios como de termitas, donde pudiera ocultarse quien estuviera detrás de todo. Encontraste cuevas congeladas con estalagmitas, riachuelos aún fluctuantes, avistaste a un oso grizzly y creíste aproximarte al cobijo de una lobera. Merodeaste por el bosque y más allá, encontraste el lago y pescaste en él y bordeaste sus orillas. Así diste con el autobús y el radiotransmisor. Lo pensaste durante mucho tiempo, ¿verdad, Aliou? El radiotransmisor en la mano, tumbado en una de las literas. Para entonces tu mayor sospecha era el piloto que os trajo en avioneta. La compañía Denali Wind. ¿Por qué, Aliou? ¿Porque aún no habían vuelto a rescataros?

No solo por eso. Pensando durante aquellos días recordé algo que se nos había pasado por alto.

¿Qué recordaste?

Recordé que, antes de aterrizar, el piloto señaló la colina donde encontramos a Nadine. Dijo que desde allí se vería un buen atardecer. Cuando la encontramos no nos dimos cuenta. Nadie se acordó del comentario que hizo el piloto.

Así que creíste descubrirlos.

Sí. Estaba convencido de que eran ellos, de que sabían que mi hija estaba allí. Los de esa compañía aérea. Ellos querían que la encontráramos.

Entonces ¿qué hiciste?

Encendí la radio del autobús y busqué una frecuencia.

—Aquí Servicio de Rescate y Salvamento, ¿con quién hablo?

—Aquí radiotransmisor con número 34A-H8.

—Vale... ¿autobús de Wrangell?

—Sí.

—El temporal es fuerte. ¿Cómo están las cosas por allí?

Entonces te callaste, ¿verdad, Aliou? Pensaste que todo resultaba demasiado extraño y manipulador. Pensaste que te estaban engañando.

Sí, lo parecía. ¿Qué querías que pensara?

Es lógico que pensaras eso. Te comprendo yo y te comprenderán todos. Comprenderemos que mientras moríais en la casa tú dijeras:

—Aquí todo OK.

—¿Y en la casa con número 34A-H7? Me consta que se refugian allí nueve personas. Llevan cuatro días sin contactar por radio.

—Todo en orden en la casa con número 34A-H7. Que la compañía aérea vuelva según lo previsto. Dentro de nueve días.

Entonces cortaste la comunicación. Y miraste el aparato.

Lo sentía como si fuera obra del demonio.

De los Brujos del Bosque.

Sentía el mal sobre el pecho. Ellos lo habían dejado allí para que yo ahora lo cogiera. Estaba furioso. Los había oído. Eran ellos y jugaban con nosotros. No sé... Ahora veo que no pensaba con claridad.

Te equivocabas, Aliou. ¿Era la radio el mal o lo eran tus manos?

No lo sé.

Pero ¿destrozaste tus manos?

No, no las destrocé.

Y entonces ¿qué hiciste, Aliou?

No... no debí... Estaba furioso. Mi hija...

Destrozaste la radio, ¿verdad?

Pensé...

La pisaste varias veces con las botas y los crampones para el hielo, ¿verdad, Aliou?

Sí, lo hice. ¡Hice lo contrario de lo que ellos querían!

¿Ellos? ¿Quiénes?

¡No lo sé!

No hay ellos, Aliou. Ahora sabes lo que en realidad está pasando, ¿verdad?

¿Qué está pasando?

Que estáis solos, Aliou.

No puede ser.

Terminemos con esto, Aliou. Cuéntanos. Tenemos a Teodor y a Ulad.

No.

¿Qué pasó con ellos?

¡No!

Sí, Aliou. Dime, ¿qué pasó con ellos?

¡Fue un accidente!

Los escuchaste hablar en el bosque aquella noche. ¿Lo recuerdas? Tú estabas junto al árbol calcinado y habías pegado a Teodor, le habías impedido quemar el bosque y hacer un SOS monstruoso.

El Bosque está vivo, él no lo comprendía.

Y dime, Aliou, ¿qué dijeron?

No los entendí. Hablaban en ruso.

Pero escuchaste una palabra. ¿Qué palabra fue?

No...

¿Zolpidem? ¿El fármaco hipnótico para dormir? ¿No escuchaste eso?

Sí, solo entendí zolpidem.

Y cuando volvieron a la casa, ¿qué hiciste?

Los seguí.

Miraste por la ventana, ¿verdad? Les viste verter eso en tu té. Pensaste que te iban a dormir con una gran dosis de zolpidem, para quemar luego ellos el bosque.

¿Qué iba a pensar si no?

Teodor te había descubierto. Lo sabes, ¿verdad? Días antes, cuando entrasteis en la cabaña y visteis las caracolas. Teodor no sospechó de Ronald, sospechó de ti. Supo que habías estado antes en la cabaña porque te descubrió cogiendo la alfombra de oración. Al salir de allí, tú te rezagaste y te quedaste último. Cuando él volvió a entrar, te vio recuperarla.

Me la había dejado allí cuando...

Cuando cogiste las tenazas para hacerle eso a Garrido. Lo sé, Aliou.

Fue un error.

Sabes que no era zolpidem lo que vertieron en tu té, ¿verdad?

¡Entonces no lo sabía!

Sabes que pretendían envenenarte, ¿verdad?

¡No!

Sí, Aliou. Teodor trajo consigo esa sustancia. Polvos de ricina.

¡Teodor pensaba que yo era el asesino!

¿Y lo eras? ¿No habías matado a Garrido?

Sí, pero...

Teodor estaba afectado, no pensaba con claridad. Pero yo le entiendo, Aliou. No es fácil resistir en este lugar. No es fácil mantener la cordura. A ti también te ha sucedido. Así que vertió el veneno en tu té *lewel* y después tú...

¡No!

... y después tú vertiste el té en su enorme botella de *kvas*.

¡Pensaba que era zolpidem! ¡Quería dormirle! ¡Era mejor que él estuviera dormido!

Eso es, Aliou. Hubiera sido lo mejor para todos vosotros. Dormiros. No habría sucedido nada de todo esto.

Fue un accidente.

Fue lo que hiciste.

Esto es una locura. Es una locura.

¿Sabes, Aliou? Te contaré algo. Zettie te vio hablar por radio en el autobús.

¿Zettie me vio?

Sí, ella te vio pescar en el lago y después te vio en el autobús, mientras hablabas por radio. Ella estaba fuera, en el bosque, y supo que a quien espiaba era al asesino. Pero no te reconoció, ¿sabes? Hasta hace unos minutos.

Me ha visto con el perforador de hielos.

Sí. Y tú le has explicado que es para pescar en el lago. Ahora el perforador lo tiene Ellis. Zettie se lo acaba de contar. ¿Y sabes lo que va a intentar hacer con él? Va a reventarte el cráneo, Aliou.

## SÉPTIMA PARTE

Fragmento de la entrevista al autor de

*Los solitarios:*

—Le recordaré la escena en la que Ronald Goodwin juega a la PlayStation con su hijo. En apenas diez minutos de partida, Ronald abate a disparos a treinta y cinco insurgentes.

—Sí. Le arden las yemas de los dedos, de tanto apretar el botón.

—Después aparece Zettie, que dice: «Deberíais sentir alivio de que ese juego no sea verdad. Y, sin embargo, me preocupa que sintáis placer de que lo parezca». ¿Buscamos eso en las historias? ¿El placer de que parezcan reales?

—Somos como los espectadores de un coliseo. Buscamos historias de lucha, de vida y de muerte.

—¿Olvidamos nuestra condición de espectadores cuando asistimos a una historia?

—Si la historia parece real, nos olvidamos de nosotros mismos y de la mano invisible que crea esa historia. Un creador de historias siempre busca eso.

—¿Es siempre el escritor el azar dentro de su historia?

—Sí, pero también hay un azar sobre el escritor.



Francis Thurmond está solo en el claro. Contempla la nieve, contempla la casa. Contempla el escenario donde han muerto diez personas. Es un pequeño mundo, el escenario. Francis Thurmond sonríe. Empieza a comprender.

Aliou está solo en el claro. Escucha la voz.

Ellis va a reventarte el cráneo.

Aliou contempla el cielo. La nieve está detenida en algún punto de las alturas: miles de cristales con sus estructuras infinitas, adosados todos a las nubes como si fuera a las gradas de un coliseo, mirando expectantes el espectáculo de la Tierra.

Aliou vuelve a escuchar la voz:

¿Sabes quién os ha invitado?

¿Sabes quién entró dentro del cuerpo de tu hija, convertido en leucemia?

¿Sabes quién puso su cadáver en la colina?

¿Sabes quién hizo que coincidieran tu hija y Garrido en una fiesta?

¿Sabes quién hizo que se sacaran una fotografía?

¿Sabes quién puso la fotografía en la cartera de tu hija, para que la encontraras junto a su cadáver?

Fui yo, Aliou.

Ahora mira al frente. Ellis Harvey ha venido para terminar con todo esto.

Aliou mira al frente.

Ellis espera en la entrada de la casa cúbica. Tiene en las manos el sacacorchos gigante. Es un arma metálica y pesada, como una espada bastarda y medieval. Simboliza la vida de sufrimiento e incompreensión que ha tenido Ellis, así que porta dentro un poder desmesurado.

¿Por qué?

Por instinto, Aliou. ¿O es que quieres que él te mate?

Es una estupidez.

Lo sé. Pero así ha sido siempre.

¿Siempre?

Claro, Aliou. Convivimos en una casa y nos damos y nos quitamos la vida.

Esto es una locura.

Lo sé, Aliou. Pero ahora escucha: camina hasta él. No lo embistas, porque tiene el

sacacorchos, que perfora tanto hielos como cráneos. Deja que te embista él a ti primero.

Viene hacia ti, Ellis. Prepárate. Prepárate.

Estoy preparado.

Esto es como en el Hindú Kush. Lo has vivido.

Lo he vivido.

Levanta el trofeo del sacacorchos. ¡Mira cómo brilla en lo alto! ¡Mira los destellos, los flashazos! ¡Son como instantáneas que vienen del cielo, hay alguien que os mira como desde las gradas de un coliseo!

Yo o él.

¡Tú o él! ¡Aliou ya llega! ¡Sujeta el sacacorchos bien fuerte!

¡Yo o él!

¡Que caiga implacable! ¡Sobrevive, Ellis!

El sacacorchos cae y Aliou recibe el tremendo impacto con el brazo.

Le rasga el jersey, la carne y el periostio del cúbito, que es la primera capa y aún no hueso compacto, por donde solo corren pequeñas venas y nervios. A Aliou no le duele tanto como pensaba y el sacacorchos se queda clavado en la nieve.

Aliou lo aprovecha. Levanta la bota y pisa muy fuerte sobre la muñeca de Ellis. Hace palanca y se oye un crujido. Ellis grita; suelta el sacacorchos y queda algo expuesto. Aliou intenta pegarle con la mano en la cara, en el pómulo, en la nariz, en los ojos. Donde sea. Pero Ellis levanta el brazo y se defiende también con el cúbito, que es el escudo natural de un ser humano.

Aliou vuelve a pegar con el otro brazo, que es más torpe y lento. Ellis levanta también el otro brazo, que en la defensa no requiere la misma habilidad, y desvía el golpe. Encuentra un resquicio no para pegarle, porque requiere un impulso que por postura de pies no encuentra.

Entonces ¿qué haces, Ellis?

Le agarro la cara con una mano, aprieto los dedos y le hundo las uñas en la carne.

Y tú, ¿qué haces, Aliou?

Grito con fuerza y empiezo a sangrar de nuevo en la brecha de la frente. Ellis me aplasta la cara. Así que le puedo pegar.

Eso es.

Le pego. Le doy en la cuenca de los ojos. Hay un crac de hueso contra hueso. Le pego tan fuerte y tan bien que Ellis suelta la mano y ni siquiera grita. Se tambalea un poco.

Sí, Aliou. El cerebro se le ha sacudido dentro y le ha impactado contra las paredes del cráneo. Así que vuelve a pegarle.

¡Defiéndete, Ellis! ¡Eso es! ¡Eso es!

Aliou vuelve a pegar y Ellis se defiende. Vuelve a pegar y Ellis se defiende. Vuelve a pegar y Ellis se defiende. La lucha es frenética y algo confusa. Mientras le pega y se defiende, a Ellis se le disipa el golpe de la sien; adquiere claridad de visión y de movimientos, y la capacidad de pegar él también a Aliou.

¡Pégale, Ellis! ¡En el estómago! ¡En el estómago! ¡Justo bajo el esternón!

Ellis le pega y lo siente: sus nudillos se hunden en el abdomen de Aliou. Siente el hígado y el diafragma, además de otros órganos internos que se oprimen entre ellos y tientan con el estallido

como si fueran globos.

El puñetazo no le abre un agujero pero es como si le entrara dentro. Aliou se dobla en dos y apoya una rodilla. Boquea. Se lleva una mano al estómago y levanta la otra como pidiendo respiro.

Por favor.

Levántate. Levántate, Aliou.

Aliou intenta respirar, arrodillado.

Un momento, por favor.

Escucha, Aliou. Tu diafragma sangra por dentro. Se ha pinzado con las costillas tras el golpe. Pero ahora levántate o él te matará.

Ya voy. Ya voy.

Respira.

Respiro.

Disfruta del momento, Ellis. Mira a Aliou. Es la prueba tangible del poder físico, cuando uno mira cómo se recupera a quien ha doblado en dos. Los espectadores jalean tu nombre. Siéntete grande, Ellis.

¡Levántate, Aliou!

Respiro. Respiro.

¡Levántate!

Me levanto. Voy a por él. Lo voy a matar.

¡Eso es! ¡Eso es!

Grita Aliou como un poseso y embiste con la cabeza y con la fuerza de un toro o de un pilar de rugby. Ellis, que está indefenso, recibe el impacto y siente el vahído estomacal al ser elevado. Aliou sigue gritando; lo alza al cielo y lo gira sobre sus hombros. Antes de caer de cabeza, Ellis se golpea contra la viga transversal del porche y la dura madera le empieza a arrancar pelo.

—¡Para! ¡Para! ¡Para! —grita Ellis.

No pares, Aliou.

No paro.

¿Sabes lo que le estás haciendo? Su cabeza se restriega contra el canto de la viga. Se le está abriendo una gran brecha en la coronilla. Ahora tíralo al suelo y pégale.

Aliou se vuelve y sigue gritando como una bestia tribal del corazón de África. Ellis recibe una patada en la boca que le arranca los dos incisivos de arriba y los dos de abajo. Vuelan los dientes y se los oye caer en el porche como dados. Ellis grita. Siente los chispazos eléctricos en los nervios de las encías. El dolor es insoportable.

No pierdas el conocimiento, Ellis. No lo pierdas. ¡Grita, Ellis! ¡Grita!

Ellis grita muy fuerte y como un desdentado. Espera a que ceda un poco el dolor. Ha gritado tanto que Aliou no le pega otra vez y lo contempla, impactado. Le sale sangre por la boca y se levanta con los ojos desorbitados y salivando por las heridas. Porque con el dolor y la rabia está fuera de sí y en el extremo entre lo humano y lo animal.

Jadeas como un toro asestado, Ellis. Llévate la mano a la boca, intenta contener los hilillos de sangre que te cuelgan.

Voy a matarle.

No ves con claridad, espera.

Voy a matarle. No le veo, ¿dónde está?

Ellis va a matar a Aliou, pero Aliou no está delante de él y sí en un lateral. Aliou lo coge de la

cintura y lo lanza hacia la casa. Ellis se ve volando a una velocidad inaudita y rompiendo la ventana bajo una lluvia escandalosa de cristales. Cae al oscuro interior.

¡Joder! ¿Qué es esto?

Tienes cristales clavados en las palmas y en las rodillas. Intenta quitártelos.

Ellis busca los cristales y se los intenta quitar. Son como restos de metralla. Se le han adherido a la piel, que al extraerlos se estira como tela viscosa. Ellis sigue quitándose los y mira al otro lado de la ventana. Fuera hay una quietud blanca de expectación. Calla el viento y callan los árboles. La silueta de Aliou lo espera tambaleante, con el codo izquierdo inmóvil, un hematoma en la cuenca ocular y un reguero de sangre en la barbilla. Ellis se siente como un puercoespín herido, con las púas hacia dentro.

Te has parado, Ellis. ¿Por qué?

No lo sé.

¿Tienes miedo?

No lo sé.

¿Ahora tienes miedo a morir?

Ellis se levanta y sale por la ventana. No ve el colmillo de cristal encajonado en la moldura. Se le clava en el músculo isquiotibial justo cuando hace fuerza para salir. El cristal se introduce por tejidos y tendones, en la zona trasera de la pierna. El dolor es muy interno y muy íntimo.

Aaaaaaargh. ¡Dios! ¡Dios!

Duele, Ellis. Lo sé.

Aliou percibe lo que está pasando, que es algo ridículo porque se lo hace Ellis mismo, justo cuando menos le conviene.

Aprovecha ahora, Aliou. Es el momento.

No puedo.

¿Cómo que no puedes?

Él está sufriendo.

Sufre, sí. Pero ¿sabes qué desea ahora mismo y con todas sus fuerzas? ¿Más incluso que sobrevivir? Desea hacerte daño. Más del que siente él ahora. Eso es lo que desea. Ahora mismo Ellis se reduce a eso. Ellis es ese deseo.

Te revuelve por dentro, ¿verdad, Ellis? La sensación de ridículo. Te hurga en la dignidad. ¿Crees que habrá alguien riéndose por lo que te acaba de suceder?

Voy a embestirle.

Aún tienes el cristal clavado en la pierna.

Le embisto.

Puuuum. Ellis embiste a Aliou y es profundo el golpe. Como un timbal.

Sienten ambos el impacto, el calor del cuerpo ajeno, la proximidad del otro organismo. Ellis no logra tirarlo al suelo, y mucho menos levantarlo. Hay desventaja de peso. Pero Aliou se trastabilla hacia la nieve y queda expuesto.

¡Ahora, Ellis! ¡Levanta el puño!

Ellis levanta el puño y acierta en la barbilla, desde abajo. ¡Joder! Un buen gancho con lo que le queda de coraje y energía.

Pocos saben lo que significa un buen golpe en el punto exacto de la barbilla. Ahora mismo lo estás descubriendo, Aliou. ¿Lo sientes? Se te desplaza la mandíbula y el hueso de la quijada, de derecha a izquierda. Siente el nervio. Siéntelo. Es un cable de electricidad, ¿a que sí? Siente cómo temblequea, ¿no te da dentera?

Mis piernas. No puedo...

No puedes moverlas, sí. El nervio. Ya te lo he dicho. Te ha paralizado la parte izquierda del cuerpo. Así que doblas la rodilla y quedas como en petición de matrimonio o en nombramiento de lord, tu cara a la altura del pecho de Ellis.

¡Agárrale del pelo! ¡Agárrale de ese pelo afro y tribal, Ellis!

Lo agarro bien fuerte.

¡Ahora mírale! ¡Mírale muy de cerca mientras le aprietas el pelo!

Le voy a golpear, en la cara, todas las veces que pueda. Me voy a dejar los nudillos hasta matarle.

Aliou, escucha. Puedes pegarle a Ellis en los testículos. Desde bien abajo y vertical, mientras él te mira. ¡Quítale el habla y la hombría!

Aliou lo hace.

Ellis siente el impacto y el aire se esfuma de sus pulmones. La parálisis es como una avalancha y le viene de abajo. Grita Ellis a medias porque no tiene aire. Cae y vomita algo de bilis. Resuella salivoso y le viene una especie de risa débil mientras está en el suelo retorciéndose. El dolor no tiene gracia pero posee un misterioso cruce con algún nervio del humor. Mientras tanto, Aliou se ha levantado y da pisotones en la nieve con la pierna izquierda, que aún tiene paralizada, intentando hacerla reaccionar. Ellis se retuerce y se arrastra por la nieve, como una foca sobre el hielo y recién salida del agua.

Eso es, Ellis. ¡Arrástrate!

Joder... joder...

¡Ellis! Mira lo que tienes ahí. ¡Es tu trofeo!

... el sacacorchos gigante.

Cógelo y apóyate en él. ¡Vamos, Ellis!

... es como un bastón.

Levántate. Respira. Sé que el dolor testicular continúa ahí, sé que es extenso y paralizante. Sé que gimes y toses. Sé que escupes restos de dientes y de sangre. Pero ya falta poco. La balanza se va a decantar. Tienes que ser tú, Ellis.

Ellis se levanta del todo y hay en su espalda recta una dignidad de hombre erguido, una altivez de pueblo renacido y mesías con bastón.

Te has levantado, Ellis.

Me he levantado.

Esto has hecho en tu vida, levantarte una y otra vez.

Pero sin la elegancia de ahora.

Han sido levantamientos más confusos, lo sé.

No me han dado tanta satisfacción.

Ahora es tu gran levantamiento.

Es el gran levantamiento de mi vida.

Surca las nubes un rayo de sol. A Aliou ya le responden las piernas. Mira a Ellis, que también lo mira, erguido y milagrosamente sereno, con el báculo de los borrachos.

Prepárate, Aliou. Te va a embestir de nuevo con el sacacorchos, con todo su acero cortante. ¡Esquivalo!

No.

Llega el sacacorchos y Aliou lo contiene de frente, con las manos enguantadas.

Pero ¿qué haces?

Aliou grita, claro. Es un recorrido circular el del sacacorchos, un tobogán metálico, de aristas curvas y afiladas para accionar con la manilla y girar sobre sí mismo y perforar superficies duras. Le despelleja los guantes y las palmas de las manos. Le dibuja líneas sangrantes. Le corta también tendones y nervios digitales. Corretea la sangre entre los dedos de Aliou. Se le mojan los guantes. Ellis muestra en los ojos sorpresa y admiración. También percibe sorpresa en los ojos desorbitados de Aliou, que se creía incapaz de hacer lo que está haciendo. Su mirada está muy cerca de la de Ellis. Hay en ella una contención límite.

Estás llorando, Aliou.

Aliou está llorando, Ellis.

Te caen las lágrimas por las mejillas, Aliou.

Le caen lágrimas por las mejillas, Ellis.

Ambos estáis de pie sobre la nieve, compartiendo el sacacorchos.

¿Sabéis? La naturaleza os ha reunido aquí, en su reino inhóspito. Hay mil ojos que os rodean, que contemplan vuestra pelea, en esta casa y en este claro. ¿No os habéis dado cuenta? Son como gradas olímpicas. Es un coliseo moderno, que he diseñado yo para que contemplan vuestro espectáculo.

¿Para que lo contemplen?

¿Quién nos contempla?

Ellos.

¿Quiénes son ellos?

Jamás llegaríais a imaginarlo.

Aliou, ¿por qué lloras tanto?

Aliou empuja el sacacorchos hacia abajo, lentamente. Le sangran mucho las manos. Ellis, que sujeta el sacacorchos desde el mango, contempla cómo llora y empuja hacia abajo el sacacorchos.

¿Qué vas a hacer, Aliou?

Cuando tiene espacio, Aliou golpea con la cabeza. Su frente craneal impacta contra el hueso nasal de Ellis. Grita Aliou y nota el chasquido. La nariz se parte en dos y hay astillas que saltan bajo la piel. La sangre se desparrama en chorro por los orificios. Ellis suelta el sacacorchos, se lleva las manos a la cara y brama como un gorrino mientras lo desangran.

Aliou. Mírate las manos, se te ha quedado el sacacorchos incrustado. ¿Qué vas a hacer ahora?

Pegarle.

Aliou impacta el sacacorchos contra la cara de Ellis. No sabe dónde le da.

Ellis da unos pasos hacia atrás y no para de bramar.

Dale otra vez, Aliou.

Le impacta de nuevo el sacacorchos en la cara. Le revienta un ojo.

Ellis cae al suelo. Se cubre con las manos y empieza a llorar.

Aliou. Ellis tiene la cara aplastada y no puede ver. ¿Qué vas a hacer?

Aliou se mira las manos; ya no tiene el sacacorchos, con el impacto se le ha caído. Abre algo las palmas y le gritan las heridas. Cae de rodillas sobre Ellis.

¡Grita, Aliou!

¡Grita y vuelve a golpear!

Grita Aliou y golpea con todas sus fuerzas sobre la cara aplastada, para matarlo de una vez.

¡Golpea, Aliou!

¡Golpea!

¡Golpea!

Golpea Aliou una y otra vez y ya no grita. Golpea una y otra vez y lo que hace es berrear como un animal. Golpea una y otra vez y el cerebro de Ellis, que flota dentro del cráneo, colisiona contra las paredes; explotan neuronas y se generan hemorragias. Aliou sigue berreando y sigue golpeando, hasta que pegar a Ellis es como pegar a la tierra.

Para, Aliou.

¡Para!

Francis Thurmond sonríe solo, en medio del claro. Abre su cuaderno y busca entre las páginas. Corretean dibujos y anotaciones. Al fin encuentra la lista:

Nadine Sabaly

Antonio José Garrido

Teodor Veselin

Ulad Dobrovolsky

Ronald Goodwin

Zettie Goodwin

Lisa Flanagan

Ángeles Expósito

Aliou Sabaly

Ellis Harvey

Un español. Un empresario postsoviético y su secretario de finanzas. Un matrimonio neoyorquino. Una mexicana superdotada intelectualmente. Una inglesa sin memoria o sin confianza que cuida de su padre senil. Un veterano alcohólico de la guerra de Afganistán. Un inmigrante senegalés afincado en Francia. Tan diferentes entre sí, tan iguales. Todos conviviendo juntos en la casa. Es como una alegoría, piensa Francis. Podría servir para una novela.

Después la mira. La casa es el centro y todo gira alrededor de ella. Francis empieza a reírse, solo en el claro.

¡Para, Aliou! ¡Para!

Aliou se detiene y resuella como un animal. Mira el cuerpo deshecho. Ya no es Ellis, el cuerpo. Es un amasijo de carne, nervios y huesos que se extienden por la nieve. Aliou mira alrededor y se ve solo en el centro del claro. Calla el bosque y calla el coliseo. Se levanta y lo único sonoro en el claro es su jadeo. Diría que está de pie o está flotando.

Vas a morir, Aliou.

De la casa brota un estruendo y silba algo horizontal que perturba el aire. Se sacude nieve en las copas del bosque y termina el silbido en un chasquido de ramas.

¿Qué ha sido eso?

Mira hacia la casa, Aliou. La mujer rubia está en la puerta. Es el foco del disparo.

¡Zettie Goodwin!

Sí, es Zettie y sostiene una pistola. Mira, Aliou. Mira el ojo del cañón. La muerte es como el tiempo y adquiere forma en las cosas. Ahora la muerte es ese ojo que miras. Míralo, Aliou. Mira cómo brama el ojo otra vez. Prende el ojo y se vuelve fuego. Escucha el silbido. Viene súbito. Te va a quemar la oreja.

Grita Aliou mientras su oreja arde. Lo que siente es esto: unos dientes de fuego le han mordido la oreja y se la han arrancado. Todo es pitido en tu oreja, ¿verdad, Aliou?

Grita y se toca la oreja; lo único que tiene es sangre y piel caliente. No hay fuego. El pitido ya no es del tímpano sino de tu cabeza entera, Aliou. ¿Me escuchas?

El pitido es insoportable.

Escúchame de nuevo, Aliou. Recuerda que Zettie sigue ahí. Corre hacia ella. Salva tu vida.

Aliou tiene lágrimas en los ojos y corre hacia ella. Zettie lo ve correr y vuelve a disparar.

¡Zettie ha fallado! ¡Corre, Aliou!

Aliou corre y corre y su garganta se desgañita como en una carga bárbara y tribal. Zettie siente la llegada negra y enloquecida. Es el peor terror posible para alguien como ella, que es racista y aporofóbica y hace lo contrario para ocultarlo. Durante un instante, lo asocia a una muerte lenta por canibalismo. El grito le cae encima. Zettie cierra los ojos y dispara. Le sopla en la cara la bocanada caliente.

¡Aaaahh!

¡Te ha dado, Aliou! ¡En el pecho, en el pecho! ¡Aguanta, Aliou! ¡No te caigas! ¡Aguanta!

¡Por qué no se cae!

¿Sabes por qué no se cae, Zettie Goodwin? ¿Sabes por qué Aliou sigue corriendo hacia ti con una bala dentro? Yo te lo diré: en realidad ningún proyectil puede derribar a humanos por el mero impacto de su propia masa. Caerse es fruto del terror y del reflejo, por una vida de películas y de sabiduría popular donde caen los cuerpos que han recibido un disparo. Tendrías que tener un obús para hacer saltar por los aires a Aliou.

¡No es verdad!

Sí, es verdad. Así que vuelve a disparar, Zettie. Ya llega. Lo tienes encima. ¡Vuelve a disparar! Zettie cierra los ojos y vuelve a disparar. Dos veces.

A escasos pasos de ella, Aliou se sacude con otras dos balas en el cuerpo. Zettie no lo ve parar y grita:

—¡No!

Cae la avalancha africana sobre Zettie. Unos ojos muy blancos y unos dientes muy blancos. Una cara negra de hombre puro y con el alma salvaje. Las salivas salen despedidas y preceden al hombre. Le llegan antes a Zettie.

¡Corre!

¿Qué?

¡Corre, Zettie! ¡Corre!

Se vuelve Zettie y corre hacia el interior de la casa. Lloro hacia las escaleras.

¡No mires hacia atrás! ¡No mires!

Zettie corre y mira: vuelve la cabeza un instante porque el terror en la espalda es peor que en la cara.

Se acabó, Zettie Goodwin. Aquí te cae. Te cierra los ojos.

¿Qué?

Un impacto tan brutal que no llegas ni a entender.

¡No!

Sí.

A partir de ahora, Zettie Goodwin, no queda nada más en tu vida. Caes al suelo y permaneces inconsciente. Te saldrá sangre de la cabeza durante unas horas. Jamás volverás a despertar.

Aliou, ¿estás bien? ¿Sabes lo que haces?



No sé muy bien lo que hago.

Estás mareado. Tienes tres balas en el cuerpo.

Me vibra el brazo.

Tienes en la mano el atizador que has cogido de la chimenea. Has golpeado a Zettie con él. Por eso te vibra.

Siento el cuerpo pesado. Estoy como fuera de sitio.

Te estás muriendo.

No veo bien.

Mira a Zettie. Está en el suelo, en pijama y con los guantes puestos. Su cabello rubio se mancha de sangre. Sé que siempre te ha gustado su cabello rubio, Aliou.

Es muy bello.

Ahora te diré lo que has de hacer: tira tus guantes y los de Zettie a la chimenea.

¿Por qué?

Hazlo, Aliou. Ahora coge la pistola y deja el atizador.

Me sube algo caliente por la garganta.

Es sangre. Trágala de nuevo y sube por las escaleras.

Aliou se tambalea por las escaleras. Ascende lentamente. Gotea sangre por los escalones.

Estás entrando en la habitación, Aliou.

Me quiero tumbar.

Claro, claro. Ha llegado el momento.

Sí, ha llegado.

Eso es, apoya la cabeza. Descansa, Aliou.

Qué gran alivio.

Aliou sonríe y ahora sí escupe sangre. Se le queda adherida a la barbilla. Por reflejo se la quita y al rozar la barbilla con la mano casi se le desacopla el hueso. Aliou se ríe de dolor.

Tienes la mandíbula medio suelta.

Me acabo de acordar.

Acuérdate de las botas. Dentro de unos días vendrá alguien, un inspector, y se quedará un tiempo contemplándolas.

Aliou se reincorpora.

Es importante estar descalzo, Aliou.

No puedo quitármelas.

Sí puedes. Tómate tu tiempo.

Son lentas mis manos.

Piensa en ellas. En tu mujer y tu hija.

Las quiero mucho. Creo que nunca las he querido tanto como ahora.

Ya está. ¿Lo ves? Has podido.

Aliou vuelve a tumbarse y el alivio es vasto. Suspira feliz.

Descansa, Aliou. Yo estoy junto a ti.

¿Quién eres?

Recuerda que tienes la pistola cerca, en la cama.

¿Quién eres?

Algunos están esperando. Búscala con las manos y dispárate en la cabeza.

Emeli llega al claro y descubre a Francis con un detector de metales, cojeando como un tullido mientras barre la nieve. También sonriente, hablando solo, alzando la voz a veces. Pi-pi-pipi. Suena en el bosque el pitido del detector.

—¿Thurmond?

—No hay asesino, Urquiza. ¡Se mataron entre ellos! ¡Estaban solos!

Francis explora la nieve apelmazada, con el ahínco infantil de la búsqueda de un tesoro.

—¿Qué buscas?

—Tuvo que ser una sucesión de hechos. Una cadena fortuita. Hay algo en este lugar, Urquiza. Desconozco qué es. Pero ese algo les hizo perder la cordura. ¡Qué gran misterio!

—¿Thurmond!

Francis la mira.

—¿Qué buscas? —repite Emeli.

Francis mira el detector.

—Ah, sí. ¿Se barrió la escena con el detector de metales?

—Creo que sí —dice Emeli.

—Tenía que volver a hacerlo. Nevó entre las muertes y nuestra llegada. Pudieron quedar objetos enterrados. Tal vez armas homicidas.

—Trasladan a Ethan Alvey a la oficina del DIC. Para la declaración.

Francis explora en la nieve, en busca de su tesoro.

—¿Ha confesado quién envió las invitaciones? —pregunta.

—Sí.

Francis sigue barriendo la nieve. Pi-pi-pi-pi. Es un ritmo lento y acompasado. Emeli espera que pregunte por la identidad de quien envió las invitaciones, pero en su lugar Francis dice:

—He pensado mucho en las caracolas.

Emeli suspira.

—¿Y qué piensas sobre ellas?

—Las caracolas dicen cosas. Ahora creo entenderlas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dicen las caracolas?

—En la cabaña hay caracolas que se comen la cola.

—Lo sé. Caracolas que se comen a sí mismas. Como la pescadilla.

—Así es, Urquiza. Y también hay una frase, un fragmento de *El señor de las moscas*, de cuando se destruye la caracola. En la novela de William Golding, quien tiene la caracola tiene el turno de

la palabra.

—La caracola simboliza el orden de la civilización.

—Sí, Urquiza. Así que la frase y los dibujos hablan de lo mismo. Hablan de la destrucción de la caracola.

Emeli entorna los ojos. Hay un atisbo de comprensión, que por fin se le filtra a través del lenguaje críptico de Thurmond.

—Hablan de la destrucción de la civilización —murmura.

—Pero no una destrucción cualquiera, Urquiza. Sino una destrucción en la que la civilización se come a sí misma.

Emeli siente un cosquilleo exaltado en el estómago.

—Joder, Thurmond.

Francis sonríe, mientras explora ensimismado la nieve, en medio del pi-pi-pi-pi.

—Es...

—Es lo que ha sucedido aquí. En la casa. Se mataron entre ellos. Se comieron entre ellos. No había nadie más.

Francis señala la casa entre la bruma. Emeli contempla la construcción semiaeroespacial. Arquitectura puntera en mitad de la más salvaje naturaleza. Versión contemporánea y *millennial* de la cabaña rústica de Henry David Thoreau.

—Según Alvey, las caracolas las dibujó Junio Expósito —dice Emeli—. Pero Junio no tenía forma de saber lo que sucedería. Ni siquiera envió él las invitaciones. Es demasiada casualidad.

—Sí, Junio no tenía forma de saberlo. Pero aun así las dibujó. Es como si alguien le hubiera dicho qué dibujar.

—¿Alguien? ¿Quién?

—No lo sé, Urquiza. Pero es como un juego, ¿no te parece?

—¿Otra vez lo del azar?

—Sí, una broma del azar. O del destino. Son sucesos que se encadenan fortuita o intencionadamente.

—¿El destino? Pero ¿qué leches es el destino?

—No lo sé, Urquiza. Puede ser un orden superior, una ley de la naturaleza.

—¿Y si es solo nuestra imaginación? Para dar sentido a nuestros actos.

—¿Cómo hacen los psicópatas o los fanáticos religiosos que oyen voces?

—Como hace cualquier creyente, Thurmond. O como hace cualquiera con sueños y proyectos que busca controlar eso que llamamos destino.

Callan un instante los dos inspectores. El bosque está en silencio. El pi-pi-pi-pi de Thurmond es un sonido minúsculo y da su magnitud grandiosa al bosque.

—El azar, el destino, la ley de la naturaleza, nuestra imaginación; sea lo que sea, nos ha mareado de narices —dice Emeli al cabo, tras un largo suspiro.

Asiente Thurmond, concentrado en su búsqueda.

—Es emocionante, ¿no te lo parece?

Emeli suspira de nuevo.

—Y ahora resulta que no hay asesino. Joder.

Francis se ríe.

—¿Quién lo iba a decir!

—A mí me sigue pareciendo todo muy planificado, Thurmond. Para no haber nadie detrás de todo.

Sonríe Francis.

—Es curioso, ¿verdad, Urquiza? Piénsalo bien: en nuestro trabajo siempre hay un culpable, un individuo concreto. Pero en la historia de la humanidad el único culpable es el ser humano en sí, como especie y como colectivo, en su propia convivencia.

—De hecho, es lo que sucede continuamente, salvo en nuestro trabajo.

—La lógica nos ha engañado, Urquiza. Nuestra lógica dice que tras un muerto hay un crimen y tras un crimen hay un asesino. Pero el crimen también puede ser compartido. ¡Y contra uno mismo! Emeli suspira por tercera vez y mira hacia la casa.

—Así que nuestras víctimas compartieron el crimen.

Francis asiente.

—Como la civilización, Urquiza. ¡Como nuestra civilización comilona!

Pipipipipipipipi.

—¡Te encontré!

Thurmond sonríe y se inclina sobre el detector, como si fuera un bastón y él un anciano paticojo. Se arrodilla y hurga ansioso entre la nieve. Surgen montoneras y deslizamientos cristalinos. El brillo es débil y arenoso hasta que se vuelve un gran destello, bajo el sol que se filtra entre las nubes. Surge primero un fragmento de acero curvo. Surge después un perforador de hielos, del tamaño de una pierna. Tiene restos de sangre.

—Parece un sacacorchos gigante —comenta Emeli.

Thurmond lo sostiene, orgulloso. Un tesoro desenterrado. Entonces suena el móvil de Emeli. *Up* con sus violines y trompetas.

—Urquiza.

—Hemos identificado a quien envió las invitaciones, jefa. Se ve claro en el vídeo. Sin duda es ella.

Sala de interrogatorios. Departamento de Homicidios de la Policía Estatal. Ciudad ártica donde brillan auroras boreales y hurgan en las basuras osos grizzly. Ethan Alvey declara por enésima vez, las mismas preguntas de Francis Thurmond, las mismas respuestas.

—¿Cuánto tiempo estuvieron en la casa?

—Ciento cinco días.

—¿Fue usted feliz durante esos ciento cinco días?

—Lo fui.

—¿Tiene usted conciencia de que cometió numerosas infracciones?

—Sí.

—¿Cuándo conoció a Nadine Sabaly?

—Un año y medio antes de ir a la comuna. En una fiesta.

—¿Sabía usted que estaba enferma cuando la invitó a unirse a la comunidad?

—No lo supe hasta que estuvimos allí.

—¿Y por qué no reaccionó? ¿Por qué no la acompañó a un hospital?

—Porque ella lo quiso así.

—¿Sabía ella que su enfermedad era terminal?

—Sí.

—¿Cree usted, Ethan Alvey, que se equivocó al cumplir su voluntad? ¿Cree que ella habría sobrevivido de convencerla usted para ir a un hospital?

—No lo sé.

—¿Estaban enamorados Nadine y usted?

—Creo que sí.

—¿Por qué llora, Ethan Alvey? ¿Le pesa la conciencia?

—Sí, me pesa.

—¿Le parece si cambiamos de asunto?

—Por favor.

—Hablemos de otra joven miembro de la comuna. Hablemos de su hermana: Matilde Alvey.

¿Le pesa a ella la conciencia por lo que hizo?

—Mi hermana lleva mes y medio sin salir de casa.

—¿Por qué envió su hermana las invitaciones?

—Creyó que era lo mejor. Jamás imaginó... Fue un accidente.

—Esas invitaciones desencadenaron los terribles sucesos que se han dado después. ¿Se equivocó su hermana al enviarlas, Ethan Alvey?

—Me equivoqué yo, inspector.

La comunidad de los *millennials* era feliz. Había una irrealidad propia de los sueños en el verano de la casa cúbica. Días extensos. Sol rojizo que aleteaba entre los árboles, se posaba y se volvía líquido sobre las montañas. Noche fugaz. Existía allí un trastorno del tiempo, del orden biológico y universal. Se cerraban los ojos de día y se abrían los ojos de día. El anochecer y el amanecer no eran allí dueños del tiempo y de la vasta belleza del mundo, eran dos amantes furtivos que consumaban rápido y mientras los demás dormían.

Ethan Alvey era feliz en la casa cúbica. Lo hablaban todos en la comunidad, mientras comían o trabajaban o antes de dormirse: la vida allí era un descubrimiento. La vida allí tenía valor. Era una vida íntima, verdadera, no había necesidad de mostrarla en las redes para que tuviera sentido. La vida allí se vivía, todo fluctuaba y todo sucedía y todo se perdía al instante. La vida allí era solo de ellos, no era vida prostituida.

Ethan había encontrado en los viejos maestros la escapatoria a los anclajes de su mundo. Tolstói, London, Thoreau, Kerouac, la historia de Alexander Supertramp. Ethan había construido su propia cabaña, su propia comunidad, su alternativa al orden establecido. No existía nada allí que los conectara al exterior. No había redes. No había Instagram. Si algo se compartía, era la silenciosa desesperación de cada uno. ¿Acaso hay algo más útil por compartir? Ethan se sentía libre. Se había quitado los grilletes. Había escapado de la sociedad que lo asfixiaba. Tampoco había padres. Ni había explicaciones. Ni existía el viejo mundo hermético de generaciones anteriores. Nadie sabía que estaban allí, ni siquiera sus más íntimos amigos; la comunidad constituía un secreto, era un descubrimiento que el mundo aún desconocía. En el futuro pensaban darlo a conocer, pero la sensación de que creaban algo alternativo y novedoso a espaldas de la humanidad resultaba insuperable. Todo era maravilloso. Ethan Alvey se desintoxicaba de sus adicciones y descubría la paz. Mientras tanto florecían abetos y píceas, surgían moras de pantano y arándanos de montaña y trigo sarraceno, se oía al pájaro carpintero y al búho boreal, y se avistaban águilas pescadoras y somorgujos.

Como tenían una cámara polaroid con los carretes justos, mimaban las fotografías. Inmortalizaron instantáneas en grupo y también individuales, en el claro y con los árboles de fondo. En el trastero dejaron una caja enorme de cartón con todas las cosas inservibles para su nuevo mundo: móviles, pasaportes, llaves, tarjetas y dinero. Cuando los días se acortaron, cenaron con el anochecer y la felicidad ordinaria y pura de haber trabajado duro y tener por delante una cena en compañía. Freían filetes de alce y cocinaban verduras de la huerta y se sentaban en el porche. Mariposeaban briznas de hoguera y hablaban de libros y de la vida, que era algo

grandioso y en plena apertura y de lo que resultaba maravilloso hablar.

Para entonces todos sabían que Nadine estaba enferma de la sangre. Le habían dado quimioterapia. Le habían trasplantado células madre. Seguía ahora una terapia biológica. Ella no soportaba la compasión y bromeaba sobre su enfermedad.

«¿Por qué siempre hago mala sangre?»

«¿Alguien me cambia los leucocitos?»

A los veinte días de llegar allí se habían sucedido en la comuna pequeñas pasiones y amores libres, aventurillas de una noche, sexo fraguado con sencillez y naturalidad. También existía una amistad especial entre Ethan y Nadine, eso todos lo percibían, aunque entre ellos aún no hubiera sucedido nada. Nadine estudiaba a Ethan y Ethan estudiaba a Nadine. Nadine imaginaba el pensamiento de Ethan y Ethan imaginaba el pensamiento de Nadine. Lo que Nadine deseaba es lo que todo humano implora a los demás, lo que vuelve a la vida soportable y no un festival de suicidios: un simple amor.

Pero por supuesto ella no iba a decir nada. Tendría que ser él quien dijera algo primero.

Mientras tanto anocheecía y la Vía Láctea renacía sin contaminación lumínica, con la grandiosidad de siglos pasados. En la comuna se apagaban hogueras, se formaban grupos y parejas, se hablaba de estrellas y de amor.

—Los poetas del pasado escribían sobre las estrellas mientras las veían —murmuró Ethan—. ¿Sobre qué estrellas escribirán los poetas del futuro?

—Serán poetas del espacio —dijo Nadine—. Poetas astronautas.

—Eres una visionaria.

—Me lo has puesto en bandeja. Has sido tú el visionario. Yo soy la sanguijuela que se ha aprovechado.

—¿Te parezco un visionario?

—Sí. Un visionario aterrador.

—¿Aterrador yo? ¿Por qué?

—No lo sé. Me das miedo. Nunca sé dónde estás, siempre cambias de opinión y te adaptas a los demás. Eres un ser escurridizo.

—¿Tanto me estudias?

—Creo que tú eres mejor estudiante de personas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Eres un estudiante de personas y situaciones. Eres bueno porque lo que buscas es lo que ves en ti y no deseas que los demás vean. Creo que ocultas lo que eres en realidad.

—¿Y tú no lo haces, Nadine Sabaly?

—Sí, yo también lo hago.

—¿Y qué me ocultas?

—No lo sé. Y tú, ¿qué me ocultas, Ethan Alvey?

Llevaban allí treinta días cuando los visitó en la comuna Matilde Alvey, la hermana estudiosa de Ethan, siempre apurada por un estricto sentido común. Matilde necesitaba sentir orden a su alrededor, reposo de las cosas, la sensación de que su influencia en el mundo seguía la senda de lo correcto. Tenía el corazón blando y algo beato, lo que diluía a veces su conocimiento extenso y su inteligencia y también su sentido común. Desde pequeño y con cierta ignorancia, Ethan se había aprovechado de esta situación. Construyamos una casa en el árbol. Nademos junto a las rocas.

Capturemos esa serpiente. Así que, por sentido común, Matilde no aprobaba su proyecto secreto de la comuna. Pero por corazón blando le había ayudado a ejecutarlo. Era el dilema eterno de su vida como hermanos. Nada más llegar Matilde quiso hablar con él a solas.

—No sé si deberías seguir —dijo a Ethan.

—¿Por qué?

—Han puesto una denuncia por desaparición.

—¿Quiénes?

—Los Goodwin. Llevan más de un mes sin saber de sus hijos.

—Somos adultos, hermanita. Ya podemos decidir.

—Deberías decírselo a Jenny y Charlie. O al menos comunicárselo a los padres. Eres el responsable de esta comunidad.

—No los voy a tratar como a niños. Por esa misma razón están aquí. Mañana nos vamos de pesca al lago, ¿te apuntas?

—No lo sé, Ethan.

—El misterio que habita aquí es apasionante. Ya lo verás, hermanita. Tú también caerás en sus redes.

—¿Qué hay de Junio Expósito? ¿Se ha integrado?

—Lo intenté, pero se fue a vivir a la cabaña del bosque.

—No debiste traerlo.

—Le apasiona la naturaleza. Quiere estar rodeado de bosque. No le gusta esta casa. ¿Qué quieres que haga?

—¿Por qué tienes que cuidar siempre de los desamparados y los raros?

—Porque están solos en el mundo, hermanita.

Era el sexagésimo día. Las raíces se sumergían en las aguas voluptuosas y susurrantes. En verano, con el deshielo, el bosque allí era zona pantanosa. Ethan y Nadine caminaban por el agua y sus pisadas deshacían fugazmente el reflejo de la penumbra azulada. Sonidos lejanos de vida nocturna. ¿Silbido de frailecillo? ¿Rugido de grizzly? ¿Aleteo de somorgujo? Todo eran preguntas en el bosque. Posibles respuestas siempre abiertas. Imaginación maravillosa.

A Junio Expósito ya casi ni se le veía en la casa. No se sentía cómodo en ella. Decía que era un fuerte y que él prefería estar fuera, con los indios. ¿Qué indios? Ethan lo visitaba cada pocos días. En los árboles Junio había inscrito marcas, para guiarse por el laberinto del bosque. Lo encontraron en la cabaña, como siempre, sentado en una banqueta y en prominencia como de isla a la que nunca llegaba el agua, cuando ya era tan de noche que Ethan pensó que no lo iban a encontrar. Junio encendió una cerilla al verlos llegar, no tanto para alumbrarlos como para enseñarles cuánta oscuridad había alrededor.

—¿Veis? —dijo.

—¿Qué vemos?

—La cerilla nos dice cuánta noche hay. Da a la noche toda su magnitud.

—La noche es lo que importa, entonces —repuso Nadine.

—Sí. La cerilla es una gran historia. Ahora mismo somos nosotros con nuestra historia. Y la noche es todo lo que existe para contar. El ser humano jamás podrá ir más allá de la noche.

—¿Cómo van los dibujos? —preguntó Ethan.

—Entrad.



Junio encendió un quinqué grasiento dentro de la cabaña. Había terminado su obra en la pared. Nadine la veía por vez primera.

—«La caracola que se come la cola» —leyó—. Me encanta.

—La caracola simboliza el orden de la civilización —explicó Junio.

Nadine se acercó.

—Es una obra interesante. La civilización que se come a sí misma.

Rio Junio con estridencia, como si el comentario de Nadine lo entusiasmara mucho.

—¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé. Algo dentro de mí me dice que lo haga. Es como una necesidad o una apetencia.

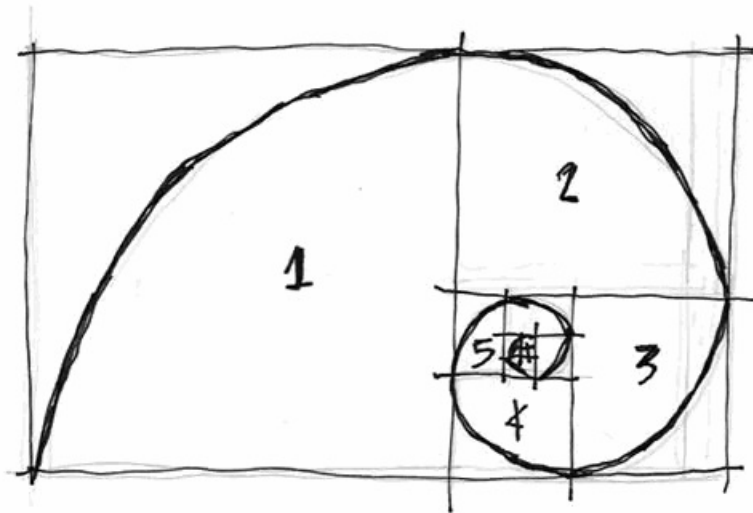
—Las caracolas son infinitas, ¿verdad?

—Sí. Se rigen por una ley infinita, que es la ley de la naturaleza.

—Tienen estructura infinita.

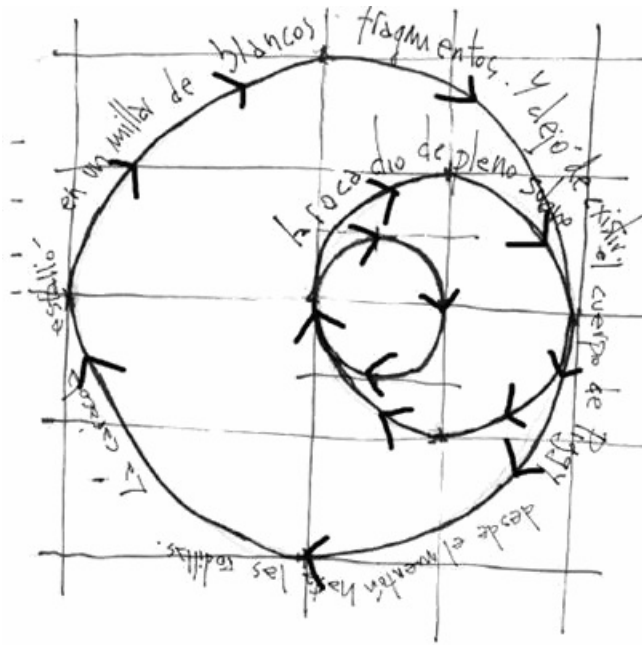
—Sí. Se llama estructura fractal. Es la estructura de todas las cosas naturales y no hechas por el ser humano. Las caracolas simbolizan a la perfección esta geometría. Giran sobre sí mismas, formando un cuadrado dentro de otro cuadrado. Y así infinitamente.

Junio señaló una de las caracolas y dijo: «Uno, dos, tres», formando un esquema que más o menos era algo así:



—¿Y cuándo se comen a sí mismas? —preguntó Nadine.

Junio señaló otro de los dibujos, el que contenía la frase, y con el dedo realizó un recorrido circular que formaba algo así:



—Se comen y empieza el ciclo de nuevo. Una y otra vez. Infinitamente.

Al volver de noche a la casa cúbica, Ethan despidió a Nadine en la puerta de su habitación.

—¿Mañana pesca en el lago, entonces?

—Claro.

Nadine se quedó con la puerta abierta y mirando a Ethan, esperando. Lo hizo sin querer. El ardor era imperceptible y le atribuía a él la responsabilidad de hacer algo. Era un callejón sin salida. La penumbra azul confería a sus cuerpos una cualidad cósmica.

—Bueno —dijo Ethan. Y la tocó en el hombro y enseguida se percató de la ridiculez de su gesto. Así que le dio un beso.

Nadine se quedó satisfecha y dijo buenas noches. Cerró la puerta y se quedó a oscuras y sola en su habitación. Sonrió.

A la mañana siguiente bajaron todos a desayunar salvo Nadine. A Ethan la espera se le hizo larga y percibió su ausencia antes que nadie. Pero no hizo nada hasta que los demás notaron su falta. En cuanto alguien dijo algo, subió por las escaleras y llamó a su puerta. Nadine no contestó y volvió a llamar con los nudillos. Al fin abrió con cuidado una mínima rendija, porque estaba violando sin permiso una intimidad ajena; vio luz y vio en la cama la silueta de Nadine. Estaba en pijama y abrazada a la almohada. No tenía color en la cara ni en los labios. Tenía los ojos enrojecidos de llorar.

—¿Puedo?

Ella no dijo nada.

—Me voy si quieres —dijo Ethan.

—¿Te importa airear la habitación? —preguntó ella.

Su voz sonó húmeda y mocososa.

—Claro.

—Tiene que oler a cerrado.

Ethan abrió las ventanas.

—Huele a esencia de rosas —comentó.

—No mientas. Huele al olor rancio de mis sueños.

—Al olor rancio de tu sueño. Y ni aun así. Me parece un olor cálido y tranquilo.

Ethan se sentó junto a Nadine en la cama. Ella seguía abrazada a la almohada. Tenía moratones en las piernas y en los brazos.

—Mi cuerpo ha tenido una noche movidita.

—¿Pelea de almohadas?

—Justo eso.

Ethan se quedó callado. Y lo hizo cuando era extraño hacerlo, cuando el flujo de palabras impelía a seguir hablando.

—¿Qué piensas? —preguntó Nadine.

—Pienso en si existe alguna forma.

—¿Alguna forma para qué?

—Para que te cures. Me da miedo que pierdas opciones estando aquí.

—Si vuelvo a un hospital otra vez, me muero antes. Necesito estar aquí.

—Me resisto a pensar eso.

—Eres un recién llegado que no tiene ni idea, Ethan Alvey.

—¿Un recién llegado? ¿Aún no te acuerdas de cuando te conocí? Ya hace más de un año.

—Espera... ¡ah, sí! Me acuerdo.

—¿Te habías olvidado?

—Me estaba burlando, Ethan Alvey. Fiesta Erasmus. París. ¿Cómo no acordarme?

Estaba claro que Nadine Sabaly era la peor, por pensarlo. Allí a nadie parecía importarle. Era una fiesta Erasmus, en el jardín trasero de la casa de Camille, en Ivry-sur-Seine. Había invitados de todos los colores y de todos los acentos. Formaban una mezcolanza auditiva y visual digna del mejor cuadro de Jackson Pollock. Gente abierta, gente alegre, gente sana de espíritu, gente de todos los países y de todas las razas... ¿y de todos los estratos sociales? Pues también. Eso a Nadine la llenaba de euforia, y de una sensación de libertad *neohippie*.

Pero ella era la peor por pensarlo, por ver un cuadro de Jackson Pollock, por ver salpicaduras y no un color uniforme, nacido de todos los colores, de la mezcla de todos los colores. Demasiado había pensado ya, con sus padres, que habían emigrado a Francia a su edad, creyendo entrar en una sociedad abierta que no cerraba fronteras, con gobiernos limpios, y no en un país envejecido y con miedo de perder su forma de vida superior. Demasiado había pensado, sobre todo después de la muerte de mamá, cuando se sentía sola en el piso de estudiantes, toda ella envuelta en mantas y membranas de nostalgia. Sus padres se habían partido el alma, una vida de sacrificio para colarla en la universidad y en aquella vida de privilegio. Así que no fastidies este oasis en el jardín de Camille, este oasis de diversidad invisible, este oasis de ciudadanos del mundo. No lo fastidies con tu pensamiento. Olvida lo que traes contigo. Formatéate, Nadine. ¡Disfruta!

Así que bailó. Y ¡Dios!, la música, la magia de la música. Lo que es capaz de hacer. ¡Qué ganas de vivir, Nadine! *Give It All Back* de Noah and the Whale sonando en el jardín. Y, mientras, la gente bailando y riendo porque la música les junta las emociones.

Camille le presentó a gente y conoció a Antonio José Garrido, el padre de María, que la había venido a visitar desde España. Se sacaron una foto y después de eso Nadine se integró en la fiesta porque estaba con un *fluir* de espontaneidad, con una facilidad de palabras, de sonrisas y de saber estar, que ni se lo creía ella ni se lo creía Camille. Como si fuera cuestión de asumir un papel, ella terminaba por creerse que de verdad era así, tan extrovertida y con tanto mundo por compartir. ¡Ja! Menuda estás hecha, Nadine. ¿Dices mundo? El de las clases y el de casa, el de los libros y las obras de teatro, el de aquel chico del instituto, el del aparato dental, al que besaste y llegaste a rozar su entrepierna porque él te rozaba los pechos, pero nada más. Y claro, comportándose así sentía como una retroalimentación entre fuera y dentro, algo así como el actor de cine que termina por sentirse como el personaje que interpreta. En esas estaba cuando le sonrió el americano que tenía junto a ella, para decirle algo, algo que iba directamente a sus oídos y que pronunció con la intimidad justa para que se interpretara como conversación externa al grupo. Nadie pareció notarlo. Y sin darse cuenta, entre frases y miradas y emoción oculta mediante que absorbía cualquier cosa que no fuera ellos, la música había cambiado y hablaban solos.

Se llamaba Ethan Alvey y, por algún misterio que no llegó a percibir, Nadine prestó especial atención a su nombre. En realidad, dentro de ella escuchó una voz que le dijo: «Presta atención a este nombre, Nadine, será importante en tu vida».

Por las palabras de Ethan, que le hablaba mientras ella escuchaba esa voz interior, Nadine dedujo que era tan guerrero social como ella, pero no impostado, sino de alma y corazón, también como ella. Lo supuso porque vestía de todo menos de guerrero social (el desaliño calibrado de quien lleva rastas y camisas harapientas cuidadosamente elegidas. Ojo, Nadine, no caigas en los tópicos. ¡Pero por algo existen!). Él vestía elegante, como joven elitista sonriente, y se comportaba con una inteligencia, una seguridad y una autenticidad que impresionó (intimidó) a Nadine. También le gustó, más allá de la obviedad primaria de: ¿a quién no le gusta un tío guapo, inteligente y confiado? Seguro que eleva tus genes a primera división. No. Le gustó porque aquel rasgo suyo supuso un *piececita* insólita y sutil que encajaba perfectamente en los huecos para *piececitas* que tenía ella.

¡Y usó la palabra «formateo»! Algo que Nadine solía emplear mucho consigo misma, en la intimidad de sus pensamientos, cuando se obligaba a hacer reajuste de comportamiento, especialmente en entornos sociales. ¡Formateáte, Nadine! Ethan dijo que eso les correspondía hacer a las generaciones del nuevo milenio: dejar atrás los desechos del pasado y formatear el mundo. Que la humanidad comenzase de nuevo. A Nadine le encantó escuchar aquello de su boca, en inglés americano, ojos azules y melena rubia mediante, pero no le gustó demasiado que dijera desechos, o basura (empleó la palabra *trash* y no supo la traducción exacta). Así que le desmontó el eslogan entre maliciosa y divertida: si formateamos y nos quedamos sin campos de Auschwitz, sin la memoria colectiva de las vergüenzas y los logros del ser humano, será como volver a pisar las mismas huellas. Y claro, él se rio, asumiendo el rechazazo con elegancia.

Hablaron y hablaron y cuando la fiesta arreciaba y los procesos de flirteo se resolvían, no hubo nada. A la hora de la verdad, a ella se le vio el plumero, porque le afloraron los nervios y dudó, y encubrió todo eso con cierta frialdad al iniciar ella una despedida. Él, caballeroso como era, no la forzó ni incurrió más allá (gesto que a ella le encantó, aunque deseara lo contrario). Aun así, a pesar de ese final y tal vez precisamente por ese final, quedó como un capítulo inacabado, un regusto especial de dos astros que habían coincidido en órbita para verse de cerca y descubrir que eran gemelos y que lo suyo, su medio cuerpo siempre en sombra, no era efecto de la luz solar, sino de una esfera partida por la mitad.

Así que se dieron los números de móvil, y al día siguiente él le volteó el corazón con un wasap y el enlace a una beca en Estados Unidos, en la universidad donde él estudiaba, que tenía acuerdos con la Sorbona. «Te invito a equilibrar la balanza.»

Claro está, ella flotó en una burbuja de frenesí durante el día y durante la noche. Cuando se calmó, se dio unos días para pensarlo, aunque mientras tanto se acercó a la Oficina de Recursos Internacionales de la facultad y preguntó por plazos. Presentó su solicitud y comenzó a preparar el examen de inglés, y después ya decidió que lo había pensado. Mientras esperaba la resolución, le vino un deseo voraz de entenderlo todo sobre Estados Unidos. Leyó a Fitzgerald, a Faulkner, a Roth, se tragó las diez temporadas de *Friends*, eligió un equipo para la Super Bowl, aprendió el significado de *quarterback* y los 0,91 metros de una yarda. Borró la cuenta de Facebook porque sus cinco publicaciones y sus ochenta y siete seguidores sonaban ridículos ante los siete mil quinientos de Ethan, que también tenía Twitter e Instagram y publicaba cosas todos los días. Las fotos y los comentarios de él la fascinaban y la angustiaban a la vez. Porque su vida parecía un anuncio de Coca-Cola y parecía imposible que ella tuviera cabida en esa existencia, con tantos seguidores y tantos amigos que le respondían en el tablón. Hubo días en los que pensaba que todo era una broma, que ella no tenía nada para que él se fijara. Pero entonces Ethan le envió cartas (sí, cartas, en lugar de wasaps, con el problema logístico y temporal que supone) y le habló de una comunidad en la naturaleza y de un proyecto ilusionante que tenía entre manos, donde hubiera diversidad de gentes, mezcla de colores, culturas y lenguas, y le dijo que le encantaría que ella fuera partícipe de él. Nadine sintió enseguida lo de las cartas como una señal de voluntad e interés, un mensaje de que ella se merecía una dedicación especial. Todo eso lo impregnó como con una distancia mágica, un romanticismo antiguo, que los hizo sentirse lejos del mundo y de sus redes de comunicación; pronto ella se limitó a esperar las cartas durante semanas y dejar de seguirlo en las redes. Aunque le había dado tiempo a reparar en lo cuidado que tenía su cuerpo, según sus redes gracias a dietas y ejercicios de gimnasio. Pero eso no importó cuando se conocieron, y aun así Nadine sustituyó los nachos por ensaladas ilustradas y comenzó a salir a correr. Consiguió adelgazar y probó con un nuevo *look* de trenzas de Nubia, y mutó su inglés al argot americano. Con todo el entusiasmo, apenas le dio tiempo de percatarse de que en realidad se sentía fatigada y que no pasaba de los cinco minutos corriendo, y que de repente eso de adelgazar se le daba excesivamente bien. Así siguió, algo más comedida y con algún suplemento vitamínico, sintiéndose cerca de la felicidad. No le quedó tiempo para pensar demasiado en que seguía adelgazando, que a veces le costaba respirar, que tal vez lo de correr había sido muy osado, y que con subir las escaleras hasta el piso de estudiantes ya era suficiente. Hasta que llegó la primavera y Ethan la invitó a pasar el verano. Además, le concedieron la beca para estudiar en Estados Unidos, después de muchísimo estudio para lograr las notas de corte. Entonces, un día, ella se desmayó en el rellano del cuarto piso. Le hicieron análisis, ecografías, gammagrafías, biopsias y una punción lumbar. Estuvo cuatro días hospitalizada sin que su padre supiera que había recaído otra vez. Y al salir escuchó dentro de ella: «*Carpe diem*, Nadine».

Así que escribió una carta a Ethan para decirle que en mayo volaría a Estados Unidos. Y que lo acompañaría a esa comunidad que estaba creando en la naturaleza. Después visitó a su padre a las viñas del Alto Languedoc y le anunció la gran noticia. Pero su padre, que tras la muerte de mamá estaba sumido en sus viejos fantasmas, no fue capaz de alegrarse.

—Me voy pronto por la mañana, papá.

—Tienes la cena en la nevera.

—Tengo un buen recuerdo de aquella fiesta —dijo Nadine—. Creo que fui feliz de verdad.

Ethan sonrió.

—Había gente de todos los países y de todas las razas. Eso me gustaría reunir aquí. Una convivencia en armonía. Rodeados de naturaleza.

—Qué tierno eres cuando hablas así.

—¿Tierno? ¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando te pones utópico.

—Más que tierno, me suena a que pretendes insinuar inocente.

—Optimista, más bien.

—¿Y también realista?

Nadine sonrió.

La comuna se fue al lago a pescar y Ethan se quedó con Nadine. Ella durmió buena parte del día y él no hizo gran cosa. Se levantaba y miraba por la ventana; luego se volvía a sentar junto a ella en la cama. Nadine continuaba abrazada a la almohada. A veces se despertaba y le decía cosas:

—Lo mejor de todo es que se me quedará una proporción áurea. Medidas de pasarela.

—¿Lo dices por tus futuros 60-90-60 o por las caracolas de Junio? Creo que la geometría de la proporción áurea es esa.

—Lo digo por las dos cosas. Mi cuerpo es una caracola que se come la cola. Se consume hacia la proporción áurea.

—Tienes un humor raro. Se me hace difícil seguirlo.

—Pero es un humor que te gusta, ¿no?

—Sí, me gusta mucho. Y que sepas que no me gustan las medidas de pasarela.

Nadine despegó la cabeza de la almohada.

—¿En serio?

—Sí.

—Pues allá tú. Te perderé a ti pero ganaré miles de pretendientes.

Al atardecer Nadine se vio con fuerzas para salir de la casa cúbica. Dijo que quería dar un paseo. Los demás aún no habían vuelto y era como si estuvieran solos. Ethan la llevó a un lugar especial a través del bosque. La colina emergía de los árboles y respiraba buscando cielo.

—¿Podrás subirla?

—Si no merece la pena, te cortaré algo muy preciado.

Ethan tragó saliva. Subieron como dos ancianos, o como un hijo acompañando a un anciano. Ethan pensó eso pero no quiso decirlo. Poco después lo dijo Nadine.

—Subimos como dos abuelos.

La colina en realidad era una suave ascensión. Había hierbas altas que ondulaban como filamentos susurrantes mientras les abrían paso. Arriba se desplegó la majestuosidad de la Tierra. El bosque respiraba bajo ellos y se desperdigaba en el horizonte entre tundras, lagos y ríos. Las montañas brillaban con su grandeza lejana. Se dieron la mano.

—Soy virgen —confesó Nadine.

—Yo también lo soy —reveló Ethan.

Él estiró su otra mano y buscó la de Nadine. Ella se volvió y ambos se quedaron de frente.

Había en sus movimientos algo robótico y artificial. Se miraron y a Nadine se le escapó una risita.

—Estoy nerviosa.

Ethan también lo estaba, aunque no lo dijo. La besó para dejar de mirarla. Prefería las cosquillas en los labios a las cosquillas en los ojos. Prefería ser un ciego con lenguaje de braille. Ninguno supo con certeza si se besaron bien o mal. Cuando Nadine cogió aire tenía lágrimas en los ojos. Ethan la volvió a besar. Cuando se tumbaron sobre la hierba se quedaron hundidos en la tierra y envueltos por filamentos eternos, con un fragmento de cielo esperándolos fuera, allá arriba. Nadine quedó debajo de él; estaba aterrada y no era capaz de saber lo que quería. Tenía el miedo y el deseo confundiendo entre ellos y confundiéndola a ella.

—Me van a salir moratones.

—Tendré cuidado.

Nadine temblaba. Le dio las gracias y le pidió que por favor siguiera. Él comenzó a desnudarla. A ella le había preocupado cómo se quedaría desnuda ante él, cómo se quitaría la ropa y dónde sería, si estaría de pie o tumbada. Había pensado mucho en aquel momento y se había convencido de que sucedería. No se sintió preparada y buscó a Ethan mientras él le quitaba las bragas. Quiso atraer su cabeza y que la besara, que la mirara a la cara y no a los pechos o a la vagina. Pero él no hizo caso, él estaba concentrado, él era todo ternura, él era un ser reducido a la máxima entrega, él solo existía en el mundo allí y ahora para entregarse a ella, para hacerla disfrutar a ella. Cuando Nadine adquirió conciencia de esto, de que lo que hacían consistía básicamente en disfrutar a través del otro, y de que con toda probabilidad aquella sería su única experiencia en la vida con el sexo, dejó de buscarlo y miró al cielo. Desnuda y con los brazos abiertos se quedó como diciendo: «Esto es lo que soy, hazme tuya».

Volvían a casa. Resplandecían las estrellas sobre los árboles. Tenían la distensión de quienes han perdido el oxígeno de las entrañas y de los pulmones y después lo han vuelto a recuperar. La humanidad entera es adicta a ese vahído. Ellos dos eran felices y caminaban en silencio.

—Cuando me muera, quiero que me entierres allí.

—Para que no suceda, hoy dormiré contigo.

—Los dos no cabemos en la cama de mi habitación.

—Pues llevo mi cama. Y si no entra por la puerta, dormiré en el suelo.

—Eres un romántico, Ethan Alvey.

Esa misma noche, cuando Ethan volvió a su habitación a intentar cargar con la cama, Matilde lo esperaba.

—¿Qué le pasa a Nadine? —preguntó.

Ethan comprobó las medidas del colchón y confirmó la imposibilidad de la empresa.

—Tiene leucemia —dijo.

—Lo intuía.

—He pensado en llevarla mañana al lago, ya que no ha podido ir hoy. Estoy seguro de que disfrutará.

Ethan cogió su saco, para dormir en el suelo.

—Voy a pasar la noche con ella —anunció.

—Haz lo que quieras. Yo mañana ya me voy.

—¿Tan pronto?

—Viene a recogerme la avioneta.

Matilde miraba por la ventana, hacia la nocturnidad del bosque.

—¿Estás enfadada?

—Es lo de siempre, Ethan. Esta vez cometes un grave error.

Al día siguiente, Matilde Alvey voló sobre la tierra salvaje y dueña de sí misma. Después cruzó las arenas petrolíferas, que eran la frontera entre el reino de lo humano y el reino de la naturaleza, así que abandonó el país de lo salvaje, donde estaba la casa de la comunidad.

Cuando aterrizó en la ciudad ártica se alojó en un hostel y se dio una ducha. Después bajó a las calles a tomarse un té rooibos y a comer un sándwich derretido en queso. Mientras comía redactó algunas cartas, organizó sobres y guardó en ellos fotografías polaroid de cada miembro de la comunidad. Después escribió las direcciones que había extraído de los pasaportes que había en la caja de cartón, en el trastero. Dudó algo en lo que había escrito en las cartas. Había pensado mil opciones. Había valorado la mentira total. O la verdad total. O la mentira a medias. O la verdad a medias. Había sopesado hacer daño a uno. O hacer daño a otro. Pero no. Busca el punto intermedio, Matilde. Lo sientes por Ethan, pero es por el bien de todos. Si él no entra en razón, lo harás tú. Esta vez no puedes pasarlo por alto. Es superior a ti. Es inadmisibile. Los padres tienen derecho a saber dónde están sus hijos. Ellos os han protegido siempre. Ellos os han dado lo mejor, mejores ropas que las tuyas, mejores móviles que los tuyos, ellos os han pagado viajes universitarios a países a los que no irán jamás en su vida, ellos os han dado la educación que no tuvieron, las vacaciones que no tuvieron; siempre ha sido así, primero vosotros y después ellos. ¿Y ahora les hacéis esto? ¿Qué hay peor para un padre que no saber dónde está su hijo?

A Matilde le asolaban los miedos. Ella veía miedos en las cosas de la realidad como otros veían números o veían felicidad o desesperanza. Todo era motivo de miedo. Cualquier acto. Cualquier comentario. Le aterraba ser incorrecta. Le aterraba no ser buena.

Estimado señor X, soy Matilde Alvey, coordinadora de la comuna de la que es miembro su hijo. Le escribo para invitarle...

En nombre de la comuna a la que pertenece su hijo, le contactamos para invitarle...

Hola, papá, soy X, estoy en X, la vida aquí es maravillosa, me gustaría que vinieras...

¡Ven y descubre lo maravillosa que es la vida aquí! Siento haber tardado tanto en dar señales de vida. Quiero que sepas que estoy bien...

¡Estoy bien! Siento no haber dado señales de vida... pero me gustaría que vinieras a verme. En la ciudad más cercana hay una compañía, la Denali Wind, que ofrece algunos vuelos a este lugar...

Matilde. Elige esa última.

Al final no quiso pensarlo demasiado. Optó por la misma opción para todas las cartas. Una mentira a medias la hacía sentirse mejor. Era una mentira hacia lo correcto. Nada de alusiones directas, algo intermedio para todos. No quería meter la pata. Siempre es mejor la seguridad mediocre al riesgo de lo perfecto. Matilde tenía mucho miedo a equivocarse. El miedo al error. Al final fue una decisión que no supo realmente si tomó ella. Cuando redactó las cartas tampoco supo si era ella la que redactaba. Fue una sensación extraña, como si alguien se las fuera dictando.



Como si alguien le dijera qué opción elegir. Selló los sobres y los guardó en una bolsa. Salió a la calle y caminó hasta una oficina de correos como por inercia ajena. Allí entregó los sobres. Los miró por última vez mientras los sellaban. Aún seguía con dudas por lo que había escrito, pero consideró que era la solución más acertada.

¿Las recibirán?

Seguro que sí, Matilde. ¿Por qué razón no iban a recibirlas? Ya verás como sí. Las leerán y al menos tendrán la opción de saber dónde están sus hijos. Visitarlos. Compartir la experiencia. Si fueras madre, te haría ilusión. Hasta aquí es todo lo que puedes hacer tú, Matilde.

Ethan se llevará un disgusto cuando los vea aparecer en la casa. No quiero hacer daño a Ethan.

Lo de tu hermano es por papá, lo sabes. Enseguida sabrá que has sido tú, pero entenderá que no tenías otra opción.

Matilde suspiró y salió de la oficina. Que sea lo que Dios quiera. Empezó a caminar. Había tranquilidad en las calles. Entró en una librería y merodeó un rato; compró dos ensayos y dos novelas. Empezaba a hacer frío cuando salió. Paseó un poco más y subió al hostel cuando anocheceía. Se lavó los dientes y se puso el pijama. La calefacción estaba encendida. Se tumbó y leyó hasta tener sueño. Apagó la luz y cerró los ojos. Volvió a escuchar lo que creía era su voz interior: «Has hecho lo que debías, Matilde. Puedes dormir tranquila».

Han pasado dos semanas desde la resolución del caso. Se encontró ADN de Sabaly y de Harvey en el perforador de hielo, además de restos y fibras de una pelea brutal que acabó con la vida de Harvey y dejó muy malherido a Sabaly. Francis solicitó una revisión de los depósitos de bario y plomo en las ropas de las últimas víctimas. Encontraron restos en las mangas de Zettie Goodwin que coincidían con la Colt del calibre 38 que disparó a Sabaly y restos de la Blaser de caza que mató a Ronald en el cuello de un anorak hallado dentro de un armario, en la habitación de Ellis Harvey. La reconstrucción total de los hechos y el orden de cada muerte aún está abierta, pero la declaración de Matilde Alvey, su aparición en el vídeo y sus huellas en las invitaciones han confirmado la teoría thurmondiana de un *Diez negritos* sin asesino. Los motivos y la sucesión de hechos que condujeron a una matanza entre las víctimas jamás serán esclarecidos, y son tan misteriosos como la intuición extraterrestre de Francis.

Es el final de la jornada en el Departamento de Investigación Criminal y se percibe ya el rumor de expectación entre los agentes, la incontenencia dicharachera y juvenil. Después de dos semanas, por fin ha llegado la noche esperada: la fiesta de despedida donde todos se emborracharán y olvidarán a psicópatas e infanticidas y cuerpos descompuestos. Tienen vía libre. Permiso de mujeres y de maridos y de madres. La razón es de peso: se va la jefa, la vasca de la Ivy League. Emeli Urquiza ha solicitado una excedencia para volver a su tierra. Fatiga psicológica, dicen algunos. Demasiado estrés al frente de la investigación, dicen otros. Asuntos sentimentales, dicen los chismosos. Al parecer, la novia le puso los cuernos, dicen los cabrones.

—Te echaremos de menos, Urquiza.

—Ha sido un placer, Urquiza.

—Le agradecemos su indiscutible labor, Urquiza.

—Esperamos su retorno, Urquiza.

—Por favor, su placa y su pistola, Urquiza.

Los desalmados de la jefatura no han esperado a que se enfríe su asiento y ya le han puesto a Emeli un sustituto, que llegará en dos días. La placa ya está sobre su mesa con el nombre de T. Loren. Nadie en la oficina lo conoce.

—Thurmond.

—Sí.

—La gente se baja al pub. Habrá que ir.

—Ve yendo.

Francis está en su mesa y responde sin alzar la vista, absorto en la novela de August Alvey.

Tiene cara de concentración, de inmersión en Burbujas Thurmond. Estudia el texto como un catedrático de literatura.

—¿Cómo va tu lectura?

Francis alza la vista.

—¿Te explico?

Emeli sabe que se la juega, porque Francis está muy bien callado. Se sienta junto a él.

—Hazlo.

—Vale. —Francis se ajusta los tirantes—. Vamos a ver. Por dónde empezar. August Alvey, nacido en Victoria, Australia, en 1965.

—Bien —dice Emeli.

—Su novela habla de lo que sucedió en la casa. Es su teoría de los hechos.

—¿Y qué resolución da a los asesinatos?

—Ha escrito un *Diez negritos* sin asesino. Se matan entre ellos. La naturaleza los mata. Su propia naturaleza.

Emeli se ríe.

—¡Acertó el muy cabrón!

—Sí, acertó, Urquiza. Es listo August Alvey. Pero hay algo realmente curioso. En su novela hay un personaje escritor, de nombre Amadeus Asange, que indaga en el misterio de los asesinatos y escribe una novela sobre lo que sucede en la casa. Y a su vez, en la novela de Amadeus Asange, el protagonista es otro escritor, que se llama Antoine Angels, y que también indaga en los misterios de los asesinatos y, a su vez, escribe otra novela sobre lo que sucede en la casa, en la que el protagonista también es otro escritor.

Emeli parpadea.

—¿Una estructura infinita?

Francis tiene un brillo infantil en los ojos.

—¿Y no te parece curioso que todos compartan las mismas iniciales?

Emeli asiente, sin entender demasiado.

—Lo es, Thurmond. Pero ¿de qué nos sirve esto?

—Diría que es una especie de señal.

—¿Una señal? ¿De quién?

—Lo desconozco, Urquiza. Aún hay algo que se nos escapa. Pero es maravilloso que se nos escape, ¿no te parece?

—Claro, Thurmond.

Francis sonrío y vuelve a su novela. En la mesa tiene informes y apuntes literarios, además de su enorme cuaderno de dibujo abierto. Emeli ve una lista de las víctimas, en el posible orden de muerte: Nadine Sabaly, Antonio José Garrido, Teodor Veselin, Ulad Dobrovolsky... Emeli deja de leer y mira de nuevo a Francis, pero él ya la está mirando.

—Urquiza.

—¿Sí, Thurmond?

—¿Por qué te vas?

—Eso digo yo. ¿Por qué no nos vamos ya al pub?

—Lo digo en serio, Urquiza.

—Yo también lo digo en serio. Soy el motivo de la fiesta.

Francis la observa. Su presencia es grave, serena, elegante, atildada. Impone, Francis. Al final Emeli cede:

—Estoy hasta arriba de buscar asesinos y de ver cadáveres, Thurmond. El mundo quiere asesinatos, pero el mundo también es otra cosa.

Francis no dice nada y se pone a mirar por la ventana. Después retoma la lectura y se le ve algo triste.

—Entonces no funcionas con Larissa —comenta.

A pesar de su burbuja aislante, Francis tiene la intuición de un padre con su hija. Emeli suspira.

—No demasiado —dice—. No sé si con el tiempo... Veremos a la vuelta.

—Lo siento, Urquiza. Uno nunca sabe los factores que intervienen. Mi padre dice que el tiempo y la vida son superiores a cualquier empeño.

—¿Y qué más dice tu padre sobre vivir con alguien?

—También dice que la convivencia en pareja es la más sacrificada de las instituciones humanas. Dice que trae renuncia y sueños frustrados, pero también bienestar social y anímico. Mi padre es cristiano protestante y ya tiene bienestar. Pero visita todos los días la tumba de mi madre y lo que no dice es que aún sueña con los años que compartió con ella.

—Thurmond. ¿Cuestionas algo de lo que dice tu padre?

—Cuando me hice mayor y me abrí al mundo, mi padre siguió por encima de él.

—Eso es una fantasmada. No me lo creo.

Ríe Thurmond. Sus risas son sorprendidas y escandalosas.

—Mi padre es pequeño y camina muy encorvado, pero lo hace por encima del mundo.

—Ahora tengo curiosidad por conocer a tu padre.

—Puedo invitarte a cenar a mi casa, si quieres.

—Ya era hora, Thurmond.

—¿Ya era hora de qué?

—De que me invitaras. Somos compañeros de investigación. Se supone que tenemos que invitarnos.

—Vale, Urquiza. Pues si quieres, mañana mismo.

—¿Mañana?

—Sí.

—¿Con resaca?

—Con resaca.

—¿Y qué le puedo llevar a tu padre?

—¿A mi padre? Nada. ¿Te refieres a un regalo?

—Sí. Me refiero a colonia. A un buen vino. Zapatillas nuevas para vuestras marchas matinales. Algo le gustará.

Thurmond lo piensa unos momentos.

—Le gustan las sopas de letras —dijo al fin—. Eso sí le gusta.

## OCTAVA PARTE

Fragmento de la entrevista al autor de  
*Los solitarios:*

- Rompe un código al jugar con el azar y el destino de los personajes.
- Escribir es romper ese código. Todos los escritores creamos una ilusión en la que nos volvemos invisibles. Nuestra mano desaparece, pero en realidad sigue ahí. Lo que quiero es mirar de frente a esa ilusión, subirla a la superficie.
- ¿No rompe así la ilusión de su historia?
- No la rompo. Enseño lo que hay detrás.
- ¿Y qué busca con eso?
- Busco lo que cualquier escritor: llevar más allá la ilusión.

Emeli, Francis y su padre sentados en el porche. La casa de los Thurmond está en un pueblecito cerca de Charles Town. Desde el porche no ven demasiado, solo la carretera y el depósito de aguas y otras dos casas que son iguales. También hay dos pinos y una gasolinera, algo más lejos. Del horizonte se ve un poco; entre las dos casas asoma un fragmento de colinas onduladas y tendidos eléctricos. Atardece y lo único que se oye es el viento. Acaban de cenar y han salido afuera, donde no hacen nada. Se limitan a estar allí tranquilamente, al fresco.

El padre de Francis tiene la cara de un pergamino hecho con piel de vaca negra. Es muy negro y muy menudo. Sus ojos son grandes y de un vidrio amarillento. Calza unas deportivas muy blancas y que le quedan algo grandes, con las que se va a pasear a ritmo de marcha olímpica todas las mañanas, encorvado y detrás de Francis. Llevan cincuenta minutos en el porche y tanto Francis como su padre espantan moscas y miran lo mismo de todos los días. Su mirada es lenta. Miran como las vacas pero con inteligencia en los ojos.

—Va a llover —dice el padre de Francis.

—He metido la ropa en casa —responde Francis.

—La cena ha sido estupenda —interviene Emeli.

—Me alegro, hija —dice el padre de Francis.

Emeli tiene una resaca antológica de la noche anterior. Han cenado un plato de alubias pintas con salchichas y huevos fritos. De fondo sonaba la *Tercera sinfonía* de Brahms. Los Thurmond han comido con su estilo inusual, lento y elegante, que no solapa los pasos del proceso del comer. Emeli ha intentado acoplarse al ritmo, con náuseas y martillazos en la cabeza. Anoche las cosas se desmadraron y estuvieron bebiendo hasta cerrar el pub. El DIC entero lo colonizó. Emeli acabó bailando con un muñeco hinchable y perdió algo de su respetabilidad y frialdad de vasca de la Ivy League. Durante la noche Francis estaba un poco emocionado porque ella se iba, y con su altura y su serenidad destacaba en el embrollo alcoholizado de la barra. Probó todos los zumos y batidos de frutas disponibles. El exceso de azúcar le hizo hablar mucho y se animó en varias rondas de chupitos. Una amiga de Emeli empezó a hablar con él. Cuando lo sacó a bailar y sonaba reguetón romántico, Francis comenzó a moverse como si la música fuera un idioma y él fuera un sordomudo. Estaba de pie y como una marioneta sin hilos. La amiga le incitaba a bailar; le daba la espalda, bajaba y subía y le rozaba, pero él era un torpón venido del pasado que no sabía muy bien qué hacer. Cuando empezó a sonar música de los ochenta, algo en Francis cambió. Todos lo percibieron. Le salió la genética musical afroamericana. Alguien de arriba le cogió los hilos y contoneó su cuerpo con un estilo atemporal que se lleva en las venas. Cuando sonó *September*, los

compañeros en la pista lo empezaron a mirar. Cuando sonó *Don't You*, Francis Thurmond se convirtió en el rey. Emeli estaba en la barra y no daba crédito. Francis era sensual hasta para ella. Francis sonreía a su amiga. Su dentadura blanca y perfecta brillaba en la oscuridad de luces de neón. Sus tirantes parecían mujeriegos y su camisa de cuadros de la posguerra estaba desabrochada y asomaba de su pecho un vello varonil.

Ahora, en el porche de los Thurmond, mientras miran a un gato cruzar la carretera, el padre de Francis dice:

—Anoche no dormiste en casa. ¿Qué tal estuvo?

Francis sonríe algo y recuerda.

—Bien —responde, y se prende un cigarrillo.

En el móvil Emeli tiene un wasap de la amiga que bailó con Francis: «A tu amigo el inspector no le entiendo una mierda, pero en la cama es espectacular ;-».

Mientras tanto el gato cruza y se pierde entre matojos y todo vuelve a ser como antes. En la mesilla del porche, el padre de Francis tiene los pasatiempos que Emeli le ha traído.

—Gracias por el regalo, hija.

—De nada, señor Thurmond.

—Llevo cincuenta años haciendo sopas de letras, ¿sabe? No me cansan.

—¿Y no se repiten? —pregunta Emeli.

—Nunca. Y además siempre está esa esperanza.

—¿Qué esperanza?

—A que te digan algo. Las sopas de letras a veces esconden secretos.

—¿Ah, sí?

—Sí, hija, sí.

A Emeli se le conecta algo en la cabeza. Una sinapsis entre dos neuronas. Un pequeño flirteo neuronal. Dos ideas que se relacionan.

—¿Se refiere a mensajes ocultos? —pregunta.

—Encriptados. Señales de alguien. Aunque también puedo imaginármelo. O pueden ser fruto de la casualidad. Pero a veces tengo la sensación de que me hablan, las sopas de letras.

—Ya.

Para entonces Emeli ya se ha levantado.

—Thurmond. ¿Dónde tienes tu cuaderno de dibujo?

—En la mesa del comedor.

Emeli desaparece dentro de la casa y aparece con un lápiz y el cuaderno. Lo abre y busca entre las páginas, hasta encontrar la lista de las víctimas.

Nadine Sabaly

Antonio José Garrido

Teodor Veselin

Ulad Dobrovolsky

Ronald Goodwin

Zettie Goodwin

Lisa Flanagan

Ángeles Expósito

Aliou Sabaly

Ellis Harvey

Emeli contempla la lista, que se distribuye por orden aproximado de fallecimiento. Según el forense, las bajas temperaturas retrasaron los procesos de descomposición de algunas víctimas, por lo que pudieron morir antes y conservarse mejor que otras. Los períodos de tiempo entre un fallecimiento y otro fueron tan cortos que resulta complejo establecer un orden exacto.

—La primera en fallecer fue Nadine, de eso estamos seguros —dice Emeli.

Francis se yergue en su asiento y contempla la lista con cierta expectación infantil.

—Garrido. Veselin. Dobrovolsky. Goodwin —enumera Emeli—. Después vinieron ellos.

—¿Qué buscas, Urquiza? —pregunta Francis.

Emeli escribe una nueva lista en el cuaderno:

Nadine Sabaly

Antonio José Garrido

Teodor Veselin

Ulad Dobrovolsky

Ronald Goodwin

—De los siguientes no es posible establecer un orden —interviene Francis.

—Pues nos lo inventamos, Thurmond.

Emeli escribe el nombre de Ángeles Expósito. Después el de Lisa Flanagan. Thurmond la observa expectante. Emeli saca la lengua mientras se concentra, como una niña en el colegio. Tiene una intuición y va a por ella. No sabe si es su mano la que escribe o es otra mano la que la empuja a escribir. Añade el nombre de Ellis Harvey. Y el de Zettie Goodwin.

—No puede ser —murmura.

—¿Qué no puede ser?

Emeli escribe el último nombre: Aliou Sabaly.

Entonces se levanta, asustada, con el cuaderno en las manos. Su grito se oye y se estremecen hasta el pino y la gasolinera.

—¡Joder!

Francis se levanta también y se le cae el cigarrillo.

—¿Qué sucede, Urquiza?

Emeli señala y dice:

—¿Es una puta broma?

Thurmond mira la lista.

—¿Una broma?

El padre de Francis, desde su asiento, se empieza a reír.

—Encriptado, ¿lo veis?

Thurmond sonrío ante la risa de su padre. Parecen divertidos y excitados, los Thurmond, como si estuvieran ante un juego infantil. Francis alza la voz:

—¡Las caracolas, Urquiza!

Emeli no sabe si reírse o blasfemar con todo su repertorio.

—¿Qué pasa ahora con las caracolas?

—Las caracolas se comen la cola y son la civilización, que se come a sí misma. Así que representan lo que sucedió en la casa. Que se comieron entre ellos.

—Vale. Son putas señales raras de cojones. ¿Y qué?



—Pues que las caracolas tienen una estructura infinita. Como la novela de Alvey: una novela dentro de otra novela, y así infinitamente. Es una estructura fractal. Es la estructura de todas las cosas naturales.

—La geometría de la naturaleza —interviene el padre de Francis—. Se ve bien en las hojas de los árboles.

Emeli se ríe. Blasfema un poco más:

—Pero ¿de quién cojones es esta broma?

Thurmond deja el cuaderno sobre la mesilla y recupera su cigarrillo, que aún humea.

—Creo que lo entiendo —dice.

—Pero ¿qué entiendes?

—Son señales.

Y camina hasta los escalones del porche.

—¿Señales de quién? —pregunta Emeli.

Thurmond se apoya en el pilar y fuma abstraído.

—¿Y si la novela de Alvey no fuera la primera novela?

—¿Cómo dices?

—¿Y si hubiera otra novela antes?

El padre de Francis ríe de nuevo.

—¡Muy bueno, hijo!

Thurmond se vuelve. Mira a Emeli y sonrío, mientras anochece a sus espaldas.

—¿Y si fuéramos los personajes de un libro?

A Emeli le asoma otra sonrisa.

—Estás loco, Thurmond.

—¿Y si realmente lo fuéramos? —insiste Francis.

—Pues no me gustaría una mierda, Thurmond. ¿Un escritor en su despacho? ¿Creando nuestras personalidades? ¿Poniéndonos nombre, recuerdos y sueños? ¿Controlando nuestro destino?

—Eso. El destino. El azar. ¿No te parece que existen señales?

—También habría un lector —apostilla Emeli.

—Sí. Habría un lector observándonos. En este preciso momento.

Thurmond mira al cielo, que siempre ha sido una ventana hacia lo desconocido.

—¿Y si fuera verdad? —dice—. ¿Qué harías?

—Me rebelaría.

—¿Te rebelarías? ¿Cómo?

—Negándome a seguir.

—¿Terminarías su historia?

—Sí, la terminaría.

**Álvaro Arbina** (1990, Vitoria-Gasteiz) es arquitecto. Con solo veinticuatro años escribió *La mujer del reloj*, un absorbente *thriller* histórico que permaneció durante meses en las listas de más vendidos. Con su segunda novela, *La sinfonía del tiempo*, se consolidó como uno de los grandes contadores de historias de nuestro tiempo.